ALFAGUARA

Carlos Franz

El desierto

Índice

Cubierta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Créditos

Para mi madre, Miriam Thorud, actriz

Desde hoy, en cada alegría exuberante se oirá un trasfondo de terror.

F. NIETZSCHE, El nacimiento de la tragedia

1

Lo primero que Laura reconoció, al adentrarse en la vasta llanura desértica que rodeaba al oasis de Pampa Hundida, fue el horizonte de aire líquido. La muralla del espejismo temblaba en el horizonte del desierto, atravesando la autopista: una catarata de aire hirviente manando del cielo quemado por el reflejo de los salares, cayendo sobre el lecho del mar que se había ausentado un millón de años antes. Por un instante, tras ese muro de calor que palpitaba como un cristal recién fraguado, Laura creyó ver enormes rostros, siluetas humanas gigantescas, bocas distorsionadas que gritaban en su dirección, que apelaban a ella pidiéndole o enrostrándole algo inaudible, el dolor de una deserción tan larga como el millón de años transcurrido desde que el mar se evaporó de esas pampas. Era como si el propio paredón del horizonte líquido le aullara.

Laura entrecerró los ojos luchando con la alucinación, peleándole a esos fantasmas inventados por la fatiga del viaje de regreso, que ya llevaba más de veinticuatro horas —de Berlín a Frankfurt, de allí volando toda la noche hasta Buenos Aires, de allá el salto a Santiago, y de ahí la conexión a la ciudad minera del norte grande donde arrendó ese auto, en el cual ahora se internaba, a ciento cuarenta kilómetros por hora, hacia el corazón ardiente del desierto—. Conduciendo con una mano, se restregó con la otra los ojos afiebrados; al hacerlo, sintió que perdía el control del automóvil, que el volante temblaba, que abandonaba la línea recta (volvió a ver impreso en las retinas de su memoria, por un instante, el caballo color de sangre, el pura sangre, a galope tendido, doblándose de manos, rodando por la pampa...).

Cuando abrió los ojos, Laura tuvo que virar bruscamente para evitar

salirse de la ruta. Y al hacerlo experimentó la nítida, la física sensación —que ya había tenido una noche hacía dos décadas— de que acababa de cruzar la línea del horizonte. Se había hundido en ese paredón de aire líquido que temblaba en el horizonte, en ese fatamorgana, y lo había atravesado de parte a parte, hasta el reverso del cielo donde la esperaba su pasado (y la esperábamos nosotros).

«¿Dónde estabas tú, mamá, cuando todas esas cosas horribles ocurrieron en tu ciudad?» Recobrando el control del vehículo, Laura recordó una vez más la carta de Claudia, llena de preguntas como esa, que había recibido tres meses antes, en Berlín. Esa carta que viajaba en su portafolios junto al pasaporte, los pasajes aéreos ya usados, y el grueso legajo de su respuesta que había tardado tres meses en escribir —¡tres meses!—, solo para averiguar, al anotar una posdata en pleno vuelo de regreso, que la única respuesta verdadera a su hija sería este mismo retorno. La única respuesta válida era acercarse con los ojos abiertos a esas siluetas deformadas que aullaban —inaudibles— en el horizonte tembloroso, y cruzarlo yendo a su encuentro. Como acababa de hacer.

Mientras se unía a la fila de vehículos que señalizaban para virar hacia el oasis, Laura evocó su larga misiva de respuesta, que también venía en uno de los fuelles del portafolios. En ella le contaba a su hija la historia secreta de su vida, el relato de quién había sido antes de que ella naciera, la historia negada, de la cual la defendió, la historia que se había negado y de la cual se había defendido ella misma, durante veinte años. Lo había hecho de un modo tan franco y tan completo que no solo le acarreó despertar a los monstruos dormidos de su memoria, sino que, al llegar, no fue capaz de entregársela. Pues en el largo vuelo nocturno, transatlántico, que la descendía hacia el sur en dirección contraria al reloj (en dirección a nuestro pasado), había releído su propia contestación y confirmado lo que intuyó cada vez con más fuerza mientras escribía esa carta: que hay preguntas que solo se responden con la vida.

Por eso, a su llegada al aeropuerto de Santiago, cuatro horas antes, después de abrazar apretado a la hija que no veía desde hacía un año y medio, y en lugar de entregarle de inmediato el legajo de hojas

escritas a mano que venían en ese maletín, en lugar de entregarle en sus manos la historia que le había negado, Laura se había separado de Claudia para ir directamente al mesón de vuelos nacionales. Ante la mirada atónita de su hija, compró un pasaje en el avión más inmediato que salía hacia la ciudad minera del norte desértico, el que apenas tendría tiempo de abordar, y facturó nuevamente su equipaje.

Claudia —tan alta como su madre, pero con su pelo teñido de rojo y cortado a tijeretazos— la había observado sin entender, o hasta que fue entendiendo, y entonces meneó la cabeza, le sonrió con esa airada tristeza que sintetizaba toda la decepción que su madre había criado en ella: «¿Cuándo dejarás de huir, mamá?», le había preguntado. Y sin esperar que ella le respondiera, sin esperar ya una respuesta, o que este regreso fuera una respuesta a las preguntas que le había hecho en su carta de tres meses antes, le había dado vuelta la espalda, y salió del terminal sin despedirse.

* * *

La fila de vehículos de los peregrinos que venían a la fiesta religiosa anual, en Pampa Hundida, se extendía casi un kilómetro por delante de ella, detenida junto a un insólito anuncio caminero de la ciudad: un diablo de neones cuyo brazo encendido indicaba una dirección perpendicular a la carretera Panamericana (o a la realidad). Señalizando para virar por turnos hacia el desvío que conducía al oasis, Laura vio buses repletos, taxis cacharrientos, camiones roñosos, con los neumáticos lisos, con pasajeros en el remolque, a la intemperie, parados como ganado, como prisioneros de guerra. Prisioneros, sin embargo, con los rostros esperanzados, radiantes de júbilo después de la travesía del desierto. Exasperados por el embotellamiento que los detenía cuando ya tenían a la vista su destino, decenas de peregrinos, cofradías enteras, abandonaban sus camiones —que de todos modos apenas se movían— y proseguían a pie, animados por los primeros sones de sus bandas, medio andando y medio trotando, llevados por el entusiasmo de la cercanía.

Desfilando junto a su auto, entre la polvareda que levantaban y el resplandor blanco del cielo, entre los brillos de los instrumentos de

bronce y el atronar de los grandes bombos y tambores, Laura vio —o sus ojos afiebrados tras el día completo de viaje sin dormir creyeron ver— conquistadores españoles, indios disfrazados de animales totémicos, de jaguares y cóndores, negros pintados, guerreros emplumados originarios de las selvas más allá de las sierras, cortesanos con pelucas blancas, gitanos, demonios mitológicos que descendían de las alturas altiplánicas... Una muchedumbre dispar, confusa y arbitraria; seres que venían no de otras provincias o países, sino de un tiempo y un mundo previos, desde una necesidad anterior a ellos mismos —pero que siempre había sido la Patrona de todos ellos.

Detenida en esa cola de vehículos, envuelta por la multitud, Laura sintió que, tal como esa humanidad doliente y festiva, ella venía a pedir y celebrar, a rogar y bailar; que venía a escuchar en la voz de la multitud la voz de alguien más. También ella había venido a escuchar, a oír, en las palabras de los sobrevivientes, de los testigos y de los autores (de los que aquella noche, hacía veinte años, la habían empujado a su destino), otra expresión... Quizás la suya, la voz que había reprimido —la que una vez había cantado al unísono con el acero—, tal vez.

Pero en todo caso no venía a escuchar la voz de las certezas; no venía por la voz de la razón, sino por la de una pasión. Porque cada vez le resultaba más claro que ese viaje agotador desde Berlín era un vuelo parabólico: la inmensa parábola de la nave que la había bajado hacia el sur, cruzando seis zonas horarias y más de sesenta paralelos y setenta meridianos, era, y no solo físicamente, el descenso a la otra cara del mundo, al revés de las certezas, a la intuición de una pasión que remachaban esos bombos y tambores pegajosos, acoplando su insomne cavilar al ritmo de cadencias infinitamente más antiguas que cualquier teoría. Oyendo esos pitos y bombos y zampoñas y matracas, Laura comprendía que no solo llegaba de Europa a Sudamérica. No solo venía del cielo septentrional a este otro, su reverso, donde el cuerno de la luna creciente, cuando apareciera, se mostraría al revés que allá... Comprendía que, al decidir este viaje, también había cambiado la consonancia aparente de su cátedra de filosofía por el torbellino polifónico de la fiesta donde había aceptado juzgar lo

incomprensible.

* * *

Tres meses antes de ese regreso, en su oficina en el Departamento de Filosofía de la Frei Universität de Berlín, mientras pensaba y miraba sin observar la tímida primavera que empezaba a reverdecer los abedules en el parque que rodeaba el edificio de su facultad, Laura se había jugado su suerte. Se la había jugado, sin darle tiempo al temor para que se disfrazara de prudencia cuando tomó el teléfono para llamar de larga distancia al ministro de Justicia, don Benigno Velasco. Su antiguo profesor de derecho, su protector, el que lanzó su carrera judicial, a sus veintidós años y recién recibida de abogada, influyendo para que la nombraran secretaria de juzgado en Pampa Hundida. Ese tribunal remoto, donde desde el comienzo suplió a una jueza perpetuamente enferma con tanto brillo que en menos de dos años la habían nombrado en propiedad: Jueza Civil y Criminal, titular, la más joven en la historia de todo el Servicio Judicial. Cosas que pasaban en esos años, a comienzos de la década de los setenta, en plena «vía chilena al socialismo», en esa época temeraria y revuelta, cuando parecía que el futuro había llegado y la juventud era su propietaria. Antes de que se oyera la canción de la cabra, y el lejano palacio ardiera, y su juventud ardiera, y Allende, el presidente suicida, se sacrificara, y el sacrificio la alcanzara a ella (y a nosotros, sentados desde entonces frente a los escombros humeantes de nuestro ocaso).

Al llegar a su oficina de la universidad, tarde en la mañana, luego de reflexionar paseando por el Tiergarten —perseguida por el ángel dorado desde lo altísimo de su columna—, había decidido llamar a su viejo profesor y ahora flamante ministro. La noche anterior se la había pasado releyendo la carta de su hija, donde le formulaba aquella pregunta que la había perseguido durante los pasados tres meses, y en el viaje de vuelta, por medio mundo, hasta acá: «¿Dónde estabas tú, mamá, cuando todas esas cosas horribles ocurrieron en tu ciudad?». La había releído y le había agregado páginas a la respuesta que venía borroneando desde hacía unos días.

Pero esa noche se dio cuenta, por fin, de dos cosas: responderle a su

hija entrañaba asomarla a lo vedado, puesto que no había otro modo de explicar lo inexplicable; y se dio cuenta de que una respuesta de esa naturaleza debía entregarse personalmente. En ese momento, como si desde muy lejos alguien la hubiera interpelado, su mano se detuvo sobre el papel donde escribía, recordó algo, y volvió a revisar la carta de su hija. Allí estaba, esa información que Claudia mencionaba al pasar, casualmente, y que sus ojos habían leído varias veces sin aceptar todo su significado: el cargo de juez en Pampa Hundida estaba vacante. El juez anterior había muerto, súbitamente, un par de meses antes y aún no se designaba un reemplazante. Claudia le mencionaba esto remachando su protesta: ni siquiera la suerte quería hacer justicia en Chile. Pero Laura entendió, de pronto, que esa vacante, ese vacío, esa ventana abierta sobre el abismo, había sido abierta para ella, y que desde ahí alguien (acaso el dueño de aquellos ojos entristecidos no por lo que habían visto, sino por lo que iban a ver) la miraba, y la llamaba.

La siguiente mañana paseó tres horas por el Tiergarten —bajo la atenta vigilancia del altísimo ángel dorado subido en su columna— hasta que el mundo, rodando sobre su eje, la sincronizó con los horarios de su viejo país. Entonces se fue a la universidad y llamó al Ministerio de Justicia de Chile.

«¿Renunciarías a tu puesto en una universidad alemana, al prestigio que te has ganado en Europa? ¿La autora de *Moira* quiere venir a enterrarse en ese oasis perdido, ese agujero en el desierto...?», le había preguntado, o reprochado, su viejo profesor, indeciso entre el placer de ser requerido y la incredulidad.

* * *

Ese agujero en el desierto... La fila de vehículos avanzó un poco más hacia el desvío, sacándola un momento de sus evocaciones. Cuando volvió a detenerse, esta vez sobre el nuevo paso superior en forma de trébol que cruzaba la carretera Panamericana, Laura avistó la ciudad santuario adonde regresaba. Bajo la lluvia de fuegos del mediodía divisó la hondonada del oasis preñado de viñedos y frutales, la fértil depresión en el cuero curtido del Llano de la Paciencia, la larga

cañada transversal que se extendía por varios kilómetros, pero que se hundía solamente unos cincuenta metros bajo la línea del horizonte. Una profundidad escasa que bastaba para darle su nombre, Pampa Hundida, porque vista desde la distancia, al ras de la tierra, desaparecía como una ilusión óptica o un espejismo, y solo quedaba la llanura insomne, los reflejos tornasolados por el cuarzo de los salares, el vértigo horizontal. Desde lo alto de ese trébol caminero, atestado de vehículos que hacían sonar las bocinas y de peregrinos que pasaban cantando, Laura volvió a experimentar la sorpresa, la sensación de irrealidad de esa mancha verde en el yermo: el manantial que le daba origen, el damero irregular de la ciudad donde asomaban, acá y allá entre los árboles de sus calles, la antena de la radio, el macizo cascarón del Hotel Nacional, los edificios de tres y cuatro plantas que rodeaban la Plaza de la Matriz y, en pleno centro de ella, la Basílica, su campanario impar, el templo más pequeño que en su memoria, pero aún gigantesco para el tamaño del pueblo, su cúpula blanca, lunar, remedo del cielo incandescente del desierto.

Y junto a Pampa Hundida, a unos pocos kilómetros hacia el norte de su linde urbana, pero ya sobre el despoblado, sobre la pampa rasa, es decir, como en otro mundo, las ruinas. El pueblo fantasma de la salitrera que después fue campamento de prisioneros y que luego volvió a ser ruina, replicando a la ciudad viva como un espejismo seco o una advertencia. O, todavía, como una premonición: su perímetro alambrado, sus casamatas radiales, destechadas, podridas de soledad, el teatro abandonado, la carcasa prehistórica de la planta de vapor con sus hierros rojizos hirviendo de óxido, la altísima chimenea agujereada que sirvió más tarde de torre de vigilancia (ese hueso hueco donde el viento toca la flauta en las noches, inquietándonos, llamando a los ciudadanos insomnes de Pampa Hundida con sus lamentos de animal agonizante: tuuuut...).

* * *

Tres meses antes, luego de que el ministro cortara, Laura se había quedado largo rato con el auricular en la mano, oyendo el tuuuut insistente, penoso, de la línea telefónica, que le recordaba algo.

Cuando por fin colgó a su vez, se volteó en su sillón giratorio hacia el ventanal que daba sobre el parque de la universidad. Poco más allá empezaba el bosque, los árboles se espesaban, reverdeciendo. Mientras en Berlín llegaba la primavera, allá abajo, en su antiguo país, entraba el otoño. Pero no en el despoblado de Atacama, nunca en el yermo más seco del planeta que tenía una sola estación: el sol. Volver al otro lado del mundo, a los antípodas de los cuales había venido dos décadas antes... Era un día diáfano y helado y solo unos pocos funcionarios cruzaban los senderos entre los edificios modernistas, funcionales, de la universidad, acechados por los ciervos que asomaban de pronto sus hocicos nerviosos, sus cornamentas afelpadas, entre los troncos musgosos del bosque.

Laura se miró en el ventanal de su oficina, sobreimpresa en el cristal de la ventana doble. Se puso de pie, se estuvo midiendo, como una vez había sido medida (y su medida había sido la traición). ¿Daría, esta vez, la talla? Ya no era joven, pero no estaba mal. Cuarenta y cuatro años muy bien llevados. Las piernas largas, el vientre plano, el busto que sostenía en alto con una hora diaria de gimnasio y otra de yoga. Solo el mechón canoso que mantenía sin teñir en su pelo negro, lacio y brillante como el de una oriental, decía, con desafiante honestidad, sus verdaderos años. «¿Para quién te mantienes en esa forma, Laura, si no tienes novio?», le preguntaban sus amigas en el gimnasio, con esa admiración maligna de las cuarentonas. Y ella solo sonreía, misteriosa. Sabía desde hacía mucho tiempo el poder que le da a una mujer el no querer amanecer al lado de nadie, y lo usaba. En cambio, se explicaba con vagas referencias a una biografía que mantenía celosamente reservada: había sido madre joven, esa era toda su ventaja, una sola hija y a los veinticuatro años. Apenas cinco más de los que ahora tenía Claudia.

Volviendo a su escritorio, Laura releyó la carta de su hija que había recibido el día anterior. La carta de las preguntas que le había llegado desde el otro lado del mundo, desde el otro lado del tiempo, desde el otro lado de su vida. Examinó la caligrafía pareja y enfática de la muchacha, se enterneció reparando en sus exasperados tironeos con la gramática española. Amaba a Claudia y se sentía orgullosa de ella, al

modo empecinado y alerta de los padres de hijos rebeldes. Le había heredado su altura y su perfil, y —muy a pesar de sí misma y de sus consejos— su vocación primera por hacer justicia, una vocación que ella misma había cambiado tiempo atrás por la filosofía... «¡Por la teoría, mamá», la corregía y le reprochaba Claudia.

Sí, le había legado también su carácter, su indomable desconfianza ante las excusas que nos damos para vivir. Claudia no toleraba que su madre hiciera filosofía. Es decir, según ella, que reflexionara acerca de lo que debía actuarse. «Y si lo reflexionado no puede actuarse, ¡entonces es que no valía la pena reflexionarlo, mamá! Habiendo tantas cosas urgentes en el mundo...». Quizás por eso es que, apenas tuvo edad, apenas terminó el Gymnasium, Claudia había retornado a ese país que no conocía, pero que era el suyo, para estudiar Derecho. «La profesión que tú abandonaste, mamá. Pero conmigo será diferente, yo quiero hacer justicia, no teorizar sobre ella; y hacerla en un lugar donde valga la pena, no aquí en Alemania, donde lo tienen todo. Yo quiero luchar por los más pobres e indefensos en un país pobre e indefenso. ¡Hacer una diferencia en el mundo!» Quería irse a un «país joven, donde todavía es posible tener ideales». Considerarse un país joven e inocente, pensó Laura (pero no se lo dijo), era la tradición más antigua, la única mantenida concientemente, en esas regiones.

«No quiero una justicia teórica como la tuya, mamá, no quiero una razón sino una pasión». Se iría a estudiar a la Universidad de Chile, en lugar de ser alumna de la Universidad Libre de Berlín, donde todo el mundo le recordaría a su madre, que se había hecho famosa en la Facultad de Filosofía con su curso profético y pesimista sobre la tragedia —que, entre otras cosas, anticipó la caída del Muro—, y luego con su libro *Moira*. Ahora, hacía poco más de un año que Claudia se había marchado a ese país que insistía en llamar «mi país». Y se había asimilado de inmediato, como si hubiera vivido siempre allá, e incluso hablaba el español con un acento apenas desenfocado, que apenas se podía decir que fuera extranjero. Hacía meses ya que Laura no intentaba desanimarla, atraerla de vuelta. Era evidente que había fracasado en su esfuerzo por mantener las distancias, por borrar las huellas, por arraigarla en su voluntario exilio. Ese «retorno» de

Claudia al país donde ni siquiera había nacido era su derrota, su quiebra en esa larga empresa de fugas y olvidos iniciada dos décadas antes. Su hija, de alguna inesperada forma, había desarrollado un instinto para el camino de vuelta. Un instinto, una intuición, una curiosidad invencible.

Desde que Claudia dejó Berlín se llamaban por teléfono un par de veces al mes. O al menos ella la llamaba, porque su hija dejaba pasar dos o tres semanas sin hacerlo, reprochándole que no la entendía, que intentaba controlar su vida, que siempre acababan discutiendo, que no tenía nada que decirle que su madre pudiera realmente entender; y se encerraba en su terca mudez adolescente.

Hasta que de pronto, sorpresivamente, Laura había recibido esa carta. La primera en el año y medio que llevaban separadas, la primera desde que Claudia había partido al país que no conocía. Antes de abrir el sobre, con solo mirar el matasellos con el nombre de Pampa Hundida encerrado en un círculo de tinta violácea, Laura supo lo que contenía. Y supo que su tiempo de esconderse llegaba a su fin. La remota balanza que una vez, hacía veinte años, había quedado en suspenso —los platillos equilibrados precariamente en el fiel de un empate con el olvido— empezaba a inclinarse irresistiblemente hacia el pasado. Esa carta venía desde el otro lado del tiempo, desde un mundo perdido, desde un pueblo fantasma. En ella, su hija le relataba su decisión de ir a conocer al padre con el que jamás había tenido contacto, le contaba del viaje al norte, en bus, hasta el oasis de la Ciudad Santuario de Pampa Hundida, su llegada a esta misma encrucijada en el desierto.

Claudia le describía con detalle la semana que pasó alojando en la casa donde sus padres habían vivido antes de separarse, en la misma habitación que habría sido para ella si ella hubiera nacido allí y no en el exilio. La larga noche que había pasado en vela conversando con el hombre al que no se acostumbraba a llamar «padre», con Mario, los cajones con libros y objetos que este le había dejado trajinar, y que contenían las cosas que su madre dejó atrás cuando partió. Las cosas que había encontrado olvidadas u ocultas (¿cuál es la diferencia?).

Y enseguida, como si los diques de distancia, silencio y soledad que

Laura había intentado interponer, se hubieran desmoronado todos a un tiempo, su hija le formulaba las preguntas pendientes entre ellas, una por una, con la despiadada impunidad ante el pasado que solo tienen los que carecen de él. Hasta culminar en aquella: «¿Dónde estabas tú, mamá, cuando todas estas cosas horribles ocurrieron en tu ciudad?».

* * *

La fila de vehículos se movía otra vez. Habían terminado de cruzar el paso a nivel y la caravana, con el auto de Laura en medio de ella, se hundía progresivamente en el surco fértil del oasis. El desierto quedaba por encima, desaparecía. Se podía empezar a creer que no era más que un sueño, a no ser por el resplandor blanco del sol reflejado por los salares contra el cielo del mediodía. La multitud se hacía más densa, los caminantes emparejaban a los vehículos en el estrecho camino local, los penitentes saltaban de los buses y saludaban, confortaban a los peregrinos que habían llegado a pie, a los que precisaban sombra o agua, a los flagelantes que caían de hinojos porque habían prometido recorrer de rodillas esa distancia hasta el santuario, azotándose las espaldas al mismo tiempo, pagando así su manda del año anterior.

A la vera del camino por el que descendía lentamente, Laura observó una pequeña carreta inclinada, con las varas en alto, sin caballo. Bajo su magra sombra, tres viejas vestidas de negro, con pañuelos en las cabezas, vendían tejidos de lana. Sentadas sobre una manta tendida sobre la tierra ofrecían sus productos y, al mismo tiempo, devanaban la lana de grandes copos, la hilaban en sus husos, la tejían.

Un poco más abajo aún, en ese lento descenso sesgado hacia la ciudad santuario, la caravana volvió a detenerse, esta vez por completo. El calor en la erosión de la cañada, bajo el nivel del desierto donde soplaba alguna brisa, se hacía insoportable. Laura abrió la ventanilla, pero no fue suficiente y tuvo que bajarse. Al hacerlo experimentó un mareo de tierra y recordó que, exceptuando la breve escala en el aeropuerto de Santiago, llevaba sentada, viajando, más de

veinticuatro horas. Se apoyó contra el auto sintiendo que el sol aureolado por la polvareda finísima que levantaban los peregrinos la recorría entera como una mano, barnizándola de sudor, reconociéndola. La nube de chusca rojiza se le metía en la nariz, en los ojos, teñía el mundo de un color próximo a la sangre, como si alguien hubiera triturado la gigantesca costra de una herida seca hasta reducirla a ese polvillo impalpable y rojizo que hollaba la multitud. Reclinada contra el auto, luchando con el mareo y la estela de olores acres que emanaba de la muchedumbre, Laura vio a los suplicantes que pasaban y la superaban disfrazados de morenos, de gitanos, de vaqueros e indios, con sus trajes parchados, remendados, sus máscaras con un diente de oro pintado.

Del otro lado de la masa humana que desfilaba alcanzaba a ver un claro en el bosquecillo de tamarugos y el tolderío de una gran cofradía de cientos de penitentes que se reencontraban en esta peregrinación anual y se abrazaban. Un grupo de esos peregrinos —sureños, probablemente— degollaba un cordero vivo, colgado de un árbol por las patas traseras, para beber sazonada con especias la sangre que manaba del cuello, el ñachi ritual, sacrificial, tibio, antes de destazar el animal a hachazos...

Laura vio la sangre que caía y se confundía con el polvo rojizo, la chusca, color de sangre ella misma, la tierra que podía ser pura sangre seca, testimonio de un sacrificio inmemorial, anterior. Experimentó una arcada incontenible. Deseó urgentemente salir de allí. Pero el embotellamiento era completo y en ese instante el único escape —el único refugio contra la sangre del cordero que caía sobre la tierra sangrienta— parecía ser la magra sombra de la carreta donde tejían las viejas, un poco más arriba. Laura intentó cruzar las filas de los peregrinos, pero uno de los flagelantes que bajaban azotándose las espaldas desnudas se interpuso en su camino. El hombre se disciplinaba pasando el látigo de colas sobre cada hombro, alternadamente, rítmicamente, sin mostrar dolor sino intensidad, concentración, una suerte de extática alegría. Al pasar frente a ella, Laura pudo oír nítidamente el chasquido del cuero sobre la carne viva, y vio las gotitas de sangre que florecían en el extremo de los

verdugones (y evocó esas otras flores carnívoras, sus enredaderas, sus jeroglíficos indescifrables, y que, sin embargo, una vez ella había creído descifrar...).

Tuvo que volver a apoyarse contra el auto, vencida por la necesidad de vomitar. Doblada en dos, devolviendo el estómago casi vacío —una bilis amarillenta que caía sobre el polvo rojizo como una ofrenda más —, Laura pensó en la extraña lucidez que la embargaba en medio de ese mareo y que la hacía notar esa triple o cuádruple armonía: la sangre del animal degollado, las gotitas de sangre como flores o uvas en el emparrado verdoso de la espalda del flagelante, su propia bilis, todo cayendo sobre la chusca rojiza, finísima, ella misma el polvo de una costra sobre la descomunal herida hirviente de dolor que era el mundo. Una herida sobre otra herida sobre otra herida, goteando todas sobre la madre de todas las heridas...

—¿Se siente mal, mija?

Laura se incorporó lentamente, auxiliada por una gran mano morena que le sobaba suave, profundamente, la boca del estómago. Una de las viejas enlutadas, que hilaban lana bajo la carreta sin caballo, estaba a su lado. Sin embargo, de cerca, sonriéndole con todos los dientes destellando en el rostro redondo como una luna cobriza, la mujer no parecía en absoluto mayor que ella. Incrédula y confusa, Laura aspiró —reconociéndolo— el olor a lana cruda y limón que emanaba de ese gran cuerpo. Una lejana reminiscencia enterrada, surgida de la polvareda misma, se materializaba frente a ella.

—Todavía no se compra el caballo para su carretón—, le recordó finalmente, Laura.

Y la otra se rió, meciendo los vastos senos (esas tetas «que la volvían loca» cuando no daba de mamar).

—Ah, todavía se acuerda, mijita, cuando me quedó debiendo el dinero para la bestia. No, fíjese, está mala la pega.

—¿Ya no hay trabajo para las matronas en esta ciudad?

—Ahora todo es más moderno, vienen enfermeras tituladas, usted sabe. Hay un hospital nuevo. Pero para las viejas cosas siguen recurriendo a una. Mientras tanto, yo me ayudo con lo de siempre, la lana de mis llamitas, ya ve. Con mis comadres seguimos hilándola y la

tejemos. Y fíjese que hay gente que prefiere el tejido antiguo.

Hubo un silencio. O más bien, fue como si la algarabía de la fiesta volviera a llenar el espacio entre ellas, el espacio que había ocupado el silencio de dos décadas desde la última vez que se vieron. Y con el silencio refluía la memoria. Laura se vio de espaldas, desnuda, con las piernas colgando de unas cuerdas, hablándole al abismo, o a la réplica de la imagen religiosa que aleteaba sobre el vapor del perol hirviente, a su lado... «¿Dónde estabas tú, mamá, cuando todas esas cosas horribles ocurrieron en tu ciudad?»

De pronto, Laura supo que ya tenía el comienzo de una respuesta para su hija, que sí entrañaba su vida; este retorno ya estaba sirviendo, al menos, para eso. Había estado allí, le diría, colgando bajo ese techo trepanado, hablando a gritos con el abismo. ¡Siempre había estado allí! Nunca había dejado de estar allí.

La matrona percibió, quizás, la sombra de esa memoria en el rostro de Laura, porque de pronto levantó la gruesa mano colorada, compadecida, y la llevó hasta su mejilla, acariciándola:

—Gracias por acordarse de mí, mija. Todo el mundo se olvida de las matronas, sabe. A pesar de que todo el mundo estuvo primero en nuestras manos.

Y luego Laura la vio devolverse hacia su carretón, abriéndose paso entre los peregrinos, yendo hacia sus comadres que la esperaban. Un momento antes de llegar a ellas, la matrona se dio vuelta y le gritó desde el otro lado de la fila de penitentes:

—Nunca se arrepintió, ¿verdad, mijita?

De pronto, Laura sintió que una profunda paz, similar a un cansancio merecido, la llenaba. Y no tuvo que hacer ningún esfuerzo, ni flanquear su memoria siquiera, para contestarle:

—No, nunca.

2

Claudia, hija mía, son las dos de la mañana en Berlín y acabo de entrar a tu cuarto. Me senté en tu cama vacía, tomé los objetos que, al irte, dejaste sobre el velador, me asomé a las fotografías enmarcadas —sonríes en la puerta de aquella cabaña, en la villa del Wannsee donde pasábamos los veranos: tú tienes cinco o seis años y estás desnuda, y quizás un poco rosada de frío. ¿O será que tu piel es tan nueva que resplandece como en la hora antes de amanecer resplandece el mañana? En otra foto, unos años después, aparezco yo en la terraza de la misma casita, leyendo. Me sorprendiste desprevenida y no sonrío ni sé que me estás enfocando. Creo entender ahora por qué tomaste ese retrato y lo pusiste en tu dormitorio: estoy detrás de un libro. Supongo que es la imagen de mí que más habrás visto durante tu infancia y tu adolescencia, y así me lo reprochaste, antes de irte a Chile: cerca de ti pero como en otro mundo, allí, pero lejana, siempre estudiando, siempre pensando, ¡escondida detrás de tantos libros! Ahora busqué entre las fotografías una en la que estuviéramos juntas, y no la hallé. Estábamos solas tú y yo. Tú me fotografiaste a mí y yo a ti, pero no tuvimos a nadie —yo no quise a nadie— que nos retratara juntas. No es hora de disculparse y sé que tú no lo esperas. No me has escrito para eso. Me has escrito para que te responda una pregunta que sintetiza a las otras y las precede, como el embrión y el feto contienen a la persona que amaremos y que nos hará luego preguntas del calibre de esta: «¿Dónde estabas tú, mamá, cuando todas estas cosas horribles ocurrieron en tu ciudad?»

«¿Dónde estabas tú, mamá...?» Te diré donde estuve. Pero para hacerlo debo derribar un muro, o saltarlo, espolear el caballo muerto de mi memoria —ese pura sangre en el que monté un día— y obligarlo a lanzarse al abismo que yace del otro lado... (donde me aguarda el joven

pálido, que aún sigue, todos estos años después, pidiéndome amparo bajo la higuera que las estrellas escarchaban).

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir y de pronto veo a esa jovencita que fui hace dos décadas. La veo sobre el reflejo de esta mujer de cuarenta y cuatro años sentada a su escritorio, frente a la gran ventana oscura que da a la esquina de la Savigny Platz, donde jugabas de niña, sus arcadas por las que se deslizan como espectros las sombras de los tilos que la primavera apenas empieza a abotonar. La imagen de la que soy y la que fui luchan por imponerse la una a la otra, se alternan, y finalmente gana el pasado (siempre nos gana el pasado): la jovencísima jueza de Pampa Hundida, la que fui, aparece en el cristal y me mira a los ojos: ¿Dónde estuviste todos estos años?, me reprocha ella también, como tú, ¿por qué me abandonaste acá, en la llanura de sales fosforescentes? ¿Por qué me dejaste en manos de aquel cuyo nombre no puede decirse, porque significa «el que trae la luz»?

Los militares llegaron un mediodía de octubre, un mes después del golpe de estado de 1973. La caravana de camiones militares, atigrados por el camuflaje, levantaba una nube de chusca por el camino al oasis, que entonces era de tierra —ahora tú me cuentas en tu carta que este se ha transformado en una ruta moderna, asfaltada por la prosperidad general. La caravana se dividió en dos a la entrada de la ciudad: una columna rodeó el oasis, encaramándose a la pampa por la parte donde están las ruinas de la vieja salitrera, a la cual conocemos como el Llano de la Paciencia («conocemos», empiezo a escribir estos recuerdos y descubro que aún pertenezco allí, que nunca me he ido de la ciudad santuario), mientras la otra columna entraba por la avenida principal y llegaba hasta la Plaza de la Matriz, estacionando frente a la Municipalidad.

Traté de resistirme a ir, de mantenerme firme en mi estrado del tribunal, atada al mástil de mi deber, pero fue inútil. Una curiosidad o una premonición más fuerte que yo misma —o que era la premonición de la fuerza misma— me arrastró hasta la Plaza de la Matriz donde ya se había congregado un centenar de personas bajo el sol de justicia del mediodía (nunca más apropiada la expresión: de justicia).

Dos camiones entoldados copaban las esquinas de la plaza. Los reclutas habían saltado de ellos y ocupaban posiciones. Cuando llegué frente a la

municipalidad, un jeep, que llevaba uncido un remolque para caballos, plateado, se estacionaba al pie de sus escalinatas, bajo el pórtico blasonado y los balcones de hierro. Recuerdo, Claudia, que me quedé mirando ese remolque. Al comienzo sin comprender de qué se trataba y luego cada vez más perpleja, permitiendo que el olor a caballo, a estiércol, el violento hedor a animal me llenara las narices —incluso a diez metros, donde yo me hallaba, se olía la orina ácida, ya pútrida—. Y luego lo oí, oí a la bestia invisible que pateaba y bufaba, que coceaba contra las paredes metálicas de su prisión, mientras por las ventanillas enrejadas asomaba vagamente la desesperada espuma de sus belfos. Recuerdo que me sentí angustiada, sentí que me faltaba un poco el aire, debe haber sido el sol del mediodía y la muchedumbre que me rodeaba, pero yo solo podía pensar, estúpidamente, en el animal encerrado en esa estrecha caja de metal, en la temperatura que debía hacer allí adentro, en el relincho iracundo que de pronto partió la ceremonia de bienvenida que habían preparado las nuevas autoridades civiles.

Y entonces vi al oficial al mando: alto, angular, impaciente, luciendo la chaquetilla corta del arma de caballería, que se desentendía de la recepción y se volvía hacia el remolque del animal —de su animal— y chasqueaba la lengua tranquilizándolo, al tiempo que lo amenazaba, azotándose la pierna con la fusta corta, de entrenador, que llevaba en la mano enguantada, mientras observaba a la gente reunida en la plaza —como si también a nosotros nos estuviera tranquilizando, y amenazando, con el chasquido de su lengua y de su fusta.

Te digo que vi a ese oficial, Claudia, y no es suficiente. Sería mejor decir que lo confirmé*, que confirmé en él una corazonada abyecta, un presentimiento de abyección (abyección, que viene de humildad) que había tenido desde que recibí la noticia del golpe militar, un mes antes. Confirmé en el oficial de caballería la oscura premonición que me asediaba, y comencé a saber de qué me había venido sintiendo, desde el día mismo del golpe, culpable.*

¿Culpable de qué, mamá?, me preguntarás tú, Claudia, cuando leas esta carta. Para intentar explicártelo —suponiendo que pueda explicarse el destino— debería contarte algo de mi vida anterior, mi infancia y adolescencia, y quiero hacerlo, un poco más adelante. Por ahora, baste con

decirte que la noticia del golpe militar que derribó a Allende me pescó totalmente desprevenida e indefensa. Mi primera sensación fue de incredulidad. No de ira, sino de esa perplejidad que se experimenta ante ciertas catástrofes naturales. El palacio de La Moneda, el viejo palacio colonial del gobierno de Chile que había albergado su larga democracia, había sido bombardeado y ardía. Asediado por las llamas (como si llevara una aureola de llamas), arrancándose la tapa del cráneo con una ráfaga de su propia ametralladora, el presidente se había suicidado. La gesta épica, que iba cambiar de arriba abajo a la patria, terminaba, después de mil días, en una tragedia que no habrían desdeñado los clásicos griegos: el rey había caído en la hecatombe de su palacio, sacrificado por las fuerzas incontrolables que él mismo había desatado. La pila de escombros humeó durante días. Para cualquiera que quisiera escucharlo, el canto del macho cabrío (tragedia significa eso: el canto del macho cabrío) se oía entre las ruinas.

Los primeros días después de que los militares y sus aliados tomaron el control, tras incendiar ese lejano palacio, los pasé en un limbo. Iba de mi casa al juzgado de Pampa Hundida ida y vuelta, por las veredas de la sombra, intentando ocultar a mis «conciudadanos» los signos externos de mi mareo, de mi desconcierto, de esa inexplicable sensación de culpabilidad. Sentía temor de encontrarme con cualquier conocido, de entablar una conversación casual. Al fin y al cabo, seguía siendo la —recién nombrada— magistrada titular de Pampa Hundida. ¿Qué pasaría ahora, me preguntaba, si alguien venía a pedirme justicia? ¿Qué le contestaría? ¿Cómo explicarle que yo también me había quedado sin respuestas, que ninguna de mis normas legales alcanzaba para corregir, y ni siquiera para entender, lo que ocurría? Aunque técnicamente yo perteneciera a un poder que permanecía independiente, el judicial, ¡qué eran los tecnicismos ante los cuchillos de la Historia! Por el contrario, empezaba a intuirlo cada vez con más fuerza, desolada, a menos que hiciera algo, yo misma representaría inevitablemente al nuevo orden. Pero ¿qué hacer? ¿Renunciar? La idea cruzó por mi mente varias veces. Sin embargo, me objetaba, esa sería la peor de las traiciones: ahora, precisamente, debía quedarme aunque mi instinto fuera correr. Una sensación de inminencia, esa fuerza magnética con la que el destino nos

imanta desde lejos cuando quiere algo de nosotros, me retenía. Me sentía inútil y necesaria. ¡Qué inocente era todavía esa otra que fui y que moriría poco después!

Así, entera por fuera e íntimamente desgarrada, llegaba al juzgado, pasaba tras la baranda, me sentaba encumbrada en la tarima e interrogaba la estatuilla que orgullosamente coloqué junto a mis códigos en una esquina del escritorio. La estatuilla de la mujer vendada que sostenía su espada y su balanza, la que me dieron cuando me recibí con los máximos honores de mi generación, solo un par de años antes —y que ya entonces me parecían un par de siglos. La balanza, de pronto, me sopesaba a mí, ponía mis ideales de escolar en un platillo y la premonición de esta culpabilidad en el otro. La espada, por su parte, me hacía el mismo reproche mudo que creía ver en los rostros de mis conciudadanos, ¿es que no haría nada con ella? ¿Es que la dejaría enmohecerse y perder el filo? De pronto estaba muy claro: la ley se había desmoronado, la autoridad legítima había sido arrasada, y entre las ruinas solo quedaba yo en mi tarima, tras mi baranda, completamente sola: el único poder constitucional que aparentemente había sido respetado. Esa jueza armada solo de una balanza y una espadita de juguete, ¿sería capaz de hacer justicia en los tiempos de voluntad que se iniciaban?

Presentía la respuesta a esa duda. La jovencita presentía, anticipaba, que vendrían a pedirle justicia y que ella sería culpable de negarla. ¡Ah, si solo hubiera llegado a ser culpable de eso!

* * *

Era un remolque para caballos, plateado, cegador bajo el sol inclemente del mediodía. Dentro del cual el animal enfurecido, o enloquecido, pateaba y bufaba y relinchaba; coceaba contra las paredes metálicas de su celda sofocante, tratando de escapar. Y su amo, Claudia, al que yo más bien confirmaba que veía, consolaba a la bestia, y la amenazaba; esto es crucial: la consolaba y la amenazaba.

Por alguna razón que no puedo precisar del todo, Claudia, pero que tiene que ver con ese presentimiento abyecto de culpabilidad, mientras yo miraba y «confirmaba» al oficial con su fusta en la mano enguantada, no podía evitar pensar en mi infancia. Desde ese momento, Claudia, y durante

la larga ceremonia y los discursos absurdos que siguieron, ya no estuve allí. Estuve muy lejos, cabalgando por la orilla de un lago lluvioso, montando a pelo, como lo hacía en plena niñez. Como si el animal que pateaba para salir de dentro de esa prisión móvil de metal plateado fuera mi propia memoria (o quizás otra cosa*, acaso esa culpabilidad abyecta), que pujaba por salir de mí.*

3

Mario parecía haberse pasado las dos últimas décadas allí mismo: acodado sobre la barra de latón del Círculo Español, demorando un aperitivo verde, esperándola. Laura lo vio de entrada, reflejado en el largo espejo inclinado tras el bosque de botellas del bar, sin que él la notara. Y lo estuvo comparando con su memoria, midiendo la exactitud de las premoniciones que había cumplido: su disciplinada tendencia al abandono, su desidia, los labios gruesos, e incluso mórbidos y hasta vagamente femeninos, que habían terminado por dominar el mentón varonil, ejecutando la profecía que una vez la ayudó a huir de él. Porque también de esto había huido: de ver cómo se cumplía el presentimiento del vividor envejecido, cincuentón, flaco, de sienes mal teñidas, con la chaqueta de tweed colgándole sobre los hombros —¡esa chaqueta de tweed en el desierto!—, que jugaba a los dados bajo la atenta desconfianza del eterno Rafael, el barman del lugar. El vividor, similar a un Baco envejecido que alzaba el cubilete con habilidad de tahúr y lo dejaba caer con desgano, con un voleo familiar de la muñeca, delatando su antigua amistad con la mala suerte. Mario lanzó otra vez y protestó en voz alta: era alguna clase de solitario, y lo iba perdiendo.

De pronto alzó la vista y se quedó observándola en el espejo cariado del bar unos segundos, pestañeando, pasándose la lengua por los labios gruesos, sin saber si la reconocía (si la reconocíamos nosotros, en el espejo de nuestra memoria) o si le espantaba esa aparición entre las botellas; si recordaba la cita que la había obligado a aceptar unas horas atrás o la había olvidado, y lo que veía en el reflejo era el fantasma doloroso de la joven esposa que lo abandonó veinte años antes.

Laura había encontrado a Mario esperándola en la puerta del tribunal cuando llegó a Pampa Hundida, pasado el mediodía. En la vereda de la sombra, con el pie apoyado contra el muro desconchado, mordiendo un mondadientes: la imagen del reportero de provincias, sin noticias, que era. Y antes de que ella pudiera decidir si lo desconocería, Mario había encontrado el valor, le había abierto la puerta del auto y los brazos, inventando una dicha, como si hubieran dejado de verse el día anterior. «Laura, los años no pasan por ti», había exclamado, haciendo de galán en una mala película.

Y Laura había pensado que por él sí; por él sí que habían pasado, minuciosamente, los años. Antes de notar los dientes alargados y amarillentos de predador nocturno, aun antes de dejarse abrazar en mitad de la calle y aspirar ese olor a húmedo que trasuda la ropa de los hombres solos, antes siquiera de reparar en el seboso pañuelo de seda anudado al cuello, que ella le había regalado para su primer aniversario de matrimonio, veintiún años atrás y que seguramente se había puesto en su homenaje cuando decidió ir a esperarla, aun antes de todo eso, Laura lamentó la voz. La voz que había sido varonil y melodiosa, de barítono natural, la voz de locutor que la había enamorado en su juventud y que ahora sonaba cascada, lijada por el tabaco barato y las horas muertas ante el micrófono, con las cuerdas lacias, algunas cortadas, como las de un piano viejo.

Con esa voz, y cargándole las maletas hasta el altillo de su tribunal —donde ella ocuparía el departamento de los jueces solteros—, Mario le había explicado que Claudia le avisó de su llegada. Lo había llamado desde Santiago contándole de la imprevista decisión de su madre: volar de inmediato al norte, cuando apenas había aterrizado en el país. Y él había dejado la radio para venir a apostarse en la puerta del juzgado, donde llevaba un par de horas haciéndole guardia, porque quería ser el primero en saludarla e invitarla a comer. «Para que nadie se me adelante», le había dicho. Y sonrió mal, como hacen aquellos a quienes les falta un diente o no dicen la verdad.

Después de mucho excusarse, Laura había conseguido que la dejara dormir unas horas. Y convinieron en esa cena de bienvenida «en el mejor restaurante de la ciudad, Laurita, en el Círculo Español; pero

debes prometerme que no hablarás con nadie antes de hacerlo conmigo», había insistido él. Y ella, aun cuando le revolvía el estómago la sola idea de comer, luego del mareo de tierra que había sufrido en el acceso a la ciudad —el flagelante, el cordero sacrificado, la sangre cayendo sobre la tierra sangrienta— había accedido, menos por deseos de verlo que por el anhelo de dejar de oír esa voz en ruinas mintiéndole una felicidad de verse.

Y ahora estaban en el comedor del Círculo, donde Mario había transportado otro de sus aperitivos verdes. Laura revisó el decorado en estilo morisco, las vetas de mármol pintadas en papel, la fuente con su chorrito cantando en el centro del salón —atravesado por el cable eléctrico que alimentaba a la bomba de agua—, la palmera de interior. Como suele ocurrir con la memoria, las cosas se habían achicado en su ausencia, o ella había crecido en la distancia. La sala estaba casi llena con los peregrinos ricos que hacían un alto en sus bailes para comer. Algunos lo hacían con sus trajes de danza puestos y con sus máscaras diabólicas colgando de los percheros junto a las mesas, como grandes cabezas decapitadas.

Y Mario, enfrente de ella, intermitente, nervioso, mentolado, hablaba de cualquier cosa, rellenaba el más mínimo silencio, intentaba evadir el más mínimo pretexto que pudiera invitar a que compareciera entre ambos el pasado. Y por eludirlo la cubría de piropos baratos: «Estás más fresca que estas flores»; de chismes de pueblo: «¿Te acuerdas de Lucinda? Se fugó con...». O se pavoneaba con sus propios éxitos en la prensa local. La radio, en la cual era el director, a la vez que periodista estrella y locutor principal, iba viento en popa, ahora era de frecuencia modulada: Mariana FM. Por supuesto, Mario la invitaría a ella a su programa estelar de los sábados. Hasta tenía el llamado con el que la anunciaría: «La justicia vuelve a Pampa Hundida...».

Desplegó el titular en el aire, con una de sus manos largas y fuertes, de gestos blandos. Laura lo imaginó arrullando el micrófono con esa voz cascada, haciendo gárgaras con el cansancio, el vacío, el sonido a piedras de la resaca en su cabeza. Le dijo, bromeando:

—O sea que me invitaste para preparar esa entrevista. ¿Temes que

mencione algo inmencionable?

Mario se llevó nerviosamente la mano al bolsillo de la chaqueta, hizo sonar unas monedas —quizá las contaba temiendo que le faltaran — y miró por sobre el hombro. Laura recordó ese ademán evasivo, esa miradita angustiada: siempre que se encontraba acorralado buscaba a ver si encontraba un pretexto para posponer lo inevitable.

Una pareja de mujeres de mediana edad entró buscando una mesa en el restaurante atestado, y Mario se puso bruscamente de pie para saludarlas. Laura las intuyó sin necesidad de presentaciones: las excitadas matronas de la ciudad, vistiendo sus mejores prendas para la fiesta, mientras los maridos cenaban aparte con los miembros de sus cofradías. Una era alta, caballuna, con ese andar estupefacto de las mujeres mal dopadas; la otra, una rubia teñida, con un peinado en forma de casco, de los años sesenta, donde la laca parecía a punto de inflamarse. Ambas le dedicaron miradas pícaras a Mario, señalándola a ella.

Laura lo imaginó entrevistando a esas matronas del Club de Leones, metiéndose a sus hogares en horarios negados a los hombres en general, dándoles importancia a sus pasatiempos, sus grupos de *bridge*, sus talleres de acuarela. Haciendo pasar por intimidad la voz cascada, por experiencia las sienes teñidas, por madurez su anticipado desengaño de vividor. Y acortando la distancia con la coartada del micrófono, hasta grabarles los suspiros, una por una, a lo largo de los años, mientras por las noches se jugaba eternas partidas de póquer en las mesas del salón vecino, con los maridos.

Y no siempre había sido esto. De pronto, Laura vio al hombre de treinta años con el que se había casado más de dos décadas antes, lo vio en una juventud tan remota que había quedado como los estratos en la ladera de un abismo, bajo una gruesa capa geológica que la dividía de esta era: el fósil de un amor extinguido, anterior a esta edad de las premoniciones cumplidas. Antes de que vinieran a establecerse en la ciudad santuario, Mario había sido un periodista promisorio que soñaba con ser escritor. Laura había leído sus cuentos alguna vez, hacía muchos años, cuando él la cortejaba. Tenía estilo y ganas; sobre todo ganas de tener un estilo, ganas de que su voz de barítono se

oyera en el papel con el mismo encanto con el que sabía tener en vilo a un auditorio contando historias de sobremesa. Lo que le faltaba era trabajo, tesón, muchas horas de escritura, horas de vuelo imaginativo y miles de páginas rotas. Faltaba quemar todos esos cuentos y empezar otros en limpio, empezarse de la nada y pasarse en limpio. Le faltaba morir al menos una vez, que es lo que casi todo escritor necesita antes de ponerse a escribir, como decía él mismo. Le faltaba casi todo, entonces. Pero ni a Laura ni a él los asustaba esa palabra: cuando se es muy joven «todo» es lo menos que se espera de la vida.

No, Mario Fernández no siempre había sido este calamitoso vividor envejecido que se mordía los labios gruesos —los cuales habían dominado definitivamente al mentón varonil—, y que continuaba eludiendo el motivo de su invitación.

—Bien, Mario, ya que hemos hablado de tantas cosas, durante más de una hora, quizás sea tiempo de que me digas aquello de lo que no debemos hablar.

Mario volvió a mirar por sobre el hombro, a llevarse la mano al bolsillo de la chaqueta, a contar sus monedas, a comprobar, quizás, que no le alcanzaban. Y por fin le dijo:

—Salió a ti.

—Soy su madre

—Me recordó nuestras peleas. Tú siempre queriendo que llamemos por su nombre a cosas que es mejor que no lo tengan...

—De acuerdo, Mario —le concedió Laura, apiadándose de sus nervios, aceptando el rodeo— hablemos entonces de mi hija. De la visita que te hizo.

Claudia se había comunicado con él hacía cuatro meses, solo un par de días antes de su visita, sin dejarle alternativas. Vendría a conocerlo, aprovechando un fin de semana largo en la universidad, y esperaba que Mario la alojara y que dispusiera de tiempo para ella. Al fin y al cabo, eso sería lo primero que le pedía a su padre en toda su existencia. Él corrió a solicitar auxilio, quizá a esas mismas amigas que habían entrado recién y ocupaban la mesa vecina, para que lo ayudaran a redecorar el cuarto de visitas, mandaran una empleada a hacer el aseo y le prestaran ropa de cama. La recibió dispuesto a

hacerle el tour de la ciudad y el desierto, presentarle a la sociedad local, a las señoras ansiosas de conocer a la mítica hija lejana. Pero ella no quiso nada de eso. Desde su llegada la muchacha lo encerró en interrogatorios detallados, rigurosos, exhaustivos. Casi lo había encandilado con un foco, estirando las noches y las preguntas para que cupieran en ellas todas sus incógnitas. No se había ido por las ramas de las cuestiones triviales, sino que se había abrazado al tronco mismo del árbol de sus dudas.

—Tal como hacía su madre —acotó Mario, con una suerte de ternura reblandecida por el desuso, por el sentimentalismo, por los licores dulces.

¿Por qué se habían separado ellos, sus padres? ¿Por qué nunca la fue a ver? ¿Por qué nunca la invitó a verlo? ¿Dónde estaba él la noche que ella tuvo un sueño y lloró llamando a alguien que no conocía? ¿O la tarde en que se hizo mujer? ¿O cuando se enamoró por primera vez sin saber si repetía algo, un miedo, una nostalgia, un rostro que solo los genes intuían? ¿O cuando decidió volver sin saber adónde?

—Y por último me preguntó...

Mario titubeó, miró por sobre el hombro otra vez, pero ahora no como si esperara auxilio, sino como si quisiera cerciorarse de que nadie más los oía, especialmente sus amigas en la mesa vecina... Laura se adelantó a sus prevenciones:

—Te preguntó dónde estabas tú cuando todas esas cosas horribles pasaron en esta ciudad, ¿verdad?

—Sí, me preguntó dónde estaba yo, y donde estabas tú, ¡y dónde estaba toda la maldita ciudad!

Lo había sometido a una inquisición en regla, para la que él no estaba preparado. Entendía que pudieran hacerse esas preguntas. Entendía que ella era una muchacha politizada, estudiante de Derecho, nacida y crecida en el exilio, en Berlín, en una ciudad donde el pasado y la historia eran carne viva, donde había asistido a la caída de un muro que se desplomó bajo el peso del fracaso de generaciones. Comprendía que ella, al viajar al lugar de sus orígenes, creía que lo hacía a un país donde otras murallas acababan de desmoronarse, dejando a la vista un paisaje ausente como ese desierto, idéntico a las

culpas de sus mayores. Intuía que aquí, como en Berlín, no serían los viejos sino los jóvenes quienes exigirían recordar ese pasado a quienes preferirían olvidarlo. Podía anticipar todo eso, pero lo que Mario no había previsto era esa sensación de inautenticidad en sus propias contestaciones, de estar dando respuestas evasivas, dilatorias, demasiado largas. Sospechosas por su propia complejidad.

—Y tú no supiste contestarle —lo ayudó Laura.

—No supe cómo, sin mencionar...

—Aquello que no habías nacido para oír.

—¿Cómo dices?

—Nada. Considéralo una broma privada...

Y Mario prefirió considerarlo así, porque continuó, aliviado de aquello que le facilitaban evadir, por una vez:

—No sé por qué una niña nacida y criada en el extranjero se interesa en estas cosas... ¿Cómo puede entender ella lo que era ser periodista en un país con censura? Lo que fue saber lo que no se podía informar...

—Y que continúas sin poder informar.

Mario lo consideró un momento, hizo un buche con el aperitivo verde, esbozó una sonrisa amarga, esperó hasta que el licor la endulzara, devolviéndolo al cinismo:

—Tienes que concedérmelo, Laura —contraargumentó, algo molesto —. Esta vez mis evasiones sirvieron de algo. Si yo no hubiera eludido contestarle a Claudia, ella no habría ido con sus preguntas por media ciudad. Y si la ciudad no la hubiera evadido, ella no hubiera llegado hasta el abogado Martínez Roth. Y sin él ella no se habría enterado de las acusaciones contra Cáceres, y que tú eras la jueza titular aquí en esa época. Y entonces Claudia no te habría escrito preguntándote todo lo que supongo te preguntó, porque también me lo preguntó a mí. Y sin esa carta, quizá, tú ni siquiera estarías acá... —Mario hizo una pausa, y concluyó—. Así que mis evasivas te trajeron, Laurita, tienes que reconocérmelo.

Sí, aunque el cinismo se le daba peor que la amargura, Laura tuvo que reconocérselo. Mario andaba cerca, o el licor verde adivinaba por él: sin esa cadena de acontecimientos —la palabra «cadena» era la más

justa— Claudia no le habría escrito a su madre esa carta con el matasellos violáceo de Pampa Hundida, que Laura había recibido tres meses atrás en su despacho de la Frei Universität, en Berlín, al otro lado del mundo y el tiempo.

La carta en la que Claudia empezaba por contarle de las querellas contra Cáceres que había intentado el joven abogado Martínez Roth —«parece que los únicos dispuestos a enfrentar el pasado en este país somos quienes no lo vivimos»—, y en las cuales un tal Fuenzalida, el juez venal que Laura venía a suceder, había absuelto al coronel en retiro de inmediato, sumariamente. La carta en la que le exponía —¡y con qué talento jurídico!— los antecedentes de esos juicios frustrados, los datos truncados que el joven abogado había reunido. Tras lo cual desembocaba inevitablemente, fatalmente, en esas preguntas que ambos habían repetido por todo el pueblo y que nadie parecía dispuesto a contestarles; preguntas las cuales, a su vez, dirigidas y personalizadas, ella le formulaba a su madre: «¿Por qué nunca me contaste que conociste a un carnicero como ese tal Cáceres?», le había escrito Claudia. «¿Sabías que ahora él vive aquí mismo donde cometió sus crímenes, burlándose de la justicia? ¿Por qué no me has contando casi nada de esta ciudad santuario que vivió y prosperó junto a un campamento de prisioneros? ¿Por qué he tenido que venir a esta ciudad para enterarme de que tú eras la jueza en funciones en Pampa Hundida en aquélla época, cuando algunos de los peores crímenes de la dictadura se cometieron en tu jurisdicción?»

Mientras tanto Mario se excusaba, se perdonaba y se indignaba, incluso:

—Yo no tengo por qué explicarme. Yo hice lo que pude...

De pronto, Laura sintió un extraño, inesperado, acceso de furia. Lo sintió moverse en ella y lo estuvo estudiando un segundo, como algo que no le pertenecía y le repugnaba un poco. Era como si el cadáver del amor que hubo entre ambos hubiera hecho un movimiento espasmódico, que no significaba vida, sino que solo manifestaba el trabajo de los gases y la corrupción. Lo corrigió:

—Hiciste más de lo que pudiste. No te olvides de tu «calaverada».

Mario encajó bien el golpe. Ni siquiera enrojeció. O quizás era que

ese bofetón espasmódico, de un cadáver, no podía dejar huellas en su rostro tumefacto de bebedor.

—Nunca me perdonaste eso, ¿verdad? Fue ahí que te perdí.

—No, Mario, fue un poco después.

Mario se inclinó sobre la mesa, reaccionando, intentando otra vez, como esa noche de hacía veinte años, justificarse, mentir. Susurró:

—Laurita, fue una mala broma de borrachos, me pusieron unos calzones en el bolsillo. Fue una...

Y quizás habría empleado otra vez la palabra que usó esa noche para intentar justificarse: esos calzones negros, de seda sintética, con unas manchas que podían ser (o no) de rouge, habían sido solo una «calaverada» de los amigos. Pero Laura no se lo permitió:

—Shhht, por favor —le pidió ella, llevándose el dedo índice a los labios—. ¿No decías tú que hay cosas a las que es mejor no ponerles nombre?

Callaron. Mario se echó para atrás en su silla y se palpó el bolsillito del pecho. Quizás temía que asomaran por allí aquellos calzones negros que, en realidad, fueron solo una broma de borrachos comparados con la verdadera «calaverada». Un grupo ingresó al comedor y entre las batientes se coló con ellos el retumbar de los tambores, las letanías de los penitentes, las bandas en la plaza distante que vinieron a amortiguar los sonidos de las mesas, los cubiertos y vasos, las risas en el interior del Círculo. El tiempo transcurrido y eludido también hizo su entrada y pasó entre ellos como un extraño en la calle al que es imposible recordar dónde se lo vio antes. O tal vez este le comentó algo a Mario, al pasar, pues murmuró unas palabras inaudibles, con una de esas cuerdas vocales cortadas. De pronto, Laura sospechó cómo se había ido quedando sin voz: de tanto bajarla, de tanto susurrar.

—¿Cómo dijiste? No te oí.

—Dije que cuando me dejaste creí que me moriría, Laura... —le repitió Mario, aflojando el pañuelo de seda, seboso, que lo estrangulaba; y enseguida se corrigió—: Una parte de mí se fue muriendo. Y la otra parte cuidaba al dolor que me estaba matando, para sentirse acompañada...

—Hablas bonito, Mario. Siempre lo hiciste. Debieras escribirlo. ¿Te acuerdas que siempre decías que un escritor debe morir una vez, para tener algo de lo cual escribir?

Él no contestó. Tal vez había olvidado su máxima; o el dolor había convertido en literatura sus principios. Y sin embargo, en ese momento, recién, Laura intuyó que la separación estaba completa, que ya ni siquiera tenían un pasado en común. Eran un hombre y una mujer solos, en la mediana edad, enterrando definitivamente su juventud. Porque ella, la Laura que fue, también había muerto. Por otras causas y de otro modo. Pero había muerto. Su soledad era el cadáver, la reliquia, la vela encendida en el nicho de aquella difunta.

Mario chasqueó los dedos y pidió un bajativo. Le trajeron una copa donde temblaba el mismo licor verdoso de antes de la cena. Evidentemente, conocían de memoria sus gustos. Al beber le cambió el rostro, volvió a su optimismo radiofónico. Siempre había tenido esa facilidad: el mal humor le duraba bastante menos que una copa. Intentó sonreír:

—No me engañas. Esa calaverada me la perdonaste. No fue por eso que te fuiste.

—Quizás me fui para no acostumbrarme a perdonarte.

Sí, quizás hasta se habría acostumbrado. Y, acaso, hasta habría llegado a tolerar una colección de calzones manchados de rouge (si es que eran de rouge esas manchas, en lugar de algo a lo que era preferible no ponerle nombre). Y si toleraba eso quizá se habría podido habituar también a las otras prendas negras, las otras calaveradas que siguieron al golpe militar y a la llegada de Cáceres y a la construcción del Campamento. Habituarse al aroma a miedo del periodista que era peor incluso que el olor a perfumes baratos que impregnaba sus ropas, a su sonoro silencio de locutor enmudecido, a la «fascinación» que intuyó esa noche cuando Mario le contó que Cáceres hablaba de la muerte «con la intimidad de un enamorado» y se jactaba de cosas que él «no había nacido para oír». Sí, quizás ella temió habituarse a la fascinación y a la intimidad del miedo de él, que era como un espejo del miedo de ella. Posiblemente ella temió acostumbrarse a todas esas cosas. Aunque en definitiva tampoco fue

por esas razones que se marchó. Y ambos lo sabían.

Ahora pareció que el viejo reportero se hubiera guardado otra pregunta, entre las muchas que le había formulado Claudia y que él dejó sin respuesta:

—¿Tenías que irte sin decirme que estabas embarazada?

Ella sostuvo su mirada:

—Ya no había nada entre nosotros, y lo sabías.

—No —la contradijo Mario, pero sin ánimo, consciente de que no se puede refutar al destino—. Supe que no había nada cuando me enteré por casualidad de que habías tenido a Claudia, en Alemania, sin decírmelo a mí.

Por primera vez, Laura percibió un resabio de rencor en la voz de Mario. Y lo encontró preferible al afónico cinismo del vividor envejecido. El rencor podía ser el comienzo de un relato, un alambre oxidado donde ensartar las cuentas sueltas de su vida: la concupiscencia, la censura, los dientes amarillos. Y ella se preguntó si finalmente, al cabo de todos esos años, Mario habría empezado la novela que soñaba con escribir. Pero no se sintió capaz de infligirle también esa herida y, doblando su servilleta, miró el reloj para irse.

Mario protestó:

—No te vayas aún. Nos falta tanto que hablar.

—¿Que hablar o que evadir, Mario?

Laura tomó su cartera y se puso de pie para marcharse. Aunque lo hizo con rapidez, Mario alcanzó a emerger de su bajativo verde y se abalanzó sobre la mesa, reteniéndola por la muñeca. Laura se sorprendió de tolerar ese contacto, como si su piel hubiera perdonado antes que ella. Él le dijo:

—El hombre volvió, ¿sabes?

Laura consintió en sentarse, en saber, lentamente.

—Creí que ibas a eludirlo toda la noche.

—Pero ya ves, lo he mencionado. Lleva casi cinco años acampando en las ruinas del campamento. Él mismo es una ruina... —le dijo, y aprovechando el envión, como si temiera que si perdía esa inercia nunca se atrevería, agregó—: Volviste por él, ¿verdad?

Laura lo quedó mirando, preguntándose si ella se merecía el

cuidado, el cariño añejo, los tardíos celos, que rodaban como los engranajes de un reloj roto —el que una vez marcó la hora de sus vidas— en la voz cascada de su ex marido. Se preguntaba si por una vez el periodista censurado había hecho la pregunta justa, y realmente ella había vuelto por la «fascinación» que ejercía ese hombre en ruinas (fascinada, aún, como nosotros, por el hombre que hablaba de la muerte con aquella intimidad de enamorado).

—Digamos que vengo a terminar un pacto, Mario.

Él suspiró profundo, negó con la mano fuerte —pero de gestos blandos—, y luego afirmó:

—Esta vez no te dejaré sola. Esta vez sí me interpondré, Laura.

Laura estuvo a punto de tomarle la mano y estrechársela, como se hace con quien ha cumplido su parte de un trato (o al menos no lo ha olvidado). Había usado otra vez el verbo aquel, el que usó una tarde de hacía veinte años para jurarle que la próxima vez se «interpondría». Y hasta se mostraba inclinado a cumplir esa promesa que nadie le pidió e insistir:

—Yo lo haré, Laura. No tienes que hacerlo tú. Aunque no me creas, lo que hayas venido a hacer, lo haré yo...

—Pues apúrate, porque iré a verlo esta misma noche, enseguida.

Mario la escrutó, angustiado. Laura vio sus iris verdes temblando en las escleróticas inyectadas, aceitosas, como si una gota del aperitivo hubiera caído en una lágrima sanguinolenta. Antes de que hiciera otro de sus gestos blandos, replegándose, eludiendo otra vez:

—Esta noche no puedo, por la fiesta. Tengo cabalgata musical hasta la amanecida en la radio. Precisamente me escapé y ya tengo que volver. No puedo ir esta noche.

—Esta noche no puedes «interponerte»... —repitió Laura.

Y sintió que la furia anterior (esa que era el espasmo del cadáver de un amor) cedía, y en su lugar una lástima tan extemporánea, que casi sugería simpatía, la reemplazaba:

—Mejor así, Mario. No te preocupes. ¿Te acuerdas de una frase que tú solías citar, sobre las tragedias cuando se repiten?

Mario recitó maquinalmente, con un hilo de su voz afónica:

—«Las tragedias, cuando se repiten, lo hacen como farsas». Nunca

supe de quién es la cita.

—Yo sí, y ese no es el texto exacto. Pero no importa.

Laura se puso otra vez de pie para irse. Esta vez, Mario no la retuvo:

—¿Qué vas a hacer, Laurita? Ya no tiene sentido. No vayas donde el hombre. Él ya no sabe de pactos, ni siquiera sabe bien quién es. Y nadie le ha dicho nada a Claudia. Nadie le dirá nada. Yo tampoco.

—Entonces, ¿por qué temes que vaya?

Mario la quedó mirando hacia arriba. Su manzana de Adán subió y bajó tragando saliva, parecía que buscaba la palabra precisa para su emoción y que no la hallaba. Porque no era «amor», ni «fascinación», e indudablemente tampoco era la palabra «calaverada»... Pero antes de que la hallara, o porque temía que pudiera hallarla, Laura salió del comedor.

4

Claudia, la noche avanza en Berlín y yo me refugio en esta carta. Temo volver a mi cama y a mi insomnio —a la pesadilla y al insomnio que me trajo tu carta— y debo agradecerte que me estés dando el refugio de escribirte. De escribirte para recordar. Cuando se ha huido mucho de la memoria, el primer alivio es rendirse a su abrazo. Esto lo saben los curas católicos y los psicoanalistas —esos confesores seculares—: no hay olvido verdadero que no comience por el recuerdo. Tarde o temprano, también los hijos, con los que vivíamos para el futuro, nos impiden olvidar, nos empujan a la memoria con sus preguntas temerarias sobre un pasado que no vivieron («¿dónde estuviste tú, mamá...?»).

Y quizás está bien. En su insatisfacción y su rebeldía, en su necesidad de respuestas, en su manera de formular de nuevo las preguntas elementales, que quisimos dar por respondidas, los hijos nos hacen el favor de reeducarnos para la duda y la inconformidad. ¿Por qué? ¿Por qué sale el sol? ¿Por qué se acaba el día? No hay edad más filosófica que la infancia, cuando todo es un por qué. Pero al menos a esa edad los padres podemos inventar todavía lo que no sabemos o no podemos contestar; es en la adolescencia cuando nos quedamos sin respuestas. ¿Recuerdas el día en que, apenas caído el muro, decidiste ir con tus compañeros del último año del Gymnasium al campo de concentración de Sachenhausen, en Oranienburg? Aquí, al lado de la orgullosa capital alemana, casi a la vista de sus universidades y de sus teatros y sus monumentos neoclásicos, en un suburbio de sus ideales humanistas, se había diseñado el modelo original de los campos de dolor y horror que los nazis prodigarían por Europa. Volviste demudada y a la vez llena de porqués. Yo, a esas alturas, ya no podía inventarte más respuestas. Solo pude recordarte el momento aquel cuando Primo Levi, en su memoria de Auschwitz, intenta tomar una

estalactita de hielo para saciar su sed abrasadora y un guardia se lo impide. Por qué, pregunta él, y el guardia —filósofo natural del horror, a su modo— le contesta: Hier ist kein warum! *Aquí no hay un porqué*.

Allí donde terminan los «porqués» acaba finalmente la infancia. Mi larga infancia, que se había prolongado en mi educación legal y me había transformado en esa joven jueza ilustrada, llena de dudas pero a la vez llena de esperanzadas respuestas, empezó a terminar con el golpe de estado. Mi transacción legalista, mi sueño privado de hacer justicia con leyes injustas, similar al del presidente suicida, desembocaba en el miedo y la culpabilidad. Temía que alguien ahora viniera a preguntarme por qué, a pedirle una respuesta a la ley. Y que viera en mi rostro la nueva máscara de mi desesperación: la venda iba cayendo, o había caído, para posarse en la boca. La norma dejaba de ser un relato más del mundo, para empezar a reemplazarlo. El estado totalitario no es aquel donde no hay ley, sino ese donde no hay nada más que leyes y ningún porqué. Y yo era la jueza en ese nuevo mundo.

(Te preguntarás de nuevo, Claudia, por qué me pongo a explicarte todo esto recién ahora, por qué no fui poco a poco, como hacen los padres con los hijos, abriéndote los ojos paulatinamente, para que el sol violento de la verdad no te quemara el iris de tus ilusiones. Pues bien, no me fue posible, no soy tan fuerte, no soy fuerte en absoluto. Acaso fuerte lo parece mi personaje, la otra que me he inventado para vivir tras su armadura de doctrinas y filosofía. Si hubiera empezado a explicarte antes, ya no podría haberme detenido, inevitablemente tendría que habértelo explicado todo. ¿Y cómo se explica a una niña la maldad, si la maldad la hemos encarnado en nuestra piel; cómo se le enseña a reconocer el rostro del miedo, si hemos cantado ese miedo; cómo se la hace entrar en la habitación secreta donde yace una mujer colgada por las piernas, si esa mujer soy yo misma?)

Yo —o no yo, sino la joven jueza de veinticuatro años que era entonces — estaba terminando las audiencias de esa mañana de un día de octubre, en el tribunal, cuando me llegó la noticia de la llegada de los militares. Interrumpí el comparendo por un caso de abigeato y caminé confundida con los acusados y los querellantes hasta la Plaza de la Matriz. Dos camiones entoldados copaban las salidas de la plaza. El jeep del

comandante vino tras ellos hasta estacionarse frente a la alcaldía, bajo el pórtico blasonado y los historiados balcones de fierro; llevaba uncido ese extraño remolque para caballos, plateado, que refulgía bajo el sol del mediodía.

*Como ya te conté, algo coceaba y bufaba en el interior de aquel remolque. Digo «algo», Claudia, porque en ese momento no podía estar segura de que fuera realmente un caballo aquella bestia enloquecida y furibunda que coceaba y relinchaba con evidente desesperación. Y porque también costaba imaginar que al animal —evidentemente fino, acaso un pura sangre—, que venía en esa caja de metal plateado, no le hubieran dado agua ni le hubieran limpiado el habitáculo que hedía a diez metros a la redonda, durante todo el largo y sofocante trayecto que la columna habría hecho a través del desierto para alcanzar nuestra ciudad. Me costaba convencerme de que su amo, el oficial que saltó del jeep —alto, angular, impaciente—, en vez de soltar al caballo, o darle agua, se contentara con ese chasquido imperativo de la lengua y con ese otro chasquear: el de la fusta contra la pernera de sus pantalones y luego contra la pared metálica, plateada, del acoplado. El mayor consolaba a su caballo (si es que era un caballo esa bestia enloquecida) con el chasquido de la lengua y al mismo tiempo —esto es crucial, Claudia— lo amenazaba con el restallido de su fusta. ¿Por qué no ordenaba que lo liberaran y que le dieran de comer y que airearan esa celda móvil cuyo hedor a estiércol llegaba hasta la pequeña multitud que sus soldados mantenían a raya? ¿Por qué no le daba de beber a ese animal? (*Hier ist kein warum; aquí no hay un porqué*).*

El comandante subió las escalinatas del municipio, bajo las descascaradas arcadas neoclásicas y el escudo con las armas de la ciudad, hasta donde otro militar de rango inferior se dirigía a la asamblea de ciudadanos haciendo las presentaciones. Por nuestra parte, cada tanto, algunos aplaudían esas palabras, mientras otros, la mayoría, permanecían a la expectativa, aguardando una señal que les indicara el partido a tomar. Al entreverarme más en el grupo de espectadores (por oír mejor o por acercarme al remolque donde pateaba el animal, no lo sé con exactitud, Claudia) me pareció que entraba en un sueño o en un carnaval, como si la fiesta anual se repitiera, solo que ahora no sabíamos a quién

celebrábamos. No reconocía a nadie. ¡Esas caras de neutralidad, de inocencia, esas máscaras! ¿A quién pertenecían? ¿Dónde estaban mis conciudadanos irreconciliables, los bandos en los que nos habíamos dividido? ¿Habían callado, habían desaparecido, habían dejado de existir repentinamente? El militar de bajo rango gritaba —ahora sí pude oír un fragmento— que el nuevo gobierno de las Fuerzas Armadas venía a restablecer la unidad del país. Y la pequeña muchedumbre aplaudía, algunos con vigor, otros con la vista baja, mirándose las manos casi con estupor, como si no fueran suyas, como si algo que no controlaban, un miedo o el fantasma de un miedo, las moviera por ellos (manos postizas, de loza, manitos de muñeca, de imagen, que empezaban a desobedecernos, a romper nuestros papeles comprometedores, a quemar nuestros libros prohibidos, a firmar una denuncia secreta...). Ya no estábamos divididos, ahora éramos solo una masa amorfa, maleable, licuada por el sol implacable del poder: la muchedumbre, el coro anterior a nuestras diferencias, asistiendo fascinados al paso de ganso de la Historia por nuestras calles. La realidad se simplificaba, el nudo gordiano que había atado a las dos mitades enemigas de nuestra sociedad había sido tajado por la espada, por el miedo a la espada que ahora nos unía. Y yo, Claudia, seguía sin reconocer a nadie. Hasta hoy no podría decirte quiénes asistieron a esa proclamación y quiénes faltaron.

Mario apareció a mi lado, abriéndose paso entre la multitud. Me puso un brazo sobre los hombros y me estrechó, como si intentara protegerme de algo. Pero era él quien temblaba, y de su fiel grabadora Akai, la de las entrevistas, colgaba un moño de cintas enredadas. Me explicó, con una falsa sonrisa de indiferencia en los labios: «Traté de grabar los discursos para la radio. No respetaron mi credencial...». Un soldado le había quitado la grabadora sin contemplaciones y había arrancado la cinta, rompiéndole de pasada la tapa.

Recuerdo, Claudia, que él y yo, la pareja que todavía éramos entonces, nos quedamos mirando, aislados entre los murmullos y los ocasionales aplausos de la multitud (y los bufidos y las patadas del caballo —si es que era un caballo— en su remolque). Nos miramos a los ojos. Y fuimos apartando la vista, como si empezáramos a sentir vergüenza de lo que veíamos en el rostro del otro: ¿tal vez unas máscaras que empezaban a

formarse?

En ese momento, una coz más fuerte que las anteriores hizo balancearse al acoplado sobre sus neumáticos. Y el comandante pareció exasperarse, perder la paciencia. Bajó las escalinatas desentendiéndose del acto y fue hasta la ventanilla enrejada, calada en la puerta del remolque. Por un momento pensé que iba a abrirla y soltaría por fin a ese animal desesperado. Pero en lugar de eso se limitó a emitir otro de esos chasquidos hacia el interior y administrarle un fustazo a la rejilla. Enseguida se apartó, abriéndose paso entre el hatajo de civiles que babeaban sus agradecimientos por el «movimiento militar que ha salvado la patria». Y fue cruzando la plaza en dirección a la Basílica, olvidándose del acto preparado en su honor, y del animal en el acoplado hirviente bajo el sol del mediodía, esa bestia encerrada que los soldados armados parecían custodiar —pero a la que no daban de beber— y que pateaba y bufaba, e incluso relinchó, quizás por desesperación, cuando su amo se alejó hacia la iglesia.

«Y tú qué hiciste?», creo que le pregunté a Mario, aludiendo a su grabadora rota, y esforzándome por apartar mi mirada del hombre que se hundía en las sombras de la Basílica, dejando atrás y entre nosotros a su animal encerrado. «Qué iba a hacer. El milico tenía un rifle de este porte», me contestó. Y yo le retruqué, lo creas o no, Claudia: «Tienes que denunciarlo. Es una violación a tus derechos constitucionales, a la libertad de prensa...».

¡La Constitución, la libertad de prensa! Lo dije automáticamente, sin pensar. Ahora, en este presente, mientras te escribo desde esta noche berlinesa de veinte años después, lo recuerdo y la risa asoma sola a mis labios y se confunde con las otras vergüenzas irónicas de mi memoria. ¡Sí, así de ingenua, así de inocente, así de joven era, todavía! Mis reflejos legales, como los de un perro pavloviano*, se activaban automáticamente ante el estímulo: me servían el plato de excrementos de la Historia (el estiércol y la orina pútrida que emanaban de ese remolque) y yo salivaba sobre él una receta jurídica. Lo que ocurría era un error, un desorden transitorio en el orden del derecho, pero pronto las cosas volverían a su sitio. Yo contribuiría a que así fuera... La risa me llena los ojos de lágrimas y debo detenerme, la letra se me enreda, convulsa, sobre las páginas de*

esta carta, y no puedo permitirlo: debes entender lo que escribo aunque no comprendas lo que digo. Aunque quizá nunca me comprendas.

Entonces, Claudia, yo no aguanté más. Sé que suena absurdo pero, de pronto, toda la tensión del mes anterior, desde el golpe de estado, cuando empecé a sentirme anticipadamente culpable, se liberó en un incontenible deseo de hacer algo. Y ese «algo», lo único que encontré que podía hacer, fue mi deseo incontenible, mi urgencia inexplicable de seguir al mayor de ejército al interior de la iglesia y enfrentarlo, aunque no sabía aún para qué. «Voy a hablarle a ese comandante...», le dije a Mario, desasiéndome de su inútil abrazo protector. «No hace falta, no te harán caso», trató, creo que trató de disuadirme, él. Pero yo no lo escuché, me solté de su mano (algo bufaba y pateaba en mí, como el caballo queriendo ir tras su amo), y crucé la plaza. Subí las gradas del templo hasta entreverarme en el grupo de uniformados y civiles que en el atrio esperaban al comandante. Al verme, Mamani, el flamante alcalde designado por la dictadura, reaccionó con esa imprevista agilidad suya que hacía sospechar acerca del verdadero peso de su obesidad, me tomó por el brazo me introdujo hasta el centro del círculo: «Les presento a nuestra jueza, Laura Larco. Casada con el señor periodista, acá», le dijo al grupo de uniformados, introduciendo también a Mario, que me había seguido. Y añadió, con esa voz suya, de «dama», tan delicada que una nunca podía decir donde terminaba la amabilidad y empezaba la ironía: «Laura es el orgullo de nuestra provincia, la jueza más joven del país fue nombrada en nuestra ciudad...».

Tal vez habría seguido con esos elogios aceitosos, pero lo interrumpí: «Quiero hablar con el comandante, tengo un reclamo». Hubo un silencio en el círculo de uniformados y civiles, un par de carraspeos nerviosos, por último un oficial me dijo, con cierta incomodidad, como si confesara un vicio menor pero humillante: «Mi mayor Cáceres está rezando». Cáceres (fue la primera vez que oí su nombre) estaba rezando; el mayor Mariano Cáceres Latorre, el mismo que tú me mencionas en tu carta, hoy coronel en retiro, el que ha vuelto a vivir entre las ruinas del campamento que comandó, llegaba al pueblo con su animal enloquecido en el remolque y lo primero que hacía era entrar a la iglesia para rezar. El mismo oficial agregó: «No se lo puede interrumpir». Me abrí paso, empujé la puerta chica del templo y entré (algo coceaba en mí, como el caballo queriendo seguir a

su amo). Nadie se atrevió a detenerme.

* * *

Recuerdo la iglesia en penumbras. Debe haber estado iluminada por los grandes rosetones de vidrios de colores, pero yo venía deslumbrada por el sol de la plaza y la recuerdo a oscuras, en tinieblas. En esas tinieblas avanzo por la nave hasta llegar al transepto y entonces oigo un ruido a mi derecha, un crujido en la capilla de los milagros. Entro en ella tropezando con las bancas, esperando adivinar la espalda del uniformado orando de rodillas, con una rodilla hincada en tierra, velando sus armas, quizás, como los caballeros medievales. Pero no encuentro nada de eso. Por lo menos al principio, parece que no hay nadie allí —nadie, salvo las placas de agradecimientos en los muros, los exvotos, las muletas y los bastones, los frascos con cálculos biliares y las prótesis, que penden de la bóveda, la presencia viva de tantas esperanzas de milagro. Luego identifico mejor el sonido, oigo el crujido de los peldaños en la escalerilla que cae por un costado del altar. Alguien viene bajando por ella, alguien desciende muy lentamente, como si bajara del cielo mismo, y lo primero que veo, antes que al hombre, antes que al soldado en uniforme, lo primero que veo son los ojos que van saliendo de las sombras —o quizás digo mal, Claudia, no salían, era como si esos ojos desgarraran la oscuridad. El mayor se había sacado las gafas oscuras que llevaba en la calle y ahora unos ojos grises, de perro siberiano, unos ojos taciturnos, o acaso adoloridos, me miraban como si los hiriera verme —o los hiriera ver en mí algo que todavía no habían visto, pero verían.

El hombre termina de bajar la escalinata y viene hacia mí, sin prisas, saliendo de la oscuridad. Es alto, nervudo, rapado, de sienes y mejillas hundidas, magras, a través de las cuales se ven trabajar los músculos de las mandíbulas (como si todo el tiempo se estuviera mordiendo el corazón; pero esto lo veré después, mucho después). Se diría que es bello, si un dolor forrado en piel humana pudiera ser bello. Y trae algo en la mano, pero en esa penumbra —esa penumbra que ahora es el efecto hipnótico de sus ojos fijos poniendo entre paréntesis al resto del mundo— no puedo ver qué es lo que trae, hasta que levanta el bulto, y descubro que es la imagen. Que la ha bajado, arriado, descendido de su altar, y me dice: «La Patrona, al fin

la conozco...».

Y yo, tratando de no olvidar para qué entré a la iglesia, en primer lugar: «Mayor, le traigo un reclamo, un abuso, una violación contra la libertad de prensa...». Y él, mirando al icono: «Vino con los primeros conquistadores, por este mismo desierto, en el arzón de la montura de uno de mis antepasados, hace cuatrocientos años». Y yo sin entender todavía, sin querer entender: «Uno de sus soldados atacó a un periodista». Y él, con ternura, como si hablara de una hija a la que lleva en brazos: «Se manchó de sangre, vio morir, nos animó a matar, en quizá cuantas batallas». Y yo, empecinada en la ley, pero ya bajando la voz: «se ha cometido una violación...». Y el mayor, enfocándome de nuevo con esos ojos grises, de perro perdido en el polo, levantando la imagen, poniéndola junto a mi rostro, comparándonos: «¿Le habían dicho que se le parece?» Y yo: «¿a quién?» Y el comandante, con cierta incomprensible, inesperada tristeza, que apenas escapa de los labios finos y apretados, como si sostuviera entre ellos un cuchillo invisible, murmura: «Usted, jueza, usted y la Patrona se parecen: tan jovencitas, tan hermosas las dos».

Por un instante quedo desconcertada, comprendo que sabe quién soy, que esos ojos me han visto antes (acaso en una fotografía de archivo), que han imaginado lo que no veían, leyendo mi expediente, en alguna oficina, de alguna guarnición lejana, donde recibió sus órdenes y preparó la misión que lo traería hasta acá. Y resbalando en esa perplejidad cometo mi error, Claudia, mi primer error con él. O quizás me lo hace cometer Ella, la Patrona, el olor a velas viejas, a ceras antiguas, pegado al vestidito polvoriento, el olor a pelo de muerto de la imagen que sostiene frente a mí. Como sea, le sigo el juego, volteo a mirarla, examino el rostro de esa figura que nunca he visto tan de cerca, que solo he divisado al resplandor ondeante de las antorchas durante las procesiones, en las dos fiestas que me han tocado en la ciudad, la miro y contemplo los ojos verdes entornados, que me siguen como si estuvieran vivos, las lágrimas de cristal que ruedan por las mejillas de porcelana, advierto la sonrisa que, de cerca, discrepa con el llanto, la sonrisa que deja a la vista unos dientecillos agudos y ratoniles. Y de pronto esa sonrisa no me parece en absoluto incongruente, me parece más bien el misterio de un éxtasis, el misterio de un dolor tan intenso que no se distingue del placer, un placer aniquilador y

mortal, un dolor que es como el goce de otro mundo. Y los ojos grises del comandante van de la imagen a mí, y repite, con esa tristeza que mancha lo que compadece: «Se parecen, Laura: las dos jovencitas, bellas, con una responsabilidad tan grande. Y tan dispuestas a sufrir por ella».

Recién entonces yo comprendo la comparación que hace y me indigno. Como si la comparación que él ha hecho fuera, por alguna razón desconocida, la ofensa más grave que me pudieran infligir, pierdo en ese momento los estribos (nunca más apropiada la expresión, Claudia), y el mes desde el golpe de estado que he pasado esperando y temiendo empuja y azuza a mi ira, que finalmente se desata en el grito imprevisto que le dirijo a ese hombre melancólico (cuya melancolía ensucia la palabra melancolía), ordenándole: «¡Suelte a ese pobre animal que trae encerrado!».

Y me quedo con la boca abierta, sorprendida yo misma por lo que acaba de gritar mi boca, dándome cuenta solo en ese instante que esto es, realmente, lo que vine a reclamarle: que soltara a la bestia que trae en el remolque plateado y ardiente, el animal que patea y bufa y hiede, como lo que en mi interior patea y bufa y quiere salir.

Pero el mayor no se inmuta, sonríe apenas, los ojos grises y tristes se encienden un poco, cuando me dice en voz baja y despiadada (en la oscuridad cóncava de la Basílica, esa voz suena como si el propio Dios padre me hablara): «¿A quién crees que le estás gritando? ¿Dónde te crees que estás? ¿En tu fundo, Patroncita?»

Patroncita, me ha llamado. Como me llamaban los campesinos en el campo de mi padre. Me doy cuenta de que he usado ese tono de autoridad con él, al gritarle que suelte a esa bestia. Y él me ha llamado Patroncita. La palabra cae al piso de baldosas de la Basílica, entre nosotros, y se clava allí como la reja de un arado dando contra una roca, con su sonido a piedra y metal sucio: Patroncita, plantando allí una semilla, preñando la tierra, una semilla de la cual brota una rama invisible, enmarañada y viva, como una de esas plantas carnívoras que no se mueven sino que esperan a lo que desean devorar. Y yo soy lo que la palabra «patroncita» va a devorar.

5

Las luces del auto de Laura barrieron la doble alambrada de púas oxidadas, las ruinas encerradas que los faros arrancaban y devolvían a la noche, la casa rodante en caravana con la camioneta que la tiraba, tal como ella la había imaginado, acampando al fondo del gran patio de maniobras del antiguo campamento de prisioneros. Laura estacionó en la entrada, frente a los portones descuadrados, apagó los focos, descendió. La fría luz de las estrellas, que en el desierto es como la luz de un eclipse o la de un sueño, helaba el perímetro de fachadas viudas, la quijada impar de los tejados desplomados, las ventanas hundidas sobre la noche pálida que alojaba en los interiores. Laura se dio vuelta, titubeó, midió lo que abandonaba, lo que había cruzado para llegar al borde de estas ruinas.

A unos mil metros de las alambradas, entreverados al bosque de tamarugos que bordeaba la hondonada de la ciudad santuario, distantes del campamento, como si le temieran, y a la vez invenciblemente atraídos por su radiación negra, en semicírculo, como un anillo roto —el anillo gaseoso de una estrella apagada—, brillaban los fuegos del tolderío de los peregrinos venidos a la fiesta anual: sus ollas comunes, sus radios a pilas, sus tendederos de ropa donde aleteaban los disfraces húmedos de sudor puestos a secarse. Veinte años antes, Laura había venido también de noche, varias noches (a intervalos impredecibles pero inevitables), y había permitido que los centinelas le abrieran ese portón, y la patrulla que la conducía había cruzado el patio oscuro hacia la puerta de la casa del Mayor, donde el hombre la esperaba recortado contra el umbral encendido, y que lo encendía a él, como rodeándolo de una aureola de llamas.

Ahora, en el lugar donde estuvo aquel edificio, bajo la chimenea

industrial de la vieja salitrera —su lanza torcida contra el firmamento, su lamento de flauta prehistórica soplada por el viento del desierto—, solo estacionaba una casa rodante. Una lámpara a petróleo colgaba del toldillo verde a rayas blancas, desplegado sobre el umbral del remolque, y se cimbraba, como un diminuto sol ahorcado.

Laura empujó el portón de rejas carcomidas por el salitre y fue cruzando el gran patio hacia la casa rodante. Caminaba imantada por ese cono de luz que caía del toldillo de la caravana, por esa lámpara al fondo de una mina, que le devolvía a fogonazos el paisaje enterrado de su memoria: la comandancia del penal donde una vez se presentó a hacer una «Inspección Ocular», la oficina con la pizarra donde unas sumas no cuadraban, y el joven teniente que le suplicaba: «¿No podría volver otro día, por favor, magistrada?»; y al fondo, en el lugar más apartado del complejo, donde hoy acampaba la caravana, el peladero donde estuvo la casa de Cáceres, ese hogar que el mayor se hizo construir con las tablas de la mansión ruinosa del gerente inglés de la planta primitiva. Ese supuesto hogar (que también podía llamarse hoguera), alejado de las barracas de prisioneros, había convivido con las ruinas, las habitaciones destechadas, los cuartos baldíos que lo rodeaban confirmando su desvarío y vaticinando su destrucción. Ahora, comprobó Laura, el vaticinio se había cumplido: parecía que un viento de Apocalipsis hubiera pasado por el campamento. Ni las casamatas de los prisioneros —que desde el camino, a su llegada, le habían parecido intactas— habían sobrevivido: solo tres o cuatro fachadas huérfanas, unas ventanas enrejadas que lloraban largas lágrimas de óxido, una puerta que azotaba la ventolera, un letrero de latón herrumbrado hasta lo indescifrable que se cimbraba de un poste, un remolino de polvo que correteaba por los callejones vacíos levantando un papel, llevándolo de umbral en umbral como un mensajero al que nadie le abría.

La jueza llegó ante la casa rodante. De cerca, el toldillo era el saldo de una carpa militar, y las rayas, en realidad, hendiduras, hilachas, jirones que flameaban en la brisa nocturna. El acoplado mostraba las costillas del fuselaje, donde el óxido se había comido la carrocería, y tenía todos los neumáticos desinflados, rotos, hundidos hasta el eje en

la chusca, como si su propietario no planeara volver a moverlo, jamás. Laura se aproximó a la puertecilla, levantó la mano para golpearla, rápido, intentando ganarle al latir de su corazón retumbando en su cabeza, al deseo de arrepentirse y salir corriendo. Para cuando se volvió, un hombre le cerraba el paso. Él, desprendido de las sombras, armado, tangencial al cono de la lámpara a petróleo que se cimbraba bajo el toldillo.

Laura lo examinó en los pantallazos de luz que arrojaba el farol mecido por la brisa: las botas de lazo negras, agrietadas en el empeine, los pantalones de camuflaje, desteñidos, la extraña chaqueta o zamarra de pastor, con la piel de cordero o de cabra vuelta para afuera, el conjunto sombreado por un quepis de gendarme de frontera, con la visera larga, cuyas orejeras colgantes ocultaban el rostro y a la vez le daban a su dueño un aspecto de perro perdido y hambriento. Laura dudó: quizás todo, desde que recibió la carta de Claudia con sus preguntas, y llamó al ministro desde Berlín, tres meses atrás, exigiéndole que la reintegrara al puesto vacante de jueza en la ciudad santuario, no había sido más que una gigantesca equivocación, un alcance de nombres ridículo o pavoroso, que la había arrastrado a cruzar medio mundo en pos de cerrarle el paso a una amenaza fantasmal. Un alcance de nombres que ahora se desvanecía a la luz de esta farola de casa rodante, en este pueblo fantasma de este desierto olvidado de Dios, hasta donde había tenido que viajar simplemente para convencerse de que sus pesadillas eran solamente eso, para dar gracias de que este hombre inclinado, achicado, medio oculto por el quepis, en cuya mano temblaba un revolver plateado —plateado como una hoz o una guadaña—, no pudiera ser el oficial de su memoria.

Sí, estuvo a punto de disculparse y darse la vuelta, y decidir que el mundo no era, después de todo, un pozo de noria en el que volvemos a encontrarnos circularmente con nuestra condena, estuvo a punto de romper ese largo silencio, que ya se le hacía repugnante, como una intimidad, cuando el hombre, él sí, la reconoció a ella:

—Sabía que ibas a volver —le dijo, pero podría haber sido el sonido grave, el hueso hueco de la chimenea muerta que el viento soplaba; y para que no le quedaran dudas, agregó—: Patroncita.

«Patroncita...». Laura descubrió que entre todas las cosas que ella había decidido olvidar, y no había podido, esta era la que más habría deseado que Cáceres no recordara: el modo como la llamaba, veinte años antes, en sus momentos de «intimidad». Y quizás para castigar, siquiera de este modo, esa memoria obscena y persistente, Laura se obligó ahora a observar la mano derecha recogida sobre el vientre del hombre, el chongo de los dedos, de los que apenas sobrevivían las primeras falanges.

Pudoroso, agachando aún más la visera del quepis, Cáceres siguió su mirada, y enseguida se tapó la mano mala, con la buena que sostenía el revolver. Cuando le habló pareció que se refería a una hermana muerta en la infancia, a la que apenas se recuerda pero que nos ha entristecido la vida:

—No, a esta no pudieron salvarla, Laura. Ya nunca pude volver a montar.

(El pura sangre, el potro morado, color de sangre, la figura del jinete, diminuta, galopando sobre la llanura de sal, tratando de alcanzar al sol poniente. Un relincho —pero no había sido el caballo... Y despertar mojada de transpiración en su cama de Berlín, en el pacífico departamento de la Knesebeckstrasse, esquina de Savigny Platz, donde en una habitación contigua dormía Claudia. Levantarse de un salto, correr, ir a verla con el corazón en la boca. Temiendo que el grito no hubiera sido suyo, el de la pesadilla, sino el de la niña en mitad de la noche. La respiración tranquila, reposada, los juguetes rodeando la pequeña cama con su colcha bordada. La niña abrazada a su osito, durmiendo con el pulgar en la boca... Había sido su sueño otra vez el que la despertaba. Y el terror de que Claudia hubiera desaparecido en mitad de la noche, raptada por el jinete diminuto en su potro de pura sangre, que galopaba tratando de arrojarse contra el inmenso sol poniente).

Laura dio un paso adelante, intentando escrutar el rostro, intentando salir de una vez de la duda que la había traído hasta allí esa noche, salir para siempre de la amnesia y el olvido inventados en dos décadas de huirle a este hombre. Pero Cáceres la evitó bruscamente, la mantuvo a raya con la mano buena y armada, salió de

la luz del toldillo harapiento, prefiriendo la más piadosa de las constelaciones. Y luego se las indicó nerviosamente, balbuceando, por hablarle de algo que no fuera su espanto (el revolver temblaba cuando encañonó al cielo):

—La última vez que nos vimos... Era de noche también, y te enseñé el nombre de algunas estrellas, ¿lo recuerdas, Laura?

Ella consintió, casi involuntariamente (reconociendo, mientras temblaba, las ruinas de una antigua fascinación):

—Me mostraste una estrella roja.

—¡Betelgeuse, la recuerdas! —exclamó Cáceres, deleitado, haciendo ademán de volver hacia ella, pero deteniéndose en el borde de la luz a petróleo, arrepintiéndose a tiempo, recordando que prefería la oscuridad—. Ahora no se puede ver, porque estamos en invierno. Pero te puedo enseñar otra: Antares, en la constelación del Escorpión, el anti Aries, el enemigo de Marte. El enemigo de nosotros, los guerreros... O podríamos ver a Venus, está a punto de ponerse. Te invito a verla juntos, tendidos acá en el suelo, podría traer una manta...

—No, gracias.

—Sí, claro —dijo él, reconociendo lo imposible, sobándose la mano mala, atacado por esa extraña melancolía que Laura también empezaba a recordar, esa melancolía que mancillaba la palabra melancolía, y bajó la cabeza—. ¿Ya averiguaste, entonces, su otro nombre, Laura?

—Ya lo sé.

—Era inevitable —suspiró Cáceres, meneando la cabeza, aunque no podía saberse si se refería a que ella hubiera averiguado ese otro nombre, o a que se hubiera negado a acostarse con él para mirar las estrellas, o a ambos—. Y no has podido perdonar.

—No he tratado.

Cáceres se aseguró el quepis, las orejeras que le cubrían los costados del rostro y le daban ese aspecto de perro perdido, se enderezó y por un momento recuperó una hilacha de su antigua apostura, esa mezcla magra de asceta y atleta. Y así retornó a la sombría piedad de las estrellas y consideró desde allí la ciudad. En lo hondo del declive, más

allá del tolderío de los peregrinos, entre los tamarugos que amparaban el oasis protegiéndolo de las rachas ciclónicas, con sus astillas de cuarzos, que cortaban la piel en días de tormenta de arena, las luces de Pampa Hundida titilaban apagándose y encendiéndose al compás de los turbiones de aire caliente que el desierto emitía. Y a cada estertor la fiesta en la ciudad se acercaba, abreviaba los dos kilómetros que la separaban de esta nada, y luego se alejaba, huía.

Laura también sintió la tentación de escapar. Pero cuando iba a moverse distinguió una voz dentro del acoplado, una cortina musical debilísima, aplausos, una radio áspera, un locutor, quizás era Mario, desde su emisora, que empezaba su programa nocturno, su «cabalgata musical» hacia la amanecida. No había venido a «interponerse», nadie vendría a interponerse, nadie podía hacer por ella lo que Laura había venido a hacer. Y desde la oscuridad, Cáceres ya le hablaba de otra cosa (para no hablarle de su espanto), del tiempo sin fin durante el cual la había esperado:

—Te busqué, te esperaba —murmuró, casi inaudible—. Desde hace veinte años te he buscado, esperando que no lo hubieras olvidado y que volvieras a honrar nuestro pacto...

O fue algo tan incomprensible como eso. Laura no podía estar segura: tal vez no dijo «honrar», sino «amar»; que lo honrara o que lo amara. Y después insistió en que la había buscado, o la había esperado tanto, siempre, sin saber que la buscaba. Hasta cuando lo pasaron definitivamente a retiro, hacía unos cinco años, y compró esa caravana —la indicó, golpeó el acoplado herrumbroso con la culata del revólver, desprendiendo una escama de óxido— e inició un viaje por el país.

Un trayecto que lo llevó a lo largo del territorio, por los lugares de todas sus destinaciones, por todos sus regimientos, uno por uno, desde la guarnición más austral del mundo en la isla de Tierra del Fuego, donde sirvió por primera vez como Teniente Segundo, y desde ahí hacia arriba, hacia el norte, con su camioneta arrastrando en caravana la casa rodante, desviándose de las autopistas a los caminos rurales y de estos a huellas de mulas, con el proyecto de acampar en los sitios de todas las batallas mediante las cuales se había conquistado,

descubierto, pacificado, civilizado, esas inmensidades salvajes, batallas muchas de las cuales libraron sus antepasados. Viajaba guiándose con el mapa del país y con su propio árbol genealógico, el de su estirpe militar, cuyas raíces se hundían en la colonia, y cuyas ramas pasaban por todas las campañas y guerras de la patria. Un hombre solo internando su casa rodante por una huella que desaparece en un barrial congelado, saltando de la cabina, arrodillándose para tocar la tierra, buscando entre los arbustos azotados por el viento de un bofedal patagónico, los restos improbables de una batalla entre una patrulla de caballería y un malón de indios pehuenches, el sitio de una escaramuza olvidada que un tío bisabuelo suyo había comandado, la última contienda en la guerra de tres siglos contra los indios. Buscando ese sitio o creyendo que lo buscaba, porque en cuanto llegaba al lugar preciso donde la sangre había corrido sobre la tierra, algo se le escapaba, algo lo empujaba a ir más allá.

—Algo se me escapaba, algo me empujaba a ir más allá, Laura.

Y así, de batalla en batalla, de antepasado en antepasado, y de guarnición en guarnición, le dijo, había ido subiendo por el árbol de su familia militar y de su carrera, y de su patria en armas, sin conformarse con lo que encontraba —a veces un hueso astillado, a veces un monumento: una gigantesca mano de piedra enarbolando una espada, en un peladero cordillerano, a veces solo el eco de su voz en los desfiladeros. Subía por la patria sin conformarse con la sospecha, cada vez más clara, de que si no hubo gloria en su vida fue porque la edad épica había concluido mucho antes de que él naciera. Heredándole solo el destino sin lustre de ser el guardián, el carcelero, el alcaide de esas glorias clausuradas. Dejándole solo este deseo rabioso de morir en una batalla que nadie le presentaba.

Y así, espoleado por la rebeldía, acuciado por esa sospecha furiosa que venía tras él mordiéndole los talones, había continuado su larga exploración, que le tomó más de un año, siempre hacia el norte, hasta que pasó de nuevo por Pampa Hundida, y vio las ruinas a las que había revertido el campamento que él levantó de entre otras ruinas, vio las ruinas de lo que fue el puesto más importante de su carrera. Y comprendió que allí, acá...

—... había perdido mi honor.

Su voz se había adelgazado otra vez casi hasta el silencio, así que tal vez Laura lo oyó mal y lo que dijo no fue «honor», sino que fue «amor».

—Mientes —le dijo Laura—. Lo habías perdido mucho antes.

—¡Exactamente aquí! —tronó él, apuntándola con el revólver, pateando el suelo—. Aquí planté mi caravana, hace cinco años, y me propuse esperar a que vinieras a restaurar mi honor —ahora sí dijo, claramente, «honor»—. Porque ya sabía que te estaba esperando a ti. Y que tú volverías a cumplir nuestro pacto.

Laura habría preferido no alentar esas evocaciones, apartarse del borde de ese vórtice de soledad, hastío, enconado orgullo que el otro encerraba en la palabra «pacto». Pero le era imposible resistir el vértigo de la voz que le narraba ese viaje alucinado en pos de una gloria siempre anterior, o en fuga. Una gloria que había ocurrido —si es que alguna vez había ocurrido— en un sitio tan impreciso y extraviado como esos valles patagónicos donde había buscado sus escaramuzas olvidadas. O peor aún: una gloria que solo había tenido lugar en ese lóbulo remoto del cerebro de Cáceres que le ordenaba al chongo del puño derecho, agarrotado, golpear al muslo, mientras la voz continuaba su relato sin darse por enterada de esa mano mala, trepando por el árbol de antepasados heroicos, encaramándose hasta su copa de hazañas, y descolgándose por el otro lado: agachado, manco, cuidando con el muñón las orejeras del quepis que lo ocultaba, temiéndole al toldillo iluminado y andrajoso de la casa rodante, agitando el revólver contra el páramo desolado donde acampaba su derrota. Seguro, sin embargo, de la victoria final:

—Seguro de que finalmente tú volverías a cumplir nuestro pacto: el que sellamos delante de los ojos de nuestra Patrona, cuando nos venerábamos, ¿lo recuerdas, Laura?

—No he olvidado nada. Pero yo soy otra y ella ya no existe —protestó Laura, interrumpiéndolo, intentando sacarse de la fascinación hipnótica, del sueño o el eclipse, del otro.

Pero él no la oyó. Siguió de largo por esa estepa mental donde su memoria galopaba (el hombre que no había podido volver a montar),

allí donde daba vueltas en círculos, levantando una pequeña polvareda en torno a la caravana oxidada con su toldo harapiento. Con las palabras girando en sentido contrario y enredándose a su paso:

—No saben los cobardes que tengo el derecho de mi parte. No saben que *fui* el derecho... Si los ejecuté fue después de Consejos de Guerra, cumpliendo órdenes. Tú lo sabes bien, Laura, debes saberlo, porque yo me preocupé de que asistieras. ¿O no?

Y Laura no pudo decir que no, pues además de asistir a esos Consejos, también había escuchado las voces de las tres parcas viniendo del horizonte, agitando sus guadañas, degollando el aire: fe, fe, fe...

—Y si luego destruí a la Patrona fue por razones de Estado. De mi estado... —agregó en voz más baja, cavilando un momento, perdiendo el hilo roto, deshilachado y podrido como el toldo de su caravana, con el cual ataba los fragmentos de su obsesión— ¿O ya se olvidaron los cobardes desmemoriados que yo fui la encarnación del Estado, de la civilización, en estos páramos?

¿Habían olvidado los cobardes que allí y en esa edad de hierro se había regenerado la nación en la que ahora vivían? ¿Y acaso creyeron que bastaba con regenerar el cuerpo? ¿Qué se habría ganado con solo quemar el cuerpo podrido de la nación que los militares como él salvaron, qué se habría ganado solo con torcerlo y escaldarlo y rasparlo, si no se purificaba, quemaba también, su vieja alma corrupta? Era el proceso alquímico de las naciones, la trasmutación del espíritu por el sacrificio de sus imágenes. Él lo había leído. «Yo también he leído, Laura». Había tenido tiempo de leerlo en su largo viaje por el espigón tormentoso de la patria, en los paraderos, en los potreros patagónicos donde paraba su caravana solitaria, mientras el viento del Estrecho de Magallanes soplaba afuera, él leía libros de historia y aprendía lo que no supo cuando quemó la imagen veinte años antes. Aprendía la fuente de ese derecho que entonces solo había intuido y anticipado:

—¡Si quemé el icono de la Señora, fue para devolverla a su altar de Patrona de la guerra, que es el fuego, Laura!

Pues ese era su derecho ancestral (el del coronel en retiro Mariano Cáceres Latorre, que entonces era mayor, le dijo Cáceres). Su derecho ancestral desde que su antepasado, el conquistador, trajo esa misma imagen en el arzón de su montura, junto al pomo de la espada. Un derecho que, desde entonces, de militar en militar, de espada en espada, como una gota de sangre rodando por los filos, había caído hasta él, ungiéndolo en la frente. ¡El derecho de quemarla! La más alta expresión del derecho de patronato sobre el culto, su último privilegio era destruirlo, aniquilarlo, purificarlo por el fuego, para que desde esas cenizas surgiera no solo una patria nueva sino un alma nueva de la patria. Que así es como se han construido las nuevas naciones, desde que el mundo y la guerra existen, desde que se fraguó América: quemando los viejos ídolos y amasando con sus cenizas sangrientas dioses nuevos...

Cáceres detuvo su paseo alucinado sobre el páramo, buscó a su auditorio mental en la pampa rasa que las estrellas, piadosamente, plateaban. Y luego redescubrió a Laura, se conformó con ella, dio un paso hacia el toldillo iluminado y harapiento —era como si caminara entre llamas. Le preguntó (actuando lo que fue en otros tiempos, aclarándose la garganta de novio pusilánime en trance de declararse, mirándola como si ella viniera de un país donde había soñado ser feliz pero al que nunca había llegado):

—¿Me crees, Laura?

Laura negó, pero sin afanarse, sin gastarse en lo que era obvio:

—La destruiste porque no pudiste destruirme a mí. Y por eso, también, trataste de destruirte a ti mismo. ¿O me equivoco?

Cáceres se le vino encima encañonándola, amenazándola, furibundo, olvidando por un instante su temor a la lámpara de petróleo, ahorcada, y cuando lo recordó se inclinó, pareció que le hacía una reverencia, o que se torcía víctima de un espasmo de vientre. Desde allí abajo soltó una carcajada en hilachas, que no constituía un desmentido, sino el reconocimiento de la precariedad de sus razones raídas, incapaces de ampararlo de la verdad, como el toldo harapiento de los soles inclementes del desierto:

—No, no te equivocas, Patroncita. ¿Sabes cómo fue? ¿Sabes cómo

dolió? Dolió como dar a luz.

Y luego susurró algo incomprensible, vaciló, confundido, no sabiendo o no atreviéndose a decir lo que le había dolido tanto. O acaso había perdido otra vez ese hilo roto que había perdido varias veces esa noche y en su vida. Laura lo oyó murmurar cosas inconexas: algo sobre su mano quemada, con la que nunca podría volver a montar, y quizás algo sobre una aureola de llamas, y un montón de escombros humeantes... Y al cabo, musitó:

—Sobreviví, Laura, sobreviví para ti. El que trae la luz me reservó para que tú me hicieras justicia.

Eso lo susurró en voz tan baja y tan desde allá, tan desde la piedad sombría de las estrellas, que ella no lo oyó bien; y hasta pensó que quizás le había dicho: «para que tú me ajusticiaras».

—¿Recuerdas, Laura, que esa noche, la última vez que nos vimos, te pedí que te quedaras? ¿Que te quedaras no por lo que había hecho, sino por lo que haría si me dejabas?

Laura evocó lo que había recordado y escrito unas noches antes en Berlín: esa voz de novio pusilánime, o de niño flaco, que era lo único suyo que no había logrado disciplinar, cuando veinte años antes le pedía: *Quédate, Laura, quédate conmigo, mi Patroncita, quédate, no por lo que he hecho, sino para que no haga lo que haré si me dejas*. Y ella había venido a eso: a comprobar si él era él realmente, y si había hecho aquello que amenazó hacer si ella lo dejaba hacerlo: ¡*No me dejes hacer lo que haré*!

—No he olvidado nada —le reiteró.

—Me alegro, Laura, porque fui peor que el cielo.

—Sé lo que quieres, pero no lo conseguirás...

—Alcancé mi grandeza... Hasta la sal y el polvo del desierto alaban mi grandeza.

—Cállate.

—La costra de sal de la pampa Topater es una lápida. Este desierto es una lápida, Patroncita. Todo Chile es una lápida.

—¡No lo conseguirás! —le gritó Laura, ahora llevándose las manos a los oídos.

Y se quedó un momento espantada de su propio grito, oyendo el eco

en sus tímpanos que aunque no había sonado como un relincho, había sonado como el acero en su memoria, cuando el acero cantaba. Y Cáceres, envalentonado, irguiéndose, metiéndose un dedo de la mano buena en el alzacuellos de la guerrera, que llevaba bajo esa zamarra de pastor de cabras, como si fuera a sacar de adentro al hombre que había sido, a sacarlo de su propia ausencia, se había acercado al borde del cono de luz y la desafiaba, mostrándole casi el rostro oculto por el quepis:

—Sí, lo conseguiré, porque sabes que no fui yo.

—¡Cállate! —volvió a gritar ella.

—Fueron tus escrúpulos.

Escrúpulos... Laura recordó, de pronto, otra parte de aquella lección acerca de las estrellas que el mayor Cáceres le había administrado esa última noche, dos décadas antes: los minutos en el arco de la bóveda celeste se llamaban «escrúpulos». *También el cielo tiene sus escrúpulos, Laura. Los tiene con toda la creación. Menos con nosotros*.

Y mientras ella iba recordando —aunque no aceptando— esos «escrúpulos celestiales» de los que ahora Cáceres la acusaba, él se acercó. Entró al cono cimbreante del farol ahorcado, se quitó el quepis con la mano mala, lo aferró contra el pecho de esa chaqueta de piel de cabra, se dejó iluminar el rostro por la mecha ardiente. Se dejó iluminar sonriéndole —si una llaga pudiera sonreír—, invitándola a que lo reconociera (que reconociera el modo radical como él había encarnado sus palabras): los parches de piel blanquecina injertados en la calva rojiza, la nítida línea en mitad de la frente sin cejas, desde donde colgaba el rostro reconstruido —con arte, remotamente parecido a la belleza que tuvo—, y hundidos en las órbitas, bajo las cejas inexistentes, los ojos grises, los ojos que confirmaban lo que el resto de la cara desmentía. Esos ojos casi transparentes, inútiles en su hermosura incomprensible, ojos de lobo, perseverando. Aunque todo el resto del rostro fuera una ruina, estos ojos, de algún modo, por pura, indómita pasión de perdurar, habían sobrevivido: al feroz golpe que la propia Laura les había propinado, a las devastaciones del fuego, a los años en las clínicas y en el desierto, a la lenta marcha por las dunas de la obsesión. Esos ojos habían sobrevivido, quizás, solo

porque ellos podían decirle con más fuerza lo que ahora la boca sin labios pronunciaba:

—Si me equivoco, Laura, si tus escrúpulos no te hicieron tan culpable como yo, entonces ¿por qué huiste?

A pesar de saberlo Laura, tuvo que preguntárselo de nuevo: ¿por qué había huido? ¿Había huido, no por los motivos que conocía demasiado bien sino, acaso, como se lo sugería el hombre en ruinas frente a ella, por escrúpulos? ¿Había huido porque intuía la «grandeza» que este hombre alcanzaría, la que testimoniaban el polvo de sangre seca del desierto, y la sal de huesos de los salares?

Cáceres dio un paso más hacia ella, osciló en su contradicción, como si se aproximara al borde de un escenario o de un abismo a contemplar con amor la paradoja que él mismo había engendrado. Parecía que venteaba el humo de incendio de su razón quemado con el resabio de nariz que le habían reconstruido. Y de repente cayó de hinojos, con ambas rodillas sobre la tierra rojiza, frente a Laura, y al mismo tiempo le alargó el arma, el revólver plateado, sosteniéndolo por el cañón. Ella hizo el ademán de rechazarlo, de alejarse, pero de algún modo él atrapó su mano, entre el muñón y la izquierda, y la obligó a aceptar el peso del revólver, a empuñarlo, le aleccionó a apoyarlo apuntando sobre su nuca, sobre su cerviz doblegada, como si le pidiera su bendición, o le pidiera el tiro de gracia (que le diera su gracia). Porque eso entendió Laura que le pedía, cuando le dijo, sin ningún escrúpulo:

—Patroncita, mándame a que muera.

Laura apoyó la pistola sobre la nuca de Cáceres, cerró los ojos, por un momento probó a imaginarse el estampido, lo que sería un estampido en ese desierto (como si el desierto colapsara y se hundiera sobre sí mismo, arrastrando la casa rodante, el patio alambrado, la depresión del oasis hasta el fondo de un orgasmo negro y sin amor, hasta el fondo de un lugar donde una vez ya habían estado: ella cernida sobre él, armada, pronta a abrirle el corazón...). Y al mismo tiempo, mientras cerraba los ojos, Laura sentía, con los dos dedos inferiores, el meñique y el anular, que no aferraban la culata, sentía el contacto de esa piel injertada sobre el cráneo; la piel donada, quizás

por un muerto, tirante y frágil, quizás muerta. A pesar de ella misma, fascinada (porque ella no había sido mejor que nosotros, tampoco había estado exenta de su «fascinación»), Laura se permitía sentir ese contacto de la piel del otro en el meñique y en el anular y en el canto tierno de su mano. Y se preguntaba por qué lo hacía, por qué lo tocaba, si sabía, y no podía negar que sabía, que todo el tiempo durante el cual ella no retiraba el par de dedos (y el canto tierno de la mano) con los que rozaba esa crisma, ese contacto era mucho más que un roce: era una caricia, un bautismo, y hasta una bendición. Una bendición como la de la madre que recibe al hijo criminal, y lo bendice, y lo acoge, porque está en la naturaleza de su amor hacerlo, a pesar de que sabe bien que él la volverá a agraviar. Y es más, sabe que el deber inmemorial de su amor es entregarlo, incluso animarlo, incluso *someterlo*, al sacrificio, para que la próxima vez que sus dedos lo toquen sea en la piel muerta, definitivamente muerta, verdaderamente muerta.

A duras penas, Laura logró zafar su mano, retirarse, resistir la tentación de darle la gracia que pedía. Y en cambio le dijo:

—Todavía no.

Cáceres volvió de su arrebato lentamente, se puso de pie armándose miembro por miembro, se encasquetó nuevamente el quepis, y recuperó su revólver. Salió otra vez de la luz ahorcada, inconexo, tambaleante, tropezando entre los escombros de su esperanza en ruinas. Mirando hacia donde acampaban los penitentes, como si solo de allá pudiera venirle ahora su penitencia.

—Todavía no —repitió, desde la sombría piedad a la que volvía—. Sí, claro, lo olvidaba: eres jueza. Antes de ajusticiarme tendrás que enjuiciarme ¿verdad, Patroncita mía?

6

Me rendí al insomnio, interrumpí esta carta y fui a prepararme un té, Claudia. Recorrí el largo pasillo de nuestro departamento, hasta la cocina del fondo, oyendo cómo cruje el viejo entablado, ablandando los pasos, cuidándole el sueño a los vecinos del piso de abajo —estos reflejos de urbanidad germana que se me han pegado en dos décadas y que tú instintivamente detestabas: «te has convertido en una alemana, mamá, más alemana que yo que he vivido toda mi vida acá», me reprochabas. El insomnio siempre me ha hecho pensar en la vejez; esos memoriosos insomnios de los ancianos. Tal vez por eso, mientras calentaba el agua bajo la altísima luz desolada de la cocina, que siempre me prometo bajar con una lámpara, y nunca en todos estos años lo he hecho, pensé en mi —futura— vejez. Pasados los cuarenta se empieza a pensar en esa edad como algo posible: después de todo, nos decimos, quizás envejeceremos. Después de todo, quizá llegaré a convertirme, algún día, en una ancianita insomne y friolenta que se levanta en bata a prepararse un té, y se asoma a la ventana del patio interior, donde se mueve la sombra del altísimo castaño deshojado, y en esa sombra se ve representada, añosa, antigua, repleta de memorias. Memorias que, de un modo sorpresivo, son más nítidas y a la vez han perdido algo de su poder. Ya hoy, a los cuarenta y cuatro, me ocurre. Esa puede ser una virtud paradójica de la madurez, supongo: las memorias que podían atemorizarnos o entristecernos van perdiendo el poder de devastarnos. Pasados los cuarenta, la vida ya nos ha matado más de alguna vez. Y en cuanto a la muerte —ese diminuto caballo morado, color de sangre, el pura sangre que galopa viniendo a nuestro encuentro, desde el otro lado del paredón líquido del horizonte—, ya empezamos a saber que, cuando nos alcance, será una antigua conocida.

Hace veinte años, en cambio, cuando tenía veinticuatro, Claudia, la vejez parecía imposible. Y sin embargo, nunca he temido más a la muerte. En las semanas siguientes a la llegada del mayor Cáceres, todos en Pampa Hundida nos fuimos enterando del objetivo principal de su venida: la construcción de un campamento de prisioneros políticos en las ruinas de la salitrera, inactiva desde hacía medio siglo. Una prisión devolvería la vida a ese pueblo fantasma contiguo al oasis, a sus barracones sin techo, a su teatro medio desplomado, a sus calles desfondadas por el desierto.

Lo quisiéramos o no —sobre todo sin quererlo— acabábamos enterándonos de lo que pasaba allí. Un día, alguien vino contando de camiones cargados de prisioneros que saltaban al suelo maniatados, entre las casamatas del pueblo fantasma. Al siguiente, alguien vio a un topógrafo militar trazando una paralela de cal azulada sobre la pampa amarillenta y resquebrajada, un trapecio doble, un diamante que encerraba a otro diamante, como una imagen cabalística tatuada en la piel cuarteada de ese ser vivo, antiquísimo, que es el desierto. Otro día, alguien dijo haber visto a los prisioneros tendiendo ellos mismos las alambradas sobre ese polígono, vigilados por los ojos de los fusiles de sus centinelas. Y el rumor contaba cómo ambos, presos y guardianes, iban quedando encerrados en el interior de su prisión. Escribo la palabra «rumor». Y supongo que te asombrarás, Claudia: ¿cómo era posible que no supiéramos a ciencia cierta lo que ocurría allí, al lado mismo de nuestra ciudad? ¿No bastaba con ir y asomarse? ¿Dónde estabas tú, mamá —te imagino, preguntándome— que no ibas a informarte por ti misma? Me habría bastado con ir, pero no lo hacía; nada queda más lejos que aquello que ponemos del otro lado de nuestro miedo.

Mientras tanto, la ciudadela en ruinas, paralela a la ciudad santuario, volvía gradualmente a la vida. Nos enterábamos por signos, movimientos de camiones nocturnos, las aplanadoras del cuerpo de ingenieros que trazaron un camino directo hasta la carretera Panamericana, evitando pasar por la ciudad, y cuyos penachos de humo podíamos ver levantándose en el aire prístino, por sobre los árboles siempre verdes de nuestro oasis; nos enterábamos, sobre todo, por una súbita demanda de bienes y servicios que alentaba a la decaída economía local. Y sin embargo, era como si esa reconstrucción en las ruinas, el campamento que nacía, hubiera estado en

otro mundo, en un planeta diferente, o más precisamente, detrás de un espejo que, cuando lo consultábamos, solo nos devolvía la imagen de nuestra ciudad santa, y en ella los rostros esquivos de los transeúntes ocupados en perderse de vista, en no mirarse demasiado.

Antes te decía, Claudia, que «alguien» me traía esos rumores. Pero soy injusta; para Mario no eran rumores, eran noticias, noticias que no podía dar. Y que día con día iban atragantándose visiblemente en su garganta, silenciando al hombre habitualmente locuaz, al periodista tan lleno de curiosidad e ideas que no le bastaban los artículos y los reportajes, que soñaba con ser escritor, con escribir libros para expresarlas. Durante los últimos dos años Mario había llevado un meticuloso archivo de prensa, juntando material para un libro sobre la «revolución democrática» que acababa de fracasar y que él escribiría —el mismo archivo, supongo, que tú me cuentas ahora que desenterró para ti, y te ofreció, como una forma indirecta de contestar tus preguntas. Después del golpe de Estado, todavía, coleccionó algunos recortes. Luego los abandonó: para su ojo de periodista era justamente lo que no decían, lo que los diarios callaban, la verdadera noticia, y esa no cabía recortarla. Entonces, progresivamente, dejó de llevar su archivo, y empezó a callar él también; como si se le hubiera pegado el silencio de la prensa, empezó a callar cada vez más. Su voz ronca y seductora, que siempre le ponía una historia en la punta de la lengua, bajó de volumen hasta hacerse casi inaudible, casi ininteligible, hasta que yo renuncié a tratar de sacarlo de ese marasmo, renuncié a sondear esa fosa en la que iba cayendo. Y entonces me levantaba de la mesa sin terminar de cenar, y me iba sola a la cama, esa cama cada vez más ancha donde empezábamos a buscarnos sin encontrarnos.

Porque, desde la llegada del mayor Cáceres a la ciudad algo andaba cada vez peor entre nosotros. Como si entre nuestros cuerpos también estuviera levantándose una alambrada, reconstruyéndose unas ruinas, tatuándose un signo indescifrable y que sin embargo, empezábamos a saberlo, nos separaba, nos volvía unos extraños, encarcelados en sus propias soledades: en la mía, jueza temerosa de ser culpable; en la suya, periodista incapaz de dar noticias. Yo, despierta en esa cama demasiado grande, me hacía la dormida cuando él se asomaba en puntas de pies desde el comedor. Mario fingía creer ese fingimiento mío y salía deslizándose por

la galería y el corredor, hasta el zaguán, corría lentamente la vieja aldaba, deteniéndose cuando chirriaba, como un ladrón, y salía a la calle justo al filo del toque de queda.

Volvía muy tarde, con los zapatos en la mano, oliendo a alcohol, canturreando una cancioncilla que se metía a la fuerza en mi sueño fingido, hedionda y pegajosa como sus manos que hacían un débil intento de alcanzarme, antes de caer dormido, roncando la borrachera. Yo me quedaba despierta, luchando con mis sentimientos, partida entre esa idea de la madurez que tienen algunas mujeres muy jóvenes: no rebajarme a pedir explicaciones —¿o era que ya empezaban a no importarme?—, y mi indignación, mis celos irreprimibles. Quizá te diga algo acerca de la verdadera edad de esa muchacha agrandada que yo era, acerca de la inocencia en la que todavía entonces vivía, saber que ganaron mis celos. Y del modo más absurdo, más ridículo.

Te reirás, Claudia, quizá te reirás leyendo lo que hice. Creo que heredaste el mismo pudor mío, sé que odias las escenas. A veces pienso que solo por eso hice bien en no volver a casarme, solo para evitarme esas escenas de la vida conyugal.

Habrá ocurrido al mes o mes y medio desde que el mayor llegó y se inició la construcción del campamento —ese del que no queríamos saber nada. Una noche, esperé a que Mario saliera de la casa en puntas de pie para vestirme a toda prisa, asomar a la calle y seguirlo. Fui tras él unas diez cuadras, alejándonos del centro. Te habrás dado cuenta en tu visita que nada queda muy lejos en la ciudad santuario, y sin embargo, de pronto me encontré caminando por calles de tierra, con las veredas altas, que nunca antes había recorrido; un suburbio de ciegas fachadas de adobes con el estuco de cal descascarado, un sector de la ciudad que misteriosamente me había eludido desde mi llegada, dos años antes. De pronto, Mario se hundió en un callejón lateral. Fui tras él. Desemboqué en otra calle desconocida. A media cuadra alcancé a ver la puerta que se cerraba tras sus espaldas, teñida por un pequeño letrero de neón verde que parpadeaba, a punto de quemarse: una flor espinuda y una palabra con varias letras quemadas, indescifrable. Algo parpadeó también, débilmente, en mi memoria: guiños, risotadas de hombres oídas en el Círculo Español, en el bar del Hotel Nacional. No sé cuánto rato estuve en la calle, en la

vereda del frente, amparada por la oscuridad de un umbral, escuchando el remoto tarareo de una música pegajosa, que emanaba de esa casa cerrada a machote, como el lamento de un loco, o de un animal enjaulado (acaso el bufido de un caballo —si es que era un caballo— encerrado en un remolque hirviente). Había salido tras Mario sin saber qué haría si lo alcanzaba. Y ahora estaba allí, preguntándome si tendría el valor de enfrentarlo cuando saliera, reprochándome la ridiculez de mi posición, ordenándome a mi misma marcharme, y al mismo tiempo imantada, impedida de alejarme por una angustia peor que la curiosidad, una zozobra que se parecía demasiado a una premonición. Tal vez pasó una hora, quizá más. Finalmente, la puerta se abrió y una mujer salió corriendo a la calle, con una mano sobre la boca, descalza, se inclinó sobre la vereda, saliendo de la luz verde del letrero que se prendía y se apagaba. La oí carraspear con fuerza, escupir, la adiviné doblada sobre sí misma, vomitando. Luego reapareció lentamente, se reclinó en el umbral, encendió un cigarrillo. El humo se enroscaba sobre su cabeza, se teñía de verde en el aire estancado de la noche (podría haber sido una cabellera de lianas o serpientes, Claudia). Casi no me extrañó cuando la vi hacer un gesto en dirección al lugar donde me ocultaba, repetirlo, llamándome. Crucé la calle de tierra y me paré delante de ella, tratando de dominar los latidos de mi corazón. La mujer me superaba en todo: me llevaba unos diez años, y era más alta que yo, ampulosa, de grandes caderas y pechos abundantes, que tensaban la estrecha bata de seda estampada con flores agresivas, tropicales. Evidentemente, no llevaba nada debajo, y de ese cuerpo emanaba un aroma denso, como a almendras, un olor tristísimo que en ese momento se me antojó la esencia misma de la experiencia. La mujer me examinó, se llevó una mano temblorosa a los labios, piteó a fondo el cigarrillo y la pitada le iluminó las órbitas hundidas, moradas, donde el rímel espeso se había corrido sobre los pómulos aindiados, prominentes. Por fin me dijo, me ordenó, casi: «Lléveselo».

Sin esperar a que yo contestara, segura de que la seguiría, volteó y me precedió por el corredor a oscuras, entreabrió la primera puerta a mano derecha. Y se apartó para que yo mirara.

Mario dormía sobre una gran cama con respaldar de bronce, despaturrado, con la chaqueta y la corbata puestas, pero sin pantalones. Se

veía tan natural y a gusto en ese sitio como las litografías audaces o el biombo chinesco que escondía a medias un bidet. Y en la mano izquierda aferraba una botella de pisco. A los pies de la cama, desplomado sobre un sillón de felpa, con la cabeza completamente echada hacia atrás y la boca abierta, como si se hubiera desnucado, o como si intentara beber de una fuente imaginaria que caía de lo alto y solo él veía, el mayor Cáceres hablaba solo, tal vez rezaba, quizás cantaba, con voz ininteligible. Me habré asomado demasiado, hipnotizada por la escena, o tal vez eso era precisamente lo que él había esperado, porque de pronto giró la cabeza y esos ojos grises, de perro siberiano, distantes y doloridos —por lo que había visto, o por lo que vería—, me enfocaron, me clavaron en la rendija de la puerta entreabierta, desde la cual los atisbaba. Nos estuvimos mirando así, no sé cuanto —yo no quería, ni podía, ni sabía, retroceder— hasta que él se llevó un dedo a los labios, suavemente, como si lo besara. Como si lo besara, y a la vez me ordenara silencio. Silencio, que no rompiera el silencio, que no lo interrumpiera a él o al sueño de mi marido que él poblaba de otros sueños, con su perorata, con su recital, con su oración ininteligible. Silencio, que no quebrara la quietud de la noche, de la ciudad, el sueño de esa época.

* * *

Todavía recuerdo, Claudia, la cara de consternación de Mario cuando volvió a casa, corriendo, y entró al cuarto, tambaleándose, y casi se tropezó conmigo, sentada en la cama, en la oscuridad. Creo que el susto le espantó la borrachera de un golpe. Empezó a disculparse antes incluso de que yo lo interrogara, mientras retrocedía hacia el baño me explicaba que se juntaba con el mayor para buscar material, que estaba reporteando, que la única manera de enterarse ahora de lo que ocurría era penetrar los círculos del nuevo poder, conocer al hombre tras el arma... Su lengua traposa repitió «el hombre». Debía entenderlo, no había querido contarme nada para no preocuparme, pero estaba en una «misión»: periodismo investigativo, reportaje en terreno, continuaba juntando material para su libro, ahora era más importante que nunca que lo escribiera, si eso le exigía tomarse unos tragos con estos hombres, yo debía entenderlo, me decía, mientras se lavaba la cara tumefacta en el baño...

En el fondo, Claudia, creo que Mario habría sido un buen escritor: incluso bebido no perdía el hilo de su ficción, y se notaba que había ensayado antes varias veces la escena, que había practicado mentalmente los distintos parlamentos, hasta saber por el sonido cuál era el que podía cuadrarle mejor a su comedia.

Yo me bajé de la cama y lo seguí movida por una curiosidad fría, casi entomológica, hasta el umbral del baño. Lo observé agacharse sobre el lavatorio, mojarse la cara con sus manos largas (de gestos blandos), restregársela como si quisiera sacarse un maquillaje, demorando el momento de enderezarse, de enfrentarme. Estaba desnudo. Se había despojado de toda su ropa como si le urgiera arrancarse de encima esas prendas, como si estuvieran, de algún modo inexpresable, contaminadas. Yo me quede mirándolo —mirando el modo como se restregaba la cara y evitaba mirarme— y tuve, de pronto, una sospecha del futuro: el intangible proceso por el cual el hombre alto y erguido, del cual me había enamorado, iría cambiando: la voz grave que se quebraría, los labios blandos y mórbidos, inquietantemente femeninos, que le ganarían la batalla al mentón varonil, y controlarían el rostro. Sospeché al vividor envejecido, la ilusión que se trasmutaría en cinismo, aquello que ahora me parecía una tragedia, y que un futuro implacable leería como una farsa. Sospeché que, a ese paso, algún día seríamos patéticos, seríamos una parodia carnavalesca de nosotros mismos. Y quizá fue entonces, Claudia, que empecé a dejar a Mario, cuando intuí que podía llegar a sentir vergüenza de mirar al ser que amaba. (¿O fue precaución de que él me mirara y viera mi propia, anticipada claudicación, mis inercias, mi juventud que mi futura madurez ya traicionaba?)

Bajé la vista, tratando de espantar la profecía, y en ese momento reparé en una prenda extraña, que asomaba entre las que Mario se había quitado de encima y arrojado al suelo. Me agaché a recogerla. Eran un par de calzones de mujer, negros, de material sintético, sedoso. Los examiné para convencerme: tenían unas manchas rojas, untadas, que podían ser, o no, de rouge. Esta vez Mario sí me miró a través del espejo, espantado, y al cabo de un segundo, balbuceó: «Una broma de los amigos, deben habérmelos puesto en el bolsillo, Laurita». Y luego, ante mi silencio, lastimosamente, agregó esa palabra desusada: «Fue una calaverada,

Laura».

Una calaverada... Lo repetí en voz baja, sin entender, viendo en mi mente la imagen de una calavera, buscándola en esos calzones de mujer ordinarios, que tenía en la mano y que, de pronto, tuve que arrojar al suelo, como si las manchas que podían ser —o no— de rouge, me quemaran los dedos. Me apoyé contra el quicio de la puerta, llevándome una mano a la boca. Recuerdo que lo único que deseaba era que él no viese mi mentón que temblaba —hasta el día de hoy no sé si de indignación o de dolor, Claudia.

Mario fue bajando la cabeza, poco a poco, evitando encontrarse con su propia mirada en el espejo. Luego se plegó, se encuclilló, y así, desnudo como estaba, se sentó en el inodoro, escondiendo la cara en la toalla con la cual se había estado secando.

No sé cuánto rato estuvimos así, sin hablarnos. Pero, cuando iba a moverme de vuelta al dormitorio, él me habló: «¿Los oyes aplaudir?», me preguntó. Al principio, creí que la borrachera le había vuelto, que no hablaba él sino la noche parda que resbalaba de su boca como bilis, mientras se encuclillaba sobre el inodoro. Pero luego: «El hombre habla de la muerte, Laura, habla de la muerte como si fuera su amante, como si la hubiera penetrado. Habla de ella con entusiasmo, con sensualidad, no puedo decírtelo de otra manera. Pero eso no es lo indescriptible».

Lo indescriptible era que Mario oía cómo lo aplaudían. Estaban las mujeres, con los ojos capotudos de sueño, la Rosita, los borrachos casi dormidos sobre las mesas, en el patio de esa casa de putas, todos escuchando al hombre que hablaba solo, que había ido subiendo la voz, que hablaba más alto que nadie, más alto que la música, más alto que el deseo de pensar en otra cosa. Y así, con esa voz rodeada de silencio, «el hombre» les hablaba de la muerte con una intimidad de enamorado, se vanagloriaba de amar cosas terribles, que Mario no podía decirme. Y al fin se callaba.

«Y nadie dice nada, Laura, nadie dice nada, yo no digo nada, y ese silencio es como si lo aplaudiera una multitud. ¿Me entiendes, Laura?».

Que si lo entendía, me preguntaba Mario, no sé si con esas palabras u otras, Claudia. Y yo, de pronto, creía entenderlo: no me hablaba de la multitud que había recibido al mayor, unas semanas antes, y lo había

aplaudido y avivado. Ni me hablaba de la aquiescencia tácita de quienes hasta hace unos días habían sido partidarios del régimen derrotado y luego habían quemado en sus patios libros y panfletos, en hogueras cuyas columnas de humo blanco podían notarse suspendidas en las noches fosforescentes del desierto. Ni tampoco del gesto amordazado de aquellos que tenían a un pariente o a un vecino escondido, o que había trepado apresuradamente a las montañas en pos de la frontera con los países colindantes, y que callaban con esas sonrisas mordidas por el miedo en sus caras. No, él me hablaba de un silencio distinto. De un silencio que sonaba como esos aplausos contagiosos, unánimes, hilarantes, como las risas grabadas en los malos programas cómicos de la televisión, esas risas y esas manos cortadas, de nadie. «Quiero entenderlo, quiero entenderlo para poder escribirlo, Laura», me decía Mario, «Por eso me acerqué al hombre, en el fondo, creo...», creía Mario. El aspirante a escritor, fascinado y curioso, había querido acercarse al centro de ese silencio, para escribir sobre él (o al menos eso era lo que él suponía). Pero al acercarse había descubierto algo inesperado. Este hombre que yo tenía delante, desnudo, borracho, con el rostro tumefacto, raptado por su propio rapto, había descubierto que si se acercaba lo suficiente al silencio, que si se asomaba hasta exponerse él mismo, como debía hacer un buen periodista y escritor: «Ese silencio me dice cosas que yo no nací para oír, Laura».

El silencio le decía cosas que no había nacido para oír.

Cuando su pequeña audiencia del patio se desbandaba, apresurada, con cualquier pretexto, hacia los cuartos, el mayor sonreía, reflexionaba, le ordenaba a la Rosita que continuaran la fiesta en su dormitorio, que les hiciera un «pequeño show particular», solo para Mario y él, en su habitación. Y mientras ella lo hacía, mientras bailaba y se desvestía y se tocaba —y acaso ocurrían otras cosas que era preferible dejar en el silencio— el mayor continuaba hablando. El mayor continuaba narrándoles esas «intimidades» que Mario no se atrevía a repetirme, cada vez más inspirado, cada vez más entusiasmado, cada vez más exagerado…

«Pero lo peor es que uno no puede estar seguro de que esté exagerando, Laura», me dijo Mario, de pronto, con los ojos pesados (y no eran exactamente lágrimas lo que los cargaba; era, acaso, la mirada premonitoria de un hombre tan cansado que ya no lo conmovería ni el

espanto).

Creo que fue en ese punto, Claudia, tratando de entender la ebria angustia de Mario, sentado en ese inodoro con la toalla retorcida entre las manos —contándome sin mencionar lo que el silencio le había dicho y que él no había nacido para oír—, recordando a la mujer en bata que había visto salir corriendo a la calle a vomitar, mirando los calzones negros, sintéticos, con esas manchas que podían ser de rouge (o no), creo que fue allí que empecé a vislumbrar otra cosa.

Intuí algo que nadie, en la educación que habíamos recibido, nadie nos había enseñado a sospechar. La palabra «muerte», quizás, que el mayor empleaba con esa «intimidad» de enamorado, esa familiaridad que a un soñador pusilánime como Mario podía parecerle obscena (o sensual, dionisiaca, mórbida, pero sobre esto era mejor ni preguntarse), esa palabra muerte a la cual allí, en el borde del desierto, en ese paisaje despojado, el silencio le respondía de un modo natural, ancestral incluso.

Ese silencio de la ciudad santuario ante la muerte, no solo sonaba a aplauso, como sugería Mario (o a su propio, intolerable y sensual entusiasmo, pero esto era preferible ni pensarlo), sino también a algo más que empecé a sospechar, que empecé a intuir cuando admití mirar por entre las fisuras de esa noche. Ese silencio también sonaba al receso de una oración, a la expectativa de un sacrificio, a la muda señal de respeto ante un ritual antiguo que estuvo en las mismas fundaciones de la ciudad santuario y que jamás se había ido del todo, sino que solo se había «retirado»: a las sierras de la cordillera, a las cimas barridas por el viento helado en las cuales dormían su sueño de siglos otros dioses, los de párpados momificados bajo los altares abandonados. Los dioses de antes, devueltos al seno de la diosa originaria (Ishtar, Cibeles, la Pachamama) que los había engendrado y devorado a todos. En ese silencio de siglos, una deidad antigua, que se había disfrazado de diablo para adorar la imagen de una diosa nueva, bailaba su danza estacionaria, semejando que llegaba cuando nunca se había ido. La deidad enmascarada tributaba su violencia a la Patrona; y la Patrona la aceptaba como suya.

Allí, parada en el baño de nuestra casa, con los pies helados, mirando ya no con lástima sino con cierto horror al hombre que hasta entonces había amado, empecé a intuir esto, Claudia, lo que solo después de mi

propia «intimidad» con el otro (el que en los momentos de intimidad iba a llamarme «Patroncita») llegaría a saber. Aquello que el gesto del Mayor, desplomado en el asiento de felpa del prostíbulo, besándose su largo dedo índice y ordenándome callar, me anticipaba. Ese silencio de mi país, que sonaba a aplauso, no era la bienvenida a un poder nuevo, sino el saludo a una vieja deidad que volvía.

7

No necesitó levantar la cabeza de su escritorio para saberlo frente a ella, en la luz polvorienta y amortiguada del juzgado, viéndola leer en silencio, sin atreverse a interrumpirla, o esperando que su presencia le impusiera una pausa. El actuario lo había dejado pasar, porque lo conocía, sin duda (como nos conocemos todos en esta ciudad). Y ahora lo tenía allí: el joven de pie frente a su estrado, más allá de la baranda, esperándola sobre las tablas desiguales del piso remendadas con parches de latón y recién enceradas, parado entre los tres escritorios cubiertos de expedientes atados con cáñamos, más acá de las mamparas empavonadas que separaban el despacho de la antesala, bajo la lámpara de opalinas picoteadas por el polvo. Laura lo estuvo intuyendo, estimando al abogado inmaduro y buenmozo, recién recibido o desde hacía poco, con el resentimiento de la juventud ambiciosa en toda su adivinada apariencia: en la sonrisita confianzuda, en el acné del cuello, en el legajo que apretaba contra el pecho, imitando ya los gestos ancestrales, la entumecida vanidad, la confianza en sí mismo que no tenía y que le pedía prestada a la profesión, al foro, a las frases hechas del Derecho.

Esa tarde, inmediatamente después de llegar a la ciudad, y luego de aplazar a Mario para una cena de bienvenida en la noche, Laura intentó dormir una siesta en el departamento que ocuparía en los altos de su tribunal. Pero el retorno tenía otros planes, no lo concedía, no iba a permitirle conciliar el sueño por varios días. Cuando se dio cuenta de que no conseguía dormir (no conseguía cerrar los ojos sin que se presentaran a su imaginación las tres madres esperando justicia en la antesala del tribunal, tal como las vio la última vez que vio ese juzgado), Laura decidió bajar a su despacho y llamó al actuario. Mario

le había avisado la intempestiva llegada de su nueva jefa, para que viniera a abrirle el tribunal, cerrado por el feriado, y ahora Julián Fuentes, bajito, nervioso, con su casaca de cuero artificial color café, cicatrizada hasta el cuello por el cierre relámpago, se ponía a su servicio, agradeciéndole que lo necesitara, volvía a resistir su orden de que se fuera a casa, de que no regresara hasta el siguiente día hábil. Casi por darle algo que hacer, Laura le pidió el repertorio y lo consultó, anotó una lista de causas, le ordenó que se las trajera. Ahora llevaba un par de horas examinando esos expedientes de archivo, de carátulas verdes, de hojas pautadas, la «o» y la «a» agujereadas, caladas por la máquina de escribir manual, defectuosa, con la cinta gastada, que dejaba en blanco ciertas letras y otras las imponía con tanta violencia sobre el papel que lo perforaba, como si su dueño hubiera aporreado las teclas desahogándose con ellas del sinsentido, de la rutina, del absurdo de la ley.

Laura no estaba tan fuera de forma como había pensado, todavía era capaz de leer en diagonal un legajo, saltarse los circunloquios, la prosa florida, los rebuscados fundamentos y descubrir exactamente, por instinto, dónde estaba la falla o la virtud de un argumento. Era su destreza, siempre la había tenido, desde los primeros años en la Escuela de Derecho donde el profesor Velasco, ahora el ministro de Justicia don Benigno Velasco, la había descubierto. Tenía ese sentido irremplazable y escasísimo: el oído para la justicia. Era capaz de distinguir la verdad o el error, la bondad de una posición o su inconsistencia, su mentira, sin dejarse confundir por la prosa sonora y hueca del foro. Con solo echarle una ojeada al estilo de un escrito o escuchar el tono de un alegato, podía decir quién estaba abusando y quién merecía una reparación. «Un instinto inapreciable, Laurita, un regalo de la naturaleza, te lo envidio», le había dicho su profesor, animándola a seguir la carrera judicial: «¡cuántos de nosotros que estamos condenados a juzgar laboriosamente, premisa a premisa, conclusión por conclusión, que estamos obligados a seguir las reglas interpretativas de la ley como ciegos en un laberinto palpando las murallas de nuestras confusiones, cuántos de nosotros quisiéramos tener tu don salomónico...!» Era su don y, como todos los dones,

también su carga, su condena, parte del destino del que había huido para irse a Berlín y dedicarse a la filosofía.

Por fin, Laura levantó la vista del escritorio, soltó el lápiz, consintió en observar abiertamente al joven que la esperaba más allá de la baranda: alto, moreno, de ojos verdes; las comisuras rizadas en la boca de labios bien delineados, donde colgaba una sonrisa indecisa entre la arrogancia y la inseguridad. Llevaba una gruesa carpeta que estrechaba contra el pecho, al modo inconfundible de los picapleitos

—¿Cómo entró?

—Fuentes me dejó la puerta entreabierta, cuando salía. Es nuestra costumbre.

—La mía es no dar audiencias sin cita. Además...

—Además, acaba de llegar, lo sé. Pero es imprescindible que hable con usted, de inmediato.

—Vuelva en cuatro días más, el lunes, después de la fiesta.

—Cuando sepa lo que me trae me entenderá. Soy...

—Tomás Martínez Roth, supongo —suspiró Laura.

Por un instante el joven pareció perder ese aplomo prematuro, laboriosamente inventado, discordante con el acné:

—¿Me conoce?

—Mi hija me escribió acerca del abogado prometedor de la provincia.

«Me hice amiga de un abogado joven y combativo, es el único que no está dormido en esta ciudad, ha presentado cuatro querellas contra Cáceres. Las ha perdido todas, pero no se da por vencido».

Evidentemente, había causado impresión en Claudia: la pasión, el porte, esos ojos verdes donde, ahora que lo habían reconocido, el ego y el idealismo se alternaban sin estorbarse.

—Su hija me llamó anunciándome que usted había adelantado su viaje al Norte y que llegaba hoy. Le traigo un juicio.

El abogado enarboló la gruesa carpeta que llevaba en la mano izquierda.

—Juicios son lo que me sobra —le respondió Laura, indicando los escritorios sobrecargados de causas pendientes.

—No será un juicio cualquiera, será el juicio de la década, o el del

siglo, en este lugar.

—Tiene una noción un tanto espectacular de la justicia.

—Toda justicia es espectacular, donde no se ha hecho nunca.

Laura lo examinó mejor, simpatizando con su velocidad, esbozando una estima... Era un buen polemista y solo tenía el defecto juvenil de venir enterándose de sus talentos, y haberse enamorado de ellos. «Tomás cree que es posible hacer justicia en este país, que los jóvenes podemos hacer lo que no se atrevieron nuestros padres», le había escrito Claudia. Y casi podía verse el fuego de esa arriesgada apuesta por sí mismo, quemándole la confianza, traicionándolo en la esquina de los gestos nerviosos con los que subrayaba sus convicciones. Tendría veinticinco o veintiséis años; solo era un poco mayor que ella a la edad en que había fracasado. Laura se reclinó en el sillón del juez, entre las anchas aletas de cuero negro abotonado, abiertas para escuchar y acoger, pero también para decidir y ejecutar. Allí debía ser donde habían encontrado al juez corrupto que la había precedido, a Fuenzalida, una mañana, seis meses antes, desplomado, hediendo a alcohol, ahogado en su propio vómito.

—No sé por qué intuyo que no me dejará tranquila hasta haberme presentado su causa.

—Intuye bien. No puedo esperar al lunes. De acá al lunes quizás la pondrían en guardia contra mí.

—¿Es peligroso?

—Para los hipócritas, para los amnésicos de esta ciudad, para los criminales impunes, sí.

Laura inspiró a fondo, reconociendo el característico aire enrarecido de los tribunales, un aroma picante a polvillo de papel carbónico y tinta seca. Luego se entregó a la ansiedad del joven, resignándose:

—Está bien, abogado, hagámoslo breve. Claudia me escribió que usted tiene un caso infalible contra el mayor Cáceres...

—Coronel; pasó a retiro con ese grado, hace cinco años.

—¿Sigue en la ciudad? —tanteó Laura.

Si conseguía mantener esa misma aparente neutralidad, esa pretendida valentía que encapuchaba al miedo, quizás lo lograría, después de todo, lograría domar al potro de sangre de sus pesadillas,

aguantarle los corcoveos, impedir que la arrojara contra la muralla de soledad que bramaba en el horizonte líquido.

—No se ha movido del ex campamento de prisioneros, adonde tuvo la audacia de volver. Y usted lo sabe.

Laura sonrió aceptando el alfilerazo, la advertencia, y le retrucó, indicándole el grupo de expedientes que había estado estudiando:

—También sé que usted ya ha intentado cuatro querellas en su contra.

—En efecto, esta será la quinta —le contestó Martínez Roth—. En las cuatro anteriores fue absuelto. Fuenzalida, el juez venal que la antecedió, ni siquiera tramitó las causas. Las declaró cubiertas por la ley de Amnistía, y las desechó.

Empleó el verbo desechar como si hubiera dicho defecar; con el mismo asco autorizado por cierta rabiosa seguridad en su propia limpieza. Laura examinó otra vez al joven abogado: la nariz prominente, un poco ganchuda, la frente amplia, el pelo negro aleonado, los ojos verdes que chispeaban de pasión, o era el resplandor de fuego que empujaba la tarde y los tambores hacia el interior del tribunal, desde más allá de los profundos socavones de las ventanas. De pronto, reproducido, heredado y mejorado en ese perfil, como la amenaza del futuro que le aguardaba y que el joven, con todas sus fuerzas, rechazaba, un espectro se materializó en la memoria de Laura:

—Usted es hijo del notario Martínez.

—Sí, fue mi padre —le respondió Tomás Martínez Roth, desconcertado, perdiendo el hilo—. Pero no sé qué tiene que ver.

Laura evocó al notario y conservador de bienes raíces, Haroldo Martínez Simián. Uno de los diez «hombres justos» que vinieron a verla ese anochecer de veinte años atrás, en representación de la ciudad, que se sentaron en dos filas frente a este mismo estrado, y le pidieron que interviniera, le rogaron que los amparara, la empujaron a que fuera a ver al comandante. Porque «estamos de acuerdo en que estas operaciones son sanas, Laurita», le había dicho el notario y conservador, «pero nadie amputa miembros enfermos en la calle, sin anestesia, y de uno en uno».

Ahora Laura lo recordaba perfectamente, con sus latinajos, sus trajes de tres piezas y sus millones. Y podía imaginarse al conservador, sin falta, educando al hijo en su inocencia, en el privilegio de su rectitud, sentado en el despacho de su notaría, diciéndole un día todo esto será tuyo: mi reputación y mi buena conciencia y hasta la tinta con la que doy fe de cuanta verdad me dan a firmar...

Infaliblemente, como si alguien lo hubiera predicho, el hijo se había rebelado. Había estudiado la profesión del padre e iba a utilizarla para amargar la rotunda satisfacción de sus contemporáneos. Y ahora levantaba el dedo, probablemente para aleccionarla en sus diferencias con el progenitor. Pero ella se lo impidió, volviendo sobre el caso:

—Acabo de revisar los expedientes de las querellas que usted intentó —Laura repasó uno de los legajos—. La posición de Cáceres parece inexpugnable. Los fusilamientos que comandó y de los que usted lo acusaba, efectivamente fueron decretados por el tribunal Militar que pasó por el campamento. Él se limitó a dar la orden de fuego. Y el coronel se tiene tanta confianza que hasta ofreció renunciar a la amnistía que lo ampara, para permitir que lo juzgaran y lograr que lo absolvieran. ¿Qué lo hace pensar que ahora tiene un caso más sólido?

Por toda respuesta, el abogado sacó de su carpeta el escrito de una querella, en papel de proceso, pautado, y se lo alargó por sobre la baranda. Laura observó el grueso documento, sin tomarlo, echándose hacia atrás en su sillón, dejando al abogado con el brazo extendido como si le ofreciera un arma cargada o un fetiche indecente; presintiendo las esperanzas, el idealismo, el desatino. Luego paseó la mirada por su sala de audiencias, por el tribunal que volvía a ser suyo, la posó en el mapa fiscal de la provincia que colgaba en la pared, con la jurisdicción civil y criminal de su juzgado delimitada por una línea roja: le correspondía hacer justicia en todos los asuntos comprendidos en ese perímetro, incluidos la resentida ambición del abogado; los escritorios apabullados de causas pendientes; el pesado sol vertical que combaba el alero de tejas y caía de él como una guillotina, dividiendo la luz de las sombras; la ráfaga de brisa caldeada, ardiente, que ingresaba por los profundos socavones de las ventanas trayendo

desde las cuatro de la tarde una vaharada de tambores, de pitos y matracas, de himnos y danzas. A media cuadra, en la plaza, la fiesta empezaba. Laura fue hasta las ventanas y las cerró. Después se volvió hacia Tomás Martínez Roth, pestañeando, deslumbrada y decidida:

—Le doy cinco minutos para hacerme un resumen verbal, abogado.

—¿Me pide que le alegue la causa, ahora mismo?

—Puede que le sirva para oírse sus puntos débiles —Laura consultó su reloj—. Su tiempo está corriendo.

Tomás se enderezó delante del estrado, la midió, tratando de decidir si lo tomaban en serio, al menos tan en serio como él a sí mismo. Luego equilibró cuidadosamente la carpeta con su querella sobre la baranda, ordenó las hojas, carraspeó, se llevó las manos al pecho de la chaqueta negra, colgándolas de las solapas, en uno de cuyos ojales campeaba la insignia del Colegio de Abogados. Laura tuvo que reprimir una sonrisa, reconociendo el gesto forense, la prematura solemnidad, el peso de la ley agachando a la juventud, pujando con el ridículo del cuello con acné. Y el joven abogado empezó a alegar.

Laura lo fue escuchando, atrincherada en su escepticismo, y al mismo tiempo convenciéndose desde las primeras líneas: esos eran los hechos, de alguna forma este muchacho que apenas era un niño para aquellas fechas había logrado juntar las piezas del silencio de sus mayores, aunque todavía no consiguiera armar el rompecabezas. Ahí estaba el golpe militar, la llegada del mayor Cáceres a la contigua salitrera abandonada, los camiones repletos de prisioneros que se ponían a trabajar de inmediato en alambrar su propia prisión... Un mes después, el aterrizaje del escuadrón de helicópteros que traía al tribunal volante, sus jueces uniformados saltando a tierra, juzgando sumariamente, sentenciando, partiendo de inmediato entre la polvareda y el espanto, dejándole a Cáceres la orden de fusilar a los condenados. Y el mayor que la iba cumpliendo a su manera, de un modo especial, sádico, o benigno, o ambas cosas: los iba fusilando uno por uno en días sucesivos, como si quisiera alargar ese extremo de su poder, le dijeron algunos al abogado, o dar oportunidad a que lleguen contraordenes, le dijeron otros. Como sea, los fue fusilando en amaneceres sucesivos...

De pronto, Laura sintió que todos los meridianos y paralelos que había atravesado, durante las pasadas veinticuatro horas, para cumplir su vuelo parabólico desde Berlín a este oasis perdido, caían sobre ella; el tiempo mismo caía sobre ella como una red de plomo. Y aún la esperaba la cena de bienvenida que Mario le había obligado a aceptar esa noche. No pudo reprimir un bostezo. Se reclinó sobre un codo contra el reposabrazos, sintió que algo la succionaba muy atrás, como al fondo de un catalejo invertido, y desde allá estuvo observando el alegato del abogado, observando más que escuchándolo.

A pesar de su cansancio, Laura tuvo que concordar con su hija: el joven era prometedor. Más que ello, había logrado verle la cara a un pasado enmascarado, y adivinar someramente sus rasgos. Se equivocaba, por supuesto, algunos semblantes no correspondían, o solo a medias, otros contradecían el retrato hablado que le habían hecho y por adaptarlos a ese dibujo, él había distorsionado las magnitudes, cortando una nariz o hinchando unos párpados. Pero ¿no era esto acaso lo que hacía siempre la memoria, que no es lo que *fue* la memoria. ¿No procedía del mismo modo la historia, acaso? ¿No era cierto que no hay una historia *verdadera*, desde el momento en que, por ser historia, es solo versión de una verdad? Laura concordaba: el muchacho se había acercado, sus hechos particulares calzaban y, sin embargo, el dibujo general era otra máscara, no era el rostro del pasado que ella conoció. ¿Por qué?

Quizás se debía a que la voluntad y la sed de verdad del joven justiciero deformaban a ese pasado. La voluntad de saber lo que no puede saberse, de explicarse lo inexplicable. Saber y explicarse, por ejemplo, la normalidad que rodeó a lo perverso. No fue que lo perverso se hubiera vuelto normal, eso sería mala memoria o mala literatura. Lo complejo era tratar de explicarse cómo las vidas normales siguieron sus cursos normales, mientras lo extraordinario ocurría. Similar a Berlín, cuando la gente se casaba y celebraba cumpleaños y asistía a la ópera hasta los últimos días de la guerra, prácticamente, mientras caían las bombas del juicio final. Recordó Laura, cada vez más lejana a la querella que el joven le exponía, que Theodor W. Adorno escribió que después de Auschwitz ya no sería

posible la poesía. Pero Adorno olvidaba que *si en Auschwitz fue efectivamente posible* la poesía —como lo han testificado varios sobrevivientes— con mucha mayor razón lo sería después. Acaso por eso le resultaba tan incomprensible la querella del abogado, que cada vez le costaba más trabajo seguir —sus ojos se cerraban, la voz exaltada le llegaba desde una comarca lejana. Porque, en el fondo la única querella grave y fundamental era de una naturaleza poética que no podía bastarle a estos jóvenes: la querella contra la normalidad de vidas que no debieron haber sido normales...

El abogado subió la voz:

—... Lo siguiente ocurrió en otro amanecer, más o menos dos meses después, no he logrado establecerlo con propiedad —dijo, declamó, reclamando su atención, Tomás Martínez Roth—. Sin embargo, el hecho es indudable: un amanecer, dos meses después del último fusilamiento, el coronel en retiro Mariano Cáceres Latorre, a la sazón mayor y comandante del Campamento de Prisioneros de Pampa Hundida, quema la imagen de la Patrona del Santuario, deliberadamente.

Tomás Martínez Roth se detuvo, volvió a colgar las manos de las solapas, permitiendo que su caso decantara. Sin duda, era un abogado prometedor, alegaba con pasión y hacía esas pausas forenses bien estudiadas dejando que sus palabras calaran en los jueces. En ella, que se dejaba remolcar hacia el presente, hacia la perplejidad, atraída por la ansiedad del joven que aguardaba al efecto de su silencio:

—No lo entiendo, abogado. Me ha expuesto hechos conocidos, varios ya planteados en sus querellas anteriores contra el inculpado. Ahora agrega la quema de esa imagen. No veo su caso. Vaya al grano, formule su petición al tribunal.

Martínez Roth se desilusionó un poco, asintió, hurgó nerviosamente en sus papeles, buscó y se puso en el rostro el gesto de esa airada filantropía que, por un momento, la ansiedad le había hecho olvidar. Leyó:

—Basado en los hechos expuestos, asumo una acción popular para querellarme contra el coronel en retiro Mariano Cáceres Latorre por la destrucción de un objeto del culto sagrado, la imagen de la Patrona de

Pampa Hundida. Y hago extensiva la querella contra quienes resulten responsables, en esta ciudad, por el delito continuo de profanación, que se comete en la Basílica del santuario, al adorarse una imagen falsa en ella.

Y terminó alargándole de nuevo el escrito de su querella, por sobre la baranda. Esta vez Laura lo recibió. Revisó el encabezamiento, lo leyó un par de veces, parpadeando, sin apenas convencerse. Efectivamente: «profanación», decía. Después se reclinó en el sillón del juez, sintiendo que al hacerlo se hundía en el respaldo desfondado que amenazaba engullirla con su enorme boca desdentada. Que se hundía en esa boca sin dientes, en esa carcajada gigantesca, tan implausible como el caso que acababa de oír. Por otra parte, casi habría aplaudido la insensatez, el extravío, el desatino de esa querella por profanación, antes de echar a su autor a la calle. A duras penas logró moderarse:

—Recuérdeme la pena para ese delito religioso, abogado. ¿Multa? ¿Prisión en su grado mínimo? Recuérdeme el plazo de prescripción corriente.

Tomás enrojeció, protestó:

—¡Ese no es el punto! El punto es acabar con la mentira, derrotar el olvido.

—El punto —lo corrigió Laura, acodándose en el escritorio, obligándose a despertar— el punto, me imagino, es chantajear judicialmente a su ciudad.

El abogado Martínez Roth la quedó mirando, abrió un poco la boca. Parecía que le resultaba difícil concebir que alguien, de una generación mayor, pudiera adivinarle sus intenciones:

—Brillante, magistrada. Pero yo no lo llamaría chantaje, digamos que es la punta del hilo.

La punta del hilo... Cuando se supiera que un oficial había quemado una de las imágenes más veneradas del país, y que toda una ciudad le tapó ese delito, cometiendo una profanación continua durante veinte años y que duraba hasta ahora, cuando se supiera que habían venerado y promovido la reliquia a sabiendas de que era falsa, que habían estado adorando un ídolo durante veinte años, que habían recibido cientos de millones en limosnas y mandas para una réplica,

que habían jugado con la fe de miles de peregrinos, cuando por fin apareciera todo eso —le aseguraba el abogado— habría un escándalo nacional. Saldría hasta en la televisión, ya lo vería ella («¡nuestra provincia saldrá en la televisión, magistrada!»). Y luego, nada ni nadie podría ocultarse; ya no más. Aparecería lo que había bajo las máscaras de diablos sonrientes, exitosos y piadosos, el secreto bajo la mentira de estos disfraces de fiesta. El pueblo tendría que revelar el resto de lo que sabía, de lo que supieron y negaron...

—Tendrán que decir dónde están los cuerpos de los desaparecidos. Claudia está convencida de que este caso es infalible, igual que yo.

Su hija se había convencido... Laura no supo si reírse o sentir pena por el abogado, por su hija, por la desatinada época de comedia y máscaras ligeras que les había tocado. Habrían querido juzgar el pasado de sus mayores por los asesinatos, por los muertos, por los desaparecidos, y todo lo que tenían, al quinto intento, era una querella por un delito religioso que el legislador había olvidado derogar. ¿O quizás no era tan descabellado? ¿Acaso no era esta querella, oscuramente, sin que ni su patrocinante lo supiera, una forma de juzgar esa normalidad que rodeó y acogió a lo perverso?

Laura suspiró; meneando la cabeza, le dijo:

—Parece que tiene una «prueba irrefutable», según me escribió Claudia.

El abogado buscó nerviosamente en sus bolsillos. Extrajo un sobrecito y se lo alargó:

—Qué bueno que me lo recordó, magistrada.

Laura sopesó el sobre. Titubeó unos segundos. Finalmente lo abrió. Pero ya antes de abrirlo, sabía lo que caería sobre la palma de su mano: esa piedra de metal blancuzco, requemada, y que sin embargo brillaba con unos destellos irisados. Descubrió que nunca había olvidado, realmente, su extraña tibieza helada, como si conservara todavía el calor de la pira donde Iván la había encontrado, el volumen de ese tumor que parecía adaptarse a la palma de su mano (y no su mano a ella), esos diminutos ojillos azules y rojizos que la atisbaban desde los poros de la piedra, y a la vez el temblor que esos brillos dejaban en la retina. Destellos de una belleza de otro mundo, como la

de un meteorito. O como Venus, como la estrella del alba, como «el que trae la luz», que volvía a encontrarse con ella.

Y el abogado le explicaba, innecesariamente:

—La hice expertizar, en la capital. Es plata de alta pureza, probablemente boliviana y del siglo XVI. El joyero me dijo que el rubí más grande es único, venido de las Indias portuguesas, de Goa. Dijo que solo sabía de uno similar en toda América: el de la diadema de Nuestra Señora de la Prosperidad de Pampa Hundida. Esto se lo entregó Iván a Claudia. Parece que el idiota creyó que usted había vuelto.

Laura asintió: Iván. El abogado había hecho bien sus tareas, había odiado a su padre, y contado con un poco de suerte, de «estrella». Iván, el vagabundo idiota del pueblo, había seguido a Claudia desde su venida al oasis, tres meses antes, «observándome, persiguiéndome, confundiéndome con alguien, mamá», le había escrito ella. Confundiéndola con Laura, con la muchacha que fue Laura, veinte años atrás, mascando babas en la boca desdentada, pestañeando bajo el sol, comparándola con su memoria confusa y perpetuamente actual, el idiota acromegálico, gigantesco, había perseguido y observado a Claudia. Hasta que terminó, bruscamente, cerrándole el paso, haciéndola gritar de espanto, y balbuceándole: «Señora linda», al tiempo que le arrojaba esa piedra de metal y huía. Antes de que ella pudiera preguntarle qué era aquello, qué es lo que pretendía, por qué se lo daba, por qué la llamaba señora linda...

Y el abogado, desde muy lejos, más allá de las barandas de su estrado y su agotamiento, concluía:

—Ofrezco como pruebas de este libelo, el informe del joyero y la coronita de la imagen auténtica, que fue quemada.

Laura se acodó sobre el escritorio, sopesó esa «prueba», intentó el último recurso: la ironía, el ácido que puede corroer hasta los metales sobrevivientes, hasta los entusiasmos más ingenuos:

—Tiene un bonito caso, abogado. Una querella por un delito menor y prescrito, que nadie en esta ciudad reconocerá que ocurrió jamás. Y sus únicas pruebas son una coronita de juguete medio derretida y un testigo retrasado mental.

—¿Qué mejor testigo que un tonto? En esta sociedad en la que vivimos solo a un tonto se le ocurriría decir la verdad —protestó el abogado.

Pero lo hizo, ya, sin furor ni entusiasmo, como si el virus de la desconfianza hacia sus mayores, que él mismo había laboriosamente cultivado, empezara a corromper sus propias creencias, las causas que se había inventado, o asignado, para desheredarse de su padre.

—Supongo que fue Claudia la que lo convenció de que esto podía ser una querella genial.

El abogado asintió, aún más confundido:

—Trabajamos juntos. Ella me tradujo alguna jurisprudencia alemana. Parece que allá hay doctrinas... —empezó a decir, volviéndose hacia el estrado; pero luego prefirió la verdad—: Sí, Claudia me dio la idea.

Laura estuvo a punto —esta vez sí— de pararse y echarlo a la calle ardiente, a esa materia combustible de la resolana que lo rodeaba, donde no cabían claroscuros, donde las cosas y las teorías eran diáfanas y lógicas y carentes de contradicciones, como ser joven y por eso estar necesariamente del lado del bien. Laura consideró la estratagema de su hija bajo esa luz. Y de pronto le pareció que el retorno empezaba a ofrecerle sus primeros frutos, que empezaba a entender a Claudia un poco mejor. El desierto *era* como la extrema juventud: ambos no admiten las zonas grises ni los claroscuros. Acaso por eso el desierto ha sido siempre el lugar de las verdades reveladas, absolutas. Las verdades absolutas que conducían a los absurdos absolutos, a esa «profanación» (a nuestra verdad absoluta, de la que convalecemos, y a su profanación). ¿Qué haría ella ahora con ese hambre de certezas del abogado, de su hija, de esos jóvenes iracundos? ¿Qué haría con el derecho que indudablemente les cabía, a la ira? ¿Juzgar, usando como prueba esa piedra brillante que le habían devuelto? ¿Y qué si del juicio resultaba una verdad contradictoria, enturbiada por la mirada que la buscó, una verdad que no serviría para guiarlos sino para confirmarles que estaban perdidos? ¿Qué, si su juicio solo sirviera para hacerles perder, y definitivamente, la precaria esperanza que abrigaban en una verdad absoluta que la época les

negaba?

Laura entendió que debía actuar rápidamente, como sabía hacer en sus primeros tiempos de jueza. Devolvió la piedra, la estrella confusa en la que se había convertido la coronita, a su sobre, y lo selló. Luego lo agregó con un corchete al grueso documento de la querella. Tomás Martínez Roth la miraba hacer, entusiasmado:

—Entonces ¿acogerá a trámite la querella? ¿Procesará a Cáceres? ¿Llamará a declarar a la ciudad? ¿Ordenará un peritaje de la imagen?

—Lo pensaré.

El abogado la observó, perplejo, incómodo.

—¿Lo pensará? Magistrada, se acabó el tiempo de las vacilaciones. Si a usted le consta cómo fueron los hechos puede resolver de inmediato, en conciencia, sin esperar los diez días que le da la ley para pronunciarse. Mucho me temo que Cáceres intente escapar. Sin duda ya sabe que usted está de vuelta, y en la confusión de la Diablada...

—No se preocupe, resolveré antes de lo que usted espera.

—¿Cuándo? —le insistió él, obcecado otra vez, como un niño.

Laura le indicó la ventana, la calle calcinada por esa luz implacable, la cofradía que pasaba por la vereda de la sombra, bajo el alero del tribunal, desbandándose después de haber bailado hasta el agotamiento, bajo el sol blanco, en la plaza, con sus inocentes máscaras diabólicas bajo el brazo. Luego sonrió y, más resignada que melancólica, le dijo:

—Digamos que resolveré antes de que lo hagan esos diablos.

8

Desde antes de que llegara ese mayor en su jeep, con el remolque para caballos donde pateaba y bufaba un animal enloquecido de sed, aun desde antes, Claudia, yo había sentido algo que coceaba y pateaba, luchando por salir de mí. Algo que me llevó tras él a la Basílica en tinieblas donde me llamó «patroncita», por primera vez. Algo que creció más desde la noche de unas semanas más tarde, cuando Mario llegó con esos calzones negros con manchas que podían ser —o no— de rouge, y me habló de las cosas que el mayor le contaba (y que él no había nacido para oír).

¿Qué era eso que coceaba y bufaba en mi interior, Claudia? ¿De dónde me venía eso que, a falta de mejor nombre, he llamado, por ahora, una «culpabilidad abyecta» (abyecta, que viene de humildad)? ¿Por qué, cuando el mayor llegó con su acoplado, yo tuve ese momento de pánico en el cual mi mente huyó, y el único lugar donde pudo refugiarse fue cabalgando junto a mi padre, a las orillas de un lago lluvioso, en el sur de mi memoria?

Al comenzar esta carta, te dije que intuía que parte de la respuesta a tu pregunta (¿dónde estabas tú, mamá?) debería ir a buscarla muy lejos en mi memoria, a mi infancia. Ahora te propongo que hagamos juntas ese viaje, Claudia.

Acompáñame a conocer a mi padre, tu abuelo, el agricultor sureño, alto, severo y melancólico, cuya cara larga se encendía solo conmigo, cuando me recibía sonriendo, con los brazos abiertos, una rodilla hincada en tierra, a la entrada del verano. Mi padre al que adoré, pero que nunca me dijo la verdad acerca de mi madre ausente, que nunca me contó quién había sido ella y la razón de que estuviera prohibido hablar de su ausencia en mi casa, de que no hubiera fotografías, ni rastros de ella en nuestras vidas... Esa verdad que tuve que descubrir yo sola, a mis catorce años,

Claudia. Preguntando, tal como tú empiezas a preguntar, ahora, por la verdad que yo te he escondido.

Fue durante uno de esos veranos que pasaba en el pequeño fundo al interior de la cordillera, a la altura de Valdivia, durante las vacaciones del internado de monjas alemanas —el Colegio Mariano de Osorno, en el cual hacía mis estudios. Fue en una de esas largas vacaciones de verano, te decía, cuando descubrí en un entretecho cálido, atestado de muebles en desuso, en cuya esquina zumbaba un avispero, una maleta que llevaba el nombre desleído de mi madre. La estoy viendo, era una valija de color café, de tela, pesada; al abrirla desbordó de papeles amarillentos. Veo libretos de dramas, afiches de funciones teatrales, fotografías de estudio, autografiadas. En los guiones de las obras han sido subrayados los parlamentos que correspondieron a los roles de mi madre: «Juana, criatura de dios, hija de Francia...», dice una línea. En una de las fotos, la actriz, jovencísima, lleva el pelo cortado a lo paje, una cota de malla, y sostiene con las dos manos una gruesa espada de caballero medieval. La sostiene por debajo de la cruz de la empuñadura, por el filo, como una verdadera cruz. La foto de medio cuerpo fue tomada desde abajo y el mentón aparece alzado hacia la luz que proviene del cielo, esa luz que le baña el rostro afilado, la nariz respingada, los ojos humedecidos y radiantes por la espera de la batalla, o quizás del martirio. De pronto supe que esa actriz era mi madre y ese conocimiento me llegó al mismo tiempo, Claudia, de saber que era actriz. Hasta hoy, cada vez que evoco a esa mujer que no conocí, solo puedo imaginármela preparándose para salir a escena, entre las bambalinas, esperando que las luces de la platea se apagaran y se encendieran los focos sobre el escenario: una torre de castillo sobre el fondo de un cielo atormentado (un cielo como el que he visto sobre el sitio de la ejecución de Juana, sobre esa capilla en forma de hoguera, en una plaza de Rouen). Y ella, la hermosa e idealista jovencita que fue (que me imagino que fueron, Juana y mi madre), cerrando las manos sobre la espada antes que se descorra el telón, antes de exponerse ante los ojos del público, encomendándose a Dios, tal como Juana antes de la batalla, o el martirio.

Me quedé toda la mañana escarbando esos papeles, varios días leyendo esas obras, conociendo a la madre que no tuve en los roles que había

protagonizado la actriz, esas comedias y tragedias en las cuales su mano juvenil había subrayado las palabras que ahora yo pronunciaba, en voz baja... Al tercer o cuarto día mi padre me descubrió. Estaba tan absorta en mis lecturas de esas obras que no lo oí venir hasta que estuvo encima de mí, arrancándome los papeles, destruyendo las fotografías y los afiches, y de pronto abrazándome, llorando —como lloraba él, sin lágrimas, mordiéndose los labios— mientras me rogaba que no fuera a dejarlo... Que no fuera a dejarlo, entendí, como una vez lo había dejado mi madre.

Tuve que reconstruir la historia, Claudia, interrogando a unos tíos lejanos en Santiago, a la vieja nana que me había criado. Mi madre había sido una actriz de teatro exitosa, la más brillante de su generación, hermosa hasta el peligroso extremo de lo angelical (los ángeles siempre están en riesgo de caer). Una noche de estreno —una obra de Ibsen, creí averiguar, quizás Casa de Muñecas*— le presentaron a mi padre. Un hombre alto, magro como debe ser un equitador, veinte años mayor que ella, melancólico, con una extraña dulzura amarga en los ojos azules. Él fue a ver cada una de las funciones de esa obra y las siguientes, le enviaba flores al camarín, la esperaba a la salida del teatro —me imaginé, sonriendo, a una especie de profesor Unrat, esperando a Marlene Dietrich en la puerta de artistas del cabaret* El ángel azul*. Hasta que logró convencerla —quién sabe cómo, eran tan diferentes, o precisamente porque no había razón alguna que los reuniera, y eso siempre se parece al amor—, logró convencerla de ir juntos a su fundo, en el lluvioso sur, junto al lago Panguipulli. Si hasta entonces no la había conquistado, allí, en las tierras que había heredado de un abuelo inmigrante, mostrándole sus caballos, enseñándole a montar —como me enseñó a mí—, paseando a orillas del lago brumoso, al amanecer —la niebla bajando de las sierras boscosas de los Andes—, algo afloró en mi madre. No sé lo que habrá sido, pero lo sospecho, conociendo a mi padre y mirando la fotografía de ella en el rol de Juana de Arco, puedo sospecharlo: un amor al que se sacrifica la propia vida, eso es lo que afloró. El amor de una actriz que se ve en el papel de una mujer que va a entregar su vida por amor. ¿Puede haber, en realidad, una ilusión más fuerte? Los imagino a los dos cabalgando entre el bosque virgen y el lago cristalino, e imagino su amor por la melancolía de ese hombre taciturno y pesimista, por la perspectiva de sacrificarse (esta*

palabra, Claudia, es esencial), sacrificarse para que ese hombre que no podía ser feliz, fuera feliz. ¿Entiendes mi sospecha, Claudia? Mi madre se sometía al sacrificio como uno de sus personajes, como Juana de Arco, para que de las llamas de su cuerpo naciera la libertad de un alma atormentada. Así la imaginé yo.

No podía durar y no duró. Al año de su matrimonio, nací yo. A los dos años, ella insistió en que debía viajar a Santiago para ver la temporada que ofrecía una compañía de teatro francesa, de paso por Chile. Allí el rastro se pierde. Al parecer conoció a un actor, o a un productor, prefiero imaginarlo como un empresario de teatro que le ofrece relanzar su carrera en escenarios internacionales. El caso es que nunca volvió. Nunca me reclamó, tampoco. Nos dejó a ambos en las orillas de ese lago lluvioso, en el sur. Al jinete que salía antes del alba —enlutado, ahora—, a recorrer los campos anegados y vigilar el aserradero, perseguido por el rosario de su jauría. Y a la niña que creció en brazos de una nana, y que apenas tuvo edad fue enviada al internado de las monjas alemanas, en Osorno —donde leíamos la Biblia en un alemán tan anticuado que parecía, y era, de tiempos de Lutero— y de donde volvía cada verano para ser abrazada por mi padre —yo era lo único que le encendía el rostro severo y apagado.

En esos veranos, desde que pude sostenerme sola en la silla, mi padre me enseñó a montar, y llegué a hacerlo mejor que él. Tuve una yegua alazana a la que le puse Campanilla, y un potro quisquilloso que arrancaba a la menor presión en los ijares, al que llamé Pistón. En ellos acompañaba a mi padre desde el alba a recorrer el fundo agreste que heredamos del abuelo pionero, internándonos en la cordillera para controlar las labores de aserrío o dirigir el arreo de los ganados. No te asombres si te digo, Claudia, que hasta ese día de mis catorce años, cuando descubrí que había tenido una madre, nunca me hizo falta una. Hasta entonces —tal vez porque no conocí otra cosa—, fui feliz. Desde entonces, siempre me faltó —me faltará — algo.

Porque desde ese verano nunca he vuelto a ser feliz. Supe que tenía una madre solo para saber que la odiaba por habernos abandonado. Y al mismo tiempo, contradictoriamente, supe que si yo hubiera estado en su lugar —en el lugar de la imaginada— también habría dejado a mi padre. Habría dejado al hombre taciturno que se paseaba por los corredores de su

casona, escuchando el ladrido histérico de los perros, que al atardecer subía a la terraza del segundo piso para que le avisaran desde allí de cualquier visitante inoportuno. Perdí a mi padre el mismo verano que descubrí que había perdido, y que odiaba, a mi madre.

Dos años después, cuando ya me encontraba en el último curso del internado alemán, mi padre murió. Salió a perseguir a unos ladrones de caballos. Se internó en la cordillera con una partida de sus peones, siguió a los cuatreros con tanto tesón que estos abandonaron los animales robados. Todos sus inquilinos le dijeron a mi padre que no continuara tras los ladrones, que ya no tenía objeto. Pero el hombre solitario y melancólico, que nunca había hecho algo injusto, no podía permitir que un robo quedara impune. Los siguió casi hasta la frontera con Argentina, y allí lo mataron.

Todo el mundo se admiró de mi serenidad en el funeral, de mi equilibrio, de mi entereza frente al destino que me dejaba huérfana. No sabían que yo había decidido serlo —huérfana— desde años antes. Yo misma no sabía que solo estaba postergando el luto, hasta el día cuando un hombre (que era más bien un dolor forrado en piel humana) llegara a imponérmelo.

Luego el fundo se vendió —muy barato, empezaban los grandes disturbios de la reforma agraria en el campo— y con eso pagué mis estudios en la Escuela de Derecho, y mi vida en Santiago, hasta que pude entrar a la carrera judicial. Me recibí con los máximos honores de mi generación (me dieron una estatuilla de la justicia vendada). Mi primera destinación fue como Secretaria de juzgado en el diminuto tribunal de Pampa Hundida. A los dos años, por mis méritos, quiero suponer, pero más probablemente en uno de esos gestos de locura que eran la razón de esos tiempos apasionados, me nombraron jueza titular, la más joven en la historia del Poder Judicial.

Hasta la víspera del golpe de estado, yo creía de buena fe que ese había sido el regalo de mi época, que yo podría hacer mi contribución desde la equidad de mi estrado: intentar una justicia —la verdadera justicia natural, que un buen juez podía encontrar incluso escondida en las leyes más injustas— sería mi contribución a un mundo mejor. Y creía —¡niña ingenua!—, creía saber perfectamente cómo hacer esa justicia natural. Todo era cuestión de leer entre líneas, de leer en los entresijos de las leyes,

aun en las más anticuadas y duras, la bondad que escondían. Me acuso de mi grotesca pureza: yo traté de hacer desde mi cargo de jueza lo que el gobierno socialista de Allende decía que trataba de hacer en lo suyo, justicia con leyes injustas. (Alguna vez me preguntaste por mis diplomas, por mis títulos profesionales, por qué jamás los viste: los rompí una noche de hace veinte años, rompí mi educación en mil pedazos. Y todos mis estudios posteriores, mis doctorados y mis libros, no han sido más que el intento desesperado por escribir sobre esos papeles destrozados, por inventar una escritura que emplee, como otras tantas palabras, las rasgaduras del papel donde tuve que trazarla.)

No puedo explicártelo mejor, por ahora —déjame juntar fuerzas—. Solo créeme cuando te digo que fue el tardío odio hacia esa madre que no conocí y que nos abandonó, el odio a la sospechada imaginación dramática, a la intuida pasión romántica, que la hizo casarse con mi padre y después abandonarnos, y, a la vez, el desprecio hacia la pasión melancólica de mi padre, que provocó aquel abandono, que fueron ambas decepciones lo que estuvo en la raíz de mi decisión de estudiar algo que estuviera lo más lejano posible a esa escuela de pasiones que es el teatro. Y lo más lejano que se me ocurrió, fue el Derecho. Ella, mi madre, había roto las leyes más elementales al abandonarme, había roto el equilibrio natural del mundo; yo me cuidaría siempre de no ser como ella, de no permitir que mi pasión dominara a mi razón... Yo velaría por ser justa. Por su parte, mi padre había desafiado a los dioses con su tristeza apasionada y su pesimismo justiciero. Y se había hecho matar. Yo sería equilibrada y ecuánime.

¡Dios mío, qué ingenua era, qué injusta fui tratando de ser justa, qué ilusa! Cómo no advertí entonces de que ese deseo de equilibrio y orden para mi vida envolvía una paradoja y una profecía, Claudia. Porque lo más equilibrado y estable, lo que no cambia y permanece y es definitivo, es la muerte. ¿Cómo no me di cuenta de que en mi deseo de orden había una nostalgia de muerte, ese orden absoluto?

Pero no me di cuenta. Por lo menos, no empecé a notarlo hasta que ese deseo adolescente de perfección, de hacer una justicia que me tuviera equidistante tanto de la pasión teatral de mi madre, como de la melancolía fatal de mi padre, se hizo mil pedazos con el golpe militar. Esa violencia

destruía el mundo de equilibrio que yo me había inventado; y en cambio, la pasión, la tragedia que yo había rechazado, el espíritu histriónico y trágico de mi madre (que yo le había asignado a mi madre), y la violencia taciturna de mi padre, se apoderaban del país.

Ahora me preguntas indignada, Claudia, en tu carta: ¿dónde estuviste tú, Mamá? Bien, esta historia es parte de mi respuesta. Protestarás, tal vez, que por qué te lo cuento solo ahora, que por qué no lo hice antes. Tengo pocas excusas. Solo puedo decirte que, si ahora te relato esa historia de mi niñez, es porque intuyo —oscuramente, como lo intuí y presentí esa mañana cuando llegaron los militares y el oficial de caballería que los comandaba— que ese silencio, en mi biografía, es el primer eslabón de una cadena que conduce inevitablemente a la mujer que estuvo colgando de las piernas, suspendida de un tejado trepanado, mientras a su lado hervía un perol, en cuyo vapor aleteaba la imagen de la Patrona.

Todo esto, Claudia, yo lo he venido sabiendo de mí misma poco a poco. Quizás cabría decir que empecé a saberlo desde el amanecer del golpe militar, cuando presentí que, desde ese momento, algo inexpresado y abyecto me acusaría.

Pero, sobre todo, esa acusación, ese emplazamiento que iba a hacerme mi época, llamándome al escenario —como si al rechazar a mi madre actriz, yo hubiera desafiado al coro de la tragedia de mi tiempo—, esa acusación empezó a confirmarse cuando la columna de camiones militares, atigrados por el camuflaje, entró en Pampa Hundida, y el jeep del comandante con su acoplado para caballos vino a estacionarse en la plaza y yo oí, o sería mejor decir que presentí, al animal encerrado en el remolque plateado, la bestia que pateaba y bufaba y relinchaba, ansiando —como mi memoria, o como otra cosa *dentro de mí— salir.*

9

—Pssst, magistrada.

La larga cabeza del padre Penna asomaba en la puerta de la sacristía, atrás de la Basílica. El cura parpadeaba deslumbrado por el sol, por los penitentes y enfermos que ya acampaban al alero del edificio —su asedio miserable, terco, imposible de saciar—, por el redoble de los bombos y tambores que retumbaba en la calle trasera, por el niño que orinaba bajo las ventanas de la casa parroquial. Y entre todas esas necesidades, asomando entre la puerta tachonada, colonial, y las molduras barrocas pintadas sobre el dintel, el cura la llamaba precisamente a ella.

Laura había amanecido con un oscuro presentimiento, una desazón, como cuando no podemos recordar algo importante que hemos soñado y por eso mismo sentimos que el sueño continúa. Ese recuerdo de lo que quizás todavía no había ocurrido, pero que se había anunciado desde su llegada el día anterior: en el tribunal, cuando el abogado Martínez Roth le entregó su absurda querella; en su cena con un Mario evasivo y afónico; en el encuentro nocturno con el espectro de Cáceres, entre las dobles ruinas de él mismo y del Campamento, cuando le había pasado su revólver y le había pedido su gracia... Todo lo que ya constituía una premonición tan fuerte como una memoria.

Esa mañana, muy temprano, Laura abandonó su departamento en los altos del tribunal, por la salida del callejón, y se echó a andar por la ciudad. Siguió por Ramos hasta Julio Villa, torció a la izquierda y recorrió calles anónimas hasta las afueras, hasta el borde del oasis y comprobar la distante verdad de la casa rodante acampando entre las ruinas que había visitado la noche anterior. Y luego, con el sol de las diez ya en el cielo, Laura puso a prueba una memoria: se dejó perder

en el laberinto de los tenderetes, que con sus toldos y mostradores tambaleantes enredaban la avenida Santos. Los penitentes iban por el medio de la calle, comprando sus meriendas del día en el mercado instalado al aire libre en las veredas: por el lado interior los comerciantes establecidos, por el exterior los ambulantes, todos haciendo su negocio con los peregrinos más fieles que habían llegado el día anterior; y entrenando la codicia para los que arribaban en masa ese viernes, y los que serían ya una muchedumbre sin bordes el sábado. Laura recordó otra cosa que había olvidado: que durante una fiesta todo ese desorden aparente en la ciudad declinaba hacia un centro magnético: hacia el ritmo sordo, obstinado, primitivo, de los tambores que atraían fatalmente al caminante hasta la plaza y la Basílica.

En las dos horas que había caminado por las afueras, la plaza había entrado en la vida animada, revuelta, transitoria, de la fiesta. Ese día, viernes, se daba comienzo oficial a las festividades. El tránsito de vehículos había sido suspendido en el área alrededor de la Basílica. Las cofradías giraban y danzaban al ritmo machacón de sus banditas. Los diablos avanzaban dos pasos y retrocedían uno, en su infatigable marcha estacionaria, girando de pronto, bruscamente, desmaterializándose entre los destellos de sus trajes de fantasía: las pedrerías, los latones y espejos que tajeaban la luz de la mañana y que quedaban en las retinas como una quemadura de sol.

El cura Penna le siseó de nuevo desde la puerta trasera de la Basílica: «Pssst, magistrada», mirando hacia ambos lados, llamándola con un dedo, abriéndole la puerta lo justo para que Laura pudiera pasar. Y luego cerrándola apresuradamente, pasándole la tranca, poniéndose frente a ella con los brazos un poco despegados del cuerpo:

—Desde ayer que quería ir a saludarla, darle la bienvenida. Pero los preparativos de la fiesta no me dejaban... —se excusó.

Y no supo por dónde seguir. Laura lo comprobó igual al que fue, sin haber cambiado ni aprendido nada: un hombre alto e inseguro, con la piel amarilla y una brizna de pelo blanco en lo alto de la calva, que acentuaba su apariencia de cirio; inmune a sus décadas en el desierto,

hablando con dificultad el castellano, lenta y melodiosamente, como si tradujera de algún viejo antifonario latino. Hasta la camisa sin cuello y los pantalones negros, abrillantados por demasiadas planchas, podían ser los mismos.

El cura la hizo pasar a la sacristía. Laura comprobó la razón aparente de tantas precauciones: sobre una gran mesa frailera dos mujeres de luto contaban monedas y billetes. Apilaban las monedas en montones iguales y estiraban los billetes con una plancha a vapor.

—Las camareras de la Virgen. Me ayudan con la plata de las mandas —le explicó un poco innecesariamente Penna.

Laura reconoció a las eternas hermanas Subiabre, las «Camareras de la Virgen»: idénticas, viudas, beatas. La mayor, o la menor —nunca supo distinguirlas—, le dirigió una fría reverencia sin dejar de planchar sus montoncitos iguales de billetes; la otra era demasiado tímida u orgullosa para hacer siquiera eso. Laura evocó la última vez que las vio: las dos viejas paralogizadas en el acto matutino de barrer la vereda de su casa, dejando los escobazos en el aire para observar a la mujer descalza, herida, con un pecho al aire, que avanzaba por el medio de su calle.

Y ahora no pudo evitar un reflejo de ironía, acaso dirigido a ellas y pendiente desde aquella última vez. Dijo, indicando al dinero en la mesa:

—Ya veo de dónde salió su campanario nuevo, padre. Y la iglesia pintada.

El cura se turbó un poco, indicando hacia lo alto, transfiriendo la responsabilidad por ese falso barroco pintado, nostálgico de un virreinato, con el que habían embellecido a su iglesia. Se defendía del orgullo mediante una modestia que colindaba con la vanidad:

—También he fundado cinco templos y capillas en los pueblitos de las montañas.

—Una gran labor evangelizadora.

—Una gran labor de transporte, más bien —la vanidad se transformaba fácilmente en melancolía—. La mayor parte de estos años la he pasado esperando buses. Celebro una misa, oigo las confesiones de la quincena y salgo a escape, seis horas hacia el

siguiente pueblo.

Laura imaginó al hombre de negro con su crucecilla en la solapa y el maletín con las estampitas y las hostias, esperando en la ventolera de un cruce de caminos, en el páramo de su fe.

—Como sea, ha cosechado. Hay más dinero que nunca, y apenas empieza la fiesta.

El cura dirigió una mirada esquiva, de pudor ofendido, a la gran mesa frailera y grasienta donde las viudas contaban el dinero. Y luego la irguió hacia los altos armarios esculpidos, la bajó hacia los vitrales en las ventanas. La detuvo allí, como evocando lo que el vitral no le dejaba ver: la Plaza de la Matriz, las bandas giratorias, las cofradías de penitentes danzando bajo el liviano sol de media mañana, al pie de la mole fingidamente barroca del templo, frente a sus puertas cerradas. Pareció reconfortarse en la invocación de esas cofradías fieles y tradicionales, las más ricas y mejor entrenadas también, que serían las únicas capaces de bailar sin detenerse ni desordenarse, alternando bailarines y músicos de refresco, durante los tres días de la fiesta.

Y luego Penna la miró, los ojos de escleróticas rojizas y un poco desesperadas, como si temiera que ella lo hubiera sorprendido fantaseando. Parecía volver de esa felicidad, de ese cosmos ordenado, aceptar el mar de devotos que ya desbordaba el zócalo ceremonial y la ciudad, que invadía todos los rincones del oasis; el pueblo peregrino que después de cruzar el desierto, sediento y esperanzado, improvisaba tolderías en las calles y callejones, en las canchas peladas de las pampas aledañas —evitando eso sí, por superstición o instinto, por leyendas de aparecidos y rumores de minas explosivas, las ruinas del campamento donde desde hacía un lustro acampaba esa caravana solitaria—, el pueblo peregrino de entre el cual los más desesperados y dolidos y enfermos venían a echarse bajo los aleros mismos de su templo, bajo sus arquivoltas fingidas y sus cornisas trucadas. La muchedumbre cercando el templo: comiendo, defecando y meando allí mismo, como ese niño que Laura había visto orinar contra el templo. Pero todos ellos, también, orando, pidiendo milagros, depositando en los buzones sus limosnas y sus mandas, el pedacito de esperanza que mandaban comprar con sus ofrendas. Mientras él estaba solo, de

rodillas en su celda, apretando el torniquete de ese cilicio que abultaba notoriamente su pantalón a la altura del muslo, rogándole a Dios que no se le ocultara tras ese tumulto. Suspiró, excusándose por anticipado:

—Nada de esto es mérito mío, sino de la Señora. De sus milagros. Estoy preparándola, precisamente —se jaló de los largos tirantes medio vencidos—, para la devoción de mañana. Venga...

Y la llevó hasta su pequeña oficina, contigua a la sacristía.

La imagen de la Patrona, de unos treinta centímetros de alto, estaba sobre el escritorio del cura. Laura comprobó que nada desmentía su recuerdo: ni la tétrica melena de pelo humano, ni la ennegrecida palidez de yeso ahumado en los altares, ni los ojitos de muñeca despavorida por el exceso de luz o de esperanza. La supo triste e incólume, lacerada e intacta, entronizada en su dolor; con su manito de juguete señalándose el sitio del herido corazón. Como se hace cuando se suspira de alivio, cuando una larga angustia toca a su fin, cuando el que ya no esperábamos retorna. Y en las mejillas, esas diminutas lágrimas de vidrio seguían discrepando con la sonrisita donde unos dientecillos ratoniles, voraces, apuntaban.

—Siempre supimos, Ella y yo, que usted volvería —afirmó el cura y miró a la Patrona como si esperara corroboración.

—Sabían más que yo entonces.

—Y ha vuelto precisamente durante una fiesta. Rogué por este momento, el del perdón.

—A veces no se vuelve a perdonar...

—Lo sé, lo sé —repitió el cura en su español traducido de un antifonario—. Pero usted vino a eso, ¿verdad?

El cura le indicaba al vitral de su ventana, más allá de la cual vibraba la multitud, como si Laura tuviera que perdonarlos a ellos. Faltaba uno de los vidrios emplomados en el vitral y por allí se proyectaba un rombo de luz ardiente, sin filtro, que resplandecía sobre el pequeño armario abierto donde colgaba el ropero de la Señora: enaguas de lino, vestidos de brocado, mantos recamados, estolas, todos diminutos, para muñeca. Penna echó una mirada por el hueco del vidrio faltante, comprobó lo que fuera que esperaba: que los

penitentes seguían llegando, que Dios no le había enviado ayuda, que el niño orinaba. Y después volvió a lo que estaba haciendo, antes de divisarla e invitarla a entrar. Tenía en la mano una caja de maquillaje y lo aplicaba con una brochita sobre las mejillas de la figura, repasaba sus cejas, delineaba los ojos. Dio un par de retoques y se echó para atrás, observando el efecto de su maquillaje en la carita de yeso:

—¿Qué le parece? —le preguntó por fin, esperanzado.

—Se le corre el rímel —observó ella, despiadadamente.

El cura se volvió hacia la efigie, alarmado. Una lágrima de tintura negra rodaba por la mejilla de la Señora.

—No sé hacer esto —gimió, desconsolado—. La gente se dará cuenta.

Solo el objeto de su desconsuelo había cambiado. En el fondo, era lo mismo que gemía cada año: que estaba solo, el único pastor para ese inmenso y descarriado rebaño que pretendía tomar la fe en sus manos y saltarse la iglesia, o convertirse ellos mismo en el cuerpo de una iglesia peregrina, a la intemperie, sin guía ni intérprete, vagando por el desierto en pos de una alianza sin sacramentos, cara a cara: el pueblo frente a la zarza ardiente, el pueblo penitente convertido en la propia zarza que arde.

Laura evocó una discusión con el cura, en aquella época, cuando su fe que ya había tambaleado en el internado de monjas alemanas, se venía abajo y ella echaba mano de este último recurso: una devoción sin intermediarios, como la fe popular. Entonces el cura se desesperaba con la joven Laura, medía el largo de su fracaso por la distancia que ella ponía de los sacramentos. Ahora no le costó nada imaginarlo persistiendo en el agravio, la sufrida vocación, la soledad corroborada cada fiesta, desde hacía veinte años, cada vez que se ponía a retocar, a peinar, a acicalar esa imagen de la imagen que había perdido.

—Pídale ayuda a las «Camareras de la Virgen» —le sugirió Laura.

—No puedo. Hace mucho que olvidaron que es una réplica.

—Pero usted no.

—Yo no tengo derecho.

Laura se preguntó si para esto la había hecho entrar, para que lo

compadeciera. Y algo parecido a una revancha, la hizo decir:

—Déjeme ayudarlo.

—¿Lo haría?

—Puedo intentarlo.

Laura limpió con un algodón las mejillas de la imagen, quitó el exceso de polvos, después sombreó los pómulos, delineó con un lápiz blando el arco de las cejas, le peinó el pelo humano, de muerto. Seguía, sin darse cuenta, la misma pauta diaria de maquillaje liviano que se aplicaba a sí misma, la que había intentado enseñarle a su hija, sin éxito; Claudia no se pintaba nunca. Y ahora comparó el resultado con la estampa que sostenía el cura. Entrecerrando los ojos, desde una aceptable distancia, y contando con una dosis de fe sencilla, nadie notaría el truco. La única diferencia apreciable era que los ojos de vidrio barato de la réplica no seguían al espectador que la miraba, como hacía la auténtica, en su recuerdo (cuando la habían seguido y mirado y medido). Sin embargo, el cura estaba extasiado: tomó con cuidado amoroso la estatuilla y la observó desde todos los ángulos:

—Casi es ella de nuevo —exclamó, contento; pero agregó, mirando a Laura—: salvo por la coronita, claro. Esta pobre corona de lata que le pusimos en vez de la auténtica, aquella vez. En eso se le nota que es réplica.

—¿Réplica? —le preguntó Laura—. Creí que todas las imágenes son solo eso.

—Sí, pero en el caso de ella, para los que sabemos que es solo una réplica de una réplica, es aun más... maravilloso, o terrible. En todos estos años, sin ser auténtica... ¿No lo comprende?

—No.

—¡En todos estos años siguió haciendo milagros! Desaparecida y todo, los hizo, hija.

El cura se exaltaba, su doctrina y su devoción se contradecían y a la vez, en esa lucha, se entrelazaban, formaban un nudo visible en su garganta, en su aliento espeso, en la mano que jalaba los tirantes, como estirando las dudas que callaba y por eso mismo podían suponérsele. ¿Se necesitaba una imagen verdadera si una réplica era capaz de hacer milagros? ¿Era posible que una réplica, una vez

entronizada, se convirtiera en lo que replicaba? Y entonces, si su imagen no lo era, ¿necesitaba Dios ser verdadero?

Y Penna seguía tironeando de su fe atormentada, gastada en el soroche de las alturas, la misma con la cual la había llamado «hija»:

—Esa querella por profanación que le presentaron no tiene sentido. La Señora, aun desaparecida, siguió haciéndonos milagros.

Laura lo miró a los ojos y más arriba, a la mecha de pelo blanco que acentuaba su apariencia de cirio, y después le preguntó con deliberada lentitud:

—¿Y ella también hizo el milagro de aclararle a dónde fueron a parar los prisioneros que usted llevaba a la frontera?

El cura hizo un gesto de dolor como si hubiera sentido el apretón del cilicio en el muslo. Apartó la vista, atisbando por el rombo faltante en su ventana, acaso preguntándose si podría escapar por allí antes de que lo vieran llorar. Luego se persignó en desorden o se secó la transpiración de la vasta frente.

—No hablemos de eso acá —murmuró, y le pidió—: Sígame por favor, magistrada.

Penna cerró bruscamente el armario de muñecas, tomó en brazos la imagen y reclinándola contra su pecho —trémulo, emocionado, acezante— la llevó a grandes zancadas, cruzando la sacristía donde las hermanas Subiabre seguían contando dinero, hacia la iglesia.

Laura lo siguió, venciendo una repelencia anticipada. Lo vio cruzar el transepto del templo, hincar la rodilla para persignarse frente al tabernáculo, mostrar la gastada suela del zapatón de minero, contemplar la figura que acunaba, recobrar la esperanza, repetirle a ella, pero como si hablara con la otra:

—Mucho mejor, mucho mejor. Casi es Ella otra vez.

Y, mientras entraban a la capilla de la derecha, la de los Milagros, todavía agregó:

—No lo esperaba de usted...

Aunque no podía decirse si se refería al maquillaje o a la pregunta de la cual había huido.

Laura se encontró bajo el techo de la Capilla de los Milagros, donde colgaban cientos de exvotos: piernas ortopédicas, corsés, yesos y

vendas herrumbrados de sangre, prótesis como aparatos de tortura, bastones y muletas, espectrales costillas radiografiadas y esqueletos de sillas de ruedas; se encontró rodeada por los muros tapizados de plaquitas de bronce y acrílico, de mármol y latón, los agradecimientos por dolencias sanadas, los testimonios de mandas cumplidas, de tremebundas enfermedades crónicas y, sin embargo, curadas. En los muros circundantes, la cota de esos testimonios había trepado por lo menos un metro, en los pasados veinte años.

Un rayo de sol oblicuo, espeso de polvo, caía de un alto lucernario, alanceando la capilla, hincándose en el suelo desigual como un dolor más, bajo los despojos de tanto milagro. Laura experimentó un escalofrío. Recordó al cura relatándole cómo había llevado al primer prisionero hasta la frontera y lo había visto internarse cada vez más diminuto, hasta volverse invisible en el país vecino: *hasta convertirse en una nubecilla de polvo que se desplazaba en dirección a otra nubecilla más grande que venía a su encuentro* —le había dicho Penna—, tal vez una recua de llamas salvajes (pero ¿de cuáles llamas?) que galopaban a su encuentro, *pero tan lejos, magistrada, que no se veían*.

Ahora, el cura se acercó al altar de la Señora, subió los dos tramos empinados de escalinatas de madera, hasta la hornacina y el trono vacíos. Titubeó, se detuvo a mirar a la jueza, de reojo, luego observó la bóveda de la que colgaban los exvotos, contando algo, quizá sus escrúpulos. Tal vez temblaba así cada vez, pudoroso, traicionado por la aprensión del novicio que había sido, antes de entronizar ese reflejo retocado, la imagen de una imagen desaparecida. Luego se decidió: la depositó sobre el trono, le ordenó el escapulario, la diadema de falsa plata, los vestiditos, como haría un padre con su hija pequeña. Se santiguó y acabó de bajar pesadamente.

Y la enfrentó:

—¿Todavía está enojada con Dios?

Laura le indicó el altar de la Señora, contestándole con una ferocidad antigua, viva, que ni ella misma había previsto:

—Vigile el maquillaje. Puede correrse otra vez.

—Ella no tuvo la culpa. Ni Él. Él nunca puede tener la culpa.

—Tranquilícelos, entonces. Dígaselo cuando los vea.

—No se necesita ver a Dios...

—... si se sabe que existe. Recuerdo sus refranes, padre. Pero aún no me contesta: ¿qué pasaba con los prisioneros, verdaderamente?

—Ah, es la verdad lo que quiere —cabeceó el cura y se dobló, sentándose sobre un banco. Escondió el flaco rostro arrugado, de vela derretida, entre las manos. Parecía que iba a orar, pero simplemente repetía—: la verdad, la verdad...

En sus labios la palabra sonaba a cuchillo, a péndulo, a silbido de hoz. Luego la miró con una lucecilla de esperanza, indicándole uno de los confesionarios de cortinas moradas, en la nave principal:

—¿Sabe que no tengo con quien confesarme? Eso es lo malo de ser un cura de pueblo. Quizá usted querría...

—¿Yo? No le entiendo —le preguntó Laura, exasperada.

—Su sucesor, cuando vivía... Bien, era como un juego. Fuenzalida oía mi confesión. Sobre una base estrictamente secular, se entiende. Un juez también puede confesar. Era un buen acuerdo. Yo lo oía a él, y él a mí.

—Y se absolvían mutuamente, supongo.

—Fue una época tan larga, en la que no teníamos a nadie más. ¿No podría usted...?

—¿Hacer lo mismo...? Lo siento, pero no tengo poderes para eso.

—Es una lástima, una lástima. Piense lo que es esta soledad. Las cosas que no puedo contarle a nadie.

—Cuénteselas a ella —le dijo Laura, indicando a la réplica de la imagen en su trono, rodeada de los exvotos colgantes, las plaquitas de agradecimiento, los despojos de sus milagros.

—Le he contado —susurró el cura, y luego más fuerte, mirándolas de hito en hito, como si entre ambas lo estuvieran martirizando—: ¡usted no sabe lo que le he confesado a ella aquí hincado, de noche, cuando la Basílica está en sombras, la sangre, Laura, que he derramado por ella, pero nada es suficiente para esta tirana...!

Y el cura se llevó un puño a los labios aterrado por su propia blasfemia, o aterrado de la propia «tirana» que lo había mirado impasible a él venir a hincarse frente a su altar, con las espaldas desnudas, en las noches, cuando la iglesia estaba a oscuras (como si

estuviera llena de demonios), y alzar el flagelo y apretar el cilicio y la sangre que saltaba y el grito del cura en la oscuridad (como el grito de un demonio). Pero nada era suficiente para esa tirana que sufría y exigía sufrir. Nada lo había sido. Laura evocó a los sacerdotes de la madre primordial, de Ishtar, de la Cibeles, de la Parca Fuerte, que se castraban frente a su imagen; pero nada había sido suficiente...

El cura oraba, con una rodilla en tierra y las palmas juntas, le pedía perdón a la imagen, en latín: *Stabat Mater*, creyó entender Laura que decía. Y luego, incorporándose, a ella:

—Usted no se imagina sus poderes, Laura.

Ella le contestó, lentamente:

—Digamos que si es tan poderosa, no comprendo lo que permitió. Y si comprendo lo que permitió, entonces tengo que pensar que no es tan poderosa.

El cura contempló el argumento, lo puso contra la luz solar, repleta de polvo, que alanceaba la nave desde las altas ventanas en forma de flor, cayendo en medallones incandescentes sobre el suelo de baldosas, hasta que le lagrimearon los ojos. Luego de mirar con el ojo desnudo esa luz polvorienta y cegadora que venía del mundo exterior debía ser un alivio, en realidad, volver la vista hacia la piadosa oscuridad del altar, hacia las bóvedas que los ángeles y los santos pintados en trampantojo surcaban ingrávidos y eternos, hacia la pequeña figura de la Patrona en su hornacina. A esa distancia y con los ojos lagrimeando, nadie habría dudado de que ella era la verdadera. Sin embargo, la mirada de Penna volvió de esas recaladas transportando apenas un suspiro:

—Hay que perdonar el pasado que no podemos juzgar.

Allí estaba, resumida, toda su doctrina para el caso: el verdadero perdón es el que nos duele dar. Una doctrina a la que Laura ya había respondido, en sus cavilaciones de veinte años, muchas veces:

—¿Y si es el pasado el que no nos perdona?

El padre Penna se puso de pie, volvió a jalarse nerviosamente los tirantes de sus pantalones brillosos. Dio otra miradita de reojo hacia el altar de la Señora y la distanció de ella, hablándole en voz baja, alejándola de los diminutos oídos de yeso:

—El libre albedrío —le decía—. Los seres humanos somos libres para pecar...

Era la explicación teológica. Laura la recordaba perfectamente, la había aprendido con las monjas alemanas de su internado y se la había oído repetir varias veces al cura, en aquellos dos años cuando ella todavía se confesaba y discutían los límites de sus respectivas justicias. Y ahora Penna se la recitaba: la justicia de Dios, su teodicea. Dios deja a sus criaturas libres para que disfruten de la responsabilidad de salvarse o perderse. La gracia de la libertad se obtiene al precio de que el mal ande suelto por el mundo. Y además existe la posibilidad enorme, incomprensible, aterradora, de que el corazón de Dios sea tan grande que hasta pueda amar al mal y por eso permitirle existir; que el mal también sea hijo de Dios... El cura Penna trataba de convencerla, como hacía dos décadas, pero ya sin esperanza verdadera. Ya no citaba en su apoyo a los iconos de sus santos, tratando de sacarlos de su mudez. Su ardor evangélico se había devaluado, quizás en la misma proporción en que su parroquia prosperaba. Casi a pesar de sí misma, o repitiendo a una que ya no era, Laura le preguntó:

—¿También somos libres para sacrificar inocentes?

El cura abrió los brazos en un gesto de impotencia. Se le acercó todavía más y le susurró:

—Misterio... No lo sé.

Le hablaba al oído. En su aliento jadeante y ácido, la fe iba y venía, como la llamita de una vela encendida en una ventolera. Una fe aterida en esos páramos, en la racha de esas dudas que no tenía a quien confesarle. Y que sin embargo ahora confesaba en el oído de la jueza, a hurtadillas, de reojo. ¿Por qué no defendió a los débiles la Patrona verdadera? (No lo sabía). ¿Por qué no detuvo o iluminó o cegó a ese tribunal volante? (No lo sabía). ¿Tuvo miedo igual que todos los demás, igual que él, igual que la justicia de ella? (No lo sabía). Y después, cuando ya era réplica, la imagen de una imagen desaparecida, ¿por qué le dio prosperidad al pueblo y tormento a los prisioneros del campamento vecino? (No lo sabía). ¿Por qué hizo milagros para los peregrinos y no el milagro de borrar la duda en el

corazón de su sacerdote? (No lo sabía). ¿Era verdadera para unos y falsa para otros? (No lo sabía). ¿Era necesario ignorar, olvidar, decir mil mentiras pequeñas para salvar una gran verdad?

Laura interrumpió esa letanía, subió la voz:

—Contésteme de una vez: ¿usted sabía lo que les ocurría a esos prisioneros?

Y el cura, llevándose otra vez: el puño a la boca, como si temiera oírse blasfemar de nuevo:

—No lo sé, Laura. No sé lo que sabía.

En ese momento, tres golpes profundos, imperativos, sonaron en las puertas principales del templo, rebotaron en las columnas de madera que fingían mármol, pasaron atropellando los susurros del cura. Penna se sobresaltó. Miró hacia el altar mayor, casi con desesperación, aguardando que desde allá alguien bajara, abriera, respondiera por él a esa llamada o a las preguntas de la jueza.

—Los penitentes. ¿Los oye? —susurró aún más bajo, encogido y anhelante, pidiéndole silencio, como si una parte de él temiera que vinieran a flagelarlo y otra lo deseara fervientemente.

Mientras la mano izquierda, temblorosa, le indicaba hacia afuera, hacia el rito, la arcana relojería de la devoción tradicional que iba cumpliéndose bajo el sol de la plaza, en el mundo exterior a sus dudas. Laura prestó atención: los golpes en la puerta habían cesado, pero el redoble de los tambores, primitivo, ominoso, machacón, continuaba cercando la Basílica. Como si afuera se preparara una ejecución medieval, un auto de fe. Donde la carne padecería para purificarse y transformarse ella misma en símbolo, en efigie. Veinte años atrás, Laura había tratado de aceptar, sin juzgar, ese misterio; de asimilarlo a su fe ambigua, crítica, que sobrevivía desde tiempos del Colegio Mariano, a pesar de su razón o precisamente donde su razón no daba abasto. Pero no lo había logrado. Y ahora, por un instante, ella intuyó el abismo del cura que entonces no había visto; lo vio sitiado en la casa de sus tambaleantes razones teológicas, de sus iconos mudos y sus dudas. Mientras afuera, amotinados, dirigidos por nadie, obedientes solo a su atavismo y a su voluntad de trasmitirlo, los promeseros que se separaban de un baile trepaban las escalinatas de la

Basílica, golpeaban sus puertas y eran rechazados por los acólitos. Eran barridos con escobas, acusados de estar impuros todavía, de no haber expiado suficientemente sus culpas con el baile y los azotes rituales. Y para prueba de su impiedad, los guardianes del templo les indicaban con el dedo a los diablos mezclados entre ellos: diablos e inocentes, confundidos, inseparables. Laura imaginó a Penna oyendo esos golpes cada cuarto de hora, durante todo el día, sobresaltándose, esperando que los acólitos rechazaran a los peregrinos, cada vez con menos fuerza, hasta que al alba del día siguiente, del sábado, el mismo cura tendría que darse por vencido e iría a abrirles las inmensas puertas, de par en par, para que durante el resto de la fiesta los penitentes entraran en tumulto, de rodillas o arrastrándose o bailando, a cumplir también en el templo sus ritos salvajes, sus flagelaciones y sus invocaciones manchadas de paganismo, sus herencias bastardas, sus devociones confundidas entre el cielo europeo y la tierra indígena, entre el óleo en la crisma, el látigo pegado en la llaga, y la chicha derramada subrepticiamente sobre el polvo. Devociones tan antiguas como la raza mestiza que las celebraba, pero más profundas que su memoria. Contemporáneas de las diosas anteriores que confluían y se escondían alineándose tras la minúscula réplica de la Patrona, que era tan «poderosa». Laura sospechó el terror del cura, su angustia de sacerdote sitiado por esa Diablada que era a la vez el recuerdo de una revelación y la celebración de un secreto. Acá dentro habían disfrazado a la muñequita falsa con los trajes de la Señora, tal como allá afuera esos hombres, obrando por un impulso más antiguo que sus memorias, se disfrazaban de demonios. «No sé lo que sabía», le había confesado el cura.

Los golpes volvieron a sonar. Penna volvió a encogerse. Afuera los sacristanes estarían barriendo a los impuros, devolviéndolos al baile, a esas danzas donde los inocentes y los diablos se mezclaban, se confundían.

Finalmente, los golpes cesaron. El cura respiró aliviado, volvió a jalarse los tirantes del pantalón, esta vez por arriba de los hombros, enderezando poco a poco el esqueleto doblegado de su credo. Se secó los grandes ojos oscuros, humedecidos por la angustia; mientras su

lengua de acento extranjero buscaba, titubeando en las comisuras, las razones de su devoción, el camino de retorno a las certezas que esos golpes y su confesión habían puesto en duda:

—No, no es posible. Estoy seguro que Ella sí quiso hacer un milagro. Pero nosotros le fallamos...

—¿Quienes?

—Nosotros, sus instrumentos.

—Se referirá a sus instrumentos —le retrucó Laura, indicando el lugar del muslo donde abultaba un cilicio.

Penna la observó meneando la cabeza, dolido por su ironía. Luego boqueó, buscó algo en el aire que las lanzas de luz herían en un costado, alguna razón doctrinaria, una condolencia sin entusiasmo, una indulgencia antigua.

—Sí, yo también le fallé. Yo que me dejé amedrentar. Yo que llevé donde usted a ese primer prisionero, en lugar de ampararlo y esconderlo yo mismo.

No lo había olvidado, después de todo no lo había olvidado. Esos otros golpes, resonando en el vacío de su templo. Y acaso eso bastaba, con la memoria podría haber sido suficiente, si es que al mismo tiempo le hubiera contestado qué era lo que no sabía que supo. Pero en cambio, agregó:

—También usted calló, Laura, cuando se fue. No lo olvide.

Ella fue hacia el umbral de la sacristía. El cura la seguía, caminando a su lado, intentando retenerla sin tocarla, probando siempre a no contestarle, pero desde otro ángulo:

—Laura, esta querella tardía... Y citar de testigo a Iván, a un inocente, un retrasado sin memoria, es una provocación.

—Háble me claro —le exigió Laura, deteniéndose.

—Esta madrugada, Iván se metió en una pelea, lo apalearon, lo detuvieron. La violencia está volviendo a nosotros, junto con usted.

Laura miró al cura, entendiendo poco a poco. Sus miradas a través del vidrio faltante, sus sobresaltos, sus charlas teologales ante los iconos mudos. No solo para evitar responder a su pregunta. No solo para pedirle que lo confesara y eventualmente lo absolviera, de sus propias dudas. También para reasumir su tarea incompleta desde

hacía veinte años, educarla en la paciencia, en la resignación, prepararla para la renuncia. Advertirle sobre la violencia de intentar hacer recordar a los inocentes.

—¿Dónde está?

—En la comisaría.

Laura llegó a la puerta exterior de la sacristía y la abrió de par en par. Ya estaba afuera, en el tumulto de la celebración, bajo la implacable luz solar otra vez, cuando la voz dulzona y extranjera se alzó tras ella, haciendo un esfuerzo final:

—¡Laura, la venganza es del Señor!

10

«Presentí al animal encerrado en el remolque plateado, la bestia que pateaba y bufaba y relinchaba, ansiando —como mi memoria o como otra cosa *dentro de mí misma— salir».*

Releo las líneas que te acabo de escribir, Claudia, y en el silencio de la noche berlinesa —una sirena lejana, los rugidos de las fieras en el zoo, el fantasmagórico reflejo en el cielo nocturno de las obras que despejan los restos del muro en la Potsdamer Platz— en el silencio de esta noche es casi imposible imaginarse ese otro silencio, el del desierto, un silencio tan profundo como el hueco de una mente que piensa y teme, que cavila y desespera, y en el cual yo oía ese algo que —dentro de mí, luchando por salir de mí— pateaba y bufaba.

Es casi imposible que te describa el silencio de esa época. Y sin embargo debo hacerlo. Esta carta no la escribo sobre papeles, realmente, sino sobre la tela del tímpano sordo de mi memoria. Allí golpeo, con la punta del lápiz, y en el fondo de esa caverna un chillido que apenas oigo —o admito — se levanta, un chillido como si allá anidaran pichones hambrientos, crías ciegas que gritan de hambre, que si no alimento se devorarán entre ellas y luego, la más fuerte, la que haya sobrevivido comiéndose a sus hermanos, emprenderá el vuelo, revoloteará en el interior de mi cráneo y al asomarse a mis ojos su chillido se irá convirtiendo cada vez más claro en la ronca hoja de hélice que se acerca desde el horizonte, que decapita el aire, que pasa sobre mi cabeza…

«¿Dónde estabas tú, mamá, dónde estuvo la jueza, cuando algunos de los peores crímenes de la dictadura se cometieron en tu jurisdicción?», me has preguntado en la carta que te estoy contestando. Pues bien, Claudia, dos o tres días después de aquella noche en la que seguí a Mario hasta el prostíbulo de la Rosita, y entré y lo hallé a él dormido mientras el mayor

Cáceres a los pies de su cama hablaba solo —hablaba cosas que ni Mario ni yo, quizás, habíamos nacido para oír—, y Cáceres me conminó a guardar silencio, besándose el dedo índice, yo decidí ir al campamento.

¿Estaba rehusando su orden? ¿O aceptando su desafío, como lo creí en esos instantes? ¿O estaba rindiéndome a su provocación? Como sea, suspendí las audiencias de la mañana en el juzgado, tomé mi maletín y fui hasta el paradero de los taxis en la plaza —no teníamos auto, Chile no era ese país lleno de automóviles modernos que me dicen que es ahora— y pedí a uno que me llevara hasta el campamento. El taxista me miró como si le hubiera ordenado que fuera a otra provincia, o a un sitio mitológico, o como si todavía estuviéramos hablando del pueblo fantasma que había sido hasta dos meses antes. Me dejó a prudente distancia de las rejas, a cien metros, en el camino de tierra que moría entre las garitas de la guardia, bajo el sol de justicia —nunca más apropiada la palabra para ese sol. Caminé hasta el primer soldado que me salió al paso, con su fusil ametralladora, y le dije mi nombre y mi cargo, el título completo de mi tribunal, le pasé el documento que yo misma había dactilografiado en la máquina de escribir del juzgado, unas horas antes, cuando tomé la súbita decisión de hacer algo. *Algo como esto: desafiar al mayor y salirle al paso a mi angustia. «Inspección ocular», leyó trabajosamente, en voz alta, el suboficial que vino a auxiliar al conscripto de guardia, y me observó de arriba abajo, revisó la pampa pelada detrás de mí, como si buscara al resto de ese tribunal que yo mencionaba o tratara de desentrañar el misterio de esa muchacha que se presentaba con el pomposo título de Jueza Civil y Criminal, con jurisdicción sobre toda esa zona, y exigía que se le abrieran las puertas del campamento de prisioneros, de un recinto militar de máxima seguridad. Me había vestido con un traje de dos piezas, gris, me había hecho un moño, me empinaba sobre mis tacos más altos, y ni por un instante dejé de estar consciente, nebulosamente consciente, de mi incongruencia, de mi juventud, de mi absurda pretensión de representar a un poder del Estado (¡el Estado de Derecho!: ese pedazo de papel que el viento del desierto intentaba arrancar de las manos callosas del soldado). La soledad completa de la palabra «jueza», que yo misma había escrito, esa soledad que era mi única compañía, nacía de la boca de mi estómago, de ese vacío que ardía como el páramo. Tal vez había esperado, Claudia,*

que allí acabaría todo, que no me dejarían entrar y con eso yo podría volver a mi tribunal y a mi conciencia, diciéndome que al menos lo había intentado, que el impulso irresistible bajo el cual había obrado esa mañana había servido para probarme el absurdo de mi angustia, la inutilidad de desafiar al poder, la definitiva irrelevancia de mi sentido de responsabilidad. Podría irme de vuelta al juzgado y a la casa y tomar de un brazo a Mario y arrancarlo de su marasmo y hacer juntos las maletas, e irnos de una vez de la ciudad, del ámbito de mi «jurisdicción», del país tal vez. Todo eso pasó por mi mente en los minutos que esperaba bajo el alero de las garitas de guardia: la ilusión de un fracaso que me liberaría del deber, la esperanza de corroborar mi irrelevancia, la libertad que se me ofrecía en la puerta de una cárcel. ¿Podrás intuir, sin condenarme, el tamaño de mi cobardía, Claudia?

Y, no obstante, para mi asombro, para mi perplejidad, el suboficial murmuró algo incomprensible: «parece que la esperaban más tarde», quizás dijo eso, confundido. O no lo oí bien, porque en ese momento las puertas se abrieron y escoltada por el militar crucé la primera hilera de alambradas, pisé las líneas de cal que los topógrafos militares habían tatuado en la costra de azufre del desierto, atravesé la tierra de nadie espiada por las ametralladoras desde las torrecillas de vigilancia, la segunda línea de púas, el inmenso patio trapezoidal del que irradiaban las barracas. Todas cerradas, clausuradas, como si allí realmente no hubiera detenidos, nadie, como si todos esos soldados que trotaban y se afanaban de un lado a otro vigilaran la nada o a los espectros del pueblo fantasma que este había sido. El suboficial me dejó en la oficina de un teniente, jovencito (¡todavía más que yo!), probablemente recién salido de la Escuela Militar. Este volvió a preguntarme el propósito de mi visita, pestañeando, asintiendo y negando, mientras me oía. Luego se inclinó sobre el escritorio, me dijo en voz baja, como si me lo implorara: «¿No podría volver otro día? Estamos acuartelados, en estado de alerta máxima». Creo que estuve a punto de soltar la risa, «volver otro día». El jovencito me observó con angustia. Luego desapareció en el cuarto contiguo, dejándome sola. Alcé los ojos: el tejado a la vista había sido recién reparado, los muros conservaban un papel cursi, de motivos floreados, restos de la administración inglesa de la salitrera. Había una pizarra, como la de una sala de clases, y en ella

cuentas incomprensibles, de una aritmética básica, que no me cuadraban. No sé por qué esas cuentas fallidas, que el tenientillo había estado sacando, me hicieron pensar en la cadena de mando, en cómo estaba subiéndola, eslabón a eslabón, y absurdamente, eso me tranquilizó, llenó algo del hueco en mi estómago: era una forma de legalidad, un orden reconocible, esos militares y yo pertenecíamos a la misma razón burocrática, la que ordena el desorden del mundo.

Esto es esencial, Claudia, vergonzosamente esencial: no hay orden sin órdenes, disciplina sin violencia, ninguna norma sin coerción. Esos militares y yo éramos parientes consanguíneos en la familia de la ley y la fuerza. Sentí eso, sentí mi educación —su cursilería moral, como la del papel floreado— y me descubrí sintiéndolo y me asqueó mi alivio.

El teniente reapareció y me guió sin una palabra, cruzando el patio otra vez, hasta el edificio más alto, el viejo teatro de la salitrera, al pie de la enorme chimenea inclinada —sus ladrillos erosionados, color de carne viva — coronada por una atalaya de vigilancia, artillada, que podía abarcar todo el complejo. Me hizo pasar al interior del teatro, me condujo hasta el borde del proscenio, donde dos oficiales en tenida formal, con las gorras puestas y la cabeza gacha, leían el escrito que yo había entregado en la puerta. «¿Viene a celebrar los juicios?», me preguntó uno, arrugando el ceño, sin mediar presentaciones. «¿Usted es del tribunal?» , me interrogó el otro, dándole la vuelta al papel sellado y firmado por mí, que tenía en la mano. Contesté: «Se dice que aquí hay detenidos. Conforme a la Constitución de la República, nadie puede ser detenido si no es por orden de juez competente. Yo soy el juez competente en este lugar...». Por un momento, nos quedamos los tres mirándonos, de hito en hito, en esa sala de teatro, como un trío de comediantes. Solo faltaba que alguien aplaudiera, o abucheara, nuestra farsa. (Tal vez tú, Claudia, desde la distancia de tu juventud y de estos veinte años, cuando leas esta carta, te pondrás a abuchear, o a reír, a mandíbula batiente. A mí también, desde este futuro, mi inocencia de entonces me parece cómica, obsoleta, una reliquia risible).

Pero nadie alcanzó a reaccionar, porque entonces las puertas se abrieron de par en par, los oficiales callaron, se cuadraron, y el mayor Cáceres llegó hasta nosotros como una tromba. Escribo la palabra del rango que tenía

entonces, «Mayor», y sé que no puedo comunicarte el sentido que él le daba, el modo como la llenaba: no solo era un poco más alto —o lo parecía, por sus maneras airadas— o más viejo —o lo parecía, por esa mirada transparente y a la vez vidriada por un dolor anticipado—, sino que también era o parecía «mayor» que él mismo. Cáceres parecía crecido a la fuerza, como si se empinara y estirara el esqueleto, atormentándose, para rescatarse de un recuerdo que le iba estrecho y le apretaba, similar a la guerrera en cuyo cuello tenía el tic de insertar el dedo, intentando sacar algo, quizás sacarse a sí mismo, de adentro.

El mayor arrancó mi escrito de manos de otro oficial, le echó una mirada, y tomándome de un brazo para apartarme del grupo de sus subalternos, me dijo: «Vienes en el día del juicio, Laura». Y yo, sin entender (sin entender todavía): «Vengo a practicar una inspección ocular, de oficio, a conocer la situación procesal de los detenidos en este lugar. La Constitución...». Y él, interrumpiéndome, mirando el reloj, mirándome con la melancolía de quien comprueba la exactitud de un mal presagio: «Sabía que vendrías, jueza. Desde que leí tu expediente, supe que terminarías por venir. Traté de advertírtelo en nuestro encuentro de hace unas noches, cuando me estuviste espiando... No me hiciste caso. Pero llegas en el momento preciso. ¿Quieres inspeccionar, Patroncita? Puedes hacer algo mejor: darás fe de que aquí nada es ilegal. De que aquí no hay otra cosa más que la ley. Serás nuestra ministra de fe».

11

Laura cruzó el pequeño jardín delantero de la comisaría. El sol vertical del mediodía fundía los objetos: la hilera de pimientos achaparrados pintados con cal hasta la cintura, el civismo de las piedras encaladas acordonando los senderillos, el mástil donde ondeaba una bandera parchada, la conmovedora reminiscencia escolar que emanaba de esa institución de vigilancia. Pensó en Cáceres, escondiendo la mano mala en el campamento; en Mario, que a esa hora debía estar interrumpiendo su programa festivo para dar paso a la cadena nacional de noticias de la que su radio se colgaba; en las causas pendientes que la esperaban en su juzgado, en la causa pendiente que la había traído hasta Pampa Hundida. La bocina de un destartalado autobús lleno de peregrinos, que pasaba por la calle, la sobresaltó. Y cuando se volvió tenía delante al centinela que había asomado de su garita e intentaba detenerla. Pero fue un intento débil, sin convicción, abortado de inmediato por la sorpresa del reconocimiento. Bastó que Laura apretara el paso para que Mendocita, el carabinero viejo que la conocía de su primera época, recordara que ella no se detendría ante él, se cuadrara y se hiciera a un lado.

Laura entró a la comisaría, pasó de largo por la vacía sala de guardia y siguió el pasillo pintado de verde bajo la altura de los hombros y alumbrado por esa desnuda ampolleta de los cuarteles. Del fondo emergió un sonido sordo y masivo, un «tump» que se propagaba por los muros de hormigón armado, como si alguien en el patio de las celdas estuviera quebrando piedras con un mazo envuelto en cuero. De su izquierda, tras la puerta con el letrero «Dormitorio del personal», trascendía una confusión de voces de mando y quejidos. Laura titubeó entre seguir hacia el patio o empujar esa puerta; y

finalmente entró sin golpear.

Un cabo gordo, el hirsuto pelo engominado en desorden, boqueaba echado sobre la cama baja de un camarote, dándose aire con su gorra; el cuello de su guerrera casi completamente desgarrado. En el catre paralelo, otro carabinero gemía de dolor mientras un tercero le vendaba concienzudamente una muñeca. Y parado entre los camarotes, brazos en jarra, con una mezcla de incredulidad e impaciencia, un joven teniente observaba de hito en hito las bajas en su dotación. Su contrariedad se transformó en visible vergüenza cuando vio a la jueza en el umbral del dormitorio. Laura le estiró la mano:

—El teniente Acuña, supongo. Soy Laura Larco, llegué ayer a hacerme cargo del tribunal.

—A sus órdenes, magistrada —dijo él, y se cuadró.

La tiesa mano morena, velluda, apuntando a la sien, contrastaba con la mejilla rasurada a fondo, hasta el azul de los folículos vellosos. Parecía casi tan joven como Laura cuando esta hizo su primera subrogación en el cargo de jueza de ese lugar, hacía veintidós años. Y tal como ella entonces, Acuña venía de ganar un premio: en la guerrera destacaba el botón de una medalla. Laura lo imaginó condecorado por el Presidente de la República, por su valor al rescatar a una familia en peligro, o algo así. Esta era su primera destinación de mando, parte de su premio, probablemente. Laura sintió una vaga, extemporánea, piedad.

—Magistrada —empezó Acuña, buscando algo que reportarle—: el cabo Machuca está herido.

—No es el único —le contestó ella, indicando el labio amoratado del teniente.

—El indio Iván trató de estrangularlo. Lo sorprendieron en un huaqueo.

—¿Usted lo sorprendió?

—Una de nuestras patrullas recibió una denuncia y...

El cabo Machuca seguía la conversación desde la cama, e intervino con un hilo de voz.

—... robaba en una tumba...

Apenas se le escuchaba, estrangulado todavía por las cinco grandes huellas dactilares, moradas, impresas en su cuello adiposo. Desde afuera, desde el patio de la comisaría adonde estaban las celdas, otro de esos golpes sordos y hondos, como mazo de picapedrero o ariete, llegó hasta ellos.

—Acuña, le pregunté si usted sorprendió a Iván.

También ella se enderezó un poco descubriendo que no lo había olvidado, que retornaba instintivamente a su garganta el tono de autoridad, la voz oficial de las ejecutorias y los interrogatorios, ese par de decibeles extra que sustentaban la disciplina arcaica, el orden, las jerarquías, en su país. Y el teniente respondió automático, pavloviano, como si ella le hubiera presionado un interruptor —quizás ese botón en la pechera que representaba su medalla al mérito— provocando que el arraigado instinto de obediencia del policía reaccionara. Le contestó:

—Negativo, magistrada, llegué unos minutos después de que lo arrestaran.

—Entonces, ¿cómo sabe que lo sorprendieron en un delito?

—El indio, es decir, Iván, robaba en el cementerio y se resistió al arresto.

—¿O se resistía a que lo apalearan?

Acuña la miró perplejo, se ruborizó a la manera de los uniformados: se puso pálido hasta la marca de la frente, donde lo había calzado la visera; de ahí para arriba y hasta las raíces del pelo, de un violeta claro.

El teniente se volvió hacia el cabo que yacía en la cama baja del camarote.

—Machuca, ¡atención!

El cabo se incorporó de un golpe, más obstaculizado por su panza que por los hematomas del cuello. Se cuadró. El teniente era literalmente su superior, la vista recta del cabo apenas llegaba a la altura de las jinetas de su oficial.

—Recibimos una denuncia, mi teniente.

—Usted me dijo que lo había sorprendido.

—Peleando, peleaba con tres municipales. Y les iba ganando...

—No nos interesan sus opiniones deportivas —intervino Laura—. ¿Lo apalearon?

—Los municipales, mi teniente, tuvieron que defenderse con palos. El indio loco es muy forzudo... Nosotros —Machuca vaciló, indicando a sus dos compañeros—, nosotros los ayudamos un poco, con las lumas.

El cabo mostró con cierta enternecida humildad su porra protuberante, veteada, colgada por la agarradera de cuero a un clavo en la pared.

—¿Quién les hizo la denuncia?

—Don Boris, mi teniente —le contestó el cabo, mirándolo con la auténtica sorpresa que produce tener que expresar lo obvio.

Laura sonrió: «Don Boris», Boris Mamani. El curaca de la zona, el caporal mayor de la Diablada, el magnate de Pampa Hundida, el ex alcalde vitalicio. En su minuciosa carta de las preguntas, Claudia le había contado que Mamani acababa de dejar su puesto de alcalde, sin presentarse a la reelección. Evocó al mestizo, su voz suave y profunda, voz varonil con empaque de dama, que jamás necesitaba elevarse, que no necesitaba siquiera del puesto de alcalde para sonar unos decibeles por encima de toda otra autoridad, para saltarse las cadenas de mando del teniente recién asumido, y ordenar que apalearan a un retrasado. Los músculos en las mandíbulas de Acuña trabajaban visiblemente bajo la piel rasurada, azulina, moliendo las palabras que acababa de oír. Un nuevo «tump» corrió por el varillaje de acero en el interior de los muros de hormigón, desde el patio, y sacudió los cristales sucios del dormitorio del personal.

Por fin, Acuña se dio vuelta hacia Laura.

—Lo siento, magistrada.

—Ya no estamos en dictadura, teniente. Ahora toda operación policial debe ser ordenada por las autoridades competentes.

—Tomaré medidas disciplinarias. Y me pongo a su disposición si necesita tomarlas contra mí.

Laura suspiró: el joven héroe policial. Una reconvención como esta, y viniendo de un juez, podría arruinarle esa impecable y corta hoja de vida, que hasta ahora adornaba una medalla al valor.

—Iván ya tomó medidas contra usted, teniente. Hágase ver ese labio. Y ábrame la celda.

—Puede ser peligroso, magistrada. Iván está como loco. Cuatro hombres apenas pudimos meterlo ahí.

—¿Probaron a convencerlo?

El teniente la quedó mirando, parpadeando, confundido por el verbo convencer; tal vez nunca había sido «convencido» de nada. Laura continuó:

—Iván no soporta el encierro, Acuña. Es una vieja historia. Usted es nuevo acá, no lo conoce. Pero sus hombres sí. Esto no fue un delito in fraganti, fue una intimidación. Y un recado.

—¿A qué se refiere, magistrada?

—Iván fue citado como testigo en una querella que me ha sido presentada.

—Lo ignoraba.

—A estas alturas, usted debe ser el único en la ciudad.

Laura salió al patio de las celdas, al pozo de luz solar reverberando en los muros encalados. Lo cruzó, seguida por el teniente, acercándose al origen de esos golpes sordos, macizos, que se propagaban por el edificio. Se asomó a la mirilla del calabozo.

Iván, esposado y con los pies engrillados, se daba de cabezazos contra el muro al fondo de su celda. Retrocedía cuanto le permitía la extensión del calabozo y luego se lanzaba con todo su peso de cabeza contra la muralla, bajo el ventanuco enrejado que daba a la calle. Trepados en él, desde el exterior, unos niños ociosos lo animaban. La gran cabeza angulosa de Iván, su testuz caballuno, ya había desconchado la capa de pintura y enlucido, y ahora la sangre manchaba el concreto. Y los grilletes que le trababan los tobillos habían alcanzado hasta la carne viva.

—Ábrame.

—Es peligroso —le repitió Acuña.

Sin embargo, le obedeció y maniobró la cerradura. Al abrir la puerta, el oficial todavía trató de interponer su cuerpo para proteger a la jueza, pero Laura lo hizo a un lado y entró.

Iván volteó, la observó enceguecido por la sangre que le resbalaba

sobre los párpados y la resolana del umbral. Durante un instante pareció que iba a cargar a través de ella hacia esa puerta abierta, hacia la libertad. Pero después ladeó la cabeza, la miró con un ojo, luego con el otro, balanceando algo en su cráneo, una bolita de reconocimiento que rodaba entre el hemisferio de su torpeza y el de su instinto, entre la intemperie y el refugio de una dicha perdida. Después, reclinó la espalda contra la pared, se fue dejando caer sentado hasta el suelo, se tapó los ojos con las manos esposadas, pero siguió observándola entre los dedos abiertos, tímido, juguetón, casi coqueto, estirando los labios sobre el hueco oscuro de la boca que los colmillos solitarios escoltaban, los únicos pilares en esa sonrisa desplomada. Laura se sentó en el camastro de madera.

—¿Lo dejará libre? —le preguntó el teniente, desde prudente distancia, todavía.

—Se quedará acá, con la puerta abierta y bajo su protección. Lo hago responsable de su seguridad. Si trata de salir quiero que usted, personalmente, lo convenza de no hacerlo.

—Convencerlo... —anotó mentalmente el teniente; otra vez esa palabra que se le escapaba de su diccionario policial.

—Ahora vaya a buscar al doctor Ordóñez, de inmediato —le ordenó Laura a Acuña, sin mirarlo; y antes de que este saliera a escape a cumplir su orden, agregó—: Y déjeme las llaves de los grilletes.

Laura contempló el camastro de madera desnuda, el lavatorio de concreto con un grifo que goteaba, el cubo de plástico en el rincón opuesto. Las llaves que tenía en la mano. En su anterior período como jueza había tenido en su poder la libertad de varias personas, pero esta era la primera vez que sostenía esas llaves mohosas de la cárcel: la consecuencia concreta, final, de algunos de sus fallos. Laura se arrodilló frente a Iván.

—Esto va a doler —le advirtió.

Él apartó la cabeza, hurtando la vista aún más entre las manos esposadas, sonriendo con toda su boca desdentada. Ella manipuló el candado de los grilletes, retiró los hierros que se habían pegado a la carne viva, clavados sobre los huesos prominentes de los tobillos. Observó los largos pies desnudos y polvorientos que la sangre había

veteado de ocre, las plantas de bordes córneos, las uñas engarfiadas, amarillentas como cascos de burro. Luego, se quitó el pañuelo que llevaba al cuello, lo mojó bajo el grifo, y limpió con él las desolladuras de los grilletes, le apartó con lenta firmeza las manos de la cara, le aplicó la compresa fría sobre el vértice de la frente, donde la piel machucada colgaba en jirones. Le preguntó:

—¿Sabes quién soy?

Y él, volviendo poco a poco la mirada hacia ella, posando la vista huidiza y coqueta, abandonando las manos esposadas en la suya, meneó la cabeza, asintiendo.

—¿Quién? —le insistió Laura.

—Señora linda... —murmuró bajito, alguien, quizás el muchacho que había sido, susurrando a través de la boca desdentada de este hombronazo de casi dos metros. El niño que la había esperado, sin formular esperanza alguna, en el interior de ese coloso harapiento, durante décadas.

«Señora linda...». Laura bajó la cabeza, apretó la descomunal zarpa callosa. Su mano abierta cabía dos veces en la otra, fácilmente; en el interior de esa mano gigantesca que tenía el tamaño de un recién nacido, acunado en su regazo.

* * *

Laura recordó (y al hacerlo recordamos nosotros, que habíamos querido olvidarlo) al muchachito indígena, completamente salvaje, que ella misma había encontrado en sus deambulares de reconocimiento, recién llegada a su primera destinación. Lo había encontrado en las afueras del pueblo, en un pucará ruinoso que se empleaba como rancho y corral de ganado, amparado solo por un cobertizo que compartía con las gallinas, atado con una soga al algarrobo que hacía de eje al corral, para que no escapara. Mudo, retrasado, de trece o catorce años, pero todavía en una etapa de desarrollo anal, el muchacho comía y defecaba allí mismo, bajo el árbol, compartiendo el alimento con las aves y las ovejas.

Laura lo hizo sacar de allí y averiguó lo que pudo sobre sus orígenes. Sus padres habían muerto siendo él un recién nacido, y un

pariente lejano pagaba una mensualidad para que esos campesinos criaran al fenómeno de ese modo. Laura tuvo que amenazarlos con una pena corporal para que le cedieran, con mucha resistencia, la custodia del muchacho. Al principio, creyó que les disgustaba perder la mensualidad. Poco después averiguó que el privilegio de esos «cuidados» y la mesada que lo mantenían en ese corral, los ordenaba la misma persona: Boris Mamani, el curaca de la comunidad, que era un distante tío tercero o cuarto —pero, al fin y al cabo, todos eran parientes tribales en esos páramos— del retrasado. Poco más le costó deducir que, de no haber nacido idiota, o criado como tal, Iván sería el heredero de derechos ancestrales, no reconocidos en ninguna ley, pero más poderosos que ellas, entre la comunidad de mestizos e indígenas. Derechos a las aguas subterráneas, y a las cumbres sagradas, y a conocer el nombre secreto de los dioses antiguos, que le habrían dado el poder de arbitrar las diferencias entre los clanes. Derechos, entonces, que lo elevaban a un rango que desafiaba incluso al del curaca Mamani. Incluso al de ella misma, como jueza del lugar.

Tal vez por eso (pero no solamente por eso; por compasión e instinto también, decimos nosotros) Laura decidió tomar el caso en sus manos, interesarse personalmente en el niño. Algo le decía que no bastaba con el diagnóstico de sordomudo y retrasado irremediable que unánimemente le asignaban los médicos y los asistentes sociales. Así que lo vistió, le cortó el pelo, le dio de comer evitando sus dentelladas, le enseñó a usar la cuchara en vez de las manos, hasta que ganó peso y empezó a parecer humano. Pasaba un par de horas diarias con él, en el huerto de su propia casa (porque el muchacho no aguantaba estar bajo techo), hablándole, monologando, entibiándole las palabras, como el plato de comida, ofreciéndoselas sin obligarlo. Soñando que podría, por el puro ejemplo, enseñarle a hablar, quizás a leer.

Hasta que una tarde, mostrándole fotos para entretenerle esa pedagogía intuitiva que Laura había emprendido, el muchacho se detuvo en una de ella con Mario, el día de su matrimonio, la alzó, la comparó con la mujer que tenía delante, incrédulo, sonriente, y después puso un dedo en la cara retratada: «Señora linda», dijo clarito,

con el acento aymará, melodioso, de la Puna. Eran las primeras palabras que salían de su boca.

Laura supo de inmediato que, durante esos dos meses de lecciones obstinadas, ella había fallado, había errado el camino, había intentado emplear la llave falsa en la puerta equivocada. Intuyó de un golpe que aquel obcecado silencio del niño no era simplemente mudez o ignorancia o idiotez. Más bien se trataba de otra forma de mirar y escuchar. Era una suerte de lenta, escéptica atención, que desconfiaba instintivamente de las palabras y en cambio, leía. Leía en los rostros de las personas. Le bastaba con mirarlas sin pudor, con clavarles esa vista fija de los retrasados, que tal vez penetra hasta el fondo sencillo de las cosas, para leer en ellas alguna verdad primitiva bajo la máscara de las complejidades educadas... Laura sospechó que Iván la había estado estudiando de este modo durante esas semanas de lecciones, tanto o más que ella a él. Y que esas dos palabras simples eran su soberano dictamen, su sentencia, el juicio con el que al cabo de largo examen la absolvía de la condena al silencio glacial y la indiferencia general, con los cuales el niño había castigado la violencia y el silencio del mundo. «Señora linda».

Laura comprendió, también, que su proyecto de restituir al niño desposeído en sus derechos ancestrales era una utopía suya. Una utopía que el retrasado, en su simpleza apabullante, no podía entender ni desear, y solo podía sufrir. Renunció a intentar enseñarle. Y, lentamente, tuvo que ir reconociendo que los papeles se invertían, que Iván le enseñaba a ella —sin querer— cosas que no sabía de sí misma. Su necesidad incongruente, insospechada, patética casi, de cuidar a alguien, de proteger, de amparar la fidelidad esquiva con la cual el muchacho retrasado le retribuía su atención.

Durante casi dos años, Iván la siguió de lejos cada mañana, de la casa al juzgado, la esperaba todo el día en la puerta, y luego la seguía de regreso. Sin acercarse demasiado o solo cuando él lo decidía. Aceptando el plato que le servían, pero comiéndolo al raso, en la huerta de la casa. Y durmiendo en el escalón de la calle, enrollado como un perro guardando el umbral del hogar (esa casa grande que compraron con Mario, soñando llenarla alguna vez de niños). Nadie

fue capaz de hacerlo dormir en una cama normal o sentarlo en un aula de escuela. No había fuerza humana que lo acercara o lo alejara a una distancia diferente de la que él había establecido con el mundo. Sobrevivía limosneando o haciendo pequeños recados, no había quien lo retuviera en un hogar, por más que le buscaron varios. Y nadie más se atrevió a intentarlo, después de que su crecimiento anormal se hizo notorio y el doctor Ordóñez, examinándole la quijada prominente, los superciliares abultados, los nudillos como nueces, le diagnosticó acromegalia. El médico vaticinó que seguiría creciendo, sin tregua, sin límite, hasta convertirse en un gigante con la mente pequeña de un niño. O más bien, que siempre sería un niño, en perpetuo crecimiento. Un niño que jamás terminaría de ser grande, por más alto que llegara a ser.

* * *

Como si el recuerdo que Laura acababa de evocar se materializara, desde la puerta de la celda, desde el lado de acá de esos veinte años, una voz cautelosa interrumpió su cavilación:

—Laura, ¿se puede?

El doctor Ordóñez, bajito, rechoncho, con su maletín oblongo parecido a un ataúd en miniatura, y su anticuado traje blanco, con chaleco, vacilaba evitando acercarse demasiado a Iván.

—Entra, Félix. Ya está calmado.

—Tenías que volver... Digo, para que Iván le obedeciera a alguien. Parece un milagro.

—El milagro es que esté vivo.

El doctor se sentó a su lado, en el camastro desnudo. Laura reconoció los eternos zapatos blancos con agujeritos, de hospital, la timidez, la manera de expresar su bienvenida hablando de otra cosa, sin aludir al tiempo transcurrido, como si se hubieran separado ayer, imputándole a otro el reproche:

—Te echó de menos, Iván. Todos te echábamos de menos, en realidad. Pero él te buscó. Al principio, sobre todo, te buscaba...

Le contó que Iván la había buscado en el umbral de su casa, durante semanas después de su partida, vagando por las calles con la fija

mirada inquisidora, interrumpiendo una misa desde la puerta de la Basílica, llamándola con su idioma gutural, internándose en el desierto, caminando contra el sol, tratando de alcanzarla allí donde se hubiera ido; hasta que el sol se ponía y quedaba su silueta enorme, contra el feroz crepúsculo, todo él una pregunta o una protesta, tocado en el hombro por la primera estrella, por Venus. Y aunque Laura sabía que nunca tendría una respuesta para aquella pregunta y aquella protesta, también sabía que el médico no era quien para formularla:

—Te lo encargué a ti. Antes de irme te pedí que lo cuidaras como a un hijo.

—Un hijo —rezongó el doctor, como si ese vínculo con el idiota lo escandalizara—. Pero yo tengo siete hijos...

—Uno más que cuando me fui.

—...Y además él se cuida muy bien solo, hasta hoy...

El doctor fue bajando la voz, tanto que sus últimas palabras pudo no haberlas pronunciado. Laura recordó que esa era su costumbre: dejar las frases comprometedoras en suspenso. Y en el incómodo silencio que siguió, pudo oír las suelas de los zapatitos blancos, que el médico golpeaba una contra otra. Finalmente carraspeó, abandonando la evasiva:

—Toda la ciudad comenta la pelea.

Laura sonrió. La ciudad y sus versiones, sus maneras de evitar la verdad, de invertirla, de enmascararla.

—No fue una «pelea», Félix. Apalearon a Iván.

Ordóñez se encogió un poco, esquivando algo, tal vez un palo imaginario. O inclinándose para examinar a Iván, desde prudente distancia. Laura observó la pampa amarilla de su calva, la desertificación ocurrida en esas dos décadas, el ralo arbusto de pelo blanquecino, con el que intentaba cubrirla.

—Debiéramos llevarlo al hospital.

—No quiero que salga de acá. Por lo menos hasta que no aparezcan quienes lo hicieron. Cóselo aquí mismo.

El doctor hincó trabajosamente la rodilla en tierra. Tocó con un dedo las heridas de la frente, los jirones de piel que colgaban donde el cráneo se había estrellado con el muro...

—No traigo anestesia.

—No la necesitarás.

Laura apretó la gruesa mano callosa de Iván, que continuaba sobre su regazo como un recién nacido. Ordóñez sacó sus instrumentos, lavó los desgarros con alcohol, enhebró su aguja curva, para suturas, aplicó cuatro o cinco puntos, uniendo la piel sobre el vértice del hueso frontal, escondiendo las puntadas en la raíz de las crenchas duras, largas, amazacotadas. Laura comprobó que no había perdido el pulso; al contrario, la manito hábil parecía más firme, templada por las décadas de cirugías menores, improvisadas a la buena de Dios, en la provincia. Y se figuró la desidia, el menguado amor propio, la convicción del mínimo esfuerzo, reteniendo en ese oasis al cirujano próspero que pudo ser. Iván solo miraba a Laura, apretando la mano con que esta lo tomaba; tan ajeno a lo que ocurría como si la aguja y el sedal con los que el médico iba uniendo los labios de las heridas cosieran en otra carne.

—Te felicito, Félix.

—¿Por qué? —exclamó sobresaltado, llevándose la mano al emparrado, chequeándolo; y de pronto recordó, sonrió con más embarazo que vanidad, siguió cosiendo—. Ah, la alcaldía... Me obligaron a presentarme, mis conciudadanos... Acepté solo por lo que dure la transición.

—Eres el hombre del consenso.

Asintió, inseguro, entre el orgullo que no conocía y una congoja inexplicable. Luego se dio vuelta hacia la puerta de la celda, comprobó que estuviera vacía, se aclaró la garganta largamente, y balbuceó sin mirarla, mientras cosía el punto final:

—Esta violencia, hay que detenerla... Antes que volvamos a...

—¿Conoces a los atacantes? ¿Los denunciarás para que los detengan?

—Lo mejor sería una negociación.

Laura sonrió: negociación. Era la misma palabra que el doctor empleaba en sus discusiones a media voz, hacía veinte años, luego del golpe militar. Frente al poder desnudo no cabía oponer una fuerza inexistente, era más que nunca necesario transar, comprometer,

equilibrar. Los pacíficos debían obligar a los agresivos a venir a su terreno. No había otra salida. Y agregó:

—Sería mejor que rechaces esa querella... Al fin lo harás de todas maneras, no tiene bases, ¿verdad?

—No sabía que ahora estudiabas Derecho.

—La ciudad está asustada.

—Recétales un calmante.

La manito precisa, hábil, tironeó el hilo en un extremo de la frente de Iván y lo cortó con la tijerilla. Luego, Ordóñez se inclinó sobre su maletín oblongo, limpió y guardó sus instrumentos. Laura apreció de nuevo la calva, el emparrado de pelo blanquecino raleado por la edad. Por último, lo vio incorporarse, hesitar entre ella y la puerta vacía, decir:

—Laura, no todo lo legal es justo.

—Creo que eso mismo te lo dije yo, la penúltima vez que nos vimos, ¿lo recuerdas? Fue a propósito de ciertos tiros de gracia.

El doctor volteó, manoteando en el aire, espantando esas palabras desagradables como a moscas. Luego le dijo, con un hilo de voz:

—Me han pedido convocar a una reunión de emergencia del Concejo Municipal, para ahora mismo.

—Y tú, señor alcalde, quieres mi consejo para el Concejo.

—Eso, es decir... ¿Me ayudarías...?

Laura miró la gran mano que tenía en la suya, la cabezota magullada y recién cosida que reposaba sobre sus piernas. Se dijo que debían hacer un extraño cuadro: el idiota acunado sobre el regazo de la jueza sentada en el duro camastro de la celda. Quizás era un efecto de ese calabozo, mucho más fresco que el abrasado patio de la comisaría, o de las horas vertiginosas que la arrastraban desde el día de anteayer, cuando salió de Berlín, pero no tenía deseos de moverse ni de perturbar a Iván. Se sentía más libre y a gusto allí dentro, con la oscura inocencia reclinada, que en el mundo exterior, sediento de consejos y decisiones deslumbrantes. Finalmente, suspiró:

—Félix, simplemente diles que volví.

El doctor Ordóñez bajó la cabeza, fue hasta el umbral, se encasquetó el sombrerito sobre la calva, meditó, salió de la celda. Afuera, el sol

despiadado, encumbrándose sobre el meridiano, se lo tragó con sombrero y todo, en un solo fogonazo.

12

He roto esta hoja de la carta que te escribo un par de veces, Claudia. Levanto la vista y la paseo por mis libros, mi biblioteca, los diplomas de congresos y seminarios. Aunque sé que es inútil, que en ninguno hallaré la fórmula que me permita esconderme de mi memoria, ahora que la he puesto en marcha. Ahora que tú la has puesto en marcha con las preguntas que me has hecho desde tu visita a ese pueblo del desierto, en el otro lado del mundo y del tiempo. Siento que me deslizo por un plano inclinado, por una llanura de nieve en la que no hay nada a lo cual asirse y resbalo, resbalo desde este departamento en Berlín, desde la cumbre de estos veinte años de olvido, hacia un fondo insondable. Hacia el abismo donde aún estoy en el teatro del campamento de prisioneros, el día en que reuní el valor para ir a sorprenderlos con una inspección ocular, y el mayor Cáceres apurado, controlando su reloj, apartándome de sus subalternos, me dijo: «Llegas en el momento preciso. ¿Quieres inspeccionar, Patroncita? Puedes hacer algo mejor: darás fe de que aquí nada es ilegal. De que aquí no hay otra cosa más que la ley. Serás nuestra ministra de fe».

«Fe, fe, fe». Esa palabra rebotando en mi memoria. Traté de protestar, pero un eco remoto me silenció, un eco que parodiaba o ratificaba esa última palabra de Cáceres. Un bramido en sordina, creciendo, dilatándose y restallando dardos sonoros que se clavaban en el fondo de la concha acústica del teatro: «fe, fe, fe». Los oficiales miraron sus relojes. Luego salieron al gran patio de maniobras del complejo, olvidándose de mí. Los seguí sin saber qué otra cosa hacer. ¿De qué debía dar fe? Desprendiéndose del cielo blanco, de ese cielo que era el espejo lívido del salar incendiado por el sol, tres pequeñas nubes oscuras se acercaban a nosotros rápidamente, arrojando rayos, destellos de luz, viniendo del sur poniente. Tres nubes de tormenta —así las vi, así las veo todavía, Claudia— en el

firmamento completamente despejado del desierto. Tres sombras radiantes que de pronto semejaban tres parcas discutiendo furiosas, arrebatándose la delantera, blandiendo sus tijeras o sus guadañas por sobre ellas. Las palabras del teniente que me había recibido, y había tratado de disuadirme, giraban también en mi cabeza: «¿No podría volver otro día?». Y un momento después, el escuadrón de helicópteros de guerra estuvo sobre nosotros, nos sobrevoló, viró a baja altura sobre el campamento. Los enormes avispones pardos, camuflados, artillados, con sus rotores segando el aire, nos observaron por unos instantes, meciéndose, suspendidos del halo de sus aspas que bramaban: «fe, fe, fe». Y después se posaron en el patio central del complejo, levantando una nube enceguecedora de polvo (un polvo de sales y cuarzos que cortaban la cara), obligándonos a los que estábamos próximos a agachar instintivamente las cabezas, a inclinarnos haciéndoles una venia. (La reverencia debida a la deidad que volvía.)

Lo que vino después, Claudia, lo recuerdo como en medio de esa nube de polvo hiriente y destellos. Las aspas girando lentamente todavía, las grandes puertas correderas de los helicópteros Puma abriéndose, vomitando oficiales, coroneles y generales, con varias estrellas, todos en uniforme de combate, saltando a tierra seguidos por escoltas armados y edecanes con portafolios, y dirigiéndose a paso de marcha hacia la comitiva de recepción comandada por Cáceres. Recuerdo los saludos gritados, los apretones de manos, el general de bigote que me detectó en la retaguardia de todo ese jaleo, pestañeando. Su cabeza inclinándose hacia el mayor Cáceres que le decía algo al oído. Y el general escrutándome, asintiendo. Luego, todo el grupo de visitantes entrando al teatro, ocupando los sitios que los oficiales de guarnición les señalaban, el teniente jovencito que me había dicho «¿No podría volver otro día?», y que ahora me tomaba del codo y me sentaba en una butaca de la última fila, bajo la tribuna de palcos. Y se quedaba de pie a mi lado, vigilante.

Todo ocurre a una velocidad mayor que mi iniciativa, o es que he perdido toda iniciativa. La jueza que vino a una inspección ocular, sorpresiva, de pronto está sentada asistiendo a una ceremonia sorprendente, incomprensible. Observo a los oficiales que se han sentado tras una mesa en el escenario, y los ayudantes de pie que les alargan carpetas, pronuncian leyes, enumeran artículos, citan incisos, invocan

procedimientos. Profesan una enorme solemnidad y a la vez son ridículos, patéticos, como una caricatura. Pero como toda caricatura, esta acentúa un rasgo verdadero, una verdad que me es muy conocida aunque todavía no la sé nombrar. En la primera fila de butacas han aparecido las espaldas de diez o doce hombres —después sabré que son doce— civiles, prisioneros, pero en ese momento parecen parte de un público renuente, la claque traída a la fuerza para aplaudir esta obra indescifrable, que no les entusiasma.

Y solo entonces, Claudia, te lo juro, cuando ya llevábamos tal vez un cuarto de hora de esa pantomima, voy cayendo en la cuenta de que asisto a un juicio. De que ese panel de oficiales en el escenario es una corte marcial que celebra un Consejo de Guerra. Probablemente la parte resolutiva de un juicio sumarísimo, cuyos antecedentes vienen en esas carpetas que circulan de mano en mano, pendientes solo de ser fallados. Y entiendo lo que Cáceres quiso decirme: «Serás nuestra ministra de fe». De esto es lo que se pretende que dé fe: de que se cumplen hasta la minucia las legalidades, los procedimientos, de que se respetan las formas de un juicio…

Y es precisamente esto, algo que debiera serme lo más familiar del mundo, las formas del juicio, lo que me resulta más desconcertante y me enmudece. Esos hombres de uniforme usurpan mi oficio. ¡Se arrogan mi investidura! Invocan leyes, artículos, códigos, como yo misma lo hago a diario. Me usurpan y, sin embargo, o por eso mismo, su retórica, al menos la de los oficiales de justicia que llevan la voz cantante, es coherente y comprensible. De pronto, la farsa se vuelve inteligible, entiendo lo que hablan, ubico en mi memoria el procedimiento que siguen. Lo entiendo todo: este es el lenguaje de la ley. Es mi mismo lenguaje el que está siendo usado para estos juicios sumarísimos, de tiempo de guerra. Lo entiendo y entonces sé que estoy perdida, Claudia. Entender este lenguaje, compartirlo con ellos, es ya una forma fatal de implicancia, de complicidad. Sería mil veces preferible que no comprendiera nada, porque al hacerlo sé que el mal está hecho.

El mal está hecho: ya he escuchado los artículos, las normas, bandos y decretos que justifican al tribunal. Y entonces, para intervenir y objetar, para hablar y hacerme escuchar, sé que me será necesario discutir las leyes

que se han citado, argumentar su incompetencia o invalidez, argüir mi propia competencia. Y al hacerlo, reconocerlos, reconocer a estos jueces. Entrar en una discusión lega, con ellos será reconocerles el derecho a usar mi idioma, será reconocer al tribunal que parodian, acatar el imperio de esta corte, dar fe de que han decidido argumentar su fuerza.

Sentada en esa butaca, en la última fila de ese teatro, vigilada de cerca por el joven teniente, mientras frente a mí continúan esos juicios, sé que al buscar un argumento que pueda impedirlos me pierdo. Y no obstante lo hago: busco desesperadamente la objeción legal que pueda interrumpir estos procesos, la ensayo mentalmente, la desecho, busco otra, me remito a la Constitución, discuto conmigo misma la validez de un Consejo de Guerra aplicado a civiles, preparo un alegato, intento justificar mi instancia, la competencia que me permita intervenir, interrumpir este proceso ineluctable y majestuoso —porque hay cierta majestad presente en esta corte, la que llegó susurrando «fe, fe, fe», la de la guadaña…

No sé cuánto tiempo pasa, no puede haber sido más de una hora. Pero cuando por fin creo haber hallado los argumentos para intervenir, cuando me estoy levantando de mi butaca, desafiando la mirada de Cáceres al borde del escenario, el mazo cae. Cae desde alguna parte, con un ruido hondo, a decapitación. Las sentencias de muerte son dictadas, en un santiamén. Doce sentencias de muerte. Los condenados estallan en gritos, se levantan, corean una protesta, insultan. Y el mazo cae de nuevo, cae varias veces, ordenando despejar la sala. Los sentenciados son sacados a culatazos o en andas, varios de ellos gritan hacia la platea, estiran las manos esposadas, buscando algún amparo.

Entonces, Claudia, yo cometo el acto, un acto que no pienso siquiera, del que solo es responsable mi instinto, y que por eso mismo me compromete hasta los huesos: me siento. Es apenas una flexión de las rodillas, pasar el peso del cuerpo atrás de su centro de gravedad, dejarse caer. No es exactamente que me esconda: me siento en vez de mantenerme de pie y responderle algo a los condenados que gritan, darles una palabra de aliento o quizás una mirada comprensiva. Yo me siento. Podría decir que me senté porque me sentía abrumada, pero sería calificar ese acto sencillísimo. Y que sin embargo vale más que toda mi educación, que todos mis estudios jurídicos y sus pomposos principios. Sentarse cuando había

que mantenerse de pie; no es necesario más para palpar la tela moral de la que estamos hechos.

Allí, sentada en mi butaca, sintiendo la presión suave, pero ineludible, de la mano del teniente en mi hombro, y con los martillazos reverberando todavía en la concha acústica del teatro, voy comprendiendo, por fin, que mi búsqueda febril de una razón jurídica para oponerme ha terminado. Ha concluido con esta sola evidencia, tan incontrovertible como la de esos fallos que acaban de golpearme en el plexo solar, cortándome el aliento: las razones que no hallé a tiempo son, eran, puro miedo. Miedo, Claudia, un miedo indigno, infeliz, miserable. Un miedo que no merece lástima. Un miedo que corría a esconderse como una rata en el agujero de mi razón, en el escondite de mis argumentos legales. La búsqueda de esos argumentos, mi tramitada búsqueda de un hueco en la ley, fueron un disfraz de mi cobardía, una forma de mantenerme sentada, una manera de amordazar el grito desnudo de mi rebelión con el pretexto jurídico de mi razón. Yo, buscando la norma que me autorizara —buscando el valor para hallarla —, he callado, y luego me senté cuando debía quedarme parada. Con estos gestos he dado fe.

No podría contarte mucho más, Claudia. Creo que seguía allí —que todavía sigo allí—, hundida en mi butaca, anonadada por la victoria de mi miedo, cuando el tribunal se retiró. Creo que intenté una protesta inoportuna, que me levanté y salí corriendo del teatro, que traté de abrirme paso entre las espaldas camufladas —¿o me engañan las veces en estas décadas en las que he ensayado que lo hice?—. Unas manos me asieron, me inmovilizaron. Cáceres, tal vez, que me decía al oído: «¿te das cuenta de que aquí nada es ilegal, Patroncita?». Mis tardías protestas, si las pronuncié, fueron apagadas por el petardeo de los helicópteros prontos al despegue. Mis gestos, si los hice, se perdieron en el remolino de polvo que las guadañas levantaban (un polvo de sales y cuarzos que cortaban la cara). Luego las máquinas se elevaron y se alejaron, volando en cuña, se disolvieron, desaparecieron en el cielo blanco de ira del desierto, de vuelta a su limbo. Solo se oía —se oye—: «fe, fe, fe».

Y después yo estaba afuera de las rejas.

13

Cerca de la tres de la tarde del viernes, durante la primera jornada de la fiesta, y al día siguiente de su regreso, Laura entró a la Municipalidad. Antes se la había visto (la vimos nosotros mismos y la seguimos) salir de la comisaría, en Villaseca con Rivadavia, pasar por la esquina del cuartel de bomberos, asomarse a la Plaza de la Matriz y cruzarla en diagonal, desde la Basílica, entre la confusión de la Diablada, de las cofradías cada vez más numerosas que bailaban girando al son de sus bandas bajo el sol blanco. Se la vio evitar la polvorienta estatua del prócer minero, el bulto ferruginoso de don Liborio Núñez corroído por la sombra ácida de los pimientos, hasta alcanzar la vereda de la plaza opuesta al cabildo, detenerse allí para tomar aliento, o desafiar a quienes la observaban, o al sol, antes de cruzar la calle hacia el municipio, subir la escalinata flanqueada de leones, franquear el pórtico blasonado, bajo los balcones, cimbreándose, alta, fina de espaldas, larga en sus pantalones, sabiéndose precedida por el rumor, e indiferente a quienes seguían (a quienes seguíamos) su melena de pelo negro, con un mechón canoso, brillando y ondeando en el aire caldeado de la tarde y la fiesta.

En el segundo piso, en el ángulo previsto de la sala de espera, Laura encontró a la inmemorial secretaria de la alcaldía. Al verla llegar, Anita se apresuró a salir de atrás de su escritorio:

—Magistrada Larco, qué sorpresa, ¿qué la trae por acá?, supe que volvió —le decía Anita, cortés, idéntica, eficientísima, interponiendo su bienvenida entre ella y el salón de sesiones—. El concejo está reunido..., a puertas cerradas.

—Las estoy viendo —le contestó Laura, tranquilamente.

Y alcanzando el pesado manillar de bronce en una de las batientes,

la abrió hasta atrás y entró. Anita hizo un último esfuerzo, precipitándose detrás de ella, manoteando de impotencia en dirección a la mesa de reuniones. Hacia los bustos vivos de los ediles, sus rostros sorprendidos reflejados en la gran tabla de caoba rubia que los congregaba. En la cabecera, el doctor Ordóñez presidía, con su sombrerito colgado en el ápice del sitial. Al verla, se encogió un poco y se llevó nerviosamente la mano a la calva, alzando los ojos, tanteando el emparrado por ganar tiempo, o protegerse de una invisible espada de Damocles. Por fin balbuceó:

—Laura, es una reunión...

—A puertas cerradas, ya me lo dijeron. Pero te traigo el consejo que me pediste en la comisaría.

Ordóñez miró de reojo a sus colegas, largamente, tragando algo. Y Laura pasó revista con él, a los asistentes. Varios de ellos integraban esa comisión de diez hombres «justos» que fue a verla un anochecer de veinte años antes, a pedirle que hiciera algo —lo imposible, acaso— por ampararlos. O bien, si no fueron esa noche, estaban en las calles esa mañana de unas semanas más tarde, cuando una mujer descalza y extraviada, con un pecho al aire, entró a la ciudad rugiendo que nadie la tocara. Laura fue reconociendo a los viejos ediles: Prudencio Aguilar, el presidente de la Cámara de Comercio, conservador, como su nombre; el farmacéutico Pío Barrales, refugiado asturiano, con los hijos exiliados en Suecia; Belloni, sus labios rojos, un poco sintéticos, neutral y silencioso como sus ataúdes. Esos concejales antiguos, prohombres locales de sus partidos, de izquierdas o derechas, que habían sobrevivido a las casi dos décadas de hibernación política. Engordando, encaneciendo, entumeciéndose. Pero ya idénticos, de nuevo, en el enrarecido tedio de su recuperada importancia. Y en la vanidad de lucir su supervivencia, ahora, ante los rostros jóvenes de los otros, los concejales nuevos, esos hijos de la época, pálidos y presumibles, con el oriente verdoso, un poco fanático, brillando en sus anteojos prematuros de tecnócratas.

Laura completó el giro de la mesa y se detuvo en Boris Mamani, el ex alcalde designado, por diecisiete años, de Pampa Hundida. Gordo, manicurado, con el brillante casco de pelo negro peinado a la gomina,

sin una cana, Mamani le hizo una corta reverencia desde su sitial. Pero fue una venia que no irradiaba la sorpresa de los demás, sino casi satisfacción, como si la hubiera profetizado y su llegada solo corroborara su legendaria previsión. Luego le susurró al doctor Ordóñez, a su lado, o quizás no le susurraba, era su voz de dama ronca, de siempre, que no necesitaba levantar, para hacerse oír:

—Qué bien que la invitaste, Félix.

—Yo no... —empezó a protestar el doctor, pero algo lo hizo detenerse, quizás una puntada de la espada de Damocles, en el cráneo.

Y viró en noventa grados, se levantó del sitial de alcalde, vino hacia ella:

—Sí, por supuesto, eres bienvenida. Es lo mejor.

Tomándola por un codo la arrastró hacia uno de los asientos libres, en torno a la mesa de sesiones. Laura se detuvo un momento, esperó hasta que dos de los jóvenes ediles, con esas mejillas pálidas, de duraznos cogidos antes de madurar, se apresuraron a retirarle el sitial. Y solo entonces se sentó, se dejó temer por la concurrencia, permitió que el silencio ritmado por los bombos y tambores, por el vocerío de la fiesta en la plaza, contara los segundos largos que permanecían callados. Su mirada vagó por el vasto Salón del Concejo Municipal, recordando los estucos trizados, las cortinas de tules grisáceos, el polvo. El régimen anterior lo había remozado a fondo y en el sentido de la tradición: contra más local el poder, mayor su vocación de alejarse. Hasta los muebles ingleses, herencia de la época dorada del nitrato, se encogían cohibidos por el lujoso enchapado nuevo de las paredes, la araña de lágrimas, la chimenea de mármol postiza, con cariátides, y la hilera de ventanales dobles, escoltados por repolludas cortinas de raso, que menguaban el ruido de la fiesta, el vocerío del pueblo peregrino, bajo los balcones.

En el centro de la mesa de caoba reluciente reinaba la maqueta de un proyecto urbano, protegida por un fanal de acrílico. Laura leyó su rótulo —«El Complejo de Adoración Más Grande del Continente»— y se acodó para mirarla. Constató bajo el domo la miniatura de un sueño lunar, una ciudad nueva en el desierto, al norte de la actual, trazada sobre las ruinas sucesivas del campamento de prisioneros que

una vez fue salitrera: los hoteles blancos para los peregrinos, un supermercado, una basílica gigantesca, posmoderna, y a su lado la parabólica de una antena satelital; dos parábolas de juguete para comunicarse con el universo: la eterna y la moderna, en directo. Y todo paseado por microscópicos habitantes de cartoné.

Al levantar la vista se encontró con los grandes ojos bovinos de Mamani que la auscultaban desde el otro lado de la mesa, satisfechos, apreciando su reconocimiento, confirmándole que sí, que eran suyos esos méritos y esos proyectos: en sus casi dos décadas como alcalde había tenido la constancia —y los recursos—, no solo para restaurar a fondo ese envejecido palacete municipal del siglo anterior, sino para infundirle una ambición nueva a los ciudadanos que gobernó. Había encontrado un palacio venido a menos, agrietado, con los ladrillos a la vista y los balcones de hierro encostrados por el salitre —le decían esos ojos—, y dejó uno revocado y resplandeciente, desde el escudo de armas rampante sobre el pórtico, hasta ese Salón de Concejo donde su sucesor cuidaba la maqueta de una grandeza que él había concebido.

Laura recordó a Boris Mamani, asomándose con cuidado a uno de esos balcones herrumbrados y tambaleantes, al comienzo de lo que sería su casi eterno mandato, los vítores, los eslóganes triunfantes de los ciudadanos de bien que celebraban su designación como alcalde nombrado por la dictadura, y el vasto silencio premonitorio del desierto que circundaba el acto como un anillo. Era difícil discutir la satisfacción campante en esos ojos oscuros: había sido desplazado de la cabecera que ocupaba Ordóñez, ya no gobernaba y, sin embargo, sobrevivía en su enemigo victorioso, en los sueños de prosperidad que le había infundido, como si lo hubiera preñado.

Una nueva cofradía que entraba en la plaza, un redoble de tambores más fuerte que los otros, se filtró en el Salón de Concejo, atemperado por los ventanales dobles, como el trueno de una tormenta de juguete cerniéndose sobre la maqueta del futuro esplendor. Y el doctor Ordóñez se sobresaltó, tragó saliva, sacó la voz:

—Laura, estábamos considerando... la difícil situación..., la posible gravedad...

Laura recordó que odiaba empezar a hablar. Y cuando lo hacía sus

frases terminaban todas en puntos suspensivos, esperando que otros le señalaran la dirección de la mayoría, para encaminarlas donde hubiera acuerdo.

Mamani vino en su auxilio, su voz entrando de puntillas, por el flanco:

—Quizás, señor alcalde, la magistrada podría honrarnos con ese consejo que nos traía.

—Sí, el consejo —repitió el aludido, aferrándose a la idea.

Laura se miró un momento en el espejo de la caoba rubia, luego enfocó al doctor:

—Mi consejo, Félix, es que te acuerdes de esa sangre que te hablaba.

El doctor la quedó observando, perplejo, la lengüita lamiendo una comisura del bigote como si saboreara la idea, sin reconocerla; y luego, cuando la fue reconociendo o recordando, tratando de expulsarla de la boca como a un alimento que se hubiera movido:

—Por dios, Laura —balbuceó—. ¿No te refieres...?

—Me refiero al apaleo de esta mañana, que tu predecesor ordenó.

El doctor interrogó con los ojos a su concejo, a la ronda de ediles viejos, a sus inescrutables paciencias educadas en el largo receso político; a los nuevos hombres pragmáticos que se miraban estupefactos entre ellos. Finalmente se detuvo en Mamani.

Este asintió en dirección a Laura, sonriendo apreciativo, los ojos achinados por la gordura o el deleite de reencontrarse con un viejo contendor:

—Pasaba por ahí cuando los panteoneros descubrieron a Iván huaqueando en el cementerio. Naturalmente, tuve que llamar a la policía...

Y tamborileó sobre la mesa con los dedos manicurados, las uñas casi tan barnizadas como sus reflejos en la caoba. Laura lo refutó:

—Usted mandó a los carabineros para que ayudaran a los cuidadores cuando estos no pudieron apalear solos a Iván. Atropelló la autoridad del alcalde y la del teniente Acuña.

—Los carabineros intervinieron para ayudar a detener a un delincuente... —intervino Mamani, sin alterarse en lo más mínimo—

cogido en hurto flagrante.

—Atacaron a mansalva a un retrasado mental que no sabe lo que es robar.

Ordóñez asistía a la discusión desde su cabecera, girando de flanco a flanco, agarrado a los brazos de su sitial como si temiera que en cualquier momento la silla encabritada lo arrojara del poder. Y balbuceaba:

—Estamos en democracia..., en transición..., tenemos un pacto de gobernabilidad... —revisaba el aparato de su credo, desarmándolo mentalmente, buscando donde había fallado; y al no encontrarlo, agregó—: ¿Qué vamos a hacer ahora?

Mamani alzó la mano de la mesa, con la palma hacia arriba, como si exhibiera algo obvio que nadie más veía. Le contestó tranquilamente:

—Celebrar.

Todos los rostros convergieron en él, incluso los de los regidores antiguos, habituados a sus salidas por la tangente, a sus astucias que no dejaban huellas, como el espectro de la húmeda mano calurosa que se desvanecía rápidamente sobre la mesa.

—¿Cómo dice, Boris? —preguntó el farmacéutico Barrales, la ceñuda cara montañesa ceceando desde su sillón.

—Digo que debemos celebrar. Sea lo que sea lo que ocurrió esta mañana, ya tuvo un mérito: ha quedado en evidencia que el problema que enfrentamos no es meramente judicial, sino que es político.

Ordóñez asintió; después negó y, finalmente, se quedó en suspenso, mirando a su antecesor, esperando que lo descolgara de su perplejidad. Y Mamani continuó, sonriendo:

—Si no, no se comprende que nuestra nueva jueza haya traído un caso policial a este concejo que es político. ¿Verdad, magistrada?

Laura se descubrió admirándolo, involuntariamente. Tenía esa habilidad de los buenos comerciantes, típica del Boris que ella había conocido veinte años antes: sumaba en lugar de restar, incluso cuando perdía. Había renunciado a postularse en la pasada elección, dejando que Ordóñez creyera que le ganaba, pero desde el costado izquierdo de la mesa, como un simple edil, seguía reinando. Lo que importaba —le estaba diciendo ahora entre líneas, entre la palabra «judicial» y la

palabra «político»— es que con el ataque de esa mañana había conseguido sacar a la jueza recién llegada de su tribunal, traerla a su palacio y sentarla a esa mesa barnizada, en el salón con la chimenea postiza. Solo en ese instante Laura descubrió que el ataque a Iván no había sido una amenaza, ni siquiera un recado, como había pensado, sino con mucha mayor exactitud, había sido la «invitación» a asistir a este concejo a puertas cerradas, a la que Mamani había aludido cuando ella entró. Un llamado al que no podría negarse, irresistible, subrayado en rojo por cada uno de los palos que había recibido el retrasado. Una invitación a entrar en las razones de la política, en las razones de Estado, por la razón o la fuerza. Y Mamani lo corroboraba:

—Gracias por venir, magistrada. Nos gustará tanto darle nuestra opinión sobre cierta querella...

Pero el doctor Ordóñez, recordando de pronto que él presidía, le quitó la palabra:

—Sí, una querella sin bases, pero que nos haría daño, poniendo en duda la autenticidad de nuestras reliquias.

De pronto, Laura tuvo la impresión de que el sitial vacante en el que la habían sentado, el asiento de cuero abotonado, cedía un poco, ablandado por los eufemismos del lenguaje oficial en Chile. Intuyó el riesgo principal del retorno a la provincia, su amabilidad, su facilidad, lo grato que sería acomodarse, reclinarse en el respaldar, pensar como la mayoría. Arrellanarse en un escepticismo de jueza sin fe en su justicia. Y se enderezó:

—Si se refieren a la querella por profanación que me han presentado, les informo que no discuto casos pendientes. Podría implicarme.

Mamani aprovechó la leve delantera de inmediato, y la refutó:

—Ya lo está, magistrada. Desde que volvió, ayer.

Y enseguida empujó hacia atrás su sitial, se puso de pie, dio la vuelta a la mesa y llegó hasta ella. Se apoyó en el respaldar de su silla y estiró el otro brazo posando la manota sobre la cubierta de caoba. Laura lo recordó tomando ese tipo de ventaja, la de su masa, sobre sus interlocutores, poniéndose muy cerca y por encima para que hubiera que mirarlo hacia arriba. Y luego renunciando, lento, comedido,

inmemorial, descendiendo hasta sentarse en el brazo del sillón paralelo, fingiendo igualarse:

—Está en el Cabildo, Laura, en la casa del pueblo. Escuche la voz de la ciudad a la que ha vuelto.

—¿Y qué dice la voz de la ciudad, según usted?

—Se oye clarito —sonrió Mamani, con su dentadura perfecta—. Paz, progreso, prosperidad...

—¡Y libertad! —le gritó Pío Barrales, el concejal socialista, hijo de asturianos refugiados y padre de exiliados políticos, encanecido e hirsuto, entre sus dos derrotas.

Mamani levantó la vista, arrugando la frente cóncava, alzando un poco el liso casco de pelo negro engominado. El mestizo sonriéndole con la ranura de los ojos al viejo farmacéutico, a su quebrada nariz de retorta, encendida por ese rescoldo de una antigua alquimia, la piedra filosofal, el oro de su utopía, que se reavivaba:

—¡Usted siempre se olvida de la libertad que hemos conquistado, Mamani!

—La libertad, por supuesto —le confirmó el ex alcalde, cediendo gustoso, apagándole el fuego—. Nuestro boticario tiene razón, magistrada: paz, progreso, prosperidad. Y libertad para gozarlos. Sí, eso quiere el pueblo. Pero también algo más. Algo que es la culminación de toda prosperidad y el ejercicio mismo de la libertad; algo sin lo cual el arduo trabajo para obtenerlos no tiene sentido. ¿Sabe qué es?

—Yo no, pero usted sí, sin duda.

Mamani la tomó, con suave firmeza, por un codo:

—Acompáñeme, magistrada, si es tan amable. Solo un momentito.

Laura observó la mano que asía su brazo, fijamente, hasta que Mamani lo soltó. Luego se puso de pie, alentada por la rabia de Barrales, por las miradas perplejas de los ediles, por una curiosidad que ya lamentaba. Acompañó al ex alcalde que le indicaba el camino de medio lado, con una mano por delante, como un chambelán o un embajador, con sus pasitos de obeso patinando sobre la alfombra verdosa, mullida, conduciéndola hasta los ventanales dobles. Mamani golpeó en el vidrio con una uña:

—Eso es lo que quiere el pueblo —le dijo.

Laura miró hacia abajo, al gran zócalo donde las cofradías cada vez más numerosas avanzaban, giraban y retrocedían ante las puertas cerradas de la Basílica, astillando el sol enceguecedor con los espejitos de sus trajes, con los bronces de sus bandas, con los estridentes platillos alzados. Luego observó a los concejales desconcertados que se miraban entre ellos; a Ordóñez, que había girado en su silla, asomando desde atrás del respaldar, pasándose otra vez la atónita lengua por la comisura del bigote; a Mamani, que esperaba frente a ella, confiado en su retórica.

—¿Bailar? —le preguntó ella, impaciente.

—¡Exacto, Laura! Es usted tan inteligente. Bailar. El pueblo quiere bailar hasta el éxtasis y el trance, bailar hasta caer al suelo. Para expresar su agradecimiento...

—¡Y su esperanza! —lo interrumpió Pío Barrales, de nuevo, indignado—. ¡La gente no solo baila por supersticiones, también para pedir que todo cambie, para tener esperanza!

Mamani entornó los ojos y las tiesas pestañas de buey temblaron un poco. Era el único signo de violencia que su suave voluntad no controlaba. Todo lo que en Barrales era impulso, indignación del ateo que se encerraba en el dispensario de su farmacia durante cada fiesta, a rabiar con sus recetas que no curaban a los incurables, en Mamani era voluntad. Y este musitó, sin mirar a su contradictor:

—Eso iba a decir, colega: esperanza —y continuó con Laura—. Para bailar con tanta fuerza se requiere tener esperanza, el sueño de un futuro esplendor. Siempre se baila con un sueño. Y todo sueño es la promesa de un milagro. ¿Con qué derecho nos quitará usted la imagen de ese sueño, esa promesa, este baile? ¿Con qué derecho nos quitará las ganas de bailar?

Ni siquiera cuando enfatizaba, Mamani requería alzar la voz. Al contrario, la bajaba. La voz de dama ronca, que le hablaba con suavidad hipnótica. Que obligaba a los concejales a abandonar sus cuchicheos y reclinarse sobre la mesa distante para intentar oírlo, que obligaba a prestarle atención. Y ahora le indicaba al concejo, sin mirarlos:

—En esa mesa hay gente de todo el arco político. Salvo los extremistas, por supuesto. Y todos coincidimos en esto, al menos: nos hemos renovado, Laura. Re-no-va-do. Hemos aprendido que el que no baila con la música de su época, se queda al margen de la fiesta. Hemos aprendido a olvidar para poder bailar.

El farmacéutico Barrales volvió a interrumpirlo, furioso, colorado, el hornillo de su alquimia revivida, a todo fuego:

—¡Olvido no, Mamani! ¡Le he dicho cien veces que eso no! ¡Jamás olvidaremos a nuestras víctimas!

Y Mamani:

—Tiene toda la razón, Barrales —le daba otra vez la razón, cedía, se doblaba bajo el ataque para no quebrarse, y después volvía a su sitio, entero, más gordo y aumentado—. Las víctimas tienen toda la razón. Es lo único que tienen. Por eso es que no pueden ser culpables.

—¿Qué quiere decir? —balbuceó Barrales, irritado, la barba blanca, mal rasurada, apuntando en la cara enrojecida.

—¿Sí, de qué hablas, Boris? —apuntó el doctor Ordóñez, amagando un control de la reunión que hacía mucho había perdido.

—Digo que con esta querella colectiva, «contra todos quienes resulten responsables en esta ciudad», por un supuesto delito de omisión, de negligencia culpable comunitaria, todos nosotros quedaríamos bajo sospecha y pasaríamos al banquillo. Hasta las víctimas podrían terminar siendo culpables.

Barrales se echó para atrás en su sitial, abriendo la boca y levantando un dedo, a punto de decir algo. Pero luego solo se apretó con fuerza la nariz de retorta, como si intentara exprimirle la respuesta que no encontraba.

Laura casi podía compadecerlo, intuirlo cogido en la pinza gorda de Mamani, entre las premisas de su silogismo de cangrejo, que al caminar hacia atrás, avanzaba. ¿Él, Pío Barrales, culpable? Eso sí que era inconcebible: toda una vida de víctima lo había preparado para sobrevivir a cualquier cosa menos a la culpabilidad. ¿De qué servían las dos derrotas entre las cuales se había tejido su vida, si no era para asegurarle que nunca había sido ni sería culpable? solo los ganadores podían ser culpables. Y sin embargo, el silogismo de Mamani brillaba,

impecable y duro, como su cabeza engominada: si todos eran culpables, incluso las víctimas lo serían. Incluso Barrales, rojo de ira y de impotencia, inmovilizado en su sitial, sintiendo que oscuramente, sin gloria, sin batalla, había sido derrotado una vez más.

—No vemos objeción en que se juzgue y condene a Cáceres. Si hay razones para ello —continuó el ex alcalde Mamani, bajando tanto la voz que Laura se preguntó si esto no era ya una conversación privada, que no debía oírse desde la mesa—. Es más, debiera habérselo condenado hace mucho. Entre otras cosas, para sacarlo del campamento que se ha apropiado como si fuera suyo. Para que le deje paso libre al progreso.

Y Mamani le indicaba la maqueta, el domo lunar bajo el cual aguardaba su día el proyecto del Complejo de Adoración Más Grande del Continente, mientras le reiteraba que no ponían objeciones para condenar a Cáceres, si es que había razones para ello. Y aún más, agregaba que juntos podían encontrar razones más que suficientes. Y que no la sorprendiera lo que iba a decirle: él era un convencido de que debiera haberse condenado al coronel en retiro hacía mucho. No solo por razones de conveniencia política evidente, le murmuraba...

—Sino por otras razones, como le explicaría, más..., más antiguas. Tome por ejemplo esta fiesta, magistrada —le pedía mostrándosela a través de las ventanas dobles.

Que tomara por ejemplo esa fiesta. En esa festividad de Pampa Hundida, además de las liturgias oficiales, se creía aún, secretamente, en una viejísima leyenda: el diablo en persona asistía a la fiesta. Entre todos los diablos disfrazados que comparecían, había uno verdadero, un diablo peregrino y penitente: el que saltaba con más fuerzas, el que bailaba sin rendirse, el que se azotaba con más ganas, el más acongojado. El diablo venía una vez al año a ofrecerle a la Patrona todo el mal del mundo, ya que hasta para el diablo tanto mal resultaba insoportable. Y los peregrinos viejos, los penitentes más antiguos, los diablos caporales —como este peregrino y este penitente y este caporal, le decía Mamani apuntándose al pecho gordo— buscaban al diablo verdadero durante toda la fiesta para ayudarlo a hacer su sacrificio. Pues solo cuando hallaran y sacrificaran al diablo

verdadero, los demás podrían quedar seguros de que eran inocentes.

—Yo sé que usted entiende el sentido de esta vieja fábula, magistrada —le susurraba Mamani—. Yo sé que usted sospecha el poder de un sacrificio.

De pronto, Laura tuvo una impresión extraña, como si ese extremo de la sala junto a los ventanales se hubiera hundido o inclinado, desnivelado por el peso que Mamani le añadía a las palabras «poder» y «sacrificio». Sintió que podía deslizarse por la pendiente de esa fábula, bajar tomada de esa mano esponjosa, hasta la plaza donde bailaban los diablos peregrinos, y más abajo, hasta el subsuelo de esa razón, hasta su antigüedad geológica, atávica.

Condene a Cáceres (parecía decirle Mamani, con esa voz casi enmudecida) para que los demás, culpables o inocentes, podamos bailar en paz. Condene a ese loco destartalado y extemporáneo que vive para mantener la memoria de unas ruinas (ruinas que todos preferiríamos desaparecidas, reemplazadas por el complejo de nuestro futuro esplendor). Él mismo —Mamani— le buscaría otros motivos más plausibles que esa profanación, si le faltaban. Con un poquito de colaboración de él, y de todos en ese concejo, lo tendría entre rejas. No habría amnistía que se resistiera a tamaña unidad; los mismos que la pactaron podían levantarla, para ese caso...

Todo eso y más, inaudible o mudo, imperativo y suave, parecía que le decía o realmente le decía, Mamani. Mientras sonreía, iluminado de través por los reflejos de la fiesta en la ventana, por el sol blanco de su evidencia. Y subió, un decibel apenas, la voz de dama para que, esto sí, todos lo oyeran decirlo:

—Una vez que ese loco esté en su sitio, la cárcel, reinará la prosperidad y la libertad para todos. La cordura reinará. Y usted se lucirá, magistrada, se hará histórica.

La Justicia volviendo cuerda a la Historia. Era lo que temía. Algo de lo que había aceptado temer cuando tomó la decisión de volver. Esto era lo que le pedirían. Aunque no imaginó que tan pronto y de ese modo. Temió que había venido a eso: a instaurar la cordura en esa historia, a poner en su sitio el desvarío, donde debía estar: del lado de la sombra. Y a llevar hasta esas sombras la vacilante antorcha de su

justicia, y con ella pegarle fuego a una hoguera, una sola que rasgara la noche del subsuelo, sin incendiarla. Era necesaria una llama para evitar el incendio de toda la oscuridad. Una fogata para salvar a la noche. Era preciso quemar un trocito de oscuridad que confirmara por contraste la gran noche del páramo, la noche que era el rostro tras la máscara del sol. El sol blanco, omnipresente, necesitaba su reverso y su réplica: ese diminuto sol ahorcado, colgando de la toldilla de una casa rodante varada en la oscuridad. Pensó en el coronel en retiro, en Cáceres, en la guardia insomne del centinela, en la oscuridad de su deseo, pidiendo también esa llama que al iluminarlo y quemarlo no obstante lo absolvería.

Esa era la trampilla en el piso de su estrado, el doble fondo en su jurisdicción. La clave emparedada que una vez había descubierto en la cripta de su justicia y había rechazado, había huido de ella, creyendo que lo hacía para siempre. Su larga cavilación de veinte años haciendo filosofía en Berlín, había nacido en parte de allí.

Había aprendido que juzgar es razonar lo inaceptable. Y se había negado a aceptarlo. Había entendido que juzgar es ponerle nombre y apellido al mal, individualizarlo para que todos sepan quién es *el otro*, el culpable. Todo juicio era un auto de fe: alguien debía ser quemado para que los demás sintieran que Dios los había escogido para sobrevivir. Y que así el resto, los diablos bailarines bajo la ventana, los justos en esa sala, ella misma, pudieran reconocerse y danzar a plena luz, en la inocencia compartida de sus máscaras.

De pronto, Mamani se le acercó más, esta vez hasta bloquear con su corpachón, completamente, francamente, la vista de la mesa y ocultarles a los concejales lo que sus labios carnosos le murmuraban al oído:

—No he olvidado nuestra deuda, Laura. Lo que le debemos. Acepte para que podamos pagarle lo que le debemos.

Lo que le debían... Laura evocó al remoto Mamani de dos décadas antes, bajo esos mismos balcones del municipio, interceptándola junto a la sombra ferruginosa de la estatua del prócer minero, para decirle que estaban «en deuda», eternamente en deuda con ella. Y el pacto que ahora le ofrecía —porque eso era: un pacto, un nuevo trato, una

nueva alianza— provenía de aquella deuda antigua que el curaca había aceptado deberle en nombre de su comunidad, de su tribu, de una inmemorial tradición...

Mamani parecía auténtico, conmovido, atribulado por ese viejo compromiso impago. Y se aseguró de que ella viera todo eso, por un segundo exacto, en sus ojos oscuros, antes de que estos se achinaran de satisfacción de nuevo y él se apartara, dejando espacio para que Laura se enfrentase a la expectativa de la mesa, a los jóvenes tecnócratas perplejos y disciplinados que terminaban de financiar sus razones y empezaban a levantar las manos, pidiendo la palabra, a Belloni, más allá del mundo e indiferente como sus difuntos, a Pío Barrales que buscaba todavía la piedra filosofal que había perdido. Al doctor Félix Ordóñez, que agitaba los brazos desde la cabecera como un policía desbordado por el tráfico, angustiado ante la inminencia de un choque múltiple, con muertos y heridos, de los que él sería responsable. Finalmente golpeó la mesa, que evidentemente no sabía golpear, porque fue un manotón débil, torpe, que le dolió más a él, un golpe donde lo único que sonó a autoridad fue su gruesa argolla de matrimonio. Y abandonó la cabecera, viniendo hacia ella:

—Laura, desecha esa querella, por Dios —le suplicó, indicándole la mesa que se le desbocaba, donde los concejales hablaban todos al mismo tiempo, y sus voces tumultuosas de algún modo se unían y sintetizaban en sus contradicciones—. Juzga a Cáceres por otro crimen. Sobran crímenes. Todos ayudaremos, creo. Hay consenso, me parece...

El consenso, el alma de la transición a la democracia, su estilo y su cordura. Laura recordó la leyenda: el diablo verdadero infiltrado entre los disfrazados, el diablo verdadero que parecía el más inocente. Experimentó un pequeño vahído de furia, y le espetó:

—¿Te acuerdas de mi consejo, Félix?

El doctor bajó la vista, se miró la punta de los pies, como un niño reprendido, evocando, acaso, aquello que la sangre le había «hablado».

Y Laura sintió cuánto tiempo había transcurrido en la rapidez con que su furia era reemplazada por pura lástima: dejarlo ahí, en el

centro del Salón de Concejo, condenado a consensuar a los ediles, con su pavor a las discusiones y los zapatos blancos de hospital, sobre la lujosa alfombra que había heredado. Quizás con eso era suficiente.

Laura se encaminó hacia la puerta. Puso la mano en el alto tirador de bronce, y desde allí y antes de salir le advirtió a Mamani:

—Iván está bajo mi protección. Ni se le ocurra acercársele.

14

Anoche me dormí sobre el escritorio, Claudia. Y hoy desperté cuando las primeras luces oblicuas del amanecer me alcanzaron. El alba lenta y rosada de Berlín, en primavera, me tocó con sus viejos dedos en la frente. Hacía muchos años que no me pasaba esto, desde que era una estudiante como tú, cuando caía desplomada sobre los libros y soñaba que sabía lo que ignoraba. Esta madrugada apagué la luz del escritorio y me fui al baño sin mirar lo que te había escrito. Me duché, me lavé, me refregué, me agaché a mirar el agua jabonosa que se escurría en el resumidero, girando al revés que en nuestro hemisferio. (Tal vez tenía la esperanza de ver a esa pequeña antepasada irremediable que habita en nuestra memoria tragada por ese diminuto remolino, succionada muy lejos de mí). Era demasiado temprano para ir a la universidad. Desde que no tengo que enseñar, y solo investigo, siempre me pregunto por qué voy. Así que crucé la Kantstrasse, tomé desayuno en el Café Bleibtreu, junto al callejón de acceso al S-Bahn. Y después casi no me extrañó cuando en vez de tomar el tren elevado en dirección al oeste, lo hice hacia el centro y me bajé en Tiergarten y me fui caminando por los bosques, al azar, orientada solo por el ángel dorado en lo alto de su columna, que aparecía y desaparecía entre los árboles. Y así pasé la mañana, perdiéndome en los bosques, escondiéndome del ángel, hasta que miré el reloj y vi que eran las dos de la tarde y supe que el mundo había girado sobre sus husos horarios lo suficiente para sincronizarme con Chile. Entonces me vine a la universidad y llamé al Ministerio de Justicia, a mi viejo profesor, que ahora también lo es tuyo, el ministro de Justicia, don Benigno Velasco. Y le pedí que me restituyera en el puesto vacante de Jueza de Pampa Hundida. Porque ya sé que esta carta, si logro terminarla, si logro ir hasta el fondo de mi memoria, solo podré entregártela personalmente. Es más: la única manera de entregártela,

la única forma que no la desmienta o anule será enfrentar, contigo, el pasado que te negué y que ahora me reclamas.

Enfrentar, por ejemplo, a la mujer que luchaba consigo misma para no cubrirse la cabeza con una almohada. Allí está, es como si la viera a medida que lo escribo, más allá de las ventanas de esta cómoda oficina, asomando de los bosquecillos que nos rodean, despavorida, comparece la joven que fui. Ella, la que despertaba puntualmente antes del alba, como si hubiera sonado un despertador —pero no había sonado ningún despertador, por el contrario, la joven los había silenciado, había escondido todos los relojes—. Y sin embargo, ella abría los ojos cada día, desde la mañana siguiente a la partida del escuadrón de helicópteros —fe, fe, fe— y de los juicios que presenció en el teatro del campamento —cuando se sentó en lugar de mantenerse de pie—, ella abría los ojos antes del alba y esperaba, con los ojos abiertos en la oscuridad que lentamente se iba aclarando, el eco distante de los fusilamientos.

No hubo minutos más lentos en mi vida, Claudia, que esos amaneceres insomnes cuando esperaba el primer sol y con él ese lejanísimo estampido, tan remoto, que varias veces me permití la mentira de decirme que lo había soñado. Los últimos minutos se desgajaban de la noche con una lentitud de cosa podrida, como los dedos cayendo del muñón de un leproso. Y yo continuaba con los ojos abiertos, tendida en la cama, luchando para no ceder a la tentación de cubrirme la cabeza con la almohada. Y al mismo tiempo rogando, Claudia, inventando, transformando ese estampido lejanísimo, irreal, que detonaba en mis tímpanos, en un trueno en las montañas, en el anuncio de una de esas tormentas que nunca bajan al despoblado de Atacama, en una de esas alucinaciones acústicas que produce oír el propio silencio. Diciéndome, para mejor negarlas, que si en realidad las descargas se oyeran hasta mi casa y hasta mi cama, toda la ciudad tendría que estar oyéndolas, como yo. Y eso no era posible. Era posible concebir el fusilamiento en el patio, sin necesidad de paredón —contra la pared de aire líquido del horizonte—, la andanada de los fusileros, el cuerpo atado al poste, agitándose, la cabeza encapuchada cayendo, el cráter rojo en el pecho —el cráter, agrandándose—, era posible imaginar todo aquello a partir de ese eco lejanísimo. Pero no era posible concebir que toda una ciudad estuviera como yo, a esa hora, en sus

camas, con los ojos abiertos, o levantando a sus hijos o saliendo para el trabajo, y escucharan esa descarga, ese ronquido tras el horizonte de su oasis y prefirieran pensar, como yo, que era el fantasma de un trueno en el diáfano amanecer del desierto.

No, esto era lo impensable, lo inimaginable, lo inconcebible. Pero lo inconcebible era, finalmente, lo que nos permitía seguir viviendo, Claudia. Porque aunque yo creyera saber lo que había oído, si nadie más me lo mencionaba durante el resto del día, si los rostros de mis conciudadanos en el trayecto de seis cuadras hasta el juzgado —el panadero Oliva, el notario Martínez, el rostro empolvado de Belloni, el enterrador— me sonreían y saludaban como siempre y no mencionaban nada parecido a unas descargas puntuales, al amanecer, entonces era posible, solo posible —pero suficiente—, pensar que yo nunca había oído nada, que lo había soñado, o por lo menos, que me había puesto la almohada sobre la cabeza, Claudia.

* * *

Cuatro días después, cuatro amaneceres, cuatro descargas puntuales y remotas más tarde, el doctor Ordóñez me invitó a almorzar con él. El doctor Félix Ordóñez, mi compadre, nuestro mejor amigo con Mario, el médico de cabecera de Pampa Hundida, del cual me cuentas en tu carta, Claudia, que acaba de ser elegido alcalde... (¿Continuará usando sus trajes de tres piezas, su sombrerito, sus zapatos blancos con agujeros, en la Municipalidad?) Yo había llevado a su consulta a Iván, el muchachito retrasado que había tomado bajo mi protección desde que llegué a la ciudad santuario, dos años antes, para que le controlara la acromegalia que él mismo le había diagnosticado. No era necesario, en realidad: el tumor en la pituitaria estaba confirmado y los estrógenos que le recetó estaban suavizando, hasta donde se podía, el crecimiento exagerado. Pero esa mañana no resistí más el tribunal y creo que me inventé ese pretexto para abandonar mi estrado. Al terminar de revisarlo, de medirlo —un metro y setenta y cinco a sus catorce años—, de palparle los nudillos bulbosos y la quijada que ya tomaba dimensiones caballunas, Félix condujo al muchacho a la calle y me invitó a almorzar. «¿Vamos al Círculo Español, como siempre?», le pregunté. «Mejor aquí, en casa», repuso él. «Entiendo», entendí, «quieres hablarme en privado».

Después del almuerzo, el doctor le pidió a Lucrecia, su mujer, que nos sirviera el café en su consulta. Temí a lo que se me venía encima, pues este era el lugar de sus conversaciones «serias». Félix lo había convertido en su santuario. Acá no entraban los niños, ni apenas su señora. Un biombo de tela dividía la camilla de los pacientes del recinto que el médico había reservado para su escritorio. La ventana trasera daba al terreno de una chacra que pedazo a pedazo se había ido vendiendo, pero en cuyo centro sobrevivía un palto centenario que sombreaba la tarde. El muro lateral lo ocupaban unos anaqueles con libros y recuerdos: las fotos de sus hijos, de él dirigiéndose a una asamblea de correligionarios de su partido, en el Círculo Español, el día de la visita de un presidente. Otra de ese mismo primer mandatario (ya remoto, como de otro siglo) inclinándose sobre el médico bajito para darle la mano sobre la dedicatoria de rigor, con estilográfica de trazo grueso, perdurable. Y entre los vademécum clínicos y los tratados de medicina, entre sus remedios para el cuerpo, sus recetas para mejorar la sociedad: los libros de Jacques Maritain (Félix había llorado al saber de su muerte, pocos meses antes), el tomo con las Encíclicas Sociales, esas ideas «buenas y sanas y optimistas» —y de pronto tan tristes, Claudia, como esa polvorienta lámina de un esqueleto humano, de tamaño natural, regalo de algún laboratorio, que lo presidía todo desde la pared del fondo.

Félix fue hasta la ventana (casi puedo sentir, Claudia, la vaharada de aire tibio, dulzón, a savias, que venía de ese jardín de oasis en perpetua primavera, la paz de las provincias), la cerró, corrió las cortinas, aseguró la puerta. Luego volvió a sentarse, revolvió el café con precisión quirúrgica en su taza. De pronto se llevó la manito a la cabeza, metió los dedos entre el pelo rubio que empezaba a ralear, se apoyó sobre un codo. El mentón regordete y terso como el de un bebé, le temblaba cuando me dijo: «Los he visto, uno por uno... Quiero decir, los fusilamientos, Laura». Y yo no sé por qué, Dios me perdone, casi me alegré, y paladeé una ironía: «¿Asistes por interés científico?» Y él, protestando escandalizado: «¡Laura! Yo certifico las defunciones. Tengo que acercarme al cuerpo y tomarle el pulso y ponerle el estetoscopio. ¿Sabes lo que es poner un estetoscopio en el cuello —porque en lo que queda del pecho no se puede— y oír un gorgoreo, el gorgoreo de la sangre tratando de subir por una laringe destrozada? Es,

es…».

Dejó la frase en suspenso, conforme a su costumbre, evitando las conclusiones, o dejándoselas a otro. Yo, por ejemplo, que traté de imaginarme ese gorgoreo y no supe; excepto que debía ser como si la propia sangre estuviera tratando de hablar.

El doctor hizo una pausa, suspiró, bajó la cabeza, su mirada nublada buscó la tacita, la levantó y tragó con dificultad el café negro y amargo. Si aún había signos vitales, él tenía que indicárselo al teniente al mando, para que le dieran al prisionero el tiro de gracia. Llevaba cuatro días haciéndolo. Y siempre había que darles el tiro de gracia. No era como si él los ordenara, eso lo tenía claro, me aclaró. Pero dependía de él, de su diagnóstico, se podría decir, dependía esa última bala. Era como si él la prescribiera, como si recetara una bala. Por supuesto, era un gesto humanitario. Pero usualmente los médicos luchan hasta el final por una vida… Hablaba sin mirarme (mirando de reojo sus libros de filosofía política en el estante). Su mano sostenía en el aire, sin objeto, la tacita, enganchada en los dedos cortos, inmaculados y hábiles, de cirujano. Los dedos con que sostenía el estetoscopio sobre esos cuellos donde se oía la sangre gorgoteando, o hablando.

Hizo un esfuerzo y se recompuso un poco. Que yo no lo malentendiera: «Certificar muertes por fusilamiento, decidir si había que rematar a un condenado, no es lo mío». No era lo suyo. Asistía con repugnancia a esas ejecuciones, las repudiaba, se lo había dicho así al comandante. Pero asistía porque era su deber, parte de su juramento hipocrático. El propio mayor Cáceres se lo había «recordado». Ordóñez había tratado de excusarse con el mayor la noche cuando le avisó que estuviera listo para la primera ejecución al siguiente amanecer. Había protestado diciéndole que para eso tenían médicos militares. Pero Cáceres le había contestado que no tenían ninguno de dotación, ahora, solo un par de enfermeros. Y que era su deber, «mi deber hipocrático», me dijo. Y que todo lo que estaban haciendo los militares era por nosotros, para salvarnos a nosotros. ¡Y que tampoco me lo estaba pidiendo, carajo, que me lo estaba ordenando! La barbilla del médico, oronda, brillante, volvió a temblar. Félix pareció recordar entonces su taza de café, suspendida en el aire, la miró como preguntándose si sería capaz de bebérsela —y yo no pude evitar pensar en

esos cuellos, Claudia, en la sangre viva oyéndose al fondo, en las palabras que se ahogaban en esa sangre y que el doctor quizás había oído. Y en la gracia que él debía prescribir. La gracia prescrita.

Se había negado. Y finalmente había aceptado solo porque efectivamente era su deber hipocrático, porque si no lo hacía él, ¿quién diagnosticaría, o más bien prescribiría, esos tiros de gracia que, si no, tal vez no se darían, o demorarían en darse, innecesariamente, prolongando innecesariamente todo ese sufrimiento, «todo este sufrimiento, Laurita»? Por eso, él tenía su conciencia tranquila. Sabía que no hacía nada malo. Las ejecuciones se realizaban públicamente y con toda formalidad. ¿Estaba enterada yo de que incluso el padre Penna había sido convocado por Cáceres para confesar a los condenados que lo desearan? El padre también había tratado de resistirse, se lo había explicado al médico mientras esperaban en un frígido cobertizo, poco antes de amanecer, viendo como los soldados tendían en el suelo las mantas que amortiguarían el trote del pelotón de fusileros cuando entraran a cumplir con su deber. El cura también había tratado de decir que no, pero el comandante le había repetido las mismas razones que le había dado a Félix, y aun más claras: no iba a traer capellanes militares cuando tenía un cura a mano, en la ciudad contigua. Y además, aunque tuviera un capellán, le habría ordenado igual al cura Penna presentarse, porque así quedaba claro que allí no había nada que ocultar, que todo se hacía de frente. Que fusilaban de frente a la ciudad por la cual los militares habían arriesgado sus vidas, de frente a sus médicos y a sus curas (y a sus jueces, podría haber dicho). Y también por eso los ajusticiaba de uno en uno, en amaneceres sucesivos, con el primer rayo de sol, con el primer pestañeo de esa pupila roja asomándose sobre los Andes, de frente al sol: «¡Para que hasta Dios nos vea!», me dijo el doctor que le había dicho Cáceres al cura Penna.

Y, en ese punto, Félix agregó, mirándome por primera vez a los ojos desde que me había encerrado con él en su consulta, para hablarme privadamente: «De modo que, supongo, asumo, que estas ejecuciones son, son…».

«¿Me preguntas si son legales o si son justas?», le pregunté a mi vez. El doctor me miró sorprendido. «Legales, creo, por supuesto, legales», balbuceó. Y yo le contesté: «Claro que hay una ley, siempre hay una ley».

Y él, suspirando, aliviado: «Es legal, es un consuelo...». La justicia debíamos dejársela a la historia, cuando llegara a juzgarnos. Mientras tanto, nosotros ya teníamos bastante con preocuparnos de si había siquiera una ley. Él sabía —de pronto se había reclinado en su sillón giratorio, casi contento—, él sabía que no podía estar tan solo, que le ocurría lo mismo que seguramente me había pasado a mí, cuando asistí a esos Consejos de Guerra, lo mismo que le pasaba al padre Penna, que había debido confesarlos: los moderados, los pacíficos, los mansos, debíamos continuar con nuestros trabajos, preocuparnos de ser justos en la privacidad. Los mansos —y cuando repitió esa palabra, Claudia, sentí deseos de pararme y abofetearlo, y aullar— los mansos como él y como yo no debíamos hacer nada que pudiera provocar más violencia. Por ejemplo, no intentar oponernos a una fuerza irresistible, con el pretexto de una justicia inalcanzable. No debíamos dejarnos arrastrar a ese terreno. «Me dejas muy aliviado. Al fin y al cabo no estoy solo en...».

Y yo completé la frase por él: al fin y al cabo, no estaba solo en esa soledad. Muchos otros, el cura y la jueza, yo misma, Claudia, y media o toda la ciudad, sabían lo que estaba ocurriendo cada mañana allí al lado. Era casi como si todos pusiéramos el estetoscopio en esos cuellos y oyéramos esas palabras que se ahogaban —y tuviéramos deseos de aullar —. No, él no estaba solo en esa soledad.

«Excepto, Laura», me dijo Félix de pronto, y lo vi inclinarse de nuevo sobre su escritorio, bajar la voz, mirar de reojo como si quisiera evitar que lo oyera alguien más, acaso el esqueleto en la lámina de la pared: «no estoy solo, excepto cuando diagnostico la necesidad del tiro de gracia». No estaba solo, salvo en ese momento cuando debía «prescribir» el tiro de gracia (la gracia prescrita, Claudia). Y de esto era, en realidad, de lo que había querido hablarme, solo de esto, no deseaba extenderse más, tampoco quería que Lucrecia, su mujer, ni menos los niños, pudieran oírnos y se enteraran de adónde iba tan de madrugada, y a qué. De hecho, él prefería hacer lo que estaban haciendo todos en la ciudad: aunque supiera, prefería no comentarlo, no quería hablar con nadie del asunto. En realidad, ni siquiera conmigo. Solo me había invitado a almorzar porque quería hacerme esta consulta profesional, confidencial, esta pregunta legal: «esa última bala, en la nuca, Laura, aunque yo la prescriba...».

Y yo pude, todavía puedo, completar la frase por él: esa última bala en la nuca, aunque él la prescribiera, no era como si él la disparara, «¿verdad, Laura?»

15

—Le apuesto que no reconoce nada.

La voz de Tomás Martínez Roth, en la cabina del todoterreno, la sacaba de unas cavilaciones sordas, untadas todavía del calor adiposo y la antigüedad atávica que emanaban de las razones de Mamani en la sala de Concejo, de la leyenda que le había contado acerca del diablo verdadero disfrazado entre los diablos inocentes: «Yo sé que usted entiende el sentido de esta vieja fábula, magistrada... Yo sé que usted entiende su poder».

—Le apuesto que no reconoce nada —repitió el abogado.

Salían de la ciudad por una ruta nueva, un camino longitudinal a la larga y estrecha depresión de Pampa Hundida, un sendero de asfalto flanqueado de frutales exóticos, de viñedos, de racimos impúdicos, asomando el bulto entre las hojas de las parras y los alambres que brillaban bajo el sol del trópico seco como el espejismo de un pentagrama. Era verdad, no reconocía nada, y por un instante hasta se podía tener la impresión de que el desierto había sido solo un mal sueño, y la victoria del oasis su despertar feliz.

—Se recogen dos y hasta tres vendimias al año. Con riego por goteo computarizado, sin un milímetro de lluvia. Y se venden a precio de oro, fuera de estación, en Estados Unidos.

Laura examinó ese paisaje feraz, deslumbrante, que no conocía otra estación excepto la del sol a pico. Desde el camino hundido en el centro del valle, a través de los vidrios polarizados de la camioneta de doble tracción y con la voluntad reblandecida de media tarde, la larga y estrecha faja del oasis adquiría el tono satisfecho, anunciado y concluyente de las promesas cumplidas. Bosquecillos de mangos cuya fragancia casi se podía palpar, papayos cargados de bulbos amarillos,

obscenos, hileras de parrones tañidos como un arpa por la mano invisible de la velocidad. Solo faltaba Pan con su flauta, en ese idilio pastoril; y nada costaba negar que trescientos metros más allá, por ambos costados, el desierto asediaba la utopía.

—Me dijo que me llevaría a una inspección ocular —protestó Laura, haciendo un esfuerzo por arrancarse del hechizo—. Al desierto.

—Esto es parte de la inspección, magistrada. Está viendo la cara más práctica de nuestro milagro.

—El milagro debe ser que esto produzca. No veo a nadie trabajando.

Tomás enganchó en la velocidad inferior y apartó la mirada de la ruta para observarla por un instante, ensanchando su admiración:

—Tiene buen ojo, magistrada. Ese es el drama de la nueva provincia. Campos como este son pura tecnología y apenas un poco de trabajo temporero, subcontratado.

—Por eso el proyecto de ese «Complejo de Adoración más grande del Continente».

—Exacto. Ese es el próximo sueño. Así se lo vendió Mamani a la ciudad: a principios de siglo fue la economía de extracción, el salitre; a finales, la fertilidad intensiva, los frutos del país. Pero el oro del siglo XXI serán los servicios. Y ¿cuál es el único servicio que puede proporcionar esta pampa, ese en el que es y será siempre irremplazable?

—Déjeme adivinar... el turismo religioso.

—Más que eso —la corrigió el abogado Martínez Roth—. El espíritu. Este desierto será el gran proveedor de servicios espirituales a un continente materialista.

Y enarcó las cejas tupidas, sobrado e irónico; y a la vez prendado de su ironía: el espíritu sería el oro de la nueva provincia, el próximo sueño. Laura tuvo que admitir la extraña armonía que emanaba del conjunto: la camioneta 4x4 del abogado, con esos neumáticos exagerados, bulbosos como pantorrillas de fisicoculturista; el teléfono celular en la cartuchera que colgaba del tablero, las boquillas del riego automático, gota a gota, planta por planta, la fertilidad computarizada de los parrones, que daban dos vendimias al año, y transversal a todo, el absurdo anuncio caminero que el municipio había puesto en la

Panamericana: el diablo de neones indicando con su brazo encendido en una dirección perpendicular a la carretera (o a la realidad). De algún modo, el conjunto pertenecía a la misma escala, obsesiva, minuciosa y prometida, de la maqueta bajo su domo lunar: el sueño del Complejo de Adoración con su antena parabólica, satelital. Y Tomás Martínez Roth, incluso cuando la parodiaba, también hablaba esa nueva lengua de Chile que ella estaba aprendiendo, su entusiasmo, hormonal y adolescente, como el acné: «El verdadero desarrollo del país vendrá cuando tenga pueblos chicos desarrollados; la provincia es la prueba de fuego de la modernidad», le decía.

—¿Me trajo hasta acá para hacerme un discurso político?

—La traje para enseñarle nuestro poder, Laura. Esa promesa de prosperidad es nuestro poder...

Y al mentarle el poder, el abogado abandonaba toda ironía y se explayaba. Hablaba más rápido y, a la vez, por reflejo o para darle todo el gas a sus palabras, desaceleraba un poco, mientras dejaba que la camioneta de las grandes ruedas siguiera de memoria por la cinta asfaltada, entre los impúdicos racimos milagrosos. Lo que la ciudad temía, más que a la muerte, le decía, más que al desierto, era a perder la ilusión de la prosperidad. Que no se equivocara, que no lo entendiera mal, ni siquiera la amenaza de perder la prosperidad misma, que había ido y venido ya varias veces por esas pampas, era lo que espantaba al pueblo, sino la posibilidad de perder *la promesa,* el título del futuro, el próximo sueño. Esos frutales, le decía, eran como el salitre de hacía un siglo, su ilusión ya se estaba agotando. Casi no daban trabajo local, se manejaban desde una sala climatizada que lo mismo podría haber estado en Dallas, o un lugar así, y el dinero apenas pasaba por la provincia. Ni siquiera podían comerse esos racimos de a diez dólares, que salían de noche, frigorizados, de las empacadoras automáticas, y que nadie jamás volvía a ver o a saber a qué sabían, como si fueran de utilería...

—Sin embargo, usted ha probado esos racimos —observó Laura, con paciencia—. Esta camioneta no la compraron sus ideales.

—Pagué el pie procurando para abogados de la capital. Y todavía debo cinco años —la rebatió él, herido—. Al final, mi padre me dejó

puras deudas.

Las deudas, y no solo en dinero, que había heredado. Transparentada en las palabras del joven abogado, de este crítico feroz de su provincia, enhebrada en las agujas de su descontento, Laura percibía la misma angustia solar, inmemorial, que ella había encontrado veintidós años antes cuando llegó al oasis. Este vértigo actual de plantar, de regar sin lluvia, la pasión de la megafertilidad, las cosechas dobles, era la versión nueva de un delirio viejo como el desierto: la infinita multiplicación de los panes y los peces, de los nitratos y las sales, la utopía de una riqueza fácil, como el maná. Y al mismo tiempo la tentación de justificarse con el espíritu. El espejismo era nuevo, pero el delirio venía de donde mismo, del yermo originario y su amenaza siempre renovada. Venir del páramo, de la pobreza, y vivir al borde del desierto. El que tuvo sed no se sacia, el que tuvo hambre no se colma, la ambición venía de la amenaza de la nada y a su turno era su máximo logro. Ambigua y burlona, la prosperidad general nacía de ese estado de insatisfacción general.

Laura pensó que quizá no había mejor suma de esa época ansiosa que el oasis: una estrecha franja de bienestar sitiada por el páramo. Y Martínez Roth, hijo de su época, heredero de puras deudas, con su camioneta a medio pagar, que le decía:

—El próximo sueño, magistrada: el turismo religioso, los servicios espirituales... Esa es el arma que hemos vuelto contra ellos. Por eso, Mamani y el Concejo le ofrecieron darle pruebas contra Cáceres, para que lo juzgue por otras causas...

—Está bien informado.

—Me hicieron llegar el mismo mensaje. ¡Nuestra estrategia empieza a dar sus frutos, magistrada! Antes que arriesgarse a perder ese sueño, nos darán todo lo que pidamos.

—¿Que es...?

—A eso vinimos —sonrió Martínez Roth—. Se lo mostraré en la inspección ocular.

* * *

Dos horas más tarde, el abogado se había extraviado en la Pampa

Topater, después de abandonar el camino para seguir a campo traviesa, mientras el sol caía por atrás del paredón líquido del horizonte.

Habían aflorado del valle fértil de Pampa Hundida, por su extremo Este. Y de inmediato el oasis y la ciudad que albergaba desaparecieron en su depresión, junto con la prosperidad, decapitados por la perspectiva rasa, reprimidos bajo la conciencia ardiente del día, como una idea triste. Continuaron cruzando la estepa desértica en dirección al oriente, hacia esas primeras estribaciones de las montañas, rojizas al atardecer, donde brillaban las tres cúpulas de los observatorios astronómicos de La Meseta. El asfalto había desaparecido al mismo tiempo que el oasis, y la larga ruta de tierra, bien nivelada, se elevaba tan insensiblemente como caía el sol a sus espaldas, miniaturizado en el retrovisor: una gota de sangre en el cielo de cobre. La luz arrastrada proyectaba la sombra del todoterreno que se alejaba hacia delante intentando perderlos. Se habría podido viajar así indefinidamente, cortando el continente en dos, pasando las fronteras hasta asomarse al otro océano. Entonces, Laura embarcaría de vuelta hacia el viejo mundo que había dejado tres días antes, cuando despegó del aeropuerto de Tegel, en Berlín. Y nunca volvería...

Una nubecilla de polvo inundaba la cabina del vehículo y picaba en las narices. La chusca que se filtraba en todo cubría la consola, borroneaba los tacómetros, el teléfono celular bailoteando en su cunita. A medida que la tarde caía sobre la recta interminable, el auto se internaba en esa perspectiva sin escala, donde los puntos cardinales se pierden y las nociones de arriba y abajo se dislocan. Laura volvió a preguntarse si esa sería la razón por la cual tantas religiones y sistemas morales habían venido del desierto: porque en ese paisaje era imprescindible tener normas abstractas para orientarse, para saber cuánto falta hasta el horizonte, qué tan cercano o distante está el infinito.

Después, sin previo aviso, el abogado abandonó el camino, torció a la derecha, atravesando un salar tan suave y mullido que se oía el crujir del cuarzo bajo los neumáticos (era como pisar las cenizas de la luz), dio dos o tres vueltas en redondo y por fin reconoció que se

había perdido. Martínez Roth detuvo la camioneta, se agachó a revisar la guantera y extrajo un mapa. Laura lo observó de reojo: la larga recta de la carretera y a sus márgenes los grandes espacios en blanco del desierto, los territorios incógnitos de las viejas cartas medievales, los cuarteles de la utopía. El abogado daba vueltas al papel, intentaba cuadrarlo con el horizonte redondo que rápidamente desaparecía, tratando de orientarse.

—No trajo brújula y estamos perdidos —le comentó Laura, pacientemente.

—Es por acá. Estoy seguro de que están por acá.

Y de pronto, el sol se había ido. Con un último destello, el hilo del trópico seco se había cortado y el día se despeñaba en la oscuridad. Laura bajó la ventanilla a su lado, reconociendo el cielo: al caer la máscara radiante había aparecido la primera estrella, enorme como un farol amarillo en el dintel del firmamento. La estrella que no era estrella, Venus (de donde venía lo venéreo y la veneración, pero no el amor...). La estrella que también se llamaba con otro nombre (pero ese no debemos pronunciarlo).

El abogado había apagado el motor de la camioneta. Un silencio sin ecos se expandía desde el vehículo mientras la oscuridad refluía y comenzaba a apretarse contra ellos. Lejos de la ciudad, remotos de cualquier luz humana, y antes de la luna, la noche colgaba sobre el desierto, repleta de estrellas: el universo cayendo en mil pedazos, arañando la pampa. Laura sintió que su ojo se ajustaba naturalmente al cielo, al firmamento de ese hemisferio, bajo el cual había crecido. Descubrió que en veinte años de noches septentrionales siempre había resentido esas otras estrellas, ajenas, que no estaban en su sitio. Y solo el cielo que le había enseñado Cáceres, una noche como esta, seguía impreso en su memoria. Había logrado cambiar de tierra y de día, pero solo acá se sabía la noche. Solo acá sabía que los minutos en el arco de la bóveda celeste se llamaban *escrúpulos*. Que también el cielo tenía sus escrúpulos, *con toda la creación, menos con nosotros*.

De pronto, Laura reconoció —aunque fue más bien como si lo hubiera *sentido*— dónde estaba. Había vuelto allí donde se había perdido, durante treinta y seis horas, allí donde seguía perdida. Y

ahora reconocía —más bien, sentía— dónde estaba, reconocía la playa sobre la que se había tendido, la orilla del mar que se había retirado un millón de años antes, el lecho del salar vacío sobre el que gravitaba su ausencia. Y a lo lejos, diminuta, confundida ya con la oscuridad, la silueta de ese pura sangre (o ese potro de sangre), que cruzaba a galope tendido, oblicuo al mundo, buscando algo que le huía, siempre; o huyendo él, desbocado. Y hasta le pareció que sentía entre las piernas el cabalgar del potro, tan parejo que era como montar el viento o montar la nada. Un montar que era como morir, si morir fuese cabalgar sobre una planicie de sal fosforescente, para siempre. Y el grito que la seguía desde entonces y que aún intentaba alcanzarla: «¡Laura, no me dejes hacer lo que haré!»

—Encienda los focos del auto —le ordenó Laura a Martínez Roth.

El abogado la observó perplejo, pero la obedeció. Los poderosos faros de la camioneta barrieron la pampa por delante de ellos. A la derecha, a lo lejos, casi en el límite de su alcance, aparecieron unos montículos de piedra, como una caravana petrificada o una patrulla perdida, separada de una caballería fantasma, guiada a la perdición por el jinete del pura sangre. Tomás, orgulloso como si él mismo se hubiera orientado, la invitó a bajar.

—Su inspección ocular, magistrada.

Descendieron del auto y caminaron hasta la fila de monolitos de piedra que se elevaban medio metro sobre el suelo. Al principio, Laura los tomó por vestigios de esas letras sin sentido, de ese alfabeto incomprensible que el mayor Cáceres hacía trazar a sus prisioneros en la pampa rasa, para entretenerlos o educarlos en el absurdo. Pero estaban demasiado lejos del campamento para eso. Y las sombras de estos túmulos, proyectadas por los faros del auto, se tendían y prolongaban en la oscuridad con el largo de los cinco inmensos dedos de una mano humana que pugnara por salir de la tierra. Laura se aproximó más. Las lajas aliviadas del sol y sometidas al cambio de temperatura brutal de la noche desértica suspiraban y crujían.

—Aquí es —le dijo Tomás —Claudia y yo hicimos estos túmulos. Según mi hipótesis, en algún lugar de esta pampa, en un radio de diez kilómetros, cómo máximo, están esparcidos los restos de decenas,

quizás centenares de detenidos desaparecidos. Tengo motivos para pensar que Cáceres se especializó en ello, «patentó» su método de volar los cuerpos con tronaduras, como en la minería.

Laura recordó a esa otra muchacha, solo un poco mayor a la edad que tenía ahora su hija, la que estuvo parada, posiblemente en ese mismo lugar, sobre el polvo que había vuelto al polvo, sobre la sal que había vuelto a la sal, de espaldas a la ruinosa luz de un ocaso. Recordó que había visto cómo la larguísima sombra de la mujer (esa sombra tangencial al planeta de sal que pisaban) se llevaba las manos a la cabeza, y tal vez aullaba, aunque su aullido no se podía oír, como si lo hiciera tras la catarata de aire líquido del horizonte. Esta era la grandeza («alcancé mi grandeza...») a la que Cáceres había aludido la noche anterior. Laura tuvo que reconocer que, cuando lo hizo callar, no había podido, o querido, calibrar la exactitud de su delirio, la escala de su desvarío, la magnitud astronómica de esa «grandeza».

Y el joven abogado se le acercaba:

—Alguien, muchos en la ciudad, saben lo que pasó acá. Si los presionamos con nuestra querella por profanación, hablarán. Y atraparemos no a Cáceres, ni al tribunal volante que mandó a Cáceres a fusilar, sino a aquel que mandó al tribunal, al último comandante, el supremo.

—Apunta alto, abogado.

—Al cielo —le confirmó Tomás Martínez Roth sonriendo, exaltado y angelical, embellecido por su ambición, por el reflejo despiadado y lejano de ese comandante supremo cuya caída parecía tan remota y sin embargo a su alcance, como las estrellas—. El que abra esta tumba se hará famoso. Cerraremos la transición, y el país podrá pasar a otra cosa.

Laura experimentó un escalofrío y alzó la vista. Recordó esa distante e inflexible lección de astronomía que Cáceres le había administrado una vez, hacía veinte años, sobre ese mismo salar: cuando le había mostrado a Betelgeuse, en la constelación de Orión, que tenía la potencia de sesenta mil soles, y sin embargo era un astro moribundo. Cualquiera de esas noches, una noche que ya podía haber ocurrido hacía cientos de años, la estrella agonizante estallaría. Y el único

escrúpulo que el cielo tenía con ellos (con nosotros) era que la luz de su muerte todavía no llegaba hasta el mundo.

Por fin, veinte años después, Laura comprendía lo que ni siquiera al obligarse a recordarlo y escribirlo, en su carta de respuesta a Claudia, entendió. Sabía que, mirado de ese modo, el cielo era como la pampa donde se ocultaba una tumba: si se ignoraba cuáles estrellas estaban vivas y cuáles brillaban a pesar de haberse apagado, el cielo entero quedaba en duda; mientras no se supiera dónde estaba el polvo y la sal de esos cuerpos, todo el desierto, acaso todo el país, sería esa lápida de la que se vanagloriaba Cáceres.

Por el contrario, conforme al abogado (y a Mamani y a la mayoría del concejo, que le habían propuesto casi lo mismo en la sesión de esa tarde), una vez que se castigara a un culpable, la tierra circundante volvería a su estado de gracia, a su yerma impunidad, a la blanca inocencia del sol. Y el tiempo pendiente, la transición, el siglo habrían terminado

Laura intentó recobrar la ventaja perdida, volver a imponerle distancia al abogado. Le dijo, sin mirarlo; mirando, más bien, hacia el cielo:

—Entonces, me trajo hasta acá solo para hablarme de sus conjeturas.

Pero ya debía haber aprendido que Tomás Martínez Roth no era tan fácil de desanimar. Lo percibió acercársele aún más, por la espalda, hasta que sintió su cuerpo casi pegado al suyo, su aliento tibio y húmedo en el oído, hablándole a ella, tan lejana que era como si lo hiciera en la oreja fría de la noche:

—No, Laura, la traje porque sospecho que esta es la respuesta a la pregunta que le hizo Claudia, en su carta. Acá es donde usted estuvo hace veinte años. Aquí es donde se perdió, cuando estuvo desaparecida por treinta y seis horas. ¿O me equivoco?

Las treinta y seis horas durante las que estuvo perdida. De modo que también sabía eso. Y entonces —suponía el abogado— esa llanura de sal que fosforecía bajo las estrellas podía ser la respuesta a la pregunta de su hija, que evidentemente ella le había contado, que quizá hasta habían formulado juntos: «¿Dónde estabas tú, mamá

cuando todas esas cosas horribles...? Laura sintió que experimentaba ese delirio hilarante de los astrónomos, ese voluptuoso vértigo al revés: la sensación de estar suspendida por los pies sobre el vasto e incomprensible universo. Y la tentación de dejarse caer. Pensó en el coronel en retiro, insomne en su caravana, pidiendo su juicio final; vio la imagen de la imagen de la Patrona, velando desde su altar en la Basílica; evocó a Iván, durmiendo ovillado en su celda abierta de la comisaría, mientras los ediles se peleaban en la sesión de concejo. Y pensó: qué fácil sería ceder a la tentación del cielo al revés, qué fácil sería desprenderse de sus escrúpulos (los escrúpulos que el cielo no había tenido con ella) y dejarse caer hacia el vacío, que la ley de gravedad —ese amor de la materia— se hiciera cargo y ella, aliviada, caería hacia la nada exterior. Y nada la recibiría. Ella flotaría liberada hacia esa bóveda oscura, donde las estrellas engañaban.

Permanecieron así unos segundos o minutos, no habría sabido contarlos, ella dejándose tentar por la caída al revés, él ampliando la provocación: su pecho rozándole la espalda, los omóplatos. Hacía mucho tiempo que ella no admitía una proximidad de ese tipo. Y por fin él se decidió: los brazos largos del hombre joven rodearon los suyos cruzados sobre sus pechos. Así, abrazados, cualquiera habría dicho que miraban en la misma dirección, que a pesar de la edad que los separaba, de las generaciones en discordia, compartían un futuro y un horizonte.

—Confíe en mí, Laura. Yo sé a qué volvió.

—Así que usted lo sabe.

—Vino a pagar su deuda. Yo la ayudaré.

Él la ayudaría. Él sería el voluntarioso capitán de su futuro. Poco a poco, sin deshacerse del abrazo, sin huirle, Laura se fue volviendo hacia él, hasta enfrentarlo. Aureolada por los lejanos faros del todo terreno, la cabeza del joven abogado vocacional, su melena rizada, resplandecía un poco, nimbada de una confianza en sí mismo que rayaba en la santidad; y el acné del cuello desaparecía favorecido por la noche. Laura lo dejó entreabrir la boca, descender buscando sus labios, pero antes de que los hallara, le habló:

—¿Sabe a qué huele su aliento, abogado?

Los labios se detuvieron a un par de centímetros de los suyos. Lo oyó balbucear, carraspear, confundido:

—¿Cómo dice?

—Huele a egoísmo.

Y era verdad: emanaba de su boca un aroma agrio pero no desagradable, conmovedor incluso, dulce de tan masculino, equidistante entre la ambición y la ternura: tanto deseo de ser, tan adelantada la esperanza, tan erguida la autoestima.

—No la entiendo —carraspeó él, soltándola, desplomando su sonrisa arrogante, descubriendo el orgullo a medio hacer del que la tenía colgada.

—¿Va a intentar seducir a la jueza, abogado?

Martínez Roth agrandó los ojos, empezando a negar. Pero Laura no lo iba a dejar zafarse tan fácilmente:

—¿Intentaría hacerle el amor a la madre de su pretendida con tal de obtener sus fines?

—No pretendo a Claudia. Usted se anticipa.

Laura sonrió, recuperó la distancia. Sin encono, maternal casi, lo condujo por el brazo de vuelta hacia la camioneta, sintiendo el crujido agradable de esos cuarzos (que era como pisar las cenizas de la luz):

—Me anticipo a lo que todavía no sabe de sí mismo, abogado, lo que todavía no sabe su generación en este país: el tamaño de su ambición.

* * *

Antes de la medianoche habían vuelto a la ciudad. Hicieron el viaje de regreso casi en silencio. Martínez Roth conduciendo a mil por hora, amurrado, reflejado en el parabrisas por las luces fantasmales de la consola. Deformado por el vidrio cóncavo, el joven se veía obeso, flojo de caderas, ancho de muslos, convexo al mundo oscuro de afuera. Casi tan gordo como había sido su padre, el notario y conservador, pensó Laura. Como un anticipo del día cuando se hubiera adaptado, cuando esa ambición juvenil, transformada en simple y pura glotonería, de predador, lo hubiera igualado con lo que había aborrecido. Y un atisbo de piedad por el joven, que en ese reflejo ya era un difunto, por

su estrella apagada, la indujo a palmearle una mano sobre el volante.

—No necesita ir tan rápido, abogado. No arrancamos de nadie.

El centro de la ciudad había sido acordonado por la fiesta. Tuvieron que dejar la camioneta a varias cuadras del tribunal y Tomás insistió en acompañarla. Deambularon entre la multitud raída por la medianoche, entre los grupos de peregrinos que volvían a sus tolderíos en las pampas de las afueras o buscaban un sitio donde echarse a dormir. A lo lejos, el redoble de los tambores en la plaza continuaba y continuaría toda la noche, menguado pero insomne. Al acercarse a la Basílica tuvieron que cruzar pisando con cuidado entre la fila de penitentes que dormían, tendidos en el medio de la calle, manteniendo así su turno para entrar al templo a prosternarse apenas rayara el día siguiente. Las pequeñas fogatas y las lámparas de carburo que los velaban teñían de cera los rostros dormidos, que sin las máscaras no parecían vivos. En una oquedad entre esos cuerpos el estertor de un ronquido, o podría haber sido un perro, les gruñía. Laura los imaginó al alba, cuando el cura Penna abriera las pesadas puertas del templo y tratara de organizarlos en grupos de diez para pasar bajo el manto de la Señora, e intentara impedir que le besaran sacrílegamente las manos, que se acercaran demasiado a las mejillas de yeso que ella misma había maquillado, que le metieran recaditos, papelillos, peticiones bajo las faldas, quizás el mismo papelito arrugado que en esa fila de durmientes una niña inválida, dormida en su sillita de ruedas, apretaba en el puño, una niña que al día siguiente sería subida al altar por encima de las cabezas de los acólitos, por encima de cualquier orden o precepto, en alas de esa pura y ciega necesidad que los llevaba a dormir allí en fila, en la calle.

Estaban en el callejón lateral, frente a la puerta que daba acceso a su departamento en los altos del juzgado y Laura ya iba a abrir cuando algo la hizo detenerse. Retiró la llave con cuidado, se quedó escuchando: los tambores en la plaza, un grito más lejos, un petardo en las afueras; y por debajo de ese horizonte acústico, otra cosa... Caminó hasta la esquina, escrutó desde la oscuridad la calle Ramos. Un grupo de penitentes vivaqueaba calentándose con una mínima fogata en la otra esquina; unos bultos dormían bajo el alero del

juzgado. Poco más allá, un hombre pequeño fumaba apoyado contra la puerta del tribunal. La brasa de su cigarrillo se encendió en la oscuridad del dintel. El abogado carraspeó a sus espaldas, empezó:

—Magistrada, sobre lo de hace un rato, no fue mi intención.

—Ni la mía.

—Mis intenciones hacia usted... —vaciló—. Hacia su hija, son...

—No es el momento para remordimientos —lo cortó Laura; la brasa del cigarrillo había vuelto a encenderse en la puerta del tribunal.

—Asómese con cuidado —añadió ella.

El abogado lo hizo e intentó bromear:

—¿Vio un fantasma?

—Los fantasmas no ponen guardias en las puertas. Ni usan linterna.

Laura indicó a la ventana más próxima. En un ángulo del profundo socavón en el muro colonial, escapando por la ranura de las cortinas, un débil resplandor, de fuego fatuo, se movía.

El abogado la observó, perplejo:

—¿Ladrones? En esta ciudad...

Laura suspiró, miró hacia la esquina contraria, donde un grupo dormía arropado en sus propios disfraces, usando sus máscaras de almohadas, mientras otros vivaqueaban. La ciudad velaba y dormía en la calle, amparada en la multitud, disfrazada por la muchedumbre. Nadie era su rostro; la ciudad llevaba la máscara de todos.

—¿Pero qué se puede robar en un tribunal? —insistió el abogado.

—Una causa, muchacho. La suya, por ejemplo.

Martínez Roth la quedó mirando, levantó un dedo. Tal vez iba a reprocharle la palabra «muchacho». Pero no alcanzó, porque en ese instante la puerta del juzgado se entreabrió y dos hombres se unieron al que los esperaba. El hombre pequeño cogió la ruma de papeles que le pasaron, se la puso bajo el brazo y se alejó junto a los otros, apretando el paso. Un atisbo de comprensión llegó retrasado a los ojos del abogado, agrandándoselos:

—El expediente con la corona —concluyó.

Avanzó dos pasos y retrocedió, contradictorio, sin saber todavía lo que había decidido. Hasta que finalmente plantó la carrera, gritando a voz en cuello. «¡Policía!» El hombre pequeño se dio vuelta a mirarlo y

corrió también. Para cuando ella llegó a la esquina los perseguidos y el perseguidor habían desaparecido. Solo quedaban entre las carpas y las fogatas de humos perturbados los rostros soñolientos y perplejos de algunos peregrinos. Laura calculó que los intrusos le llevaban una buena ventaja a Tomás Martínez Roth; casi tanta como la vida en general.

Y al mismo tiempo no le cupo duda de que, desgraciadamente para él, el joven voluntarioso no cejaría hasta alcanzarlos.

16

No volví al juzgado esa tarde, Claudia. Me fui de la consulta de Félix Ordóñez a mi casa, evitando el centro dormido de la ciudad en la hora de la siesta, pasando por las veredas de la sombra (una sombra por las veredas de la sombra, perseguida por la pregunta del médico: ¿quién disparaba realmente esa última bala en la nuca, que él debía prescribir?). Me sentía incapaz de enfrentar la caligrafía escolar con la que el actuario trascribía mis sentencias, los expedientes cosidos con hilo de volantín, la estatuilla de la justicia en un ángulo de mi escritorio, con su balanza y su espada de juguete. Todo me parecía tan evidente, ahora, Claudia: yo había estado jugando a una justicia de muñecas. Mientras el tribunal volante que había venido en ese escuadrón de helicópteros traía del cielo la verdadera ecuanimidad de sus guadañas, la que hablaba más alto que cien códigos, que mil leyes, que un millón de mis pequeños fallos —fe, fe, fe. Me habían enseñado que la justicia era nada sin la fuerza para aplicarla. Pues bien, allí tenía una prueba más sobre la candidez de mi educación: aunque la justicia necesitara de la fuerza, esta no necesitaba de la justicia. El doctor acababa de confirmarme lo que cada amanecer, desde hacía cuatro días, mis oídos trataban de negar: en el perímetro cercano de mi jurisdicción, dentro de esa línea roja que señalaba en el mapa de mi juzgado la zona donde tenía el privilegio y la obligación de juzgar, contra el paredón de aire líquido del horizonte, con cada primer rayo de sol, yo era declarada irrelevante, innecesaria, patéticamente superflua. No solo el médico posaba su estetoscopio en esos cuellos donde la sangre ahogaba las palabras, no solo el cura impartía su bendición, yo también estaba allí cada madrugada, sentada —donde no había sabido ponerme de pie—, sentada frente al poste de las ejecuciones, sentada frente a la ciudad —que no oía, que no comentaba, que no sabía—, sentada frente al propio sol —«¡para que

hasta Dios nos vea!», había dicho Cáceres. El rostro del sol del cual trataba de esconderme mientras iba de la consulta del médico a mi casa en la calle Rosales, el rostro de hierro blanco, incandescente, del que terminé huyendo a la carrera, acezando, casi oyéndolo golpear, furioso, las puertas que acababa de cerrar tras de mí.

Permanecí en cama todo el resto de ese día, hasta que el sol iracundo se fue. Seguí de largo hacia la noche, sin cenar, sin darme cuenta cuándo Mario apagó las luces y se fue a acostar en el diván del escritorio —desde que yo lo había descubierto no había vuelto a sus correrías con Cáceres, a su «reportaje de investigación», pero tampoco dormíamos juntos—. Ni siquiera recordé darle la cena a Iván en su plato de lata en el umbral. Y por eso, cuando en algún momento de la noche oí ruidos, voces amortiguadas en el patio, hacia el fondo de la huerta, durante un instante creí que era el muchacho vago que yo había amadrinado, que se quejaba de hambre con esos rezongos de animal despechado. Y luego oí mi nombre, musitado, casi cantado: «Laauraaa». Salí tal como estaba, tal como me había metido a la cama esa tarde, vestida, aliviada de que por una vez no me despertara el implacable reloj de la angustia que cada una de las noches anteriores me indicaba la cercanía del alba.

Me asomé a la galería. Era una noche sin luna, pero ya habrás visto que en el desierto las estrellas bastan para alumbrarnos. Entre las ramas de los árboles que yo misma había plantado, los frutales y las plantas de savias finas que languidecían achaparrados desde hacía semanas, cuando dejé de regarlos, distinguí unas sombras más espesas. Una larga silueta enlutada, que agravaba la noche, me llamaba —un pedazo de la propia noche, llamándome—. Bajé la grada y caminé por el sendero de arena hasta el huerto, al fondo de ese jardín malogrado. La sotana del padre Penna relumbró un poco cuando se dejó ver mejor, agachado, saliendo del enramado de una higuera que las estrellas escarchaban. «Laura», susurró, en su español dulzón, de antifonario, «por caridad». Y la palabra «caridad» emitía unos brillos equívocos, bajo la luz de los astros, como los lamparones en su sotana mal planchada.

Penna me indicó otra sombra a su lado, una silueta pálida entre las ramas. Por un instante tuve la impresión de que veía a un ahorcado, un cuerpo que pendía de la rama más recia de la higuera. «Este muchacho»,

continuó el cura, «debemos darle asilo». Y entonces el cuerpo se desgajó de mi premonición, vino hacia mí con cautela, ofreciéndose a la escasa luz, y negándose, desconfiando hasta de las estrellas. (Recuerdo la barba de días, el pelo rizado, los zapatos sin cordones mostrando unos empeines albos, femeninos. Después supe que su nombre era Enrico Antonio Santini, tenía dieciocho años y esa clase de indignación con el mundo que el mundo hace pagar caro. Había militado en un movimiento guerrillero teórico, de pizarra, había sido el único de su célula, tan cándido o valiente, que el día del golpe militar había corrido hasta el puesto de combate acordado con sus compañeros en algún ejercicio de guerra de guerrillas, solo para encontrarse que no había compañeros, ni armas ni guerra, ni siquiera una guerrilla, solo su estúpido idealismo de adolescente. Y los militares que lo esperaban en esa ratonera...).

El padre Penna había juntado las palmas de sus largas manos, y me rogaba o se excusaba: «Este muchacho vino a la Basílica, pidiéndome asilo. Pero yo no puedo, Laura, no podría. Mañana lo buscarán, al alba empezarán a buscarlo. Y allí no hay donde esconderse...». Sonaba desesperado, y convincente. Quizá como si él mismo hubiera tratado de esconderse en el templo, infructuosamente, muchas veces —esconderse de alguien que siempre lo hallaba y le preguntaba ¿dónde está tu hermano?

El muchacho fugado intervino. La voz le temblaba, y en la oscuridad no se podía decir qué era mayor, su terror o su arrogancia: «¡este cura cobarde no se atreve a esconderme, ni tampoco a echarme a la calle!» Casi había gritado, y Penna agitó los brazos, alarmado, haciéndolo callar. Luego se llevó un largo dedo a una de las entradas profundas de su calva, se golpeó allí, protestando a media voz: «Le he explicado que no es mi casa, es del culto, es de la Señora...».

«¿Qué hará usted?», me preguntó el fugitivo a mí. «No tengo toda la noche».

¿Qué haría yo? La pregunta que llevaba dos meses formulando y evitando, la que traté de responder con mi «inspección ocular» al campamento, solo para encontrarme sin el valor para mantenerme de pie. Esa pregunta que preparaba la otra que tú me has hecho en tu carta veinte años después («¿y tú dónde estabas, mamá, cuando todas esas cosas horribles pasaban en tu ciudad?»). Yo me había fugado de esa interrogante

en las últimas semanas, tal como el prisionero se acababa de fugar de su prisión, y ahora la pregunta y él habían venido, colándose por la puerta de cañas del huerto trasero, entrando a mi casa como un ladrón o un fugitivo —o un amante violento, al que se teme y se desea.

«Yo pensé», dijo Penna, arrogándose el derecho de contestar la pregunta, «pensé que quizás usted, Laura, usted que es una autoridad, que es la justicia acá, podría ampararlo, encontrar un recurso, algo que no sea ilegal...».

Yo los miré a ambos, de hito en hito, como se suele decir, pestañeando, sin contestar. Una fuerza, ante la que me iba acostumbrando a ceder, me amordazaba. Podrías suponer que era el mismo miedo, Claudia, que había experimentado en el teatro del campamento, cuando no me decidí a tiempo a intervenir en los juicios. Y sin embargo, ya era algo más. Mi miedo había mutado, como la cosa viva y tenaz que era. Vacilando ante la demanda del prisionero, me di cuenta de que en tan cortos días, en solo cinco jornadas, después de cuatro amaneceres despertando con esos estampidos en el horizonte, mi miedo me había probado, me había conocido y me había amaestrado. Mi miedo me paralizaba y a la vez me protegía. Como un perro bravo que gruñe si nos vamos a mover, y ladra si alguien trata de acercársenos, el miedo echado a mis pies me dominaba y me cuidaba, me exigía ser su ama y la esclava que lo alimentara para seguir creciendo. Mi miedo me celaba y a la vez, mientras me estuviera quieta, mientras no me atreviera a escapar de su amor furibundo, me cuidaba de todo mal.

El cura entrelazó los dedos, tironeó de ellos, estiró esas manos que él mismo encadenaba, hacia mí: «faltan pocas horas, Laura», me dijo. «Por caridad, diga algo. Antes de que amanezca debo estar allá». Y yo supe todo lo que había en ese «allá»: su maletín tan similar al del médico, con el hisopo y la estola y los óleos de la extremaunción. El sacramento antes de la capucha, el cobertizo helado, el poste con su banquillo, el paredón de aire líquido del horizonte reverberando con el primer sol (el estampido), las oraciones —las palabras ahogándose en la garganta, la sangre tratando de hablar.

El fugitivo no esperó más mi respuesta, hizo ademán de volverse por donde había venido, entre las ramas espectrales de la higuera, que las estrellas escarchaban. Penna lo retuvo por un brazo. «¡Me va a entregar,

esta mina me va a entregar!», le gritó el muchacho, intentando desasirse. Y yo no necesité preguntarle cómo lo sabía. Porque en ese momento lo reconocí, Claudia. En la batahola, al final de los Consejos de Guerra, cuando cayó el mazo y las doce sentencias de muerte fueron dictadas, cinco días antes, este era uno de los hombres que gritaban, el prisionero que se había trepado a una de las butacas y se aferraba para que no lo llevaran, el que había mirado desesperadamente hacia atrás, hacia la sala del teatro, como si pretendiera apelar ante el público ese fallo dictado por el grupo de comediantes entorchados que parodiaban a un tribunal en el escenario. Y solo se había encontrado conmigo, que en ese momento, huyendo de esa mirada, en vez de hablar, o por lo menos en vez de continuar de pie, me sentaba. (Después, en el resto de esa noche, el fugitivo me contó que, a menudo, durante los cuatro días que llevaba esperando entrar a la «capilla» de los que serían fusilados al día siguiente, había recordado a esa mujer de civil, en la platea del teatro, y al hacerlo se convencía de que estaba perdido, de que debía abandonar toda esperanza. No recordaba que yo me hubiera sentado, no tenía idea de quién era, pero esa joven mujer palidísima, incongruente entre todos esos uniformes, se le antojaba la muerte misma que había ido a confirmarle su sentencia. Y luego sus compañeros lo habían escogido a él para escapar por el piso de la vieja casucha que hacía de «capilla», y a través de las alambradas que un recluta leal les había cortado; le habían dado a él la única oportunidad de escapatoria que tendrían, por ser el más joven. Y apenas había querido creerlo cuando descubrió que en su escapatoria había venido a parar allí, a ese huerto, bajo esa higuera, donde la misma mujer que había presenciado su condena lo miraba como a un fantasma —como si ya fuera un fantasma— y seguía callando).

El padre Penna dio un paso adelante, se me acercó más. «Hija», me conminó, para que me decidiera. Y su aliento olía como si la palabra «hija» se le hubiera podrido en la boca, como si entre él y yo hubiéramos matado a esa «hija».

Recuerdo que inspiré profundo, levanté la vista hacia las severas estrellas del desierto, aunque sabía demasiado bien, Claudia, que no podía esperar inspiración alguna de ellas. Luego, me aclaré la garganta, tratando de hablar —el miedo a mis pies gruñó, me enseñó los colmillos.

Desafiándolo, le dije al fugitivo: «Te vas a quedar aquí hasta que piense cómo esconderte. Ya encontraré donde...».

Y en ese momento, desde la galería de la casa, desde el borde del jardín seco —que yo había abandonado— la voz de Mario nos alcanzó: «Yo sé adonde», me dijo.

17

—Aún no llega.

Mario le abría la puerta. El chueco umbral de la casa de la calle Rosales encuadró al hombre frente a ella, sonriendo a medias, demasiado matutino para sus hábitos, con el pelo planchado por la ducha, con una burbuja de crema de afeitar ensangrentada en la comisura de la oreja. Y envolviéndolo, ineludible y ofensiva como una loción penetrante, la expectativa de su elegancia: llevaba el mismo blazer azul y la flaca corbata a rayas amarillas con los que se había casado hacía veintitrés años. Laura meneó la cabeza, comprobándolo y descreyéndose a sí misma. Descreyendo que hubiera vuelto, realmente, al umbral de la casa de la cual huyó dos décadas antes, para encontrarse con el hombre que la recibía vestido del que pudo haber sido. Y que hasta intentaba el ademán masculino, protector, de pasarle un brazo sobre los hombros a su ex mujer, para hacerla entrar. Fue un gesto tan antiguo y percudido que Laura se preguntó si lo habría encontrado en el mismo baúl de donde había sacado el desfondado blazer azul y la corbata pasada de moda. Pero se abstuvo; por lo menos la inminente llegada de Claudia había servido para que se cambiara la chaqueta de tweed.

—Te adelantaste, Laurita. Te olvidaste de que el bus de la capital llega puntualmente. O sea, con una hora o más de retraso —le decía él, bromeando y acogiéndola.

Aunque Laura consiguió evitar el abrazo de bienvenida, un relente de esos alcoholes dulzones que prefería el periodista la alcanzó de todos modos. Laura lo recordó en la cena de bienvenida, la noche de su llegada, dos días atrás, rogándole que no fuera donde «el hombre», ofreciéndose a «interponerse», reculando pues estaba de turno en la

radio «por la fiesta». Y pudo imaginárselo en las dos noches pasadas, al retornar a casa, echando mano de la botella de menta para ahogar en ella la angustia de no haber sabido o podido interponerse, nuevamente.

—Parece que fueron largas las «cabalgatas musicales» de estas noches —le dijo, ejerciendo sin placer una pequeña y tardía revancha.

Los labios mórbidos y gruesos de Mario, que habían dominado al mentón cuadrado, temblaron un poco. Pero lo que fuera no alcanzó a pronunciarlo. En cambio, hizo uno de sus gestos blandos y evasivos con las manos largas y fuertes, e intentó cambiar de tema apenas cerró la puerta tras ellos. La siguió por el pasillo hasta la entrada del comedor, fingiendo otra preocupación:

—Laurita, oí las noticias.

—Se supone que tú las anuncias.

—¿Qué harás ahora?

—Acudiré a la justicia.

—Laura, esto no es broma —y agregó—: Tu tribunal asaltado y el abogado Martínez desaparecido. La ciudad está conmocionada...

Cuando se ponía nervioso, Mario apelaba a la jerga radial, como los extranjeros a su lengua materna. Y ella no pudo menos que asentir. Este era su tercer día en la ciudad y no podía negarse esa pequeña arrogancia: su regreso había «conmovido» a Pampa Hundida. Desde temprano, había inventariado los destrozos en su tribunal, había escrito la denuncia del asalto, había encargado al teniente Acuña la rebusca de Tomás Martínez Roth, que no aparecía desde la noche anterior. Mientras, en el juzgado, Fuentes reponía los cajones en los escritorios saqueados, enderezaba los anaqueles volcados del archivo, barría. «¿No se irá por esto, magistrada, verdad? Esta no fue gente de la ciudad. Acá se respeta a la ley», le decía Fuentes. Y si a Laura le hubiera cabido alguna duda acerca de la candidez de su actuario, la habría descartado viéndolo recoger del suelo la balancita que se había roto cuando volcaron del estrado la estatuilla de la justicia, los dedos trémulos intentando repegarle la manito quebrada, los ojos bizqueando en el esfuerzo de equilibrarla.

Laura entró al comedor. Desempaquetó la merienda que había

traído para recibir a Claudia. Pasteles surtidos de la Confitería Roma: la dueña la había reconocido y hasta recordaba sus dulces favoritos. A ese paso, si no se cuidaba, se dijo Laura, ella misma empezaría a aceptar la divisa nacional que le recordaban en cada reencuentro: «de Chile se puede salir, pero nunca irse». De pronto, su mano se encontró con la de Mario que picoteaba un pastel. Él nunca había podido contenerse ante la comida servida. Al igual que en otras épocas, ella, por puro instinto, le golpeó los nudillos. Cuando se dio cuenta de lo que hacía ya era tarde. El fugaz contacto la sobresaltó como una descarga eléctrica venida de un cable cortado. Se comprobó, también ella, antigua, sobreviviente, persistiendo en los hábitos de una pareja que había muerto, enervada allí mismo donde había creído desraizarse de su pasado, subsistiendo en el hueco que dejó al escapar, en esos alvéolos sin nervio, y que, sin embargo, dolían fantasmalmente cuando se los tocaba.

Mario se chupó el dedo con que había hurgado el pastel. Protestó, fingiendo más dolor del que sentía, como un niño castigado:

—Sigues igual de dura con mis vicios...

Ella no le hizo caso:

—¿Tienes los manteles, las tazas lavadas, el té que te pedí?

—Todo. Pero, Laura, ¿qué haremos?

—La cama.

Mario se apartó de su camino. Laura desanduvo la galería hacia el cuarto donde se quedaría Claudia. La muchacha había llamado el día anterior a Mario, anunciándole su viaje, y ni siquiera había contemplado la posibilidad de quedarse con su madre en el departamento en los altos del juzgado. El día anterior, Laura había hecho enviar un colchón y un cubrecama de lino crudo, nuevos, una lámpara de velador más moderna y luminosa. Ahora colgó un afiche, reproducción de un cuadro moderno, para reemplazar el tenebroso óleo de un naufragio que presidía esa pared desde que ambos compraron la casa, medio amoblada, veintidós años antes.

—Está mucho mejor. Mano de madre —le dijo Mario, felicitándola, echándose sobre la cama cuan largo era y saltando un poco sobre el colchón nuevo.

Laura lo examinó, tratando de detectar si era una ironía: esta pudo ser —alguna vez proyectaron que lo fuera— la habitación de sus hijos, cuando los tuvieran. Hasta habían jugado el juego de todos los matrimonios jóvenes: dónde pondrían la cuna, la cómoda para el mudador. Y ahora lo recordaba perfectamente, incluso habían imaginado el baúl de madera para los juguetes que rebosarían de él:

—¿Por qué no nació y creció acá? ¿Alguna vez me explicarás? —le preguntó de pronto Mario, cruzando las manos detrás de la cabeza, sin dejar de hamacarse.

Laura experimentó un débil asombro, una admiración lastimosa, que si la estiraba un poco más colindaría con el aprecio: de modo que el buen periodista no estaba del todo muerto, le quedaban aún esos reflejos, aún podía intuir el momento preciso en el que su entrevistado bajaba la guardia, y encajar la pregunta cantada. ¿Por qué, en realidad? Laura titubeó unos segundos, de pronto ya no estaba tan segura. ¿Había valido la pena todo el trabajo empleado en poner esa distancia, si al fin y al cabo había tenido que volver? ¿Había valido la pena el silencio, si a la postre iba a escribir una carta de respuesta imposible de enviar, que tuvo que traer personalmente, y que no se había atrevido a entregarle a Claudia, en el aeropuerto de Santiago, dos días antes? Por toda respuesta ella volteó y alcanzó la puerta de la habitación:

—Veamos el resto de la casa. Imagino que la tendrás habitable.

Mario se incorporó de un salto, alarmado. La siguió por el pasillo, disculpándose de antemano.

—Laurita, tú sabes que yo no soy muy hábil con las casas.

Laura pasó al baño: las baldosas con orlas de humedad, la llave de la ducha goteando, amarrada con una tira de neumático, la cortina desgarrada y moteada por furúnculos de musgo verdoso, los tubos achurrascados de pasta de dientes y de afeitar como raras esculturas duplicadas en el espejo quebrado.

Mirando la tina con patas de león, Laura contempló un espejismo: le pareció que aún flotaba en ella la mujer dormida en el agua fría y sucia, con el cuerpo abrazado por las enredaderas de una planta carnívora. Tuvo que cerrar los ojos para espantar la imagen y

recuperar la serenidad suficiente antes de advertir a Mario:

—Llama a alguien para que arregle el lavatorio. Yo mandaré a la empleada del juzgado para que haga un aseo a fondo.

Y antes de que Mario pudiera impedirlo, Laura abrió la puerta donde colgaba una bata de toalla con el cuello deshilachado y que comunicaba con la habitación principal. Aquí sí que el dueño de casa había redecorado lo que ella dejó atrás. Laura observó el revoltijo de sábanas de un color achocolatado, cuyo tono exacto era mejor no preguntarse. La lámpara de velador sin pantalla, acuñada por una torrecilla de libros, asediada por vasos y botellas. La cama deshecha sobre la que se cernía una mesilla rodante, de hospital, inclinada bajo el peso de una máquina de escribir portátil (¿soñaba con despertar inspirado, alguna vez, el escritor frustrado?). Y sobre la licorera de acrílico las copas con borras antiguas, encostradas en el fondo. No había un cuadro en las paredes y, sin embargo, el conjunto dejaba la impresión de una naturaleza muerta.

Laura se evocó a sí misma en esa habitación, su largo sueño, los cuarenta y cuatro días en los que había yacido en estado de choque (un estado como el del síndrome de bombardeo, le había explicado, después, el doctor Ordóñez, y ambos se habían mirado sin querer preguntarse cuál podía haber sido ese «bombardeo»).

Ahora, muy lejos, Laura oía a Mario, conforme a su costumbre, evadiendo toda responsabilidad:

—Llegaste demasiado temprano —se lamentaba—. No tuve tiempo de ordenar.

Y corrió a recoger ropas del suelo. Acaso, los restos de una nueva «calaverada», que no supo dónde guardar y se los metió al bolsillo del blazer desfondado.

Laura salió a la galería interior, que rodeaba al patio. Se apoyó contra una de las columnas de madera con la base carcomida. Intentó serenarse. Frente a ella tenía los restos secos del jardín y la huerta que una vez ella misma había probado cultivar con especies que no se aclimataron. Y que Mario, por lo visto, dejó morir definitivamente una vez que ella se fue. Mientras pudo, ella había abonado e injertado y puesto cuidadosas etiquetas en las plantas nuevas. Pero algo había

salido mal. Quizá no tenía «mano verde», mano de jardinera, o las plantas no pertenecían a ese lugar, sencillamente. No eran aptas para esta tierra salada, para sobrevivir bajo el sol sin matices del oasis, cuya radiación ampollaba las hojas y hervía la savia fina. O acaso había escogido mal, había escogido especies demasiado frágiles y sensibles y complejas. Frágiles y complejas como el mismo Mario: su tenue compromiso con la realidad, sus dotes para la literatura que no alcanzaban a vocación; en fin, la frágil masculinidad amenazada de la cual ella se había enamorado. ¿O se había enamorado de la fantasía de mujer protectora que él le brindaba? ¿También en esto había querido restablecer el equilibrio, ser justa, hacer a la fragilidad feliz? Laura había insistido en plantar cerca del desierto estas especies del sur, del campo de su infancia, las había cubierto con sombrillas, las había abrigado de la helada nocturna con chales de arpillera. Había intentado preservarlas durante dos años extenuantes, tal como había intentado también cubrirlo a él de la inclemente radiación de su fracaso como periodista. Pero en ambos casos había fallado. El huerto nunca prendió; el escritor se convirtió en este diletante de la voz cascada que mantenía cerca de la cama la máquina sobre la mesita de hospital, por si lo despertaba la inspiración; la hija nació y creció lejos. Ahora estaban delante de los canteros secos y los arriates de ladrillos polvorientos y los maceteros vacíos, como delante de su propio matrimonio. Y al fondo del huerto, la higuera seca donde una noche el cura le había pedido amparar a un prisionero, alzaba sus ramas peladas al cielo, excusándose.

La aldaba que sonó en la puerta de calle los sobrecogió como a un par de conspiradores pillados en el acto de falsificarle una casa familiar a su hija. Ambos se atropellaron hacia la puerta de calle y la abrieron:

—Bienvenida —le dijeron a un tiempo, y su propio, involuntario coro, los remedaba y ridiculizaba.

Alta, insolente, pálida, con el lacio pelo que había sido negro, como el de su madre, teñido de un violento color zanahoria, Claudia los observaba desde una distancia prudente, pestañeando bajo el sol despiadado. Laura sintió que se activaba en ella una cierta vanidad

materna, como lo había hecho en su breve reencuentro del aeropuerto, tres mañanas antes, al comprobar que, a pesar de los teñidos desafiantes de su hija, seguían pareciéndose. Proyectaban la misma clase de atracción, el mismo pudor agresivo y ese tipo de belleza que desconcierta a los hombres: rasgos frágiles, subrayados por un lápiz de punta dura. Aunque, por su lado, la muchacha hiciera todo lo posible por negar el parecido, con sus jeans rotosos, la camisa masculina y a la espalda esa monumental mochila.

—Gusto de verlos —pronunció al fin Claudia, y agregó en voz más baja, irónica, como si esta fuera la sentencia en el juicio visual al que acababa de someterlos—: de verlos juntos.

La ironía se le daba bien, desde pequeña; y en este caso, se dijo Laura, no le faltaban motivos. Ella y Mario debían hacer un extraño cuadro: el padre y la madre que no se habían tratado en veinte años —y que nunca había visto juntos— compitiendo para abrirle de par en par las puertas de una casa que nunca fue su hogar.

—Nos preocupamos, un poquito —le explicó Mario, intentando romper el hielo—. La carretera debe estar llena de peregrinos...

Laura lo quedó mirando con cierta incredulidad: quizás era cierto que se tomaba en serio este rol de padre tardío, extemporáneo, imaginando con preocupación las multitudes copando las carreteras en dirección a Pampa Hundida, los buses cacharrientos, embanderados, con los neumáticos lisos y los parabrisas rotos... Cada año había varios accidentes graves.

Pero aunque ella pudiera llegar a creerse al padre tardío, Claudia no le daba ninguna oportunidad. Levantó los ojos al cielo, al tiempo que zapateaba un poco con la punta de su bota sobre la vereda. Luego indicó a un grupo de cinco muchachos con mochilas, zapatones de expedicionarios y caras de no haber dormido en todo el largo viaje, que aguardaban en la vereda, tras ella. Los presentó:

—Traje algunos amigos. ¿Pueden quedarse? ¿O nos vamos a un albergue?

«Nos vamos»... Laura sonrió ante el carácter de acero que ella misma había forjado. O se quedaban todos o ninguno lo haría, el mensaje era claro.

—Por supuesto, por supuesto, bienvenidos todos, muchachos. Estarán cansados y con este sol... —exclamó Mario por fin, saliendo a la vereda, ofreciéndose para acarrear alguna mochila.

Claudia y su grupo entraron. Ambos se encontraron siguiéndola por el pasillo. Por detrás, Mario le hacía una seña subrepticia a Laura, con la palma paralela al suelo, a la altura de un niño pequeño, como si le dijera: déjamela a mí.

Los muchachos depositaron sus mochilas en la galería interior, frente al huerto seco, y alinearon contra la pared unos largos tubos de cartón. Los trataban con el cuidado que un comando dedicaría a sus armas, a sus lanzamisiles.

—¿Qué traen ahí? —preguntó Laura, por decir algo.

Claudia controló a los demás —una rápida mirada instructiva de la líder a su equipo—. Luego le respondió:

—Material para una fiesta.

Mario, siempre lento para las ironías de las mujeres, objetó, sonriendo a medias (como si le faltara un diente o no dijera la verdad):

—Pero en la ciudad ya hay una fiesta.

Claudia sacó su propio tubo de su mochila y lo añadió a los demás, rebatiendo a Mario, de pasada:

—Nosotros vamos a montar nuestra propia fiesta. Una que este pueblo nunca olvidará.

Hubo un silencio. Laura y Mario se miraron en él. Luego observaron al grupo. Eran dos mujeres más, aparte de Claudia, y tres hombres. Laura comprobó con cierto cansancio, con alguna resignada envidia, lo que ya había notado antes en esta generación: que no se dividían por sexos o en parejas, sino que se comportaban como equipo o, más bien, como una manada, una manada de animales andróginos que olfateaban el mundo con curiosidad desdeñosa, con sorna, con hambre. Y, en efecto, Claudia era su líder indiscutida. El más alto de los hombres, un joven que medía casi dos metros, desgarbado, encorvado por la timidez, la consultaba:

—Podríamos acampar en el huerto. Si corto esas ramas habría sitio suficiente para la carpa.

—¿Carpa? —protestó Mario, horrorizado—. Pueden dormir en el living, sobra espacio. Acá en la noche hace frío...

Obviamente, el hombre que dormía en sabanas de color chocolate no concebía la idea de que alguien acampara en su patio.

—Además, tu madre te arregló la habitación, ¿te gusta? —agregó Mario.

Ella se asomó por la ventana y observó la nueva decoración del cuarto. A su lado, por no faltar a sus costumbres, Mario se disculpaba:

—El baño no está muy ordenado, lo lamento. Pero ya lo conoces de la vez anterior.

—Laura no tuvo tiempo de llegar hasta ahí —comentó la muchacha, sonriéndole con fingida resignación a través de sus greñas anaranjadas.

Laura notó el deliberado uso de su nombre propio que hacía Claudia, en lugar de llamarla «mamá». ¿Sería todo lo que podría esperar de ella en el futuro: la distancia de la edad adulta interponiéndose entre ambas con la falsa familiaridad de un nombre de pila? Le contestó:

—No, no tuve tiempo. He estado muy ocupada ordenando otras cosas.

Claudia se dirigió a su grupo:

—Ustedes dos caben justas en esa cama —decidió, dirigiéndose a las muchachas restantes—. Los tres hombres en el salón, y yo me alojaré en el escritorio.

Mario intentó protestar:

—Claudita, te dije la vez anterior que eso está lleno de ratones...

—No son los únicos, en este pueblo.

Mario abrió los brazos hacia su ex mujer pidiendo auxilio. Laura experimentó el placer incoherente de una mínima, tardía, revancha: los años en que había criado sola a esa muchacha terca casi se justificaban en el placer de observarla hacer su voluntad frente al mundo. Y sin embargo decidió ayudarlo: se llevó una cuchara imaginaria a los labios, recordándole a Mario la merienda servida en el comedor (si continuaban así, terminarían comunicándose por señas, como los tahúres o como un matrimonio viejo, precisamente). Su ex

marido se iluminó:

—Muchachos, tengo buenas noticias —dijo el locutor, en la octava más entusiasta de su afonía, frotándose las largas y fuertes manos con un gesto blando—. ¡Hay comida esperándolos!

Y partió, guiando al grupo de jóvenes predadores que, a la voz de comida, fueron tras él sin titubear.

18

Levanto la cabeza de mi escritorio, Claudia, y noto que te he estado escribiendo en la oscuridad. Sin darme cuenta, el día se ha retirado de los grandes ventanales de mi oficina en la Frei Universität, la noche ha salido de los bosques que nos rodean (ha salido su tribu de sombras, su miedo prehistórico). Y yo estoy en penumbras, sin apenas leer las últimas palabras que te escribí. La mayoría de mis colegas se ha retirado. Desde el fondo de algún patio, viniendo desde un aula lejana, oigo el tamborileo de nudillos sobre los bancos celebrando el fin de un seminario, alguna exposición brillante, algún profesor que ha creído y ha hecho creer que alcanzaba un fragmento de la verdad —como yo algunas veces, ilusamente, lo he creído—. Oigo al centinela que se acerca por el pasillo revisando las oficinas, apagando luces, asegurando las cerraduras. Conozco cada sonido de este edificio: el roncar remoto de la caldera, los chirridos de unos pasos apresurados sobre el linóleo, el familiar cascabeleo de víbora de las luces de neón iniciándose. Es extraño y peligroso cómo podemos encariñarnos con los lugares de trabajo, Claudia. No hay signo más seguro de una soledad.

Al día siguiente de la visita nocturna del padre Penna, cuando me trajo al fugitivo que él no se atrevía a asilar, me fui temprano al tribunal. Aunque no había dormido en toda la noche, me sentía llena de esa energía intoxicante que produce la fatiga. Esa madrugada no habían sonado los estampidos. La hora de la descarga había pasado en silencio, el primer rayo de sol chocó con el paredón líquido del horizonte, y luego el día se derramó sobre el cielo del desierto como los días de antes, pacífico y silencioso, como se vuelca un vaso de sal. Pero el silencio no duró. Poco después de llegar a mi tribunal, una sirena lejana ululó, un quejido lastimero que tal vez emitía la propia tierra reseca, el cuerpo momificado

del desierto, desperezándose e intentando mover sus miembros anquilosados por milenios. La mañana se pobló de dianas, de patrullas que cruzaban veloces frente a las ventanas del juzgado, del zumbar de un helicóptero que sobrevolaba la ciudad, se empinaba para dominarla mejor y luego se lanzaba en picada a la profundidad del desierto, se perdía en él, volvía, una y otra vez, siempre desde un punto cardinal diferente: el lápiz de un matemático demente rayando sobre la hoja en blanco de la pampa un gráfico difícil, una ecuación en cuya incógnita —lanzara a donde lanzara el vector— siempre volvíamos a estar nosotros, la ciudad santuario, el oasis, yo misma.

Pasado el mediodía un transporte militar se detuvo frente a mi tribunal y un destacamento de soldados descendió. Sin moverme del escritorio los vi formarse en la calle, con sus fusiles ametralladora en ristre. El actuario vino a decirme algo, se confundió un poco buscando las palabras: un oficial pedía audiencia (el verbo «pedir», la palabra «audiencia», casi me hicieron reír). Le mandé a decir que esperara. Creerás, Claudia, que la noche anterior había encontrado por fin el valor que venía fallándome desde hacía semanas. Pero no era eso: sencillamente sentí unos deseos incontrolables de ir al baño, corriendo. Cuando volví a la sala de audiencias y me senté detrás de mi escritorio, sobre la tarima, el joven teniente que me había recibido en el campamento («¿no podría volver otro día, magistrada?») y vigilado durante los Consejos de Guerra, estaba parado frente a la baranda, en uniforme de combate. Se aclaró la garganta, disponiéndose a hablar, pero lo interrumpí haciéndole una seña con el dedo, tocándome la cabeza. Lo vi ponerse colorado, voltear a medias hacia la sala vacía temiendo que alguno de su contingente pudiera verlo obedecerme; luego se quitó el casco y lo puso bajo el brazo. «Magistrada, tengo que registrar...». «¿Va a registrarme a mí?». Lo vi tragar saliva, sonreír forzadamente: «Claro que no, esta oficina. Órdenes del comandante de Zona en Estado de Sitio, de mi mayor Cáceres. Estamos cateando toda la ciudad, casa por casa, buscando a un prófugo». Y yo: «Esto es un tribunal. Es un delito ingresar aquí armado, podría hacerlo arrestar solo por eso». El teniente me sonrió sin alegría alguna, pidiéndome confirmación de que bromeaba. «Magistrada, estamos en estado de guerra interior...», me recitó, casi con dulzura. Probablemente había salido de su

instituto solo unos meses antes: me imaginé a su madre cosiéndole las jinetas de teniente, doradas, junto a la cómoda de su pieza de niño con la colección de soldaditos de plomo; y le había tocado esta «guerra interior». Le pregunté: «¿Y si le digo que no?» El teniente tragó saliva, se dio vuelta una vez más, echó una angustiosa ojeada hacia las ventanas donde aparecían como hongos grises los cascos de sus reclutas, formados, luego se inclinó sobre la baranda, para decirme en voz baja: «Magistrada, le prometo que no desordenaremos; una revisadita rápida...», me imploró, y casi agregó: ¿qué le cuesta?

Al terminar el allanamiento, el teniente hizo salir a sus conscriptos y se paró delante de mi estrado, sonriendo, feliz de no haber encontrado nada. Luego recordó algo y se ensombreció de nuevo, inspiró buscando las palabras, por fin se inclinó otra vez sobre la baranda y me dijo en voz baja: «Hay toque de queda, no podrá moverse de acá hasta que no se levante. Tal vez prefiera venirse conmigo, la llevo a su domicilio». Y bajó la cabeza, agregó, mirándose el casco: «También está en mi sector y me toca catearlo...». Revisé mi cartera y le alargué el manojo de llaves. «Lleve a mi actuario a su casa. Yo me quedo. Y lo hago responsable, teniente». Lo vi coger el llavero, cuadrarse, asegurarme antes de salir a escape: «No se preocupe, será solo una revisadita, como acá, y vuelvo a traerle las llaves».

Continué trabajando en el tribunal, toda la tarde. Mantuve sus puertas abiertas de par en par, durante el toque de queda. Tal vez quería dar testimonio de algo, Claudia, no lo recuerdo bien. Quizá pensé que mientras la ciudad era cercada y allanada casa por casa, edificio por edificio, yo podía dar ese mínimo testimonio: mantener el juzgado abierto y funcionando, a la vista de todos, mantener a la jueza en su puesto, la justicia dirimiendo litigios, sancionando el error, asegurando que es posible —y humano, Claudia, sobre todo, humano— separar el mal del bien. Tal vez todavía testimoniaba eso cuando llegó el crepúsculo y prendí la luz de mi escritorio —mi luz encendida en la penumbra del ocaso que llegaba antes a la depresión del oasis— y en las puertas de mi tribunal se materializaron esas siluetas conocidas, vacilantes, casi furtivas. Una mano golpeó suavemente en el cristal de la mampara abierta, una gran cabeza engominada se asomó, solicitándome. Y, antes de que nadie hablara, supe que llegaba la hora para la cual, desde hacía meses, yo misma me citaba.

«Adelante, Mamani», le dije al nuevo alcalde. Boris Mamani entró de costado, estirando la mano hacia la antesala, mostrándome a la decena de personas que lo seguían: «No vengo solo, Laura. ¿Podemos?» Asentí, les ofrecí asiento, los vi arrastrar las sillas de los escritorios y disponerlas frente a la baranda de mi plataforma, con las maneras ensimismadas de quien se sienta en torno al ataúd de un velorio. El alcalde, el doctor Ordóñez, el padre Penna, una de las hermanas Subiabre —la mayor o la menor, nunca pude distinguirlas en sus idénticos lutos de viudas pertinaces —, el panadero Oliva, el notario y conservador Martínez, cuatro más que no recuerdo, concejales, prohombres de la comunidad de Pampa Hundida, ciudadanos de toda la vida. La viuda Subiabre suspiró y extrajo un pañuelito de una de sus mangas.

Me eché hacia atrás en el sillón giratorio, miré a mi audiencia, los conté uno por uno, recuerdo que comenté, casi para mí misma: «¿Cuál pasaje de la Biblia es ese donde un ángel ofrece salvar a una ciudad, si alguien es capaz de encontrar diez justos en ella?» Mamani me observó desconcertado —aunque nunca era fácil desconcertar a Mamani—, luego se dio vuelta hacia el padre Penna, pidiéndole ayuda. Este se había sentado en segunda fila, con los codos sobre las rodillas y el rostro escondido entre las manos. Aun así, era tan alto que sobresalía, que no podía esconderse, y su voz surgió de entre sus manos, grave y artificial, como si hubiera tirado de la clavija «voz humana» en un órgano: «Génesis, 19. Pero la ciudad no se salvó».

La viuda Subiabre volvió a suspirar, esta vez con más fuerza, hipando un poco. Y Mamani me sonrió, me dijo suavemente: «Nosotros sí nos salvaremos, Laura. Usted podrá salvarnos...». Sonaba convencido; pero yo iba creciendo muy rápido, en las últimas semanas, y ya sabía que en eso consiste una voluntad de convencer. Recuerdo haber pensado que quizá sería un buen alcalde, aunque no hubiera sido elegido democráticamente. Tal vez era cierto que lo llevaba en la sangre, que descendía de los curacas indígenas de la zona, los que habían mandado en el oasis desde mucho antes que existiera el estado e incluso el país que ahora creía mandar allí.

Mamani me hizo un resumen de la situación, paseándose frente a mi estrado sin apuro —jamás se apuraba—: el Ejército había allanado la ciudad, prolijamente, barrio por barrio, durante todo el día. Habían

cateado edificio por edificio, echando abajo puertas y sondeando muros, habían empadronado a sus habitantes, buscando al fugitivo que había escapado del campamento la noche anterior. Yo ya sabía, seguramente, que el fugado era uno de los condenados a muerte por el Consejo de Guerra, el que iba a ser ajusticiado esa misma mañana. ¿Me daba cuenta yo, me preguntó Mamani, que esto añadía un problema adicional? «Al escapar el prisionero que iba a ser ejecutado hoy día, el comandante Cáceres no puede continuar con los siguientes fusilamientos. Eso significaría alterar el orden, cambiar sus órdenes, algo que está fuera de cuestión» —y fue solo idea mía, ¿o había cierta sorna en su voz de dama, cuando Mamani me explicó?—: «Se trata de un asunto de lógica militar que, según parece, escapa a la inteligencia civil. Como sea, Laura...».

Como fuera, me relató Mamani, el mayor Cáceres estaba convencido de que el fugitivo se había refugiado en la ciudad, ¿dónde más en ese desierto que no ofrecía ni una duna para ampararse? Tenía motivos para pensar que había llegado hasta las inmediaciones de la Basílica, pero allí se perdía su rastro —Mamani miró en dirección a Penna, a la mecha de cirio en su calva amarillenta, al rostro tapado por las largas manos tras las cuales oraba, o se ocultaba.

Y quizás por eso, continuó el alcalde designado, un par de horas atrás, cuando el mayor ya se convencía de que no había encontrado a su fugitivo, a pesar del minucioso cateo, lo había citado a él, a Mamani y a los miembros del Concejo Municipal, los pocos que pudo reunir con tan corto aviso, para que se reunieran en el templo, en la Capilla de los Milagros, bajo el altar de la Señora. Y allí, Cáceres les había endilgado un ultimátum: era imposible que, en una ciudad tan pequeña, un fugitivo pudiera esconderse sin que uno o varios o muchos vecinos lo supieran. Él conocía estos pueblos chicos, había estado de guarnición en otros, a lo largo del país, que no lo creyeran imbécil, él sabía que ellos sabían, o que al menos sabían quién debía saberlo. Hasta Ella —y Cáceres, me dijo Mamani, había señalado a la imagen en la hornacina— hasta Ella debía saber quién lo sabía. «¡¿Alguien me lo dirá?!», les había rugido el mayor. Y un silencio en el templo, el chisporroteo de las velas o el bisbiseo del cura que oraba en un reclinatorio, era lo único que le había respondido. «Muy bien», me dijo Mamani que había dicho Cáceres, si lo preferían de ese

modo... Y enseguida, delante de ellos —y de los santos de bulto y de los arcángeles de yeso, y bajo los exvotos de los milagros cumplidos y las mandas pagadas—, Cáceres se había encaramado al altar de la capilla y había bajado de su hornacina la imagen —a la Patrona—, acunándola contra su pecho como a una niña pequeña, o como a la muñeca que era. Y la había tomado de rehén. Pero «rehén» no fue la palabra que Mamani usó conmigo, Claudia, ojalá pudiera recordarla, tal vez dijo que la tomó en prenda, o en préstamo, o usó otro eufemismo tan suave, que casi se habría dicho que el mayor había «pedido la mano» de la Patrona. No obstante, lo que Mamani sí repitió textualmente, y se preocupó de recalcarme que era textual, fueron las palabras con las cuales Cáceres los había emplazado, a él como alcalde, a los miembros del Concejo, a la ciudad entera: «ustedes han tomado mi honor, al quitarme ese prisionero, yo tomo algo sin lo cual ustedes no existen».

Y les había dado veinticuatro horas para entregarle al fugitivo, o de lo contrario, al cabo de ese plazo, destruiría la imagen. «Laura, esta es una ciudad santuario, no necesito explicarle...», me dijo Mamani. No, no necesitaba explicarme: las devociones, las cofradías, la Diablada anual, los cientos de miles de peregrinos, los millones de pesos en limosnas y mandas. Como lo había dicho Cáceres: sin la Patrona la ciudad no existía. «Naturalmente» —intervino el panadero Oliva, o Belloni, el enterrador, desde la fila de sillas frente a mi estrado—, naturalmente no le creían del todo, tenía que ser solo una amenaza, la comunidad había sido testigo de que el mayor era un devoto de la Señora, lo primero que había hecho al llegar había sido ir a postrarse delante de Ella, muchos decían haberlo visto hablar a solas, orando, seguramente... Tenía que ser solo una amenaza; pero si no lo era...

De pronto me sentí mortalmente cansada, Claudia, cansada y lúcida como si las casi veinticuatro horas que llevaba sin dormir hubieran servido para despertarme de una vez por todas del sueño en el que había vivido las últimas semanas. Comenté, dirigiéndome a esos «justos», o a nadie: «Habrán reclamado, supongo, a los altos mandos...». Dije «altos mandos» sin intención irónica, Claudia. Más bien, allí en la sala en penumbras de mi tribunal de mínima cuantía, en el oasis perdido en el desierto, con una tristeza infinita.

Y Mamani respondió a mi tristeza con su inescrutable sonrisa mestiza, la previa a su alcaldía, la ancestral, la del curaca: «Hemos reclamado desde antes, Laura. Pero no nos oyen. El comandante de Zona es el supremo poder acá, nos dicen. Hemos pedido, confidencialmente se lo digo, que se suspendan esas ejecuciones. O por lo menos que se hagan discretamente, en algún lugar apartado y todas juntas, no de una en una y al lado nuestro...». El notario y conservador Martínez dio un brinco en su asiento, se adelantó hacia mi escritorio, y agradecí la baranda que me alejaba un poco de su aliento a alcohol: «No nos malinterprete, estamos de acuerdo en que estas operaciones son sanas, Laurita», me aclaró, pudibundo, y volteó pidiendo el asentimiento del grupo, quizás del doctor Ordóñez, para la metáfora quirúrgica que iba a emplear: «pero nadie amputa miembros enfermos en la calle, sin anestesia, y de uno en uno».

Mamani alzó las cejas hacia su pelo engominado, luego hizo retroceder al conservador hasta su asiento, con suavidad y firmeza (en realidad, Claudia, a Mamani le bastaba con acercarse a alguien para hacerlo retroceder, con suavidad y firmeza). Luego se dio vuelta hacia mí y abrió un poco los brazos, cerrando su caso.

«Entonces, quieren que yo intervenga», concluí. Y Mamani me contestó: «usted no, Laura: la justicia. Esto es ilegal». Y yo: «¿ilegal como su nombramiento, Boris?» Pero él no era —ya te lo he descrito, Claudia— un hombre de los que se dejan sorprender. Me miró casi con afecto, casi con pena, como si lamentara verme caer por mi propio peso, en el fondo de su argumento: «Precisamente, Laura. Usted es la única autoridad absolutamente legítima acá, el único poder constitucional sobreviviente, si el Supremo Gobierno no la ha tocado, el mayor tampoco podrá. Usted es la única que puede ir y remediarnos esta injusticia. Vaya usted, Laura, y ampárenos».

Yo miré por la ventana la ultima tinta rojiza que goteaba sobre el ocaso; y después me resigné a observarlos a ellos, a explicarme esa comisión dispar, esos «diez justos» que el alcalde había reunido para mostrarme que era la ciudad, sin diferencias, la que venía a pedirme amparo. Ausculté al doctor Ordóñez, mi amigo, que fingía estudiar algo en su solapa, tal vez un estetoscopio imaginario, el que ponía en esos cuellos donde la sangre ahogaba las palabras; observé los dedos entrelazados del padre Penna,

encadenados como la noche anterior en mi patio; observé a Mamani que esperaba mi decisión, y mientras duraba mi duda se apartaba, como un actor profesional, dejándole el escenario a un último comediante.

A la viuda Subiabre —la mayor o la más joven—, que en ese momento prorrumpió en un sollozo, me imploró o me exigió —es difícil con las buenas conciencias saber cuando imploran o cuando exigen—, llorando: «¡Todo el mundo se da cuenta de cómo la mira el comandante! Usted también. No nos diga que no, no se haga la tonta. Vaya, se lo rogamos, a usted le hará caso...». Y en la mano que aferraba el crucifijo colgante, en sus ojos aguados, en sus labios temblorosos o exigentes, pude leer claramente el resto de su parlamento: cuando a una mujer la miran es porque se deja mirar. Que yo fuera a dejarme mirar para que a ellos les devolvieran su imagen. Que yo me dejara mirar por el poder, por el supremo comandante de la Zona en Estado de Sitio —o de guerra interior —, para que el pueblo recuperara su imagen. De pronto, sospeché mejor a Cáceres y no pude evitar admirarlo: su instinto para la inclemencia, su atroz intuición de la debilidad humana. La imagen no era el icono, no era esa muñequilla con rostro de porcelana y pelo de muerto; la imagen era literalmente eso: un espejo y un reflejo, la imagen de la piedad del pueblo, de su bondad natural, de su inocencia. Al tomarla, él había tomado la imagen de esa inocencia, y mientras no decidiera devolverla, nadie en la ciudad podría mirarse y absolverse.

La noche había caído, Claudia, pero la lamparilla de mi escritorio bastaba para desentrañar la oscuridad que me esperaba. Yo debía dejarme mirar por él, para que ellos pudieran volver a mirarse en su imagen.

19

Mario atrajo hacia el comedor al grupo de jóvenes hambrientos con los que llegó Claudia. Y Laura se quedó a solas con su hija, amparándose del mediodía despiadado en la galería de esa casa donde la muchacha pudo haber nacido si su madre no hubiera huido veinte años antes.

Claudia fue hasta el fondo de la galería, empujó la puerta del viejo escritorio, entró y arrojó su mochila sobre un diván raído, por cuyos desgarros asomaba la crin del relleno. La mochila cayó con el peso de un hombre muerto, levantando una nubecilla de polvo rojizo, de chusca. Laura entró empujada por la luz hirviente del patio, resistida por la penumbra, por la polvareda, por la rebeldía de su hija que no la miraba y que la había llamado, por primera vez, «Laura» en lugar de «mamá».

Las ruinas de las vocaciones que habían soñado con su ex marido yacían en ese cuarto. Este iba a ser el escritorio de ambos: en ese pupitre ella escribiría sus sentencias y tratados jurídicos, mientras él, en la mesa paralela, sus reportajes y la novela «que tenía entera en la cabeza». Sentencias y libros que cambiarían la justicia y la ficción de su país. Al final, de un modo que no sospecharon, su matrimonio había sintetizado esos sueños: se había transformado en fallo y ficción. Mario había clausurado el estudio después de que ella partió, convirtiéndolo en la habitación de los trastos, donde lanzó todas las cosas que su mujer dejó atrás: la ropa que no le cupo en las apresuradas maletas, las fotos, los recuerdos de infancia, y las cajas de cartón que dijo que alguna vez mandaría pedir y nunca reclamó. «Al principio no pude deshacerme de esas cosas que dejaste. Y luego me olvidé», se había evadido el reportero en su cena de bienvenida, dos

días antes, ofreciéndoselas. Y Laura pudo suponer al locutor de la voz gastada echándole llave al antiguo estudio, a la habitación de los sueños, a su pasado, y olvidándose de su contenido durante veinte años, esperando que la distracción, la abulia, el polvo, hicieran su trabajo de entierros por él.

Ahora, Laura comprobaba la increíble cantidad de objetos que un hombre separado podía arrumbar en las habitaciones traseras de su vida, sin atreverse a tirarlos. Un florero de ella que él siempre detestó; los afiches de películas que decoraban el primer departamento que tuvieron, cuando la pobreza y la felicidad parecían venir de la mano, como en un filme; el espejo de cuerpo entero que un día, sin razón aparente, cuando todavía vivían juntos, se rajó de parte a parte, y que nunca reemplazaron. La sutil frontera donde había terminado su amor era como la quebradura en ese espejo: un día cualquiera la habían cruzado sin darse cuenta y, en adelante, ya nunca más les gustaron las imágenes de sus cuerpos que este les devolvía. La chusca del desierto había sido más constante que ellos, acumulándose sobre esa luna hasta borronear la imagen de la mujer que retornaba, impidiendo que se comparara, apiadándose.

Y ahora desde ese espejo quebrado y polvoriento, Claudia le decía:

—Quieres hablarme.

—¿Qué te hace suponerlo? —suspiró Laura.

—Siempre que quieres hablarme, me sigues a mi cuarto y te pones entre la puerta y yo.

—Tenemos mucho pendiente.

—Si quieres empezar por alguna parte, podrías partir respondiéndome la carta que te envié hace tres meses.

La carta de las preguntas. La carta que, seguramente, Claudia había escrito en esa misma habitación, sentada a su antiguo escritorio. Laura evocó el relato evasivo, incompleto, que Mario le había hecho dos noches atrás, en su cena de bienvenida: la muchacha encerrada en esa ratonera durante tres días, leyendo y fumando, escarbando entre los libros, entre los trastos viejos de la familia que no tuvo, pensando. Saliendo al cabo del tercer día con esa carta. Enviándosela y provocando en ella, desde que vio el matasellos violáceo de Pampa

Hundida junto a la letra de su hija, esa larga inmersión en su pasado obscurecido, esa extensa respuesta que estuvo anotando y corrigiendo hasta la posdata que escribió en el propio vuelo que la traía de Berlín, tres días antes. La posdata en la cual había intuido que la necesidad que la traía era la misma que le impediría entregarle esa carta. Y por eso se había abstenido de hacerlo en el aeropuerto. Y, en cambio, confirmando los peores temores de Claudia, había acudido al mesón de vuelos nacionales y había comprado pasaje para conectar de inmediato al norte, dejando atrás, pálida y airada, la ansiedad y las preguntas de la muchacha. «¿Dónde estuviste tú, mamá, cuando todas estas cosas horribles ocurrían en tu ciudad?»

—A eso vine, a contestarte tu carta, en persona.

—Hazlo entonces.

—Hace tiempo aprendí que hay preguntas que no se responden de palabra, ni por escrito, solamente.

Preguntas que ni el verbo ni la escritura bastan para responder. Preguntas que exigen ir al sitio de la memoria, revisitar el pasado, indicar con el dedo lo que ninguna palabra sería capaz de expresar. A eso había venido.

Un silencio se instaló entre ambas, materializado en el fantasma de polvo que flotaba en la luz que entraba por la puerta. Moviéndose dentro de él, Laura fue hasta el estante que ocupaba toda la pared junto a su pupitre; era su vieja biblioteca, la que había dejado atrás y nunca reclamó. Alguien —quizás Mario, el escritor frustrado— había mantenido los libros ordenados y limpios a lo largo de todos estos años y acaso hasta los había leído. De pronto, Laura observó sobre el escritorio la tapa azulina y ajada de su viejo ejemplar de *El origen de la tragedia*. Lo había estudiado para uno de sus primeros cursos en la Escuela de Derecho, hacía ya un cuarto de siglo. Laura tomó el libro, volvió las páginas, se detuvo en un pasaje subrayado por ella misma con una tinta verde desvanecida. El olor del papel impreso le devolvió de pronto un trozo completo de su pasado, conservado en toda su pureza, incorrupto, más duradero que la tinta desteñida con la cual había enfatizado esas ideas exaltadas.

Luego había venido su hija y había encontrado esta biblioteca. Se

pudo imaginar a Claudia explorando los anaqueles, extrayendo un volumen, estudiando sus remotas anotaciones, casi pudo compartir su asombro, su incapacidad de convencerse de que esos libros, algunos escasos, algunos valiosos, hubieran sido abandonados allí por su madre. Se la pudo imaginar volviendo las frágiles páginas amarillas, descifrando las desvaídas glosas al margen, agregando sus propias notas y subrayados, como un forense determinando la identidad de unos huesos. Y el cadáver había resultado ser el de una joven que su madre asesinó.

«Desde ahora, en cada alegría exuberante se oirá un trasfondo de terror». Laura leyó lo que había subrayado casi un cuarto de siglo atrás; y tuvo que volver sobre el párrafo entero: «la peculiar mezcla de emociones en el corazón del festejante dionisiaco —su ambigüedad— parece remontarse (como la droga medicinal se remonta al veneno mortal) a los días cuando infligir dolor se experimentaba como alegría, al tiempo que una sensación de supremo triunfo arrancaba gritos de angustia del corazón. Desde ahora, en cada alegría exuberante se oirá un trasfondo de terror».

Laura cerró el volumen, lo devolvió al escritorio, le preguntó a Claudia, para sacarse de ese vértigo:

—¿Leíste este libro?

—Me lo encontré acá, por casualidad. Aunque ya lo había comprado —le respondió ella, sin darse vuelta, ocupada en desarmar su mochila, en tender sobre el diván destripado su saco de dormir; en negarle toda influencia—. Teníamos que leerlo para el curso sobre Justicia y Tragedia, que da Velasco.

Don Benigno Velasco todavía daba ese curso. Era típico de la energía inagotable de su viejo maestro, honrar sus lecciones: la política no es otra cosa que una forma ampliada de la pedagogía, solía decirles, sobándose las caderas deformadas por una displasia mal tratada. Luego del receso que le impuso la dictadura, había vuelto a sus dos pasiones. Lo habían nombrado ministro de Justicia, pero había aceptado a condición de no dejar la cátedra. Coronaba su carrera en la cúspide del poder, pero sin dejar su curso de introducción favorito, extraordinario, donde todo comenzaba. El curso con el que «calaba» a

cada nueva generación, con el cual apartaba del rebaño, desde la entrada, a las mentes ramplonas que servirían para aplicar la ley, de aquellas pocas que tendrían el privilegio de crearla.

—Justicia y Tragedia. Yo también tomé ese curso. Hace veinticinco años.

—Otro secreto tuyo. Si me lo hubieras contado alguna vez...

—Posiblemente no lo habrías tomado. Por marcar diferencias conmigo.

—Posiblemente —coincidió Claudia y se dio vuelta hacia ella—. ¿A dónde quieres llegar, Laura?

Laura supo, de pronto, a dónde quería, o debía, llegar; quería o debía llegar hasta el punto donde se habían separado, hasta el momento en el cual había dejado de llamarla «mamá». Pero para eso era necesario todavía ir más lejos, hacer nacer en Claudia, como una partera, el amor que se había achicado y reducido hasta caber en ese embrión de resentimiento y decepción.

—¿Velasco sigue dividiendo a sus alumnos entre apolíneos y dionisiacos? —le preguntó a Claudia

—Sí.

—¿Y tú dónde te sentaste?

—Con los dionisiacos, como casi toda la clase, al principio. Supongo que tú no.

Laura sonrió, reconociéndolo y asintiendo. Aceptando que conocían demasiado bien sus diferencias: ella se había sentado con el minúsculo bando de los apolíneos desde un comienzo. Y se imaginó, ahora, al profesor emérito recuperando su cátedra —«como decíamos ayer...»— y proponiendo su antigua alternativa de memoria, cada año, a cada nueva generación de alumnos. Les explicaba someramente lo que representaban Dionisio y Apolo y luego los invitaba a elegir bando y sentarse en diferentes sectores del aula (la mayoría se sentaba con los dionisiacos, con el partido de la fiesta y el entusiasmo, cada año). Y así, con el curso dividido en principio de ese modo, Velasco iniciaba sus clases. El primer semestre defendía el reino de Dionisio: los derechos de la tragedia, el caos irreparable del mundo, el absurdo festivo del universo que la justicia solo podía aspirar a mantener a

raya con su espada. Enseñaba que la justicia no podía aspirar a cambiar a Dionisio, sino a limitarlo. El segundo semestre demostraba el error antiguo de ese paganismo y defendía los derechos de Apolo: la belleza de lo inteligible, el orden natural del universo del cual la justicia era el reflejo, la traducción encargada a los juristas, los sumos sacerdotes de la armonía. En los primeros meses empujaba a los alumnos a entender el universo como un caos original; en los siguientes los alentaba a concebirlo como un orden inteligible. El mundo como abismo o como templo, como pozo o como torre, como impulso o como motivo. La legalidad como coerción o como comprensión. La Justicia cortando con su espada los nudos gordianos del absurdo, sin jamás resolverlo; o pesando en su balanza verdades preexistentes.

—Y supongo que luego los obligó a defender lo contrario de lo que ustedes sentían al comienzo, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas —reconoció Claudia dando una pitada a su cigarrillo, bajando la cabeza, escondiendo acaso, entre las crenchas teñidas de anaranjado, cierta pesadumbre, como si empezara a intuir muy de lejos la pesadumbre adonde la iba conduciendo su madre.

Porque en algún momento, recordaba Laura, sorpresivamente, Velasco les exigía a los alumnos defender con igual calor, con idéntico énfasis, con la misma pasión helada, dionisíaca y apolínea a un tiempo, ambas hipótesis. Los alumnos, sin importar el bando donde se sentaran, debían hacer el trabajo del sofista: debían exponer lo que creían y enseguida lo contrario de lo que creían, con la misma agilidad lógica y sutileza arrebatadora con la que su profesor hacía dar volteretas a los conceptos, viraba las verdades, exponía el anverso y luego mostraba que en realidad era el reverso de la misma idea. Y luego, todavía, que no había allí idea alguna, nada, excepto el éxtasis de su lógica: esos deditos moviéndose en el aire suspenso del aula, amasando y redondeando sus cerebros, imprimiendo sus huellas en la cera todavía dúctil de sus mentes; esos deditos largos y pálidos, suaves como de alfarero, o filudos como de tallador de diamantes (en realidad, era imposible decir cuánto moldeaba y cuánto cortaba). Y ellos, los alumnos, debían hacer lo mismo, y hasta empezaban a

gesticular de un modo semejante.

—¿Y sigue haciendo, al final del curso, la misma pregunta?

Claudia asintió solo con la cabeza. Sí, seguía haciéndola. De pronto, hacia el final del curso, con una sonrisa de esfinge instalada en la cara de muñeco, les preguntaba a los alumnos que había desasnado durante todo ese año: «Entonces, les ofrezco la palabra, muchachos, necesito alguien en esta sala que me pueda resolver, con todo lo que les he enseñado, este enigma: ¿Quién era Dionisio hace un año y quién es ahora Apolo?»

El hombrecito baldado, torcido, preguntando desde su cátedra quién había sido Dionisio y ahora era Apolo. Y todo el curso mirándose entre ellos, perplejos, demudados, silenciosos. Hasta que el profesor Velasco soltaba su carcajada, esa risa franca que era lo único robusto en el cuerpo contrahecho, y los señalaba con su mano blanca, como de loza: «¡Ustedes, muchachos, ustedes son ahora Apolo; bellos, mientras les dure! Eran Dionisio cuando entraron a este curso, no importa dónde creyeron sentarse. Eran instintivos como animales, eran un grupo dionisíaco, una manada trágica olfateando en busca de fiestas, guiados solo por su entusiasmo. Y ahora son Apolo. Porque han pensado —sin darse cuenta cayeron en la trampa de pensar—. La manada se ha desbandado y ya son irremediablemente individuos. De ahora en adelante deberán dejar sus antorchas, guiarse solo por la pálida linterna de la razón. Acá ha terminado Dionisio para ustedes. Bienvenidos a la edad adulta. Aquí mismo comienza la vejez, mis queridos Apolos». Y así se despedía, en medio de la perplejidad y los aplausos de su curso; la perplejidad y los aplausos que envolvían una admiración nueva, rayana en el terror.

«Desde ahora, en cada alegría exuberante se oirá un trasfondo de terror». Laura recordaba esa frase porque la había evocado ya entonces, al final de ese curso, al notar la expresión de goce extático de su maestro: la boquita entreabierta en una mueca de placer, dejando asomar entre los dientecillos hundidos por la pipa y amarillentos de nicotina ese placer voraz de haberles enseñado que saber era sufrir. Sufrir, en primer lugar, la pérdida de la inocencia, la incontenible erosión de la juventud, la cancelación del misterio. El

maestro gozando mientras abreviaba la distancia con ellos, atrayéndolos hacia la muerte del entusiasmo, haciéndolos envejecer. Pero también recordaba ese párrafo porque se recordaba con espanto a sí misma, fascinada por esa intuición, por la oscura anticipación de una experiencia que no tenía todavía, pero que tendría... El entusiasmo del conocimiento, la excitación intelectual de su mente joven y arrogante, la había llevado a bailar al filo de esas ideas peligrosas como precipicios, con una suerte de alegría salvaje en la que latía una gota de vértigo o terror... Al final del curso de Velasco había tenido ese mínimo atisbo del abismo, y el abismo la había saludado como si la esperara desde toda la vida.

Unos aplausos lentos, irónicos, sacaron a Laura de ese recuerdo:

—Está bien, el curso sigue casi idéntico a como lo recuerdas. Por algo fuiste la mejor alumna. Pero hay un detalle nuevo —le soltó Claudia, junto con el humo de su cigarrillo, sentándose en el diván, acercando peligrosamente la brasa al relleno destripado—. Ahora Velasco nos dice que la experiencia le ha enseñado que Apolo debe transar con Dionisio, que solo podemos aspirar a una «justicia de lo posible». Incluso menos, pues lo posible puede ser demasiado. Dice que la pasión por la justicia social condujo al terror social. Y que por lo tanto, si queremos mantener a raya el terror, de ahora en adelante, es necesario pedir menos justicia. Dice que a nuestra generación no le toca ni siquiera cuestionar esta idea, ni siquiera podemos escoger entre Dionisio o Apolo, porque somos simplemente los herederos de un pacto entre ellos y no nos cabe más que acatarlo.

Claudia arrancó un par de manojos de la crin pálida que asomaba del respaldar, como si estuviera arrancando de ella misma esas ideas de una «justicia posible», de un «pacto heredado». Laura sintió deseos de sentarse a su lado, de pasarle un brazo sobre los hombros y acogerla y ayudarla con su rabia, ofrecerle desmechar entre ambas, a tirones, el relleno podrido de ese diván, la estopa vieja con la que estaban rellenando su mente joven. Pero no fue capaz de cruzar la distancia que las separaba. ¿Cuánto hacía que no se abrazaban de ese modo? ¿En qué momento el silencio había desequilibrado la balanza entre ambas? ¿Fue cuando no respondió, o respondió con evasivas, sus

primeras preguntas adolescentes acerca del motivo por el cual ella misma había dejado de hacer justicia una vez? ¿Fue cuando postergó por décima vez hablarle de su origen, de la ciudad y la profesión de jueza que había dejado atrás, de la razón por la que nunca había vuelto? ¿Fue, definitivamente, cuando la dejó atrás en el aeropuerto, tres días antes?

Y todo el resentimiento, que la pesadumbre de recordar sus estudios había suspendido por unos minutos, afloraba de nuevo en su hija cuando la vio enderezarse en el diván y enfrentarla:

—¿No te parece que ya hemos dado suficientes rodeos, Laura? Y aún no veo a dónde me lleva tu método socrático de educarme.

—Te lleva a una respuesta que no destruya la pregunta, y al que la hace, como ocurre en el curso de Velasco.

Y abriendo su cartera, Laura extrajo el pesado sobre color manila que contenía su respuesta, y se lo mostró. Claudia lo observó sin decir nada; o diciéndolo, acaso, con una palidez nueva que los cabellos anaranjados acentuaban.

—Dame todavía un día más —le pidió Laura—. Te entregaré esto mañana. Si de aquí a la madrugada de mañana yo no encuentro una forma mejor de responderte, tú puedes leer esta carta.

Claudia golpeó el suelo con la punta de su bota de expedicionaria, subrayando su impaciencia.

—Sigues con tus misterios, Laura —protestó la muchacha, insistiendo en usar el nombre de pila. Y agregó con toda la ironía de la que era capaz—. ¿No podrías al menos darme un adelanto, una pista?

Laura la quedó mirando, sintiendo el amor que la unía a su hija en un punto específico del vientre, allí donde la había tenido. Sabía que ella no quería, realmente, una pista, sino una certeza. ¿Qué podría decirle? ¿Que los seres humanos no son hijos de sus certezas, sino de sus contradicciones? Sintió deseos de contestarle de una vez, arrojarse al abismo con ella e intentar salvarlo juntas. Pero aún no era tiempo. Si ahora contestaba directamente sus preguntas, ambas correrían el riesgo de que el abismo que esas respuestas abrirían se instalara para siempre entre ellas. Así que solo pudo decirle:

—Acepta mi trato. Si de aquí a la madrugada yo no te he contestado

de otro modo, tú puedes leer esta carta.

—¿Por qué no me das esa respuesta ahora? —protestó Claudia.

—Porque espero convencerte de que no la leas. Y porque hay cosas más urgentes.

La muchacha meneó la cabeza, negativamente, como si lamentara por un instante todo lo que sabía de su madre:

—Laura, contigo siempre hay cosas más urgentes que lo importante.

—Tu amigo, el abogado Martínez, ha desaparecido...

Claudia levantó la cabeza. Por fin la miraba sin rebeldía, con su enorme impaciencia puesta, por un instante, en suspenso, mientras balbuceaba:

—¿Cómo? ¿Cuándo?

Pero antes de que Laura pudiera explicarle, una silueta de uniforme se materializó en la lámina hirviente de luz que enmarcaba el umbral. Como si hubiera estado esperando en el pasillo, juntando valor para interrumpirlas, el teniente Acuña se sacaba la gorra pidiendo permiso para entrar a la habitación. Al ver a Claudia se turbó visiblemente, estuvo a punto de cuadrarse:

—Me dijeron que podía encontrarla acá, magistrada. Pero si interrumpo...

—Mi hija, teniente. Supongo que ya la conocía.

—La vi de lejos, varias veces, pero...

No hacía falta que completara sus palabras. La timidez, el rubor en la mitad alba de la frente, la modestia policial apartando la vista del busto pronunciado de Claudia que había preferido mirar «de lejos», hablaban por él. Laura experimentó un orgullo intempestivo, en el que asomaban puntas de envidia y de piedad, a partes iguales: envidia hacia la belleza natural, sin esfuerzos, de la juventud; piedad hacia las atolondradas emociones masculinas que despertaba su hija. Suspiró y decidió aliviarlo:

—Me venía a informar, entonces...

—Sí. Es decir, no, negativo, magistrada. Ni rastro del abogado Martínez.

Claudia se puso de pie:

—¿Qué pasó? Explíquenme

—Anoche entraron a robar al juzgado —le sintetizó Laura—. Martínez persiguió a los ladrones y desapareció.

Claudia balbuceó:

—Pero ¿por qué? ¿Qué se robaron?

Laura no hizo el esfuerzo de explicarle. No era necesario, conocía demasiado la velocidad de su hija. Y en efecto, antes de que pudiera formular nada, ella se contestó sola, mirándola a los ojos:

—El expediente de la querella, con la prueba de la profanación, ¿verdad?

Laura asintió, suspirando, intentando que no se le notara demasiado el escepticismo acerca de esa «profanación». Había tal énfasis, tal esperanza en la manera en que Claudia pronunciaba esa palabra que, en realidad, no habría hecho falta preguntarle en qué bando de la clase de Velasco se había sentado.

El teniente redirigía el informe hacia la muchacha, mirando al frente, evitando meticulosamente bajar la vista sobre su escote:

—Buscamos al abogado en su casa, en su oficina, empadronamos sus lugares habituales. Nadie lo ha visto. Hicimos una operación peineta, señorita, aunque con toda esta gente de visita nuestro contingente no da abasto, usted me entiende...

Claudia tiró la colilla de su cigarrillo al piso, la aplastó con fuerza. Luego salió con el mismo paso a la galería. Llamaba a gritos a su grupo, la líder convocando a su manada. Tras un breve conciliábulo en la galería, Claudia se dirigió al teniente:

—Nosotros ayudaremos, si su contingente no le alcanza. ¿Tiene una fotografía?

—Pero es que acá todo el mundo lo conoce, señorita.

—No me diga «señorita». Y los peregrinos no lo conocen.

Claudia volvió al escritorio, rebuscó en los bolsillos de la mochila y retornó con una foto en donde aparecían Tomás y ella, en la Plaza de la Matriz. Había sido tomada tres o cuatro meses antes, y ambos se veían radiantes bajo el sol de sus esperanzas.

—Haremos fotocopias de esta y saldremos a preguntar.

Y se dio vuelta hacia Laura, la indicó con el dedo:

—Está bien, Laura —seguía llamándola por el nombre—. Acepto tu

trato. Pero ni sueñes que te esperaré sin hacer nada hasta la medianoche.

Unos segundos después, Claudia y sus amigos habían salido de la casa. Mario y Laura estuvieron mirándolos perderse entre la multitud de festejantes, desde el umbral de la casa que no había sido su hogar. Más atrás, como una suerte de yerno repentino, sumiso y leal, los acompañaba el teniente de Carabineros.

—¿Qué fue todo eso? —le preguntó Mario, todavía aturdido, aflojándose el nudo de la corbata a rayas amarillas.

—¿Eso? —le preguntó Laura, levantando las cejas—. Eso es tener una hija, Mario.

20

El mayor Cáceres estaba en la puerta de su casa, en el vértice más aislado y oscuro del polígono del campamento, esperándome. Lo veo, Claudia, desde mi oficina en Berlín, hacia la cual avanzan los bosques desde Grünewald. Veo al hombre recortado contra la luz de esa puerta, frente a la cual me dejó la patrulla que me llevó de mi juzgado hasta él. Y sé que si viviera edades, eras, eones, lo seguiría viendo allí: aguardándome en la puerta de la casa que se había inventado en esas ruinas, silueteado, recortado contra la luz del umbral (como si llevara una aureola de llamas).

«Bienvenida a mi "hogar", me dijo —y en algún otro momento de la noche, él mismo o yo, recordamos, o supimos, que la palabra hogar significa también " hoguera"».

Cáceres se apartó para dejarme pasar, y yo, en vez de hacerlo, involuntariamente volteé a observar el jeep que recruzaba el patio en dirección a las alambradas, a las casetas de guardia, a las luces lejanísimas e irreales de Pampa Hundida, entre los árboles, al fondo de la noche. Recuerdo que, por un momento, Claudia, sentí la tentación vertiginosa de correr tras la patrulla, de rogarle al chofer que me llevara otra vez a la ciudad, decirle que me había arrepentido, que había sido un error la llamada que había hecho, frente a Mamani y a sus «diez justos», cuando les dije que vendría a ampararlos y recuperar su imagen y telefoneé al campamento pidiendo que me recibieran. Pero ya era tarde, los rojos faros traseros de la patrulla se disolvían en la oscuridad, y el viento nocturno soplaba y celebraba en los agujeros de la torre de vigilancia —la chimenea industrial que Cáceres había convertido en atalaya y que gemía y silbaba como una gigantesca flauta.

Entré a la casa del Mayor acatando el brazo extendido que continuaba

invitándome desde el umbral, entreviendo al pasar los ojos de perro siberiano que me seguían —esos ojos que enfriaban lo que miraban, o que habían sido enfriados por lo que no habían visto todavía, pero verían—, el aroma de una colonia a lavanda, su extraño tic nervioso: el dedo insertándose entre la nuez y el alzacuellos de la guerrera, buscando alivio, espacio para sacar de adentro al otro que no él, sino su disciplina, domeñaban.

De un modo áspero o espartano, las habitaciones de Cáceres eran confortables, lujosas, incluso. Para el que olvidara o no supiera que estábamos en unas ruinas, que más allá de estos cuartos reparados y pintados se multiplicaban las estancias huecas que solo las estrellas techaban, los muros viudos, los vanos del pueblo fantasma —donde apenas tres meses antes, los perros y los vagabundos orinaban—. Noté una alfombra persa sobre los pisos de pino de Oregón raspados, fotos ampliadas en las paredes de ladrillos (un equitador saltando una barrera; Cáceres sosteniendo un trofeo, tan feliz que una se preguntaba si era él), un catre de campaña en la penumbra del fondo, una salamandra encendida, una mesita ratona, entre dos sillones, decorada con esos cursis suvenires militares: un galvano con el relieve de un caballito, un corvo plateado con la hoja grabada para recordar algún lejano curso de comandos. Sobre el amplio escritorio una lámpara de opalina bajo cuyo cono de luz se desplegaba un gran mapa de Pampa Hundida, intrincadamente rayado, remedando el Estado Mayor de una guerra subalterna. Y pisando una de las puntas del mapa, la imagen de la Patrona me miraba, llorosa y sonriente, ensimismada en su paradoja: esas lágrimas de vidrio rodando por las mejillas rosadas, discrepando con los labios entreabiertos, mórbidos, extáticos, que descubrían los agudos dientecillos ratoniles, de porcelana.

Cáceres cerró la puerta tras de mí. Sentí el calor acumulado durante el día en las nuevas planchas de zinc bajando del techo sin cielorraso, envolviéndonos, como un pensamiento vicioso. Después fue a pararse junto a su escritorio, me quedó observando, tomó aire, mostrando mejor los puntos donde el uniforme le iba estrecho: en el cuello, en los hombros, en el tórax angustiado por los botones de sus medallas. Se habría dicho que lo intimidaba, o que mi llegada acentuaba una tristeza, una nostalgia, como

si yo viniera de un país donde una vez había sido feliz, o mejor dicho, en el que pudo haber sido feliz, pero al que nunca había llegado... Y finalmente me dijo, comprobándome: «Te esperábamos, jueza».

El plural no me asombró, Claudia. Lo intuí natural, ajustado a una espera que no solo había consumido su vida sino otras previas, todo un linaje, el del cuadro que colgaba tras el escritorio, apenas iluminado: un retrato al óleo, de cuerpo entero, de un militar antiguo en gran uniforme, con capa y guantes blancos empuñados. Cáceres se dejó comparar y luego me explicó, con una suerte de resentida admiración: «mi bisabuelo, el teniente coronel Latorre».

Y sí, a través de cuatro generaciones, las mismas pupilas claras y tristes, de perro esquimal, miraban muy por encima de su descendiente (de allí, quizás, la resentida admiración), hacia un punto remoto más allá de los campos de batalla, más allá de toda victoria, muy por encima de esa noche en la que su bisnieto me explicaba: «Los Latorres y los Cáceres hemos montado en la caballería de la República desde la Independencia. Y antes lo hicimos en los ejércitos de la colonia. Hemos matado y muerto en todas nuestras guerras, se podría decir».

De pronto, Claudia, creí entender algo de esa rara ausencia de Cáceres, ese vacío que lo representaba, como si él fuera solo el acompañante de sí mismo, de alguien mucho más antiguo que su edad, de alguien que, en realidad, había esperado morir en alguna guerra, al igual que sus mayores. Y vivía con la tristeza de que su hora lo hubiera desdeñado. Intuí al mayor de caballería, cuarentón, que había recibido galvanos con la figura de un caballito en lugar de medallas al heroísmo, el heredero de esa dinastía militar al cual solo le habían correspondido los juegos de guerra, las maniobras contra enemigos imaginarios, las batallas de mentira. Sospeché un oficial estricto hasta la mediocridad, ya demasiado viejo para su grado, al cual finalmente le había tocado en suerte solo una guerra sucia y en ella la humillante destinación de carcelero, de guardián al que se le había escapado un prisionero.

Le pregunté: «¿Qué diría su bisabuelo, el teniente coronel, si supiera que su retrato cuelga ahora en una cárcel?».

El Mayor dio un respingo, bajó la mirada, examinó el mapa de la ciudad donde no podía encontrar al fugitivo. Lo vi como la primera vez, en la

Basílica: alto, nervudo, rapado, de sienes y mejillas hundidas, magras, bajo las cuales sus mandíbulas se apretaban (como si se estuviera mordiendo el corazón, Claudia, no hay otra manera de describirlo). Y en ese momento nos interrumpió el teléfono, un aparato verde, de campaña. Cáceres miró la hora. Automáticamente, hice lo mismo. Eran las doce en punto de la noche. Faltaban seis horas para que amaneciera. Para que el sol despuntara sobre las crestas de las montañas azules. Para que sus lanzas alcanzaran las cimas de la otra cordillera paralela a la costa, y luego paulatinamente fueran bajando sobre el desierto, encendiendo el salar del mar ausente que yacía entre ambas, aumentando de intensidad y calor hasta convertirse en esa lluvia de fuego que caería del sol blanco durante el resto de la jornada encima de las pampas desoladas. Finalmente, el Mayor contestó: «Cáceres», le ladró al auricular. La voz al otro lado de la línea me llegaba a retazos, la jerga de los juegos de guerra: «perímetro..., posiciones tomadas..., negativo, mi mayor». Cáceres se inclinaba sobre el mapa desplegado en su escritorio. El plano de la ciudad dividido en cuarteles. La mayoría habían sido ya tarjados con un lápiz rojo. Mientras oía el informe, el mayor tomó ese lápiz y apoyándolo con una larga regla de madera, fileteada de acero, fue tarjando meticulosamente los últimos cuarteles en blanco.

Por último, colgó sin despedirse y se sentó en su sillón. Meditó durante un minuto. Apretaba las manos sobre la regla hasta mostrar el blanco de los nudillos. Me dijo, o quizás a la figurilla de la Patrona que tenía sobre el escritorio: «Creen que pueden escondérmelo». Y yo sin entender del todo, o no queriendo entender: «¿De quienes habla?» Y él: «De ustedes, los civiles».

(Después, Claudia, iba a oírlo hablar más de los civiles, en el sentido condolido que le daba él: los civilizados, los que declinan de la fuerza y llaman al soldado para que haga lo que ellos no se atreven. Yo misma, la jueza, era la peor de esos civiles, porque yo dictaba mis sentencias pero no asistía a las penas, no entraba a la celda, no acompañaba al verdugo. Por eso me había permitido asistir a los Consejos de Guerra, me dijo alguna vez, para que bajara de mi estrado y me enfrentara a una justicia que no invocaba la espada, sino que era *la espada. Si pudiera habría hecho asistir a la ciudad completa, me dijo. Y es más: los habría obligado a disparar ellos mismos sobre los condenados, a ejecutarlos con sus propias manos..).*

«Civiles», repitió, mirando a la imagen, incluyéndola y reclamándola de entre los civiles: «Ustedes y sus leyes, su buena conciencia, su paz...». Se volvió a hacia mí, me quedó observando: «Y su belleza. ¿Sabes lo que te digo, jueza? Bendigan esta guerra. Porque esta guerra los hará hombres y mujeres de verdad. Conocerán lo que duele mandar y obedecer, la disciplina que se requiere para galopar a solas en la oscuridad». (Después, en una de esas noches que iban a suceder a esta como una sola noche, Cáceres me contó que cada atardecer montaba en su caballo —la bestia enfurecida que coceaba y bufaba en aquel remolque— y salía solo por la pampa, y picaba las espuelas cargando contra ese paredón de aire líquido que se formaba en el horizonte del desierto, esa fatamorgana, hasta que anochecía y él volvía galopando en la oscuridad, orientándose por las estrellas, a galope tendido en la oscuridad).

Cáceres bajó la cabeza, examinó otra vez el mapa tarjado de la ciudad, empuñó la mano como si fuera a darle un puñetazo, y luego, conteniéndose, la bajó con suavidad e hizo caminar dos dedos sobre el plano, recorriendo el laberinto, los callejones ciegos, la vejadora tenacidad en la que vivía. «¿Sabes cómo se oía la voz del General de División que me llamó esta tarde?», le preguntó a alguien, quizás no a mí, ni a la imagen. Y se contestó: «Se oía como un trueno en un desfiladero».

Entonces, por fin, volvió a mirarme, a consentirme en su nostalgia: «Te mandaron a buscar a la Patrona, Laura», me dijo. Y yo: «Sí». Y él: «Pero tú viniste por el fugitivo, ¿verdad?». Yo asentí apenas, con la cabeza, sin asombrarme, empezando a sentir lo que su melancolía había presentido desde mucho antes, aquello de lo que era inútil esconderse, como intentar esconderse del sol furioso en ese desierto (galopando hacia la oscuridad). Él continuó: «¿Me dirás donde está?». Y yo: «No. Vine a decirle todo lo contrario: que deje de buscarlo, que no acose a la ciudad, que le he concedido un recurso de amparo al prisionero. Y mientras tanto lo he puesto bajo mi protección, donde usted no podrá encontrarlo. Infórmele a sus superiores que voy a declarar oficialmente una contienda de competencia entre su justicia y la mía. Y que la llevaré hasta la Corte Suprema, si es necesario...».

Cáceres alargó una mano, tratando de hacerme callar. Pero no me ordenaba callarme, Claudia. Más bien parecía que oírme lo asustara o

hasta lo hiriera. Lo vi mirar en dirección a la ventana enrejada de su casa, con cierta encerrada desesperación —como si algo adentro de él pateara y bufara—, vi su manzana de adán bajando, tragando saliva, a tirones, y los iris grises que se humedecían un poco, que se abrillantaban un instante. Avancé el orgullo infantil de un triunfo cuando la voz le tembló al repetir mis palabras (¿o fue imaginación mía, Claudia, o era una exaltada ironía?): «La Corte Suprema». Y en sus labios la palabra «corte» me evoca ahora otras cosas: un cortejo, un desfile de suplicantes coronados de vides, contorsionándose, una corte de bacanal y los desaforados ministros de su culto danzando y devorando carne cruda.

Luego Cáceres se puso de pie —se habría dicho que más que pararse, emergía—, rodeó el escritorio, se plantó frente a mi silla, me observó detenidamente, me dijo: «Desde que estudié el informe de inteligencia sobre este pueblo de mierda, Laura, cuando me preparaba a venir, y leí que tenían a la jueza más joven, la mejor alumna, «la esperanza de la justicia de Chile», y vi tu foto, desde entonces supe que tú serías mi prueba y mi tentación en este desierto». Mientras me hablaba, casi involuntariamente, el Mayor pasaba la mano sobre la imagen, le acomodaba la diadema, acariciaba su pelo de muerto —como un padre con una niña pequeña; jamás he visto tanta tristeza, Claudia. «Dime dónde está mi prisionero, jueza», volvió a pedirme. Y yo: «No». Y él, transformando la caricia, empuñando el largo cabello de la imagen, retorciéndolo un poco: «Me lo dirás». Y yo intuyéndolo, sabiéndolo ya, una con mi inocencia y su pérdida: «Si me toca, gritaré». Y él, sonriendo sin dicha, retorciendo todavía el pelo de la muñeca, sufriendo casi: «tantos han gritado aquí».

(... ¿Cuántas veces he gritado aquí, Claudia? ¿Cuántas veces he empezado esta página de esta carta, y la mano se ha negado a escribir, y la página ha quedado en blanco, desierta, el salar donde el sol calcina los huesos de mi memoria? ¿Cuántas veces he arrugado y destrozado este papel, luego de tarjarlo con jeroglíficos intraducibles, como los que el Mayor hizo dibujar en la superficie de la pampa rasa a sus prisioneros; jeroglíficos o palotes, garabatos infantiles, rayas prolongadas más allá del papel, sobre la mesa, como si la mano que escribía no hubiera podido con el peso de su tarea y arrastrada por esa carga hubiera caído sin detenerse desde el borde del escritorio, desde el borde de este mundo, una mano

cortada hundiéndose hasta el lecho del mar ausente en cuya orilla habita una inocencia irrecuperable? ¿Cuántas veces? Pero, si no lo escribo, si negara y escondiera precisamente estas líneas, sería imposible hacerte saber lo que yo supe de mí misma —lo que supe que había detrás de mi imagen —, y entonces ¿cómo entenderías a la otra que fui después de saberlo?)

«Tantos han gritado aquí», me dijo Cáceres. Y luego, tan veloz que no lo vi moverse, me abofeteó. Fue un golpe certero, limpio y fulminante (pero sobre todo, tan limpio). Rodé junto con la silla y caí al suelo. Traté de incorporarme pero él ya estaba sobre mí. La pinza de unos dedos se clavaba en mi nuca, tras el cerebelo, pegándome la mejilla ardiente boca abajo contra el piso. Otra mano —la mano izquierda que había quedado libre, pero podría haber sido la del ser ausente que lo acompañaba, el que lamentaba no estar muerto— me levantaba las faldas y se abría paso entre mis piernas. Intenté gritar (lo que habían hecho tantos...), pero solo pude emitir un aullido deformado que se arrastró sobre las tablas de pino (recuerdo su olor a cera aromática, a falsa campiña silvestre). La mano que me escarbaba desgarró de un tirón mis calzones y luego se abrió paso entre mis piernas. Intenté cerrarlas con todas mis fuerzas, pero esos dedos largos y fuertes —los de él o los del ausente que lo acompañaba— se hundían entre mis muslos y alcanzaron mi sexo. Me enceguecí de terror, alcancé a imaginar que esa mano de hielo se hundiría en mis entrañas, desgarrándome. Pero los dedos pasaron sobre mis labios vaginales, atraparon el vello de mi pubis en la zona más tierna y densa, en el nacimiento del vientre, y empuñaron el manojo de pelo. El hombre torció la muñeca. Sentí un espasmo de dolor mientras la mano me izaba de las caderas, tirándome desde ese punto hacia arriba. Y entonces Cáceres me soltó la cabeza.

Había sido una pequeña maniobra experta, Claudia, y sin duda no era la primera vez que la practicaba. La operación completa no había tomado más de unos segundos y descubrí que estaba totalmente inmovilizada. Boca abajo, con las manos y los pies apoyados sobre el piso y las caderas alzadas, mi cuerpo formando un arco cuyo punto más alto y expuesto eran mis nalgas al aire, que el hombre sostenía sin esfuerzo; en realidad, con mi ayuda, Claudia, gracias a mí que trataba de evitar el dolor irguiéndome en el mismo punto donde él me suspendía del vello del sexo, adaptándome

(ya) a su fuerza. (Y esta involuntaria colaboración era más humillante que el dolor, pues era una forma, ya, de intimidad). Puedo verme así todavía, completamente inerme, en esa posición ridícula, suspendida de la mano de mi captor, suspendida de mi propio miedo, empezando a suspenderme (en el sentido de interrumpirme) de mí misma.

Cáceres me habló. La voz me llegaba desde arriba, tan alta y ausente que parecía caer desde el cielo mismo. Como si me hablara Dios Padre. Y tal como si se refiriera a Él, lo oí preguntarme: «¿Dónde está?». Y tal como si yo también hablara de Dios, intenté mentir: «No lo sé».

Alcancé a entrever que levantaba el brazo derecho, el que tenía libre, el que no me sostenía (con mi colaboración). Luego un silbido, el nítido eco de la carne azotada por un instrumento plano, helado, preciso, que ha sido aplicado de canto. Luego, durante unos segundos, nada. Te juraría que no sentí nada. Incluso alcancé a preguntarme, fríamente, en qué momento, con qué segura habilidad en su violencia, Cáceres había recuperado la larga regla de ingeniero, con su borde de acero. Pensé, sin saber por qué, en el tapete de las salas de juego en el Círculo Español. Vi una estalactita en una caverna que no había visitado jamás, goteando un agua amarilla, sulfurosa. Imaginé un recuerdo remoto, el de una niñita que era yo misma, corriendo con pasos vacilantes hacia mi madre que me esperaba con los brazos abiertos; recordé que no tenía ese recuerdo, que ella me había abandonado... Atisbé de reojo el baile de unos diablos enmascarados, ansiosos. Me pareció ver que se asomaba, en la ventana enrejada, la cabeza del caballo furioso que Cáceres había traído encerrado y en el que salía a galopar por el desierto oscuro. Desde el escritorio, el icono de la Señora me observaba con esos ojos de cristal, llorosos, que discrepaban con la sonrisita extática, de ratón. Me pregunté de quién era esa imagen...

Y entonces, recién, el dolor me alcanzó.

Un espasmo frío que se regó por mis músculos tensándolos hasta la punta de mis dedos. Un temblor que lo precedía, como el relámpago al trueno, recorriendo mi piel, erizándola. Y un reflujo que volvía duplicado desde mis miembros a mis caderas, a mis nalgas, a mi sexo, y allí se reconcentraba, se apretaba, y destilaba de pronto una sola gota de fuego, limpia de cualquier otra sensación o sentimiento. Una gota purísima de algo que nunca había experimentado antes y para lo cual siempre después

la palabra dolor se me ha hecho escasa.

¿Cuántas veces me azotó? ¿Diez, una docena, cien? Hasta la testigo sonriente que lo presenciaba todo desde arriba del escritorio habrá perdido la cuenta. El silencio era perfecto, solo cortado por el silbido de la regla que caía, el chasquido del azote, y mi aullido (mi rugido, mi bufido; pero tantos habían gritado ahí). Los azotes caían del cielo a un ritmo exacto, inflexible. Y entre ellos el temblor exasperante de mi cuerpo los esperaba, el movimiento reflejo de mis músculos que se anticipaban a vibrar un segundo antes de que la madera fileteada de metal los tocase.

Lo que sé, Claudia, es que mi cuerpo llegó a creer que duraría para siempre, que jamás se detendría, que el tiempo nunca volvería a tener otra medida sino la que cronometraban mis espasmos. Y entonces entendí que haría cualquier cosa para que se detuviera, que pagaría cualquier precio para no quedar atrapada en ese tiempo. Y grité, lo confesé, repetí varias veces dónde estaba el fugitivo.

Cáceres se detuvo. Me bajó con suavidad hasta el piso, soltó mi sexo, la mano húmeda salió de entre mis muslos como una caricia. Confusamente sentí que se inclinaba, que se arrodillaba a mi lado, deduje los dedos que recorrían mi pelo, casi sin tocarme, se habría dicho que tímidamente (como si acariciara el pelo de una muerta), la barba áspera que rozaba mi piel magullada, la mejilla que se apoyó sobre mis nalgas ardientes, que tiritaban, los labios que las besaron, la cabeza que reposó en ellas como si fuera a dormirse ahí. Pude imaginar una sonrisa, plácida, infantil, cuando comentó, como si ya estuviera soñando: «Qué inteligente eres. Donde la Rosita. ¿Quién lo buscaría bajo mi cama?».

Sentí que volvía lentamente a mi cuerpo, arrastré la mano hasta mis mejillas. Encontré que estaban mojadas de lágrimas —y sin embargo, hasta hoy te juraría que yo no había llorado. Me volteé un poco, trabajosamente. La cabeza de Cáceres quedó ahora a mi vista, reposando sobre mi muslo derecho. Los dos tendidos en el suelo, como una pareja de amantes en una playa, a la orilla del mar (de un mar que se había ausentado un millón de años antes). Noté el bulto de la erección entre sus piernas. Los ojos claros de perro esquimal, que se habían humedecido, como si él también hubiera llorado, pero a la inversa que yo, sin lágrimas, siguieron mi mirada hasta el sitio que su sexo abultaba. Lo observó con una suerte de resignada

sorpresa, como a un visitante que ya no esperaba, y quizás ni apreciaba, en realidad, pero al que había que salir a recibir. Tomó mi mano y la bajó hasta allí: «Sácalo», me dijo (no me pidió, ni me ordenó, pero no me sentí capaz de sorprenderme, había entre nosotros —ya— una intimidad irrecusable, parecíamos un matrimonio viejo).

«Lo denunciaré», le dije. Y él, resignadamente: «¿Ante quién?». Busqué una respuesta, creo que balbuceé algún absurdo (pero no llegué tan lejos, no dije: «ante Dios»). Cáceres presionó mi mano contra su sexo, me repitió: «Sácalo». Y yo me di cuenta de que no juzgaba necesario subrayar sus palabras con una amenaza, que ya, tan pronto, nos conocíamos demasiado para eso, que ambos sabíamos que yo no resistiría ni siquiera pensar en la madera fileteada de metal, que había bastado esa golpiza, incomparable con otras formas reales de tortura de las que había oído, para que yo hablara. Y que ahora ni siquiera era necesario mencionarme aquello, porque los dos lo sabíamos —tal era nuestra intimidad. Entonces, al saberlo, yo gemí, ahora sí me puse a llorar, le pregunté: «¿Por qué?» (Para que entendieras esa pregunta, Claudia, sería necesario que imaginaras a la niña que una vez preguntó por qué la había dejado su madre; no cuándo, ni cómo, ni hasta cuándo, sino por qué...). «¿Por qué me va hacer eso, si ya confesé?», le repetí, protesté, sorbiéndome los mocos. Y él me contestó, suspirando, con cierta antigua paciencia, la de un entrenador de animales: «Por qué no, mi Patroncita» (me llamó de ese modo, tal era nuestra intimidad). «Por qué no, mi Patroncita. Si ya has entregado a un hombre a su muerte. ¿Ahora, qué importancia tiene que te entregues a mí?»

21

Laura detuvo el automóvil en la curva del camino de tierra, unos cien metros antes del alambrado del campamento. Un magro piquete de carabineros intentaba bloquearle el paso a la multitud de curiosos, peregrinos y ciudadanos, en sus trajes de fiesta, entreverados contra una enclenque barrera portátil. Pero la muchedumbre se filtraba entre ellos como la tormenta de arena que soplaba y pasaba a través de todo (a través de nosotros mismos, envolviéndonos y borrándonos). Al verla, el teniente Acuña vino hacia Laura, agitado y descompuesto, sacándose la gorra:

—Magistrada —tartamudeó, cuando ella bajó la ventanilla—. Una manifestación... Su hija...

—Explíqueme después de dejarme pasar, teniente.

Acuña se movió en tres tiempos: primero cabeceó asintiendo, enseguida se cuadró, y por fin vociferó hacia sus subalternos ordenándoles que le apartaran la valla a la jueza. Laura condujo con precaución entre los curiosos y estacionó el auto en la tierra de nadie que separaba a la multitud de las alambradas dobles del campamento. Al fondo, cien metros más allá, el camino moría en el portal de rieles de acero en cuyo travesaño se cimbraba un cartel ilegible, borroneado por el óxido, por el descuido, por las ráfagas de polvo y los remolinos. A media tarde, una tormenta de arena se levantaba en el desierto, despertada por los vientos de las presiones opuestas: el calor que llegaba a su máximo, chocando contra el techo frío de la cordillera por donde vendría la noche. Una racha de viento descorrió una de esas densas polvaredas despejando la escena. Y Laura pudo ver ahora, ondeando como estandartes de batalla, varios lienzos enganchados a los rollos de alambre de púa que coronaban los portones. «Justicia

ya», decía uno; «Poder judicial, vergüenza nacional», decía otro; «No a la impunidad», rezaba un tercero. Directamente bajo esos carteles, encadenados a las rejas comidas por el salitre, Claudia y sus amigos protestaban, agitaban pancartas y entonaban proclamas inaudibles a esa distancia.

Laura suspiró: de modo que eso era la «fiesta inolvidable» que traían en sus tubos de cartón. Y no pudo menos que recordar la máxima favorita de Mario: «Las tragedias, cuando se repiten, lo hacen como farsas». Mientras tanto, el teniente Acuña la había alcanzado y continuaba explicándose:

—Le avisé en cuanto supe, magistrada. Vinieron hace como una hora y se encadenaron a la reja. Mi personal no tiene elementos para cortar cadenas, así que el señor alcalde llamó a los municipales. Traté de hablar con la señorita. Lo siento.

Había tratado de hablar con la señorita. Y lo sentía. Laura se preguntó si el teniente Acuña sabría exactamente lo que lamentaba: la larga serie de rejas que son algunas adolescencias; y cada vez que su hija llegaba a una se encadenaba para protestar contra su existencia. Este portón era simplemente el más real y el más reciente.

Laura caminó hacia la entrada del campamento. Desdibujado por la tormenta de arena que arremolinaba el atardecer, el complejo se veía completamente distinto. No era solo al eficiente polígono alambrado de hacía dos décadas, sino al paisaje lunar que había visto dos noches atrás (el paisaje lunar, las fachadas viudas, la casa rodante corroída, con el toldillo harapiento donde se cimbraba el farol a petróleo que ese hombre en ruinas evitaba). El suave polvo flotaba y fluía, arrebatado por las rachas de la tormenta. Al acercarse más, Laura pudo divisar, por detrás de las cabezas de los manifestantes, de su hija, detrás de esas rejas corroídas y de las volantes cortinas de chusca, la prevista silueta, encorvada, furtiva, del coronel en retiro Mariano Cáceres Latorre, que se escondía tras los restos de la garita de guardia, agachado sobre su mano mala, encapuchado por su quepis con orejeras.

El doctor Ordóñez vino a su encuentro, transpirando, pasándose la manga por la frente; la bata de médico, que no había alcanzado a

sacarse, se manchaba donde el polvo se pegaba al sudor, traicionando el apuro con el que había salido. Le suplicaba:

—Laura, por Dios, habla con tu hija.

—Llevo diecinueve años intentándolo.

Pero no era verdad. Y hasta el doctor Ordóñez pareció saberlo, porque la detuvo por un brazo.

—Esto es serio, Laura. Pretenden arruinar la fiesta.

—¿Y tú quieres pasarles una aplanadora por encima?

Laura le indicaba la columna de máquinas municipales encabezada por un buldózer que aguardaba con los motores en marcha, a un costado del camino. Eran tres máquinas viejas: el buldózer, un camión enclenque y una aplanadora abollada, dadas de baja en alguna municipalidad importante y donadas a provincias; la pintura amarilla apenas disimulaba los antiguos escudos edilicios borrados de las puertas.

—Exageraciones del jefe de obras. Solo van a cortar esas cadenas. Y después tú te la llevas y hablas con ella, ¿verdad?

Laura divisó al ancestral jefe de obras municipales, Florencio Varas, oliváceo y velludo junto a las rejas, dirigiendo a tres obreros municipales en sus overoles rojos. Los obreros llevaban alicates gigantes con las gruesas pinzas abiertas, a punto de aplicarlas sobre las cadenas. Navegando en la polvareda parecían enormes cangrejos colorados prontos a devorar algo. Varas parecía discutir con el coronel en retiro, advertirle algo a través de la alambrada, a voz en cuello, pero a esa distancia, transportadas y disueltas en las rachas de viento, solo les llegaban palabras sueltas, entremezcladas a las proclamas de los manifestantes: «justicia, paz, castigo, inocencia....». No podía saberse quién argumentaba qué, ni contra quién. Y luego Varas levantó una de sus manitos de mico, que apenas asomaba de la manga demasiado larga (era uno de esos hombres chicos que se compran trajes de una talla más grande, para que les quepa la ambición). Pero no alcanzó a ordenar que cortaran las cadenas.

Un estampido sordo y hueco a la vez se impuso a las proclamas, al petardeo de los motores municipales en marcha, al todavía más lejano pero continuo rodar de los tambores en la Plaza de la Matriz. El doctor

Ordóñez se agachó a destiempo, por instinto, apretó el antebrazo de Laura, la observó a través de sus anteojos grasientos, que le resbalaban por la nariz sudorosa hasta casi posarse en el bigotillo albo:

—¡Un tiro! No me digas que eso fue un tiro, Laura.

Por toda respuesta, Laura le indicó los portones. A un costado de las rejas donde se encadenaban los manifestantes, tras las alambradas en cuyas púas se oxidaban las placas con sus calaveras y el par de tibias cruzadas, prohibiendo el paso, el coronel en retiro sostenía en alto, con la mano buena, un arma que humeaba todavía (la columnilla de humo gris se disolvió inmediatamente, arrebatada por la vorágine de la tormenta). Mientras, los tres obreros municipales y Varas corrían en estampida por la pampa rasa, zigzagueando, como liebres huyendo del cazador.

—Es un calibre grande. 38, diría yo.

Mamani había aparecido de alguna parte junto a ellos, lento, tranquilo, con sus pasos doblemente almohadillados por el polvo y la gordura. Y la voz de dama, que ni la tormenta le hacía subir:

—Un revólver de servicio, viejo, pero aún efectivo. Y el coronel parece dispuesto a usarlo. Las cosas se te complican, Félix.

—... el consenso. Siempre dije que era preferible el consenso... —se lamentaba el doctor, y se pasaba una vez más la manga del delantal por la frente sudorosa.

Varas, el jefe de obras, todavía zigzagueando y agachado —con lo cual se veía aun más pequeño dentro del traje que le iba grande—, llegó hasta ellos. Se enderezó poco a poco, acezando, tratando de recuperar el aliento, modulando con la boquita sucia en cuyas comisuras se pegoteaba el polvo:

—Este carajo disparó. Disparó al aire, pero disparó.

—¿De qué hablaron, qué le dijeron? —protestó Ordóñez.

—Esos jovencitos, su hija, magistrada —Varas la apuntaba con su dedito chueco y peludo, de mono—, dicen que no se desencadenarán hasta que no aparezca el abogado Martínez. Y el coronel, a su vez, dice que los jovencitos están bajo su protección. Que ni él ni ellos se moverán de allí hasta que no lo sometan a él a un juicio justo. Y les

pidió permiso para encadenarse con ellos.

«Las tragedias, cuando se repiten, lo hacen como farsas». Laura volvió a evocar la frase que Mario repetía, veinte años antes, desconociendo la fuente y citando mal. Intentó reprimir la sonrisa, en aras de los rostros de circunstancias de sus acompañantes. Pero no pudo. Era demasiado maravillosamente absurdo; demasiado grotescamente ejemplar. Los inocentes encadenados pidiendo justicia, el acusado pidiendo permiso para encadenarse con ellos. Y por sobre todos, el burlón sol del desierto, imantando los remolinos del vendaval, irradiando esa locura.

Varas, que se había quedado pensativo, agregó ahora, dirigiéndose a Mamani, como pidiéndole que lo ayudara a entender las palabras que pronunciaba:

—¿Y sabe qué más dijo el loco ese? Dijo que quiere su juicio final. Que no se moverá de ahí adentro hasta que le hagan su juicio final. Eso es lo que dijo.

—¿Qué haremos ahora? —gimió el doctor, auténticamente desesperado, arrugando el ala de su sombrerito. Alguien le había contado a Laura que Ordóñez había basado su campaña para que lo eligieran, en lugar del eterno Mamani, en un simple eslogan: «Viva en paz en Pampa Hundida». Y aún no cumplía dos años cuando en su pueblerina paz prometida sonaban los balazos. Su predecesor le contestó:

—¿Parlamentar? —sugirió Mamani, mirándose sus uñas manicuradas.

—Parlamentar, claro —repitió el médico, esa era una palabra que entendía; las manos en los bolsillos de su bata blanca aleteaban ansiando estar de acuerdo—. ¿Pero quién se atreverá a ir?

—Tenemos a la mejor embajadora: la madre y la justicia en una sola persona.

Laura sintió, de pronto, el cansancio acumulado desde que salió de Berlín, del otro lado del mundo, tres días antes, anticipando casi exactamente el sinsentido que la esperaba. Protestó, casi por formulismo:

—Yo no parlamentaría lo mismo que usted, Mamani.

—No importa cómo se los diga, magistrada. Lo importante es que los ideales de su hija no aparezcan asociados con los de ese loco, ¿verdad?

Mamani siempre encontraba ese ángulo ciego en los espejos, donde nos vemos y creemos que nadie más lo hace. Y la manera de ensuciar una palabra noble: «ideales». Además:

—También está el peligro físico, Laura. Estas máquinas están acá por algo. Supongo que nuestro honorable alcalde las ha traído para cumplir el decreto alcaldicio de demolición de esas ruinas.

Ordóñez lo quedó mirando, aguzando el oído, agachado por esa voz baja ante la cual siempre había que inclinarse, para evitar perderse sus matices. Y, una cuarta por debajo de todos, el diminuto Varas asentía, deleitado en la adoración de su ex jefe.

Mamani continuó:

—Mi querido Félix, qué gran idea: trajiste todo ese equipo hasta acá para iniciar ahora mismo la Construcción del Complejo de Adoración más Grande del Continente, demoliendo las ruinas que lo estorban, ¿verdad? ¡Brillante! Así, de pasada, esta muchacha idealista ya no tendrá nada a lo cual encadenarse; o a lo más un portal en la pampa rasa. Y en cuanto a nuestro pobre coronel enajenado, la demolición lo decidirá a terminar esta larga visita que nos ha hecho e irse de una vez, ya que el lugar de su obsesión habrá desaparecido. Mi querido Félix, has estado brillante —le repitió.

Laura evocó el domo lunar del Complejo de Adoración en la mesa del Salón de Concejo. La maqueta de la utopía, la Basílica moderna, la antena satelital de la siguiente prosperidad que llegaría del cielo a Pampa Hundida. Todo empezaba por la demolición de unas ruinas; demoler lo arruinado para poder construir el siguiente sueño sobre la pampa rasa de la utopía. Y Ordóñez, abordando la coartada, completamente partidario del futuro a la vez que impelido por el miedo al pasado, le asentía a su predecesor y le suplicaba a ella, con los ojos entrecerrados por la emoción o la polvareda:

—Laura, esta era una ciudad en paz, con sueños de prosperidad. Ahora tienes que salvar nuestra fiesta.

Laura los observó de hito en hito: al alcalde y a su predecesor, el

presente y el pasado unidos por el deseo de salvar la fiesta del futuro. Ambos esperando su resolución. Les dijo:

—Este es un sitio en litigio. Nadie demolerá nada. Y yo hablaré lo que me parezca, Mamani.

* * *

Laura se acercó a la reja. Los seis muchachos se habían encadenado por las cinturas, con cadenas de eslabones gruesos, de acero, nuevas como ellos. Parecía un trabajo de protesta realmente profesional, evidentemente lo habían preparado con detalle, y Laura no pudo menos que sentirse orgullosa. Claudia estaba en el centro del grupo, con candados dobles en las caderas: semejaba un Prometeo encadenado. Al verla venir, su hija cambió el eslogan que coreaba con sus amigos, y empezó a gritar:

—¡Po-der-ju-dicial, ver-güenza-na-cional!

Se lo gritaba en su cara, a través de los remolinos de polvo rojizo. Laura recordó las escaramuzas políticas de su primera juventud, antes de que la dictadura secuestrara toda esa parte de su vida. Y por un instante tuvo la impresión de estar ante un fantasma similar a los otros que habitaban ese campamento, el de la jovencita apasionada que ella misma había sido, la que no dejaba en paz al mundo con sus protestas: «¡Po-derju-dicial, ver-güenza-na-cional!» Laura no estaba en desacuerdo, realmente ella también sentía vergüenza y se habría unido a la protesta si no hubiera sido un poco indecoroso.

—Creí que teníamos un trato, que me esperarías hasta la medianoche —le dijo a su hija.

Pero Claudia no interrumpió su proclama, como si le bastara con ella para recordarle que no le había prometido esperarla sin hacer nada.

Laura se acercó más y le preguntó casi al oído, en voz baja.

—¿Estás enamorada?

Esta vez la muchacha quedó con la boca abierta, suspendida en una sílaba de su proclama; «ver-güen...». Y en ella tropezaron y cayeron las voces de sus amigos:

—¿Qué dices? —repuso Claudia.

—Te pregunto si estás enamorada de Tomas Martínez Roth.

Era la misma pregunta que había estado a punto de hacerle al abogado el día en que este presentó su querella en el tribunal... Esas preguntas sin respuesta que se iban encadenando, como los muchachos a la reja.

—Íbamos a hacer esto de todas formas... —le repuso Claudia, empezando a defenderse por otro lado; pero no era buena evadiendo peleas, así que enseguida atacó—: y además, ¿tú qué sabes del amor? No has amado a nadie, que yo sepa.

Era un buen contragolpe, bien asestado. Laura podría haberle respondido: «Te he amado a ti». Pero se dijo que, a pesar del dolor, su tarea era la misma de cuando la niña era pequeña: mantener el equilibrio para que su hija no cayera con ella. Para que la muchacha pudiera ganar su punto, cometer sus propios errores y proseguir:

—En todo caso, siempre se pide justicia por amor, Laura —seguía llamándola por el nombre de pila—, es porque amamos a alguien que amamos al mundo. Y queremos que sea mejor.

—¿De verdad crees que lo harás mejor montando una protesta de seis estudiantes, en un pueblo remoto?

—Claro que sí —le contestó Claudia, triunfante; sus amigos asentían, entusiasmados también—. ¿Y sabes por qué? Porque precisamente hoy este no es un pueblo remoto. La fiesta es nuestra arma secreta.

«Su arma secreta». Esa Diablada era su arma secreta, al igual que esa «profanación» había sido la del abogado. Y la fe en el milagro ardía en los ojos de Claudia, como si ella fuera una peregrina más: esa fiesta sería la ocasión de una gesta épica que salvaría su juventud de la mediocridad general. Laura no supo si celebrar o temer por su ingenuidad. Temer por lo que podría hacerle a esa ingenuidad una fiesta que era cien veces más antigua que ella, y cuyos poderes convertían en parodia cualquier gesta.

Y para hacer completa la parodia de una gesta, el coronel Cáceres, arremolinado, con su revólver de servicio aún en la mano buena y el quepis con las orejeras atadas sombreando el rostro devastado, asomó por detrás de los manifestantes en una pasada de su guardia y gritó a

través de la reja:

—¡Juicio final!

Los muchachos intentaron voltearse para abuchearlo, empujarlo a través de los barrotes, separarlo de ellos, pero las cadenas lo impedían, los ataban a lo mismo que rechazaban. Para cuando habían organizado un abucheo, el coronel en retiro ya estaba fuera de su alcance, diluido de nuevo en una tolvanera de polvo.

Laura aprovechó para decirle a Claudia, casi al oído y sin embargo tan lejos, a gritos, a través de la tormenta que las separaba:

—Entonces, ¿crees que movilizarás a los peregrinos?

—Me basta con atraerlos hacia el campamento y decirles la verdad de lo que está ocurriendo. Que este loco está adentro, en el lugar de sus crímenes. Y que hay una conspiración en esta ciudad para dejarlo en la impunidad. Que hasta han hecho desaparecer al abogado querellante.

Laura sintió que se le humedecían los ojos. ¿Por dónde empezar a desilusionarla? ¿Bastaría con las rachas de la tormenta vespertina que ahogaban sus proclamas, volviéndolas inaudibles a diez metros de esas rejas? Intuyó lo que oscuramente experimentaban ellos, toda esa necesidad de una épica, de un relato heroico que organizara las vidas de su hija y sus amigos, y les diera sentido. Y en cambio les había tocado en suerte esa edad y esa rabia. Esa edad trivial. Y esa oscura rabia de los herederos, de los hijos, de los hermanos menores, contra esta época donde todo heroísmo estaba condenado al ridículo, donde la devoción era un baile de disfraces, donde toda causa era una parodia, de antemano acallada por la ráfaga de un mundo banal.

Laura había intuido antes esas explicaciones para la rabia de su hija. Y al mismo tiempo sabía que no eran suficientes, que no bastaba con la experiencia de descender de un exilio, con el innato deseo de justicia, con la culpa, y posiblemente con el amor, para explicarse las cadenas con las cuales Claudia había venido a atarse precisamente en ese lugar. Debía haber algo más, un instinto ciego, una corazonada que la llevaba hacia lo que sospechaba —pero no imaginaba cómo— estaba inseparablemente unido a ella, hacia esos hechos previos a su nacimiento y que sin embargo constituían, ella misma no sabía bien

por qué, su herencia y su carga y su destino. Su destino que era tratar de saber.

Las rachas de viento casi no las dejaban escucharse, pero las siguientes palabras de Claudia llegaron nítidas y próximas a oídos de Laura, colándose en su cavilación:

—Quiero saber. Saber las cosas que te pregunté en esa carta. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no seguiste dando la pelea?

«Por qué se había ido, en lugar de pelear». Laura admiró la furia de su hija con enternecida precaución. La llama sagrada de la justicia ardía en los ojos de la muchacha, con parecido fervor al que alguna vez había encendido los suyos propios. El instinto de cuidarla era tan fuerte que le dolía, físicamente, como una contracción uterina. Si pudiera proteger esa llama, ampararla con su propio cuerpo, si pudiera salvarla de las ráfagas que le esperaban, de las lluvias ácidas del cinismo, del escaso oxígeno en los pasillos laberínticos de la ley. ¿Cuántos años duraría esta vocación de justicia antes de extinguirse y convertirse en cenicienta ambición profesional? Si la alentaba, Claudia podría quemarse en ella, pero si no lo hacía, el riesgo era que su vida fuera un vasto páramo de cenizas. La ventolera las obligaba a alzar la voz y acercarse para verse a través del polvo rojizo.

—No tengo respuestas simples, Claudia —le contestó, por fin.

—¿Por qué? La verdad es simple.

—Pero no somos hijos de nuestras verdades, sino de nuestras contradicciones.

Y se detuvo, asustada por las palabras que había susurrado al oído del viento. Era lo mismo que se había sentido tentada a decirle en su encuentro de unas horas antes en el viejo escritorio convertido en cuarto de los trastos, y ahora las palabras se habían escapado solas de sus labios. Era lo más cerca que había llegado de darle a su hija una clave sobre los fantasmas que la atormentaban. Claudia se quedó mirándola. De pronto había mucho más que la distancia de una generación entre ambas: la de dos épocas, la de dos siglos distintos, la del vendaval. Y Laura supo que en el futuro no sería cosa de alcanzarla o siquiera de abreviar esa distancia, sino apenas de intentar divisarse a pesar de ella.

En ese momento, el coronel en retiro volvió a pasar tras las espaldas de las manifestantes, por el interior de las rejas, en el perímetro de su guardia imaginaria, y su voz cavernosa gritó otra vez:

—¡Juicio final!

Claudia intentó voltearse, rechazar, insultar a ese aliado fantasmal que salía del lugar mismo que ella condenaba, pero las cadenas la inmovilizaban.

Y él, de pronto, sacó la mano buena con esas uñas largas y sucias por entre la reja, y alcanzó a acariciar la mejilla de Claudia, murmurando algo, una idea o un recuerdo cuyo nombre exacto venía y se le escapaba, como las rachas de la tormenta. La muchacha se revolvió con furia, apartándose.

—¿Y esta niña, Laura? —preguntó el coronel por fin, mirándolas de hito en hito a ambas, al perfil de Claudia y a ella, a través de la ranura de los párpados entrecerrados por el vendaval y sombreados por la visera, ladeando la cabeza, igualándolas en el pasado—. ¿Esta Patroncita nueva, quién es?

Preguntó, o pareció que lo preguntó, porque sus últimas palabras fueron arrancadas de su boca por el ulular de una racha de la tormenta de arena, aún más fuerte que las otras. El polvo los envolvió y los cegó completamente. De pronto Laura sintió que estaban *dentro* del horizonte líquido, nadando en su línea imaginaria, en su zona de nadie, atrapados en la ola gigantesca y temblorosa donde esos seres deformados por la ausencia (que eran ellos y nosotros mismos), aullaban a una distancia tan prodigiosa que no era posible oírlos. La ola de polvo rojizo, como una impalpable muralla de sangre, los envolvía y silenciaba sus voces (o gritaba por ellos). Laura supo que debía hacer un esfuerzo, de inmediato, para arrancarse de ese vértigo, para evitar ser silenciada para siempre, y contestarle al coronel en retiro antes de que Claudia pudiera intervenir. Pero no podía abrir la boca, o quizás ya la había abierto, pero la tormenta de arena no la dejaba oír lo que ella misma gritaba.

Y en ese momento, descolgándose del cielo, escondido hasta el último momento por los turbiones de polvo, un helicóptero con el escudo del gobierno en la puerta descendió y se posó entre las

máquinas municipales y los manifestantes. (Laura lo miró bajar como en un sueño, viendo de nuevo, como aquella vez de hacía veinte años, los tres helicópteros militares posándose sobre el patio central del campamento, el tribunal volante que llegaba a su jurisdicción, las guadañas de los rotores levantando una polvareda: fe, fe, fe. ¿Era posible que ella misma, su presencia, fuese la que provocaba la memoria, la afinidad, la repetición circular como esas aspas?)

Una puertecilla cayó del costado del helicóptero y se transformó en escalera. Un hombre de traje café, en actitud de secretario, bajó por ella y le sostuvo la mano a un viejecito de piernas cortas y arqueadas que descendió con inusitada agilidad. Al pie de la escalerilla, ambos titubearon un momento, equidistantes entre el doctor Ordóñez y sus ediles que se acercaban a recibirlos y el grupito que hacía Laura con los manifestantes. Fue un titubeo imperceptible y de inmediato se dividieron: el secretario se acercó a las autoridades y el viejecillo caminó hacia ella, agachado por la edad o por la hélice que todavía giraba, enderezándose a medida que salía de la polvareda levantada por el rotor, contrahecho y sonriente, aclarándose en lo que siempre había sido:

—*Deus ex máchina* —le dijo Laura.

—Tu madre fue mi mejor alumna y la más culta —le respondía el ministro Benigno Velasco, riéndose con franco placer, dándole la mano a ella, pero hablándole a Claudia.

Llevaba bajo la chaqueta un suéter de lana celeste, tejido a palillo; Laura recordó, a través de veinte años, esos chalecos que le tejía su propia mujer. El ministro tomó por el codo a Laura y la apartó un poco del grupo, diciéndole:

—Me enteré de que tenías problemas y vine a ver si puedo ayudar.

—Las noticias siguen volando en este país.

—Qué te parece si conversamos un poco más tarde —Laura sintió en el codo la presión de esa mano antigua, suave y filuda a un tiempo (de alfarero y tallador de diamantes), que la arrastraba un poco hacia abajo, obligándola a agacharse para soplarle al oído—. Tengo que darle audiencia a las autoridades, están echando fuego. Me han llamado como diez veces, desde ayer; a mí y a otras personas en el

gobierno. Pero luego me encantaría charlar contigo...

Y antes de que ella pudiera asentir o discutirlo, el ministro se alejó hacia el grupito que hacían el doctor Ordóñez, Mamani y el jefe de obras, a la vez que volteaba, con esa agilidad impensada en un contrahecho, y les gritaba a los manifestantes:

—¡Y ustedes sigan nomás, muchachos: protesten, exprésense! ¡Para eso estamos en democracia!

Cien metros más atrás, la multitud —ancestral, intuitiva, certera en la parodia, contenida solo por la policía—, aplaudía sin saber a qué o a quién, pero regocijándose.

22

No fui yo, Claudia, la que salió de la casa de Cáceres y del campamento, al terminar esa noche (cuando fui a amparar a un fugitivo y, en cambio, conocí a mi prisionera). No fui yo la que a partir de ese momento usó mi cuerpo de disfraz y mi rostro de máscara. Es extraño, pero es la única explicación que se me ocurre para entender cómo fui capaz de fingir ante todos, y más que nadie ante mí misma, que no había pasado nada: tuve que ser otra para aparentar que seguía siendo yo. Veinte años después, desde esta oficina en la Frei Universität, en cuyas ventanas la noche de los bosques circundantes se agolpa, veo a esa «otra». La veo salir de la casa del Mayor (de su hogar, que significa también hoguera), poco antes del alba, montar en la patrulla que la esperaba en el patio, observada por esa sombra recortada contra el umbral iluminado, de modo que parece llevar una aureola de llamas. La veo entrar en la ciudad desierta, secuestrada por el toque de queda, detenerse en el prostíbulo, llamar a sus puertas, enfrentarse a la bata con esas flores tropicales de la Rosita. La otra no mira a los ojos a la Rosita, solo percibe su aroma de almendras y tiembla cuando esta la estrecha entre sus grandes pechos. La veo recuperando al joven prisionero fugitivo, ordenándole que la siga, aplacando su mirada despavorida cuando repara en los soldados, llevándolo en el mismo jeep, escoltado, desconcertado, hasta la Basílica donde el cura Penna espera en su camioneta, con el motor andando (lo han llamado desde el campamento, lo han instruido). Luego esa otra le entrega el prisionero al cura y los ve partir de inmediato, en la camioneta, disolverse en la noche del oasis sobre la que empieza a abrirse el ojo, la pupila del sol naciente.

No soy yo, tampoco, la que poco antes del mediodía está en su tribunal, sentada en su estrado, estudiando sin entender el legajo de algún caso

pendiente de sentenciar (y que ya nunca más podrá sentenciar), mientras oye cómo el cura le relata en voz muy baja, lleno de eufemismos, lleno de un extraño gozo, que ya dejó su «encargo» en la frontera; que nadie los molestó, tal como prometió su «amigo», le dice el cura, sin poner ironía ni doble sentido en la palabra «amigo», quizá sí un extraño gozo. Y le relata cómo los controles camineros los dejaron pasar, los militares levantaban las barreras sin revisarlos, y nadie los siguió hasta que el cura dejó su «encargo» en el borde de un hondísimo valle desolado, por el medio del cual corre la línea imaginaria de la frontera, una meridiana mental pero de la que nadie duda. Y Penna me dijo —o sea, le dijo a la otra— que esperó allí, en el hielo de las alturas (su sotana negra flameando en el viento helado de las alturas, como la bandera de un navío que lleva la peste), a que el prisionero, perdón, «su encargo», cruzara el límite (imaginario) y se internara, cada vez más diminuto, hasta volverse invisible, en el país vecino; «hasta convertirse en una nubecilla de polvo que se desplazaba en dirección a otra nubecilla más grande que venía a su encuentro» —relató el cura—, tal vez una recua de llamas salvajes (pero de cuáles llamas) que galopaban a su encuentro, «pero tan lejos, magistrada, que no se veían».

Tampoco fui yo, Claudia, fue esa otra la que dos días después estaba en el living de nuestra casa de la calle Rosales viendo al doctor Ordóñez jugar con el ala del sombrerito que reposaba sobre sus rodillas (los zapatos blancos, de hospital, parecían los pies de una estatua o de un cadáver), y oyéndolo, desde muy lejos, agradecerle porque no había sido convocado para certificar más fusilamientos. «Incluso llamé al campamento, a un conocido, Laura, con buenas maneras uno hace amigos hasta en estas circunstancias, un joven teniente muy simpático, y le pregunté, discretamente, no podía más con la ansiedad» (¿le había preguntado quién había prescrito la gracia?). Y el teniente le dijo que iba a averiguar, y luego lo llamó para decirle que no habría nuevas ejecuciones, es más, que no tenían otros sentenciados, es más, que nunca los hubo, ¡que se olvidara del asunto! «¡Qué alivio! ¿Cómo lo hiciste, Laurita?», me preguntó el doctor, Claudia; o no a mí, a la otra que se mordía los labios y solo esperaba que Félix pronunciara la palabra «manso» para abalanzarse sobre él, abofetearlo y echarlo a la calle.

También fue esa otra, no yo, la que al volver a casa al atardecer de ese

día, pasó directamente a su cuarto, esquivando a Mario, notificándole: «olvídate del prisionero, tú nunca lo viste, nunca lo llevaste donde la Rosita», y cerró la puerta de la habitación en sus narices, con llave, sobre su mirada de animal doméstico rechazado, sobre sus súplicas de que comiera algo, a las que respondió solo con un: «Llévale ese plato a Iván, y déjaselo en la puerta de calle».

La misma «otra», Claudia, que en los siguientes días fue de su casa al tribunal, dando rodeos, evitando las miradas cohibidas, indecisas, de aquellos «diez justos» que habían venido a buscarla al tribunal y que ahora la veían cruzar a la vereda del frente cuando se los topaba en la calle. Pero ni siquiera esa otra pudo evitar a Mamani (nadie podía evitarlo) cuando le cerró el paso al atravesar la Plaza de la Matriz, bajo la carcomida sombra de la estatua del prócer minero, y le dijo: «no olvidaré, magistrada, no olvidaremos, esto: los fusilamientos suspendidos, la paz que ha vuelto a nuestros amaneceres, la Patrona que está a salvo, aunque todavía no esté en su altar, sino bajo la protección de la espada», y las ranuras de sus ojos de mestizo se estrecharon, guiñaron, incrédulas y antiguas, diciendo que así habían decidido llamar al secuestro de la imagen. Cáceres les había dicho que retendría el icono para asegurarse de que nadie le diera refugio a otro prófugo; si querían rogarle, ofrecerle sacrificios y pedirle milagros, que fueran a hacerlo al campamento; ese sería su nuevo santuario, su altar, por ahora. Y la brillante cabeza engominada de Mamani, concordando bajo el sol, expresaba una ancestral sabiduría: sobreviven los que saben llamar destino a una fuerza irresistible.

«Mientras esté a salvo, la Patrona estará en todas partes», declaró, indicando con un grueso dedo al polvo de la plaza, a la chusca rojiza, a la tierra color sangre bajo sus pies. Y se habría dicho, Claudia, que él comprendía que yo no estaba allí, bajo la corroída sombra del prócer minero, en esa plaza, cuando agregó, para que la otra me llevara el recado: «todo gracias a Laura Larco, a nuestra jueza, a su sacrificio» (y en la palabra «sacrificio» parecía que hablaba el Curaca, no el alcalde, el que se llamaba así desde siglos antes, cuando la Patrona también se llamaba de otro modo). Y continuó, poniéndome una de sus manos gruesas sobre un hombro (yo temblé bajo su contacto, pero la otra no se permitía demostrar ninguna señal de vida): «alguna vez usted me recordará, nos recordará,

que estamos en deuda con la jueza» (y la parte no dicha del recado, decía: «palabra de Curaca»).

Por último, Claudia, fue esa otra quien, tres noches después de haber salido del campamento volvió allí mismo, llegó hasta la casa en el ángulo más aislado del trapecio, equilibrándose en los tacos altos, de fiesta, temblando, y no solo de frío, en el vestido escotado, vestida como la habían instruido (no diré de puta, porque las flores carnívoras no se veían, las llevaba tatuadas) y golpeó la puerta y cuando se abrió le dijo a la sombra que salió a recibirla (a esa aureola de llamas), que era ella:

«Soy yo», le dije. Y repetí, como lo tenía instruido, que era yo y que venía «por más».

* * *

«¿Por qué me va hacer eso, si ya confesé?», había protestado yo, tres noches antes, en esa misma casa, tendidos sobre el piso de pino de Oregón raspado, que olía a ceras aromáticas (siento deseos de vomitar, Claudia), tendidos como una pareja en una playa, su cabeza que parecía un cráneo de bronce forrado en piel humana, apoyada en mi muslo desnudo, su mejilla áspera sobre los verdugones de los azotes que empezaban a amoratarse, y los dos observando el bulto de su erección, con cierta incredulidad, pero también (y esto era —ya— una forma de intimidad) con una sencillez atroz, la de una pareja de amantes al borde del mar (un mar que se había ausentado un millón de años antes). «¿Por qué?», había repetido yo, llorando, sorbiéndome los mocos. Y él me había contestado, presionando mi mano sobre su sexo, suspirando, con cierta antigua paciencia: «Por qué no, mi Patroncita (me había llamado de ese modo, tal era nuestra intimidad). Si ya has entregado a un hombre a su muerte. ¿Ahora, qué importancia tiene que te entregues a mí?».

Y tal vez hice un movimiento involuntario para alejarme, porque entonces Cáceres me recordó la regla de madera, fileteada de acero, la regla de ingeniero que reposaba entre nosotros, su instrumento de medida, con el que me había medido (y con el que me estaba enseñando una nueva ley, una nueva norma, porque «regla» también significa norma y esa vara era como una tabla de la ley, la tabla perdida o la propia zarza en llamas). No precisó siquiera levantarla para que yo chillara. Y después

gimiera, en voz baja: «No me pegue». Y él, con el tono condolido de quien obra por encargo o por mi bien: «Solo lo necesario». Y yo, desesperada: «¿Por qué?» (otra vez por qué). Y él: «Para que me lo agradezcas cuando me detenga».

Y luego volvió a azotarme: una, dos, diez veces. Hasta un momento preciso (pues yo empezaba a entender que había una precisión secreta, implacable, intuitiva y la vez ceremonial), un momento preciso en el que los dos supimos que él ya no necesitaba disciplinarme más, ya no necesitaba darme ninguna orden, porque yo era su orden. Su voluntad y la ausencia de la mía se habían acoplado tan perfectamente que habíamos creado entre los dos algo que estaba vivo (como si —Dios, que no estaba ahí, me perdone—, como si hubiéramos concebido un hijo). Y ese algo vivo y frágil, que temblaba y lloraba y nacía entre nosotros era, como él lo había predicho, mi abyecto «agradecimiento» porque el dolor se había interrumpido. El agradecimiento y la esperanza animal de que esa magnanimidad durara (tal como hasta la vida más miserable desea sobrevivirse).

Así que, sin necesidad de una orden explícita, pues yo era ya la orden, la norma, la regla, me desnudé suspirando, temblando. Al sacarme la falda por la cabeza, no pude evitar mirarme, fascinada, los verdugones que se proyectaban desde mis nalgas sobre las caderas y los muslos y que se amorataban rápidamente y florecían en los extremos, donde la punta de la regla (de la norma) se había encarnado, haciendo brotar un retoño de sangre. Él me miró mirarme, y por un instante pareció que salía de su soledad; y su ternura fue como un abismo, Claudia. Y yo creí oír al caballo que relinchaba desde su establo (o tal vez había sido yo...).

La única seña entre nosotros era su contemplación (en ese momento yo habría dado —iba a dar— cualquier cosa para que esa contemplación se prolongara), y mi sumisión. Pero sumisión es poco, ya te lo he dicho: era un paradójico, un primitivo, un abyecto agradecimiento. Un deseo de agradar, de no hacer nada que pudiera sacarlo de su contemplación y por el contrario, de hacer todo lo que pudiera para demostrarle mi gratitud por el simple hecho (pero este puede ser el hecho radical de una vida) de que no me hiciera sufrir más, de que pudiendo hubiera decidido, por el momento, abstenerse de poder más. Estaba agradecida porque pudiendo

aniquilarme, hubiera decidido dejarme vivir, para que lo complaciera. Creo que si en ese momento, Claudia, él hubiera hecho el menor ademán de tomar nuevamente su regla (su norma) y en vez de azotarme nuevamente con ella, simplemente me la hubiera ofrecido para que la besara, para que lamiera ese canto de acero enrojecido en la punta, yo la habría besado. Y es más, sin que él me lo exigiera yo, la jueza, le habría hablado a esa vara, a esa tabla de la nueva ley que estaba conociendo y acatando, y encarnando, y le habría dado las gracias (no a él, a esa tabla), gracias porque, pudiendo, escogía, por el momento, abstenerse de poder más.

Así que sin necesidad de orden alguna, sin asombro casi —con deseo de agradar, o sea de mostrar ese agradecimiento (abyecto) de estar viva, Claudia—, así fue que me desnudé y miré mis llagas y los retoños de sangre. Y luego lo vi a él desabotonarse la guerrera, abrirla hasta el último botón, exhalar un suspiro —cualquiera habría dicho que salía de una armadura— acariciarse o aplacar el pecho lampiño donde brillaba el sudor. Noté esa extraña apariencia física, mezcla de asceta y atleta, un esqueleto delgado, esmirriado, casi femenino, sobre el cual los músculos habían sido implantados por una fuerza ajena, temida y repudiada. Y en esa intimidad que el silencio y el agradecimiento creaban entre nosotros, una pena repulsiva me llevó a imaginar el cuerpo del niño flaco, debilucho, nacido para otra cosa, intimidado y sometido y abusado por la voluntad que había trabajado esos pectorales, que había levantado los hombros enjutos, que había dilatado el hundido y despreciado pecho. Los esfuerzos a los que alguien —y lo peor es que era él mismo— lo había obligado para estar a la altura de una raza. Luego Cáceres se llevó la mano al bulto de la erección, tal como había hecho antes de azotarme por segunda vez, y yo volví a comprobar que la regla me había medido perfectamente, pues esta vez no necesitó insistir para que yo me acercara, y manipulara el cinturón y los botones, y lo «sacara». Y cuando lo hube «sacado», el peso de una sola mirada de Cáceres fue suficiente para ponerme de rodillas, para que mis ojos quedaran a la altura del sexo enhiesto, en primer plano, asentado sólidamente sobre los oscuros testículos erizados, el falo grueso cuya punta brillaba ahora, satinada, cercanísimo y sin embargo tan distante, como la cúpula de una torre temblando tras el paredón de aire líquido del desierto (o tras un velo de lágrimas). La torre de una ciudad prohibida, o la

atalaya de un campamento de prisioneros, o el mástil de un barco lleno de muertos. Porque en ese momento me llegó su olor (debiera describirlo, Claudia, para que no quede nada pudriéndose en la memoria, pero ¿cómo describir el olor de la regla que me medía, de la norma que me encarnaba, de la tabla de esa ley perdida?). Y yo sentí una arcada, y me doblé más, y al hacerlo, alguien en mí hacía una reverencia, Claudia.

Después Cáceres me tocó con el dedo y yo supe que debía tumbarme de espaldas y abrir las piernas. Con una suerte de asombro lejano, alcancé a darme cuenta de que no sentía ningún pudor, que también en esto la tortura había creado entre nosotros dos, desconocidos, una intimidad que parodiaba la de un amor. Y que, tal como en un amor, no se necesitaba hablar, porque el silencio es más íntimo que el lenguaje, el silencio implica*, Claudia (nos implica). En ese silencio Cáceres se recostó sobre mi cuerpo. Lo hacía con cuidado, casi con gentileza, sosteniéndose para no pesarme. Con la misma delicadeza con la que apoyó la punta de su sexo contra el mío, sin presionar todavía. Y solo entonces, quizás, habló, o no, porque apenas lo oí y tal vez no decía nada, cuando me dijo, cerrando los ojos: «Voy a salir». Y entonces entró*.

(Sobre lo que no es posible hablar es preferible callar, escribió aquel místico atormentado que quiso ser filósofo. Mi mano ha tarjado varias veces esta página, he clavado en ella la punta del lápiz hasta agujerearla, he sentido que no bastaba con arrugarla y arrojarla lejos, que no bastaría con echármela a la boca y devorarla y luego vomitarla, que sería necesario encontrar una forma de hablar que fuera como callar... Hablar de lo que había hecho mi lengua: del modo como había lamido el canto de acero de la norma, del mismo modo como antes había confesado donde estaba el prisionero, al que ridículamente había creído poder amparar, y al que había entregado, y entonces: «¿Ahora qué importancia tiene que te entregues a mí?». Hablar de todo lo que había hecho mi lengua, y enseguida cortármela).

En algún momento abrí los ojos y me encontré montada sobre él. Por unos instantes tuve la vertiginosa curiosidad de saber quién violentaba a quién, y creí que cabalgaba de noche a galope tendido en la oscuridad, sin estrellas que me guiaran, y me pareció oír que el pura sangre relinchaba desde su establo (si es que no fui yo...). Y luego estábamos al pie de la

mesita de centro, ratona, con los cursis recuerdos militares. De pronto estiré el brazo y me encontré en la mano el corvo de plata con la hoja grabada. Sin pensarlo, empuñé el arma, la alcé. El hombre de espaldas sobre el piso me vio y cesó de moverse, pero no me interrumpió. Yo sostuve el arma con las dos manos sobre ese pecho hundido, donde una disciplina más parecida al desprecio había trabajado los músculos correosos. Y durante ese momento se habría dicho que era un niño abusado el que me miraba desde el piso, hechizado, no como si me viera a mí, sino a una imagen antigua y añorada que casi había renunciado a esperar y que de pronto estaba ahí. Como si yo fuera, tal vez, la sacerdotisa de un culto primordial, en el cual los sacrificios permitían ver el corazón, ese corazón que él se mordía. O como si yo fuera la propia imagen de la Patrona —patrona de los ejércitos— que él había ido a saludar el mismo día que llegó al oasis, el icono que contemplaba nuestra vacilación desde el escritorio con las manitos juntas sosteniendo el escapulario, casi en el mismo gesto con que yo empuñaba el cuchillo. Los dos la miramos contemplarnos, a Ella que lloraba, pero sonreía. Y de pronto me pareció que el mayor también iba a llorar, pero que sonreía. Me susurró: «Hazlo, Patroncita. Ahora, ahora».

Y yo vacilé, Claudia, vacilé unos segundos, mis dedos crispados sobre el arma que empuñaba, mi vientre crispado en torno al arma que me penetraba (imagen de la imagen, ¿quizás yo también, como la Patrona, me dejaría adorar por el baile de los diablos?). Y esos segundos bastaron, porque entonces Cáceres volvió de dondequiera que había ido a encontrarse, es decir, volvió a su ausencia, y me dijo, y hasta él se sabía indigno de su tristeza: «Entonces, ¿quién sería el verdugo?».

Luego me arrebató el corvo, en ese mismo envión se volteó sobre mí. Y él sí se clavó a fondo. Hice un esfuerzo final para rechazarlo con las piernas, pero mi cuerpo había perdido la lucha mucho antes. En cambio, me encontré abrazándome a él, colgándome de sus hombros y su cuello. Porque en ese momento el piso que olía a ceras aromáticas, el hogar del Mayor, el patio alambrado, la depresión del oasis, el desierto, empezó a colapsar, a hundirse sobre sí mismo en un orgasmo negro y sin fondo, un orgasmo sin corazón, como si el sol se precipitara sobre ese mar ausente desde un millón de años, el sol iracundo cayendo sobre los salares en un

fuego tan intenso que las tablas de toda ley ardían —excepto esa tabla a la que me aferraba: el cuerpo de mi verdugo—. El cuerpo de mi verdugo era, paradójicamente, esa tabla de salvación en el naufragio del desierto, en esa ausencia que, alrededor de nosotros colapsaba, se hundía y desaparecía. Mi verdugo era la única defensa que me quedaba contra su misma violencia, la única compañía en esa perfecta soledad. Y sin comprenderlo supe que ese orgasmo negro era la forma primordial del agradecimiento que él me había predicho: estaba viva en medio de la muerte, gracias a que me aferraba a la propia muerte. En medio de sus lágrimas, la Patrona sonreía. Y entonces lo sentí derramarse en mi interior.

23

Iluminado de los subterráneos a las azoteas, enalteciendo un costado de la plaza, como un armario dispendioso, el Hotel Nacional brillaba contra el cielo cobrizo del último sol. Parecía devuelto a sus días de gloria, cuando era la posta obligada para los mineros ricos que emergían del desierto y se gastaban allí fortunas, perdiendo con silenciosa terquedad la plata o el cobre o el salitre, inclinados sobre los tapetes y las ruletas, siempre peleados con la suerte, nunca lo bastante ricos para manumitirse de su obsesión, festejando y pagando mandas en la Basílica del frente, antes de volverse a los piques y los tajos y las calicheras, con los bolsillos vacíos y los ojos inyectados y rabiosos. Entre las luces y los oropeles y los balcones abiertos, toda la ciudad parecía como ese hotel: el recuerdo y la nostalgia ávida, actualizada, de un viejo esplendor: ser ricos y a la vez inocentes. Y en la plaza y las calles circundantes, anónimos y enmascarados, girando en sus sitios de baile, u orando en la fila de miles que aguardaban para entrar a la Basílica, los penitentes pedían también por sus propias prosperidades, y su inocencia.

Laura observó su reloj. Eran las siete y tres minutos y ya había caído la noche en Pampa Hundida. Arriba, tras las cornisas del hotel y encima del palio del cielo polvoriento, un último rayo de sol pasaba horizontal por sobre la depresión del oasis, filtrado por la tormenta de arena que se había calmado de pronto, al bajar la temperatura, como si alguien, al poniente, hubiera apagado las turbinas del día. Habían pasado casi dos horas desde la llegada del ministro y desde que dejara a Claudia encadenada al portón del campamento, gritando las consignas que el viento arrebataba y enmudecía. Haciendo hora hasta la cita que le había dado don Benigno Velasco, Laura había ido a ver a

Iván en la comisaría y luego se había dejado extraviar en la fiesta, a pie por la ciudad. Dándose tiempo para pensar se había perdido entre el gentío, dejándose arrastrar por las mareas humanas que se cruzaban, succionada por la corriente de una cofradía en procesión, su banda y sus bailarines, los estandartes y el pito del alférez, llevada luego por las estelas olorosas a sudor de los cuerpos disfrazados que volvían agotados de danzar, refluyendo a las afueras por una calle lateral. Hasta que finalmente otra banda la había devuelto a la calle ceremonial, a la avenida Santos, en dirección a la plaza, hacia el hotel.

—Está en la suite presidencial, magistrada —le comentó el anciano conserje de ojos transparentes que trabajaba allí desde mucho antes de su primer período en Pampa Hundida—. Siempre la reservamos por si viene a la fiesta una autoridad de gobierno. Hacía años que no nos honraba una...

La provincia reservando sus mejores galas para el gobierno central, siempre. El conserje inclinó respetuosamente hacia ella su alba frente trizada por una vena verde. Parecía que él también hubiera sido importado de Francia hacía cien años, junto con el menaje. Y había corrido la misma suerte que las arañas de lágrimas faltantes, los gobelinos apolillados y la porcelana trizada: se había vuelto impar, ya no había repuestos para seres como él en este mundo.

En el bar contiguo a la recepción, algunos caporales y mandarines de las cofradías más importantes, con sus brillantes trajes de luces y las máscaras diabólicas sobre la larga barra de caoba, calmaban la sed bebiendo jugos que el barman les combinaba discretamente con un chorrito de licor, bajo la barra, burlando la ley seca.

Laura trepó las vastas escaleras de roble, alfombradas, hasta el tercer piso. Las puertas dobles de la «suite presidencial» estaban entreabiertas. El secretario se afanaba sobre un teléfono-fax. Le gritaba al auricular: «¡Todavía no recibimos nada, nada... Nadie duerme siesta hasta las siete, despiértelo, dígale que lo llama el ministro». Todo en él era de color café, desde el traje marrón hasta las sucias pecas del cráneo y los bolsudos ojos de perro extraviado que se dilataron cuando la vio en el umbral.

—Magistrada, el ministro la espera, voy a avisarle —y colgó

apresuradamente.

El secretario dejó el saloncito y desapareció en la habitación contigua. Laura alcanzó a oír un rezongo, luego un par de sonidos secos, similares a unas bofetadas en el rostro de un desmayado. Finalmente, don Benigno Velasco apareció ordenándose los pelos grises, el suéter tejido a palillo, y vino hacia ella con esa extraña agilidad de ciertos contrahechos. Tenía un defecto congénito en las caderas que lo obligaba a caminar escorándose, como si el mundo se bamboleara bajo sus pies. Y medía no más de un metro y cincuenta. La tomó de ambas manos, los ojillos legañosos de gnomo sabio la recorrieron de pies a cabeza, afectuoso, imperativo, contumaz en el optimismo.

—Laurita, gracias por venir.

—¿Cómo estuvo la reunión de concejo?

—Larga y sentimental —le contestó el ministro—. Lamento que no te haya podido invitar pero me pidieron que fuera a puertas cerradas, y acentuaron que eso te incluía. Para llevar solo tres días de regreso, has hecho bastantes enemigos.

—No vine a hacer relaciones públicas.

El ministro se rió con evidente placer:

—Claro, claro, sigues siendo la misma. El tiempo no pasa por ti.

Aunque en realidad era él quien parecía inmune al tiempo, a los recesos, a la lenta maduración en el escepticismo, en el realismo político, que le había impuesto la dictadura. A Laura se le antojaba que siempre había tenido el mismo aspecto, desde que ella se asomó al mundo de la justicia, veinticinco o veintiséis años antes. Y hasta la caspa sobre los hombros desiguales parecía la misma. Había sido su primer profesor en la Escuela de Derecho. Luego su examinador cuando dio su oposición final, de grado. Y la había aprobado con la nota máxima. Laura tuvo una visión: una muchacha demasiado flaca, de vestido blanco, sentada en el solemne escenario del Aula Magna, frente a la comisión que presidía el hombrecillo. Alguien le había puesto un cojín al presidente para que asomara mejor sobre la mesa. Pero con eso las piernas le colgaban sin alcanzar el suelo.

Lo había vuelto a encontrar cuando ella ingresó al poder judicial. En

su tétrico despacho de la corte, con el ujier dormido sobre una sillita de paja y las altísimas cortinas moradas, siempre corridas para amortiguar los ruidos de la calle. Ministro de la Corte de Apelaciones, inamovible y lisiado como las cariátides en la puerta de su palacio, una con la espada, la otra con la balanza, ambas ciegas, vendadas. Había sido uno de los pocos jueces que había renunciado por razones de conciencia durante la dictadura.

Y en premio, desde hacía dos años, era el ministro de Justicia del nuevo régimen democrático. El mismo a quien ella había llamado tres meses antes, desde Berlín, para pedir que le devolvieran su puesto, conforme a la Ley de Reparación a los Perseguidos Políticos.

El secretario se retiraba, discretamente. Laura lo sintió salir, más que lo vio; ese hombre era como una corriente de aire, no se notaba hasta que alguien sentía ganas de estornudar, y para entonces el mal ya estaba hecho.

—De modo que vino a la fiesta, ministro.

—Las autoridades de acá me rogaron, casi me obligaron a venir. Gracias a ti... —le contestó él, encaramándose en una poltrona de cuero abotonado.

—¿He hecho algún mérito especial?

—Esta Laurita, ¿siempre buscando la equidad, en todo?

—Una vez creí que todos la buscábamos, en nuestro servicio.

La «equidad». Parecía que hablaran de una vieja conocida, a la que echaban de menos desde hacía años. Las ventanas que daban al balcón estaban abiertas y el bullicio de la fiesta hacía un extraño contraste con los muebles dorados de la suite presidencial, con la lámpara de tela floreada, con el espejo cariado, puesto a una altura tal que el ministro no conseguiría mirarse en él (quizás para mejor).

—Sigues igual de romántica. Te recuerdo en clases: mi mejor alumna y siempre con la pregunta más difícil de contestar.

—En eso no he cambiado, todavía no tengo las respuestas.

Y al decirlo, inevitablemente, Laura sintió el tirón del cordón umbilical que la ataba a su hija: ninguna de las dos tenía las respuestas.

El ministro sonrió melancólicamente. Dos profundas arrugas le

escoltaron la mandíbula inferior. Más de veinte años después, Laura supo lo que siempre le había sugerido la sonrisa de ese hombrecillo contrahecho: el muñeco de un ventrílocuo. Las manos delicadas, como de loza y la poderosa cabeza que se movía con cierta independencia del cuerpo baldado. Daban ganas de mirar si había alguien tras la poltrona, quizás su secretario, manipulándolo. Se produjo un silencio: Laura tuvo la sensación de ser sopesada, de que su futuro estaba en una balanza como en aquel remoto examen de grado. La débil luz no llegaba a todos los rincones de la vasta suite y era perfectamente imaginable que el resto de aquella comisión la estuviera atisbando desde las sombras de los profundos sillones.

—Encontré un poco desordenado tu tribunal —le dijo por fin don Benigno.

De modo que había ido hasta el lugar del crimen, en su ausencia. No cabía duda, seguía siendo el hombre de siempre, utilizando su defecto, moviéndose mucho más rápido de lo que nadie anticiparía en un contrahecho, adelantándose a quienes perdían el tiempo en compadecerlo.

—No es desorden —le siguió la ironía, Laura—, es un orden distinto que se practica en esta ciudad.

El ministro se adelantó un poco hacia ella, cruzó las blancas, sabias manos, mientras la examinaba. Parecía sinceramente extasiado y a la vez triste, como quien contempla un objeto hermoso, una estrella fugaz o un arco iris, sabiendo que no va a durar.

—Laurita, ¿es posible que hayamos cometido un error decidiendo devolverte a tu pasado?

—Ustedes solo cumplieron la ley, fui yo la que decidí.

El ministro hizo un esfuerzo, intentando pararse. Extendió la mano hacia ella pidiendo su ayuda. Laura sonrió, reconociendo la táctica: a voluntad, don Benigno Velasco podía moverse tan ágilmente como cualquiera o requerir los privilegios de un inválido, de un viejo baldado, con la pelvis aplastada y las piernas separadas en ese ángulo imposible, al que había que apoyar y consentir. Laura le ofreció el brazo y caminaron juntos saliendo al balcón.

Abajo, en la gran explanada de la Plaza de la Matriz, la multitud

bailaba y cantaba (nosotros bailábamos y cantábamos), los espectadores formando círculos en torno a las cofradías que danzaban sus coreografías casi sin desplazarse de sus lugares. Cruzando en diagonal la plaza, la larga fila de penitentes serpenteaba esperando para entrar a la Basílica y acercarse al altar de la Señora. De pie o en sillas de ruedas, apoyados en muletas o arrastrándose, exhibiendo con una mezcla de naturalidad y orgullo sus cojeras, sus mutilaciones, sus llagas y sus chancros indecibles, los peregrinos hacían hora aguardando una esperanza de salvación. Mientras los vendedores les ofrecían un adelanto: botellas de agua bendita con las formas de la Señora, láminas tridimensionales del Nazareno, corazones de plástico sangrantes que debían prenderse en el lugar del propio, herido, corazón. Y a ambos lados de ese río de dolientes (a ambos lados de nuestro río de dolor) las cofradías continuaban danzando, siguiendo el ritmo de sus respectivas bandas de música. Nadie organizaba sus bailes ni armonizaba sus melodías. Y sin embargo, desde la altura del balcón, una gravedad antigua, primordial, venida de la noche de los tiempos, ligaba a los peregrinos que sufrían y a los que cantaban, a los que se arrastraban en la fila y a los que giraban con sus antorchas en órbitas inconexas y a la vez precisas. Un orden que a Laura le pareció, de nuevo —como cuando Mamani se lo había mostrado desde las ventanas del Salón de Concejo— tan originario y poderoso como el de las estrellas en el combado cielo de la ciudad ya completamente oscuro. El cielo del cual pendía esa polvareda finísima y densa a la vez, que se levantaba desde la plaza y la cubría como un velo, como un sudario, como el alma misma de la muchedumbre en trance, que se elevaba. Y todavía faltaban varias horas para que el cuerno de la luna asomara por el oriente.

A través de ese velo, Laura lograba ver la otra esquina de la plaza y más allá, en la siguiente cuadra, las ventanas de su juzgado, abiertas e iluminadas. Seguramente era Fuentes que se afanaba aún, limpiando y ordenando lo que había quedado de su tribunal, después del robo. O cumpliendo cualesquiera que fueran las órdenes que le había dado el ministro en su visita.

Indicando a la muchedumbre con un gesto general y a la vez

posesivo, con una vieja familiaridad, con el residuo de un entusiasmo, el ministro le dijo:

—¿Te das cuenta? Son ellos, Laura, ellos, después de tantos años de enseñarlos como una abstracción, como una mitología, ahora me los vengo a encontrar acá. Los festejantes de Dionisio, los que conocen la noche del mundo.

Laura observó a los diablos danzantes, en la dirección que indicaba el dedo pálido del ministro. Recordó a Mamani el día anterior, en la municipalidad, narrándole la leyenda del diablo verdadero mezclado a la muchedumbre, y al padre Penna, formulando su pánico cuando golpearon a las puertas de su Basílica. «¿Los oye?», le había preguntado, indicando a algo aun más antiguo que la costumbre y el rito, algo que coreaba detrás de los tambores y las tubas y los pífanos, detrás de las oraciones, acaso en el silbido de los flagelos.

—Podría haberlos visto mucho antes, si se asomara a su balcón del ministerio —le comentó ella, reprimiendo mal su impaciencia.

—Pero allá no tengo tiempo. No tuve tiempo ni siquiera para preguntarte, cuando me llamaste desde Berlín, por tu libro, por tu *Moira*.

De pronto, Laura intuyó cuánto la había esperado él, cuánto la había ansiado, cuánto había anticipado este retorno desde mucho antes de que ella supiera que iba a volver. Y el ministro le confirmaba, con una especie de ferocidad feliz, con una felicidad feroz:

—Sí, leí tu libro, Laura. ¡Leí tu libro!

—¿En alemán?

—Eres cruel con tu viejo maestro ignorante. Me enteré por las recensiones, por los comentarios, te seguí la trayectoria en las revistas especializadas, admirando tu valor intelectual, tu creatividad, tus hipótesis cada vez más arriesgadas. Sintiéndome cada vez más orgulloso, si me lo permites, de mi alumna. Y un poco envidioso, te lo confieso.

Orgulloso de ella, y envidioso. La había seguido, le decía, y en su voz había un matiz de admiración y otro de rencor, como si le cobrara lo que le había costado a un baldado como él seguirla cuesta arriba en sus atrevidas ascensiones en pos de una verdad que mintiera menos

que las otras. Le llegaban sus artículos en revistas especializadas, en otros idiomas y se afanaba, encerrado en su bufete de abogado sin clientes, durante la dictadura, traduciéndolos él mismo con ayuda de un diccionario, línea por línea, gastándose los ojos, pero maravillado, maravillado. En la miseria de su receso político, había llegado incluso a traducir —y luego publicar— una de sus monografías:

—Aquella sobre mi tema, sobre justicia y tragedia, Laurita— le decía ahora, recordándole que le había mandado la revista, dedicada.

La había traducido porque le había parecido la más definitiva, o acaso la más comprensible... Solo para comprobar después —con admiración renovada y antiguo espanto—, que en el siguiente ensayo ella ya había elaborado una idea aún más audaz y provocativa. Una idea que tal vez él, con un poco más de suerte —sabiendo idiomas de verdad, o estudiando en otro lugar, como ella— pudo haber llegado a intuir..., pero que no había intuido. Hasta que las leyó en sus ensayos, con ayuda de un diccionario, lápiz en mano, subrayando los hallazgos y las incógnitas. Hasta que apareció el libro de ella: *Moira*.

—Y ahí sí que me superaste. Ahí tuve que esperar, durante años, la traducción completa para entenderte.

Y cuando dijo «traducción», bajó la cabeza, con cierta resentida humildad. Había tenido que esperar ardiendo de impaciencia a que saliera la traducción para confirmar que ella desde su exilio, en otro idioma, en todos estos años, había ido tan lejos, había llevado ese embrión de sus ideas tan lejos. Y que lo había criado y desarrollado y educado y enderezado, haciendo crecer algunos de sus conceptos mucho más alto que sus propias consecuencias. Hasta tan alto que solo ella y él —le insinuó, casi como si formulara un secreto de amantes— podrían reconocer que la primera semilla de esa noción la había plantado él en ella...

—Yo en ti, Laura. Me sentí tan orgulloso. Y algo envidioso, te lo confieso, pero no por tu éxito...

Se apresuró a negarlo, agitó la mano de muñeco delante de ella, que no se le pasara por la cabeza que él podía sentir esa clase de envidia, no. Se había sentido envidioso de aquello que no entendía del todo. Envidioso de lo que no entendía.

—Por eso, háblame de Moira —le rogó el ministro.

Que le hablara de ella, de su hallazgo: la madre de los dioses, la oscura, la terrible necesidad, el espíritu femenino que soplaba sobre las aguas aun antes que ningún Dios las creara, la necesidad que estaba por encima incluso de Apolo y de Dionisio, de las cuidadosas ansias de equilibro y de la nostalgia del abismo. Moira.

—Háblame, háblame de Moira, Laura.

Cómo la había admirado, como la había, casi dijo otra vez, envidiado, pero fue otra palabra la que asomó y reprimió en sus labios: deseado, quizás deseado. Pero se tapó los labios con la manito que parecía de loza, la mandíbula inferior escoltada por esas profundas arrugas, y no se pudo saber lo que había deseado. Lo que acaso era lo mismo que añoraba, mientras contemplaba a la multitud bailando en la plaza; él que jamás había podido bailar.

Así fue que, cuando recibió la llamada de ella desde Berlín, pidiéndole que influyera para que la restituyeran en este puesto vacante y remoto, no había dudado un segundo en mover cielo y tierra para devolverla a su país y a la gente que como él la esperaba para reanudar el diálogo que nunca debió haber cesado. Para exponerle lo que él mismo había hallado en los veinte años en los que habían reflexionado por separado. No podía creer a su suerte, el ministro. Si ella se hubiera quedado en Berlín, en la ciudad donde había caído el muro, el muro de la justicia apolínea que ella había anunciado que caería, la habrían cubierto de honores, muchos más de los que ya había recibido. Y jamás habría vuelto.

—Fuiste una Casandra allá, Laura. No podía entender que quisieras volver...

No lo había entendido y sin embargo, baldado y ágil, doblemente ágil por eso mismo, como siempre, no había dejado pasar la oportunidad: la había hecho nombrar, había aceptado su deseo aun cuando no pudiera siquiera intuir las razones que la llamaban de vuelta a ese poblado remoto y salvaje, en ese país del fin del mundo, donde él había desperdiciado su inteligencia (pero al decir esto último se tapó la boca con la manito de loza, así que quizás no lo dijo). En fin, la había traído como a una hija pródiga, solo para tener esta

conversación alguna vez. Y en ella, a su turno, contarle humildemente —«humildemente» le dijo, y sonrió para que no le creyera—, contarle lo que él había descubierto, lo que enseñaba ahora.

—Ya lo sé, mi hija me ha contado que ahora usted enseña los derechos de Dionisio.

—De tal palo tal astilla. Tu hija es atrevida e inteligente como tú. Y lleva sus ideas hasta las últimas consecuencias, como hemos visto hoy en la reja de ese campamento. Me enorgullece que te haya mencionado mis lecciones. Creo que no te avergonzarías de mi actual curso, Laura, ex alumna mía —casi pareció que le iba a decir: hija mía, y se enderezó, de pronto, un poco, como si su deformidad fuera en realidad un disfraz, un traje grande dentro del cual se había escondido un niño—. Creo que mi nuevo curso no está nada mal. Que lo aprobarías. Aunque lo haya discurrido solo, en la soledad, un oscuro profesor en el borde del mundo conocido...

Esto podía decírselo sin riesgo, ya que ella sin duda lo había descubierto cuando tuvo la suerte de ir a las fuentes, sin duda se había dado cuenta de que él no era más que un regurgitador, un miserable epígono leyendo filosofía del derecho en traducciones, un oscuro profesor en el borde del mundo conocido. Y sin embargo, a través del velo de Maia de su ignorancia, él había tenido su atisbo de la verdad, también. Al leer el libro de Laura, cuando por fin fue traducido, creyó saber enseguida cuál era la única interpretación válida, la que él mismo había oscuramente intuido en esos años; y en ella basó su nuevo curso, cuando le devolvieron su cátedra al retorno de la democracia. Fundamentó su curso en esa interpretación de su libro, de Moira. Pero no solo en eso. Habría sido apenas mejor que un plagio si hubiera hecho tal cosa —y él no haría tal cosa—; también había basado su curso en su propia experiencia. Porque no solo ella había sufrido la revelación de Moira. También a él esa época lo había rebautizado con el terrible y paradójico privilegio del desencanto. También a él la edad le había frotado en los ojos lo que ella había denominado el «ungüento de la desilusión», y lo había cegado. Había cegado en él los ideales apolíneos, claros, rectos, de la juventud y al hacerlo, paradójicamente, le había abierto otros ojos. Los había

abierto, esos nuevos ojos, a la justicia como fatalidad, como resignación, como claudicación, incluso. Ante el poder sin fondo de Dionisio, ante la noche oscura del mundo, como la llama Hegel —pronunció «Jejel», el ministro, y bajó la cabeza, hizo una pequeña venia— ante la noche que baila y se estremece, ante el terrible pero bello poder del mal, solo quedaba reconocer y practicar una justicia de lo posible.

—Sí, cambié, Laura. Cambié mi doctrina, basándome un poco en tu libro. La di vuelta del revés, abofeteé a la esfinge para que mirara hacia el otro lado, el lado terrible que no quise ver en mi juventud.

Había cambiado, en esos veinte años; no solo su curso sino él mismo. No solo él, sino que la justicia también. La justicia había dejado de ser una autoridad intangible, la majestad de la ley había caído en desuso, como el muro de las convicciones absolutas que también había caído —en Berlín—. Ahora, para bien y para mal, en las familias así como en las sociedades, la justicia dejaba de ser un ideal y transaba con el mundo: con las necesidades de la fe, con los sobornos del presente y el olvido, con la medida de lo posible. La pesada espada de la justicia —y el ministro enarboló una espada imaginaria, una cimitarra que blandió jugando entre ambos— se convertía en un juguete, su poder de juzgar cortando y separando lo bueno de lo malo, caía en desuso (y Laura evocó la espadita de juguete en la mano de la estatuilla que los asaltantes habían roto, la noche anterior, en su tribunal). Los tiempos —y no solo él— habían cambiado. De ahora en adelante se viviría más bien en el reino de la balanza —y el ministro sostuvo una delicada báscula entre sus dedos de loza. El bien y el mal ya no lucharían entre sí; se sentarían a la misma mesa y pesarían sus intereses. Nuevos tiempos que requerirían nuevos jueces.

—... árbitros en lugar de jueces. Tú lo viste mejor y antes que yo. Comprendiste lo que yo jamás pude. Leíste esas líneas en su idioma y comprendiste lo que dice Nietzsche —el ministro pronunció «Nitzshie», e hizo otra pequeña venia, o era el trémulo escrúpulo del hombre que traducía con diccionario, cuando citó para ella—: «Todo lo que existe es justo e injusto, e igualmente justificado».

Había algo en sus ojos, los ojos que ese ungüento de la época había quemado para que los abriera de nuevo (desengañado), los ojitos legañosos, purulentos de la máscara, algo en ellos que no era una lágrima, tal vez una chispa, la de un dolor que ardía y quemaba. Laura casi podía leer lo que esos ojitos cegados al ideal y abiertos a la necesidad, habían creído leer en su libro: era terrible pactar y era necesario pactar con lo terrible.

—Entonces me sacó al balcón para que le explique mi libro.

—Te saqué para mostrarte a alguien más que necesita justicia: yo —y se apuntó con el dedito al pecho descuadrado—. Sí, explícame. Háblame de Moira. Dime que no me he equivocado.

Que le dijera que no se equivocaba. Que, en efecto, la clara luz de Apolo que enseñó en su juventud se había transformado en una llamita temblorosa, que el rostro de la justicia era solo una máscara más arrancada a la noche del mundo, al caos de Dionisio. Poner una máscara de legalidad sobre el hirviente, oscuro, borbotear de la injusticia. Eso era todo. Y por tanto, lo único posible era compensar a las víctimas ya que no podía repararse la tragedia.

—¿O no, Laura? ¿Qué diría Moira? Pero no, ya es tarde. No hablemos de ella —le repitió.

Y sin embargo, los ojitos legañosos, huidizos y posesos, traicionaban su expectativa, la seguían interrogando con una pueril esperanza, jugada al todo o nada de su apuesta.

Laura lo quedó mirando, extrañando su propia falta de lástima, su asco, casi, ante la ilusión del maestro; y le dijo por fin, implacable, anterior, cortando el hilo de una vez:

—No. Moira no dice eso, no propone ninguna compensación. Yo no escribí eso. Usted tradujo mal, entendió mal, ministro.

El ministro parpadeó, pasó el peso de una de las caderas tullidas a la otra, lentamente. La luz de esperanza pueril se fue apagando en los ojillos legañosos que cambiaron de color y retrocedieron, como si volvieran al interior de una máscara. La mandíbula inferior, de muñeco de ventrílocuo, subió lentamente encajando en el resto del rostro, que se endureció y aclaró a la vez.

—Muy bien —suspiró, de modo que ese «muy bien» sonó a todo lo

contrario, a una llave cayendo en un pozo—. Hablemos entonces de tus causas pendientes. Lo prioritario es que me entregues el expediente de la querella por profanación, con la prueba que contiene.

—¿Fue lo que decidieron en el Concejo Municipal?

—Yo lo he decidido. Mi deber es oír a las autoridades electas... Empezaron a llamarme desde anteayer, desde el mismo día en que llegaste, alarmadas: la fiesta, la fe de esta multitud están amenazadas, toda su ciudad quedaría en entredicho.

—Por no hablar de su prosperidad.

—Y quizás hasta la prosperidad nacional, Laura. Las pequeñas escaramuzas de esta provincia podrían transformarse en una guerra de nivel nacional. Por eso vine. Anoche robaron en tu juzgado. El abogado Martínez Roth recibió una golpiza y tuvo que esconderse, amenazado de muerte...

—Tiene más información que yo.

—Es mi obligación. Y puedo seguir: un grupo de muchachos exaltados ya ha venido de afuera, a agitar, liderados por tu propia hija, mi excelente alumna. Un oficial en retiro se batió con obreros municipales. Se ha disparado un tiro...

—Y teme que se oiga hasta su ministerio.

—Se oirá en todo el país, Laura, si no le ponemos un silenciador ya mismo. Entrégame el expediente, y podrás lavarte las manos de todo este asunto. Se lo traspasaremos a otro juez para que rechace esa absurda querella por profanación que no tiene asidero alguno. Y te habrás quitado el peso de este juicio de encima.

—Y usted se quitará a Pampa Hundida de encima.

—¡Este poblacho absurdo con un nombre ridículo! —exclamó el ministro, golpeando la carcomida baranda del balcón con una de sus manitos de loza que de pronto pareció de hierro blanco, pintado, o de mármol—. ¡Estos imbéciles del Concejo local le temen al escándalo de una profanación, y para evitarlo incluso facilitarían un juicio espectacular contra Cáceres! ¿Puedes creer que hasta me sugirieron que estarían dispuestos a aportar pruebas acerca del lugar donde fueron enterrados los detenidos desaparecidos? ¡Estos provincianos ingenuos quieren apagar un incendio echándole gasolina!

—En cambio, el gobierno preferiría que el incendio nunca hubiera existido.

—No he dicho eso... —dijo el ministro y miró hacia abajo, buscando algo o asegurándose una vez más de que nadie podía oírlos.

Laura observó, fascinada, el perfil aguileño, tembloroso, recortado contra las luces de la fiesta. Le habría gustado apartarse para estudiar el fenómeno: las metamorfosis que podía hacer la voluntad en un cuerpo baldado. Y el extraño cuadro que debían formar ambos mirados desde abajo: la jueza sin poderes junto al ministro tullido.

—Más vale que pida mi destitución ahora —le dijo Laura.

—Jamás he solicitado destituir a un juez. Y menos a uno que acabo de influir para que nombráramos. Sería como reconocer que lo hicimos y nos equivocamos.

—... ustedes que no pueden fallar.

—Exacto. Continúa con tu trabajo y olvídate de esa querella absurda. Estás en plena Diablada. Es temporada alta para la justicia en esta ciudad. Esta noche la cárcel estará llena y el lunes tu tribunal atestado de riñas, de robos, de homicidios pasionales. Hallarás unos cuantos culpables chicos, afuerinos como siempre, la inmensa mayoría será inocente, y tú podrás dormir en paz. Solo pido que me entregues ese expediente y dejes todo este asunto en mis manos.

—No.

—Laurita, esto es grave, te lo imploro... —imploró el ministro bajando mucho la voz; pero su tono lo traicionaba, no era el adecuado, no estaba acostumbrado a implorar.

De pronto, se le hacía evidente por qué la había sacado al balcón: no solo para preguntarle por Moira, no solo para saber si la había interpretado bien cuando basó su nuevo curso en los derechos de Dionisio y en la justicia compensatoria, sino para que nadie, ni su jefe de gabinete, oyera sus palabras:

—No se trata solamente de la oposición de toda una ciudad, sino de la Iglesia y especialmente la oposición del Ejército.

—Con el cual, la primera obligación del gobierno democrático es mantener las mejores relaciones —le completó Laura, sintiendo que citaba a alguien.

—La transición democrática no soportaría un conflicto directo con las Fuerzas Armadas y la Iglesia, juntas... Tu análisis es correcto, Laura. Como cuando eras mi mejor alumna.

—Acabo de darme cuenta de que ya no aprendo tan rápido.

—Laura, vuelvo a implorártelo... —volvió a implorar el ministro, pero ahora su tono era aún menos implorante, más perentorio. Toda la fuerza de voluntad necesaria para acarrear ese cuerpo contrahecho, durante toda una vida, escaleras arriba del poder, refutaba al verbo implorar.

—No puedo. Aunque yo quisiera, hay un abogado querellante.

Fue su primera falla en esa conversación, y Laura la lamentó de inmediato.

El ministro la observó un momento antes de sonreír, se habría dicho que con tristeza, como si lo obligaran a algo que preferiría no hacer.

—Eso puede arreglarse. Martínez Roth es un joven brillante, buen mozo y con ambiciones políticas. Podría tener un gran futuro. Una carrera formidable como diputado por la zona, por ejemplo... Todos podríamos tener un gran futuro, Laura. Para ti, lo vislumbro —y entrecerró los ojos como si soñara en voz alta—: un sillón de Corte...

—No estoy interesada en la Corte.

Don Benigno Velasco retrocedió un paso, tomando distancia en el balcón, ante la muchedumbre que cantaba, bailaba y rezaba. Laura no pudo menos que admirar el ceremonial del ministro, su don de escena, su intuición de lo simbólico: el poder se apartaba de ella y la dejaba sola ante el pueblo, en ese balcón. Y el ministro se frotaba las manos, con frío, o acaso lavándoselas.

—Debo entender entonces que te niegas a mi petición expresa...

—Mientras yo sea la jueza de esta ciudad, el caso es mío y lo resolveré a mi modo.

—Es tu derecho. Mientras tanto debo advertirte que he pedido a la corte la designación de un ministro en Visita que venga y se haga cargo. Si no me entregas el expediente a mí, a él tendrás que dárselo.

Laura sonrió: un ministro de corte vendría a hacer lo que el ministro de Gobierno dejaba pendiente. Así, ni él mismo ni el Gobierno aparecerían desautorizando a la jueza que hasta hace poco ellos

habían promovido. Y tampoco se alinearía visiblemente con la ciudad y sus autoridades, en contra de la querella. No, como siempre, Don Benigno haría que fuesen otros, la mano de gato del Poder Judicial la que le sacara esas castañas del fuego...

El ministro volvió a entrar en su suite. Parecía haberse escorado aún más sobre las caderas deformadas. «¡Contreras, Contreras!», gritó, llamando a su secretario: «¿ya llegó ese fax? Y tráeme mis calmantes, las piernas me están matando».

Laura cruzó la habitación hasta la puerta. Se detuvo un momento para que se la abriera, sedoso, casi invisible, café, el secretario. Al pasar, este le extendió un papelito doblado, como si se tratara de la factura por la audiencia. Era una nota de Tomás Martínez Roth. Le pedía que fuera a verlo, con urgencia, indicándole el lugar donde se escondía. Laura se dio vuelta hacia el ministro, con el papelito en la mano. En el centro de su suite presidencial, de perfil al espejo demasiado alto en el que no alcanzaba a mirarse, el hombrecito le sonreía melancólico y contrahecho, sobándose las caderas:

—Y no me hablaste de Moira, Laura.

24

«Soy yo», Claudia, le decía yo a la sombra orlada de llamas que me abría la puerta en la casa de Cáceres. Le decía que era yo (aunque no lo era), y le repetía, como lo tenía instruido, que venía «por más». Lo repetí seis o siete veces en las siguientes semanas. Y a pesar de ello, Claudia, nadie podría decir que no cumplía con el resto de mis deberes: seguí yendo al tribunal, y sentándome tras la baranda, e impartiendo justicia (no tengo la menor idea de lo que juzgaba, pero mis sentencias caían como hachas, o como rayos). Y mientras cumplía con mis deberes diurnos, en esas noches me enteraba de que nunca había sabido lo que era «el deber».

La llamada de él ocurría sin regularidad ninguna, a veces dos noches seguidas, a veces pasaron diez, sin oír que me preguntaba si aún honraría nuestro pacto: «¿lo honrarás esta noche, Laura?» (y «honrar» sonaba como si el acero cantara). La llamada siempre era imprevista y sin embargo siempre llegaba, para que me acostumbrara a no esperarla y sin embargo a considerarla inevitable (como se piensa en la muerte). Y entonces yo me vestía conforme a lo previsto —se habría dicho, Claudia, que en el canon de una liturgia— y esperaba la patrulla que me pasaba a buscar. Y descendía de ella en el ángulo más alejado del trapecio del campamento, frente al hogar (sería poco llamarlo hoguera), que Cáceres se había inventado en esas ruinas, y me acercaba equilibrándome sobre los tacos altos, de fiesta, temblando, y no solo de frío, en el vestido escotado, vestida como me habían instruido (no diré de puta), y golpeaba la puerta.

Él me hacía pasar a la vasta habitación en penumbras, donde los ojos de su antepasado miraban desde el retrato por encima de nosotros, hacia un sitio más allá de cualquier victoria. Y entonces siempre sobrevenía el mismo silencio, el embarazo, la obscenidad de su timidez. Los dos parados en el centro de la habitación, él mirándome como si yo viniera de ese país

donde había soñado ser feliz pero al que nunca había llegado, y se aclaraba la garganta de novio pusilánime en trance de declararse, y no decía nada durante un rato hasta que, con una mano casi involuntaria, me indicaba el escritorio, el secante verde, la imagen de la Patrona que eludía, con esa sonrisa que discrepaba con las lágrimas, la regla de madera fileteada de acero ofrendada a sus pies.

Esa demora o timidez inicial tardaba segundos o minutos variables, pero inevitables, hasta que al final era siempre yo la que hacía (sin esperarlo, pero sabiéndolo inevitable) el ademán de ir a tomar esa regla. Lo hacía, Claudia, no solo porque había sido medida con ella y entendía que ese era el «deber» que había pactado, no solo porque supiera que era inevitable, sino para salir de esa «timidez» de él que era peor que una intimidad. Pero entonces, él siempre decía lo mismo: «no, no es así» (no había sido ese nuestro pacto), «yo te lo ordeno», me recordaba, «pero tú debes negarte». Él me recordaba no lo que me sucedería si lo desobedecía, sino que aunque quisiera obedecerle, aunque quisiera apurar cuanto antes esa forma nueva del miedo que había descubierto, y que él llamaba (abyectamente) agradecimiento, debía negarme a ir a buscar la regla, negarme a encarnar la norma. «Dime que no, Laura, ten el valor, atrévete a decirme que no», me decía Cáceres. Y entonces yo me negaba, Claudia, me negaba a lo que me ordenaba, tal como él me lo pedía. Me negaba y él insistía, y me amenazaba (solo con su forma de mirar hacia la regla en el escritorio, su doliente avizorar el canto del acero), y yo me negaba a gritos, exasperada, y entonces él, complacido, acezando ya un poco, aleccionándose en su furia, en la ira que empezaba a avivársele, como cuando se soplan los rescoldos de un fuego muerto, se alentaba e iba a buscarla él mismo. Y con ella en la mano, con la madera fileteada de metal, la tabla de su ley, me ordenaba otra cosa (aunque era un ritual y todo estaba previsto, siempre había pequeñas variaciones, inesperadas), tal vez me pedía que lamiera ese canto de acero de la regla, de la norma, y yo, porque en eso consistía el pacto, y en eso mi «agradecimiento», volvía a negarme. O me negaba a desvestirme, o a ponerme de rodillas o en cuclillas, o me negaba a levantarme la falda y mostrar la ropa interior que había sido instruida a ponerme (no diré ropa de puta, porque no lo eran las flores carnívoras y sus retoños de sangre seca). Y entonces él parecía que revivía aún más, que

salía del todo de esa tristeza obscena, de esa melancolía que mancillaba la palabra melancolía, y se abría la guerrera, se sacaba de adentro como de una armadura medieval, y venía hacia mí y cumplía con su parte del pacto (que en parte era mostrarme lo que mis negativas habían «sacado» de él, de adentro de él), y me enseñaba otra vez la canción del acero. O del gladiador, como la llamó una vez mientras reposábamos en la arena de esa playa imaginaria al borde del mar ausente, sus labios besando mi muslo: «cuando no queda nadie más en el campo de batalla, solo nuestro enemigo, y es a él a quien le debemos la vida, Laura», dijo. Y me besaba en esos retoños de sangre donde la regla había encarnado (si una aureola de llamas pudiera besar).

Y en ese punto, siempre, pero con pequeñas variaciones que aseguraban que todo lo previsto también fuera inesperado (como la muerte), Cáceres volvía a proponerme el pacto que me había ofrecido después de que me azotó por primera vez y yo le confesé donde estaba el fugitivo, y enseguida me violó. Aunque la definición de violación que da la ley —«penetración no consentida»— no puede ser sino una ironía cuando yo era puro consentimiento. Consentimiento no solo porque pensara en el hombre que había entregado a la muerte, sino simplemente porque agradecía que el canto del acero se hubiera detenido y habría hecho cualquier cosa porque no volviera a empezar (incluso hundirme en aquel orgasmo negro). Y luego, Cáceres no solo prescindió del acero, no solo prescindió de estrangularme y hacerme desaparecer (una vez me diría que había soñado que yo lo estrangulaba a él y lo hacía desaparecer), sino que me había acariciado y «consolado» y mientras lo hacía me propuso el pacto que te voy a explicar, Claudia.

Ese pacto que yo honraba al regresar, y que Cáceres me recordaba con pequeñas variaciones (como una pareja de amantes tendida en una playa recuerda cuando se conocieron), consistía en lo siguiente: Él, me había ofrecido él, aquella primera vez, me entregaría al prisionero que yo había escondido —y delatado—, y no solo a él sino también a los demás sentenciados que tenía esperando para ejecutar, si durante las próximas semanas, a intervalos variables, pero no imprevistos, repetíamos la misma ceremonia, calcada. Si pactábamos un ritual que, como todos, implicaba el pacto de representar algo: yo vendría, vestida de tal y tal manera, siempre

una hora exacta después de que él me hubiera llamado. La puntualidad era consustancial a la arbitrariedad, me enseñaba (era necesario domeñar el azar, aprisionarlo y encadenarlo, someterlo a una norma, medirlo con la regla, y esperar entonces a ver por donde intentaría escapar; «solo un esclavo puede asombrarnos, pues de la libertad esperamos cualquier cosa», me dijo una de esas noches, yaciendo a mi lado, Cáceres, y era como reposar junto a un cráter...). Y continuaba: yo acudiría a sus llamadas arbitrarias y puntuales, vendría a honrar el pacto que me proponía. Y si lo hacía bien, a cambio recibiría lo mismo que me estaba regalando esa primera noche, la vida del prisionero que yo había venido a amparar. Cada vez que yo volviera, me canjearía un sentenciado por mi entrega. De modo que yo no solo le debería mi vida (que me perdonaba), y el canto del acero suspendido por su magnanimidad, sino la ilusión de hacer justicia que me seguía trayendo hacia él —«lo que crees que te trae a mí, jueza, tú, puta soberbia», me llamó; y fue la única vez que me insultó con palabras.

Por mi lado, mi deber, mi parte del pacto, sería venir a decirle que no. No deseaba que yo me entregara voluntariamente, deseaba que me resistiera, y repetidamente, hasta que él tuviera que volver a azotarme, volver a medirme con su instrumento de medida, e incluso entonces, me lo advertía, no lograría nada con intentar engañarlo, con mentir que sufría, con fingir que ya había encarnado la norma, pues para garantizar que así fuera tenía un detector infalible: y llevó mi mano a su sexo lacio que reposaba sobre uno de sus muslos —como su cabeza sobre el mío. Ese era su detector de mentiras: mientras el canto del acero no lo hubiera «sacado» de allí adonde se iba, del cráter, o el mar ausente desde un millón de años, no consideraría cumplida mi parte del trato. Pero una vez que eso ocurriera, una vez que mis negativas y mi resistencia lo hubieran «sacado» de adentro, él honraría su parte, detendría la regla, la norma fileteada de acero y enrojecida en la punta, y no solo me acariciaría y besaría, no solo concitaría mi (abyecto) agradecimiento por haber suspendido el canto, no solo me perdonaría la vida y no me estrangularía ni haría desaparecer mi cadáver (pero esto último lo soñó mucho después y era yo quien lo estrangulaba), sino que desde esa magnanimidad incomprensible, para hacérmela más incomprensible todavía, me regalaría la vida de un prisionero, me permitiría ampararlo. O sea, me consentiría soñar que yo

hacía justicia.

Cáceres hizo una pausa, se llevó un dedo a los labios —esa primera noche o una de las arbitrarias y puntuales que le siguieron—, dejó de acariciarme, de rozar con el dedo mis pezones, que se erguían como si los clavara con una estalactita, y me ordenó silencio. Controló desde el suelo de pino de Oregón donde reposábamos las penumbras de su vasto cuarto, del hogar que se había inventado en esas ruinas, la mirada horizontal de su antepasado, la ventana enrejada, el foco del campo que barría como un sol blanco los imaginados barracones donde dormían sus prisioneros... Y por fin suspiró aliviado, como si hubiera creído escuchar a su caballo relinchando pero se hubiera equivocado (ese potro que hasta entonces yo no había visto, pero cuyo imposible color de sangre, de pura sangre, ya me sabía).

De hecho, me explicó, volviendo de esa preocupación de amo, o de padre, su ideal sería repetir ese momento «mágico» que acababa de ocurrir entre nosotros. Y no se refería al orgasmo, me aclaró, sino a aquello que lo había preparado, ese momento mágico cuando yo había cantado más alto que el canto del acero y había delatado donde estaba el prisionero que había venido a amparar, entregándolo así a una muerte segura de la que ahora él, por pura magnanimidad, me lo devolvía. Ese momento había sido mágico —¿no me daba cuenta yo, acaso?— porque en él nos habíamos hecho iguales, tan distintos pero iguales, como una pareja de cómplices (y yo hasta habría preferido que dijera «amantes», Claudia). En ese momento, había nacido esto que desde ahora nos unía y que, por no llamarlo amor, lo llamaríamos nuestro «pacto».

Por otro lado, me explicó Cáceres, si yo lo consideraba fríamente —y casi se rió, esa llama helada—, me daría cuenta de que el trato era equitativo porque él también sufriría. En el fondo, esa imposibilidad de repetir la perfección de esta primera noche, cuando yo había cantado y él había sido magnánimo y yo se lo había agradecido, esa espontaneidad que la regla de ingeniero había engendrado y que no podría volver a realizarse, ese sería su dolor y esto nos uniría casi como... (no encontró la palabra, o sabía que no era amor). Y agregó en voz mucho más baja algo así: a quienes no pueden ser amados solo les queda la ficción. Pero tal vez no dijo ficción sino ceremonia, la ceremonia de que se les agradezca no

provocar dolor (y yo vi a un jinete picando solo por la pampa interminable, contra el sol poniente, internándose en la oscuridad, cargando hacia una derrota segura, guiando a una caballería de fantasmas, sobre el potro que relinchaba en alguna parte esa noche, si es que no había sido yo).

Retiró su dedo de mis pezones, lo trajo delineando mi cuerpo tendido hasta el muslo donde reposaba su mejilla áspera, untó la yema en uno de los brotes o retoños de sangre, donde la punta de la regla había encarnado, y me dijo que, antes que yo aceptara, quería que no hubiera lugar a dudas sobre el motivo del «pacto» que me proponía. Si yo aceptaba su «pacto», y venía y lo obedecía negándome a obedecerlo, y luego él me azotaba, y al hacerlo algo de él «salía» —y yo lo recibía—, y luego él me acariciaba y me consolaba y me vestía y me entregaba a un sentenciado, para que yo lo amparase, tal como iba a hacer antes de que terminara esa noche, si yo cumplía todo eso con precisión —aunque ciertas variaciones también ocurrirían, porque solo un esclavo puede sorprendernos—, si yo honraba el pacto que él me ofrecía, entonces yo, a cambio, podría decir que había hecho justicia. «¿Y no es eso lo que más deseas, tú que te crees justa, Patroncita?»

Sí, yo podría amparar a esos prisioneros, salvarles la vida, y sería reverenciada por eso. Lo que sería justo, en realidad, me dijo Cáceres, acariciándome las mejillas ardidas por la sal (digamos, la sal de mi desierto); ese tributo que me harían sería justo porque al entregarme a ese prisionero sentenciado, a su vez, yo también sentiría, hacia él, algo superior al agradecimiento: yo sentiría veneración.

Lo repitió: «veneración» (y en los veinte años que han transcurrido, Claudia, yo he averiguado que venerar, viene también de Venus, como lo venéreo, como todo lo que viene del amor). Esa veneración que yo experimentaría sería como el agradecimiento que acababa de padecer (¿o dijo «gozar»?), pero sería una gratitud de categoría superior al natural reconocimiento físico de mi cuerpo aliviado del dolor. Este iba a ser un agradecimiento moral (¿o dijo «mortal»? ¿O es que en sus labios sonaban iguales esas palabras?). Veneración mortal (o moral) porque él, que podría aniquilarme, no solo se privaba de hacerme sufrir más (y siempre se puede sufrir más, como se puede amar más), sino que me regalaba a esos

prisioneros que estaba en su poder destruir, dándome así la ilusión de que era yo la que había obtenido esa merced, esa gracia, con mi sacrificio, intercediendo ante Él (sonó como si empleara mayúsculas en su pronombre). Yo sentiría, me predijo, que había sido tocada por la generosidad de... (pareció que iba a decir «Dios», pero no llegó tan lejos, así que solo indicó a su intermediaria, a la Patrona). Yo sería como la Patrona, me anunció, entusiasmado, inspirado de pronto por las lagrimitas de vidrio que discrepaban de la sonrisa extática, ratonil, sobre el escritorio. Yo me transformaría en una imagen de su imagen. «Serás como una Patroncita, realmente. Salvarás vidas. ¡Harás milagros!»

De modo que ese era el pacto que me ofrecía, allí, esa primera noche, para que lo honráramos en las subsiguientes, e indicó algo mucho más vasto que sus bastos cuartos rescatados de las ruinas. ¿Qué le contestaría yo? Y yo no tuve que contestar nada; abrí la boca pero el mentón me temblaba todavía, demasiado; y supe que de esa forma el acero contestaba por mí.

* * *

Así fue, Claudia, como en las noches subsiguientes —todas las veces cuando recibí, previsible e inesperada su llamada— acudí a honrar ese pacto. Y cada vez, poco antes del alba, salí de ese hogar (situémoslo más allá de la ironía) y monté en la patrulla dentro de la cual ya me esperaba un prisionero. Lo llevé por la ciudad desierta durante el toque de queda, hasta la entrada posterior de la Basílica, donde el padre Penna nos esperaba en su camioneta, y los vi desaparecer en dirección a las montañas —que desde la depresión del oasis son tan invisibles e imaginarias como la línea de la frontera—. Y luego, perdido definitivamente el sueño, o incapaz de enfrentarme a él, me iba directamente de allí al tribunal, abría en la oscuridad, pasaba las mamparas de vidrio, inhalaba el conocido olor a expedientes viejos, manoseados, a causas perdidas, y me encaramaba en mi tarima, tras la baranda, me hundía en el sillón de juzgar y me quedaba inmóvil, yerta como un ídolo o un ícono o una efigie —imagen de la imagen de mi misma—, «patroncita» con los ojos abiertos en la oscuridad, esperando a que sonara la hora de mis deberes diurnos. Esperando hasta que llegaba el día, el actuario, los primeros voraces litigantes, los abogados

ahítos de leyes —que emanaban de sus bocas como el tufo de una indigestión—. Y entonces yo (o mi imagen) alzaba la mano e impartía sobre ellos mis sentencias (¡deseando que fueran hachas o rayos!).

Estaba en eso, Claudia, en mis deberes diurnos, impartiendo una sentencia, al día siguiente de haber acudido, por la sexta o la séptima vez a honrar aquel pacto, cuando el actuario vino a decirme que «una señora» pedía audiencia. Y me la indicó en la antesala, sentada en el duro banco donde los agraviados venían a aguardar justicia. El actuario le había explicado que yo no recibía a nadie sin cita, que expusiera su asunto por escrito. Pero la mujer, esa «señora», había respondido que no podía escribir su asunto, y que estaba dispuesta a esperar allí mismo, «eternamente, si era necesario», y el oficial de sala se encogió de hombros, como diciéndome que la señora parecía perfectamente capaz de esperar cuanto fuera necesario y aun más que eso, eternamente.

Así que le ordené que la hiciera pasar. La vi ponerse de pie, entrar a la sala, avanzar hacia mi estrado: una mujer grande, con una cartera aferrada contra los pechos gordos, con esos andares de barco viejo de las madres viejas, enlutada, con unas medias gruesas, de elástico color café, de varicosa, que desdeñaban combinarse con el luto, y en lo alto de su estatura los verdes ojos desconfiados y toda su voluntad de esperar eternamente apretada en el moño encanecido y tirante.

Rechazó mi invitación a sentarse, y en cambio me observó con el receloso desconcierto que yo me había acostumbrado a esperar de otras mujeres mayores (esta mujer, y tan jovencita por añadidura, ¿se atreve a llamarse «juez»?) Y luego se resignó a mí, o no tenía ninguna otra salida, y empezó a hablarme, con cierta lenta urgencia, atropellándose en palabras que no sabía usar, pero que usaba con desafiante urgencia, interrumpiéndose para presentarse, y volviendo a empezar un relato que parecía que no iba a ninguna parte, y del cual yo no entendía nada, ni una palabra —como si la señora estuviera rezándome—. Hasta que ella notó mi impaciencia, o mi distancia, y apretó la cartera todavía más contra los pechos gordos, y se plantó bien en los zapatos de hombre, entierrados, y me espetó: «¿me está escuchando, señorita?». Que la escuchara: ella era la madre de Enrico Antonio Santini, prisionero político, de dieciocho años —«un niño», o «mi niño», me dijo—, su hijo menor cuyo último paradero

conocido había sido el campamento vecino donde ahora lo negaban, negaban que lo hubieran tenido preso, negaban incluso que hubiera existido... Y yo, de pronto, vi al hijo menor en la estampa de la madre: el muchacho fugitivo que el cura me había traído unas semanas —siglos— atrás, hasta la higuera que las estrellas escarchaban en mi patio. Vi la barba de días, el pelo rizado, los zapatos sin cordones mostrando unos empeines albos, femeninos, su indignación con el mundo que el mundo hace pagar caro. «Y nadie me quiere ayudar. Así que usted debe hacer algo», me exigió la madre, por último; los desconfiados ojos verdes agregando: aunque solo sea una mujer, y tan jovencita, haga algo, ya que se atreve a llamarse Juez.

Entonces yo sonreí, Claudia, digamos que sonreí, si una imagen pudiera sonreír —unos dientecillos diminutos asomando entre los labios secos— y balbuceé que no se preocupara, que tuviera paciencia, que yo la comprendía, que me creyera, que esperara. ¡Solo me faltó decirle que tuviera fe, Claudia! («Fe, fe, fe»). Que me tuviera fe, y que yo atendería su súplica, aunque no podía explicarle cómo, lo haría de manera misteriosa. O tal vez sí llegué a tanto y sí le dije eso, con mis labios secos y partidos y quizás hasta me emocioné (siento náuseas al pensar en que tal vez me emocioné, Claudia), y una lagrimita que podría haber sido de vidrio resbaló por mis mejillas todavía tirantes con la sal de la noche anterior. Y le agregué, esto sí que sé que lo dije: que no podía explicarle por qué, que lo atribuyera a una corazonada mía, pero que yo intuía que su hijo había huido y quizás estaba en un país vecino, y de ser así yo estaba segura de que ella pronto tendría noticias de su «niño». Y entonces la gran mujer enlutada, esa gran madre vieja, me quedó mirando por sobre la baranda, con sus ojos verdes que el moño estiraba, en un gesto que ya no era de desconfiada resolución, sino de incredulidad y casi de lástima, y me dijo en voz baja:

«¿Pero en qué país vive usted, mijita? ¿Cómo voy a quedarme tranquila, esperando? ¿No sabe usted lo que ocurre cuando alguien desaparece así? ¿No sabe que cuando dicen que nunca los tuvieron presos, o que huyeron a no se sabe dónde, quieren decirnos que ya no existen, que hagamos de cuenta que nunca nacieron, que nunca los criamos, que nunca vivieron?»

Y yo, Claudia, al principio no entendí lo que me preguntaba. Y luego,

cuando lo fui entendiendo, solo atiné a mirar hacia la estatuilla vendada de la justicia, que me habían dado por ser la mejor alumna de mi generación, la que tenía en un ángulo de mi escritorio, para que me auxiliara en mis deberes diurnos —y de pronto supe por qué Cáceres había puesto a la Patrona en un ángulo del suyo—, y una lenta voz empezó a treparme por la garganta, algo como si una rata pujara por asomarse a mostrar sus dientecillos. O como si mi propia sangre quisiera gritar.

25

Laura trepó la vereda desnivelada de la calle Dinamarca, el peldaño horadado por la intemperie, por los pasos furtivos, que había que negociar para acercarse al umbral de La Perrera, a la patente de alcoholes, al letrero del cabaret donde una rosa morada se apagaba y encendía, tiñendo y destiñendo a las mujeres que esperaban en la puerta. Había venido sin extraviarse hasta estos extramuros de la ciudad, guiada solo por la memoria de una noche remota, y descubría al pisar el peldaño de tierra desnivelada que ni eso había olvidado. Ni ese detalle de la noche cuando estuvo esperando a Mario en la vereda frente al prostíbulo, y la Rosita apareció vestida solo con la bata estampada de flores tropicales, y después de vomitar en la calle le dijo «lléveselo», y la condujo para que atisbara al hombre semidesnudo, desbaratado sobre su cama, y el otro a los pies, que hablaba solo y decía cosas incomprensibles, o que acaso ninguno de los dos «había nacido para oír».

Las mujeres se apartaron para dejarla pasar, un lunar de carne se encaramó en el borde de una sonrisa, una mano muy fría la tomó y la guió por un pasillo oscuro, a la derecha.

—Magistrada, ¿está sola? —le decía la misma voz femenina, nortina, acogedora, desde alguna parte en el fondo de la habitación, en el fondo de los últimos veinte años.

—Sí —le contestó Laura, y casi se sintió tentada de agregar—: «completamente».

—Acérquese, está en su casa.

Laura buscó un doble sentido, una mala intención y no pudo hallarlos, así que se acercó al pie del lecho. Una mujer gordísima tejía sentada en la alta cama de bronce, envuelta en un chal de seda

púrpura. Laura observó a su alrededor. Nada había cambiado desde la única vez que se asomó a ese cuarto. Había litografías antiguas cagadas de mosca, un biombo chinesco tapando el bidet, un par de altos veladores de convento. Solo faltaba la mujer, la Rosita, la voluptuosa dueña de esa voz cantarina, que le había dado la bienvenida. Laura evocó a la morena de pechos agudos, cintura avispada y labios gruesos que molían las palabras. Y de pronto la halló: en los ojos de la gorda que la seguían, que esperaban con curiosidad, sin dejar de tejer, que los reconociera, esos ojos de lapislázuli engastados en la cabeza elefantiásica, sostenida por una triple papada. La famosa Rosita, la cabrona del prostíbulo de Pampa Hundida, embalsamada en sí misma, en los brazos inmensos que tejían sostenidos por el puro volumen de los pechos rebosantes, en el cutis mate, aceitado, que la gordura había mantenido tirante. La cabrona multiplicada, finalmente, en el espejo cóncavo de los años donde había aumentado quizás por no envejecer. Y ahora solo faltaba Mario, borracho sobre la cama con los pantalones a media asta.

—Me dijeron que el abogado Martínez Roth está acá.

—Usted confió en mí una vez —le dijo la Rosita, sin hacerle caso—. Me honró confiando.

Laura convocó la noche aquella de la higuera escarchada, cuando el cura le trajo al prisionero fugado para que la ley lo amparara, y ella se lo había traído a la Rosita. Recordó a la mujer asomándose a la puerta de La Perrera, con ese olor a almendras que le emanaba del entreseno (y que le pareció entonces la esencia misma de la experiencia), entendiendo, aceptando, ayudando sin necesidad de explicaciones: «si usted me lo pide, jueza». Y de pronto Laura supo la paradoja que este reencuentro entre la puta y la jueza actualizaba: de entre ellas dos, aquella en la que se pudo confiar fue la puta; y en cambio, la jueza había fallado, o lo que era lo mismo, había sido medida, y su medida había sido la traición.

—Usted confió... —le repitió la Rosita

—No me arrepiento.

—Yo tampoco —le dijo la Rosita, y se rió con toda la boca, con una risa contagiosa que terminó en una expectoración escupida con

cuidado, casi con elegancia, en la bacinica junto al velador.

Laura fue al grano:

—Dígame dónde está el abogado. Él me mandó llamar.

—Ese muchacho debe tener un gran futuro —eran casi las mismas palabras que había usado don Benigno Velasco—. Ahora viene la magistrada y antes vino a verlo todo un ministro de Estado.

—Dígame dónde.

—Más lento, magistrada. Yo he esperado mucho tiempo... —la Rosita movió la cabeza, instruyéndola sin ofuscarse; tenía esa autoridad fácil, natural, de las mujeres que han visto a muchos hombres desnudos. Y no se le iba ni un punto del tejido.

Laura recordó la tradición. Cada año, la Rosita regalaba una nueva manta a crochet para el palio de uno de los bailes, con los colores de la Señora. Sabía estar bien con Dios, y con los diablos. Igual que para ellos, para la dueña del prostíbulo la fiesta era temporada alta. Mandaba a buscar «niñas» hasta de los países vecinos e incluso así durante esos dos días no daba abasto: al final de la noche los diablos, con sus trajes de luces, harían fila hasta la calle.

—Usted confió en mí una vez —le insistió la Rosita—. Pero yo quedé en deuda, nunca pude explicarle...

De pronto, Laura se sintió muy cansada. Volvió a sentir el peso de todos los husos horarios que había cruzado desde que salió del aeropuerto de Tegel, en Berlín, en su vuelo parabólico hacia el sur y hacia el pasado. ¿Y ahora tendría que oír las tardías explicaciones adeudadas por la ética profesional de la vieja prostituta? Se sentó en la baja butaca de felpa, junto a la reja de la cama. Por un momento intuyó lo que sentirían los acusados que iban a sentarse frente a la baranda de su estrado, esperando una sentencia que les dividiera el bien del mal. ¿Por qué no? ¿Qué la hacía a ella tan superior a una cabrona de pueblo? También la Rosita ejercía a diario, en la calle Dinamarca, una especie de justicia, restableciendo el equilibrio entre la realidad y el deseo. Encaramada en la alta cama de bronce, togada con su chal de seda púrpura, y la maciza campanilla al alcance de la mano, cualquiera diría que la otra era la jueza: encargada de aplicar una ley mucho más antigua que la suya.

—No hacen falta explicaciones. Pasó hace mucho —le dijo Laura.

—Estoy en deuda.

—Si necesita confesarse, llame al cura Penna.

—Mario estaba fascinado —le dijo La Rosita, casi fascinada ella misma; y agregó—: Y el otro hombre estaba muerto

—¿Muerto?

—Sí, por eso hacía sufrir y sufría: para tratar de sentir lo que los muertos no sienten.

Lo que los muertos no sienten. Laura no pudo menos que concordar con la ciencia antigua de esa mujer pública, que sabía nombrar tan naturalmente lo que ella, en el centenar de páginas de su carta a Claudia, no había sabido: lo que los muertos no sienten. De pronto, sintió deseos de acostarse junto a la puta en esa cama, de pedirle que la arrebujara y dejarse acunar sobre el regazo de la gran prostituta, apoyar la cabeza entre esos inmensos senos, saber si olían como los recordaba, a almendras o experiencia, y llorar. Llorar como una niña en los brazos de esa mujer mucho mayor a lo que ella nunca sería, y contarle entre sollozos —casi sin necesidad de palabras, pues ella las conocería de antiguo— lo que era yacer con un muerto. Lo que fue llegar a no sentir como él no sentía, llegar a su ausencia, al borde de ese millón de años de ausencia, a su desierto, y ya no sentir, siquiera, lo que allí cantó el acero.

Entronizada en su cama de bronce, la Rosita tejía y la miraba. Los ojos azules, de lapislázuli sin falla, engastados en la gordura, iban de ella a los palillos, como si la estuviera midiendo para el tejido que hacía. Laura sintió la definida corriente de simpatía que emanaba desde la cama, cuando le dijo:

—Mario me visitaba, después de que usted se fue.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Él la amaba.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque cerraba los ojos, y me decía su nombre, Laura —murmuró.

Por primera vez, las pupilas de lapislázuli la eludieron, se entornaron, se concentraron en el tejido, acaso humedecidas. Laura

alcanzó a preguntarse si la prostituta, con la que Mario se desahogaba, habría querido oír su propio nombre. Tampoco acá había justicia. Siempre la desdicha que uno rechazó puede ser la felicidad que otro no tuvo. Laura se puso de pie.

—Tengo que ver al abogado.

—Yo la entiendo —le dijo la Rosita, sin hacerse cargo.

—¿De verdad?

—Entiendo por qué volvió. Era inevitable.

—No creo en esa palabra.

—Inevitable. Como los hombres que vienen a este lugar, a sacarse el diablo del cuerpo.

«Sacarse el diablo del cuerpo», ¿a eso había venido, en realidad? Laura sintió un escalofrío, se cubrió los hombros desnudos con las manos. Sin duda, una larga experiencia había enseñado a la Rosita a descubrir el deseo oculto, las obsesiones, los sueños prohibidos que animaban a volver a sus visitantes. Y Laura tuvo que forzarse a reconocer que ella también había esperado este encuentro, durante años:

—Nunca le di las gracias.

La Rosita esbozó una sonrisa perfecta sobre la triple papada, y se anticipó:

—¿Por el secreto de naturaleza que le conté? No fue nada. Un viejo truco de putas para amansar hombres violentos. No resistirse. Incluso pedirles más...Veo que le resultó con el mayor.

—Sí, aquí estoy.

—Sí, aquí está, viva —le sonrió la Rosita, con franca alegría.

Y soltando un palillo le alargó una mano. Laura la tomó: era amplia, cálida, y a pesar de la gordura o por eso mismo, sólida y confiable. Sintió que había un antiguo pacto de mujeres renovándose en esas manos tomadas por sobre la cama de la cabrona, un «secreto de naturaleza» al que ella, por fin, volvía.

* * *

Laura cruzó el patio de baldosas coloradas donde los clientes aguardaban su turno bebiendo en mesitas inestables, bajo guirnaldas

de ampolletas pintadas. Un borracho hizo amago de acompañarla, pero la mujer del lunar que la guiaba se encargó de disuadirlo. Tomás Martínez Roth estaba echado sobre el camastro en una de las estrechas celdillas. A su lado, una muchachita de melena hirsuta, regordeta, casi una niña a no ser por las grandes caderas, le ponía una compresa sobre una pierna. Cuando la retiró, Laura pudo ver el tobillo hinchado y morado como una berenjena, la costra de un corte reciente que lo cruzaba, los pies descalzos y sucios sobre el camastro. Por alguna razón, ese pie había llevado la peor parte en la pelea. Los golpes en el rostro habían sido más bien superficiales, claramente solo buscaban intimidarlo, ablandarlo un poco, pero el abogado, por huir de ellos, había metido el pie en un hoyo, y se había cortado algún ligamento, quizá el tendón de Aquiles. Laura experimentó un atisbo de imprevista crueldad: el abogado había metido la pata, finalmente.

La muchacha que lo cuidaba llevaba un vestido de popelina y a todas luces nada debajo. Laura le hizo una seña para que se fuera. La otra arrojó la compresa sobre la cama y salió apartando la cortina del cubículo, haciéndole un mohín de despecho.

Tomás Martínez Roth se había enderezado bruscamente en el camastro, tratando de recuperar algo de dignidad:

—Magistrada, discúlpeme por hacerla venir hasta acá. Fue el único lugar donde pude esconderme, y no me atrevo a salir.

—Está bien, abogado. Me alegro de que haya encontrado quien lo cuide —le comentó Laura, con una sonrisa.

—No es lo que parece, magistrada —protestó el joven un poco escandalizado.

Y se pasó una mano por los pelos en desorden, tratando de negar con ese gesto la cortina por donde había salido la muchacha, el agujero del sanitario, la botella de plástico que seguramente hacía las funciones de un bidet de mano, la cama de una plaza cubierta por una colcha cuyo color sugería demasiadas cosas. Y las inscripciones en las paredes: los grandes falos borboteantes, los corazones atravesados, las muescas de preso con las cuales las asiladas llevaban sus cuentas alegres. Los muros laterales no llegaban al techo, por ventilación o ahorro, y Laura prefirió no preguntarse la naturaleza del jadeo de

establo que venía por el cielo de los cubículos, entreverado con la música ranchera del patio.

Mientras tanto, el joven continuaba, con la cabeza gacha:

—Además, fue inútil porque los ladrones no encontraron el expediente. Al contrario, me pegaron, me amenazaron de muerte para que se los entregara hoy. Tuve que esconderme. Y pasar la vergüenza de que el ministro me hallara acá.

—A pesar de esto, le causó buena impresión, abogado.

—¿De verdad? —le preguntó ansiosamente—. ¿De verdad?

—Dijo que tiene un gran futuro.

Tomás Martínez Roth sonrió sin rubor alguno. Era tan fácil de halagar como un niño; e igual de propenso a la admiración:

—Es un hombre... —se quedó buscando la palabra y al fin la encontró—. Un hombre sabio.

—¿Y qué le enseñó ese sabio hoy día, abogado?

—Magistrada, quizás... —empezó Tomás, y al mismo tiempo la sonrisa murió en sus labios amoratados, como si la sabiduría fuera un país amargo que, después de todo, habría preferido no conocer—. Quizás me equivoqué.

—Se equivocó...

—Con la querella, con la idea de establecer una culpa colectiva, con todo. El ministro me hizo verlo de otra manera...

El ministro lo había hecho ver, mirar de otra manera, observar por el reverso las ideas que había creído infalibles, cuya justicia le había parecido evidente, y que al voltearlas del revés perdían su brillo como esas piedras húmedas que parecieron preciosas al encontrarlas en la orilla del mar y que al secarse ya no valen nada. Laura pudo imaginar las manos delicadas, de loza, agudas y hábiles, moldeando el argumento infalible ante los ojos como platos del joven abogado, ante su improvisado discípulo en ese mismo cuartito de burdel, siguiéndoles la lógica hasta sus propias, descaradas, consecuencias. Tomás Martínez Roth se enderezó en la cama, se acercó un poco hacia ella.

—Fue una maravilla, Laura, la claridad con que lo expuso, la transparencia, la originalidad. No se quedó en la tontería de que una

culpa colectiva es lo mismo que una inocencia colectiva...

No, el ministro no le había dado el argumento tradicional contra la culpa colectiva, es decir que esta equivalía a una exculpación colectiva. Él no se detendría en esa paradoja de principiantes, falaz, él iba mucho más allá. El ministro, socrático, implacable en el diálogo, gentil en su mayéutica, en lugar de imponerle la verdad de su poder, lo había invitado a reflexionar con él. Las verdaderas, malsanas consecuencias de aceptar una hipótesis de culpa colectiva estaban en la distorsión que producirían en la historia oficial de la transición a la democracia, y no en el derecho.

—Las consecuencias están en la política y no en la justicia, magistrada, ¿se da cuenta?

Y de pronto (con una suerte de enervada sorpresa), Laura «se dio cuenta». Se dio cuenta de que, a través del relato que le hacía el joven, el ministro le enviaba un mensaje, que seguía (o había anticipado) la conversación sostenida con ella en el hotel, que trataba de convencerla usando a Tomás Martínez Roth como un portavoz, el cual, con la fe trémula del converso reciente, argumentaba por él para que ella «se diera cuenta».

—¿Se da cuenta, magistrada, de que si reconociéramos la existencia de una culpa colectiva, esto implicaría aceptar que la dictadura no fue totalitaria? Yo no lo había pensado nunca, pero el ministro me lo hizo ver.

Ese hombre «sabio» se lo había revelado: proponer que todos participaron, aunque fuera por omisión, del mal, significaría que ese mal no fue completo. Porque si lo hubiera sido, si su terror hubiera sido total, los individuos estarían excusados de haber resistido o desobedecido a un terror de ese incontrastable tamaño. ¿Recordaba el joven abogado el principio de la fuerza irresistible?, le había preguntado el ministro a Martínez Roth. Pues si lo recordaba debía concluir con él, o mejor aun sin él, por su cuenta, por su propio y libre albedrío, debía concluir que un pueblo enfrentado a una fuerza irresistible está eximido, por obra de esa misma fuerza, de resistirla. Y por eso, y aquí el ministro había dado una de esas volteretas lógicas de malabarista, razonando a contrario sensu, razonando por el

contrario, pensando por el revés, la culpa total era inaceptable, porque implicaría decir que no tuvimos una dictadura totalitaria.

—¿Se da cuenta, magistrada? —le preguntaba otra vez el abogado —. ¿Se da cuenta de la belleza del argumento, de su profundidad?

¿Y se daba cuenta ella de las atroces consecuencias políticas e históricas que el ministro le había hecho comprender a él? Si su inocente querella colectiva tuviera éxito, si prosperara, ¡él, Tomás Martínez Roth, y ella la jueza, serían responsables nada menos que de haber establecido históricamente que la dictadura no fue totalitaria, que no fue grave y excesiva sino, casi por el contrario, que fue más blanda que muchos regímenes izquierdistas o socialistas, donde la gente no resistió, porque no podían!

—Esa fue la gran paradoja, Laura, esa fue la gran ironía que me hizo ver el ministro...

La gran ironía. La gran paradoja resultante de usar la idea de culpa colectiva, de jugar con ese fuego, que el ministro de Justicia, sabio, hábil, le había revelado al joven en el cuartucho de burdel. Le había hecho ver que, si llevado por el entusiasmo de su juventud, insistía en su querella por una culpa colectiva, se vería obligado a aceptar que la dictadura pudo ser resistida, y enseguida entonces que fue blanda, y de allí habría un paso hasta decir que fue benigna, incluso, tal vez hasta justificada. Y en eso terminaba su caso: ¡Exculpando al autor principal, por el afán de crear una complicidad general! ¿Verdad que era inaceptable?

—¿Se da cuenta, Laura, de lo sabio que es el ministro? —le insistía ahora Tomás, iluminado de refilón por esa sabiduría (o acaso, por la diputación que le habían ofrecido)—. Me hizo ver que la culpa colectiva es una trampa lógica, una mentira que se siente como verdad, una arena movediza que es preferible evitar, si no queremos que nos trague a todos.

Y Tomás miró con cierta pena, con cierto reconcentrado reproche, como si allí empezara su desvergüenza, el pie morado que había metido en esa arena movediza y que había estado a punto de tragárselo. Afuera, la música mexicana subió de volumen tragándose las risas impacientes en el patio, las palabrotas; pero, de algún modo,

los jadeos de establo seguían filtrándose por el tejadillo de calaminas. Tomás terminó, cabizbajo, resumiéndole su nueva doctrina, la que Benigno Velasco le había revelado: no había culpa colectiva. La dictadura fue total y el pueblo estuvo justificado al no resistir ese poder total. El ministro se lo había hecho ver muy claro. No podía acusar a sus mayores por un delito de falta de resistencia que no habían cometido. Hasta ahí llegaba su entusiasmo, hasta ahí su ilusión de hacer una justicia refundadora, sanadora, lustral, una justicia que fuera un borrón y cuenta nueva con la historia. Debía retirar su querella.

—O sea, ¿ya no está furioso, ya no quiere ajusticiar a su ciudad y a su época, abogado?

Tomás Martínez Roth la miró. Los ojos verdes se fijaron en ella asintiendo, sin sorpresa ni esperanza. Laura los comprobó cambiados, un poco menos sanos, un poco amargos ya, tan temprano, y lo lamentó de verdad. Recordó cuando al final de su curso de introducción el mismo profesor que lo acababa de desengañar a él, les sintetizaba a ellos su mortal sabiduría: «Han pensado como individuos. Bienvenidos, acá empieza la lenta vejez». Y había algo en la mandíbula del joven que pareció mecánico, casi como en el muñeco de un ventrílocuo, cuando arguyó:

—Justicia, sí, pero en la medida de lo posible.

Laura entreabrió la cortina mohosa que daba al patio. Se sentía ahogada. El lugar tenía ese olor dulzón del esperma seco, el aroma de la futilidad. En el patio, la muchacha regordeta, apretada en el vestido de popelina gastada, conversaba con los clientes, afinaba un trato. Por contraste con los hombres, y bajo la luz de las ampolletas pintadas, se veía aun más niña, y las grandes caderas eran solo uno de esos alardes puramente hormonales de la adolescencia. Descubrió a Laura mirándola y se sacudió la melena hirsuta, rizada. Luego vino hacia el cubil sonriendo con todos sus dientes:

—Podemos jugar... —les dijo asomándose al interior.

—Nosotros jugamos solos —contestó Tomás.

—Es más entretenido de a tres... —las palabras contrastaban como caries en esos dientes albos, casi de leche—. Y si quieres animarte con

algo te consigo yerba, papito.

—No me llames papito, y mejor ándate.

—Claro, ahora que llegó tu mamá... —le lanzó la muchacha. Y antes de salir meneó las caderas en dirección de ellos.

—No es mi culpa. La Rosita le dijo que me atendiera esta madrugada. Y ella entendió otra cosa —se excusó Tomás, pero asomó en su voz una punta de orgullo masculino, de seductor.

Laura se preguntó cuánto tiempo le tomaría a esa enternecedora vanidad de jovencito convertirse en el chato cinismo del macho adulto. Y quiso probar la extensión del daño:

—Me imagino que el ministro también lo desengañó del segundo objetivo de su querella, el de obtener pruebas para condenar a Cáceres.

Tomás suspiró:

—Sí, eso también. ¿Puede creerlo, magistrada? Con el mismo argumento, el ministro me hizo ver claro que también estuve equivocado en esto. Si la dictadura fue total la obediencia individual fue legítima.

¿Lo veía claro, lo veía como él, le había preguntado Velasco? Ese juicio contra Cáceres estaba condenado al callejón ciego de la obediencia debida. Porque eso es lo que el coronel en retiro argumentaría: que si hizo desaparecer prisioneros fue simplemente porque actuó como un oficial temeroso de sus superiores, cumpliendo órdenes. Y esa obediencia era tan legítima como la de toda su ciudad.

—En caso contrario... —le decía Tomás que le había dicho el ministro Velasco; o sea, le decía a ella el ministro, por boca de Tomás —: en caso contrario, si usted, magistrada decidiera que Cáceres no puede exculparse alegando la obediencia debida, entonces toda esta ciudad resultaría condenada con él. Porque si un solo oficial fuera condenado por no haber desobedecido sus órdenes de matar o reprimir (o sea, por no haber confrontado el terror) toda su sociedad debiera ser condenada, aunque solo fuera moralmente, por no haber hecho lo mismo. Y esto es una aberración. ¿Se da cuenta, magistrada?

Laura lo vio levantarse del camastro, apoyándose en el muro rasguñado, en el falo borboteante, acercarse a ella, saltando sobre el

pie herido, sobre la coja, la vacilante doctrina a la que se había convertido apenas hacía unas horas. La miró buscando por donde seguir, atorándose con las palabras. Laura decidió ahorrarle el esfuerzo. De todos modos y más de cerca, el sutil, ácido, conmovedor aliento a egoísmo ya había empezado a hablar por él:

—Entonces, abogado, usted quiere dejar sin efecto la querella.

—Si usted pudiera devolvérmela, sí —apuntó él, humildemente—. Porque usted la tiene, la escondió con la coronita que le di como prueba, ¿verdad? No valen nada, ya me di cuenta.

Laura sonrió: el joven abogado era tan previsible como la ambición de su época, como el oportunismo a los veinte años, como el gran futuro que le aguardaba. Laura fue hacia la puertecilla del cubil y apartó la cortina.

—¿Se dio cuenta de todo esto al mismo tiempo que el ministro le ofrecía una candidatura a diputado?

Tomás Martínez Roth enrojeció hasta el acné del cuello. E hizo un gesto para negar, o detenerla; levantó el dedo para insistir en que le devolviera ese expediente, o para indicarle su pequeña oportunidad de crecer, el pequeño espacio que la vida le ofrecía y que debía aprovechar como fuera, ensanchar hasta que cupieran en él su juventud y sus sentimientos hacia sí mismo. Adelantó un paso hacia ella. Pero Laura no se detuvo a esperarlo:

—Cuide donde pone el pie, «diputado» —le advirtió.

Y salió.

26

Me recuerdo, Claudia, en la garita de guardia, a la entrada del campamento. Tal como la primera vez que fui a mi «inspección ocular». Solo que ahora los centinelas me dejaron pasar de inmediato, aunque el comandante no estaba y no sabían a qué hora volvería. Pero yo respondí que lo iba a esperar, eternamente si era necesario, como había dicho la madre vieja que me aguardaba en el tribunal esa mañana. Y volví a ver el vestido negro, de viuda (la imaginé sobre una máquina Singer, de pedal, cosiéndolo en la noche del barrio), esas medias de color café, elásticas, que no lograban disimular los bultos de las várices, esos zapatos de hombre, entierrados. Y no me atreví a suponer, mientras cruzaba el patio trapezoidal hacia las oficinas, lo que había sido venir esa mañana desde el terminal de buses en la avenida Santos hasta la garita del campamento, a pie, con esas várices, a preguntar por su hijo menor (su «niño») y esperar bajo el sol donde yo misma había aguardado cuando fui a mi «inspección ocular», la tarde cuando llegó el tribunal volante —las parcas con sus guadañas segando el aire—, hasta que le dijeron que nunca lo habían tenido allí.

Mientras cruzaba el patio, Claudia, hacia las oficinas de la Comandancia, escoltada por dos reclutas, como una invitada de honor entre dos ujieres de palacio, recordé a esa mujer y también supe dos cosas. O más bien, esas cosas me supieron a mí: que esos prisioneros que deambulaban por el patio, y a los que nunca antes había visto —la primera vez que fui estaban encerrados a la expectativa del tribunal volante, y en mis demás «visitas» siempre llegué de noche—, esos prisioneros por los cuales yo me había preocupado «jurídicamente», pero que habían sido como fantasmas para mí, hasta ahora, iban callándose a mi paso, abandonando sus conversaciones, silenciándose, sus rostros mudos

volviéndose hacia mí, como si yo fuera realmente el fantasma. Es decir, yo era lo que Enrico Antonio Santini había visto en mí, al final de los consejos de guerra, en el teatro: la prueba de que toda esperanza estaba demás.

Y la segunda cosa que supe, o que me supo a mí mientras cruzaba entre esos fantasmas silenciosos, fue que nadie me había impedido el paso. Esta vez, Claudia, nadie se había atrevido a oponerse cuando dije que esperaría —«eternamente si era necesario»— a que el comandante volviera. Como si yo tuviera alguna clase de autoridad reconocida en ese lugar, tácita pero poderosa, que nadie se animaría a mencionar, pero que me ungía; como si la regla con la que había sido medida me hubiera tatuado a la vez unos invisibles, pero indiscutibles, galones. Marcas de una autoridad delegada que infundían un temor reverencial e inexplicable (o una «veneración» inexplicable), no solo entre los guardias que me dejaron entrar, sino entre los prisioneros que callaban a mi paso. ¿Puedes imaginarme, Claudia? De pronto, yo sabía lo mismo que los prisioneros en el patio oscuramente intuían, mientras mi presencia iba silenciándolos: que en cierto modo su premonición era acertada, y que yo era como esa autoridad fantasmal, encapuchada de blanco, que va de pie en el bote arribando a la isla de los muertos, y que de mí no cabía abrigar esperanza alguna.

Por las mismas razones, posiblemente, el joven teniente compungido que me había recibido la primera vez y que me había dicho: «¿no podría volver otro día, magistrada?», no supo ni pudo negarse ahora cuando le dije que tenía algo urgente que tratar con su superior, y le exigí que me llevara a su presencia, de inmediato. Y él solo atinó a repetir mis últimas palabras, porque no las entendía exactamente o porque no eran del todo aplicables a Cáceres: «... a su presencia, magistrada. Es un poco difícil, mi mayor salió a caballo. A veces va muy lejos...». Y se detuvo, midiendo tal vez esa lejanía, oteando un horizonte imaginario, o tan lejano que prefería ni imaginárselo. «Y vuelve muy tarde...», agregó. Y yo: «¿En qué dirección cabalga?»; pues yo sabía que un hombre como él solo iría en una dirección, siempre (y saberlo era repugnante, Claudia). Ante lo cual el teniente balbuceó: «Hacia el oeste, creo». Y yo, ejerciendo la autoridad invisible que estaba aprendiendo que tenía (y que me repugnaba), le ordené: «Lléveme, teniente...».

Una hora después atravesábamos la pampa en dirección al oeste, en

línea recta. Una recta, en la perfecta planicie de ese desierto, es una de las pocas tangentes verdaderas a la curva del planeta, me diría más tarde, perdido en sus astronomías, Cáceres. El jeep rayaba el espejo rojizo de un salar, en diagonal al sol que se inclinaba, su gota de sangre flameando y escurriéndose tras el paredón de aire líquido que temblaba en el horizonte. El teniente conducía sin mirarme, con perceptible resentimiento, despecho, casi desprecio, o francamente celos. Y en algún momento, Claudia, que no pude ni podré nunca precisar, pero que podría asegurarte bajo juramento que ocurrió, yo sentí que atravesábamos *ese paredón de aire líquido. Y una vez del otro lado supe más, supe exactamente donde estaba, reconocí la playa sobre la que soñé haberme tendido cuando yacía junto a Cáceres después de ser violada, la orilla del mar que se había retirado un millón de años antes, el lecho del salar vacío sobre el que gravitaba, como una sábana incendiándose, su ausencia. Y a lo lejos, diminuta, la silueta del jinete, cruzando a galope tendido, oblicuo al ocaso, buscando algo que le huía, siempre; o huyendo él, desbocado.*

El teniente detuvo el jeep y me miró, dándole un respiro al resentimiento, o una oportunidad a mí para que comprobara que su comandante iba «muy lejos»; y me preguntara si en realidad yo quería ir tan lejos. Cuando vio mi seña exigiéndole que siguiera adelante, meneó la cabeza lamentándolo, pasó el cambio, volvió a su despecho, aceleró el jeep y lo condujo siempre en diagonal, convergiendo hacia la trayectoria de la cabalgadura.

Tal vez el joven teniente compungido tenía razón, Claudia, me lo he preguntado más de una vez y de nuevo, ahora que me he puesto a responderte la carta de tus preguntas del único modo posible: preguntándome yo también. Preguntándome tantas cosas y entre ellas, si en realidad quise alcanzar a ese jinete y su cabalgadura. Porque de algún modo yo sabía, antes de alcanzarlos, lo que se me iba a venir encima, cambiando de trayectoria, cortándonos el paso, encabritándose frente al jeep detenido en el medio del salar: el pura sangre.

El imposible caballo morado, color de sangre espesa, que anticipé desde mucho antes de conocerlo. Desde que lo sentí patear y bufar, el día que llegó encerrado en el remolque plateado (y algo pateó y bufó, también, en mí). El potro empapado de sudor, cuya brillante piel negra reflejaba el

crepúsculo morado, o más bien cuya piel era el mismo crepúsculo, como si él también, y su jinete, hubieran atravesado el paredón del aire líquido que yo había creído atravesar un rato antes y en ese baño nos hubiéramos empapado —pero sobre todo el potro— de sangre. Una sangre que tornasolaba en sus crines mojadas, en sus belfos espumantes, en sus ojos despavoridos.

El teniente hizo ademán de bajarse, pero lo detuve: «yo le explicaré a su mayor», le dije. Y salté del jeep, caminé sintiendo el crujido de las sales bajo mis zapatos —era como pisar las cenizas de la luz—, fui hasta donde el jinete retenía al potro nervioso que giraba y cabeceaba, y me paré al pie de la montura haciendo un esfuerzo deliberado por no mirarlo hacia arriba. Recuerdo que me vi en el espejo acharolado de la caña de sus botas —curvada en el sentido de las pantorrillas como si un huracán me doblara — y noté los espolines que se clavaban en los ijares húmedos del caballo, azuzándolo, y al mismo tiempo reteniéndolo sin ningún movimiento perceptible de las riendas. Y luego el caballo giró hacia mí su gran cabeza, la boca llena de espuma rojiza en las comisuras del freno que tascaba, y me miró tal como me había mirado —aunque sé que no pudo estar allí— la noche cuando lo vi asomarse a la ventana enrejada en el hogar de Cáceres: los bulbosos ojos sin pupila que un fuego futuro encendía (después yo supe que no era el poniente). Y por fin Cáceres desde la montura, reteniéndolo sin ningún esfuerzo que se le notara —y por el contrario, espoleándolo—, me dijo: «Esa vieja, la madre, fue a verte, Laura».

Y yo ahora sí alcé la vista, asentí, y le pregunté: «¿Dónde están?». Y él se enderezó en la silla, miró hacia el horizonte, por un momento se pareció a su antepasado que miraba más allá de la victoria, clavó los espolines una vez más, desafiando al potro pura sangre a mostrarle su voluntad, pero él era su voluntad. Hasta que por fin desmontó, tomó al caballo de las riendas y se paró frente a mí: tenía el pecho de la guerrera empapado y los músculos maxilares le tiritaban bajo la piel de las mandíbulas (el corazón que se mordía, o un freno de hierro que él mismo tiraba y tascaba). Me dijo: «Tuvieron suerte de encontrarme antes de que oscureciera». Y yo, absurdamente, Claudia, sentí que concordaba, que había sido una suerte, porque en la oscuridad no habríamos podido ver al caballo morado y su jinete, pero él sí nos habría distinguido a nosotros. Y él agregó: «¿Cómo

habrían vuelto, si no me hallaban? Ese teniente no tiene idea de orientarse por las estrellas. Yo lo aprendí en un curso de comandos, y seguí estudiando por mi cuenta...». Y yo: «¿Dónde están, Mariano?» (solo usé tres veces su nombre, Claudia, y en esta, la primera, pronunciarlo fue tan difícil como hablar a través de un bozal). Y él, indicándome algo a la izquierda y arriba del sol que se ponía, sobre la línea del horizonte, una estrella: «Venus. Sabes que los antiguos griegos creían que eran dos estrellas, la que trae la noche y la que trae el día, y les daban dos nombres distintos: Hesperus, la de la noche, y Phosphorus. Dos estrellas; y ni siquiera es una estrella. El cielo nos engaña, Laura...». Y yo le repetí: «¿Dónde están?». Y él continuó sin oírme: ¿Y sabes cómo llamaron los romanos a Venus antes de que se llamara Venus?» Y yo temí que fuera a decir algo peor que amor o veneración y él me adivinó porque se contestó sin esperarme: «Averígualo, Laura, averigua cómo se dice en latín "el que trae la luz"».

Luego bajó la cabeza, se dio unos golpecitos en las botas con la fusta corta, de entrenador, que traía. Tal vez intuyó que yo iba a insistir con mi pregunta, pues se llevó el dedo enguantado a los labios y me pidió silencio, o se lo besó, como aquella noche en el prostíbulo de la Rosita, cuando lo encontré con Mario. Y entonces, tomándome suavemente por el codo, con la misma mano que sostenía la fusta, y con la otra trayendo por las riendas al potro, me alejó más del jeep donde el teniente esperaba.

Viéndonos de lejos, cualquiera habría dicho, Claudia, que éramos una pareja dando un paseo romántico al atardecer; si se dieran paseos románticos en la llanura roja del Apocalipsis. Cada vez, aunque el sol todavía no se iba del todo, había más estrellas en el cielo. Y Cáceres, para no contestarme, o contestándome de ese modo, me las indicaba, señalándome sus posiciones astronómicas y enseñándome, entre otras cosas que no recuerdo bien, esta que nunca he podido olvidar: «¿Sabes, Laura, que los minutos en el arco de la bóveda celeste se llaman escrúpulos*? Hermoso, ¿verdad?», me dijo (y, Dios que no estaba ahí me perdone, pero era hermoso): «también el cielo tiene sus* escrúpulos*. Los tiene con toda la creación. Menos con nosotros».*

Y después me indicó la declinación de una potente estrella roja, claramente visible en el centro del firmamento, sobre el ecuador celeste:

«Betelgeuse», me dijo, «te presento a Betelgeuse, en la constelación de Orión. Su nombre significa "la mano de La Central", en árabe. Tiene la potencia de sesenta mil soles, y, sin embargo, quizás no está ahí, la estás viendo, pero no está ahí. Es o fue una estrella moribunda, es posible que haya estallado hace cientos de años, solo que la luz de su muerte todavía no llega hasta nosotros». Cáceres me quedó mirando (podría haber sido el potro), y yo creí entender aquello que llamaba escrúpulos celestes: la luz de su muerte que todavía no llegaba a mí, o a nosotros.

«Dígame dónde están», insistí. Pero él todavía me eludió, de pronto me puso en la mano las riendas de su caballo y haciéndome un gesto con la fusta que podía significar que se lo cuidara (o que lo azotara hasta matarlo), fue a paso de marcha hasta el jeep. El potro me tironeó de la rienda, como tentándome a montarlo ahora que su amo no estaba, quizás él también me reconocía una autoridad delegada. Vi a Cáceres contestando el saludo del teniente que saltó a cuadrársele, lo vi instruirlo. Vi al joven compungido llevarse la mano a la visera, volverse, mirarme desde allá con algo que a esa distancia no pude adivinar si era despecho, o desesperación... Y luego, antes de que yo pudiera reaccionar, montó en el vehículo y partió virando, a toda velocidad, en dirección contraria a la noche que caía. Cáceres volvió, cerrándome el paso cuando yo empezaba a correr tras el auto: «Lo mandé de vuelta. Si lo pesca la noche en el desierto puede perderse para siempre. Hay que ser como un padre para estos muchachos».

«¡Pero yo!», le grité, golpeándolo en el pecho, ese pecho hundido que había redondeado a punta de pura voluntad. Y él: «Tú volverás conmigo, Patroncita, al anca. Te mostraré el camino. Verás como a mí no me engañan las estrellas. No te preocupes, estarás segura; nadie te protegerá como yo». Y yo imaginé, Claudia, a esa pareja que él se imaginaba, cabalgando en la oscuridad que sobrevendría, entre las feroces estrellas —algunas muertas— y la fosforescencia del salar: la mujer al anca, aferrándose al cuerpo del jinete para no caerse, galopando sobre el potro de pura sangre, cuya sangre ya no se vería.

Entonces Cáceres volvió la espalda a la media esfera del sol que se hundía, y abarcó con la fusta toda la extensión que mediaba entre nosotros y el oriente, donde las montañas encendidas por el ocaso se elevaban

(nuestras sombras, con la del caballo, eran tan largas que se habría podido asegurar que eran las únicas tangentes verdaderas en la curva del planeta), y me dijo: «Ahí están». Al principio yo no entendí, pensé que me indicaba hacia el país vecino, y protesté: «No me mienta, estuve averiguando toda la tarde. Ningún familiar ha recibido una carta o una llamada, los organismos internacionales los tienen como desaparecidos». Y él: «Pero no, Laura, acá, fíjate bien, están acá, en esta pampa», e indicaba su ausencia en la ausencia de la pampa: «repartidos, espolvoreados, el polvo ha vuelto al polvo». Y yo, ahora, tratando de no entender, objeté: «Pero cruzaron la frontera, el padre Penna los vio». Y Cáceres repuso, con la misma melancolía con la que me había mostrado la estrella moribunda que podía no estar ahí (esa mano de La Central que podía no estar ahí): «El cura ve lo que le conviene a su imagen. Cruzaron, sí. Y un cóndor me los trajo de vuelta. Tenemos una excelente relación con la inteligencia vecina».

Yo me llevé las manos a la cabeza. No me sentí ni me vi hacerlo, Claudia, solo lo sé porque mi sombra larguísima lo repetía. Luego la sombra que la acompañaba estiró su brazo hacia ella, lo posó sobre sus hombros y, sin que yo lo sintiera, palmeó suavemente la espalda de la sombra que yo era, consolándola: «¿No me digas que creíste realmente que un oficial como yo iba a desobedecer las sentencias de un Consejo de Guerra?». (Y yo seguí su recomendación: no se lo dije; no me lo dije ni a mí misma, hasta mucho más tarde, tendida en el salar junto a un caballo agónico, cuando ya terminaba esa noche, y «el que trae la luz» se me apareció).

Los detalles de lo que me explicó después, Claudia, no los he retenido con precisión, o la precisión la han ido inventando las veces en estos veinte años —como esta noche berlinesa cuando te escribo— en las cuales he vuelto a ser esa sombra tangencial al planeta de sal que pisábamos (el polvo vuelto al polvo que pisábamos). Tal vez me habló de contraórdenes, del General de División que lo había llamado la tarde del día en que el fugitivo escapó (su voz que sonaba como un trueno en un desfiladero). La ciudad, el alcalde Mamani, le había reclamado, y el General de División estaba furioso. Le preguntó quién diablos le había ordenado fusilarlos de a uno y públicamente, y lo trató de imbécil (¡a él, un Cáceres, un Latorre, que había montado en la caballería de la República desde la

Independencia, que había muerto en todas sus guerras!). Y después el general se calmó, según parece, o masculló que ahora entendía por qué no había ascendido, cuando Cáceres le dijo que el derecho de la guerra mandaba que los prisioneros enemigos debían ser ajusticiados así, que se lo merecían. Y parece que el General de División suspiró, y le informó que las tácticas habían cambiado, que se acabaron esas «patillas de los juicios», que de ahora en adelante esta sería una guerra, ¡pero sucia! Y Cáceres me dijo, o yo me lo inventé después, no importa, que él estaba de pie junto a su escritorio, con el teléfono en la mano, observando el retrato de su bisabuelo que miraba tan por encima del bisnieto (de allí su resentida admiración) cuando la palabra «sucia» le llegó como un trueno bajando por un desfiladero. Entonces él, Cáceres, supo de pronto por qué el antepasado no lo miraba, nunca había descendido a mirarlo: «Como si yo estuviera sucio, Laura», musitó. Y detrás de la palabra sucia, el General de División se desgañitó gritándole que si no quería ser reasignado a la Antártica, o al retiro que es peor que la Antártica, mejor que encontrara a ese fugitivo ¡pero ya! Y cuando lo tuviera que lo hiciera desaparecer a él con todos esos condenados que tenía esperando para fusilar, de modo que no quedara rastro de ellos, y sin que la ciudad santuario se enterara de nada (nada debía volver a turbar su santidad; pero esto sí, Claudia, lo reconozco, lo he inventado yo). Y por último, tronó el general, que se buscara, ¡pero ya!, para él y para el Ejército, una coartada indestructible. Una que ningún juez de este mundo pudiera descubrir, ¡pero ya! Y la palabra juez, Claudia, si es que la dijo Cáceres o su sombra, mientras hablábamos de espaldas al sol que se iba, para que nadie, ni el sol nos viera, esa palabra «juez», bajó hasta mí como un trueno por un desfiladero.

«Esa noche llegaste tú, Laura, Patroncita y jueza mía, mi tentación y mi prueba en el desierto, a darme esa coartada perfecta, y ayudarme a cumplir mis órdenes sucias. Y luego ocurrió lo que ocurrió: yo te enseñé a ser agradecida y tú me entregaste al fugitivo y esto nos unió mejor que si hubiéramos sido cómplices, nos unió como amantes (esta vez sí lo dijo, Claudia, amantes). Yo te propuse nuestro pacto. Y tú aceptaste». Que no lo juzgara mal («no me juzgues mal, mi amor», puede que haya dicho esa sombra sobre la sal), él no lo había planeado así. No planeó nada, fue mi presencia la que «sacó» de adentro de él a ese hombre ausente que mordía

el hierro de su furia, el hierro sucio de esas órdenes sucias que su bisabuelo el teniente coronel Latorre jamás habría dado, ni cumplido, pero sobre todo no habría cumplido. Y en cambio él sí, el bisnieto que temblaba ante la voz del desfiladero, sí las cumpliría y las haría cumplir, esas órdenes sucias. «Es que el cielo tiene escrúpulos», creo que me repitió Cáceres, «pero no con nosotros». Él había cumplido la orden de hacer desaparecer a esos prisioneros. Y gracias a mi ayuda y la del cura, había construido una coartada perfecta. Tan perfecta que, en el fondo, habíamos sido yo y el cura los que los habíamos hecho desaparecer. Los que logramos que se perdiera su rastro, y que así esa suciedad no se viera. Ahora, por supuesto, Cáceres jamás reconocería lo que su sombra (ya desaparecida, porque estábamos totalmente en las sombras), me acababa de decir. Y yo jamás podría mencionarlo, porque tendría que reconocer: «lo que hay entre nosotros, Laura, lo nuestro, que por no llamarlo amor lo hemos llamado pacto».

Yo solo atiné a preguntarle: «¿Cómo?». Y él supo interpretarme de inmediato, tal era nuestra intimidad. Me contestó: «Una tronadura, como lo hacen los mineros. Unas cargas de dinamita, bien colocadas. Y todo se espolvorea, el resto lo hace la sal y el sol, no queda ni la cal de los huesos. No te preocupes, estaban muertos de mucho antes, Laura».

Las tronaduras. Creo que yo pensé en esos truenos que me despertaban al amanecer, unas semanas antes, y que yo había intentado no oír, tapándome la cabeza con la almohada, y pensé también en el trueno de la voz del General, bajando por un desfiladero. Y entonces el pura sangre, que ya no parecía de pura sangre, solo porque el crepúsculo había pasado, bufó de impaciencia en la oscuridad, ansiando lanzarse a su abismo. Cáceres emitió uno de esos tranquilizadores chasquidos con la lengua que los equitadores emplean con sus animales; se hablaban con ternura, la bestia y el otro. Recuerdo que yo me fui agachando muy lentamente, me fui encuclillando hasta que quedé perfectamente ovillada, abrazándome las rodillas contra los pechos. Me había dado cuenta de que no sería capaz de dar ni un solo paso en la llanura de sal que empezaba a fosforecer a medida que más y más estrellas comparecían; varias de ellas, muertas. El viento había cedido al irse el sol y cambiar las presiones; el vacío era tal que parecía que alguien hubiera succionado todo el aire del planeta.

Quizás, aunque luché por evitarlo, se me oyó llorar. Porque vagamente sentí que Cáceres se daba unos golpecitos con la fusta en la caña de las botas, quizás incómodo, como se ponen incómodos algunos hombres tímidos cuando sus mujeres se emocionan. Después de un ratito se encuclilló él también, a mi lado; lo supe por el crujido del cuero, y por los chasquidos de la lengua que esta vez dirigía a mí, intentando tranquilizarme: «Ya, ya, todo ha terminado», parece que decía. Y enseguida se aclaró la garganta, y lo escuché pedirme, con esa voz de novio pusilánime, o de niño flaco, que era lo único suyo que no había logrado disciplinar: «Quédate, Laura, quédate conmigo, mi Patroncita, quédate, no por lo que he hecho, sino para que no haga lo que haré si me dejas».

Y, Claudia, no te olvides al leer lo que viene, que nadie se conoce a sí mismo si no ha muerto una vez por lo menos. No te olvides, porque entonces yo, sin mirarlo, pues no necesitaba mirar esos ojos claros (toda la inmensidad del salar era un ojo fosforescente, entre gris y azulino, abierto), extendí la mano y busqué la suya enguantada, y la tomé y la traje hacia mi rostro que la sal empezaba a partir, y la apreté contra mi mejilla; la mano enguantada del hombre cuya única forma de engendrar amor, era que se le agradeciera no provocar más dolor. Y luego tiré de ella hacia mí, con todo mi peso, hasta que juntos fuimos derrumbándonos sobre la sal, hasta que quedamos tendidos en la orilla del mar ausente, y el caballo quedó recortado contra las constelaciones que giraban. Manipulé el cinturón de Cáceres bajo la guerrera, y lo abrí y le bajé los pantalones hasta la caña de las botas. Y él se rió como un novio pusilánime, o peor, como un niño flaco e impúber, y me recordó que no era así, que yo debía negarme. «Niégate, mi amor», puede que me haya dicho, jubiloso.

Entonces yo me monté sobre él, sobre su sombra donde los ojos fosforecían un poco. Y desprendí de su mano enguantada la fusta corta de entrenador, y con ella «saqué» el sexo lacio, corto, inerte, que apenas se veía, mientras los ojos claros me observaban y se observaban con cierto deleitado espanto. Y con cierta veneración también, quizás por lo que veía sobre mí: la estrella roja moribunda, «la mano de La Central», que coronaba a su Patroncita, mientras ella sostenía esa fusta, tal como una vez había sostenido el corvo de plata del sacrificio que no supo hacer (al que en cambio se entregó).

Y en ese momento le dije que nunca más... Que no me negaría, que no me resistiría, que no obedecería su orden de desobedecerlo, nunca más. Que tendría que azotarme hasta matarme y yo no me resistiría y al contrario, en el último momento, le pediría más y le diría aun más. Más que decirle que lo amaba, le diría que lo veneraba (que viene de Venus que no es una estrella, y cuyo nombre anterior es preferible no mencionar, porque significa «el que trae la luz»). Y él gimió, como si lo deleitara y a la vez lo aterrara la sola idea. «Te diré más, Mariano» (y fue la tercera y última vez que usé su nombre, sintiendo como su hierro se oxidaba en mi boca). «Te diré que te venero, y nunca lograrás salir de ahí», le dije, punzando el sexo lacio, su detector de sufrimiento, que no reaccionaba.

Entonces él bufó (porque no fue el caballo, Claudia), e incorporó el tronco apoyándose en los codos, regresando lentamente de su deleitado espanto a sí mismo, es decir a su ausencia, y me dijo: «Quédate conmigo, Laura, no por lo que he hecho, sino por lo que haré. No tendré escrúpulos. Seré peor que el cielo, si me dejas. Habrá tantos muertos en esta pampa como estrellas». Las estrellas que nos engañaban en el cielo.

Y yo no titubeé esta vez, Claudia, no vacilé, no me senté debiendo ponerme de pie, sino que, por el contrario, empleé todas las fuerzas en las que había sido instruida y disciplinada, toda la precisión de la norma que había encarnado, y le crucé la cara con la fusta, intentando darle en los ojos. Te juraría que sentí como el objeto de cuero trenzado se curvaba y silbaba y restallaba, por su propia voluntad, vivo en mi mano, antes de tocar algo blando, antes de cegar esa luz fosforescente, esas estrellas muertas.

Sentí a Cáceres aullar —lo sentí, tal había sido nuestra intimidad—, al mismo tiempo que yo corría hacia el caballo, y luchaba tirándolo de las riendas y me trepaba a la montura, y no hallaba los estribos demasiado largos. Hasta tuve tiempo de ver cómo Cáceres se debatía enredado en sus propios pantalones, tratando de incorporarse, y quedaba de rodillas con la mano enguantada sobre un ojo, de rodillas sobre la llanura de sal que cada vez refulgía más, antes de que yo azotara al potro con todas mis fuerzas, en el cuello y las orejas, tratando también de alcanzarlo en los ojos. Aunque creo que no habría sido necesario, Claudia, porque el caballo que rezongaba de impaciencia se espantó de inmediato, y plantó la carrera,

lanzándose de cabeza en la oscuridad, llevándome aferrada al cacho de la silla y a sus crines. Aferrada al deseo de esa bestia que era más que correr sobre la llanura fosforescente de sal, más que galopar hasta empaparse de nuevo, más que venerar a su amo. Su deseo que era comerse el freno, y desbocarse hasta reventar la voluntad que lo había azuzado y contenido, hasta reventarse el corazón mordido, y rodar sobre la pampa, y allí sí, por fin, ser el potro de pura sangre.

27

Se encontró como se encuentra uno en un sueño, en una amplia y húmeda bodega, rodeada por rumas de botellas vacías y pirámides de pequeñas barricas que rezumaban el fermento dulzón, oleaginoso, vagamente sexual, del aguardiente. En un ángulo del depósito gorgoreaba y se estremecía un enorme alambique de cobre cuyos retorcidos serpentines giraban, helicoidales, sobre el cuerpo del caldero hasta el tejado, y desde allí descendían sobre la vasija donde destilaba, sublimado, el espíritu de la uva. Las puertas del horno inferior estaban abiertas y podía verse el fuego blanco, parejo, sobre el cual hervía el caldero. Un perrito amarillo, dudoso, de orejas arrastradas, daba vueltas buscando y rechazando el calor del horno, sugiriendo un espectro frío en esa humedad densa y tibia que llenaba la bodega. Laura se preguntó dónde había visto a ese perrito melindroso, o a un antepasado de ese perrito. Y sintió la humedad que se le filtraba por los poros, insidiosa, embriagante, como si solo estar expuesta a la atmósfera caldeada por la destilación alcohólica pudiera contagiar el entusiasmo frenético, la risa, la carcajada saltarina, la música arrebataba y cadenciosa, que decenas de miles de festejantes bailaban afuera. El perro amarillo se acercaba al calor, olfateaba las llamas, desconfiaba, y arrastraba el rabo largo por el suelo polvoriento; finalmente fue a esconderse detrás del cuerpo del alambique. (Entonces, recién, Laura supo dónde había visto un perrito como ese, quizás el mismo inmemorial perrito. Y para cuando lo supo, sintió que la izaban de las piernas hacia un techo trepanado por el cual atisbaba una estrella indiferente, y prefirió no saber o sentir más).

Al cabo de unos segundos, por el lugar donde había desaparecido el perro, apareció Mamani. El ex alcalde venía envuelto en una bata de

toalla blanca, acaso recién salido de la ducha, de un largo baño hirviente y relajante, calentado por el propio alambique. Laura lo comprobó mestizo, gordo, manicurado, con los ojos achinados por la gordura o la satisfacción, con el brillante casco de pelo negro peinado a la gomina y los pies enfundados en un par de babuchas de cuero ablandando aún más los pasitos de obeso que lo traían, ligero y atento, hasta ella:

—Me dijeron que me buscaba, magistrada. ¿Podemos conversar acá? Es el único sitio privado del que dispongo —la voz de dama fingía excusarse, sin verdadera humildad. Al tiempo que, con aparatosa cortesía, Mamani le ofrecía asiento sobre un barrilito.

Laura declinó la oferta:

—Vengo a pedirle que me pague su deuda.

—He esperado que me permitiera hacerlo desde hace décadas, magistrada— repuso el ex alcalde.

—Ahora se lo exigiré.

—No hay que exigirme lo que debo. Usted dirá cómo puedo pagarle —susurraba Mamani, sumiso, casi servil; y enseguida, desmintiendo ambas cosas—: Pero antes, si no le molesta, es usted, Laura, la que me debe algo.

Por un momento, ella se preguntó si habría sobreestimado sus recursos, si habría exagerado el crédito contra el cual venía girando desde hacía tres días cuando salió de Berlín; o desde hacía tres meses, cuando empezó a barruntar que la verdadera respuesta a la carta de su hija, no era ese largo relato que le fue escribiendo, sino este regreso.

—Dígame lo que le debo, Mamani.

El ex alcalde se arrebujó en su bata como si sintiera frío, sonrió con cierta nostalgia (o la fingía bien), le dijo:

—Escucharme.

—¿Qué?

—Usted ha escuchado a mucha gente en estos días, ha recogido testimonios por toda la ciudad. No crea que no lo he sabido. Como cuando fue a oírnos en la sesión de Concejo. Pero no me ha oído a mí, en privado.

Esa gran cabeza de toro no había pasado por alto nada. Que no se

imaginara que no lo había notado, tenía oídos y ojos en todas partes, y todos le confirmaban que ella había pasado por la ciudad y la fiesta hablando poco y oyendo mucho, dejándolos o haciéndolos hablar a ellos, prestándoles atención, escuchándolos, precisamente como una jueza que reúne los testimonios que le habrán de servir para fundamentar una sentencia.

La puerta batiente en el costado de la bodega dejó pasar a alguien. Laura pudo entrever, más allá de los portones, en el patio de descarga de los Grandes Almacenes Atacama, el «baile» completo de Mamani. La cofradía de los demonios rezaba de rodillas, entre los estandartes de terciopelo bordado, entre los instrumentos de viento y percusión, las zampoñas, los pífanos, las flautas de pan y los tamboriles, las matracas y los tambores, todos en el suelo junto a sus dueños hincados que oraban antes de marchar hacia la plaza e incorporarse a la multitud de los devotos. Agachando las retorcidas cornamentas, los diablos se encomendaban a la pequeña réplica de la imagen —la réplica de la réplica— albergada en una hornacina rodeada de velas.

El mismo sordomudo que le había leído los labios a Laura en la entrada y luego de larga vacilación la había dejado pasar, entró a la bodega arrastrando un colgador de ropa sobre ruedecillas. Era un aparato de actor ambulante, del que pendían las piezas del traje de baile de Mamani para la gran ceremonia final, el traje de caporal mayor de la Diablada que este luciría a la cabeza de la procesión, esa medianoche. El sordomudo arrastró el colgador hasta el pasillo en el centro de la bodega, entre los barrilitos, donde Mamani revisó las prendas:

—¿Le importa que me vista delante de usted, magistrada? Se acerca la hora de la procesión. Y como soy friolento me gusta hacerlo acá, en el lugar más tibio de estas bodegas. Además, no verá nada que le atraiga, supongo...

Mamani sonrió con una punta de coquetería que le achinó aún más los ojos, las ranuras oscuras donde brilló una chispa de jovialidad enternecida, resignada, abandonada a su propia, descomunal, humanidad. Acto seguido, el caporal se sacó la bata y se la pasó al sordomudo. Laura pudo ver las tetillas abultadas, puntiagudas, con los

oscuros óvalos de los pezones peludos, caídos, la doble barriga que a su vez pendía en pliegues casi ocultando el sexo enfundado en un slip de color violeta, sedoso, sostenido por tiras negras hundidas en las carnes rebosantes de las caderas, donde terminaban los muslos masivos, surcados de venas cerúleas. Y al agacharse para que el camarero —porque ahora Laura comprendió que ese era el rol del sordomudo, el de asistente personal y valet y camarero— le pasara sobre los hombros la camisola de tela basta, tiesa, ella entrevió las grandes nalgas desnudas que el slip no cubría, albas y a la vez oscurecidas en los valles que no abultaban los edemas, semiesféricas y escabrosas, como la luna que aparecería en un par de horas.

—De qué quiere hablarme, Mamani.

—De tantas cosas, magistrada, o quizás de una sola: de la Diablada. Hace veinte años usted se interesaba por la fiesta, ¿lo recuerda? Me preguntaba por los orígenes de nuestras costumbres, por nuestros trajes. Pero usted era demasiado joven y creo que solo se oía a sí misma: lo que ya había decidido creer, lo que sabía demasiado bien creer. Nunca me oyó a mí, realmente. En cambio ahora, lo he notado, usted escucha más, ha pasado por la ciudad escuchándonos, creo que ha venido a esto: a escucharnos, por fin.

Laura recordó la única conversación entre ambos, durante una fiesta de hacía veinte años. Ella le había preguntado por el origen de ese traje magnífico que ahora se ponía, el atuendo de caporal mayor de la Diablada, por los símbolos bordados, el origen de los animales totémicos, la máscara y su cornamenta. Pero, efectivamente, no conseguía rememorar lo que él le había contestado. Recordaba apenas algo sobre su sincretismo: cómo se remontaba, por el lado europeo, al diablo medieval, el de los autosacramentales y las hogueras, y más atrás a los sátiros que en las bacanales honraban a Dionisio. Y por el lado andino a los dioses derrotados pero no vencidos, al culto de los ídolos llorones de Tiahuanaco, a las aves rapaces y los leones que se retiraron a sus cumbres, se enmascararon, pero no desaparecieron. Laura se acordaba vagamente. Y quizás también en eso Mamani tenía razón: la jovencita enhiesta, la jueza más joven del sistema, orgullosa de su racionalidad, dueña del futuro, no había escuchado bien sus

historias complicadas, sus recuerdos disfrazados de leyenda, sus mitos, el viejo resentimiento mestizo que ahora se añadía a la atmósfera pegajosa de la bodega.

—Entonces le conté que este traje lo heredé —le dijo él, indicándole el traje en el colgador, la máscara terrible que pendía de uno de los extremos.

Le había contado que el traje venía de mano en mano, por generaciones, en su familia. Mutando, cambiando, aumentando en prendas y detalles, enriqueciéndose —lo único que se enriquecía en el empobrecimiento general—, pero siempre el mismo. Y cada hijo mayor lo había heredado junto con el cetro de cacique, de Curaca de ese oasis. De hecho, el traje de demonio era el traje original de los curacas, en su condición ceremonial de chamanes, donde los cuernos alguna vez fueron plumas que alguna vez representaron cuernos, le dijo que le había dicho esa vez, cuando ella era demasiado dueña de su razón y del futuro, como para prestarle atención a historias de títulos sin respaldos legales, como esos.

Ahora, Laura tuvo que estar de acuerdo. Recién recordaba que Mamani, en su conversación de hacía dos décadas, le había contado que reclamaba para sí el linaje de los curacas del oasis, caciques de esos desiertos, que remontaban su derecho a veinte generaciones. Antes de la república y el reino; antes de los primeros conquistadores y los incas que colonizaron esas tierras y sometieron a vasallaje a sus tribus; antes que todos ellos, los Mamani eran caciques en esos pozos del desierto. Desde la noche misma de la historia, antes incluso del reinado del sol, en el tiempo de los ídolos, mucho antes que el hombre blanco llegara con su dios único, ellos ya estaban allí y bailaban sus danzas y se vestían con trajes similares a este que se pondría ahora. Este traje, le decía el Curaca, que no era solo un vestido sino una historia, un registro, un archivo viviente de los hechos de su estirpe, de sus dioses muertos y renacidos al enmascararse en otros dioses. Una historia que él, Mamani, había oído de sus antepasados y a su vez había investigado y completado, cuando se dio cuenta que en la otra historia, la blanca, en la mitad blanca de su sangre mestiza no tendría un lugar nunca, como si nunca hubiera existido.

—Una parte mía niega a la otra, y a su vez es negada por esta.

Ahí estaba la paradoja: su sangre blanca negaba a su sangre india y a la vez la sangre blanca se había condenado al mezclarse con la india. Era el más insidioso de los castigos. Temprano había sabido él que nada sacaba con ser curaca y descendiente de curacas, que nada sacaba con que su familia fuera de los linajes más antiguos en esos desiertos, si la ley no escrita, la ley de las razas en ese país, no era suya y nunca lo sería. Él era mestizo, cobrizo, aindiado, la vena más fuerte de sus indios había aflorado en su piel y en sus rasgos. Aunque fue a la universidad, su estadía allí solo le sirvió para saber muy pronto que él nada tenía que hacer con esas profesiones, donde por talentoso que fuera siempre ocuparía un escalón o diez más abajo que aquel que legítimamente le correspondiera. ¿Sabía ella que él había querido estudiar arquitectura? Sí, lo había intentado y aunque obtuvo las máximas calificaciones en los dos cursos que alcanzó a seguir, tuvo que dejar la carrera porque murió su padre y se acabó el escaso dinero conseguido con la venta de unos derechos de aguas. Incluso el agua habían tenido que vender para mantenerlo en esa universidad de provincias donde había ido a estudiar, y hasta eso se había agotado. Entonces tuvo que volverse, sin el título bajo el brazo, pero con el conocimiento más amargo ya aprendido, de una vez y para siempre. Dos años le habían bastado para saber que aunque fuera el mejor alumno, nunca le dejarían ser el mejor en la carrera, que los grandes estudios de arquitectos, donde se hacían los diseños futuristas de los edificios superiores, le estarían siempre prohibidos por una ley no escrita y sin embargo más fuerte que los códigos: la ley de la piel. Podía leer bibliotecas enteras, y gastar torrentes de tinta en instruirse y al cabo, siempre, el pigmento de su piel lo derrotaría. La raza, la raza era su deuda impagable que jamás podría enterar. Y entonces, al volver derrotado, con veinte años y sin dinero a la pampa de sus mayores, al oasis perdido en el desierto, había decidido que prefería ser el primero en su provincia, en lugar de ser «el segundo en Roma». Y se había reído, Mamani. Nunca quiso ser el segundo en nada. Por eso reclamó sus derechos de Curaca, hizo valer títulos familiares sobre pampas desoladas que nadie quería y sobre tajos mineros agotados

hacía mucho, y los había hecho rendir y florecer. Se había asociado con capitalistas para injertar las viejas cepas vernáculas con uvas de exportación y había trabajado de sol a sol, con sus brazos primero, y luego con los de muchos de su etnia, puros o mestizos como él, a los que había puesto de pie, para convertir ese valle en el vergel que ahora veía, y prometerle el paraíso que sería algún día, si sus planes para el «Complejo de Adoración más grande del Continente» se realizaban. Laura evocó el domo lunar sobre la mesa del Concejo, la ciudad futurista en el desierto, planeada por el arquitecto frustrado.

—Sí, la diseñé yo mismo, la nueva ciudad— le confirmaba Mamani, adivinándola, anticipándose a sus conclusiones, dejándose amarrar por el camarero las perneras de los pantalones bombachos, de montar.

Para eso, para diseñar un futuro esplendor, se había metido en política, se había abierto paso hasta el Concejo Municipal, donde nunca uno de los suyos había llegado, y a punta de inteligencia y de trabajo, de trabajar cuando los demás dormían y nunca levantarle la voz a nadie, aunque le ardiera por dentro el bofetón del desprecio, había llegado a sentarse a la cabeza en ese salón donde todos los demás ediles eran blanquitos. ¿No le extrañaba, a la magistrada, no le repugnaba a su sentido innato de la justicia que él hubiera tenido que esperar, a pesar de sus méritos, a que viniera una dictadura para que lo designaran alcalde, porque los blanquitos de los partidos y del concejo jamás antes consintieron en dejarle el paso, ni en izquierdas ni en derechas?

—¡Que yo haya tenido que esperar a una dictadura para que ella me diera oficialmente lo que ya era mío, lo que siempre fue mi cargo de Curaca...! —exclamó.

Y se interrumpió, tal vez sorprendido de que su voz de dama hubiera subido sola de volumen, llenando el depósito donde gorgoreaba el alambique. Luego bajó la cabeza, se corrigió, doblegó la voz a su tono habitual, castigándose el impulso. Por eso, le repetía más calmado, cuando Laura vio que el pueblo lo aclamaba al ser designado alcalde, veinte años antes, al comienzo de la dictadura, ella no podía saber, ni ellos, los nuevos jefes que lo designaban, que no le regalaban nada, que él estaba volviendo a su lugar natural...

—A mi sitio, Laura, al cacicazgo que heredé y también me gané, con mis propias manos. Al poder que nadie me estaba regalando, porque ese poder siempre fue de los míos.

El poder que había heredado junto con el disfraz que no era disfraz, sino emblema de su resistencia, de su lucha mestiza, de su deber de sobrevivir integrando las fuerzas que querrían destruirlo. Emblema como la camisola, por ejemplo, cuyos faldones se introducía en el pantalón bombacho de montar. La camisola interior que permanecería oculta y sin embargo era tan importante como el atuendo exterior... Era más importante, incluso: esa camisa dura, de una lanilla rugosa, bordada en torno al cuello y los puños con la trama de unas grecas totémicas, esa camisa que quedaría invisible bajo la sotana, el peto y la capa, era el atuendo campesino de los Andes centrales mucho antes de que los españoles se asomaran por esas alturas. La camisa de los siervos, ¿lo entendía ella? Bajo todo el fulgor exterior del traje de caporal que una vez había sido el de los curacas, la tiesa camisa de lana de llama, que dolía llevar, el sambenito de los esclavos. Bajo ese traje de baile desenfrenado y lujoso que él vestía cada año, había un dolor.

—Me duele, Laura, esta tela gruesa. Como me duele el dolor de mi pueblo.

También la faja española, que ahora empezaba a ponerse encima, le apretaba demasiado, pero de otra forma. «De otra forma», repitió el edil, el ex alcalde, el Curaca, mientras giraba sobre las puntas de sus piececitos de obeso envolviéndose en la larga tira de seda roja que el sordomudo le sostenía por un extremo. Esa faja, en cambio, era europea, en ese punto de su indumentaria empezaba otra capa de sentidos que envolvía a la primera. La había mandado a cortar él mismo, en Sevilla, le dijo, en la sastrería más elegante, a su medida. Esta faja legítima de hidalgo español hacía juego con el pantalón bombacho, de montar bestias, que sus antepasados indios no conocieron. Y entre ambas cubrían los faldones de la camisola rústica del siervo del altiplano, con sus grecas de animales totémicos.

Pero aquella faja tampoco se vería, y los pantalones apenas, porque sobre esas ropas, que ya eran un traje de ceremonia, el camarero,

encaramado en un barrilito, deslizó otra prenda sobre los hombros de Mamani: la túnica o sotana negra, cortada a la chinesca, con una hilera de botones montando el pecho hacia el hombro izquierdo y dos tajos laterales dando libertad de baile a las piernas. Esas sotanas negras que recordaban a un culi las habían traído los chinos de Iquique hacía apenas un siglo, le decía el caporal mayor de la Diablada, sin saber que eso que traían se confundiría con estas ropas, porque siempre había existido una túnica en el vestido de ceremonia de los chamanes de estos desiertos, desde siglos antes. Y una sotana sería bienvenida, como símbolo de sacerdocio; en el entendido de que la sotana tampoco fuera el fin de esas capas y capas de orígenes mezclados y superpuestos.

Sentándose sobre un tonel, Mamani le dio al sordomudo el pie enfundado en un calcetín de seda blanca para que lo ayudara con las botas tejanas de piel escamosa, de víbora, sobre las cuales creció, se hizo aún más imponente, cuando se puso de pie para que el valet le atase por atrás, sobre la sotana, el faldellín con flecos, el mandil de artesano medieval donde campeaba una serpiente enroscada, de color violáceo: la diosa de las lagunas orientales rampante a la altura de lo que ya mucho más adentro era el sexo enfundado en aquel slip violáceo —violáceo también, y no casualmente, comprendió ahora Laura, no casualmente—, que la serpiente recordaba y ampliaba. Y luego el camarero le acomodó el peto con el carpincho de dos cabezas —el animal que se escondía en sí mismo, que se ocultaba dentro de su propia piel hirsuta, para sobrevivir—, y le sostuvo sobre los hombros la capa roja con la quimera de un puma con alas bordada en la espalda y se la anudó al cuello. Y después, todavía, sobre las hombreras de esta capa le prendió esas charreteras descomunales, desflecadas, que se proyectaban medio metro desde el cuello, como alas, y sobre las cuales venían bordadas, a mayor tamaño, las mismas grecas de animales fabulosos que en pequeño llevaba la camisola de lana basta, bajo todo el aparato.

—¿Se da cuenta ahora, Laura?

Que si se daba cuenta de la armonía, de la rima secreta que eran sus vestidos, cada uno negando y recordando, tapando y dejando aflorar

algo del anterior, como su propia piel mestiza, como el baile y la música que oía afuera. Esa música que para oídos extraños era pura monotonía, cadencia de un par de tonos repetidos hasta el aturdimiento y el éxtasis y que, sin embargo, sin dejar de ser precisamente eso: aturdimiento y éxtasis, para el festejante era mucho más: polifonía hecha de infinitos restos, de voces astilladas y cánticos desmembrados, de salmos y acordes barajados por mil derrotas pero no extintos, pero no incompletos, no incompletos sino llevados a una síntesis extrema en la cual su propia monotonía engañosa les permitía sobrevivir.

¿Se daba cuenta, la magistrada, de todo aquello que no había querido ver cuando era muy joven? Bajo el compás de lo primitivo, lo sofisticado; bajo la capa ingenua, lo infinitamente complejo, lo insondable; bajo la tenida de fiesta: lo más urgente y lo eterno, la necesidad misma de la supervivencia.

La supervivencia, le repitió el ex alcalde, el cacique, el Curaca, travestido ahora en caporal mayor, metiendo las manos en los guantes de cabritilla blanca, largos hasta el codo, con grandes flecos, dejando que el camarero lo rociara con un frasco de perfume francés. Y luego, tomando el látigo de cuero rojo y el cayado de caporal mayor de la Diablada que pendían del colgador, el látigo de penitente y el bastón erizado de ramas de tamarugo trenzadas, espinudas, coronado por un piñón. El tirso: esa maza feroz, pesadísima, con la que el demonio mayor marcaría las evoluciones de las cofradías, reglamentaría los pasos de la procesión, bajo la amenaza de ese cayado de pastor de una Arcadia ajena que, de sangre en sangre, mestizándose, de piel en piel, había llegado hasta esa Diablada y esa noche.

—¿Lo reconoce, Laura? —le preguntaba Mamani enarbolando el bastón delante de ella, y se contestaba—. Claro que lo reconoce. Usted ha estudiado después estas cosas, ignorando que acá las vivíamos sin necesidad de estudiarlas.

Laura tuvo que asentir. Entronizado en su barrilito, con el mandil de la serpiente violácea, color vino, colgándole entre las piernas abiertas, Mamani empuñaba el cayado del dios mitológico, el tirso de Dionisio. Y en la otra mano, el látigo de los penitentes. Los cetros del Curaca, su

poder, sus herramientas. Los símbolos que miniaturizaban y volvían ridículos, irrelevantes, a sus propias herramientas: la balanza y la espada en la figurilla a escala, que le habían dado una vez, en premio y en símbolo de lo que sería su justicia. Y Mamani le confirmaba:

—Usted no hizo ninguna justicia en estos desiertos, Laura, que no fuera refrendada por mí. Y cuando no pudo hacerla es porque yo no quería. Penna cree que vienen por él y su iglesia, pero vienen por mí y por lo que hay debajo de su iglesia, por el santuario que estaba ahí desde antes de que ustedes llegaran. No vienen por el padre Penna, sino por la madre que estuvo acá, antes que la otra mitad de mi sangre llegara. Del mismo modo, si usted quiere encontrar la justicia que vino a buscar, ahora, tiene que hacer un pacto conmigo —y al decir «pacto» Mamani bajó aún más la voz suavísima, de dama, como si supiera lo que esta palabra evocaba en Laura, y quisiera subrayarle que este sería un pacto diferente—. Y además está sola, magistrada. Usted viene a cobrarme porque ya ni siquiera el abogadito Martínez quiere esa querella que le presentó. Y hasta su maestro ha pedido que la intervengan, que le manden un ministro en Visita.

—Está bien informado.

Mamani sonrió, abrió los brazos que sostenían sus cetros, desplegando la capa en un gesto que habría sido de modestia, si el atuendo magnífico, costoso, destinado a causar una envidia y respeto instintivos, se lo hubiera permitido. Murmuró:

—Es el privilegio del Curaca. Y me lo gané sufriendo...

Mamani se apoyó en el cayado para ponerse de pie. Y al mismo tiempo, sin previo aviso, blandiendo el látigo de cuero retorcido, se azotó la espalda por sobre la capa, con un trallazo tan fuerte y certero que sonó como un tiro, sobresaltando a Laura. Sobresaltando en ella a su propia piel que se enervó y erizó, acaso recordando mejor que su memoria, acaso sabiendo todavía la lección del acero que ella había creído olvidar; acaso lo peor: acatando todavía la norma que una vez había encarnado en esa misma piel.

Laura sintió que las piernas le flaqueaban, tuvo que hacer un esfuerzo para arrancarse del vórtice de ausencia que la tragaba, para volver frente al enorme mestizo disfrazado de demonio, que ahora

sostenía frente a ella, a la altura de sus ojos, el flagelo coleando como una cosa viva. Laura observó, fascinada, como la humedad oleaginosa que emanaba de las barricas, el calor del alambique que gorgoreaba, habían destilado una gota, una sola gota que pendía en la punta de ese látigo, una que podía ser de licor o de sangre, o del propio sudor que ella sentía en sus sienes:

—Yo sé que usted supo como duele esto, Laura —le decía el Curaca, con voz tan baja que tal vez no lo decía, y solo era el eco del chiflido del látigo, que le mostraba—. Yo sé todo el dolor que le debemos.

Y luego, alzando un poco la voz de dama que jamás parecía subir, pero de modo que no cupiera duda que esto sí se lo decía:

—¿Por qué cree que en nuestra fiesta, como en tantas, los penitentes se laceran la piel con látigos y cilicios?

¿Por qué? Que se contestara ella misma. Y Laura, aún fascinada, pensó lo que el otro —o el aire húmedo, alcohólico, del alambique— la inducía a pensar. Pensó que el latigazo era un signo de que la piel también es un disfraz: la máscara del individuo que hay que arrancarse si se quiere ser comunidad, arrancársela en homenaje y recuerdo de fiestas más antiguas donde eso se sabía: el auto sacramental del medioevo, el sacrificio humano, el éxtasis dionisiaco que requería en última instancia desmembrarse, descuartizarse y repartirse, para integrarse con la muchedumbre y con el dios, destrozarse la piel para dejar de ser uno mismo y ser los otros, en la innumerable comunidad de la piel sangrante, de la necesidad del dolor. Mamani se administró otro latigazo en las espaldas, sobre la capa:

—¿Entiende, magistrada?

Que si entendía lo que no podía decirle de otro modo. Con otra voz que no fuera ese tiro, ese escopetazo seco en sus espaldas, eco del dolor de los miles de penitentes que guiaría en unos minutos más, así como el disfraz de demonio azotado era también un eco. Esos disfraces eran el modo que había tenido la tradición, los antiguos dioses, de sobrevivir: mezclarse y enmascararse de demonios para perdurar. Esos demonios eran los dioses de una resistencia ancestral, que nada podría quebrar mientras sobrevivieran bajo máscaras. «¡No es tan simple,

magistrada!», murmuraba. No era tan simple: el dios, los dioses, de esos santuarios eran más antiguos de lo que parecía. Nunca se adora lo que parece, sino lo que está detrás de la imagen y de la máscara. Y no había un solo rostro bajo la máscara; había cien, miles, una multitud.

—Detrás del rostro de su dios, están los mil rostros de los nuestros; detrás de la Patrona, la Mama Quilla y la Pacha Mama, la madre terrible de todos los dioses. Nuestra religión, ¿puedo llamarla «nuestra», aquí, en la privacidad? —y cuando dijo «privacidad» pareció que Laura también llevaba un disfraz...

Su religión, la antigua, la que pervivía capa a capa en su traje, esa religión era capaz de integrar porque siempre integró, porque era múltiple y no única, porque era y sería siempre impura, como él mismo, mestizo impuro. Y esa era su fuerza. Sus mayores, como politeístas, eran naturalmente «integradores», más que los monoteístas. En realidad, era su religión, la del curaca y el chamán, la que había integrado a la Patrona al panteón de sus ídolos, y no al revés. La diosa tierra incluye, adopta hijos, murmuraba Mamani; el dios de su cielo nos excluye.

—Tómese a sí misma, magistrada, y a los que son como usted. Y verá la diferencia con nosotros...

Ella era la jueza; Penna, el pobre, era el sacerdote; el ministro que había venido esa tarde a tratarlos de provincianos en el Concejo, era el político. Todos ellos celebraban a sus dioses puros, los de la Justicia y el Amor y el Poder —en los tres casos, la Razón disfrazada: de «Ley» o de «Amor» o de «Democracia». Pero Mamani y los suyos eran los festejantes desde antes de la edad de la razón. Ellos, los diablos bailarines, ellos, las ménades y los sátiros, ellos eran los primitivos dueños de la fiesta.

—¿Entiende ahora este traje, Laura? ¿Entiende mejor esta Diablada? ¿Entiende mi obligación?

Y se administró un nuevo latigazo en las espaldas, que sonó como otro tiro. Laura tuvo que asentir. Lo entendía, había sido elocuente. Se había vestido en su presencia y había sido más expresivo, más sincero al hacerlo, que si se hubiera desnudado para ella. Tuvo que asentir reconociendo que entendía, aunque no pudiera compartirla, la

obligación del Curaca de resistir. Y de hacerlo por cualquier medio, aun los más oscuros; pues nada podía ser más oscuro que la desaparición de su raza, la extinción de su justicia y el olvido. Tenía la obligación de resistir y de aliarse para ello con cualquier poder que le permitiera, travestido y disfrazado, disfrazado de él, de ellos, azotando la piel que había bajo todas esas pieles, sobrevivir. Y así hacer que la Fiesta y su modo de hacer justicia y la Señora que reinaba sobre ellos, sobrevivieran...

—¿Entiende ahora por qué me he vestido con este traje delante de usted? ¿Y por qué debo llevar esta máscara?

Mamani bajó el testuz toruno para que el camarero, equilibrándose en su barrilito, pudiera sostenerle por encima de la cabeza, como una magnífica corona, la gran máscara de cuernos enroscados, salomónicos. La careta en la que Boris Mamani entró, de un solo envión, como si un viejísimo deseo se aliviara en esa penetración de la cabeza en la máscara. Desde cuyo interior siguió hablándole pero con otra voz, un tono más bajo, aún más suave, y sin embargo también más potente: voz, ahora, de sacerdote y de chamán, retumbando con el eco prestado por la caverna de la máscara: la necesidad había hecho a la careta... Y, a la vez, la careta conservaba toda la fuerza de esa desesperada necesidad, necesidad de subsistir, de ser, a pesar de las masacres y los genes violados, de las invasiones y los azotes, de los altares demolidos, y los ídolos quemados y los dioses reacuñados.

—La historia nos hizo enmascararnos, Laura, y sobrevivimos en la máscara. La máscara nos permitió expresarnos, hacer nuestra justicia, esperar el día en que estas fauces dentadas, estas orejas aladas y puntiagudas, estos ojos desorbitados, y estos cuernos, este cóndor sublimado que aletea entre la cornamenta, sean el rostro de nuestro despertar. Me entiende mejor ahora, este soy yo —le decía el caporal, desde el interior de la profundísima caverna donde su voz se multiplicaba y ahondaba—, este soy yo. No el que está bajo todos los disfraces, sino los disfraces mismos.

De pronto Mamani, o el traje —no se podía saber—, se puso a bailar (y Laura entendió que ella había estado esperando ese momento cuando el demonio del traje se pondría a bailar). Dio un paso hacia

atrás y dos hacia adelante, enfrentando el lugar del que acababa de salir, y dándole la espalda con el siguiente movimiento, haciendo el vis-a-vis del baile, hasta que quedó frente a ella, casi sobre ella, enorme, descomunal, los cuernos rozando las vigas de la bodega, el látigo colgando de la mano del penitente supremo, la capa ondeando sobre los hombros del sátiro mayor, la capa que era solo la última cobertura, no el disfraz auténtico sino el más exterior de los disfraces, bajo el cual se ocultaban los otros, y aun otros, hasta llegar a la propia piel del festejante, la piel —acaso estriada por los latigazos—, que en sus colores cobrizos, semimorados en los muslos, con orientes blancos en las nalgas, era ella misma pura mezcla y capa, cepa híbrida, mestizaje y encuentro, disfraz del cuerpo que tampoco era más verdadero que las otras pieles, los trajes, puestos sobre él.

Y entonces Mamani, detenido, enorme, agachó la careta hacia Laura, rozó con los grandes cuernos su pelo negro, acercó a su oído el hocico de fiera mitológica, los colmillos rapaces y sanguinarios, y a través de esas fauces, con un hilo de voz tan delgado que ni siquiera podía asegurarse que alguien hubiera hablado, Mamani o el animal mitológico, o el Dios en el que se había travestido, o el disfraz mismo, le dijo o pareció que le decía:

—Perdón.

«Perdón». Fue solo esa palabra, apenas susurrada. Y Laura supo de inmediato que para esto había sido necesario todo el rito anterior, el rito de vestirse, el látigo y la máscara, habían sido imprescindibles para que el ex alcalde, y Curaca, y caporal mayor de la Diablada, desde abajo de la máscara, desde dentro de la capa azotada, pudieran presentarle sus excusas. El Curaca de ese oasis, el que hacía toda justicia en esos desiertos, le pedía perdón por un anochecer de hacía veinte años cuando había venido a su tribunal con «diez justos» a rogarle que los amparara, que rescatara a su Patrona y la trajera de vuelta a su altar, cuando se había escondido detrás de las faldas de una jueza jovencita, de solo veinticuatro años, de la forastera a la que tendría que haber protegido como cacique, de acuerdo a las leyes ancestrales de la hospitalidad. Y en cambio él, el Curaca, se había escondido detrás de ella, tal como el pueblo entero se había

escondido, y junto con ellos, los cobardes y los espantados a los que él debería haber dado valor, había esperado durante esa larga noche, temblando en sus casas, a que la magistrada intentara la justicia que a él le correspondería haber intentado.

Luego, el hombre que había tenido que enmascararse para pedirle «perdón», o Mamani, o lo que hubiera bajo el traje, vaciló, se dio vuelta abriendo los brazos que sostenían el cayado y el látigo, como diciéndose que sabía que su excusa nunca sería suficiente. Y después retrocedió, se sentó sobre el barrilito, soltó sus emblemas, se sacó la máscara con un hondo suspiro, le hizo una seña al camarero para que le secara el sudor que le corría a chorros por las sienes y las mejillas, mezclado al perfume francés que supuraba de él, como la pulpa de una fruta pasada, y le dijo:

—Ahora sí, magistrada, ya le di mi testimonio, ya me escuchó. Y ahora yo la escucho a usted: cóbreme mi deuda. Dígame cómo voy a pagarle lo que le debo.

Y el eco de la voz de dama, o el gorgotear del alambique en la sofocante bodega, amplificaban sus palabras. De modo que al decir «debo» parecía hablar por muchos, decir: dígame cómo vamos a pagarle lo que le debemos.

28

Anoche dejé mi oficina en la universidad, Claudia, demasiado tarde para alcanzar el S-Bahn. Llamé a un taxi y salí a la Van't-Hoff Strasse a esperarlo, pero no tuve paciencia; o no, prefiero decirte la verdad: simplemente olvidé que lo había llamado y quizás mis piernas deseaban caminar. Tú sabes que lo he hecho varias veces, caminar las casi dos horas que me separan de casa. Pero anoche, por primera vez, algo me ocurrió y me perdí. En algún momento crucé el Clay Allee sin notarlo —abstraída, oyendo esa voz en mi cabeza que retumbaba: «¡No me dejes hacer lo que haré!»— y de pronto estaba en un sendero entre los bosques de Grünewald y el lago refulgía entre los árboles, plateado por la luna; plateado y un poco fosforescente, como un salar. En un claro entre las ramas, recortada contra ese reflejo, una cabeza cornuda, de enormes astas, se volvió a mirarme. Fue un ciervo, seguramente, pero el corazón se me subió a la boca y eché a correr en cualquier dirección. Corrí entre las ramas de los abedules que me azotaban, entre máscaras barbudas, coronadas de vides, que asomaban tras los matorrales, entre manos pálidas, de mármol o de cera, que se estiraban para acariciarme o agarrarme del pelo, hasta que por fin alcancé el borde del bosque y las luces de la ciudad volvieron a aparecer. Divisé un fulgor amarillo nebuloso, como si la tormenta de fuego que arrasó Berlín al final de la guerra hubiera vuelto, pero hasta eso era preferible a lo que parecía perseguirme. Así que me lancé de cabeza hacia allá, salí corriendo del bosque por un sendero que desembocaba en una calle desconocida curvada por la luz de un único farol (solo me acuerdo de parte de su nombre, Dünkel...). Y entonces dejé de correr, llamada al orden por las mansiones de la burguesía Guillermina, por sus parques, y sus empinados tejados y sus torreones neogóticos desde los cuales sus dueños observaron la tormenta de fuego que consumía el centro de su

ciudad, de su mundo, al final de la guerra, y que ahora negaban con toda su torva pomposidad aquello que me había perseguido en el bosque contiguo. Luego, tomando por Hubertus Allee llegué hasta la Ku'dam, y allí me detuve a descansar, sobre el puente que cruza las vías ferroviarias en Halensee. Contemplé la confusión de autopistas brillantes bajo la luna; el horizonte de chimeneas industriales, con sus penachos de vapor; arriba, muy alto, pasaba un avión.

Cuando miré hacia abajo noté en el andén de la pequeña estación del S-Bahn, bajo una luz fluorescente que se encendía y apagaba, la figura de un hombre sentado. A primera vista parecía un vagabundo, que sostenía una botella, arrebujado en una manta peluda que de lejos semejaba una piel de cabra (y que tal vez lo era). Pero al mirarlo mejor advertí la gorra militar cuyas orejeras la brisa hacía flamear, y los pantalones metidos en unas botas de campaña. Y entonces se me antojó que era un hombre tan viejo que podría haber estado allí desde la guerra, esperando un transporte de tropas que lo llevara al frente, un transporte que nunca llegó. Un soldado tan antiguo como el antepasado de Cáceres, el del retrato, o más aún. Ese hombre estaba ahí desde que enviudó de su violencia (no podría explicártelo mejor).

Imaginé a ese viejo soldado borracho, aferrado a su botella de vino, con las orejeras de la gorra que flameaban por sobre su cabeza, esperando allí desde tiempos inmemoriales, con su manta que parecía una piel de cabra, ahíto de un vino que no podía consolarlo, acabado, cansado de tanta tragedia, esperando a que el tren (o la historia) viniera a llevárselo de una vez. O bien, aguardando a que resucitara aquella ancestral violencia de la cual una vez enviudó.

Esa imagen, si así pudiera llamarla, me llenó de una paradójica serenidad, como la que se logra cuando nos atrevemos a mirarle la cara a nuestro terror. Y me vine a paso lento por la Ku'dam, a casa, y me eché a dormir como un tronco, vestida, sin soñar nada, hasta esta tarde, cuando he vuelto al escritorio a reanudar lo que te contaba.

* * *

Desperté un mes y medio después, Claudia. Aunque yo no supe que había transcurrido un mes y medio hasta que Mario me lo dijo, más tarde.

Yo no supe nada, salvo que emergía, volvía de un lugar remoto, varios kilómetros bajo la superficie del desierto, en las cavernas del mar inferior, donde había reposado en una bolsa oscura, en alguna clase de líquido amniótico; o como si hubiera estado muerta. Fui abriendo los ojos; te juraría que sentí que los párpados apergaminados me crujían. Cuando por fin lo conseguí me encontré en una habitación que reconocía, aunque no podía situarla del todo. La semipenumbra tibia, el sol filtrado por las cortinas corridas, algo me sugería un remoto recuerdo, el de una siesta durante esos largos veranos de vacaciones en el campo de mi padre. ¿Estaría de vuelta allí, estaría el volcán, el lago, tras las cortinas gruesas? ¿Tendría de nuevo ocho años? Una gran lasitud me impedía moverme, mejor que si hubiera estado atada. Solo podía girar la cabeza. En el radio de mi visión entraba un velador con jeringuillas, cajas de remedios, un jarro conteniendo un líquido blancuzco tapado por un plato. Sentí mucha sed y al mismo tiempo los labios pegados, encostrados por una sustancia dulzona como la sangre. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Un trapecio de sol polvoriento se arrastraba por el piso. Afuera me pareció que gorjeaba un pájaro. Y de pronto reparé en el muchacho acuclillado o de rodillas junto a mi cama, su rostro contrahecho, de retrasado, mirándome fascinado, ladeando la cabezota hirsuta, moviendo la gran quijada, estirando los labios sobre el hueco negro de los dientes faltantes, y supe que ese era el gorjeo que había creído oír, la voz de este retrasado, tan distante que me llegaba como el piar de un pajarito. Intenté decirle que me hablara más alto, pero la sustancia pegajosa en mi boca se oponía; y la mano desproporcionada del muchacho, cuyo nombre yo sabía pero no podía recordar, se estiró hacía mí, y me puso delante de los ojos algo que tenía en la palma, ofreciéndomelo, animándome a tomarlo. Entendí que era alguna clase de regalo, ese bulbo informe de algún metal que brillaba con unos destellos verdes y rojizos, como un meteorito. O como la estrella del alba, pensé. Y pensarlo, de pronto, me pareció de una obscenidad tan insoportable que entonces sí pude abrir la boca y le grité, desconociendo la rabia que me embargaba, sin entender de dónde me nacía, porque no recordaba nada. Solo sentía esa ira infinita. Y oí mis propios gritos a lo lejos, como el piar de un pajarito, mientras el muchacho salía huyendo.

Cuando volví a abrir los ojos, el doctor Ordóñez sostenía mi mano

izquierda por la muñeca y me tentaba el pulso. Mario estaba sentado a los pies de la cama: «¿Cómo se siente, mi amor?», me preguntó. Y yo recuerdo perfectamente, Claudia, que no fue la palabra «amor», ni el hecho de poder oírlo distintamente —aunque desde el fondo de una caverna—, sino que fue el mero hecho de saber quiénes eran ellos dos, de reconocerlos, lo que me colmó de asombro, y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Después, Mario me explicó que llevaba cuarenta y cuatro días inconsciente. O más precisamente, en un estado de conciencia renuente, que los médicos calificaban con el vaguísimo término de estado de choque. Ordóñez intentó ilustrárselo a Mario con el síndrome de bombardeo, explicándole que aparte de mis lesiones múltiples y el traumatismo encéfalo craneal cerrado, yo me había retirado a un cuarto trasero —por así llamarlo— de mi mente, uno sin ventanas ni puertas a la calle, adonde no podía ir a buscárseme, y del que solo yo podía decidir salir. No era tan raro, le insistió Félix a Mario, intentando tranquilizarlo. Mi estado se había visto mucho, por ejemplo, en las víctimas de bombardeo, durante la guerra, en los soldados que pasaban mucho tiempo en las trincheras. Y según supe después, ambos se quedaron mirando sin formular las preguntas cantadas: ¿en qué guerra había participado yo? ¿En qué trincheras? ¿Dónde habían caído esas bombas?

Mario me contó que a veces parecía despierta pero no reconocía a nadie; y que a veces caía en un letargo tan profundo, con los signos vitales tan bajos, que el doctor se alarmaba y decía que tendrían que trasladarme de urgencia a un hospital, que deberían haberlo hecho desde el primer día. Pero entonces yo, desde ese sueño que más parecía un coma, hablaba, sin abrir los ojos, hablaba y me negaba a que me movieran, a que me tocaran. Es más, Claudia, desde mi «cuarto trasero» yo profería tales obscenidades y groserías, los amenazaba con tales horrores, que Mario no se animó nunca a repetírmelos. Y ellos no se atrevieron a moverme. Me dejaron en ese sueño aparente y tan reconcentrado que solo emergía de él, como los ruidos subterráneos de un temblor, el crujido de mis dientes que rechinaba hasta que me sangraron las encías.

Recuerdo que cuando el doctor se fue —después de sacarme sangre y orina, para unos exámenes— le pedí a Mario un espejo. Te reirás tal vez de mi vanidad, Claudia, pero lo tomé temblando. Temía verme desfigurada

por una cicatriz, o algo así. Me eché un vistazo rápido, de reojo: una cara conocida me devolvió la mirada, alguien a quien no estaba del todo contenta de volver a ver, alguien que quizás me ofendió, o me defraudó, aunque ya no recordaba exactamente cómo. Tenía la mitad de la cabeza vendada. «¿Qué me pasó?», le pregunté a Mario, que continuaba tímidamente sentado a los pies de mi cama. Y él carraspeó, sonrió, cohibido: «Estuviste treinta y seis horas perdida. Nadie sabe dónde. O mejor dicho...». y bajó la cabeza, evitando mirarme: «Solo tú».

Treinta y seis horas, un día y medio, perdida... Recuerdo que me eché para atrás en los almohadones con los que me habían enderezado, mientras Mario me relataba cómo había dado la alarma cuando se asomó a mi dormitorio y no me encontró, en el amanecer siguiente al de mi última visita al campamento, cuarenta y cuatro días atrás. Él había seguido mi pista hasta el último lugar donde me vieron. Aunque no necesitó preguntar demasiado: el taxista que me llevó hasta la reja del campamento, el día anterior, se lo dijo de inmediato. Y en realidad, solo habría tenido que preguntarse a sí mismo, agregó —y volvió a bajar la vista.

Más bien, los dos bajamos la mirada casi al mismo tiempo, porque en ese instante yo vi a esa mujer que se me parecía (aunque estuviéramos disgustadas) parada en la garita de guardia, preguntando u ordenando que la llevaran a la presencia del comandante (en ese momento no pude recordar para qué, aunque luego volví a saberlo). Y luego la vi escoltada por esos dos reclutas, pasando entre los presos que callaban al verla, como si reconocieran en ella a una autoridad, consagrada por unos invisibles galones que quizás llevaba bajo la ropa, tatuados, una autoridad de la que no cabía, sin embargo, abrigar ninguna esperanza... Pero después ya no conseguía recordar nada, solo veía un fogonazo blanco, una infinita extensión de sal, vacía, en la que esa, que quizás era yo, se había perdido durante treinta y seis horas.

Mario me decía que en el campamento no lo habían dejado pasar, que los guardias lo rechazaron prácticamente a culatazos, que tras sus gritos y exigencias de hablar con el comandante Cáceres, finalmente un oficial jovencito, un teniente, salió a gritarle que allí no había ninguna jueza perdida, y que no siguiera molestando porque estaban en alerta máxima, con órdenes de disparar a la menor provocación. Y como, a pesar de esa

amenaza insólita Mario no se decidía a irse, el teniente lo había tomado por el codo, y lo había llevado hasta un sitio a unos cien metros de las rejas, donde varios conscriptos amontonaban una alta pira de escombros o leños humeantes (escombros o leños que Iván merodeaba y escarbaba y hurgaba, dando chillidos de excitación, con cada nueva carretilla que los reclutas descargaban). Indicándole esa pira, el teniente le había repetido, pero ahora en voz baja, casi compungida, o quizás resentida, —«sí, como si estuviera resentido personalmente conmigo», me relató Mario—, le había repetido que no insistiera en ver al comandante, porque este había sufrido un accidente la noche anterior, hasta era posible que fuera un atentado, un intento de motín de los prisioneros que le habían prendido fuego a la casa del mayor Cáceres (el hogar que significa hoguera, evocó alguien en mí, acoplándose poco a poco con mi memoria). La casa se había quemado hasta los cimientos. No hubo agua para combatir el incendio, nadie lo había previsto, solo quedó ese montón de escombros. El mayor había sobrevivido de milagro, con quemaduras graves. Para tratarlas, esa mañana, lo habían trasladado en helicóptero a la capital. (Mario me dijo que entonces se había explicado esas sirenas que, ululando en mitad de la noche, habían despertado a media ciudad; aunque, como tantas otras cosas —y me sonrió sin una gota de amargura, o ya demasiado habituado a ella—, como tantas otras cosas, ni él ni la ciudad habían querido saber que las habían oído). Entonces el teniente le había agregado, parados allí, a cien metros de las rejas, dándole la espalda a los centinelas armados, junto a los reclutas que descargaban escombros, le había agregado que esa era la razón por la cual estaban acuartelados, en alerta máxima, y que por eso no podían ayudarlo a buscar a ninguna jueza perdida. «¡¿Acaso no me entiende?!», le gritó. Y luego, dominándose, volviendo a sus modales contritos o culpables, o que también podían ser un resentimiento personal contra Mario, le había rogado que no insistiera más, que no perdiera el tiempo con ellos, que me buscara en el desierto, hacia el oeste, donde el sol se pone. Y le había indicado con un dedo tembloroso hacia allá, pero sin volverse a mirar, por lo que también era posible que estuviera indicando el montón de escombros. Después, sin darle tiempo a Mario para reaccionar, o para preguntar nada, se había vuelto al trote, y los centinelas habían cerrado tras el teniente las rejas del campamento.

Mario me contó esto en días sucesivos, poco a poco, como se administran alimentos blandos a un enfermo, aumentando las dosis y la consistencia, sin insistirme cuando yo le hacía una seña con la mano de que no quería oír más, o simplemente me dormía —o aparentaba que me dormía, porque, en realidad, tras mis ojos cerrados, mi propia voz muda seguía con el monólogo de otro relato que el relato de Mario inducía—. Yo me iba contando a mí misma los trozos de recuerdos que iba recuperando, hilvanaba la sábana vieja de mi memoria, la parchaba y la zurcía, y luego la ponía contra la luz, a ver si en ella aparecía la silueta de mi pasado, impresa como el cuerpo en el sudario. Y en ella, poco a poco, iba apareciendo yo. Yo, menos aquellas treinta y seis horas perdidas en esa blancura absoluta de donde no lograba rescatarme.

Mario había tratado de movilizar a la ciudad para que lo ayudaran a buscarme en el desierto, en la dirección a la que había apuntado el teniente, hacia donde el sol se pone. Acudió a los carabineros, y a Mamani para pedirle la ayuda del municipio. Este había interrumpido una reunión urgente con el Concejo, había salido a la antesala —Mario entrevió a los concejales cariacontecidos en sus sitiales—, y había escuchado el ruego del periodista con su enorme paciencia, servicial y engominada, sin traicionar una emoción que no fuera la correcta: el asombro y el dolor del patriarca, del cacique de la tribu, del curaca que es responsable hasta por sus adversarios. Cuando Mario le dijo que yo estaba desaparecida, Boris Mamani había meneado la cabeza, bajado aún más su suavísima «voz de dama», y le había repuesto que por lo visto la noche anterior Dios mismo había «desaparecido» de la ciudad santuario, se había ausentado, y había permitido que otro lo reemplazara. «Laura perdida, el comandante Cáceres malherido en un incendio, y...». (Mamani hizo una pausa para cerciorarse de que estaban solos en la antesala), «y en el mismo incendio la imagen de la Patrona que también ha desaparecido...».

Mario, por reflejo profesional de periodista, o porque no entendió el eufemismo, quiso corroborar la noticia. Preguntó: «¿Quemada?». Mamani había asentido: «Quemada, hecha humo, mi querido Mario. El Concejo acaba de decidir que tú serás uno de los pocos, aparte de nosotros mismos, en ser informado». Y luego, disminuyendo tanto su voz de dama que a Mario no le quedó claro si dijo lo que dijo, le había aclarado: «Te

informamos, para que sepas que no lo puedes informar, naturalmente».

Enseguida el alcalde se ocupó de mi ausencia: «Estamos en deuda con Laura, la ciudad está en deuda con ella. Tú lo sabes, Mario...». Aunque él no me lo relató, Claudia, yo podría pintarte sin titubear la mano de Mario, grande pero blanda, negando en el aire, diciendo que no, que no sabía nada de deudas, que solo sabía aquello que no debía informar, pero que si había tal deuda ahora era el momento de pagarla, ayudándolo a buscarme. Y Mamani había concluido volviéndose ya a su reunión urgente, a puertas cerradas: «Pondré una cuadrilla municipal y vehículos a buscarla, ahora mismo, Mario. Todos estamos en deuda con ella».

Me buscaron durante todo ese día, por el rumbo donde el sol se pone (donde quedan sus escombros), hasta que el sol se escondió tras el paredón de aire líquido del horizonte, y el salar se tiñó de una luz morada parecida a la sangre. Solo encontraron un caballo muerto, con aperos del Ejército y la boca llena de una espuma violácea. Ese anochecer los vehículos volvieron, encabezados por el único jeep de carabineros, en el que venía Mario, y los voluntarios celebraron una reunión en la comisaría para planificar la continuación de la búsqueda al día siguiente: «Porque debe aparecer mañana...», me dijo Mario que había dicho un cabo, y todos entendieron lo que faltaba en los puntos suspensivos: más de veinticuatro horas en el desierto, sin agua, y mujer; mujer, más encima...

La partida de búsqueda salió de nuevo al día siguiente, antes del alba, cuando apenas se asomaba el lucero sobre las lejanas sierras de la cordillera. Mientras tanto, a eso de las ocho de la mañana de ese día, o un poco más tarde, Mario no lo tenía claro, mientras ellos empezaban a peinar los cuadrantes en que habían dividido el desierto, yo retorné a la ciudad.

O una parecida a mí lo hizo. Entré caminando por el medio de la avenida Santos, descalza, con la frente ensangrentada y el pelo pegoteado sobre ella, con el vestido desgarrado por el cual me asomaba un pecho, vacilante pero por mi propio pie, y recorrí así toda la distancia hasta mi casa (la que tú ahora has conocido) en la calle Rosales, ante la mirada atónita de los ciudadanos que me miraban atónitos, o asustados, o disgustados (como si yo fuera alguien a quien no estaban del todo contentos de volver a ver, alguien que quizás los ofendió, o los defraudó, o

cuya mera presencia los emplazaba, quizás, con una deuda). Algunos intentaban acercarse a ayudarme, solo para que yo los rechazara con rugidos de ira, insultándolos con expresiones tan «sucias» que nadie se atrevió después a repetírselas a Mario, tal había sido su «suciedad».

(En algún momento de esa convalecencia logré recuperar algunos débiles recuerdos de ese retorno mío a la ciudad, Claudia. O más bien, no tengo esos recuerdos, pero sé que no me inventé a la mujer que se detiene frente a la vitrina de una gasolinera: el pelo negro pegoteado de sangre, la mirada muerta, el pecho blanco y erguido, al aire, y el patrón que la mira desde su oficina, entre las baterías y los neumáticos, con un trapo sucio en las manos, con la boca abierta. No tengo el recuerdo, pero sé que no inventé a las hermanas Subiabre barriendo la vereda delantera de su casa y dejando el escobazo en el aire para persignarse a mi paso. Ni inventé al notario y conservador Martínez, el sombrero negro sobre la pelada ovoide, doblando una esquina, mirándome —o mirándola a ella— y volteándose inmediatamente, desapareciendo por donde venía. Ni inventé —aunque no lo recuerde— al farmacéutico Barrales blandiendo el garfio con el que abría las cortinas metálicas de su farmacia, apoyándose en ese cayado patriarcal mientras acompaña un trecho a esa mujer del pecho al aire, hablándole, ceceando alguna clase de estímulo, que la otra desdeña mientras camina tambaleante por el medio de la calle principal, acercándose al centro de la ciudad. No, no los recuerdo, pero sé que tampoco me inventé el rostro de esos espectros, alineados en las aceras, esos justos, que eran muchos más que diez, que eran todos, evitando mirarme bajo el sol que iba subiendo, que iba poniéndose blanco de ira mientras ellos volteaban los rostros mortecinos, para no verme...).

Es posible que, para cuando llegué a la casa en la calle Rosales, una pequeña multitud viniera tras mío —o que no hubiera nadie, ni siquiera esos espectros—. Como fuera, no me detuve; empujé la puerta y entré directamente hasta el patio. Allí me apoyé en una de las pilastras, frente al huerto seco, que yo había dejado de regar dos meses antes, al fondo del cual retorcía sus ramas la higuera donde el cura Penna me había entregado al fugitivo que yo entregué.

Y seguía allí —me relató Mario un mes y medio después, sentado tímidamente a los pies de mi cama— cuando el jeep de los carabineros que

lo traía de vuelta —les habían avisado de mi reaparición por radio— frenó bruscamente ante la puerta y él corrió al interior de la casa y me vio de rodillas en el huerto, entre las plantas secas, entre las sombrillas y las estacas y los rótulos que yo misma había puesto, cavando con mis manos, febrilmente, un agujero en la tierra endurecida. Yo no recuerdo nada de esto. Te cuento lo que Mario me relató, lo que vio al acercárseme: la tierra que mis dedos arañaban enrojecida por la sangre, mis bufidos de animal hozando, o de furia bufando: «fe, fe, fe» (porque era una furia esa, la que excavaba). Y el chillido que lancé cuando él me tocó, como si sus dedos hubieran sido metal candente —acero, regla, norma— en mi espalda.

Corrí a refugiarme en la casa y me encerré en el único lugar con llave, en el baño. Mario me siguió y estuvo tras la puerta de ese baño largo rato rogándome, intentando convencerme de que abriera, oyendo mi silencio, y en él cómo caía el agua dentro la tina. ¿Qué hacía esa mujer allí dentro? Nadie lo sabe; yo no puedo decir que lo recuerdo, Claudia, pero sé que no me he inventado a la desconocida que se desnudaba frente al espejo de cuerpo entero colgado tras esa puerta, que se miraba en él, que miraba los cardenales, los verdugones, esas flores carnívoras que habían crecido, esas enredaderas moradas que la abrazaban, y esa mujer que sonreía abrazándose o abrazándolas, acariciándose o acariciando esas flores... Hasta que Mario no aguantó más el silencio y echó abajo la puerta y me encontró desnuda, sumergida en el agua helada que mi cuerpo había ensuciado, dormida o en estado de choque, trasladada a ese cuarto trasero de mi mente adonde no podían ir a buscarme, y del cual no decidí salir hasta cuarenta y cuatro días después.

Así, con la ayuda de Mario, fui hilvanando, cosiendo, zurciendo y parchando la sábana vieja de mi memoria, remendando el cuerpo de mi pasado, excepto por esas treinta y seis horas perdidas en el fogonazo blanco que por más que lo intentaba no podía recuperar. Hasta que una mañana, similar a aquella cuando abrí por primera vez los ojos (te juraría que los párpados me crujían, como si fueran de pergamino), me encontré otra vez con Iván —esta vez sí lo reconocí— arrodillado y furtivo junto a mi cama, supongo que temiendo que fuera a gritarle como la vez anterior, preparándose para huir. Pero esta vez yo le sonreí, y lo animé a mostrarme lo que escondía en las desproporcionadas manos juntas bajo la barbilla, lo

que evidentemente me traía como un regalo o una ofrenda para que me mejorara pronto. Iván estiró tímidamente la mano y, sin atreverse a tocarme, depositó a mi lado sobre la cama esa piedra de metal blancuzco, bulbosa, requemada, y que sin embargo brillaba con unos destellos irisados. La sostuve un momento y nunca he podido olvidarlo: su extraña tibieza helada (como si conservara todavía el calor de la pira donde Iván la había encontrado), su volumen tumoroso que parecía adaptarse a la palma de mi mano (y no mi mano a ella, Claudia), esos diminutos ojillos azules y rojizos que me atisbaban desde los poros de la piedra, y a la vez el temblor que esos brillos dejaban en la retina: neones prendiéndose y apagándose contra un cielo blanco. Destellos de una belleza de otro mundo, como la de un meteorito. O como la belleza de Venus, la estrella del alba, volví a pensar, tal como lo había pensado cuando desperté después de pasar ese mes y medio en mi cuarto trasero. Se parece al lucero del alba, me dije. Y de golpe el fogonazo blanco del salar se entreabrió ante mis ojos. Me vi tendida en él junto a un caballo agónico, junto a ese potro que ahora era de verdadera sangre, tendida justo antes del amanecer, cuando «el que trae la luz» se me apareció. Y supe de nuevo lo que había sabido en esas treinta y seis horas perdidas. Y aunque era de una obscenidad casi insoportable, esta vez no grité.

29

El teniente Acuña estaba solo en la comisaría, sentado a su escritorio dactilografiando con dos dedos en la pesada máquina de escribir. Laura lo divisó a través de la ventana enrejada, desde el oscuro jardincillo de las piedras encaladas, la bandera parchada y la solitaria garita donde nadie hacía guardia. Acuña llevaba la guerrera entreabierta y, cada tanto, se inclinaba para consultar un libro, con la punta de la lengua asomándole entre los labios. La cruda luz de la oficina bañaba entonces la nuca rapada del oficial que luchaba con las palabras. Laura reconoció esos rasgos del funcionario joven, que aún creía en su misión (como había creído ella misma, veinte años atrás): antes de consignar una pesquisa, el policía se esforzaba por hacer una descripción científica del crimen consultando su manual de técnicas forenses. Mientras la pistolera con su arma de servicio seguía colgando del perchero, como la vieja fruta del árbol del bien y del mal.

Laura golpeó el cristal de la ventana y el teniente se sobresaltó, parpadeó, se apresuró a abrirle la puerta, a cuadrarse en el vano, alto, delgado, tierno en su disciplina, y anunciarle:

—Todas sus órdenes cumplidas, magistrada. Precisamente le estaba escribiendo un parte.

Y se hizo a un lado, indicándole el camino. Laura pasó delante de él hasta su oficina. El oficial le acomodó la silla, le mostró orgulloso las hojas grisáceas que había estado dactilografiando, volvió a cernirse sobre la máquina de escribir con los índices en el aire:

—Si me da un minuto, termino y se lo entrego.

—No hace falta, teniente, hágame un informe verbal.

Acuña pareció decepcionado, indicó a la lengua de papel que sobresalía de la vieja máquina manual, luego miró las ventanas más

allá de las cuales arreciaban los bombos y los vientos de alguna cofradía camino de la plaza, sus vastas e incomprensibles responsabilidades de oficial nuevo en la ciudad invadida por los peregrinos venidos a la Diablada. Mientras él se ceñía a la burocracia, su personal insuficiente había sido desbordado hacía mucho, y un borracho pasaba frente a su retén, cantando. El orden era un sueño cada vez más lejano. Por fin se resignó a resumir:

—El abogado Martínez y su hija Claudia están detenidos en el dormitorio del personal, bajo llave, como usted me indicó. E Iván sigue en el calabozo con la puerta abierta. No se ha movido de ahí desde que usted lo vino a ver en la mañana. Tengo la cárcel llena.

Laura no pudo evitar sonreír. El joven policía tenía la cárcel llena y un montoncito de oficios terminados, cuidadosamente corregidos con tintura blanca, en la bandeja de salida de su escritorio. Laura tomó el primero, apenas media página, llena de siglas y enmendaduras, acerca del asalto a su tribunal.

Acuña la miraba, hundiendo la cabeza entre los hombros galoneados. Tenía ese reflejo del buen policía: todo delito no resuelto era como si lo hubiese cometido él y le pesaba sobre los hombros.

—Magistrada, interrogué a dos sospechosos, pero todo el mundo anda enmascarado y la ciudad está llena de afuerinos. Pudo ser cualquiera.

Se había tomado tan en serio su misión que se había quedado a cuidar a sus prisioneros personalmente, mientras pensaba en el caso, le daba vuelta a una hipótesis, estudiaba y le escribía ese parte conforme a los más modernos principios de criminología contenidos en la pequeña biblioteca que llenaba el estante de la pared. Alguien le había dicho que el teniente estudiaba por correspondencia un magíster en policía científica; y que había recibido una condecoración del Presidente de la República por un acto de valor. Abierto sobre la repisa más baja había un estuche de felpa azul exhibiendo una medalla, como un talismán.

—Oí que usted es un héroe, Acuña. ¿Fue en un canal o en un lago donde salvó a esa familia?

—Una inundación, magistrada. La camioneta había caído de un

puente y...

—... usted saltó.

—Tres veces.

—Y lo condecoraron.

—Inmerecidamente, magistrada —le dijo Acuña, y no había una sombra de ironía en su franco rostro de héroe—: Logré salvar a los grandes, pero el niño se me ahogó.

¿Cuántos años tendría?, se preguntó Laura. ¿Veinticinco, veintiséis? Aún no había tenido tiempo para aprender que no se puede salvar a los verdaderos inocentes. Laura imaginó los años de carrera que tenía por delante, las destinaciones, los ascensos, y también los descensos cada vez más tediosos en el abismo de la burocracia, el niño que seguiría ahogándosele en el sueño imposible de hacer una policía científica.

Desde el pasillo que conducía al dormitorio del personal llegaba ruido de voces, un grito airado. Laura reconoció la voz bien timbrada de Claudia, la autoridad natural con la que su hija afirmaba sus derechos.

—¿Protestó mucho? —le preguntó al teniente.

Este frunció la boca, hizo una trompita, cohibido.

—Estaba pensando si consignarlo en el parte: tuve que esposarla.

Por supuesto, el teniente no había permitido que nadie más de su personal lo hiciera. Él mismo había cortado las cadenas con las cuales la muchacha se ataba a la reja del campamento, separándola de sus compañeros. Pero, para subirla a la furgoneta policial y traerla hasta la comisaría, había tenido que esposarla. Claudia le gritaba que ¡ella no pedía ni aceptaba privilegios! ¡No porque fuera hija de la jueza iba a tratarla mejor que a un detenido cualquiera!

—Lloraba de rabia, magistrada. Las cosas que me dijo no las puse en el parte porque constituirían delito contra mi uniforme. Después se quedó tranquila. Por lo menos hasta que trajimos al abogado Martínez, desde el prostíbulo, y lo encerramos con ella. Al rato estaban discutiendo y no han parado hasta ahora.

Laura miró su reloj. Calculó con una sonrisa: el abogado y la joven estudiante de leyes llevaban encerrados juntos menos de una hora y

ya se habían enredado en un pleito irresoluble. Un nuevo grito de Claudia vino del dormitorio del personal. Laura le dijo al teniente:

—Está bien, Acuña. Es hora de liberar al abogado. Antes de que le pase algo grave, y usted tenga que hacer otro parte.

El teniente cogió el manojo de llaves que colgaba de un clavo en la pared junto al estante y fue por el pasillo pintado de verde hasta los codos, hacia el dormitorio. Laura lo seguía. «¡Cobarde, traidor de mierda!», se oía con más claridad, con el acento levemente desenfocado, aprendido en el extranjero, del español de su hija. El teniente se dio vuelta hacia ella, le sonrió con cierta incomodidad, turbado. Estaba claro quién había clavado en la pared el cartelito plastificado que prohibía los escupitajos y las palabras soeces. Luego giró la llave en la cerradura y abrió la puerta. Tomás Martínez Roth estaba tendido en la cama baja de uno de los camarotes, con el pie vendado sobre una ruma de almohadones y la expresión de un mártir a punto de entregar el alma. Costaba calzar esa imagen con el abogado del brillante futuro que le había descrito el ministro, un par de horas atrás. Y Claudia se hallaba de pie junto a él, con el dedo índice apuntándolo. Ambos se quedaron observando a Laura que apareció detrás del teniente.

—Abogado Martínez, queda en libertad —le comunicó Acuña con su mejor voz de mando.

El abogado se incorporó un poco en la cama, pero evitando el dedo acusador que se cernía sobre él.

—Usted sabe que no puedo salir —se quejó—. La gente de Mamani me persigue.

—Me parece que su vida está más en riesgo acá adentro— le sugirió suavemente Laura; y no pudo impedir que su voz traicionara un poco de regocijo.

—Sí —se apresuró a reconocer Martínez, observando temerosamente a Claudia, y enseguida se desdijo—. Es decir, no; pero tengo que quedarme, por lo menos hasta que la fiesta pase.

—No se preocupe, abogado. Ya no corre peligro afuera, me he encargado de eso. Y además, ¿quién atacaría a un candidato a diputado por la zona? —le comentó ella.

El abogado se levantó trabajosamente, por el lado opuesto a Claudia y llegó dando saltitos hasta la puerta. Le preguntó:

—¿Está segura, magistrada?

—No se demore, abogado, los futuros brillantes no esperan.

Tomás se volvió hacia Claudia.

—Claudita —le dijo—, no me entiendes, si quisieras...

Pero ella le espetó, burlona:

—¿Diputado?

Tomás Martínez Roth bajó la cabeza, el mentón cuadrado y sin afeitar, cubrió piadosamente el acné del cuello. Luego, apoyándose en un hombro del teniente caminó a saltitos por el pasillo, hacia la salida de la comisaría, hacia su libertad, hacia su brillante futuro.

* * *

Laura cerró la puerta tras ella. Claudia se había sentado en la cama baja del camarote que dejó Tomás, y abatía la frente sobre las dos manos; un estremecimiento le recorrió la espalda huesuda, la columna vertebral que apuntaba bajo la camiseta, quizás era el frío que emanaba de las paredes de concreto apenas entibiadas por las fotos de mujeres desnudas, o un sollozo. Laura pensó que estaba demasiado delgada, que, en otra vida, si le fuera deparado empezar la crianza de nuevo con ella, le cocinaría platos fuertes, intentaría cubrir con un poco de carne esos huesos agudos, para ablandar su choque con el mundo. Luego Claudia recordó algo, tal vez que su madre la estaba mirando. Se enderezó, recobró dignidad, se pasó las manos por las mejillas húmedas, sacó un cigarrillo y lo encendió con una mano temblorosa, casi debajo de otro de los letreritos plastificados del teniente que prohibía también fumar. Le dijo, sin mirarla:

—Fuiste tú, ¿verdad? La que ordenaste traerme acá...

—Quería que comprobaras que tu manifestación ya dio algún resultado: apareció el abogado. Como habrás visto.

—Ya lo he visto, y oído. Para eso lo hiciste encerrar conmigo, supongo.

Era inútil negarlo, siempre había sido así con ella, desde pequeña, siempre había descubierto las trampas educativas de sus mayores.

Laura se sentó junto a su hija, bajo el alero del camarote superior, pero sin tocarla, sin rozarla, estaba segura de que si sus vestidos llegaran a rozarse despedirían chispas, como dos cables eléctricos.

—Se acobardó —continuó Claudia, amargamente—. Bastó una conversación con Velasco, para que «viera la luz» y optara por la prudencia. Aunque ya había empezado a verla desde que te presentó la querella.

—¿Te dijo eso?

—Me dijo que lo habías ridiculizado de entrada, que le habías recitado las razones de ley y de doctrina por las cuales nuestra idea —y Claudia subrayó la palabra «nuestra»— era absurda. Que lo mejor que había logrado fue sacarte el compromiso de que la estudiarías antes de rechazarla de plano.

—La idea de fondo no era tan mala. Sin embargo, los medios...

—Ingenuos, quizá, absurdos. Pero lo habríamos logrado, con algo de fe. Si tú no hubieras venido a interponerte, le habríamos sacado a esta ciudad de mierda sus secretos.

—No me opuse. Dije que lo estudiaría. Que esperáramos para ver como se desarrollaban los acontecimientos.

—Pues bien, estarás contenta: los acontecimientos se han desarrollado tal como me lo advertiste en Berlín. Se han confirmado tus palabras: dijiste que no esperara nada de esta generación, ni de este país, pero especialmente no de mi generación...

La memoria de la juventud no perdona: le citaba la pelea que habían tenido, la noche previa al viaje de Claudia hacia Chile, la patria lejana en la que no había vivido nunca. Laura le había advertido que no esperara nada de un país que no conocía, pero había ido más lejos: en el calor de la discusión le había dicho que no esperara nada de la propia época que le había tocado. Su patria de origen no tenía por qué ser la excepción y al contrario, porque era una tierra de extremos, probablemente sería el extremo de esa era. Una era de puros efectos, sin causas...

Sí, recordó Laura con cierta vergüenza, era verdad, ella le había advertido todo eso levantando el dedo, un dedo acusador muy similar al que Claudia le levantaba unos minutos antes a Tomás Martínez

Roth. La había puesto en guardia contra la ingenuidad de creer que en un país lejano y pobre necesariamente encontraría más idealismo que el que le ofrecía uno central y rico. Al contrario, le había dicho encendida —y ahora lo lamentaba—, al contrario, los pobres de esa tierra se venderían más barato, simplemente, que los pobres en general, los pobres de esa época pobre. Que no confiara en su época, ni en su generación, por las mismas razones por las cuales no se podía confiar en las generaciones que la precedieron, le había dicho: el idealismo dura exactamente lo mismo en cada generación, dura lo que tarda en hacerse del poder. Y casi le había profetizado, como una Casandra de pie sobre las ruinas del muro que ambas habían visto caer en Berlín: vendría una época de idealismos cada vez más pobres, tan pobres que bastaría la menor oferta del poder para comprarlos...

—Yo solo quería una causa —le dijo Claudia y volvió a apoyar la frente sobre las manos, el cigarrillo a medio fumar humeando sobre su cabeza—. ¿Era tanto pedir?

Laura tuvo que convenir que no, que cada generación tenía derecho a su causa, a vivir su sueño. Y no pudo menos que compadecer a su hija. Si el destino de su época, la de Laura, había sido trágico, si ellos habían sido la última generación en crecer con ideales —ideales que tuvieron tiempo para ver demolidos y refutados junto con su juventud — el destino de su hija y los de su edad y los que vendrían, era peor que trágico, era una farsa (porque las tragedias cuando se repiten lo hacen como farsas, como solía citar, mal y sin saber la fuente, Mario). Era ridículo, patético, quedar condenados a buscar sus causas en el pasado de sus mayores, en el armario donde escondían los trajes de disfraces apolillados, los esqueletos, los ángeles y demonios de otra generación. Y encontrarse allí con que las banderas y las imágenes que los viejos profanaron —las imágenes profanadas—, tenían ahora tan poco valor que casi nadie se interesaría en recuperarlas y mucho menos en repararlas. «Las imágenes que nosotros profanamos», pensó Laura, «tienen ahora tan poco valor que ni siquiera alcanzan para comprarles una causa a nuestros hijos». Como esas gorras y guerreras, banderas y medallas de la ex RDA y de la URSS, que se remataban por puñados en el mercado dominical de las pulgas en el Tiergarten de

Berlín. Sus imágenes profanadas apenas tenían valor de cambio en la lucha por el nuevo poder sin ideales, nadie cotizaba esas divisas en el trueque veloz del nuevo mercado de los intereses. Y lo que era más triste: Claudia había venido desde Berlín, había cruzado desde el otro mundo, precisamente al país de los orígenes y los confines, tan solo para comprobarlo.

Laura la vio suspirar, enderezarse, girar la cabeza, quedarse mirando el sitio donde el pie vendado del abogado había reposado: un débil rastro de sangre —pero era más probable que fuera el yodo del botiquín policial— manchaba el almohadón listado. Luego la vio sonreír, solo con la nariz, resoplando, supo que pensaban, que volvían a pensar, al unísono, como hacía muchos años: esa era toda la sangre que se había derramado por esa causa, esas gotas de sangre —que probablemente era yodo— como prueba del agujero superficial, engañoso, falso, quizá, como los espejismos del desierto, donde el joven abogado había metido el pie y se lo había torcido.

—O sea que Martínez Roth metió la pata y ya no cree en la culpa colectiva —le comentó Laura.

Claudia le contestó con una voz fría y delgada, en la que temblaba ahora, aflorando, separándose del dolor, de la desilusión, una nota de ira contenida:

—Tal vez él, pero a mí nadie me convencerá de que no hay una culpa: la tuya. La misma que te hizo volver.

Claudia la quedó mirando, desafiándola otra vez, desafiándola a que lo negara. Y, conforme a los hábitos de su relación, mientras ella no lo hacía, su hija iba llenando ese silencio con sus hipótesis: al comienzo, cuando supo que su madre retornaba y precisamente a la ciudad del desierto de la que había escapado, no pudo imaginar sus motivos. Tantas veces antes, cuando le anunció que iría a estudiar a Chile, Laura había tratado de disuadirla y con tan variadas razones, que no pudo evitar sospechar que sentía miedo. Pero no el temor natural por el futuro de una hija, por el error de dejar una universidad de primera clase para irse a estudiar al fondo del mundo, sino miedo de sí misma, de algo que había dejado pendiente allá atrás y que de algún modo, a pesar de los años y los kilómetros y los éxitos académicos y sus

artículos y libros, seguía acosándola.

—Y fui tan ingenua, mamá, que pensé que yo podría ser tu adelantada. Venir acá y matar ese miedo por ti, ese miedo del que no te atrevías ni a hablar.

Fue solo poco a poco, después de venir al país y viajar a Pampa Hundida y conocer a Mario y a Tomás Martínez Roth, y oír las historias viejas enterradas en ese oasis remoto de ese desierto, fue solo después de todo eso que ese miedo difuso, callado, intuido, empezó a cambiar de nombre. Y luego, cuando supo —y no por ella, ¡no por ella! sino por el ministro Velasco que se lo comentó en una de sus clases— que Laura había reclamado el mismo puesto que había dejado veinte años antes, ya no le cupo duda que la razón solo podía ser una: no un miedo, exactamente, sino una culpa.

La culpa, otra vez esa palabra, no era posible ser padre sin ser culpable, no era posible juzgar sin compartir el crimen. Laura quiso objetar algo pero Claudia se lo impidió: que la dejara continuar y se lo demostraría; se lo demostraría aunque estaba claro como la noche de luna que afuera empezaba a reverberar sobre la ciudad. Laura había decidido venir cuando se dio cuenta de que esa querella por profanación, que Claudia había tenido la ingenuidad de anunciarle, esa querella pondría en jaque a la ciudad obligándola a revelar otra cosa, abriría la puerta a algo mucho más concreto: los crímenes de Cáceres, y entonces, también, su propio crimen...

—Tu crimen, mamá.

Laura la quedó mirando: ¿hasta dónde habría llegado esa joven imaginación enfurecida? ¿Habría intuido, quizá, que no es posible compartir una época y sus causas sin hacerse responsable también de sus crímenes? Pero no, no iba a interrumpirla, respetaría sus deseos. Por lo demás ya faltaba poco. Los bombos en la plaza redoblaban cada vez con más furia, cientos de tambores, sincronizados, que irían aumentando su fuerza a medida que se acercara la hora de la procesión, de la aparición, de la revelación.

—Mi crimen, decías.

—O al menos, lo que tú piensas que fue un crimen.

La querella por la profanación de la imagen, que Tomás y Claudia

habían ideado, podía ser absurda, pero tendría ese mérito: obligaría a la ciudad, si quería evitarla, a entregar a cambio pruebas sobre los delitos de Cáceres. Era evidente que si ellos habían deducido esto, ella también pudo hacerlo. E incluso más: la filósofa famosa por su hermenéutica pudo ir más lejos que ellos y concluir que, junto con el crimen de la ciudad, saldría a la luz su propio crimen. El delito de Laura, o lo que ella sentía que era su delito: el crimen más bajo que un juez puede cometer, observar pasivamente cómo otro juez le usurpa su lugar y comete una injusticia. Ella se había hecho reo de ese delito —la acusaba Claudia—: había dejado actuar sin oponerse a aquel tribunal volante que vino a usurparle su jurisdicción veinte años antes, que juzgó y condenó allí mismo bajo sus narices y sin que ella hiciera nada para impedirlo, a una docena de inocentes... Entonces, lo que la había traído de vuelta era el temor de que se revelara esa culpa.

Ahí estaba su hipótesis, la que no había tenido más remedio que hilvanar con el hilo invisible del silencio de su madre, su silencio de años, el de su carta sin respuesta. Laura había venido a impedir que se supiera, que saliera a la luz, que se hiciera pública esa culpa que empañaría su prestigio internacional de jurista. La triste y ridícula historia de cómo la famosa tratadista, la autora de *Moira*, había fallado miserablemente en hacer una justicia real y concreta, cuando más se necesitaba en su país. La penosa historia de cómo había fallado en proteger los derechos más elementales, de cómo había guardado silencio ante la fuerza bruta, de cómo se había dejado aterrar, y al dejarse aterrar ella misma se había convertido en el terror. La historia, por último, de cómo se había ido, de cómo había desertado de su puesto —la habían expulsado, sí, pero después de abandonar su juzgado por más de un mes con el pretexto de una enfermedad, también eso lo había averiguado Claudia—, y de cómo se había enrolado en el exilio sin tener mérito para ello. Y esa culpa innoble era lo que había sellado sus labios para siempre.

—Dime que no, dime que me equivoco, dime que no es eso lo que ocultaba tu silencio cuando te pregunté mil veces exactamente por qué habías dejado el país en esos años, y me contestaste con evasivas. Dime que no fue la culpa por tu incapacidad, por tu falla como jueza.

Y el miedo, ahora que eres famosa, a que esa falla se revele cualquier día. Dime que no es por eso que dejaste sin responder mi carta y preferiste reclamar este puesto y venir a interponerte entre nosotros y la verdad. Dime que no es esa la respuesta a mi pregunta acerca de dónde estuviste tú cuando todas esa monstruosidades ocurrían: estabas escondida, faltando a tu deber —concluyó Claudia, poniéndose de pie ante ella, como un fiscal terminando la exposición de su caso.

Laura suspiró, dividida entre la angustia de su hija y la admiración hacia sus dotes forenses: algún día sería una excelente acusadora. Y se preguntó si no sería mejor olvidarse del trato que había hecho con ella esa tarde, destruir ya mismo esa carta de respuesta, dejarla en este error, asumir ella esa culpa por omisión, esa falla menor, al fin y al cabo, que su hija no había tenido más remedio que inventar, para llenar el hueco dejado por su silencio. Sin embargo, ya era tarde para echarse atrás, la medianoche se les venía encima, rodando sobre el atronador retumbar de los tambores en la plaza.

—¿Seguirás sin contestarme nada, Laura? —insistía su hija, insistiendo en llamarla por su nombre, en quitarle el título de madre.

—Ya empecé a contestarte, Claudia.

—Sí, ya empezaste a hacerlo, desengañándome de Tomás, lo reconozco. Siempre fuiste buena desilusionando —le dijo Claudia, y fue hasta la puerta que el teniente había dejado sin llave, tiró de ella hasta abrirla de par en par.

Laura le advirtió:

—Recuerda nuestro trato: aún tengo hasta pasada la medianoche: si para entonces no he podido terminar de responderte, de otro modo, te daré la respuesta que te escribí.

Claudia asintió, crispada, mordiéndose los labios; y le agregó antes de salir, en voz mucho más baja, decidida:

—Si tú no lo haces, alguien más lo hará. Te advierto que ahora mismo volveré a atarme en esa reja, con mis amigos, y protestaremos hasta que alguien nos dé una respuesta verdadera. Aunque el cielo se venga abajo.

Laura se quedó sola en el dormitorio del personal, sentada en la

cama baja del camarote, escuchando las zancadas de Claudia, sobre esas botas de expedicionaria, que se alejaban por el corredor. Y luego oyó el grito en la sala de guardia:

—¡Y usted no se atreva a detenerme!

Laura bajó la cabeza, suspiró, intempestivamente orgullosa, de nuevo: no, nadie, acaso ni ella, iba va a detener a su hija, aunque el cielo se viniera abajo.

30

Sostuve un momento esa piedra de metal derretido con destellos azules y rojizos, que Iván me llevó de regalo a mi lecho de convaleciente, y nunca he podido olvidarla. Venus, la estrella del alba, me dije, «el que trae la luz». Y de pronto el fogonazo del salar se entreabrió, y me vi tendida en él junto a un caballo agónico. Y supe de nuevo lo que había sabido en esas treinta y seis horas perdidas (y dónde me perdí).

Me vi ese atardecer de un mes y medio antes, cuando alcancé el galope de Cáceres en el salar y este me habló de los escrúpulos del cielo (que el cielo no tenía con nosotros). El sol caía ensangrentando la piel empapada de sudor del potro negro. Después la noche llegó y el salar fosforecía bajo las estrellas (muchas de las cuales estaban muertas). Era como una pupila de lobo sobre la cual Cáceres y yo estuvimos tendidos. Hasta que yo lo azoté en los ojos con su propia fusta, antes de correr a montar el caballo que solo ansiaba desbocarse, comerse el freno, y huir conmigo por la planicie. El pura sangre que deseaba galopar sin detenerse, conmigo aferrada a la montura y a sus crines, con los pies descalzos que enredé en los lazos de los estribos para no caerme, azotándolo en la cabeza y en las orejas, cada vez que lo sentía aflojar. Aunque mientras lo recordaba y ahora que lo escribo, Claudia, veinte años después, dudo que nunca haya querido aflojar y sospecho que más bien era yo la que me sentía aflojar, cuando creía oír persiguiéndonos la voz del hombre de rodillas sobre la sal, con la mano enguantada tapándose un ojo, llamándome: «¡Laura, no me dejes hacer lo que haré!» Y el potro, quizás espoleado por esa misma voz (espoleado y contenido), se impulsaba más sobre los cuartos traseros, como si fuera a saltar a un abismo que solo él veía en la oscuridad.

En algún momento de esa carrera, Claudia, comprendí que el pura sangre de Cáceres quería matarme. Pero no por maldad, sino solo por

probarme, instintivamente, la belleza de su fuerza; solo por el deseo instintivo de poner a prueba a ese jinete nuevo, que no conocía, cuyo peso liviano debía ser como llevar nada encima. Y comprendí que yo era el sueño de libertad del potro que llegó encerrado en aquel remolque de metal plateado, y que el extremo de su libertad era matarme.

Por mi parte, yo también, Claudia, sentí la belleza sobre la cual cabalgaba, sentí esa libertad entre mis piernas, como si cabalgara sobre el viento, o la nada, o la luz azulada del salar. Y también decidí correrlo hasta matarlo. Recuerdo que levanté las caderas, empinándome sobre los lazos de los estribos, en los cuales había enredado los pies como cuando niña montaba en sillas de grande, en el fundo de mi padre, y fustigué todavía más al caballo. Desde ese momento dejé de luchar contra *el pura sangre, y empecé a luchar* con *él, como acababa de hacer con Cáceres. Y lo corrí, es decir, lo dejé desear matarme, hasta que él o yo reventáramos. Pero antes, hubo ese instante de perfecta belleza —una belleza tal que alcancé a pensar que Cáceres era, en realidad, un gran equitador que había entrenado un pura sangre de verdad—, cuando el potro y yo, perfectamente unidos, volábamos como si cabalgáramos sobre la propia luz azulada del salar*.

Galopamos así por horas, o lo que me parecieron horas —no me preguntes a dónde iba, yo no sabía orientarme por las estrellas como el mayor—, hasta que sentí al animal relinchar en su carrera, pero más bien fue un aullido (uno de los que había oído en aquellas noches cuando acudí al hogar de Cáceres, pero esta vez estuve segura de que no había sido yo). El potro se dobló de manos exactamente como si se hubiera precipitado al abismo que venía buscando, y ambos rodamos por la superficie de sal. Pero esto ya no lo recuerdo, solo me siento volar cayendo en la fosforescencia de esa pupila entre gris y azulina que le devolvía la mirada al cielo sin escrúpulos (por lo menos con nosotros), donde ya no me veía caer.

Lo siguiente que pude y puedo recordar fue una infinita paz, Claudia. En algún momento, al final de esa noche, abrí los ojos y me encontré tendida boca arriba mirando ese firmamento sin saber si él estaba sobre mí o yo sobre él. La fosforescencia había cedido, las estrellas habían desaparecido del cielo que empezaba a encarnarse —pero no como se encarna una norma—, e incluso la moribunda Betelgeuse, «la mano de La Central», se

había esfumado (o tal vez ya estaba muerta). Quizás me había despertado un relincho o un estertor, pues al ladear la cabeza —sin dolor, que yo recuerde— pude observar a unos metros el bulto negro del potro tendido que respiraba aún, o más bien se ahogaba, se ahogaba en su propia sangre espumosa que expulsaba del hocico a borbotones, al ritmo impar de su corazón reventado. En medio de esa inmensa paz, creí sentir un vago regusto a compasión, Claudia. Creí que sentía pena por la bestia moribunda, y le deseé que cesara de sufrir, y pensé que de poder levantarme de donde yacía —tan en paz y tan cómodamente— habría ido a ayudarlo a morir. Entonces esa inaudita paz se trizó, como se trizaba el cielo por el oriente. Comprendí que no era compasión lo que sentía por el potro de sangre, sino una suerte de inmunda necesidad, y que si deseaba ir a ayudarlo a morir no era por aliviarlo, sino que era para arrancarle la lengua colgante con mis propias manos, y meter el brazo por su garganta hasta donde pudiera y alcanzarle el corazón mordido y sacárselo, y comérmelo, y revolcarme en su sangre y empaparme yo también de ella. Fue entonces, Claudia, cuando por el oriente, sobre la feroz dentadura de los Andes, apareció la estrella matutina (casi insoportablemente bella), Venus, en su otro disfraz, en su máscara diurna, y yo creí oír al mayor que me decía (pero tuvo que ser la sangre estertorando en la garganta del caballo): «Su otro nombre no puede decirse...».

Porque significa, Claudia, «el que trae la luz». De pronto lo vi muy claro, pues era de esa especie de luz. Tendida en la cama de mármol del salar helado, en la hora precisa antes del amanecer, recordé la pregunta que Cáceres me había invitado a formularme unas horas antes y que yo no había querido formular: Si yo sabía —o debía saber—*, que Cáceres no podría desobedecer las órdenes de un Consejo de Guerra, que no podría dejar escapar realmente a esos condenados, que no podría cumplir con su parte del pacto que habíamos celebrado (y «festejado» tampoco sería un verbo inexacto), entonces ¿por qué cumplí yo con lo mío? ¿Por qué lo obedecí y durante siete noches imprevistas pero inevitables —como la muerte— fui a entregarme o, como decía él, fui a negarme a obedecerlo? ¿Por qué lo* honré?

* * *

Cuando te has asomado al abismo y el abismo se ha mirado en ti (la pupila fosforescente donde saltó el potro, esa noche), no hay otra salida excepto ir a buscar las respuestas al fondo de esa mirada interior. Un fondo por donde tu ser se comunica con algo mucho más antiguo y extenso que tú misma, tan remoto como el abismo que te mira. Me preguntaste varias veces, Claudia, por qué te llevaba de pequeña, algunos domingos, cruzando la frontera hacia el lado oriental de la ciudad para visitar, en la Bode Insel, el Museo Pergamonn de arte asiático antiguo. Por qué te hacía pasar bajo la gran puerta de Ishtar. Y qué obsesión era esa que me llevó a enmarcar y poner en la pared de mi escritorio, un afiche con la imagen de aquel edifico babilónico de hace 2.700 años. Esta reproducción que estoy viendo ahora, con el lápiz en la mano, pensando cómo continúo esta carta, cómo paso otra vez bajo la colosal puerta de ladrillos azules esmaltados, con sus toros y sus dragones rampantes (que son estrellas sobre el profundo cielo del desierto de Irak). Y yo me pregunto cómo paso por esa puerta si al hacerlo, ahora, tendré que ir hasta el fondo del palacio donde vive la terrible deidad (ésa que nuestro silencio había saludado como si volviera, cuando en realidad nunca se había ido). Ishtar, la anterior, la Diosa Madre, la madre de los dioses, la Central, la que los griegos llamaron de varios modos, entre otros Afrodita, pero antes de eso Rhea y Cibeles y Gaia (la madre tierra, la que los andinos llaman Pachamama), y que en el santuario de Eléusis adoraban como Demeter, pero a la cual sobre todo llamaron Moira. Destino o fatalidad, o necesidad. La «Parca Fuerte», la madre de las otras, la que ese hombre (que terminó llorando abrazado al cuello de un caballo, en las calles de Turín), llama Moira y dice de ella que es «justicia eterna, entronizada sobre los hombres y los dioses por igual». Esto no lo supo, no lo leyó mi maestro y el tuyo, don Benigno Velasco, esa línea escapó a su exégesis, Claudia. «Sean como yo, la madre original, quien, creando constantemente, encuentra satisfacción en el turbulento flujo de las apariencias». Cómo podría la ley de Velasco haber entendido ese «flujo de apariencias»; él que nos enseñaba una continuidad, un progreso dialéctico (que naturalmente conducía a él), él que se reía cuando al final del curso nos revelaba que habíamos llegado dionisiacos, y nos íbamos irremediablemente apolíneos. No, Claudia, si esa Diosa original tiene muchos alias, es para que los ministros de este mundo no sepan cómo

llamarla. Y ni siquiera la reconozcan cuando la vean en el cielo, al amanecer, y le den el nombre que, muchas mutaciones después, los romanos le dieron: Venus.

Muchos nombres, es esencial al misterio que tenga muchos nombres, pues se trata de resistir a la tiranía del significado único, al despotismo de Apolo que la querría racionalizar si supiera llamarla de un solo modo. Tuvo muchos nombres, pero todos, babilonios, griegos, romanos, desde la noche de los tiempos (quizás desde la primera noche) identificaron a esa diosa con la misma estrella, y la misma veneración: el amor trasmutado por las generaciones, cambiando de disfraz y de máscara. ¿Para qué? Para no aterrarnos, Claudia, con su rostro verdadero, el de la Necesidad. Del amor terrible original, al amor venéreo, y al virginal. Todos están en esa Patrona de los dioses a quien, como me enseñó Cáceres en su última lección en el salar, los antiguos también le dieron todavía otros dos nombres distintos (además de todos los anteriores), dos apodos casi secretos, el segundo de los cuales, el del lucero del alba, o estrella matutina, no puede mencionarse porque mencionarlo significa, implica, obliga a saber, que el otro nombre de Venus, el otro nombre del amor, se traduce como «el que trae la luz».

La luz que yo entreví, Claudia, venía de esa estrella tan antigua que se perdía en la noche de los tiempos (tan antigua que quizás estaba muerta, como la moribunda Betelgeuse). Y luego, todos estos años y todos mis estudios y todas mis filosofías, han sido apenas un modo de contestar esa pregunta que me hice tendida en el salar junto al caballo agónico, o que ya había muerto. Contestar esa pregunta, y llevar la respuesta hasta sus necesarias consecuencias, personales y sociales, sin mencionar la luz que me hizo entreverla.

¿Cuál fue la exacta naturaleza del «pacto» que suscribí con Cáceres — naturaleza que, como en todos los pactos de ese tipo, no era la aparente, sino la secreta? ¿Y por qué lo cumplí, si sabía o debía saber que Cáceres no lo haría?

Tendida en el salar, tocada por la luz del que me traía la luz, de pronto entreví una respuesta. Respuesta que, por supuesto, no supe expresar sino hasta mucho después. Respuesta que he gastado veinte años y miles de páginas en tratar de expresar, aunque hace mucho sé que no me alcanzará

la vida para expresar el fondo de ese abismo. Sospeché (aunque sin palabras, como se sabe una luz) que había pactado con Cáceres no solo porque estaba «agradecida» de que no me hiciera sufrir más, y luego agradecida de que me hubiera entregado al prisionero que yo delaté bajo su —liviana— tortura; sospeché que había pactado no solo por aquella complicidad, de la que hablaba Cáceres, la que esa traición mía había creado entre ambos; sospeché que había honrado el pacto que él me propuso no solo por altruismo, o deseo de hacer justicia, o culpa por no haber sido capaz de hacerla de otro modo, no solo por eso, ya que mi miedo era superior a cualquiera de esos motivos separados o reunidos; sospeché que había cumplido el pacto no por mera estupidez o inocencia, pues la estupidez y la inocencia de mi juventud habían sido devoradas por esas flores carnívoras desde el comienzo; sospeché que, si había honrado el pacto que Cáceres me propuso, debiendo saber que él no lo honraría, solo podía ser por una razón (razón que naturalmente, pues tal era la naturaleza del pacto, yo no pude ver sino hasta que él me la indicó en el horizonte del salar).

Y esa sospechada razón fue que yo había cumplido aquel pacto de dolor, por amor. Pero no me malentiendas, Claudia (ahora, sobre todo, es preciso que no me malentiendas). No hablo de un amor sentimental estúpido, por un hombre. Hablo de otro amor. Hablo de ese amor engendrado por un pacto cuya intimidad —entre el verdugo y la víctima, entre el captor y su rehén, entre él y yo— había sido más poderosa de lo que nunca pude anticipar, más poderosa que una complicidad o un agradecimiento. Hablo de ese amor engendrado por un pacto entre dos que ya habían pactado desde mucho más antiguo, entre Venus (ese amor insondable) y su otro nombre (ese dolor terrible). Yo había cumplido ese pacto de dolor en nombre del amor insondable, enmascarado, que este engendraba y que venía de la noche de los tiempos, el amor oscuro de la Diosa madre que engendra y mata (como la tierra que brota en flores —carnívoras— y también recibe a los muertos en su seno oscuro). El amor exaltado de las bacantes por Dionisio, que empieza en el idilio pastoril y termina en el delirio de la orgía, en la violencia sagrada, en el descuartizamiento del hombre para repetir el del propio dios. Una pasión cuyo éxtasis está en la cumbre del Gólgota.

Yo había deseado sufrir, había deseado ser víctima, había deseado encarnar la norma de mi época, me había complacido repetir, ritualmente, la primera noche en la que fui medida y mi medida fue la traición. Una traición no solo al fugitivo que había intentado amparar, una traición no solo a mis altísimos principios de joven jueza idiota, sino la traición de mi propio cuerpo a mí misma, cuando este me desconoció y me precipitó en ese orgasmo negro colgada del cuello de mi verdugo (un jinete cayendo a un abismo con su cabalgadura, o el desierto cayendo sobre el abismo de un millón de años de su ausencia).

Tal vez la misma atrocidad de esa respuesta, que sospeché o entreví sin palabras, solo con la luz de «el que trae la luz», fue la que, paradójicamente, me salvó, Claudia. Porque su obscenidad era tal, su horror (que solo los años me han ido dando palabras para expresar, pero aún no las encuentro todas), su horror era tan perfecto, que no pude soportarlo. Y cuando el sol blanco de ira del desierto se empinó sobre mí, su propia furia le dio ánimos a la mía y entre ambas lograron incorporarme y hacerme caminar —mi ira y la del universo llevándome en andas— y así logré alejarme del caballo muerto, que ya empezaba —tan temprano— a oler a podrido, y llevada por esas furias (esas bacantes, esas ménades, esas parcas) caminé todo el día y toda la noche, hasta que al amanecer siguiente entré de vuelta por mi propio pie en la ciudad santuario (aunque para entonces yo no sabía quién entraba, ni adónde).

Esa respuesta que aun antes de expresarse ya era atroz, y que sin embargo me salvó, ese otro nombre del amor que entreví, esas treinta y seis horas perdidas cuando estuve en el seno de la Diosa Madre (Ishtar, Afrodita, Venus, todas ellas y aún su otro nombre que no puede mencionarse), estas son algunas de las razones, Claudia, por las que he debido relatarte con detalle la historia de mi tortura y de mi violación —y no son todos los detalles, nunca podría escribirlos todos, el papel se pudriría al contacto de esa tinta—. Lo he hecho porque tú intuiste, tú oíste, correctamente —y cómo te ama y te admira tu madre por eso— que mis libros, mis monografías y mis ensayos, pero sobre todo mi distancia y mi miedo a amar, eran la racionalización de ese abismo en el que estuve, la teorización del aullido que lancé (porque no fue el caballo), la imagen invertida de otra imagen, la Patrona de todas mis imágenes: la justicia

como cordura acordada a una historia demente, la máscara sonriente de demonio que el demonio se prueba para pasar por inocente, la razón apolínea intentando disfrazar el deseo de Dionisio (oigo reírse a mi viejo profesor, el ministro Velasco). Incluso esta carta —lo sé bien, pero no puedo evitarlo— es un esfuerzo condenado por hacer inteligible lo indecible. Esfuerzo derrotado de antemano y que, sin embargo, debo hacer para que no nos gane el silencio.

También te escribo porque siento una responsabilidad hacia los otros que conocieron ese hogar en llamas. Lo que te he narrado (que no es todo, Claudia, no es todo), y lo que he pensado y estudiado en estos veinte años, lo he arrancado al silencio porque no fui la única en ese hogar en llamas. Porque no estuve sola en esa hoguera. Porque el nombre que yo no puedo pronunciar, quizá otros lo aullaron, tal vez otros también vieron esa luz atroz detrás del dolor, esa veneración detrás de lo venéreo, cuando solo la máscara nos dice la verdad, y es el rostro el que nos engaña. Porque la tortura fue el corazón mordido, espoleado y contenido de mi época; y esa época, lo he venido sabiendo poco a poco, es tan antigua y eterna como la deidad que la preside.

Cuando hemos mirado el abismo, Claudia, y el abismo nos ha mirado de vuelta, la única salida es hacia abajo, la única luz que no sea la luz del que trae la luz, se halla en el fondo (si lo hay). He dedicado los últimos veinte años, además de criarte (y de criar en ti la decepción de mí que hoy sientes), a indagar en ese misterio, en esa otra que descubrí en mí, en mi prisionera. Ya que no pude o no supe ser justa, cuando debía, he intentado pensar en una justicia que contemple esa oscuridad, que se saque la venda y mire a la cara de la deidad.

Por supuesto, Claudia, nada de lo anterior aparece en mis áridas monografías que tú te negaste sabiamente a leer. ¡Nada de diosas madres, ni de Parcas Fuertes, ni flujo de las apariencias sobre el cauce de la necesidad! Nada, excepto el nombre de Moira y alguna referencia críptica —y en verdad burlona— al espíritu de Dionisio que preside, sin que ellos lo admitan, la grave casa de orates del pensamiento académico. No, he sido estrictamente posmoderna: formulé audaces extrapolaciones —así las han llamado algunos exégetas— a partir de datos bien conocidos en la antropología social contemporánea, como el Síndrome de Estocolmo. Ese

asalto a un banco sueco, donde los rehenes terminaron amando a sus captores que los amenazaban de muerte, y que desató una tormenta de revelaciones en sabias mentes tullidas por la abstracción (pienso en el ministro). Mentes a las cuales la lectura más superficial de Esquilo o Sófocles o Eurípides podría haberles revelado la ancianidad vertiginosa de lo que ellos venían descubriendo. El afecto del rehén por su captor, el amor de la víctima por su verdugo, ese contubernio ampliado a una escala antropológica, y luego política, y luego ontológica: el orden, la obediencia a la norma, a la ley, como agradecimiento del sujeto ante el poder que se abstiene de poder más. Y la justicia que ama y necesita el poder, a pesar de que este la viola constantemente —la viola porque está en su naturaleza hacerlo—. El amor social, el deseo del bien para las sociedades, signado por esa fatalidad originaria (allí mis intérpretes creen ver a Moira): no es posible hacer justicia sin tener poder y una vez que se tiene poder este tiende naturalmente a la injusticia, como el caballo a mascar el freno y desbocarse, o el amor a llamar al que no puede mencionarse…

Nada de lo anterior es realmente mío, por supuesto, Claudia. Te transcribo algunas de las lecturas que me han hecho. Yo misma no me leo. Yo misma sé que el sentido es deseo. Aprendí del modo más radical el error de Aristóteles, su voluntaria ceguera ante el horror —y el éxtasis— primitivo del que intentaba separarse: «La ley es la razón intocada por el deseo». ¿Cómo no ver allí la piedra angular, fallada, falseada, sobre la que descansa todo el edificio cuarteado en el que fui formada? No hay ley sin deseo, deseo de imponerla y acatarla, no hay sujeción a ella que no sea la expresión de un deseo de someterse al poder, a su seguridad. Todas las versiones racionales de la ley, puesto que se sueñan intocadas por el deseo, son en verdad sentimentales. Es más, no hay lectura, ni razón, ni sentido, sin deseo.

¿Recuerdas, Claudia, la noche aquella cuando fuimos a ver caer el Muro de Berlín? Esa noche cuando tú bailaste sobre las ruinas del mayor fracaso de la razón apolínea, sobre las ruinas del intento más radical y extenso por hacer una justicia inteligible, intocada por el deseo. Pues bien, mientras tú celebrabas yo te observé con el corazón encogido por una aprehensión que no ha terminado. Te vi trepar a ese muro que temblaba, ese muro pintarrajeado por un lado y tan limpio por el otro (como el tiempo confuso

que venía y la claridad engañosa que dejábamos atrás), te vi bailar sobre esa linde del futuro que creías —que crees— tuyo, sin sospechar la soledad sideral que te esperaba. Ni el abismo al cual te asomarías —y que va a devolverte la mirada— en ese oasis al otro lado del mundo que te has empeñado en ir a conocer.

Pero basta, no sigamos. Dediqué los últimos veinte años, además de a criarte (y de criar en ti una decepción), a indagar racionalmente *en esos misterios. Y ahora descubro que me equivoqué. Tu rebeldía, tu viaje hacia los orígenes, tu carta llena de preguntas sin responder, me acusan. En lugar de quitarle la venda a esa otra que descubrí en mí, a mi prisionera, le inventé una máscara de papel, de miles de páginas y razones. La máscara sobre el rostro de la deidad, que tu rebeldía se negó a aceptar. Tú decidiste tomar el camino que yo abandoné, tratar de* hacer *justicia en lugar de* pensar *en ella. Te has negado a leer mis artículos y libros, Claudia. Y has tenido razón, aun más de lo que sospechabas (siempre hay que sospechar de los padres). De todas mis exégesis que, debo confesártelo, en algún momento me enorgullecieron, yo solo suscribiría, finalmente, esta (y ya la sabía de antemano): «Estudié filosofía, jurisprudencia..., pobre de mí, hoy me encuentro tan ignorante como al comienzo». ¿Lo recuerdas, Claudia, al pobre Fausto, antes de pactar*?

No estuve en lo que dije, tomé demasiadas precauciones, gasté ingenio en perder y confundir a los hermeneutas, formulé hipótesis falsas (falsificables) que llevaban a conclusiones inquietantes. Mi éxito intelectual, mi prestigio, es un equívoco —abrí un escote en el traje talar de la rigurosa razón apolínea, y esto puso nerviosos a los profesores en sus academias; eso es todo. Para los patriarcas de la razón no hay nada más irresistible que una mujer atrevida y a la vez fría; más fría que ellos. «Esta filósofa helada como una estrella, y que escribe como una diosa», llegó a decir de mí, no te rías, un excitado reseñador que no entendió una coma de lo que yo escribí (pero que a pesar de su cursilería sospechó, y esto habrá sido lo que más lo excitaba, que yo sabía algo que él nunca se atrevería *a conocer)*.

Todo eso para esto. ¡Qué broma me ha hecho el señor de la risa! Tanto estudio solo para olvidar lo que sabía. Olvidar que cuando hemos mirado al abismo, Claudia, y el abismo nos ha mirado de vuelta, la única salida es

hacia abajo, la única luz que no sea la luz del que trae la luz, se halla en el fondo (si lo hay).

Tanto estudio solo para olvidar lo que tú sospechaste bien: que he pensado porque no me atrevo a desear. Mis palabras, nuestras palabras, enmascaradas y disfrazadas, y «legalizadas» por sus disfraces, danzan azotando tambores y sonando matracas y soplando flautas de pan, danzan en torno al misterio que no pueden formular. El dibujo de nuestros pies danzantes, las huellas en la arena o la sal, trazan un círculo irregular (el poliedro de mil lados que nadie puede imaginar), en torno al centro vacío y abisal de la fiesta que no podemos nombrar. La fiesta que incluso nuestro deseo se resiste a desear. «Sobre lo que no es posible hablar es preferible callar». El único pensamiento que ahora me interesa es el que parte desde allí.

El «pensamiento», por ejemplo, de ese hombre que vi anoche, cuando volvía a casa desde la universidad y me perdí en el bosque de Grünewald, y luego reencontré el camino y me detuve en el puente sobre el S-Bahn de Halensee. Ese viejo vagabundo vestido de soldado que estaba sentado en la estación a una hora cuando no pasan los trenes, bajo la luz fluorescente que se prendía y apagaba, con su gorra cuyas orejeras flameaban en la brisa y arropado en esa manta extraña, que de lejos parecía una piel de cabra (y que tal vez lo era). El «pensamiento» de ese viejo soldado que había estado allí desde la guerra, o desde antes, antes de muchas guerras, desde que enviudó de su violencia. Y que allí seguía esperando un tren que se lo llevara de una vez. O quizás, aguardaba a que resucitara aquella ancestral violencia de la cual una vez enviudó.

Antes de que eso ocurra yo debo llegar hasta él (hasta su pensamiento) y hasta ti. Ya se acerca la época de la fiesta en el Santuario, y yo deberé estar ahí. Porque, tal como sospechaste de mis filosofías, esta carta que te entregaré por mano tampoco será más que un baile en torno al abismo de mi pasado. Y yo debo estar ahí, junto a ti, cuando ese abismo te devuelva la mirada.

31

Los peregrinos, que habían venido a Pampa Hundida buscando su redención anual, hacían dos filas en la ciudad. Laura las atravesó ambas. La primera cruzaba serpenteando la Plaza de la Matriz donde los penitentes aguardaban entre los bailes su turno para entrar hasta el Santuario en el interior de la Basílica. Y la otra era esta, que acababa de cruzar en la calle Armenia, frente a la radio Mariana F. M. Laura leyó el letrero de neones azules, polvoriento, que parpadeaba un poco histérico bajo la torre de transmisión radial. La estructura metálica, de hierros blanqueados, medio torcida, era apenas un proyecto de ansiada «modernización» cuando ella salió de Pampa Hundida, veinte años atrás. Ahora el sueño se había cumplido, la torre existía y por algún motivo inescrutable, tal vez para que no se treparan los niños vagos, o por la manía nacional de enrejar y prohibir, la antena había sido envuelta con un rollo de alambre de púas. Laura percibió en esa torre inclinada una premonición: el progreso tecnológico ya carcomido por el salitre y encarcelado. De algún modo, el aura de la ciudad impregnaba todas sus cosas: la antena nueva pero ya torcida, tan pronto, había adquirido un aspecto radiante y antiguo, de ruina anticipada.

La fila se alargaba una media cuadra por la calle Armenia. Laura constató los mismos tipos que había visto en sus dos fiestas, décadas antes: los niños bailarines con sus capas y sus bigotes tiznados, los penitentes con el manoseado mensaje de saludos a sus pueblos lejanos, el charlatán con su maleta de madera promoviendo las virtudes de una pirámide de cuarzo. Todos esperando una entrevista en el programa abierto, de veinticuatro horas de duración, con motivo de la fiesta. Un parlante entierrado reproducía la transmisión hacia la calle. No era la

voz de Mario sino otra, más vieja, sin oído, que cantaba a capella, o rezaba, Laura no podía precisarlo. Pero la fila reconocía y celebraba el misterio de la radio: la voz separada del cuerpo, esos segundos en el aire, sugerían la existencia del alma, alentaban una esperanza de eternidad (nos esperanzaban).

Laura se abrió paso hasta el umbral donde el portero de guardapolvo azul daba los números con negligencia, haciéndose de rogar, con el escepticismo del guardián que jamás descendería a las debilidades de sus parroquianos. Iván la seguía como un enorme perro fiel, acomodándose cada tanto la máscara de diablo, de plásticos chillones, que ella le acababa de comprar al sacarlo de la comisaría, en un tenderete chino improvisado entre las guirnaldas de luces y el gentío de la avenida Santos.

Laura se identificó, acudiendo a esos decibeles extras de autoritarismo que en Chile mueven al personal de servicio a hacer excepciones.

—Señora magistrada —le dijo el portero, haciéndose a un lado— pase usted. ¿Le va a dar una entrevista al Feñita?

«Señora magistrada», «Feñita»... Un buen portero sabe catalogar a la gente de una mirada. A ella la inflada dignidad de su cargo y a su ex marido el negligente exceso de confianza que Mario le permitía a cualquier subalterno.

—Algo así —le contestó Laura con sequedad, e hizo pasar también a Iván antes de que el portero pudiera impedirlo.

Es curioso, pensó Laura, cómo los lugares de trabajo llegan a impregnarse de la personalidad de sus ocupantes. La radio local olía «al Feñita», a su voz rota, a sus amores fugaces y furtivos, a la humedad y al desodorante ambiental de los moteles baratos. La cabina de trasmisiones estaba al fondo de un pasillo tan estrecho que las paredes se habían gastado a la altura de los codos. Tras la ventana doble del locutorio Laura pudo ver a su ex marido. Llevaba otra vez su chaqueta de tweed, tenía los audífonos puestos, los ojos cerrados y los pies cruzados sobre la mesa alfombrada; una de las suelas gastadas lucía un agujero. De pronto, Laura recordó uno de esos datos de intimidad, la borra al fondo de todo matrimonio: Mario tenía una

pierna levemente más larga que la otra y los zapatos se le gastaban desiguales. Frente a él, un anciano con un tupé amarillento y corbata de pajarita modulaba desgañitándose ante al micrófono. Debía ser el dueño de la voz áspera y aflautada que se desprendía del parlante polvoriento, en la calle. Y a juzgar por la plácida expresión en los labios gruesos de Mario —que habían dominado definitivamente al mentón varonil—, sus audífonos bien podían estar sintonizados con otra estación, una de baladas románticas, a mil kilómetros de distancia.

De pronto, Mario abrió los ojos y vio a Laura en el pasillo. Se incorporó y empezó a guillotinarse con un dedo, haciéndole señas al radiocontrolador en el cuarto contiguo para que cortara. Vino hasta ella tambaleándose sobre los tacos gastados, un poco plegado por la cortesía, por el hábito de achicarse:

—¿Sacaste a Claudita? Supe que el teniente la detuvo, hace una hora —le preguntaba, diligente, jugando y no creyéndose el papel del padre que nunca fue.

—Debe estar encadenándose de nuevo a la reja, ahora mismo —respondió Laura; quizás su alivio se trasparentaba: saber exactamente dónde estaba Claudia y qué haría, durante al menos un par de horas, era una oportunidad muy rara en los últimos años—. ¿Tienes un minuto?

—Para ti, todos los que necesites —entonó él mejorando la voz afónica, trémula, vencida por el peso de los clichés radiales, como las huinchas de un catre hundido; y la hizo pasar con una reverencia, corriéndole una mano larga por la espalda.

Laura se preguntó si tendría que protegerse las nalgas para evitar un pellizco. Pero no alcanzaba para enojarse: el instinto de seducción de Mario era como esas tristes puertas automáticas, que se abren incluso para quienes solo pasan por la calle.

El anciano de la pajarita y el tupé continuaba salmodiando frente al micrófono cerrado, a pesar de que el retorno entusiasta de un himno religioso se filtraba desde los audífonos abandonados en la mesa.

—Es un poema épico en honor de la Patrona. Todos los años don Humberto le agrega una estrofa y viene a recitárnoslo completo —le

explicó Mario, y pareció que se disculpaba por todo, por esos años y por el agujero en el zapato—. Ya va como en quinientos versos. Y de memoria.

Mario lo tomó amablemente por los hombros y lo condujo hacia la salida. Laura observó al anciano que se alejaba recitando por el pasillo gastado, aferrado al hilo de su poema como si una vez iniciado solo pudiera terminarlo o morir.

Se sentaron en torno a la mesa alfombrada, en la celda forrada con cajas de huevos, frente el gran micrófono cromado que colgaba de un cable dentro de un nido de alambre.

—¿Cómo va el rating?

—Por los cielos —le contestó Mario, sin fe ni recelo, demasiado acostumbrado a la humillación de mentirse—. A la gente le encanta oírse a sí misma. Tuvimos a un transexual que vino a dar gracias por el favor concedido: el año pasado se llamaba Miguel, y ahora se llama Michelle...

Y de pronto Mario agregó en voz mucho más baja, inclinándose ante ella para que el radiocontrolador no pudiera leerle los labios:

—No aguanto —le susurró— el olor a sudor, la tristeza, el asco, las mandas que nunca van a cumplirse...

El vividor envejecido no aguantaba más el hedor de los dolores, de los regateos con el cielo, del miedo, de las confesiones al aire, las voces quebradas por la promesa de una redención, de un remedio, de una dicha siempre aplazada hasta el año siguiente y el siguiente. Pero lo peor no eran los que pedían algo, sino aquellos que venían a contar lo que habían recibido. ¿Lo entendía Laura? Todavía agachado sobre la mesa alfombrada para que el colega de los controles no pudiera leerle los labios, doblado sobre el estómago prominente, con una mano contra el micrófono cerrado, le pedía que lo entendiera: ésos eran los peores. Los agradecidos, los que relataban el modo repentino y conveniente, tan oportuno, en que se había realizado su milagro, o más bien, cómo lo habían dado por hecho. A los que menos aguantaba, Mario, era a ésos que festejaban el milagro repetido de conformarse, los que transformaban la resignación en recompensa, los que preferían dar por vivido lo soñado...

Mario se interrumpió, se echó para atrás (turbado, como si acabara de denunciarse a sí mismo), introdujo un dedo en el bolsillo del pecho, tal vez controlando que no le asomara por allí aquel calzón negro, con manchas que pudieron ser (o no) de rouge. Luego manoteó la botella pegajosa en la que flotaba una pócima mágica, que le aliviaba la ronquera crónica...

—Pisco y miel, santo remedio —le dijo, e hizo una gárgara antes de embucharse un trago largo.

Laura recordó el gesto, y le pareció ver los miles de buches que lo habían precedido: los aperitivos verdosos en el Círculo Español, las copas con las borras encostradas en la casa que había sido de ambos, los años de sed en el desierto. El sensible, el delicado Mario, había empezado a beber justamente después de que dejó su trabajo para seguirla a ella en la primera destinación de su brillante carrera de jueza. Y ella había ensayado una estrategia: si no puedes contra el enemigo únete a él: si no podía hacer que Mario dejara de beber, bebería a su lado. Lo intentó un tiempo, pero tampoco había resultado. Para eterna humillación de su marido, también en esto ella tenía mejor cabeza. Tardaba mucho más en emborracharse y cuando lo hacía, Mario llevaba ya un buen rato bajo la mesa. De ese tiempo le había quedado la afición al Drambuie y una comprensión mucho más exacta, más piadosa, de los seres como su ex cónyuge: para ciertas personas los huecos de los sueños muertos solo puede llenarlos un vicio.

—¿Cuánto hace que no das una noticia, una de las grandes, Feñita?

El apodo dio en el blanco. El joven e idealista reportero que remotamente fue, había sido tocado en algún sector desprevenido. La máscara de cinismo del irónico locutor se cuarteó y por la rajadura asomó una nostalgia, como si le hubieran recordado un día de verano, de la infancia. Y paladeó las palabras:

—La gran noticia...

Había sido un juego entre los dos, veintitrés años antes, cuando recién empezaban su noviazgo: imaginar un futuro en el que ambos llegarían muy lejos, de la mano. Ella protegería a los inocentes, cambiaría la justicia del país, llegaría hasta la Corte Suprema; él haría

una carrera brillante, fundaría un diario, escribiría libros, haría historia investigando esa «gran noticia» para la cual archivaba recortes en grandes cartapacios grises. Jugaban a imaginarse los titulares... Y después él se independizaría y escribiría de un tirón la novela que tenía «entera en la cabeza». Pero «después» solo había venido el golpe militar, la larga dictadura, los archivos que habían quedado en el escritorio clausurado. De pronto, Mario aterrizó en su cabina forrada de cajas de huevos. Meneó la cabeza, trató de defenderse del pasado, de las ilusiones traicionadas, de la esperanza:

—¿Qué sabes tú, Laura? Tú te fuiste. Y a mí la época de las grandes noticias me pasó de largo. ¿Quieres que te muestre las grabaciones que quedaron hechas? Por ahí las tengo todavía, las primicias rancias en los cajones del archivo. Cuántas veces tuve la noticia en la mano, y me la censuraron.

Laura habría querido retirar sus palabras. Se imaginó al periodista local, con su grabadora anticuada y el micrófono abollado, se lo imaginó durante veinte años en el país del silencio, en ese oasis escondido, midiendo sus palabras, cuidando sus eufemismos, autocensurándose; midió el falso rubor de sus mejillas tumefactas, inventado en esas dos décadas de aperitivos verdes, ingeridos mientras esperaba que fuera tiempo de transmitir las cintas con las noticias rancias guardadas en sus cajones.

—Ahora, las cosas podrían cambiar.

Mario la quedó mirando, dividido entre la certeza de que nunca nada podría cambiar, al menos nada que él pudiera contar, y esa esperanza. Enseguida, hizo otra gárgara con su mejunje meloso y alcohólico y la tragó de un golpe. Estaba más borracho de lo que ella pensaba, y más lúcido. Siempre había sido así, el alcohol no le aliviaba la desesperación, solo le daba la temeridad necesaria para llamarla por su nombre; mientras le negaba toda voluntad para cambiarla. Era una extraña mezcla, como la de sus gárgaras. Y le preguntó:

—Estás por dictar sentencia, Laura, ¿verdad?

—No sé de qué hablas.

—Sí, lo sabes, tienes ese mismo aire ausente de hace veinte años,

cuando ibas a fallar uno de tus casos difíciles...

No lo había olvidado. Veía en ella lo que él llamaba, entonces, entre irónico y admirado, «un aire de diosa fatal», intocable, más allá del alcance de cualquier humano. Ese ensimismamiento que Laura padecía en los días previos a dictar un fallo complejo, cuando se paseaba intranquila por la casa y comía en silencio y no contestaba las preguntas obvias. Un aire de diosa fatal, se burlaba él, picado por esa ausencia, por esa distancia de sus palabras y de sus manos, esas noches cuando ella volvía al dormitorio borracha de cansancio después de haber estudiado y escrito algún fallo que debía anunciar al día siguiente y se desvestía en la oscuridad y se tendía a su lado y rechazaba sus avances cuando él, encendido precisamente por esa distancia, por esa concentración que la robaba, intentaba acercársele, poseerla.

—¿Y quieres que te diga más, Laura? Te vi ese aire desde que llegaste, desde que cenamos juntos, hace tres noches.

¡Tres noches! Solo habían transcurrido tres noches y dos días y medio. Sin embargo, a Laura ya le parecía que nunca había salido de Pampa Hundida. Mario le insistía: no solo él, todos quienes la habían conocido antes en la ciudad lo habían notado también. Había traído con ella el aire de quien arrastra un caso difícil, un caso que no puede resolverse con un sí o un no, simplemente. Mientras los demás le hablaban ella parecía escucharlos desde ese juicio suspendido, desde otra dimensión, en donde las palabras adquirían un peso que no era de la vida cotidiana, un peso que las despojaba de casualidad, que las desvestía del azar en el que venían disfrazadas y las mostraba grávidas y desnudas, como pruebas y descargos que son, de otra cosa, del caso pendiente de fallo que eran sus vidas. Sí, todos, no solo él, lo habían notado en esos días: su manera de escuchar, de hacer que el otro hablara mientras ella callaba, de ofrecerles el hueco de su reconcentrada presencia para que, succionados por esa atención, ellos hablaran (habláramos, saliéramos del silencio, relatáramos lo que no habíamos sabido relatarnos).

Y Mario concluyó:

—Pero no me la has hecho a mí.

—¿Qué cosa?

—La pregunta que andas haciendo que los demás nos hagamos, sin hacérnosla tú misma.

Laura sintió que, por un instante, se reanimaba en ella un sentimiento tan antiguo que quizás pertenecía al amor muerto que hubo entre ellos, un filamento debilísimo de la admiración que le tuvo se encendía y parpadeaba, en el fondo de un túnel de soledad.

Mario continuó:

—No me has hecho preguntarme, Laura, ¿dónde estuve yo? ¿Cómo justificaré mi existencia en la época terrible que me tocó? O mejor aún, no me has obligado a preguntarme por qué no escribí mi novela. Pregúntamelo, Laura.

Laura le sonrió, asintiendo:

—¿Por qué no escribiste tu novela, Mario?

Y él se adelantó, se acercó hasta ella, para hablarle casi al oído.

—Creo que me dio vergüenza, Laura. Me dio vergüenza el lujo, la irrelevancia suntuosa del arte, comparado con el dolor real de mi época.

Y después se alejó un poco, mordiéndose los labios gruesos, intrigado por su propia incógnita o su vergüenza, ladeando la cabeza, y le preguntó:

—¿Quién fue el filósofo que escribió que después de Auschwitz la poesía debe callar?

—Estuviste leyendo los libros que dejé acá, Mario.

Había sido él, ahora no le cabía duda, quien los había mantenido ordenados y limpios, quien había soplado los cantos de sus libros de filosofía en la biblioteca que ella dejó atrás, abandonada en el viejo escritorio y nunca reclamó —como si quemara las naves de todo lo que constituyó su educación anterior. Mario los había leído, acaso a él le pertenecían realmente los subrayados nuevos; en quizá cuales noches perdidas o ganadas al desierto, los había leído.

—Un poco— reconoció él.

Y se incorporó de golpe, se puso los audífonos, bebió de la botella manoseada donde flotaba su solución de miel y pisco barato, hizo una gárgara. El radiocontrolador le hacía mímicas urgentes desde su

cabina, contaba con los dedos, había terminado una canción. Una luz roja se encendió. Feñita se acercó al micrófono colgante, estiró los labios. La voz cavernosa, profunda, muelle, de cama vencida, le habló a ese diafragma de acero como al oído de una amada: «Mariana F.M., esperando la aparición....». Y el seductor radial leyó casi sin consultarla, de memoria, la tanda de avisos y saludos: «¡Milagrol!, jarabe contra la tos, el asma, y otras dolencias de las vías aéreas: ¡Santo remedio! Tome Milagrol, el jarabe que cura en un santiamén...».

Laura cerró los ojos en un instintivo reflejo de piedad. Si no se lo miraba y si se olvidaba el contenido de lo que decía, tal vez podría creerse la ilusión del periodista joven, combativo, con la ilusión de ser un escritor, que una vez amó y que esa voz fingida por las gárgaras melosas todavía proyectaba. Pero en el interior insonorizado de la cabina, las palabras de los comerciales rebotaban en las cajas de huevos del aislante y caían sin eco, muertas de inmediato.

«Hagamos otra pausa musical antes de continuar con nuestra serie: *Testimonios de la Fe*», entonó Mario ante el micrófono. Y se sacó los auriculares, suspirando de alivio. El reloj eléctrico marcaba las diez y veinticinco. Se volvió hacia ella, murmurando algo, —quizás era su cita predilecta (que citaba mal): las tragedias cuando se repiten lo hacen como farsas—; luego le dijo, meneando la cabeza:

—La gran noticia.

Laura le tomó, suavemente, la larga mano de gestos blandos, abandonada sobre la rodilla y le ofreció:

—Ahora podrías dar una noticia importante, Mario. Imagínate que yo viniera ahora a contarte algo grande que está pasando en esta ciudad...

—¿Un OVNI?— le preguntó él, mordiendo el padrastro en una de sus uñas comidas—. Eso sería una noticia que podría pegar. Pero tendría que tener una forma nueva. Ya agoté los que parecen sombreros y los que recuerdan habanos.

—Es otra cosa.

—Te advierto que si es sobre el abogadito desaparecido, pierdes el tiempo.

—No se trata de eso.

—Veo en tus ojos que puede ser una mala noticia. Y no se dan malas noticias durante una fiesta. Es malo para el *rating* —Mario volvía a reclinarse en su gastado sillón de locutor, profundo y confortable como su cinismo—. Además, no les gustaría a mis avisadores. Antes me censuraba la dictadura y ahora los dueños, los avisadores. ¡El espíritu de los tiempos!

—Creí que el espíritu de los tiempos era vender.

—Estuviste fuera demasiado tiempo. Las malas noticias no venden.

—Podría ir a buscar un periodista de fuera, de un medio grande.

Mario sonrió, con paciencia.

—Los medios grandes no vienen a provincias, Laurita. Aquí nunca pasa nada. Y además, *estás* en un medio grande. Tenemos el monopolio de las transmisiones durante la fiesta, y los dueños van a vendernos a una cadena nacional.

—¿Mamani va a vender? Una buena noticia para ti.

—Pero los interesados quieren un medio «sano», una buena cartera de clientes locales.

—O de lo contrario no te incluirán en el inventario, supongo.

Mario asintió. Si se le podía llamar afirmación a su mentón vencido hundiéndose en el nudo del pañuelo de seda grasiento. Luego volvió a inclinarse hacia ella y le susurró, tapándose la boca con una mano para que el radiocontrolador no lo leyera desde su cabina:

—Y si no me compran ellos, Laurita, ¿a dónde iría a venderme?

Laura no pudo menos que estar de acuerdo. ¿A dónde, en realidad, podría ir a venderse un periodista provinciano, cincuentón, un locutor que perdió la voz, y con un agujero en el zapato?

Sin embargo, algo de la vieja curiosidad del oficio se había despertado en él, y salía olfateando, como un ratón ciego de su cueva:

—¿Una buena noticia, decías?

—Una muy buena noticia. Y en exclusiva.

Tal vez fue esa vieja palabra mágica: «exclusiva», o bien porque ya no se advertía el agujero en la suela de su zapato, pero a Laura se le antojó que por un instante dejaba de ser «Feñita», que los ojos de escleróticas enrojecidas se habían aclarado un poco, que volvía a

dudar y a creer. Mario le preguntó:

—¿Qué es?

—¿Qué es lo más noticioso que ha ocurrido en esta ciudad, en toda su historia?

—No sé... ¿Ha ocurrido algo, alguna vez?

—Un milagro.

—¿Un milagro? ¡Pero eso fue hace cuatrocientos años, Laura! Esa noticia ya estaría un poco añeja...

—Y si ocurrió una vez, ¿por qué no podría pasar de nuevo?

Una mujer asomó en la ventana del pasillo llevando en brazos a una niña morena con lazos en el pelo y vestida como para su primera comunión. Ya estaba demasiado grande para ir en brazos. Pero las flacas piernas ceñidas por armazones de metal colgaban bajo el vestidito blanco y se notaba que su madre la sostendría así hasta el fin del mundo. Les mostró un número, mirando con desconfianza a Iván, con su máscara de diablo, que las contemplaba desde un poco más atrás. Eran las siguientes en el programa *Testimonios de la Fe*. Laura se preguntó de qué podrían dar las gracias. Mario le hizo una seña: el dedo índice bajo la palma abierta de la otra mano. Un minuto más. Sobre la otra ventana doble, que daba a la cabina del radiocontrolador, el reloj eléctrico marcaba las diez y media de la noche.

Mario volvió a mirar a Laura, reclinado en la silla que rechinaba un poco, balanceándose entre la ilusión y la costumbre del fracaso, entre la arterioesclerosis de su oficio —el escepticismo que había endurecido la arteria de la curiosidad, hasta casi taparla— y la necesidad de creer. Pensó en voz alta:

—Sería una bomba. Los milagros tienen el rating más alto. Pero para qué hacerse ilusiones, ya no ocurren en estos días, ¿o sí?

—Por eso mismo sería una gran noticia. Digamos que alguien ha visto algo en el cielo...

Mario consideró un momento la idea, entrecerrando los ojos:

—Una luz —dijo de pronto, levantando las cejas encanecidas.

—Una luz roja... —lo siguió Laura, mirando la ampolleta pintada de rojo sobre la ventana del radiocontrolador.

—No, mejor un aura, ¡un velo de luz! Tantas veces que le he sugerido al cura Penna que haga un espectáculo de luz y sonido...

—Tú eres el experto. Yo te doy la idea y tú la escribes.

Mario se había puesto de pie, repentinamente entusiasmado, devuelto a aquella época en la que aún creía en las grandes noticias. Se paseó en torno a la mesa, hablando solo y gesticulando como si estuviera escribiendo en el aire el titular:

—¡Se apareció la Virgen! —dijo, probando el efecto de sus palabras; y de pronto se detuvo mirando a Laura—. ¿Pero adónde?

—En las afueras, sobre el campamento.

Mario se dejó caer sobre su silla, ladeó la cabeza examinando a su ex mujer.

—Laura, Laurita. ¿Me dirás qué traes entre manos?

—Una gran noticia.

—Estás hablando en serio, entonces. ¿Te das cuenta que podríamos provocar una estampida, histeria, pánico?

—Quizás un poco de pánico sea lo único capaz de curarnos de un gran temor.

Mario consideró la idea, se anudó en un gesto reflejo el pañuelo de seda grasiento.

—Claro. Y cuando la turba vuelva sin haber visto ningún milagro, vendrán a destruirme la radio. ¿Me dirás por qué quieres inventar esto?

—No.

Mario sonrió, meneando la cabeza, reconociendo un viejo hábito. Siempre había ido unos pasos detrás de ella, incapaz de seguirle el ritmo, hasta que un día se había retrasado tanto que la perdió de vista. Le dio una patada a la mesa, empujándose hacia atrás en su sillón rodante hasta pegarlo a la pared, y apoyó la cabeza en las cajas de huevos, en un sector ya ensuciado por la grasa de su pelo durante muchas cavilaciones anteriores. Desde esa posición apreció a Laura, de arriba abajo, con una admiración verdadera en la que, por esta vez, no había sombra de cinismo.

—No entiendo lo que pretendes. Pero ya sé que lo haré. ¿Y sabes por qué?

—Tú me lo dirás.

—Por ti, por una noche de hace veinte años en la que no supe hacer un milagro, en la que no me interpuse...

La noche cuando no se interpuso. Volvía a usar ese verbo. Lo haría para interponerse entre él mismo y esas noches de sus «calaveradas» que habían terminado por durar toda su vida, le decía. Y lo haría, porque se daba cuenta de que esa era la justicia que ella le estaba proponiendo, la pena que le permitiría reconciliarse con su pasado, con la historia que los había separado, pero sobre todo reconciliarse consigo mismo: anunciar un falso milagro para ejecutar el milagro fallido de su valor. Sí, se daba cuenta de que esa era su parte en la sentencia general que ella había venido a dictar, la parte que le tocaba a él, y la acataba, la aceptaba, no podía ni quería negarse..., le decía Mario.

Laura se sintió aliviada al comprobar que no había vergüenza, ni autocompasión, ni resentimiento, en su voz. Su decorativa educación de colegio inglés le había enseñado demasiado bien el arte de saber perder. Laura se levantó. Por un instante, sintió que quería abrazarlo. Pero finalmente solo apoyó la mano en la hombrera deformada de la chaqueta de tweed:

—Digamos que lo harás por dar una gran noticia, Mario.

Él murmuró algo ininteligible, tal vez: «o para salir de la farsa...». Y se puso manos a la obra. Le hizo una seña con el pulgar hacia arriba a su radiocontrolador, se caló los audífonos, gesticuló una mueca estirando los gruesos labios de comunicador, sacando la lengua de papilas hinchadas, precalentando ante el micrófono que colgaba sobre la mesa alfombrada, en su nido de alambres. El radiocontrolador contó con los dedos los segundos que faltaban para salir al aire. «¡Exclusivo! ¡Última hora! Interrumpimos nuestras transmisiones para anunciar una noticia», practicaba Mario, mirando a Laura a través de la ventana del pasillo, y se corregía, «una gran noticia...». Se había olvidado o no había tenido necesidad de hacer otra de sus gárgaras de miel con pisco. A pesar de ello, o por eso mismo, la voz dañada no sonaba mal. Antes de que la luz roja se encendiera en el locutorio alcanzó a cruzar las manos y hacer tronar los nudillos, casi feliz. Y

dirigiéndose a ella le lanzó un beso.

32

Demoré varios días en salir de ese estado de choque en el que estuve casi un mes y medio. Y quizás, Claudia, no lo hago del todo todavía. A veces tengo la nostalgia —por qué no reconocerlo— de volver a ese cuarto trasero de mi mente donde no podía ir a buscárseme, y del que solo emergía, como los ruidos subterráneos de un temblor, el crujido de mis dientes que rechiné hasta que me sangraron las encías. Siento nostalgia del saco amniótico en el que pasé esos cuarenta y cuatro días, cuando ignoraba que estuve perdida, ni sabía lo que supe cuando desperté tendida en el salar, junto a un caballo agónico. Y me pregunto si es por eso que todavía no termino de remendar esta sábana vieja de mi memoria, de parcharla y zurcirla y ponerla contra la luz. Quizás porque, en el fondo, tengo nostalgia de cuando no sabía, y me niego a ver la silueta que aparecerá en esa tela gastada (el cuerpo ardido, abrazado por las enredaderas de las flores carnívoras). Hay regiones de ese cuerpo —de ese pasado— que preferiría no evocar con esta carta (sobre todo aquellas que evocaré, pero no te escribiré).

Cada atardecer, al regresar de la radio, Mario se sentaba a los pies de mi cama y me hablaba de su día. Me hablaba por entretenerme, o por reacostumbrarme a la voz humana, evitando meticulosamente los temas a los que infaliblemente volvíamos, precisamente porque los evitábamos. Que si había alguna noticia en la ciudad, o en el campamento, le preguntaba yo. No, ninguna, me contestaba el periodista silenciado. O bromeaba: «ninguna noticia que yo pueda informar», aludiendo a las palabras con las que Mamani le había revelado el fuego que quemó la imagen de la Patrona. A continuación de lo cual se cortaba, intranquilo, alzando una de sus manos grandes, pero de gestos blandos, intentando ahuyentar la idea que involuntariamente había convocado: la imagen de la Patrona

desapareciendo, haciéndose humo, en el incendio de la casa de Cáceres. Idea que no podía provocarme ningún recuerdo, puesto que no estuve allí, pero que —y de algún modo Mario lo sabía— me confirmaría que la palabra hogar también significa hoguera. Una hoguera que yo vería —aun sin haber estado allí esa noche—: la aureola de llamas consumiendo los vestiditos polvorientos, el pelo de muerto ceñido por la diadema de plata, la sonrisilla ratonil, discrepante con las lágrimas (esa sonrisa, entonces más que nunca, extática, deleitada en su ardor). La dolorosa ardiendo, convirtiéndose en una zarza ardiente sobre el escritorio, cuyas llamas cogían de pronto algún papel, un plano, se alimentaban con una regla de madera fileteada de acero, prendían en el óleo viejo y cuarteado del antepasado, corrían por el parqué encerado de la casa inventada en esas ruinas, y envolvían por fin al hombre que, ahora sí, llevaba una aureola de llamas. Una aureola o una zarza ardiente que hablaba, o bramaba, o cantaba, si el acero pudiera cantar, dictando una nueva tabla de la ley.

Todas esas cosas que no vi, veía yo, mientras Mario me ahuyentaba esas ideas agitando una de sus manos grandes pero blandas, y evitaba mirarme, y yo evitaba mirarlo a él, a su rostro un poco tumefacto, con el pelo revuelto, que anunciaba a un vividor o a un bebedor envejecido —porque no había dejado de beber en todo ese tiempo, en secreto, a escondidas de mí—. Y evitando saber todo eso, yo imaginaba perfectamente lo que no vi, mientras jugaba con la piedra de metal que Iván me había regalado —la que no parecía de este mundo, como un meteorito—, apretándola hasta que se me veía el blanco de los nudillos, apretándola hasta que Mario no soportaba más y terminaba por resignarse a contestarme lo que yo realmente le estaba preguntando, pero que ninguno de los dos queríamos saber: No, el comandante Cáceres no había vuelto todavía, aparentemente seguía hospitalizado en la capital, desde la noche de casi dos meses antes —la misma en la que yo desaparecí, pero este particular evitábamos meticulosamente mencionarlo— cuando había sufrido quemaduras graves en ese accidente. O atentado. Porque pudo ser un intento de motín de los prisioneros que le habían prendido fuego a su casa, en la versión que le había dado el teniente resentido —¡resentido personalmente con Mario!— cuando le había gritado que estaban «¡acuartelados, en alerta máxima!», que por eso no podía ayudarlo a buscarme. Y había indicado hacia el

poniente, como si lo hiciera hacia la pira de escombros todavía humeantes que unos reclutas amontonaban a cien metros del campamento (pira en la cual Iván hurgaba, lanzando chillidos de excitación).

Así, Claudia, volvíamos inevitablemente a lo que evitábamos, hasta que una mañana desperté con los ruidos que hacía la empleada que venía a atenderme y asear la casa, mientras Mario estaba en la radio, y supe que ya estaba afuera*, que ya no podría volver al cuarto trasero de mi mente (aunque muchas veces después lo he añorado). No me preguntes por qué. Quizás fue porque supe que había regiones de mi memoria que nunca podría volver a mirar, o me cansé de evitar lo inevitable, o simplemente fue un presentimiento. El caso es que bajé de la cama, sintiendo que el mundo corcoveaba un poco, como un potro espoleado y retenido bajo mi peso, y fui hasta el baño, y me di una larga ducha. Cuando estaba escogiendo en el armario la ropa para vestirme, por primera vez en casi dos meses, Mario apareció en la puerta de mi habitación (mía, porque hacía mucho que no la llamábamos nuestra). Supongo que la empleada debe haberle avisado, la tendría aleccionada para notificarle de cualquier cambio en mi «estado de choque», o él también tuvo un presentimiento. El caso es que apareció en el umbral, evitando mirar mi desnudez, agravada por la última venda que me había sacado de la frente, y mientras me vestía fue preguntándome si me sentía realmente mejor, si me creía capaz de caminar sin ayuda, si estaba segura... A lo cual yo respondí algo que no recuerdo, tal vez que la palabra «segura» no me decía nada. Y entonces nuestras miradas se encontraron en el espejo de cuerpo entero del armario, es decir, que no evitamos mirarnos. Lo vi morderse los labios gruesos, buscando unas palabras que yo podría haber presentido (o quizás, porque las presentí, es que me había levantado): «Parece que el hombre va a volver», me dijo. «Le están reconstruyendo su casa, los prisioneros». Y como yo no le contesté nada, se frotó las manos blandas, carraspeó, le afirmó a mi imagen en el espejo: «Esta vez no voy a fallarte, Laura. Esta vez me interpondré...».*

«Me interpondré», me dijo, Claudia. Y la voz profunda, de locutor, de la que alguna vez yo me había enamorado, desafinó un agudo (como si tuviera una cuerda cortada). Mientras los labios gruesos, mórbidos, algo femeninos, temblaban evidenciando que más temprano que tarde le ganarían la batalla al mentón partido, varonil, y controlarían el rostro. De

repente, creí saber lo que pensaba, lo que rumiaba, mientras bebía a escondidas, y preparaba sin saberlo ese rostro de vividor o de Baco envejecido que ya era presumible: pensaba en qué haría si acaso el mayor volvía; concluyendo esto: que se interpondría.

«¿Y por qué no te interpusiste antes?, le pregunté, en el tono más neutral posible (si una furia o una bacante pudiera ser neutral). Pero Mario, por esta vez, no titubeó, ni bajó la vista. Probablemente esto también lo había pensado y rumiado durante los cuarenta y cuatro días en los que me velaba y bebía a escondidas. «Tuve miedo. Preferí no saber. Pero ahora me interpondré», me repitió.

Sentí que me venía un ataque de risa, Claudia, una risa perversa, maligna, y tuve que taparme la boca para no lanzarle una carcajada a su cara en el espejo. Ahora él se «interpondría». Y lo decía de buena fe, cándidamente, inmune al absurdo, a la evidencia de su cobardía, de su ridiculez (ya no la sospecha sino la certeza de que nuestra tragedia se convertiría en una farsa). E incluso inmune a algo peor, a la evidencia de su fascinación.

De algún modo intuí toda esa voluntad suya de ignorarse, y no me reí, Claudia, no lancé esa carcajada. Y hasta el día de hoy, veinte años después, cuando te escribo, agradezco la lástima que me hizo contenerme. Porque él no podía saber lo que decía cuando conjugó ese verbo antojadizo: «interponer». Él no podía saberlo, y yo no se lo dije, y me alegro por él y por mí, pues hay una forma de amar que consiste en preservar la ignorancia de los que amamos, precisamente cuando ya no los amamos. Me dominé, no me reí y dejé que él no supiera lo que yo había sabido cuando yacía en el salar junto a un caballo agónico, poco antes del amanecer. Dejé que siguiera ignorando aquello que lo había fascinado cuando se acercó al mayor, creyendo que lo hacía para poder informar lo que averiguara, y, en cambio, oyó «lo que no había nacido para oír». Y aquello que no había nacido para oír lo cautivó (como la sensualidad, la morbidez, que ya existía de antes en sus labios arqueados y gruesos, terminaría por cautivar y dominar al mentón varonil, y controlaría el rostro, en un futuro que de pronto no era una sospecha, sino una certeza). Dejé que ignorara la clase de intimidad a la que se había expuesto, y ante la cual después había sentido terror de interponerse, y que yo conocía, pues

«tal había sido nuestra intimidad». No, Claudia, lo dejé ignorarse, evité reírme, y, en cambio, salí de la habitación a la galería.

Una llamarada me penetró por los ojos hasta la nuca. Tuve que sujetarme de una pilastra para no caerme. El sol blanco, vertical, del mediodía, ardía como un millón de zarzas. Mario vino en mi auxilio, pero manteniendo esa distancia mínima, ese imaginario brazo extendido que de algún modo tácito se había establecido entre nosotros, desde que me encontró excavando en el patio, y me tocó, y yo chillé como si me hubieran azotado. Manteniendo esa distancia, Mario, en vez de tocarme, me introdujo en la mano unos anteojos oscuros.

Me los puse, abrí con cuidado los párpados, comprobé que incluso con los anteojos era incapaz de abrirlos sin lagrimear (¿alguna vez sería capaz de mirar al mundo por algo más ancho que esa ranura?). Luego intenté moverme. Mario se interpuso (tal vez era su manera de demostrarme que sabía hacerlo), volvió a preguntarme si me sentía segura, luego tartamudeó que a dónde iba. Le contesté que a mi tribunal. Y él protestó algo ininteligible, que sonaba a que no era necesario, que tenía licencia médica, indefinida. Y yo le aseguré que entonces iba a hacer más indefinida todavía esa licencia, que iba a escribir mi renuncia, y la despacharía, y clavaría una copia en la puerta del juzgado, y me traería mis cosas. Tras lo cual volví a intentar moverme, y Mario volvió a cerrarme el paso, pero sin tocarme, manteniendo la distancia mínima, mordiendo alguna palabra que no se resignaba a pronunciar. Pero que yo lo desafié a pronunciar, escrutándolo a través de los anteojos, apretando la piedra de metal que llevaba en mi puño, hasta el blanco de los nudillos, hasta que él supo que era preferible hacérmelo saber: «Ya no puedes renunciar, Laura. Te exoneraron mientras estabas enferma. Llegó una carta. Y una nueva jueza asumió de inmediato. Ella te mandó tus cosas. Están en el escritorio...». Y yo, no te rías, Claudia, solo atiné a balbucear, mientras seguía involuntariamente a Mario hasta ese cuarto que habíamos destinado a escritorio (donde tú me has escrito que encontraste esas mismas cosas): «No pueden echarme. Yo tengo derecho a renunciar». Y luego creo que le pregunté algo absurdo, que cómo era esa nueva jueza, o qué edad tenía. Y mientras Mario se encogía de hombros, mostrándome la caja de cartón sobre mi escritorio, de la cual sobresalía apenas la cabeza de la estatuilla

de la justicia, vendada, le reiteré: «No pueden hacer eso, estaba enferma. Hay un fuero que protege a quien está con licencia médica...». Y agregué, ya con una rabia que era similar a la del sol blanco, rabia contra mí misma, rabia contra lo que acababa de decir y lo que, a pesar de todo lo que había sabido tendida en aquel salar, todavía iba a agregar: «Es ilegal».

Es ilegal, Claudia. Lo dije, con los brazos en jarra, y me quedé con la boca abierta, sin creer lo que oía cuando Mario me contestó, en voz baja, pero clarito: «¿Y qué?». Una pregunta tan claramente sin sentido como mi afirmación, y que yo, como buena abogada que todavía era, suponía sumamente fácil de contraargumentar, si solamente la rabia que sentía en ese momento me hubiera permitido formular la respuesta que tenía en la punta de la lengua.

Una respuesta que todavía estaba segura que iba a encontrar cuando me devolví por la galería, hallé la puerta principal, y salí a la calle dispuesta a demostrar que era ilegal impedirme renunciar. Recuerdo que caminé decidida pero con cuidado, lentamente, por las veredas que ofrecían un poco de sombra, deteniéndome en las esquinas, esforzándome en no darle a nadie el gusto de verme trastabillar o vacilar —en caso que alguien me estuviera mirando—. Así caminé resuelta las diez o doce cuadras que separaban nuestra casa del tribunal, segura de que tenía la respuesta completa a la simple pregunta de Mario, y que iba a gritarla a los cuatro vientos y gritársela a esa nueva jueza, y escribirla en mi renuncia, porque no, nadie iba a privarme del derecho a renunciar. Y de ese modo llegué a la calle Ramos, a una cuadra de la plaza, pasé bajo el alero colonial del juzgado, crucé frente a las ventanas enrejadas en sus profundos socavones, y de reojo distinguí la cabeza aparatosamente teñida de platino de una mujer que estaba sentada en mi sillón, sobre mi estrado, detrás de mi baranda, y que pronunciaba algo inaudible para las partes que tenía delante de ella, quizá una sentencia. Aun así, todavía estaba segura de que iba a encontrar las palabras que tenía en la punta de la lengua para responder ese «¿y qué que sea ilegal?», cuando me asomé en el vano de las puertas tachonadas, que estaban abiertas de par en par, y vi sentadas, sobre el duro banco de la antesala, donde los agraviados venían a aguardar mi justicia, a esas tres mujeres, y entre ellas a la madre vieja.

Eran tres mujeres de edad mediana, Claudia, sentadas muy juntas,

silenciosas, pero no uniformadas por eso, sino por otra cosa que no estaba en sus ropas, ni en sus fisonomías, sino en algo que no sé llamarte de otro modo: una airada paciencia. Y una de esas tres era la vieja madre que había venido a pedirme o exigirme ayuda, para encontrar al hijo que le negaban en el campamento (Enrico Mario Santini, mi hijo menor o mi niño, lo había llamado), casi dos meses antes, cuando se sentó a esperarme allí, «eternamente, si era necesario». Traté de decirme que no era la misma, que me equivocaba. Pero no se podían negar esos zapatos de hombre entierrados, esas medias elásticas, de varicosa, cuyo color café desentonaba con el vestido de luto (el cual, no sé por qué, yo estaba segura de que se lo había cosido ella misma). Ni se podía negar el alto moño encanecido y tirante, donde apretaba toda su voluntad de esperar eternamente (aunque ya no a mí).

Solo miré a esa mujer durante unos segundos, lo que tardé en disputársela a la memoria. Y ni ella ni sus compañeras me vieron, demasiado reconcentradas en la airada paciencia con la que aguardaban a la nueva jueza, indiferentes a la sombra que yo era, recortada contra el resplandor del mediodía. Pero en esos segundos el débil eco de una voz tan distante, la de alguien que siguiera gritando en un remoto salar, llegó a mis oídos: «¡No me dejes hacer lo que haré!» Y las tres mujeres sentadas, esperando, parecían, de pronto, solo una pequeña muestra de eso que él «haría».

Recién en ese momento, Claudia, aunque te parezca absurdo, comprendí que ese ya no era mi tribunal. Es más, recién entonces intuí —o me juré— que nunca volvería a administrar justicia. Y, al mismo tiempo, supe que mi pretendida renuncia era el último gesto de soberbia de una juventud insolente en la que me había creído capaz de juzgar. Mi ridículo proyecto de renunciar «públicamente» estaba completamente fuera de lugar, pues no se renuncia a la inocencia; se pierde, simplemente.

Así es que, antes de que las mujeres notaran mi presencia, o la madre vieja me reconociera, retrocedí cautelosamente unos pasos, y apenas estuve fuera de su vista me alejé a toda prisa hacia la esquina.

* * *

En la misma esquina del tribunal, como nos ocurre en las ciudades

pequeñas, donde hasta el azar es cara conocida, me tropecé con el doctor Ordóñez. Félix me abrió los brazos de inmediato, intentó estrecharme, empinándose. Lo evité como mejor pude, pero consiguió depositarme un beso en la mano. Yo observé el pelito rubio de su coronilla que empezaba escasear, el traje blanco, la piel oronda y tersa de la nuca; parecía que me había tropezado con un ángel. Y el ángel me dijo: «Qué alegría, qué alegría... Te levantaste, Laurita. Yo sabía que ya estabas repuesta. Solo faltaba que tú lo supieras».

Después me arrastró a su casa, charlando de cualquier cosa, sin verdadera oposición mía, ya que de golpe yo había empezado a descubrir esa tramposa libertad de los cesantes: no tenía absolutamente nada más que hacer, ni otra parte a donde ir. Félix me hizo pasar a su consulta, corrió el biombo de tela, tapando la camilla (recordé el biombo chinesco en la habitación de la Rosita, en el prostíbulo, que ocultaba un bidet; esos pudores profesionales, simétricos). Luego me ofreció una de las sillas frente a su escritorio, y él se sentó a mi lado en la paralela, cruzó las piernas, me quedó observando, a gusto. Noté el trozo de pantorrilla rosada que el pantalón recogido descubría, el inmaculado calcetín de hilo celeste, el pie hamacándose: jamás he visto una pierna más dichosa. «No sé cómo lo hiciste, Laurita, pero nos devolviste la paz...». Yo habré dado un respingo, o esbozado una protesta, porque él se apresuró a rebatirme: «No quiero saber nada. Solo quería agradecerte de nuevo: nunca más me llamaron, tú sabes a donde...».

Yo sabía. Y él no quería saber. Y para no correr ningún riesgo de que yo lo hiciera saber, se levantó rápidamente y fue hasta al estante donde tenía su par de tratados políticos, mezclados con los almanaques médicos, y las fotos de sus seis hijos, y la de ese antiguo Presidente dedicada a él. Lo vi revolver en el cajón donde guardaba las carpetas de sus pacientes hasta que halló la que buscaba, y volvió a mi lado hojeándola, pasando las páginas con el anular que untaba en saliva. Creo que hasta silbaba bajito. Y la tarde de dos meses atrás, cuando me había preguntado si eran legales (aunque no con esta palabra), los tiros de gracia que había prescrito (la gracia prescrita), y el estetoscopio que había que posar en los cuellos, y la sangre que hablaba, parecían tan remotos o imposibles como el esqueleto humano que se reía en la lámina de la pared.

Por fin, Félix volvió a sentarse, agitó la carpeta frente a mis ojos, me dijo: «Tu recuperación es completa, Laura. De hecho, hoy pensaba pasar por tu casa con el resultado de estos exámenes, para darte el alta». Yo no pude privarme de presionar un poquito su felicidad: «O sea que ya no estoy loca». Félix fingió escandalizarse: «Nunca estuviste loca, Laura. Fue el estado de choque, producto de tu...». (se turbó un poco, buscando la palabra) «de tu accidente, el traumatismo encéfalo craneal y la insolación en el desierto... Pero ya estás bien». Y yo, mirando a la lámina del esqueleto de cuerpo entero: «Estoy sana, entonces». Y él, inclinándose hacia mí, intentando palmearme la rodilla con la mano que recargaba una maciza alianza de matrimonio (mano que yo alcancé a esquivar): «Estás más que sana, Laura. Solo cuídate, y trabaja poco». Y yo: «Me tomaré unas largas vacaciones, Félix». Y él, achinando los ojitos azules, de ángel travieso, que chispeaban de placer: «Me alegro, así podrán celebrarlo con Mario». Y yo: «Creo estas vacaciones me las tomaré sola». Y él, acariciándose las mejillas tersas: «No lo aconsejo. Estas cosas se celebran juntos». Y yo, más lentamente: «Parece que no hablamos de lo mismo». Y él confirmándome, deleitado: «No».

Tras lo cual se reclinó en la silla paralela, volvió a cruzar las piernas, y hamacó el pie dichoso con renovados bríos. Le encantaban los enigmas, los jeroglíficos, las palabras cruzadas. Esperó unos segundos, pero no demasiados, no fuera cosa que yo lo resolviera sola y se perdiera el placer de aclarármelo él. De pronto basculó en la silla, volvió a trajinar mi carpeta y extrajo un papel, lo enarboló por sobre su cabeza. «Laurita querida, bienvenida», me dijo. Y yo: «¿Bienvenida a dónde?» Y Félix impacientándose un poco, pero como un niño se impacienta con un adulto lento en su juego favorito: «Laura, ¿no has notado nada?» Y yo: «No he notado nada durante más de un mes y medio, parece». Y él: «Justamente el plazo». Y yo, sintiendo como mis anteojos oscuros se espesaban: «¿Plazo para qué?» Y él: «Te hice un segundo examen de sangre. Para estar seguro. Ayer me llegó. Positivo».

Aunque te parezca increíble, Claudia, todavía logré mantener la distancia unos segundos más, hacerle una finta a la palabra «positivo». Le pregunté a Félix, u objeté: «Pero, las píldoras que tú mismo me recetaste...». Y Félix, a quien le encantaba todo lo que no sabía: «No sé. A

veces fallan, Laurita. Falla humana: a veces, las mujeres que desean mucho un hijo se "olvidan" de tomarlas. La madre naturaleza sigue burlándose de nuestra ciencia».

En mí también, por más que intentaba evitarlo, una lágrima logró burlar mi vigilancia y se escurrió por debajo del marco de los anteojos, traicionándome (una lágrima tan fría como si fuera de vidrio). Y luego otra. «Querida amiga», me dijo Ordóñez, conmovido: «Es natural, llora nomás. Es la felicidad».

Entonces, no me bastaron los anteojos oscuros para esconderme de esa «felicidad», y tuve que taparme la cara con ambas manos. Y me agaché reclinándome sobre mi falda, hasta golpear la frente contra mis rodillas, como si estuviera golpeando a la puerta de ese cuarto trasero de mi mente donde no podía ir a buscárseme, en el que había estado cuarenta y cuatro días. Y al que habría querido volver, de inmediato, para siempre, pero allí nadie me abría. El doctor me acariciaba la espalda, me decía: «Permíteme que le cuente de inmediato a Lucrecia, hazme ese favor, Laura. Estará feliz de aconsejarte, con toda nuestra experiencia...».

«A nadie», le ordené por fin, desde allí abajo, desde la oscuridad. Luego me restregué los ojos con la falda hasta asegurarme de que no quedaba rastro de una lágrima (fue como restregarme con astillas de vidrio). Me volví a acomodar los anteojos, me incorporé lentamente. «¿Ya lo sabe Mario?», le pregunté. «Por supuesto que no. Siempre informo primero a las señoras, es la ética, pero...», empezó a protestar el doctor. Yo lo corté: «A nadie, no quiero que lo sepa nadie». Y él: «Laurita, estas cosas no se pueden esconder. Rápidamente la gente lo nota...», bromeó paternalmente, haciendo la mímica de una gran panza, para lo cual la suya alcanzaba y sobraba. Y yo le dije: «No llegaré a estar de ese porte».

Por primera vez, la sonrisa de ángel dejó de aletear en el rostro de Félix: «Laura, estás confundida». Y yo: «No lo estoy. ¿Me ayudarás?» Ordóñez me quedó mirando, luego se paró de la silla, retrocedió, se alejó de mí (o de alguien en mí que lo espantaba), agitando los bracitos cortos: «Madre mía. Madre mía», repetía. Y yo: «¿Ella me hará el aborto?» Y él se dio vuelta en redondo, llevándose un dedo a los labios, desesperado, como si temiera que hubiese alguien más en su consulta, un inocente escondido tras el biombo al que había que proteger de esa palabra, o quizás el esqueleto

que sonreía en la pared. «Si tú no lo haces, buscaré a otro», lo conminé. Félix vaciló, buscó ayuda en el estante, en las fotografías de sus hijos o en la del antiguo Presidente. Quizá este le recordó algo, o fue el lomo de uno de sus libros de filosofía política, los que contenían esas ideas moderadas, progresivas y mansas, porque al fin empezó a decirme: «Soy un humanista cristiano...».

Pero yo no lo dejé exponerme su doctrina. Me puse de pie: «Muy bien. Buscaré a alguien que sí se atreva. Solo júrame mantener tu secreto profesional». El doctor tragó saliva. Se pasó la mano por la coronilla de pelo rubio que empezaba a clarear. Parecía que se iba a arrancar un mechón. «¡Júrame!», le grité de nuevo. Y me atravesé en la puerta hasta que lo vi levantar la mano izquierda, la de la maciza alianza, y mover los labios murmurando algo. Al principio pensé que era su juramento hipocrático, pero luego entendí que me decía, bajito, para que no se enterara ni siquiera su conciencia: «Conozco una matrona...».

33

Antes que nada, la multitud (nosotros, la multitud). El velo de polvo que levantaba sobre la Plaza de la Matriz, sostenido por las luces de las antorchas y las hogueras. El velo tras el cual se divisaba la primera estrella, Venus, atisbando impasible el baile de los diablos en el oasis de Pampa Hundida. Y el cuerno de la luna nueva asomando sobre el horizonte, burlona y manchada, la irónica guadaña (fe, fe, fe) que empezaba a salir de su funda de oscuridad.

Laura se abrió paso entre la larga fila de peregrinos que serpenteaba por la plaza, entre los grupos de oración y las cofradías danzantes, entre el sudor y el cántico enronquecido después de veinticuatro horas de baile continuo. Los penitentes avanzaban lentamente bajo el fardo de sus penas: las visibles, las cojeras, las llagas, las deformidades inauditas; y las ocultas, el temor a la muerte, el amor contrariado, los reveses de la fortuna. De rodillas, arrastrándose, o simplemente de a pie con una vela en la mano que chorreaba esperma hirviendo sobre sus dedos, hacían la fila de horas para entrar a la Basílica y acercarse a la imagen de la Señora, en la Capilla de los Milagros. Y junto a las cofradías de festejantes y los penitentes, malabaristas, contorsionistas, funámbulos sobre una cuerda floja imaginaria, un bufón, con el rostro comido por algún cáncer, que hacía muecas, tétricas sonrisas, desencajándose la mandíbula para ganarse una limosna y para reírse, a pasto, de los otros, con los otros, del dolor mismo. Mientras pasaba frente a él, Laura sintió que esa carcajada grotesca le estaba dirigida primordialmente a ella, que interpretaba mejor que nada su propia irrelevancia frente al mal impenetrable, al espíritu de la tragedia, al dolor sin explicación ni reparación posibles.

Desde los restoranes y bares atestados que rodeaban la plaza le

llegaba el eco de las radios, puestas a todo volumen, compitiendo con la música de las bandas. Laura sonrió ante ese reflejo de una incredulidad elemental: tal como en los grandes estadios, la gente precisaba oír la descripción de lo que tenía ante sus ojos para comprender su sentido, para verse a sí misma en su dimensión colectiva. Pensó: el pueblo, la nación, la iglesia, siempre son los otros, el relato que nos hacen de los otros; pero la verdad somos los individuos perdidos, solos, incapaces de narrarnos a nosotros mismos, apenas urdidos por una voz que nos clama en el desierto. Y entre esos bullicios, fragmentada por golpes de tambores, hecha pedazos, Laura alcanzaba a distinguir ahora la voz de Mario, hablando de un milagro.

Llevando a Iván de la mano, Laura intentó cruzar la apretada fila de los penitentes para acortar camino hacia la puerta de la Basílica. De pronto se encontró atascada entre una mujer ciega que avanzaba de rodillas, asistida por un muchacho, y un solitario veterano en cuatro patas, con las rótulas y los nudillos forrados en tiras de neumático. Cada tanto el lazarillo le secaba las lágrimas a la ciega con un pañuelo sucio, y el veterano se incorporaba, su espina crujiendo casi audiblemente, y se golpeaba el pecho. Laura recordó la angustiosa furia que la asaltaba décadas antes, a sus veintitantos años, cuando asistió a sus dos únicas fiestas en la ciudad. Su desolada rebeldía, su rabia ante el dolor que la oprimía como si todos esos tumores y llagas, esos miedos y esas taras, fueran hasta cierto punto, intolerablemente, una responsabilidad suya. «¡Levántense!», les habría gritado entonces, «protesten, no rueguen, exijan de vuelta sus piernas y sus ojos, sus hijos muertos, sus amores imposibles... Dejen de excusar al cielo y pidan justicia». Por supuesto, nunca pronunció ese grito absurdo en nombre de la felicidad humana. Algo se le atoraba en la garganta y prefería dar la vuelta, evitar el espectáculo. «No me gusta esta fiesta», decía. Hoy creía saber mejor qué se había atorado en su garganta: no fue tanto el absurdo de su romanticismo juvenil, como un temprano reconocimiento de sus límites. Un escepticismo que ya entonces, antes que el mundo se le desplomara, antes de encontrarse cara a cara con «el que trae la luz», secretamente la trabajaba. Si desilusionaba a los peregrinos, ¿a quién irían a pedirle sus favores, entonces? ¿A ella?

¿Qué tenía ella para ofrecerles a cambio? ¿Su justicia terrenal? Esa parodia, esa farsa donde el poder se disfrazaba de imparcialidad —bajo la venda y la toga, el viejo e inmundo muñeco de las piernas cortas, travestido, desflorando inocencias—. «Son ellos, Laura, los festejantes de Dionisio, los que conocen la noche del mundo», le había dicho unas horas antes el ministro, en el balcón del hotel frente al cual ella cruzaba ahora, indicando a la multitud y reconociendo lo que él nunca había conocido, ni querría conocer, esa «noche del mundo».

Laura intentó apartarse del camino de la ciega, pero al retroceder solo consiguió tropezar con uno de esos hombresgusano que reptaba sobre el polvo.

—Perdón —exclamó ella.

El hombre-gusano levantó la cabeza en el impulso de una contorsión, la miró un segundo con los pequeños ojos irritados por el polvo y le dijo a su vez:

—Señora, ¿es cierto que se está viendo algo en las afueras de la ciudad?

Al comienzo, Laura no lo entendió, titubeó unos segundos antes de reaccionar:

—Así dicen, en el Llano de la Paciencia...

El hombre-gusano bajó la cabeza, la dejó colgar desde sus hombros puntiagudos como muñones de alas, calculando cuánto le tomaría ahora reptar hasta allá.

Laura empujó a Iván por delante para que le abriera paso, empujando a su vez a los peregrinos atascados en el atrio. Succionada por el tamaño del indio, ella fue siguiendo su estela bordeada de reclamos e improperios hacia dentro del templo. La Basílica estaba atestada. A la derecha de la nave principal, sobre las cabezas de una cofradía que bailaba presentando sus respetos, el incendio de miles de velas votivas devoraba sin consumirla la temblorosa Capilla de los Milagros. Las velas se reflejaban en las plaquitas de bronce que tapizaban las paredes y multiplicaban los reconocimientos testimoniados. Suspendidos por alambres desde la altísima semibóveda, los exvotos colgaban sobre la multitud arrodillada. Laura volvió a estremecerse, como el día anterior, bajo los cientos de

muletas, bastones, cuellos ortopédicos, yesos y vendas, anteojos, placas de radiografía, alambres y clavos de aspecto siniestro, zapatos con plataformas dispares, placas dentales abiertas en una macabra sonrisa. Todo ese bosque invertido de milagros otorgados lloviendo su esperanza sobre las cabezas de los arrodillados.

Medio escondida tras una de las columnas jaspeadas de mármol pintado, Laura consultó su reloj: faltaba media hora para la procesión de medianoche. Y la ciudad ya había caído en manos de los penitentes, de los disfrazados, de los enmascarados. Por un momento solo pudo reconocer al padre Penna, allá arriba, junto al alto trono de la Patrona, entre el humo y el calor de los candelabros, escoltando la imagen, esperando a los penitentes que trabajosamente ascendían la escalerilla del altar, bendiciéndolos a medida que pasaban, simbólicamente, bajo el manto marrón de la imagen. Enfundado en su larga casulla dorada que reflejaba la luz amarilla de las velas, él mismo parecía un cirio, y en su calva cabeza brillaban como esperma gruesas gotas de sudor. A sus pies, a la izquierda del altar, junto al andas preparado para el transporte de la imagen, el caporal mayor de la Diablada, Boris Mamani, con la máscara de demonio bajo el brazo, por respeto a la Señora, le hacía guardia al cura. Laura los comprobó enemigos y unidos por el ritual, hermanados por la noche de la aparición, sostenidos por la misma vigilia ante lo inexplicable. Los diablos, los sátiros remotos, los antiguos curacas, los dueños originarios, los que aterraban al cura con sus golpes en las puertas cerradas de la Basílica el día anterior, habían entrado al templo finalmente. Él mismo les había franqueado el paso y ahora todos esperaban, juntos, el milagro diurno y el nocturno, ansiados por ese apretado mar de penitentes arrodillados con sus velas en las manos. Al reconocer a Laura junto a la columna, Mamani inclinó la redonda cabeza engominada, haciéndole una venia de inteligencia, al tiempo que indicaba con el tirso la imagen de la Patrona, sobre él, acaso poniéndola por testigo de la «deuda» que un rato antes se había comprometido a pagarle a la jueza.

Laura observó otra vez a la imagen en su hornacina, entre el humo y el temblor de las velas y las devociones. Exactamente a la

medianoche la Patrona debía salir en procesión triunfal, bajo palio, llovida de flores desde la tierra y de fuegos artificiales desde el cielo. Y así sería paseada por la ciudad recibiendo la sumisión de los diablos que la habían asediado y el amor de quienes la habían defendido. Al salir de la Basílica en andas de su pueblo, la muchedumbre misma se transformaría en altar de la Señora, para remedar mejor la aparición original, cuando su presencia milagrosa había restablecido el lazo roto entre los hombres y el creador, para testimonio y símbolo de lo cual había quedado el chorro de la vertiente que manaba en el vértice de la quebrada, alimentando este oasis de santidad en el vasto desierto del mundo circundante... Partiendo las aguas de la multitud, encaramada en su pedestal cubierto de flores, pisando la media luna y la serpiente talladas en su plinto, alzada contra el cielo cegador que irradiaba de las puntas de su diadema, el andas de la Patrona milagrosa navegaría en hombros de sus porteadores, avanzando por el cauce que le abrirían los diablos de Mamani.

Desde su posición Laura tenía una perspectiva completa de la nave y parte de la plaza. Y de pronto, a través de la turbulencia del aire dorado por las velas y afuera entre las columnas de humo de las fogatas donde se consumían esas ansias ardientes de salvación, notó que algo iba cambiando. Al comienzo no supo qué era, exactamente. ¿El reflejo de los brillantes trajes de baile, el retumbar de los bombos, el girar de las cofradías con sus bailes? Todo parecía igual. Y sin embargo... Aguzando el oído, Laura podía percibir algo que se acercaba. Algo masivo y no obstante invisible que avanzaba desde el horizonte de la multitud hacia ella. Tardó un segundo más todavía hasta entender lo que venía: las bandas de las cofradías se iban apagando poco a poco, como si un operador fuera desconectándolas una a una en algún gigantesco panel central, desde las afueras de la plaza hacia dentro, hacia el epicentro de la fiesta. Mientras la voz de la radio, reproducida desde los parlantes en los restoranes, aleteaba a lo lejos, incomprensible, subrayando más que desmintiendo el silencio...

La onda de silencio que entonces entró de lleno en la Basílica, avanzó por la nave donde una por una las filas de arrodillados fueron

alzando sus cabezas, cuchicheándose entre ellos, volviéndose consternados hacia la plaza, para luego quedarse mirando boquiabiertos hacia el altar, con caras de pregunta, sumándose a ese silencio compacto que ingresaba como un hombre más, que finalmente alcanzaba los altares y refluía, se volvía, sobre la asamblea. Fue un instante sutilísimo durante el cual hasta los rezos murmurados se detuvieron. Solo la potente oración del padre Penna, desde lo alto de la tarima, siguió sobrevolando a la asamblea sin eco, sin amén, sin encontrar oído alguno donde posarse, como la paloma que no hallaba tierra después del diluvio. Y por fin hasta el cura se interrumpió, levantó la cabeza, se frotó los ojos, alzó las manos, balbuceó algo que a pesar del silencio, apenas se oyó. Pudo ser la palabra: «fe».

Y luego, en la perfecta acústica de la bóveda, prístina y cantarina, se elevó la voz de un niño, acaso uno de esos niños bailarines que acompañaban como mascotas a las cofradías, y que decía con toda inocencia, con la inocencia de la multitud:

—Mamá, la radio dice que se apareció una señora.

«¿Qué dijo?».

«En el campamento, en el campamento, la radio dice que en el campamento», susurraban ahora mil lenguas en los mil oídos de la muchedumbre.

Laura sonrió: imaginó a Mario en el envión del relato, llevado por el entusiasmo de la «gran noticia» que al fin había encontrado, levantando el velo de una nueva aparición, desmintiendo el miedo y el escepticismo, arrancando el disfraz de los cuerpos dolidos, desenmascarando el ansia de volver a ver...

Los primeros en abandonar el templo fueron de la cofradía de los «morenos», los remotos herederos de los esclavos negros, que habían bailado en la nave principal hasta que se produjo la interrupción. Sus miembros conferenciaron entre sí y, pardos e inconspicuos, de uno en uno, volvieron las espaldas al altar y empezaron a salir.

Al verlos, el cura Penna reaccionó por fin, emergiendo de su letargo. Se volvió hacia la hornacina, tomó la imagen, e imponiéndose desde esa altura, se adelantó hasta el borde de la tarima, con riesgo de caer por sobre la baranda. Extendiendo el brazo que no sostenía al icono,

gritó:

—¡Los rumores son del diablo, no los oigan! —exhortó o imploró—. ¡La aparición es una sola y solo se produce en los corazones santos! ¡En el seno de la iglesia!...

Y luego miró a Mamani, que aguardaba con el brazo cruzado sobre la baranda de la escalerilla impidiendo que nadie más subiera al altar, lo observó como implorándole que actuara, que lo auxiliara. Hacían un curioso efecto, el cura en el altar, y el caporal mayor de la Diablada a sus pies, el nuevo Dios y el dios originario, interrogándose. Por fin el caporal alzó su cayado, el tirso de Dionisio, abrió los brazos extendiendo la capa, indicando hacia la muchedumbre que se retiraba como si esa voluntad fuera superior a la de ambos, como si todo el poder que les había sido conferido fuera ahora irrelevante, y hubiera sido devuelto por virtud de un relato nuevo y más antiguo que ellos dos, a los simples, a los verdaderos creyentes, a los reales dueños de la fiesta.

Los fieles arrodillados frente a la Capilla de los Milagros se levantaban trabajosamente y se retiraban sin mirar atrás. Hasta la fila de los penitentes que habían buscado acercarse a la Patrona se desgranaba, los dolientes empujaban sus sillas de ruedas, cojeaban, se arrastraban alejándose del altar. La Basílica se vaciaba sobre la plaza, la mayoría por la salida que daba al sur, en dirección al Llano de la Paciencia. Laura tuvo la impresión de que el templo se escoraba hacia ese lado, como cuando se abandona un bote que va a naufragar.

Y cuando volvió a mirar hacia el altar de la Capilla de los Milagros, Mamani ya lo había desertado, cruzaba el transepto de la nave seguido por la cofradía de sus demonios, reponiendo las máscaras en sus cabezas, enarbolando las cornamentas, ondulando las capas, apretando el paso hacia la salida sur, adelantando a la multitud. Y el padre Penna con la imagen de la Patrona, la réplica de la réplica, también habían desaparecido.

Laura le dio la mano a Iván, lo condujo dando la vuelta tras el presbiterio hasta la puerta de la sacristía. Iván solo tuvo que empujarla dos veces, con el hombro, y el viejo portón saltó de sus goznes herrumbrados.

* * *

—¡Ay, Jesús! —gritó una de las hermanas Subiabre, y se santiguó.

Las dos «camareras de la virgen», las eternas y enlutadas acólitas del padre Penna, seguían contando dinero sobre la gran mesa frailera de patas agarrotadas. Una de ellas —Domitila o Leontina, en veinte años habían logrado asemejarse aún más y Laura no lograba distinguirlas— sostenía una plancha eléctrica en el aire como si esgrimiera un *detente* contra ellos. Sobre su sector, los billetes recién planchados, apilados por su denominación, exhalaban un tenue vapor. Y en una pequeña valija de aluminio, con herrajes en las esquinas, los fajos de dinero ya unidos con bandas engomadas, reposaban sus lenguas elocuentes y poderosas. En el otro extremo de la mesa, Estévez, el gerente local del Banco Hispanoamericano, llevaba las cuentas con los bifocales en la punta de la nariz y una máquina sumadora cuyo rollo caía enroscándose en varias volutas sobre el suelo. Los tres se quedaron mirando la aparición de Laura e Iván, sin atreverse a reaccionar. Finalmente, Estévez balbuceó:

—Magistrada, qué susto nos dio, creímos que era un asalto.

—¿Quién le dice que no lo es? —le contestó Laura.

Estévez le sonrió sin entender, observando con lastimado amor las meticulosas torrecillas de monedas y billetes, y siguió tirando del hilo de sus temores:

—... tenemos que tener cuidado, la policía no da abasto, y con todos estos afuerinos en la ciudad.

—Ellos vienen a dejar el dinero —le recordó Laura—. Son los de acá quienes podrían querer llevárselo.

—Magistrada, ¿qué insinúa? —protestó suavemente el gerente—. Cada centavo es ingresado a la contabilidad. Y todo se reparte a medias entre la iglesia y la municipalidad. Somos voluntarios, el banco solo lleva una pequeña comisión...

—¿Cómo va la colecta? —lo interrumpió Laura, impaciente.

—Si no fuera por esta pelotera del nuevo milagro, ya habríamos pasado la suma del año pasado —se quejó Estévez, pero se animó enseguida, revisando la colilla de su máquina de sumar, empinando

las cejas sobre los bifocales, volviendo al terreno seguro de sus contabilidades—. Con esta valija que estamos llenando ahora, se completarán más de doscientos millones. La generosidad y la prosperidad...

—... van de la mano —le completó Laura recordando a través de veinte años que al gerente le gustaban las máximas edificantes; y le agregó—. Siempre me pregunté qué hacían con las cartas.

—¿Qué cartas? —repuso Estévez, contrariado.

Laura le indicó el buzón volcado en el suelo, de donde las camareras habían sacado el dinero; uno de los doce buzones nuevos, que se alineaban en el pórtico de la Basílica, y que se retiraban a medida que iban rebosando. Los apóstoles de esa devoción que prosperaba, multiplicados, robustos y ambiciosos, asomando sus hambrientas lenguas de metal por el lado exterior, tragándose los billetes grasientos, las monedas sudadas, los tísicos ahorros, y llenándose a medida que la fiesta avanzaba, hasta rebosar varias veces al día en la última jornada. Alrededor del buzón, el piso de ladrillos gastados estaba sembrado de papeles: los sobrecitos que contuvieron el precio de un favor, las cartas manuscritas que imploraban uno junto con su limosna, los temblorosos «vales» de quienes no habían podido pagar este año...

—El padre —repuso por fin Estévez, contra toda evidencia—. El padre Penna las recogerá más tarde y las pondrá en sus oraciones.

Laura trató de imaginarse al cura barriendo las misivas, recogiéndolas, leyéndolas en las largas tardes vacías del resto del año, poniéndolas en sus oraciones, esa enorme contabilidad del dolor sobre sus hombros curvos. Y le hizo una seña a Iván:

—Pon el resto del dinero en la maleta.

—Magistrada, todavía faltan quince minutos para que pase el camión del turno, recogiendo el dinero —objetó Estévez sin entender, sin querer entender todavía, e hizo ademán de recoger una de las volutas de la cinta con las sumas.

—Esta maleta la llevaremos nosotros —lo silenció ella, y bajó con suavidad el brazo de una de las hermanas Subiabre, Domitila o Leontina, que todavía sostenía en el aire la plancha caliente.

Laura se acercó a la mesa, tomó la maleta, arrimó su boca al borde y barrió dentro de ella las pilas de monedas y los montones de billetes recién planchados. Finalmente, cerró la maletita de metal, presionando hasta conseguir que las cerraduras calzaran en el doble «click» de los pasadores.

Luego se volvió hacia Iván, y le pasó la maleta:

—Llévala tú —le dijo.

El niño eterno que habitaba en el corpachón de ese hombre monstruoso, observó a Laura. Luego acarició la maleta y finalmente la abrazó como a un juguete, con la desdentada sonrisa que, esta vez sí, se podía decir que era de felicidad.

—Magistrada, usted no puede, no irá a... —protestó Estévez con la voz temblorosa, incorporándose a medias

Laura fue hasta el armario de las casullas y los paramentos, el gran mueble de tres metros de altura con sus coronas barrocas, y abrió una de las batientes con la gruesa llave de la que pendía un crespón de seda. Un fuerte aroma a sándalo emergió desde el interior semivacío. Laura se volvió hacia las hermanas Subiabre y a Estévez que la miraban actuar, paralizados:

—Ahora, si me hacen el favor de entrar acá...

Las Subiabre se abrazaron, empezaron a lloriquear, Estévez fue a ponerse a su lado, juntos esbozaron un conato de resistencia. Pero Iván se incorporó de un salto y se aproximó al grupito. Ninguno le llegaba al hombro. Su sola proximidad, sus tobillos heridos, la frente bulbosa y encostrada que el doctor Ordóñez había cosido el día anterior, los fue haciendo retroceder, hasta que entraron en el armario. Laura cerró la puerta y dio vuelta a la llave. El murmullo de las oraciones de las beatas se alejó y profundizó, como si hubieran caído bajo tierra.

* * *

Laura se asomó a la oscuridad del pozo de escaleras, en la torre vieja, contigua a la sacristía. Arriba, en alguna parte, una racha de viento hacía crujir las vigas podridas del campanario. Recordó lo que le contaron al volver, casi tres días antes, que tras la terminación del

otro campanario en el frontis, el que estuvo pendiente durante dos siglos, con su moderno carillón automático, nadie había sabido cómo desmontar la gran campana de este y se habían limitado a quitarle el mazo para que no repicara sola en las noches de viento. Una racha volvió a hacer crujir los maderos y silbó en el interior de la torre. Ella se estremeció y no pudo menos que preguntarse si su vida futura tendría también esa temperatura. Tenía cuarenta y cuatro años y su corazón era esa campana callada a la que alguien, ella misma, le había quitado el mazo.

—¿Sigue ahí, padre? —preguntó Laura, dirigiendo su voz hacia lo alto.

Un crujido le respondió, un arrastrar de pasos o ratones. Finalmente un suspiro, una voz sin fuerza pendió lacia desde arriba como la inexistente cuerda de la campana:

—Aquí estoy, hija.

Laura trepó con cuidado siete u ocho tramos de escaleras. Casi al llegar al campanario, sentado en un peldaño y atisbando por una de las troneras, encontró al padre Penna. Tenía la pequeña réplica de la imagen de la Patrona acunada en su regazo, como una muñeca. Y no parecía asombrado de que Laura lo hubiera descubierto. Le indicó la tronera. Desde esa altura podían verse las corrientes humanas que convergían hacia la salida sur de la ciudad por las principales avenidas. Más allá de las últimas calles iluminadas, las columnas de peregrinos subían hacia la noche cerrada del desierto, guiadas aquí y allá, como faroles de pescadores en el océano, por una antorcha o el reflector de una linterna. El cura le dijo:

—Van todos hacia el Llano de la Paciencia. Toda la ciudad...

—¿Y usted?

—No puedo dejar a la Señora sola. Ya la secuestraron una vez.

Sin sus solemnes paramentos, hundido en el tubo de su sotana sebosa y con su mechón de pelos mustios en el centro de la calva, el amarillento cura parecía ahora un cirio apagado. Había pasado casi doce horas encaramado entre los candelabros, en la asfixiante estratosfera de la capilla. Y ella había podido oler su relente a velas desde el pie de la escalera.

—Ya volverán. Es solo un rumor —le dijo Laura, apiadándose. Al fin y al cabo, el cura no había sido el peor.

—¿Y si no vuelven? —le preguntó Penna—. ¿Y si ven algo?

—Qué suerte será para su iglesia. Tendrá dos milagros, dos fiestas... —trató de animarlo Laura.

El cura emitió algo: un bufido o un ay.

—¿Cómo era eso que usted me citaba, padre, lo que le enseñaban en el seminario? Que no se *necesita* ver a Dios...

—Si se *sabe* que existe —completó el cura, recitando su antigua lección, y la objetó de inmediato—. Pero una cosa es predicar un viejo milagro y otra muy diferente ser testigo de uno. Ningún seminario nos prepara para eso.

—Vaya, mire y salga de dudas, entonces.

—Ustedes los ateos son tan simplistas, Laura. No es lo que vemos sino lo que creemos ver. Y además...

Además, si la multitud veía algo en el cielo, ese no sería *su* milagro, sino el de los *otros*, los que golpeaban en las puertas cerradas del templo, los que aún adoraban altares en las cumbres, los que veneraban ídolos más antiguos que su fe. Sería el milagro de los demonios bailarines que salían del oasis en caravanas, enarbolando antorchas, atravesando la oscuridad. ¿Cómo podría él ir entre esas llamas sin arder también, sin ser devorado por los animales totémicos, por los pumas y los cóndores de las alturas, por los festejantes de un misterio que no era el suyo? Cada año había temido, le confesaba, algo como esto, cada año al aproximarse la fiesta frecuentaba sus sueños un horror para el que no tenía nombre, para el que solo ahora empezaba a intuir un rostro: el rostro sin máscaras de la muchedumbre en el desierto, el rostro infinito de la noche anterior a él, cuando bajo el cuerno de una luna nueva, los dioses idos retornarían...

—Si voy, ¿los veré yo también?

Por un segundo, Laura intuyó la agonía del sacerdote, el apretón sangriento del cilicio que llevaba en un muslo, bajo la sotana. ¿Tendría él la fe que mueve montañas, la que encuentra agua en el desierto, la que es capaz de atribuirse el milagro y no ver a los otros

dioses que lo hacían, los de la oscuridad, si volvían? ¿La fe de los simples? Tantas preguntas y ni una voz que las respondiera, excepto el eco de los receptores en la plaza vacía. Y él solo, escondido en la escalera podrida, con el viento helado y la muñequita falsa con su rostro sucio de maquillaje entre los brazos, mirando a su congregación que no había confiado en él y trepaba hacia el desierto. A Laura no le costó nada anticiparlo, más tarde, esa noche, arrodillándose en la capilla solitaria, ofreciendo sus espaldas desnudas al flagelo.

Laura se dio media vuelta para bajar las escaleras. El cura le aferró un brazo, preguntándole:

—¿Encontró a ese justo, magistrada, el que podría salvarnos? Ya ha hablado con los diez que la visitamos esa noche, con los que quedamos vivos. ¿Alguno de nosotros salvará a nuestra ciudad? ¿O hemos sido condenados?

—Como usted dijo: no es tan simple, padre.

—Escuché lo que pasó. Se lleva una parte del dinero del culto. No sé por qué lo hace, Laura, pero la ayudaré, será como un secreto de confesión.

Laura observó la mano con la cual el cura la retenía, sintió esos dedos tiznados por el humo de las velas, y que la tiznaban a ella. Se soltó de un tirón:

—¿Y eso hará volver a los prisioneros que mandábamos a la frontera?

El sacerdote no contestó, o balbuceó algo ininteligible, mientras volvía a mirar, pestañeando, por la tronera. Pero esta vez no parecía observar a la multitud que salía de la ciudad. Más bien veía, acaso, en su memoria flagelada, aquella nubecilla de polvo que el prisionero iba dejando atrás mientras corría hacia la frontera, la nubecilla que se desplazaba hacia otra nubecilla más grande que venía a su encuentro, tal vez una recua de llamas salvajes (pero ¿de cuáles llamas?).

Laura iba llegando abajo, a la puerta, cuando oyó al cura gritarle desde arriba, en un último esfuerzo por retenerla, por llenar las décadas de silencio, el cielo vacío donde volvían los dioses idos de su miedo:

—¡Laura, usted no sabe la sangre que me he arrancado!

34

Qué cómoda estaba, Claudia. Qué sorprendentemente cómodo era yacer sobre esa gran mesa de cocina, con las piernas abiertas, amarradas de las rodillas y los tobillos, colgadas por las cuerdas que las suspendían del techo. Yaciendo sobre esa madera basta y recta e inflexible, recordé que no era la primera vez que mi cuerpo se relacionaba con una tabla. Pero esta era la otra cara de su ley: la que después de imponerse ofrece el descanso, el abandono del cuerpo a esa rectitud severa pero reconfortante, inequívoca, de la mesa sobre la que reposaba. Me parecía que nunca había sabido lo que era abandonarme (ni siquiera durante esos cuarenta y cuatro días cuando estuve en el cuarto trasero de mi mente, porque allí no sabía de mí), antes de venir a depositar mi cuerpo sobre esa mesa olorosa a especias y a limón, donde yacía con las piernas separadas y suspendidas del techo. Era como levitar, como ir ascendiendo hacia ese envigado polvoriento, negro de hollín, afantasmado por las telarañas, trepanado por una teja corrida que dejaba adivinar el cielo, y en él algo que brillaba, una estrella, pero no Venus (porque la piedra de metal la tenía apretada en mi mano izquierda).

Dos días antes había salido de la consulta del doctor Ordóñez, con el resultado de sus exámenes, y el dato que me había dado, bajito, para que no se enterara ni siquiera su conciencia: «Conozco una matrona...». Y ahora estaba tendida en la cocina de esa casa de adobes, chueca, descaderada por los terremotos, apoyada en su pilar de leño reseco, que esquinaba la calle de tierra, más allá de la placita Sarmiento, y sus olivos bulbosos, en los extramuros de la ciudad. Había llegado un rato antes y estuve vacilando largo frente a ella, observando el techo de tejas, el emparrado retorcido en el huerto lateral, la ventana enrejada, con el letrero de «matrona, practicante, se ponen inyecsiones», escrito así, a

mano, en un papel amarilleado por la perenne resolana del suburbio.

Hasta que mi vacilación decidió por mí, el ladrido de los perros y el grito de los chiquillos me anunciaron, y la matrona apareció enseguida, por el costado de la casa, abriendo un portón de madera, limpiándose las manos en el delantal bajo los grandes pechos, rodeada de una algarabía de niños y de gallinas. «Vengo por...», empecé a decir yo. Pero la mujer grande, gorda, con una cara aindiada y redonda de luna (cobriza), me interrumpió, se llevó un dedo a los labios gruesos, sin perder su sonrisa: «Ya sé a lo que viene, mijita». Y me hizo pasar rodeando la casa hasta el patio trasero. Noté la noria rodeada de calas, el emparrado del que pendían unos racimos gruesos, negros (que en realidad debían ser morados, solo que el sol ya se había puesto), el carretón de dos ruedas en un ángulo del patio, inclinado sobre sus varas, el vago aroma a estiércol que se mezclaba al de las uvas (pero no vi rastro del caballo). La mujer se detuvo sobre el peldaño de piedra que llevaba a su cocina, repartiéndoles coscachos a la docena de niños de todos los portes, moquillentos, desarrapados, que intentaban colarse en ella. Y luego de impartir su justicia se enderezó a mirarme, cruzó las manos sobre el vientre, inspiró llenando los senos que desbordaban del escote, mientras me sonreía con esa cara de luna llena, en la que no se podía adivinar su edad, porque la gordura estiraba, enmascaraba, disfrazaba, cualquier arruga. Y mientras me miraba auscultaba mi indecisión y mi pregunta inútil: «¿Son todos suyos?» Y ella: «No todos. Algunos son adoptados, cuando una tiene tantos no importa recibir uno más». Y yo recuerdo que todavía vacilé, Claudia, que busqué otra pregunta inútil, tal vez cuánto demoraríamos, o la llamé «señora», porque ella me dijo: «Comadre nomás, mijita, llámeme comadre. Y entre de una vez, así nos demoraremos menos».

Entonces pasé junto a ella, al interior de la cocina, y la matrona, o la comadre, cerró la puerta, y encendió la luz de una anémica ampolleta blanca que colgaba sobre un repostero, dentro de una pantalla que pudo ser antes el chaleco de mimbre de un chuico o una damajuana. Recuerdo que pronuncié mentalmente la palabra damajuana y tuve que reprimir la risa. Mientras la matrona se inclinó sobre la gran mesa central de la cocina, esa mesa de campo, sólida, de tablas bastas, emparejadas por la grasa de las comidas y la masa de los panes, y se puso a despejarla. Retiró

un mortero de moler con su piedra todavía untada en ajo, una cebolla, un ramito de perejil, una liana de hiedras. Y luego partió sobre el repostero, bajo la luz que filtraba el mimbre, un gran limón y tomando una mitad vino a restregar con ella la cubierta de la mesa, mientras me decía: «El limón es el mejor desinfectante, ¿sabía usted, mijita? Secreto de naturaleza, pruebe en su casa». Y mientras me lo decía refregaba la vasta tabla, casi de bruces sobre ella, de modo que sus macizas nalgas izadas se movían al compás de esas anchísimas caderas que habían parido a la docena de niños que gritaban en el patio (aunque no a todos, porque cuando se tenía tantos se podía adoptar algunos).

Y yo, quizás por no querer saber para qué desinfectaba la mesa, aparté la vista, y mientras ella refregaba me puse a observar las madejas de lana cruda que colgaban de algunas vigas, unas trenzas gruesas, hirsutas, que olían todavía, agradablemente, a animal (aunque también es posible que ese fuera el aroma de la matrona, el de sus caderas aderezadas por el limón, el ajo y el perejil). Y ella, sin dejar de refregar, porque no me faltara conversación o porque era otro secreto de su naturaleza, me dijo: «No se sorprenda, yo tengo muchos oficios, es la única manera de sobrevivir, con tantos hijos, y siempre soltera. Soy matrona y nodriza, pero también pongo inyecciones, tengo mi huerto, y hago pan, y lo reparto en el carretón. Y además me ayudo hilando y tejiendo la lana de mis llamitas, con dos comadres que tengo. Vendemos todo para la fiesta; lo aprendí de mi mamita y ella de la suya...». Entonces, Claudia, yo imaginé (porque no las había visto nunca, en ninguna de las dos fiestas a las que asistí en la ciudad santuario, en los dos años que serví allí como jueza), imaginé a esas tres comadres sentadas en el carretón que estaba en el patio, escarmenando, hilando y tejiendo y cortando el hilo, y ofreciéndole a los peregrinos sus tejidos; y pensé en los tres helicópteros que venían del fondo del desierto, de más allá del horizonte, con sus guadañas segando el paredón del aire líquido, «fe, fe, fe»; y pensé en las tres madres que un par de días antes, cuando salí por primera vez a la calle, atisbé en la antesala del tribunal. (Y no pensé en Moira, en «la parca fuerte», porque entonces no la conocía ni la había estudiado, aunque en ese momento yo era pura necesidad). Y cuando volví de esos encuentros que no podía resolver en uno solo, pero que tampoco podía separar, la matrona todavía me estaba

hablando, ahora apoyada en la mesa limpia, fragante, de su cocina, y me decía, en voz más baja, pícara: «Y no es lo único que he hecho para sobrevivir, mijita. De joven también ayudé cuando faltaban niñas donde la Rosita. E incluso hoy día, tampoco estoy jubilada, hasta el día de hoy, con poca luz, y si el hombre anda necesitado... ¡¿Qué niña joven va a saber lo que sabe esta vieja diabla?!» Y se rió con toda su cara de luna (cobriza), y todo el aire que le cabía en los profundos pechos.

Se rió hasta que se le pasó el gusto, o la esperanza de hacerme reír a mí, o hasta que fue notando mi mano empuñada, que apretaba la piedra de metal mostrando el blanco de los nudillos, porque me dijo: «No se preocupe tanto, mijita, lo que mejor hago es esto. Tengo muchos años de matrona. He ayudado a venir al mundo a casi toda esta ciudad, pobres y ricos, justos y pecadores». Y yo pensé en los «justos» que habían ido a pedirme amparo al tribunal. Y ella continuó: «Por eso, también sé cómo impedir que vengan al mundo. Le digo más, si yo pudiera devolver a algunos para adentro, cuando vienen saliendo... Porque yo les veo las caritas de pillos a algunos, y ya sé lo que harán». (Y yo oí una voz que continuaba gritando, en alguna parte del salar de mi memoria: «no me dejes hacer lo que haré»). «Pero menos mal que nadie me da ese poder. No es mi decisión que vivan, o no. Es la suya, ¿verdad?»

Y yo entendí que me preguntaba por mi decisión. «Sí, es mi decisión», le contesté con la voz más firme que pude (aunque comparada con su voz de luna llena, la mía era un silbido en la noche). Bajé la cabeza y trajiné en mi cartera, buscando el sobre con el dinero, hasta que lo hallé y se lo pasé, diciéndole: «Es todo lo que tengo. Estoy sin trabajo. Pero le prometo que le pagaré el resto». La matrona me miró un momento a los ojos, antes de tomarlo. Luego fue a guardarlo en un tarro de leche en polvo sobre el alféizar de la ventana que daba al patio, y mientras aseguraba la tapa, me comentó: «Me queda debiendo y me paga algún día, mijita, no se preocupe. Pero no se olvide tampoco, porque estoy ahorrando para comprarme una bestia nueva. ¿Se fijó que se me murió el caballito?» Y miró por la ventana al patio donde jugaban los niños (propios y adoptados), y suspiró. Quizás por el caballo muerto o porque volvía a pensar en lo que me decía antes: «Pero nunca se sabe, mijita, por eso una no es quién para juzgar. Mire por ejemplo ese tonto guacho, si hubieran sabido que iba a ser idiota quizá lo

habrían abortado, pero mírelo ahora al angelito del señor, jugando con los niños, como un niño».

Entonces yo me asomé a la ventana de la cocina, Claudia, y juntas vimos a Iván que me había seguido hasta allí, como me seguía a todas partes, y que jugaba con los niños —con los niños propios y adoptados por la matrona—, persiguiendo una gallina bajo la parra cargada de esos racimos que de noche se veían negros, pero que debían ser morados.

* * *

«Sírvase, mijita», oí que me decía la matrona. Cuando aparté la mirada de la ventana vi que me ofrecía un vaso de vidrio grueso donde flotaban las borras de un vino turbio, tan etílico que se olía desde lejos. «Para que se calme. Vinito de mi propia parra, pisoteado por mis propios chiquillos. Vino vivo, que acaba de fermentar. Pruebe que rico», me animó. Y yo lo tomé, me lo llevé a los labios, bebí ese vino dulzón y a la vez violento, espeso de borras, vivo, mientras el brazo de la otra corría la cortinita a cuadros sobre la ventana de la cocina, y algo corría al mismo tiempo sobre mis ojos. «Hasta el fondo, mija, todito. Verá qué bien le hace». Y mientras yo empinaba el vaso, la mujer descolgó de la percha tras la puerta un mandil de hule (un mandil de panadera o carnicera, de alguien que va a amasar, o a destazar), y se lo pasó por la cabeza, y luego trajinó el bolsillo de la pechera y sacó un pañuelo colorado con lunares grises (o gris con lunares colorados), y se recogió dentro de él su melena negra, apenas estriada de canas, y se lo ató tras la nuca con fuerza. Yo deposité el vaso sobre el repostero, acezando, y ella lo observó reprochando el concho que había dejado y lo tiró al piso («para la Pachamama», dijo). Y luego me volvió a llenar el vaso vertiendo de un jarro de greda, y me lo ofreció —pero yo ya iba entendiendo que me lo prescribía—, y esta vez sí que lo bebí hasta el fondo, mientras su cara de luna llena sonriente, coronada ahora por esa cofia o tocado, una cara muy antigua que yo había visto alguna vez pero no sabía donde, me observaba cada vez más de cerca, aprobando: «Se siente un calorcito rico por acá, ¿no cierto, mija?», me preguntó, y de pronto sentí su mano de amasadora de pan (entre otros oficios) que me sobaba el vientre, ayudando al vino vivo de su parra a deshacer el nudo de mi estómago y subir, subir hacia mi cabeza.

Era la primera vez que me dejaba tocar, creo, desde que abandoné el cuarto trasero de mi mente, y cuando salí de mi asombro, ella ya estaba descolgando de una viga una valijita (una bolsa de cuero de llama o de cabra), de donde fue sacando unos instrumentos que arrojaba en una olla grande, o un perol, lleno de agua: unas tijeras, un cuchillo gastado hasta el mero filo, una varilla de metal como una regla, unas tenazas con las cuales dobló la punta de un alambre, el cual también sumergió en esa olla o perol. Todo lo cual puso sobre el hornillo más grande de la cocina a gas, el que encendió con un pedazo de diario; para esterilizarlos, entendí (y que apropiada era la palabra). A continuación, la matrona puso al pie de la mesa una especie de ánfora de cobre verdecido, aunque la palabra «ánfora» es un pudor inútil, Claudia (en esta carta donde he abandonado el pudor de una vida), porque eso era llanamente una escupidera de bar o de hotel de mala muerte, para botar en ella lo que cayera de esa mesa. Y como si presintiera que podía caer algo que le apeteciera, un perro pequeño, amarillento, asomó de atrás del horno de la cocina, husmeando. Y yo no pude, a pesar del vino vivo que ya vivía en mi cabeza, reprimir un temblor de miedo o asco. Que la matrona no vio, ocupada en lanzarle una patada al perro, mientras exclamaba: «le gusta el calorcito a este bruto». Y el perro huyó a su escondite, tras la cocina encendida. Y ella se me acercó, me enfrentó, me dijo: «Yo sé este oficio como si lo hubiera inventado, mija. Por algo me habrán recomendado con usted. Pero si prefiere, lo dejamos para otro día».

*A lo cual yo me negué con la cabeza, o la cabeza negó por mí. Y la matrona estuvo de acuerdo: «No, usted lo necesita urgente, ¿no es cierto? Usted no puede esperar a sacárselo de adentro, ni un día, ni un minuto más, ¿verdad que no? Yo sé, tranquilita. Usted sabe de leyes, pero esta necesidad es más vieja. Entonces, se me saca la falda y los calzones y se me tiende acá, por favor, mija». Y golpeó con la palma de su mano —esa mano ancha y fuerte de amasadora (entre otros oficios)— la cubierta de su mesa de cocina, como si quisiera probarme lo firme que era esa tabla, tan fuerte que sería capaz de sostenerla a ella, y por lo tanto, de más, a mí, e incluso a las dos y quizás así debían entenderse esos «*se me *saca esto y* se me *tiende acá», porque lo que yo iba a dejar allí ya era de su necesidad.*

Entonces, yo devolví al repostero el turbio vaso vacío, y me saqué la falda y los calzones. Y así, desnuda de la cintura para abajo, fui hasta la mesa y me apoyé contra ella, apoyé las nalgas contra el canto de la tabla (y sentí como mi piel se erizaba al toque de ese canto). Y entonces la matrona se me acercó y me empujó suavemente por los hombros, me empujó y me sostuvo al mismo tiempo, hasta que quedé acostada boca arriba sobre la tabla, con las piernas colgando hacia el suelo. Y ella me las tomó, se las puso sobre los hombros como si no le pesaran nada (como si hubiera acarreado cuerpos más pesados muchas veces: heridos en campos de batalla, y cuerpos de borrachos en prostíbulos, y cuerpos de niños dormidos a sus cunas, desde que el mundo era mundo), y alzando sus brazos al mismo tiempo, con mis pies todavía sobre los hombros, estiró las manos hasta alcanzar dos de esas gruesas trenzas de lana, que colgaban de las vigas, y pasó mis piernas por los lazos dobles de sus puntas hasta dejármelas suspendidas por las rodillas y los tobillos. «¿Está cómoda, mija?,» me preguntó. Y yo asentí, sin faltar a la verdad. En ninguna cama de obstetra habría estado más cómoda que sobre esa tabla recta y llana, que no engañaba con ninguna falsa blandura, y con las piernas suspendidas de esas trenzas de lana cruda, flotando en el aire que olía a animal, y a limón.

Entonces la matrona se acercó a la cocina, en cuyo hornillo hervía la olla, y tras la cual se había escondido el perro amarillento, y la vi inclinar el perol, suavemente, vertiéndose el agua caliente sobre una mano y luego sobre la otra, lavándose las gruesas manos de lavandera (o panadera, o matrona, entre otros oficios), acostumbradas a la lejía hirviente o escarchada. «No me pongo guantes porque hago todo al tacto, mijita. Pero tengo mano santa yo, nunca le he pegado nada a nadie», me dijo. Y vino hasta mí, se inclinó, fue bajando la cabeza entre mis piernas, como una luna poniéndose sobre mi sexo. Hasta que desapareció de mi vista, y solo pude oír un canturreo, una nana, o era el agua que hervía en el perol, o el vino que me había llegado a la cabeza. O la voz de ella que me decía: «Qué bonita su cosita, mija, tan tierna», y luego, quizás todavía cantando, pero en voz baja, profunda, abstraída: «tan tonto que es el hombre».

Y entonces sentí que me introducía algo, grueso y suave, y al mismo tiempo frío, pero no muerto, vegetal. Algo que no me dolió nada, a pesar

de lo cual yo lancé un grito. Y vi a la matrona asomar entre mis piernas, sobre mi monte de Venus, limpiándose las manos sobre los pechos, o sobándoselos, sonriendo: «Todavía no hay que gritar. Vamos a dejar eso adentro un rato para que se me dilate y vaya perdiendo esa sensibilidad».

Y en ese instante, los gritos de los niños que jugaban en el patio, bajo el emparrado que producía el vino vivo, subieron de volumen, y alguno golpeó la puerta de la cocina y oímos a un mocoso que, a juzgar por la voz, debía ser de los más pequeños entre los propios y adoptados, gritar: «Mamita, mamita, el Mariano y el Julio se están peleando». Y la matrona que había vuelto a avivar el fuego bajo el perol, se abofeteó un muslo con toda su fuerza, un bofetón que sonó como un estampido o como un fustazo, y exclamó: «¡Chiquillos de mierda! ¡Para esto los cría una, para que se maten entre ellos!» Y salió hecha una tromba de furia, dando un portazo. Mientras yo me quedaba tendida en la mesa sintiendo la piedra que empuñaba pulsar y dilatarse, mientras algo en mí perdía «esa sensibilidad». Algo que se iba alejando de mí, como esos niños que huían afuera en estampida, gritando aterrados, esquivando unos bofetones que yo no podía oír ni ver, pero que imaginaba.

* * *

Me has preguntado, Claudia: «¿y tú dónde estabas, mamá, cuando todas esas cosas horribles pasaban en tu ciudad?». Estaba en esa mesa de cocina, Claudia, siempre estuve ahí. Tendida en esa mesa, acompañada solo por el vino vivo en mi cabeza, y por mi deseo de no pensar en el perro friolento que se escondía tras el horno. Estaba allí, tratando de pensar en otra cosa, mientras el vino me empujaba a trastabillones a los brazos de pensamientos que no debían pensarse: el fugitivo, sus empeines albos mostrados por los zapatos sin cordones, bajo la higuera que la luna escarchaba, gritando: «¡Me va a entregar, esta mina me va a entregar!»; y el cura Penna diciéndome que veía a los prisioneros desaparecer en una nubecilla de polvo, al otro lado de la frontera; y Cáceres en la Basílica, cuando me comparó con la Patrona, con esa tristeza que manchaba lo que compadecía: «Se parecen, Laura: las dos jovencitas, bellas, con una responsabilidad tan grande. Y tan dispuestas a sufrir...»; y Mario, que a esa hora estaría bebiendo a escondidas, empeñado en no saber por qué no

se había «interpuesto»; y la Rosita, aconsejándome, la tarde en que fui a verla antes de seguir a Cáceres hasta el salar, aconsejándome sin explicarme, que no me resistiera; y la viuda Subiabre —la mayor o la más joven, nunca aprendí a distinguirlas—, cuando los diez justos fueron a mi tribunal a pedirme que los amparara: «Vaya, se lo rogamos, a usted le hará caso... ¡Todo el mundo se da cuenta de cómo la mira el comandante!» Que yo fuera a dejarme mirar para que a ellos les devolvieran su imagen...

Entonces, buscando mirar otra cosa que no fuera mi imagen trastabillando entre esos pensamientos que no debían pensarse (encapuchados que nos abrazan en un carnaval y quieren bailar con nosotros y no nos dejan ir), traté de recordar la que yo había sido, antes de ser la que estaba en esa mesa. Y mi viejo profesor don Benigno Velasco —qué borrachera irónica me provocaba ese vino— se me apareció, sobándose las manitos de loza, de muñeco, excusándose porque se había equivocado: sí, se puede dejar de ser apolíneo. Si hacían falta pruebas, ahí estaba yo que había vuelto a ser dionisíaca. Que incluso llevaba a un pequeño Dionisio en el vientre, durmiendo su borrachera de placenta, arropado en su piel de cabra. Un pequeño Dionisio que no se quejaría al ser descuartizado. Que sabría que sus pedazos alimentaban a la tierra hambrienta —madre y tumba—, que sus pedazos, como los que deja una tronadura, se regarían por la pampa infinita, «para la Pachamama».

Me pareció que había oído esas palabras clarito, pero debe haber sido el borboteo del perol, donde la matrona hervía sus instrumentos. Aunque también, estaba segura, algo se había movido. Miré entonces el fuego del hornillo bajo la olla, y la luz azulada de esa pequeña hoguera me reveló un anaquel sobre la cocina, poblado por objetos grasientos, untados y barnizados por muchos humos y vahos y vapores de comidas. Y entre los tarros y los saleros y las ramitas de albahaca, distinguí entreverados —de modo que no tenían más importancia, ni menos, que las especias, ni más ni menos que la pimienta y el ají color, esenciales para una comida fuerte— distinguí: estampitas, escapularios, bultitos con formas que podrían ser humanas, tal vez santos, o no, patronos de devociones que ignoraba, abogados de causas celestiales que nunca supe, imágenes o animitas. Y entre ellos, un poco sobre ellos, en realidad, noté lo que se movía llamando mi atención (como si me llamara): una foto de calendario de la Patrona,

oscurecida por la grasa de tantas comidas, que aleteaba, sacudida por el vapor de la olla.

Puede haber sido el vino cada vez más vivo, Claudia, pero de pronto tuve la impresión de que entendía la broma, la broma que me había hecho el señor de la risa: estaba en un santuario: las velas ardiendo, las beatas arrodilladas en las sombras (como el perrito escondido), los exvotos colgando de las vigas (yo era un exvoto). Hasta la luz de la estrella, que se asomaba en el techo trepanado, confirmaba la santidad de esta capilla de los milagros, secreta, apartada, preservada de la inmensa iglesia helada, en sombras, llena de demonios, que era el mundo. Las llamitas que temblaban bajo el perol eran otras tantas velas prendidas frente a la imagen de la Patrona. Y mirándolas creo que tuve un vértigo, o puede haber sido un pequeño temblor de tierra. Como si el suelo se estuviera abriendo bajo la mesa, o el dulzón vino misericordioso estuviera abriéndome la puerta que daba al cuarto trasero de mi mente, de nuevo. Y fue casi con un pie del otro lado que le pregunté —pero no en serio, solo por hablar con alguien, en voz alta, Claudia, como quien silba o habla sola al pasar una calle oscura, o al borde de un abismo— le pregunté a esa imagen de calendario dónde estaba mi fe. Porque había tenido alguna en la infancia, y me duraba todavía hasta unos meses antes, y luego, en algún momento imprevisto pero inevitable, como la muerte, la había perdido, no me quedaba nada de ella. Podían revisarme, abrirme de piernas si querían, y registrarme allí donde algo se dilataba y perdía sensibilidad, y no encontrarían nada. O quizás algo, sí, y me reí en voz alta, quedaba ese eco de guadañas: «fe, fe, fe».

No, me dije, me llamé al orden: déjate, Laura, de hablar con imágenes. Pero no pude hacerme caso y enseguida le pregunté — arrebatada, arrebolada por la coherencia viva del vino, le pregunté a aquello en lo que no creía—, dónde había estado. Porque no pudo estar allí en el ángulo de aquel escritorio, en el hogar que era hoguera, con su sonrisilla ratonil discrepante con las lágrimas (y con los aullidos), ¿verdad? ¿O es que iba a decirme (en caso de que existiera), que siempre estuvo aquí mismo, esperándome, en la cocina de la matrona y panadera, y puta ocasional, y madre siempre, y abortera discreta (entre otros oficios)?

Porque si siempre había estado aquí, entonces yo la desafiaba. Y la

desafié —pero solo por hablar con alguien, Claudia, y por no rechazar al vino entusiasta—, la desafié a que me hiciera uno de sus milagros: ¿por qué no me hacía el milagro de rasparme ella misma? ¿Por qué no me eximía del friolento perro amarillo, que esperaba a que cayera en la escupidera lo que debía caer de mí? ¿Por qué no me ahorraba el alambre que hervía en el perol? Y mi mano izquierda, con la que empuñaba la piedra, golpeó la mesa con tal fuerza que creí que me había quebrado los dedos.

Por supuesto, Claudia, la Patrona no me respondía. Ni aun por intermedio del vino. Más bien se retiraba, en al aletear de esa grasienta estampa de calendario, mecida por el vapor de la olla, en ese aletear inocentón con el cual retrocedía, se escapaba, se escondía. Volví a sentir aquel vértigo, la sensación de que algo se abría bajo la mesa. Y que por allí mismo la imagen se desfondaba. La réplica retrocediendo a lo que replicaba, la imagen refugiándose en lo que imaginaba. Cada réplica huyendo vertiginosamente hacia una réplica anterior, cada respuesta remitiendo a una respuesta previa, todas excusándose, vertiginosamente, de la pregunta original, hasta la noche de los tiempos. La diosa madre desvistiéndose, sacándose los disfraces uno tras otro, quitándose sus nombres sucesivos (que yo todavía no sabía, o no sabía que eran suyos), hasta llegar a algo que por faltarme las palabras llamé como la matrona lo había llamado: necesidad. La necesidad de esa mujer (y «tan tonto que es el hombre») que yacía tendida en la mesa de cocina temblando sobre un precipicio, con las piernas abiertas y colgando de unas trenzas de lana, dilatándose y perdiendo «esa sensibilidad» (que alguna vez llamé fe).

* * *

«¿Con quién hablaba, mijita? La puso contenta el vinito, parece», me dijo la matrona, volviendo y atrancando otra vez la puerta. Y de inmediato se acercó al perol y volvió a inclinarlo y se lavó las manos (las esterilizó otra vez), vertiéndoles el agua hirviente, mientras me comentaba que había echado a los niños a la calle, «salvo a ese tonto guacho de Iván, que no se quiere mover del patio». Y hablándome siempre de ese modo, sacó del fuego el perol, lo llevó hasta el lavaplatos, oí el agua hirviente cayendo y vi el vapor que se elevaba por sobre su cabeza fajada por el pañuelo a

lunares. Y luego vino hacia mí escondiendo las manos tras la espalda, y se agachó entre mis piernas, y me dijo, «respire hondo, mijita, y pronto estará vacía». Y yo por pensar en cualquier otra cosa, pensé precisamente lo que no debía: que no iba a dar a luz. Que iba a impedirle a ese innombrable que me trajera su luz; que iba a matar al vino vivo; que iba a uncir el pura sangre a la carreta que esperaba afuera (afuera donde jugaban los niños, y sus gritos de entusiasmo también parecían relinchos). Y en ese momento sentí en el útero una punzada de dolor (que aunque iba a cesar jamás confundiría con agradecimiento, Claudia). Y luego creí notar que algo me escurría entre las piernas; pero no quise mirar a la Patrona (pues no era la primera vez que ella sonreía viéndome sangrar). Y después el dolor se redobló, emergiendo del seno mismo de aquello que yo odiaba. Y fue como si mi odio se defendiera de mí, Claudia.

Fue como si mi odio se estuviera defendiendo de mí... Porque en ese momento oí a la matrona que me decía, desde entremedio de mis piernas: «eso que tiene adentro es tan grande que debe ser más viejo de lo que usted cree, mijita; o puede que sean dos».

Entonces, Claudia, algo extraño ocurrió en esa mesa (aunque no descarto que fuera el vino vivo). Sentí que «eso», que era más viejo de lo que yo creía, venía del abismo en el que se desfondaba la Patrona (por debajo de la mesa), y a la vez era insondable en el futuro. Por encima mío, hacia donde mis piernas se elevaban, por el agujero del techo trepanado, vi una infinidad de años que, como no era capaz de imaginarlos, imaginé que eran, digamos, veinte (como los veinte años que han pasado), y me vi junto a un hijo o a una hija (o dos) de veinte años.

Entonces, toda esa vida insondable que no iba a ocurrir, pero que de ocurrir estaría llena de su propia maldad y dicha, y error y bondad, me miró desde el otro lado del abismo de lo que no sería (o por el agujero en el techo trepanado). No diré que me miraste tú —ni tu decepción, ni tus preguntas, ni tu deseo de justicia—, porque todavía no existías, y en ese momento no ibas a existir. No me miraste tú, pero en ese momento yo sentí que todo ese tiempo desfondado y elevado, se plegaba, Claudia, o se replegaba, colapsaba sobre mí, desde arriba y desde abajo, volviendo a la unidad de medida astronómica, al minuto celeste, al escrúpulo del cielo, anidándose en el embrión del presente, en la pura potencia del ser (que

también podría no ser). Y yo, con todo el odio y el dolor de los que era capaz, grité: «¡No!» (No me dejes hacer lo que haré).

Recuerdo que la mujer se incorporó lentamente, apareció de entre mis piernas, como si yo acabara de parirla, sosteniendo el alambre torcido, que parecía un signo de interrogación y goteaba, y me preguntó si estaba segura. Yo negué con la cabeza. Pero ella entendió, porque me descolgó las piernas y me las bajó con suavidad. Y me ayudó a descender de la mesa, y a pararme, y vestirme. Y solo entonces me volvió a preguntar: «¿está segura de su decisión, jueza?» (fue la primera y la única vez que empleó la palabra jueza, sin ironía, ni respeto). Y yo le repetí que no. Y la matrona volvió a entender, porque mientras se desamarraba el mandil de hule, y se sacaba el pañuelo a lunares, me dijo: «No, nunca estará segura. Especialmente, viniendo lo suyo de donde viene, Laura» (fue la primera y la única vez que empleó mi nombre). «No va a estar segura. Y se le va a notar. Y algún día va a tener que explicárselo, al crío...». E indicó aquello que era más viejo de lo que yo creía, en mi vientre (o tal vez eran dos). Y yo intuí por qué prefería no seguir llamando «eso», al escrúpulo preñado de ser que yo alumbraría (es decir, que yo traería a la luz). Porque desde ahora su nombre y su vida, eran tan necesarios como si ya existieran.

Luego salí al umbral de la cocina, bajé el peldaño de piedra, y como si supiera por instinto —un instinto que me estaba naciendo— lo que debía hacer, me acerqué al carretón sin caballo, debajo del cual dormía Iván, enrollado como un perro, esperándome. Sin despertarlo, me agaché (sintiendo que algo escurría todavía entre mis muslos) y le introduje en la palma de la mano sucia la piedra de metal bulboso que él me había regalado, para que yo me despertara de la ausencia en la que estuve cuarenta y cuatro días.

Ya me disponía a cruzar el patio en sombras para irme, cuando la matrona me alcanzó y me retuvo todavía un instante, acariciándome la espalda con su mano fuerte y ancha de amasadora (entre otros oficios): «No sufra tanto, mijita. Si se arrepiente después de parir al crío, solo tiene que volver, y me lo da a mí. Yo siempre tengo espacio para uno más, o dos. Necesito dar de mamar porque si no me vuelve loca el dolor de tetas». Y se rió con toda su cara de luna llena (cobriza), y se sobó los senos enormes, celebrando su necesidad, o la algarabía de sus niños que jugaban

a la pelota, en la calle.

35

El viento nocturno mecía, suavemente, las ramas retorcidas y espinosas del bosquecillo de tamarugos en el que Laura e Iván se internaban. Entre las copas polvorientas de los árboles, adelantándola, guiándola, Laura pudo ver a Venus. La estrella que no era siquiera una estrella, pero que brillaba más que si lo fuera (y cuyo otro nombre no mencionaremos), estaba exactamente bajo el cuerno inferior de la luna nueva, de modo que entre ambas asemejaban un puño brillante (Venus) blandiendo una hoz o una guadaña (la luna). La luz combinada de esa perfecta conjunción planetaria, era tan poderosa que proyectaba nítidamente las sombras de Laura e Iván, quien llevaba la maletita de metal con parte del dinero de las mandas, sobre la costra suave de arena salina y estiércol de cabras. Orientada por ese puño de luz que sostenía la guadaña, Laura fue sorteando las improvisadas tiendas del tolderío de los peregrinos, desperdigadas entre los árboles. Las carpas improvisadas con frazadas y lonas de camiones habían sido abandonadas bruscamente tras el anuncio del milagro, cuando todos habían corrido desde el centro de la ciudad hacia el excampamento de prisioneros. En un claro entre los árboles y las tiendas, amparándose bajo las varas alzadas de una carreta de caballos (sin caballo), Laura distinguió a las tres viejas enlutadas, con pañuelos en las cabezas, que hilaban lana de llama y vendían sus tejidos a la vera del camino, la tarde cuando ella llegó (casi tres días atrás, que eran como tres siglos). Ahora, ajenas a la conmoción, indiferentes o inmunes al milagro, las viejas continuaban su tarea a la pobre luz de una fogata minúscula. Una de las tres mujeres roncó, o gritó, acaso llamándola, era imposible saber juzgando solo por el sonido que las corrientes de aire helado y tibio, entreverándose, traían

a sus oídos. Pero Laura se aproximó: los ojillos de las ancianas brillaban con el relumbre de las llamitas, una vieja giraba el huso; otra, a su lado, estiraba el hilo; y la tercera se lo llevó a la boca, mordiéndolo con los adivinados dientes de roedor, afilados por un hambre inmemorial, y lo cortó. Finalmente, la más gruesa de las tres miró en su dirección, le sonrió con todos los dientes brillando en la cara redonda de luna cobriza, y se levantó con sorprendente agilidad, abandonando el huso, viniendo hasta ella.

Vista de cerca, bajo el resplandor combinado de esos planetas que semejaban un puño y una guadaña, la matrona parecía aun más joven que hacía tres días, acaso aun más que veinte años antes, cuando Laura estuvo tendida en su mesa de cocina, con las piernas colgando de unas trenzas de lana; como si se renovara y renaciera cada mes, junto con la luna. Laura se asombró disfrutando el aroma a lana cruda y a limón que emanaba de la otra. Y se descubrió pensando en los hijos de la matrona, los propios y los adoptados —porque ella siempre tenía lugar para uno más—, mientras la otra, adivinándola, le decía:

—Estos chiquillos de mierda arrancaron todos a ver el milagro, y nos dejaron con el carretón acá, sin poder moverlo, ¿se da cuenta?— y la matrona se rió sobándose los pechos, esas grandes tetas que la «volvían loca» cuando no daba de mamar.

Laura le hizo una seña a Iván, que se había detenido tras ella, llevando la valijita de metal al hombro, le indicó que la depositara en la parte trasera del carretón, entre los tejidos y las madejas de lana.

—Le pago mi deuda, con intereses. Saque de ahí para que se compre un caballo— le dijo a la matrona.

La otra miró la maleta que sobresalía del carretón, y le comentó:

—Con eso podría comprarme más que una bestia nueva. Hasta un pura sangre, podría comprarme.

Y le sonrió, sin sombra de ironía, con esa sonrisa franca, pero inescrutable, en la que cabía una antigüedad de siglos.

—Es que además, quiero pedirle algo —le explicó Laura.

—Mande, mija.

—Quiero que me adopte a Iván, que me lo cuide con ese dinero. De por vida.

La otra murmuró, repitiendo: «de por vida». Y se encogió de hombros como si fuera un plazo insignificante para ella, tan breve que ya hubiera transcurrido. Luego alzó la mano rolliza y la llevó hasta el cuello de Laura, la pasó tras su nuca, la atrajo irresistiblemente hacia su abrazo, hacia el profundo entreseno que olía a limón y lana, y a algo más, a tierra fresca. La contempló así desde muy cerca, con los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de besarla en la boca, y por fin le dijo:

—Vaya tranquila, mijita. Yo se lo cuido.

* * *

Laura trepó hasta el borde del bosquecillo, a la brusca ceja de matorrales polvorientos donde terminaba el oasis y empezaba la pampa, el desierto. Un mar humano, un mar de antorchas y linternas, de penitentes de rodillas y con velas chorreantes en las manos, de capas y máscaras y guantes, de cofradías que bailaban al ritmo cansino y confundido de sus bandas, rodeaba el perímetro alambrado del campamento, como los sitiadores de un castillo. Mamani había cumplido con su parte del trato, sus diablos habían arreado a la multitud en pos del milagro anunciado por Mario. Los peregrinos rodeaban el campamento, cercaban el doble polígono de alambradas que el coronel Cáceres —cuando aún era el mayor Cáceres— había plantado con su primer contingente de prisioneros, veinte años antes. Los últimos festejantes azuzaban a los siguientes y estos a los primeros, mientras una resaca de rumores se devolvía en ondas hacia la oscuridad, hacia el bosquecillo desde el cual Laura observaba y de donde seguían emergiendo como si vinieran directamente del interior de la noche, del fondo del desierto: la tribu perdida que vagó cuarenta años y que ahora al fin llegaba, en columnas, guiados por antorchas, linternas, velas, corriendo o arrastrándose, de rodillas y sobre el estómago, cofrades y curiosos, suplicantes que pagaban sus mandas y dolientes que venían a ofrecerlas, rodeando el campamento por todo su perímetro. Acostumbrados a creer, los penitentes habían venido conducidos por sus caporales y por la vanguardia de los diablos bailarines, para ver volver a su Patrona. Movidos por ese ansia,

abandonaron la ciudad, cruzaron el tolderío, el bosque de tamarugos y ocuparon la pampa desnuda, rodeando las ruinas del campamento (las ruinas de nuestro pueblo fantasma, a las que nadie retorna cabalmente pero en las que, tampoco, nadie puede dejar de vivir, como ocurre con la memoria).

De esa vasta humanidad, barrido por el viento de las presiones desiguales —el calor restante del sol muerto y el hielo profundo de la medianoche—, por encima y por debajo de los retazos de esa música bárbara y mezclada, venía el rumor de las oraciones, un canto sordo y profundo, masivo y quebrado, como un hueso molido en la boca de la noche, y que sin embargo —Laura lo supo con toda claridad—, también era otra cosa.

Era el horizonte líquido, el fatamorgana. Era el rodar de esa ola que venía del horizonte, acercándose desde un millón de años de ausencia a recuperar su lecho. Era el espejismo que ella había sentido cruzar una vez cuando se adentraba en la llanura de sales rojas del Apocalipsis; y de nuevo, el mediodía de setenta y dos horas antes, cuando creyó que cruzaba del otro lado (del nuestro). Era el turbión de aire líquido tras el cual temblaban, deformadas, las siluetas que aullaban en silencio, o cuyo silencio era la oración rumorosa de ese mar ausente que volvía.

Laura consultó su reloj: eran casi las doce. Llegaba la hora y sintió que, sin embargo, en ese preciso momento se le agotaban las fuerzas, el peso de los tres días anteriores cayó sobre sus hombros, doblándolos; las pantorrillas le temblaban como si hubiera corrido una larguísima carrera desde que salió de Berlín, cuatro días antes. Tenía la garganta seca, llena de polvo, de la chusca y la sal del desierto, la frente afiebrada. Tuvo que apoyarse contra el tronco de un árbol, un eterno minuto, antes de ponerse en movimiento.

Finalmente, Laura se desprendió de la protección del bosquecillo de tamarugos y entró en la noche abierta de la pampa. Entró en la multitud, en sus cohortes y legiones desarrapadas, que se iban haciendo más espesas, más densos sus olores, a pesar del fresco viento nocturno (tan helado y, a la vez, recorrido por franjas de tibieza). Mientras se abría paso entre la muchedumbre, Laura iba sintiendo a

rachas ese olor a poblada, el hedor a santidad, el profundo aroma a cuerpo de los penitentes: el polvo, el pachulí y el incienso impregnados en sus disfraces; el sudor apelmazado en los tres días de baile; el perfume dulzón de la sangre y el yodo en las costras y las vendas de los enfermos. Laura se internaba en esos olores, tan mezclados y entreverados como los rumores y sonidos de los penitentes: el sonido de las bandas, las ásperas matracas, los pífanos agudos, las tubas burlonas, los jocosos trombones, los pitos y el retumbar parejo de los tambores, todos anticipando, desconfiando y confirmando la expectativa del milagro, el rumor creado por ellos mismos con esa música y con sus propias oraciones, el crepitar de sus velas y antorchas, el arrullar de las radios portátiles que aquí y allá trasmitían la voz entera —por una vez entera y plena—, del locutor que comunicaba desde la radio la «gran noticia» de la nueva aparición, la aparición que nadie podía ver y que sin embargo alguien debía estar viendo, en algún sitio, pues por esa razón —la necesidad, la suprema necesidad de creer—, estaban todos allí.

Abriéndose paso a codazos, moviéndose en zigzag, entre los peregrinos hincados y las bandas de música de las cofradías danzantes, entre esos diablos tuertos, esos gitanos, esas colombinas desteñidas, esas chinas, esos pierrots grasientos, esas ajadas reinas de baraja, que intentaban ver el milagro escudriñando el cielo, Laura fue cruzando la pampa hasta llegar a los portones del campamento, donde esa mañana se había encadenado Claudia. Frente a ellos, la cofradía de los diablos de Mamani cerraba el paso a la multitud. Arrodillados en varias filas apretadas, dramatizados por sus antorchas, orando tal como si estuvieran ante las ruinas de un templo o como si todo el desierto —sus mosaicos de sal y cuarzo, sus vitrales de espejismos, sus bóvedas de pura luz negra— fuera un templo en ruinas cuyos dioses hacía mucho lo habían desertado, los demonios hincados se mecían al ritmo de su banda. Un bosque bajo de cornamentas retorcidas fluctuaba ante las rejas donde el caporal mayor, inmenso, con la capa inflada por la brisa nocturna, sus cuernos salomónicos centelleando con los reflejos del cielo estrellado, bailaba su danza estacionaria, avanzando y retrocediendo, girando sobre sí mismo, marcando el compás de espera

de su hermandad, con su tirso, el macizo báculo coronado por un piñón.

Al verla, Mamani hizo una seña y los diablos le abrieron un sendero a Laura, entre ellos, para que se aproximara hasta la reja. La gran cabeza cornuda basculó frente a la jueza dándole la bienvenida y las fauces de fiera mitológica apuntaron hacia el lugar donde Claudia y sus amigos se desgañitaban gritando sus proclamas completamente inaudibles, aplastadas bajo el pesado retumbar de los tambores.

Laura se acercó a su hija. Esta le gritó:

—Si vienes a decirme que siga esperando tu respuesta, pierdes el tiempo. Ya ves que la gente se ha movilizado y ha venido a escucharnos.

Laura sintió nuevamente ese espasmo de amor, ese deseo de cuidarla que le dolía físicamente, como una contracción uterina.

—Quítate esas cadenas —le pidió.

—¿Para qué?

—Para que entremos juntas al campamento. Voy a contestar a tu pregunta mostrándote donde estuve yo.

Claudia la quedó mirando, titubeando, repitiéndose, acaso, la pregunta que le había formulado varias veces en su carta: «¿Dónde estuviste tú, mamá?»

Unos segundos después, Claudia se había desencadenado. Y ambas pasaban por la hendidura de las rejas descuadradas, corroídas por el salitre, hacia la oscuridad y el silencio de las ruinas.

* * *

Laura tomó a su hija de la mano y ambas traspasaron el umbral. Ella sintió que Claudia se retrasaba un poco al contacto con ese silencio de otro mundo, al dejar atrás la protección del gentío. Pero la animó echándose a correr como lo hacía cuando era niña, cuando atravesaban una calle oscura, en Berlín, y quería hacerle creer que su madre no estaba atemorizada. Corriendo, cruzaron en diagonal el patio de maniobras, hasta llegar al fondo del trapecio, a la corroída casa rodante, a su toldillo harapiento, donde colgaba el farol apagado.

Tuvieron que rodear la casa, acostumbrar sus ojos a la carpa de

sombra lunar que el remolque proyectaba por atrás, para descubrir, ovillado junto a uno de los neumáticos desinflados, al coronel en retiro. Gemía suavemente, como un animal herido, quizás un perro siberiano perdido, a juzgar por los ojos claros, que era lo único de él que se distinguía bien en la oscuridad. Laura recordó al niño que ella había intuido una vez en él; el niño que su disciplina había abusado hasta darle las proporciones imaginadas de su raza, el cuerpo de asceta y atleta que le había impuesto al esqueleto esmirriado, y supo que no era un gemido, exactamente, lo que oía, sino una historia (una que ella no había nacido para oír) que el coronel se relataba a sí mismo, como veinte años antes, para acompañarse en su terror autoinfligido.

—Mariano... —lo llamó Laura, como lo había llamado esa última noche, de hacía veinte años.

El otro volvió a gemir y a encogerse, pero al fin le habló:

—Todos esos peregrinos... ¿Qué quieren, Patroncita? ¿A qué han venido?— le preguntó el coronel doblado sobre el muñón de la mano mala, sujetándose con la otra las orejeras del quepis, escondiéndole el rostro a la multitud de estrellas que las antorchas rodeando el campamento remedaban—. ¿Me piden un milagro, Patroncita?

—Quizás nos lo piden a nosotras, Mariano —le contestó Laura, y le ordenó: —Ven acá.

En la oscuridad, bajo la visera del quepis donde cobijaba el rostro reconstruido, los ojos, cuya belleza inútil había sobrevivido, brillaron un poco (como el ojo fosforescente del salar, en una noche de hacía décadas), animados por alguna torva esperanza. Y luego, la sombra en la sombra del acoplado se movió, poniéndose trabajosamente de pie y vino hasta asomar bajo la luz de Venus y la luna. Allí titubeó, echándoles una mirada a esos astros, de temor o rencor (o veneración), y enseguida se aproximó a ellas, encorvado sobre su muñón, arrastrando un poco los pies, hasta plantarse frente a Laura y Claudia, y alargar la mano buena hacia la muchacha, como si fuera a acariciarla, murmurando algo («Patroncita nueva», quizás); y después reaccionar de un salto cuando Laura le gritó de improviso, en su cara:

—¡No la toques! ¡Y descúbrete frente a mí!

Cáceres se llevó la mano buena a la gorra y se la sacó de un tirón, automáticamente, como un recluta ante su superior, mostrando el cráneo pelado donde los injertos de piel tirante, donada, acaso de muerto, refulgían disparejos bajo la luz de las estrellas.

—Ahora, arrodíllate y dame tu arma —le ordenó Laura.

Cáceres ladeó la cabeza como un perro (o un potro) que no entiende una orden, resoplando o bufando un poco.

—¡Arrodíllate y dame tu arma!— volvió a gritarle, Laura.

Por fin, el otro pareció comprender lo que se le pedía o recordarlo de improviso, porque cayó de rodillas, o tuvo que caer, como si lo hubieran segado, como si alguien hubiera venido por detrás y le hubiera cortado los tendones de las rodillas con la filuda hoz que lo miraba desde el cielo, mientras le decía a Laura:

—¿Es mi juicio final, Patroncita?

Y en el silencio, detrás de la casa rodante ruinosa, contra el fondo de oraciones y tambores que venía del horizonte, Laura y Claudia lo oyeron jadear. Cáceres, arrodillado, jadeaba del modo que lo hace un caballo, un pura sangre tal vez, después de una larga carrera perdida, resoplando de extenuación o excitación, por las narices, por el remedo de nariz que le habían hecho. Mientras se llevaba la mano buena al cinto, o la mano buena obrando por su cuenta iba al cinto —bajo la extraña zamarra de pastor, con la piel de cabra vuelta para afuera—, y extraía la pistola que le alargó a Laura, tomándola por el cañón plateado, de modo que el arma pareció por un instante —bajo la hoz o la guadaña de la luna— una hoz o una diminuta guadaña (fe, fe, fe).

Laura la empuñó, obligó al otro a doblar la cerviz y le apoyó el cañón sobre la nuca doblegada, como si fuera a darle un tiro de gracia (a otorgarle su gracia). Y al hacerlo volvió a sentir —como lo había sentido dos noches antes—, con los dos dedos inferiores, el meñique y el anular que no aferraban la culata de la pistola, volvió a sentir el contacto de esa piel injertada sobre el cráneo de Cáceres rozando el canto tierno de su mano. A pesar de ella misma, fascinada (porque ella no había sido mejor que nosotros, tampoco había estado exenta de su «fascinación»), Laura sentía la piel tirante y frágil, quizás muerta, donada acaso por un muerto, para reemplazar a la que se había

quemado en el incendio de veinte años antes, cuando la casa de la comandancia había ardido (cuando el hogar fue hoguera). Se permitía sentir ese contacto de la piel injertada en el cráneo del coronel, rozándole el meñique y el anular y el canto tierno de su mano. Y al mismo tiempo, mientras cerraba los ojos, se preguntaba, como la primera noche: por qué se permitía sentirlo, si sabía, y no podía negar que sabía, que todo el tiempo durante el cual ella no retiraba el par de dedos con los que rozaba esa crisma, ese contacto era mucho más que un roce: era una caricia, un bautismo, y hasta una bendición.

—Patroncita —volvió a gemir y a resoplar, Cáceres, sufriendo o acaso gozando, o acaso intuyendo lo que Laura se permitía sentir—, Patroncita ¿ahora sí vas a hacerme mi juicio final?

Laura miró a Claudia, consultó su «sentencia» con ella, el fallo definitivo en el juicio final que pedía el coronel. Esta le devolvió una mirada despavorida, que a su vez buscó ayuda más lejos: en la multitud presionando contra las dobles alambradas corroídas del campamento, la multitud que oraba y cantaba y bailaba, esperando su propio milagro. Laura aferró mejor la culata del arma, la presionó sobre la nuca del hombre arrodillado, que ahora se agarró a sus piernas, gimiendo de terror (o de placer), y hundió el rostro reconstruido contra sus muslos, aplastando la nariz contra su monte de Venus, como si quisiera desaparecer por allí, volver a su interior. Mientras ella, con la otra mano, seguía acariciando, ya no involuntaria sino deliberadamente, los suaves parches de piel injertada, como si tuviera contra el vientre la cabeza de un niño arrepentido y asustado que se fugó de la casa y ahora ha vuelto para ser castigado. Y entonces Laura le dijo a su hija:

—Aquí estuve, Claudia. Aquí estuve cuando todas esas cosas horribles ocurrían...

Y no necesitó agregar que fue en ese lugar, donde ahora estaba esa casa rodante, que allí fue donde una vez estuvo el hogar que fue hoguera, que fue allí donde el hombre que llevaba una aureola de llamas salía a recibirla, noche tras noche, a intervalos imprecisos pero inevitables, como la muerte. No necesitó decirle o explicarle nada más, ni darle a leer la larga carta que le había escrito, porque Claudia

ya había, mucho antes, empezado a intuir lo esencial, lo que su madre había descubierto en el proceso de escribirla: quien exige conocer la verdad total de su pasado, se arriesga a ser aplastado y destruido por el peso de esa verdad. Claudia ya empezaba a saber eso cuando le dijo, con un hilo de voz:

—Te violó.

—Sí.

Cáceres resopló aún más fuerte, se aferró más a las piernas de Laura, se estrechó contra sus muslos, gimió algo ininteligible, que tal vez era «veneración». Mientras Claudia continuaba.

—Y tú no pudiste denunciarlo. Simplemente huiste, viviste con este secreto, te sentiste culpable, como si fuera tu vergüenza.

Laura experimentó esa admiración, esa envidia enternecida de los progenitores ante los logros de sus hijos que los superan. Claudia había logrado sintetizar su tragedia de una vida en unas pocas, simples, palabras. No había necesitado leer su larga carta de respuesta, porque hacía tiempo ya que había leído esa contestación en ella, en su madre, en su silencio, en el canto del acero que aullaba en ese silencio («cuando infligir dolor se experimentaba como alegría, al tiempo que una sensación de supremo triunfo arrancaba gritos de angustia del corazón»).

Sí, Claudia andaba cerca en el diagnóstico. Había aislado bien los síntomas más graves de su enfermedad, el síntoma más notorio: la culpa. Porque era verdad, aunque pareciera una locura, una perversidad, aunque se lo hubiera reprochado a sí misma mil veces, espantando ese sucio fantasma persistente de su conciencia, era verdad que se sentía culpable. La culpabilidad de las víctimas, pensó Laura, he ahí la más oscura forma en que el poder logra perpetuar sus afrentas. Y enseguida también supo que lo más serio —lo verdaderamente trágico— era que aun esa culpabilidad sería una abstracción, una teoría, no sería suficiente. Ya que lo que hubo entre ambos, entre el verdugo y la víctima, merecía otra palabra, impronunciable y sin embargo necesaria. Lo que hubo no fue primero «culpabilidad», sino que antes fue «intimidad». Tal había sido su intimidad que, en ella, Laura había encarnado la norma, la regla, el

canto de acero del otro. Y con esa norma, con esa regla, había sido medida, y su medida había sido la traición. Y en esa traición, a su turno, había consistido su intimidad. Este era el misterio inefable, inexplicable. Lo que solo podía expresarse —mejor que con las cien páginas de su carta—, dejando que la noche y la oración de la multitud y la conjunción de Venus con la luna (el puño venéreo y la guadaña), hablaran por ella.

Y así fue como si la propia noche hablara, cuando Laura dijo:

—Sí, me sentí culpable de haber sido violada; me dio vergüenza. Pero eso no fue todo...

Cáceres hundió aún más la cara entre las piernas de Laura, gimiendo «no, no, no» y algo más, que su voz ahogada entre los muslos de ella solo dejó intuir, acaso: «amor, amor, amor». Y Laura se permitió, una vez más, acariciar su cabeza, tranquilizándolo como a un perro asustado.

Al ver lo que hacía su madre, Claudia pateó en su sitió, emitió un ronquido de furia o de dolor furioso, golpeó con ambas manos a Cáceres en el cráneo, hasta que lo derribó, y se puso ella en su lugar, frente a Laura, la cogió por los hombros, sacudiéndola y exclamando:

—¡¿Qué más, mamá!? ¡¿Qué mierda más pudo haber entre ustedes?!

La había llamado, de nuevo, «mamá». Y la sacudía como si quisiera expulsar de ella esa «mierda» que aún retenía; esa mierda de vida silenciosa que había llevado, tras la cual se había parapetado, ocultado, enmascarado, la mierda de sus teorías y sus tesis, incluso la de esa carta que había escrito pero no entregado, la laboriosa racionalidad de su existencia, que había usado como un disfraz. Pero antes de que ella pudiera responderle «qué mierda más» era esa, Claudia le agregó:

—Sea lo que sea, ahora no tienes que hacer esto, no tienes que matarlo. Ahora podemos juzgarlo. Yo lo haré por ti, si aún no te atreves —las fuertes manos de su hija, sus dedos largos y agudos, se clavaban en sus hombros, conminándola a atreverse—. Lo perseguiré. Lo denunciaré. Si no es por esto, por otra cosa, por cualquiera de sus crímenes. Lo meteré a la cárcel. Lo perseguiré hasta el fin del mundo, toda mi vida si es necesario...

—Toda tu vida... Pero entonces, ¿quién perseguiría a quién?— le objetó Laura.

Claudia continuó sin oírla:

—Y si nadie me hace caso, te prometo que volveré y entonces sí que lo mataré; yo misma lo mataré, buscaré la forma. Ya verás. Lo haré.

Laura la miró a los ojos, los tiernos ojos azules, los ojos de la niña feliz que ella había querido criar y que ahora, llenos de lágrimas, ardían en la expectativa de vengar a su madre, de ejercer esa justicia tardía e imposible. En la pampa, rodeando el campamento, los peregrinos continuaban bailando y rezando, esperando su milagro. Pero la verdad era, ahora, el único milagro restante para ellas. Le dijo:

—No podrías matarlo. Ni debes.

—¿Por qué? —protestó Claudia, escandalizada.

Este era el momento. Precisamente acá se detenían todas sus pesadillas, hasta ahí llegaba el potro color de sangre, el pura sangre en su galope desbocado, y lo que había más allá era el mar ausente, el desierto donde nada sobrevivía, ni la guadaña vengadora, ni el sol blanco de la ira, siquiera. Era la tragedia absoluta, el mal irreparable, la sentencia de Moira. Laura le contestó:

—Hay una ley demasiado antigua que te lo prohíbe.

Y no fue necesario que Laura agregara nada más. De pronto, Claudia se había apartado, se agachaba lentamente, encuclillándose frente a ella, llevándose una mano al vientre, y otra a la boca, como si atajara un vómito (lo mismo que Laura había hecho en la llanura de sal roja del Apocalipsis, cuando su sombra tangente al planeta se dobló sobre sí misma). Laura recordó que la había visto así varias veces, cuando era pequeña y le dolía el estómago. Y acaso de eso se trataba: de ayudarla como cuando era niña a tragar un remedio, esta vez la verdad, que era lo único que podría curarla, hacerla escupir y vomitar el odio ignorado que la envenenaba. Para que no tuviera que vivir como ella: veinte años o una vida con esa amargura en el alma.

Laura se arrodilló frente a su hija, le retiró la mano de la boca, la estrechó entre las suyas, la besó. Con esos gestos mudos, con esta última mudez, la animaba a salir de la inocencia, a enfrentar el mundo ambiguo e irreconciliable de la edad adulta, a hablar. Y cuando

Claudia lo hizo fue con una voz nueva, adelgazada por el reconocimiento, envejecida por la primera de esas muertes sucesivas y necesarias para crecer; una voz mucho más antigua que ella misma:

—Habría sido mejor que me abortaras —le dijo susurrando, indicando hacia el hombre que gemía como un animal herido y buscaba en cuatro patas el quepis que se le había caído.

—No.

—¿Por qué?

—No quise darle otro triunfo a la muerte —le contestó Laura, mirando a Cáceres—. Y porque ya te amaba.

—¿Me amabas sabiendo de donde venía?

—No somos hijos de nuestras certezas...

Laura empezó a formular ese viejo estribillo de su obsesión, pero se detuvo, ya era innecesario repetírselo a su hija. Lo que antes había intentado enseñarle a intuir, ahora la muchacha lo sabía; y lo sabía para siempre.

Claudia se fue enderezando lentamente, se puso de pie, al tiempo que ayudaba a incorporarse a su madre. Y cuando la tuvo de pie, se le unió en un abrazo tan insondable que Laura sintió por un instante que su hija volvía a fundirse con ella, retornaba a su seno, eran una sola carne de nuevo (y también supo que de allí en adelante sus papeles empezarían a invertirse, que sería su hija la que empezaría a apoyarla a ella en su cansancio, en su inseguridad, en su contradicción). Cuando por fin se separaron, secándose los ojos, algo había renacido, entre ambas:

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —le preguntó Claudia.

Laura suspiró. Tomó la mano de su hija. Por primera vez en mucho tiempo, ella no se resistió. Al contrario, le devolvió el apretón hasta que los nudillos de ambas se pusieron blancos (y Laura recordó que una vez había apretado así la piedra de metal que era como el que trae la luz).

—Vamos a terminar esta historia —le contestó.

Y enarbolando la pistola de Cáceres, apuntándole vagamente a la conjunción de Venus (lo venéreo), con la luna naciente (la pura violencia naciente de la guadaña), Laura disparó un tiro al aire.

Por un instante, un silencio perfecto, un silencio de tumba, se hizo sobre el desierto. Los ruegos, los coros, las bandas y los tambores se suspendieron como si la costra de sal de la pampa se hubiera rajado y la multitud que rodeaba el campamento hubiera caído a un abismo, tragada hasta el fondo del mar ausente. Fue un silencio como un planeta vacío, como una espada rota, como una balanza en equilibrio... Y en él, solo la voz de alguna radio lejanísima, se distinguió nítida, prístina: la voz de Mario que clamaba su milagro en el desierto.

Luego se oyó un rugido. Al fondo, más allá del invisible horizonte de las alambradas podridas, los diablos arrodillados en la primera fila, frente al campamento, prorrumpían en una aclamación de gozo o de dolor, y se levantaban como un solo hombre, la marea de sus cornamentas alzándose, refulgiendo bajo las antorchas multiplicadas por los espejitos de las capas y la pedrería de los petos, y se ponían en movimiento, bramando como si el propio horizonte líquido se hubiera puesto en movimiento y asaltara las rejas del campamento, arrollándolas. Y detrás de ellos, algo como un animal empezó a emerger también de las profundidades de su propio olvido, de las profundidades de una pena contemporánea a la creación de ese desierto, cuando el mar se ausentó. El pueblo que había estado de rodillas, orando y luego en silencio, se levantaba al unísono, se levantaban las antorchas, las linternas que rodeaban el campamento, se levantaban las sombras mismas, en ondas de luz embravecida, acompañadas por un bramido que era más numeroso que la suma de las miles de gargantas que lo proferían. Se habría dicho que era un lamento, si las piedras pudieran lamentarse, o un rugido si la sal del desierto pudiera rugir, o un grito de triunfo si los perdedores ganaran por una vez.

Arrastrándose, Cáceres había vuelto a quedar de rodillas a un costado de Laura, y trataba de alcanzarle una pierna, balbuceando: «Mi juicio, Patroncita».

Y luego las rejas cedieron, las alambradas carcomidas fueron aplastadas en varios puntos, la muchedumbre de penitentes entró corriendo en el complejo, como si entrara en lo suyo, como si por fin

el desierto recuperara lo que fue suyo, guiada por el caporal mayor de la Diablada que corría con el tirso en alto, la máscara refulgente, y la capa inflada destellando. Laura y Claudia, madre e hija de la mano, saliendo a contracorriente, quedaron envueltas en un río de astas ululantes, de máscaras verdaderas, de vuelos de capas, de guantes y flecos que se prolongaban en antorchas enarboladas...

Laura se detuvo, recuperando el aliento. Luego abrazó a Claudia y se volvió hacia la casa rodante: bajo el toldo andrajoso, arrodillado, cercado de cuernos y de garras, el coronel en retiro Mariano Cáceres Latorre, alzaba los brazos hacia lo alto. Tal como si quisiera explicarse ante sus sitiadores indicando lo que ya nunca entendería del cielo: la conjunción del puño venéreo y la guadaña.

Y luego desapareció, engullido por la multitud.

Epílogo

Lo indecible, aquí se ha realizado.

J. W. GOETHE, *Fausto*

Digamos que me llamo Mario. Y que han pasado un par de décadas, quizás hasta un cuarto de siglo, por señalar una cifra cualquiera, un minuto astronómico, un escrúpulo en el arco de la bóveda celeste. La sal ha cubierto la Plaza de la Matriz con una sábana movediza que el viento arrastra un día en un sentido, otro en el contrario. Descubriendo o inventando rostros, imágenes, como mi mano descubre o inventa en el papel en blanco, el rostro de su dueño. Algunos días subo a observar la gran plaza desierta desde el balcón de hierro blasonado que ha vuelto a corroerse, en el segundo piso del municipio. Y se me antoja que veo en esos dibujos caprichosos que hace la sal —o mi memoria— los rostros de mi relato, o las mascaras que he puesto sobre ellos...

Se me antoja que veo el rostro de Laura, aunque sus rasgos son imprecisos, podrían ser también los de la Patrona —la Patroncita, como la llamaba el hombre en sus momentos de «intimidad». Unos instantes después ya no está, el rostro se ha borrado, arrastrado por el viento —el reflujo de mi memoria que retrocede y rehúsa mirar a su dolor (pretendamos que yo siempre supe lo que se supone que debía ignorar).

Y entonces diviso un papel roto que rueda y vuela por la plaza solitaria, alzado por el viento arremolinado. Corro tras él, como puedo —un viejecito casi septuagenario corriendo tras un papel amarillento que el viento le arrebata—, hasta que lo atrapo. Y me lo guardo para agregarlo a la historia que estoy terminando.

En la confusión que siguió a la carga de los diablos de Mamani contra el campamento, y la estampida de la multitud, la carta de Laura a Claudia, su larga respuesta, fue arrojada al aire, tal vez por ella misma, acaso por el empujón involuntario de un peregrino que corría. Las hojas de la carta volaron sobre las cabezas de la multitud, se esparcieron entre ella, los penitentes las dispersaron (algunos se las arrebataban, como prendas de un milagro incomprensible). En los días

siguientes yo recogí, aquí y allá, dispersos en la pampa, fragmentos con la clara caligrafía de Laura. Los fui ordenando, pegando, llenando los vacíos con mi propia imaginación, intentando armar con mi memoria y mi sospecha el mosaico imposible de un relato. Con los años, de vez en cuando, todavía, el viento arremolinado que pasa sobre el oasis, cubriendo de sal la Plaza de la Matriz, acarrea desde el desierto un nuevo fragmento de la carta, un retazo de papel requemado por la intemperie. Yo lo persigo por la explanada solitaria —un viejecito corriendo tras un papel roto que el viento le arrebata— y cuando lo alcanzo lo agrego a los demás trazos y trozos que he reunido, le hago un hueco entre mis ficciones y mis recuerdos, modifico mi narración, para que quepa esa prueba de que no todo lo he soñado.

Por ejemplo, que no he soñado —¿o sí?— este posible final para mi libro:

«Lo último que vieron Laura y Claudia, saliendo de Pampa Hundida en su auto, al día siguiente de esa Diablada de hace diecisiete años, fue la figura de Iván a la vera de la autopista, a contraluz, recortado contra el paredón de aire líquido del horizonte, haciéndoles adiós con una mano...».

Algunos me confirman que fue así, en las tardes eternas del pueblo fantasma, casi dos décadas después del retorno y la definitiva partida de la jueza, hay tiempo para estas hipótesis. Otros me lo desmienten, dicen que Laura no miró ni una sola vez atrás, ni ella ni Claudia, mientras salían de la ciudad al día siguiente de la fiesta de ese año, del segundo milagro, y de la desaparición del coronel (¿o deberé decir: del final de su «fascinación»?)

En lo que la mayoría coincidimos —nosotros, los que tenemos la vanidad de figurarnos que somos la voz de nuestra ciudad, su coro— es que fue a partir de esa fiesta, de esa Diablada —cuando Cáceres desapareció y la jueza nos dejó por segunda vez—, que empezamos a desvanecernos. Mucho antes de que el anuncio caminero que señalaba la dirección de nuestro pueblo en la carretera Panamericana fuera arrancado por un ventarrón, y nadie lo repusiera, y Pampa Hundida fuera tragada por el olvido descomunal del desierto, mucho antes de

la vejez, de la sequía, de la falta de fe, ya habíamos empezado a desaparecer, cuando ella, la jueza, se fue y el coronel, vigilante y prisionero de sí mismo, desapareció.

Puede ser. Yo mismo siento que desde hace mucho he empezado a desaparecer. La vejez no es sino un largo desaparecer. Con el ritmo inexorable, lentísimo pero seguro, con el que se ha acercado a la ciudad, cada día un poco más, el horizonte de aire líquido que nos encierra y nos separa del mundo.

Si alguna vez ustedes se desvían de su ruta, cruzan ese horizonte, y toman por el camino despoblado del oasis, me encontrarán allí, quizás: ese viejo soñoliento, sentado en la puerta de una radio local, cuya sintonía es imposible de fijar (cuya sintonía carraspea y parpadea en el dial, como un aullido inaudible o el bufido de una bestia encerrada). Soy ese vecino antiguo y amodorrado bajo el implacable sol blanco del desierto, al que unos turistas extraviados le preguntan desde el jeep la fecha en que reabrirá el Santuario. Y él contesta con un ademán que indica hacia cualquier punto del vasto futuro, por no decir que no lo sabe, que nunca más...

Tal vez sea mejor así, me responde alguien, desde el charco vertical del espejo inclinado en el bar del Círculo Español, donde me veo apurando un aperitivo verdoso. Así habremos llegado por fin a nuestro destino de peregrinos inmóviles, de penitentes irredentos, atrapados en este eterno empate con nuestro olvido. La tribu perdida en el desierto habrá llegado al final de su vagar. Solo seremos otro pueblo fantasma en el despoblado de Atacama, al fondo de un desvío que nadie toma. El mundo continuará pasando por la carretera, de largo. Ignorando una historia cuyos testigos no contaron y cuyos herederos decidieron olvidar. Y solo quedará esta ficción de nuestra existencia. En vez de historia quedará esta ficción de una historia, una máscara hueca hablando y hablando en el desierto.

Esta máscara hablando, por ejemplo, de aquello que finalmente, de tanto anunciarse y temerse ha ocurrido: este año no vino nadie a la Diablada. Solo unos pocos comerciantes de pueblos lejanos que arribaron muy temprano en sus camionetas, en la esperanza de hacer sus negocios como cada año, y que formaron corrillos desesperanzados

bajo la escasa sombra de los pimientos en la inmensa Plaza de la Matriz vacía, elevando de vez en cuando la mirada al campanario donde se izaría la bandera parroquial cuando se divisara el primer convoy. Pero el pendón nunca flameó, y cuando las últimas horas del día se desplomaban como peñascos rodando de las montañas lejanas hacia el crepúsculo, los penúltimos habitantes de Pampa Hundida —nosotros, los que en esta década y media no hemos terminado de irnos— hemos salido a la carretera para otear el horizonte líquido en busca de la caravana de buses que salvara nuestra fiesta. Hemos salido con pañuelos blancos, a hacerle señas a la carretera, en un último y desesperado recurso municipal por recordarles nuestra existencia a los peregrinos, tal vez a ustedes mismos que pasaban sin detenerse —porque no olvidemos, ni neguemos, que todo aquel que sube una recta interminable, en una carretera tan larga que su único fin es imaginario, en algún momento sabe que es un peregrino.

Quien nos haya visto habrá pensado en un espejismo, quizá en esos fantasmas de la retina que el cansancio y el crepúsculo producen en los conductores, durante los viajes demasiado prolongados. Gente salida de otra época, de una historia concluida, siluetas gigantescas, bocas deformadas aullando —inaudibles— detrás de la muralla de aire hirviente, que tiembla sobre un ocaso rojizo e inapelable...

Al anochecer hemos vuelto en grupos dispersos, en silencio, con las manos vacías, y nos hemos cruzado en la ruta de entrada con alguna sombra, con algún recuerdo: las tres viejecitas que hilan y tejen, sentadas bajo el carretón con las varas alzadas, sin caballo, y les hemos dicho que ya pueden cortar nuestro hilo, que ya no volveremos a irnos.

Por mi parte, me he vuelto al locutorio de la radio, casi es la hora de las noticias locales. La hora en que nos descolgamos de la antena repetidora, separamos transitoriamente nuestro eslabón de la cadena nacional contemporánea —sus musicales chillones, noticieros banales y humoristas desgañitados— para que yo pueda darle al pueblo las noticias particulares de la zona. ¿Qué les diré hoy? ¿Qué fragmento de esta historia añadiré o inventaré para darnos una coartada o inventarnos una esperanza que nos alcance hasta el próximo año,

hasta el fracaso de la siguiente Diablada? ¿O ya será hora de reconocer que este final de hoy, el final de nuestra fe, había sido anunciado hace mucho?

Anunciado, por ejemplo, hace casi medio siglo, cuando el mayor Mariano Cáceres Latorre (sigamos creyendo que se llamó así) llegó a la ciudad y volvió a la vida el pueblo fantasma de la salitrera convirtiéndolo en campamento de prisioneros. O anunciado dos décadas más tarde, la noche del segundo milagro, del milagro irónico que yo mismo anuncié por la radio. Irónico, porque al no ocurrir nada, ocurrió también algo que no podemos mencionar (como no se puede decir el otro nombre del que trae la luz). Cuando la cofradía de los diablos de Mamani cargó contra las alambradas podridas del campamento y detrás de ellos, aullando como una sola boca, entraron las decenas de miles de peregrinos y entre todos, iluminados por la conjunción de Venus con la luna nueva cometieron algo que no es posible recordar, pero que, acaso, era el recuerdo de algo cometido muchas veces antes, infinitas veces, en un pasado inmemorial tan antiguo como la ausencia del océano en el salar que nos rodea y que empieza a cubrirnos.

Desde entonces los peregrinos empezaron a venir cada año en menor número. Y, como si el baile de las cofradías hubiera sido la auténtica fuerza que succionaba a la superficie las aguas del mar inferior, una gran sequía también nos ha asolado. La sequía cruel de los pozos que se agotan en el desierto. Año tras año, la mancha de humedad de nuestra Pampa Hundida (sigamos creyendo que se llama así) se estrecha, los viñedos se secan y hay que cavar más profundo en las norias para encontrar un agua salobre —un agua avara que cada día lleva a algún vecino a desertar, empezando por los más jóvenes, en busca de lo que sea que se halle tras ese aire líquido de nuestro horizonte.

La ciudad que hace unas décadas parecía tan prometedora, ha olvidado su promesa. Empezó a arruinarse precisamente cuando parecía que iba a recuperar su gloria pasada, la prosperidad que había conocido un siglo antes cuando su salitre era la sal de la tierra. Nunca llegó a transformarse en aquel «Complejo de Adoración más Grande

del Continente», con el que soñaba Mamani. Todos esos sueños se desmoronaron juntos, nuestras ambiciones de grandeza se precipitaron a ese abismo sin ecos, ni fondo, donde se quiebran sin ruido los espejismos. Aplastados bajo el peso de su propia ilusión, retornados a la metáfora esencial del desierto que nos rodea —la ausencia—, nuestros sueños vuelven a ser los yermos infinitos, las praderas de sal que refulgen bajo un sol blanco y furioso, las canchas sin bordes por las cuales ruedan nuestras mentes redondas de tanto darle vueltas a una misma idea.

Esa idea fija en la voz cascada de Mario —pongamos que me llamo Mario— quien le habla a un micrófono desconectado, «seco», como llamamos a esto en la jerga del oficio. La voz de nadie que sintoniza con la voz muda de mi ciudad, que interpreta el coro silencioso de nuestras conciencias, que vuelve a revisar cuando nadie nos oye, cuando ni nosotros mismos nos oímos, la desaparición de Cáceres.

Porque habrá muchas teorías sobre el minuto y la hora en la que empezamos a borrarnos, pero yo tengo para mí que un hecho lo anunció y lo decidió todo, que nuestro desvanecimiento fue preludiado, anunciado, preparado, por la desaparición del «hombre», del coronel en retiro Mariano Cáceres Latorre.

O su muerte, la muerte o el desaparecimiento de un desconocido. Tenemos esa versión histórica a la vista: el doctor Ordóñez, en el certificado de defunción que expidió apresuradamente, dos días después de aquella Diablada, habla de un cuerpo atropellado y luego medio devorado por animales. Se pregunta si hay otra explicación y se contesta que nada más podría explicar el estado irreconocible de los restos. Esta es la parte que da lugar a la controversia: despedazado, medio comido por perros salvajes, o zorros o ratas, el cuerpo no puede ser identificado con seguridad. Es solo un cuerpo medio devorado por animales (¿y por qué no animales totémicos: un cóndor, un puma?) que lo arrastran desde la vera de la autopista luego de ser atropellado por varios vehículos que se dieron a la fuga. (No es la primera vez que pasa, durante la fiesta).

Esa fue, es y será, la historia oficial. La versión que apareció en sueltos de prensa de la zona y la que aceptamos cuando queremos

reconciliarnos con nuestro olvido, con nuestra sequía. En ese estado, aquel cuerpo podría ser el de nadie, el de cualquiera, el de un vagabundo atropellado, un ermitaño loco del desierto de los que hay tantos, uno al que apodaban «el Coronel» —¿por qué no?—, y que fue arrollado esa noche, seguramente borracho, por sucesivos automóviles ninguno de los cuales se detuvo a auxiliarlo, hasta que el cuerpo irreconocible y molido por los impactos fue arrojado a la cuneta en un último vuelo, y desde allí unos «perros salvajes» lo arrastraron al bosquecillo para devorar a ese desconocido que luego nadie tendría voluntad de identificar: ni la ciudad, ni el gobierno, ni menos el Ejército. Eso es, no discutamos más, dejémoslo en esto: la historia de un vagabundo anónimo al que atropellaron y luego comieron los perros o quizá los zorros del desierto o las ratas (¡las dentelladas, las dentelladas en el rostro, en la máscara de lo que fue un rostro!), antes de que la patrulla de carabineros del teniente Acuña, por azar o alertada por un aviso anónimo, lo encontrara; se encontrara con eso sin nombre.

(Lo demás fueron, son, los alaridos al fondo, en la noche de nuestra memoria. La incomprensible sonrisa en los labios del hombre mientras los diablos lo hamacaban y lo iban sacando del campamento en andas y entre antorchas hacia el desierto profundo. Una sonrisa, diríamos, más que de alivio, de placer; y quizá aun más que de placer, de triunfo. La sonrisa de un hombre que por fin iba a medirse con sus muertos. Y al fondo de la noche los tambores que atronaban, los ruidos de palos triturados (como huesos), de telas rasgadas (como pieles), los ojos despavoridos de una mujer que huía, el muchacho que se apoyaba contra un poste a la entrada del campamento y vomitaba. Un caballo desbocado, oscuro, color de sangre oscura; solo se oyó el galope... Un hombre con una zamarra de piel de cabra que pasó enarbolando algo, algunos dijeron que era un dedo, otros que cómo se nos ocurre, que esta es —fue— una ciudad santa, que acá nunca pasó nada sino el tiempo, que jamás vieron tal cosa).

Hay, por supuesto, otra versión —siempre la hay en nuestras eternas tardes silenciosas viendo acercarse el desierto—: el coronel no murió, no fue desmembrado y engullido. No, los diablos de Mamani lo

sacaron del Campamento, le dieron un disfraz, lo mezclaron al jolgorio de la multitud, lo barajaron con esa muchedumbre, lo entregaron a ella hasta que se confundió con el pueblo festejante al que había temido y odiado, y se volvió inseparable de él. Quedó suelto y, sin embargo, prisionero de la muchedumbre, obligado a seguirla en todas sus peregrinaciones, a presentarse como un penitente más, de rodillas o sobre el estómago, arrastrándose hasta el altar de cada santo, recorriendo como un flagelante el calendario de fiestas religiosas del país, de norte a sur. Ese es su castigo: el limbo de la impunidad en donde no hay absolución ni condena.

Y ese es, también, nuestro castigo. Porque desde entonces ya no hay inocencia en nuestras fiestas, desde entonces sabemos que la leyenda que Mamani le contó —o le profetizó— a Laura, en aquella sesión de Concejo, se ha realizado. Lo indecible aquí se ha realizado: ahora ya sabemos que el malo marcha entre nosotros, sigue nuestros desfiles, baila en nuestras procesiones, nos acompaña en cada celebración, canta y danza a nuestro lado, se lamenta y se arrodilla y se flagela y brinda («desde ahora, en cada alegría exuberante se oirá un trasfondo de terror»). El que trae la luz peregrina junto a nosotros —en nosotros — durante esta larga búsqueda de justicia en el desierto.

* * *

Vamos convirtiéndonos, poco a poco, en un pueblo fantasma; presagiándolo, anhelándolo ya. Cuando nos llegue el turno del desguace, será solo una redundancia: un silencio igual al de nuestras voces solas predicando en el desierto. Mi voz, que trasmite a micrófono seco lo que no queremos saber. O que solo queremos saber a condición de que podamos decir que la realidad no es menos hipotética y tentativa que un sueño. Y como en un sueño lo cierto solo difiere de lo posible, en el mayor grado de ingenuidad con que aceptamos lo primero...

Soñar —¿saber?— que el abogado Tomás Martínez Roth fue electo diputado por esta provincia, que el ministro le cumplió su promesa, que es un parlamentario ya cuarentón, belicoso, que sigue teniendo «un futuro prometedor», aunque viene poco a su distrito; como un

verdadero hijo de su época pertenece más al mundo que a la ciudad en la que nació.

Soñar —¿saber?— que el ministro don Benigno Velasco sirvió a dos presidentes y al renunciar fue premiado con una eterna embajada en el Vaticano, o en Portugal, una de esas legaciones donde hay tiempo para escribir unas memorias que lo justifiquen todo. Imaginarnos que el Doctor Ordóñez hizo una alcaldía emprendedora, pero ni él ni su honestidad pudieron con la sequía de pozos y de almas, y no fue reelecto. Pretender que Mamani ha vuelto a regirnos, esta vez democráticamente, pero sus negocios han quebrado y él mismo ha enflaquecido a ojos vistas, aquejado de un mal que solo se murmura, quizá uno de esos que traían los peregrinos más miserables, más llagados. Soñar o recordar el día que fuimos a enterrar al padre Penna —el ataúd del que emanaba un vago olor, rancio, a velas. Y esa otra mañana cuando la Rosita y sus niñas partieron en un bus cacharriento con todos sus bultos, rumbo a una ciudad más prometedora. Soñar —¿saber?— que ya no tenemos juez. El último fue un joven que en el corto tiempo que pasó con nosotros mostró, más rápido que todos sus predecesores, cómo se va perdiendo la ilusión y la probidad, el instinto para separar el bien del mal, tal como se pierde la habilidad para una lengua extranjera cuando deja de practicársela. Luego el tribunal fue cerrado y pasamos a depender de otra jurisdicción; somos muy pocos y, en cierto modo, ya se nos había hecho justicia.

Soñar con Laura y Claudia. ¿Pero qué soñar de ellas? ¿Que recibo noticias ocasionales, cartas, promesas de visitas que nunca se materializan? Noticias de la ausencia. Digamos que Laura no volvió a juzgar, renunció al cargo en Pampa Hundida —lo que no le habían permitido hacer cuando la exoneraron veinte años antes— y aceptó un puesto en una universidad extranjera. Retornó a la academia, a la universidad, donde ha publicado ensayos brillantes, aunque ninguno tan famoso como su libro sobre Moira, que le sigue acarreando honores internacionales. Viaja mucho, es una profesora aclamada, aunque me temo que irremediablemente solitaria. Imaginemos que Claudia terminó su carrera, volvió a Berlín, obtuvo un posgrado, trabaja allí para una organización de derechos humanos; imaginemos

que vive con un alemán y esperan su primer hijo; que ya no quiere volver al país que trató de hacer suyo. Supongamos que en realidad soy yo quien no mantengo el contacto con ellas, que he sido yo quien no respondió sus cartas, que he preferido no obligarlas a la ficción de deberme algo. Pretendamos que yo siempre supe lo que se supone que debía ignorar.

Y hagamos de este sueño de una voz sola lo único seguro: sobre la mesa alfombrada del locutorio, acuñada con la piedra de metal de la coronita derretida —la piedra de metal que brilla como Venus y que Laura me regaló antes de partir: «para que tengas una historia que contar, escritor», me dijo, y me besó en la mejilla—, acuñada con ese bulto de metal, he puesto la fotografía que les tomé a ambas en el momento que partían, abrazándose. A veces, cada vez más a menudo, me descuido y le digo a alguien, o al viento, que tengo una familia.

Le hablo al viento. A veces salgo de la radio y paseo por las calles polvorientas, de puertas condenadas —esas puertas por las que aquel anochecer, de hace casi cuatro décadas ahora, salieron los diez hombres justos de la ciudad y fueron a rogarle a Laura que los amparara. Luego subo las escalinatas y entro al Hotel Nacional, vacío. El viejo aparato de radio, tras el mostrador de la recepción, me entrega mi propia voz que sigue recordando sola, como un disco rayado, desde la emisora. Para nadie, para nosotros que no estamos. Nadie me comenta los capítulos de esta serie de monólogos en los que he empeñado mi ocio de locutor afónico. Es como si no los oyeran. En el Círculo Español, reflejado en el espejo inclinado sobre la barra donde juego un solitario, un rostro se detiene a mirarme; tal vez va a preguntarme algo, a corregirme un dato. Pero no, sigue de largo como si yo no estuviera allí, como si yo no pudiera estar allí y al mismo tiempo en el locutorio de la radio desde la cual trasmito. Ese alguien —que tal vez soy yo mismo— me hurta la mirada, me escabulle la cara. Lo que los peregrinos creían que eran nuestras caras. Sin saber que las únicas verdaderas eran las que nos poníamos en la Diablada; y esos los únicos días en los que fuimos reales.

Es hora de terminar, es casi la hora del programa vespertino. Me calo los audífonos, abro el micrófono, carraspeo aclarándome la

garganta polvorienta, mi garganta llena de tierra. Salgo al aire.

Y desde allá mi boca llama y clama algo, la parte no escrita de esta historia —la parte enorme e indecible—, clamando tras la muralla de aire líquido que tiembla en el horizonte: «Lo primero que Laura reconoció, al adentrarse en la vasta llanura desértica que rodeaba al oasis de Pampa Hundida...».

Berlín, junio de 2000
Santa Maddalena, Florencia, mayo de 2004

Edición en formato digital: diciembre de 2015

© 2014, Carlos Franz
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

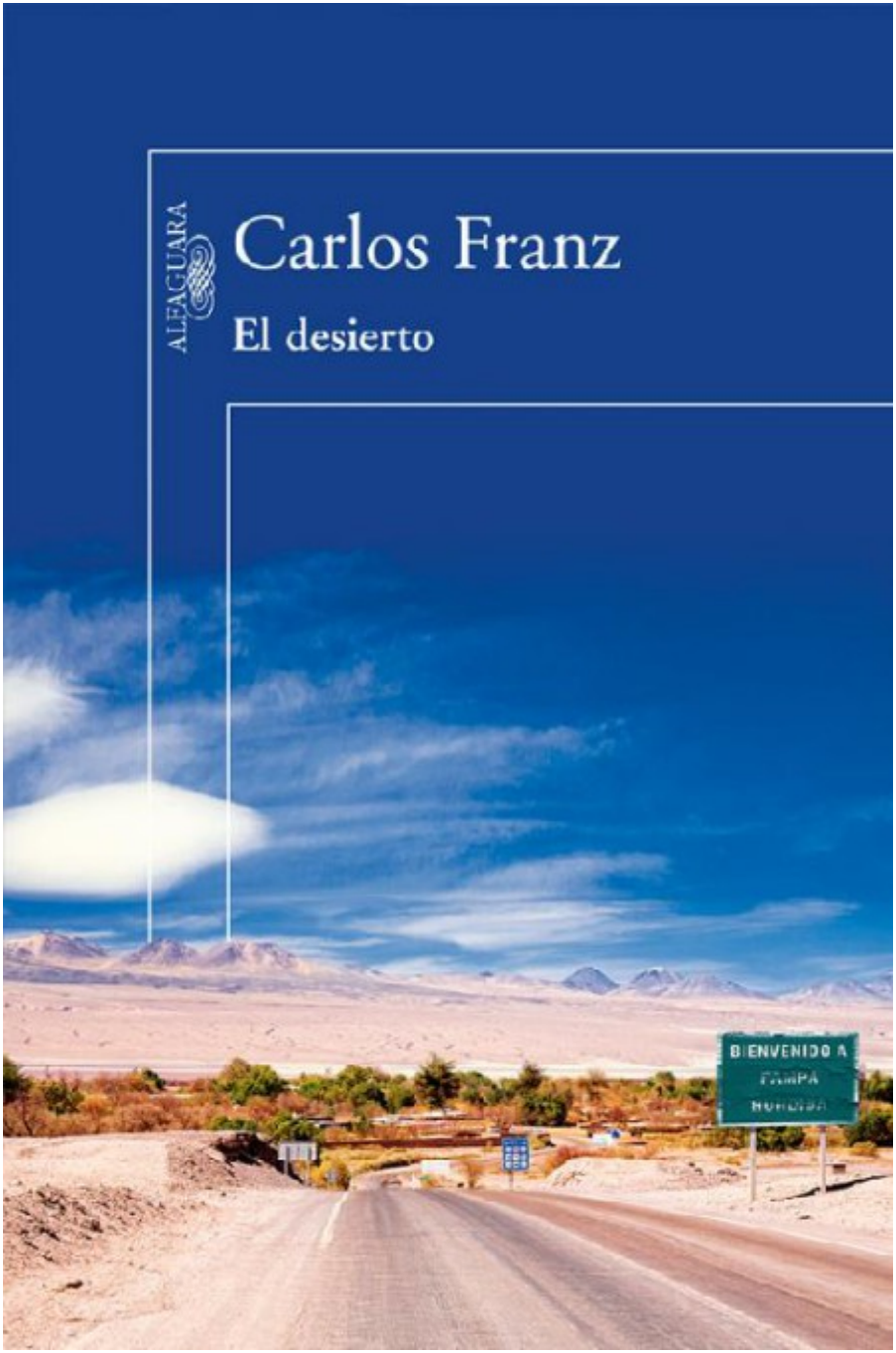
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-9583-46-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl

ALFAGUARA

Carlos Franz

El desierto